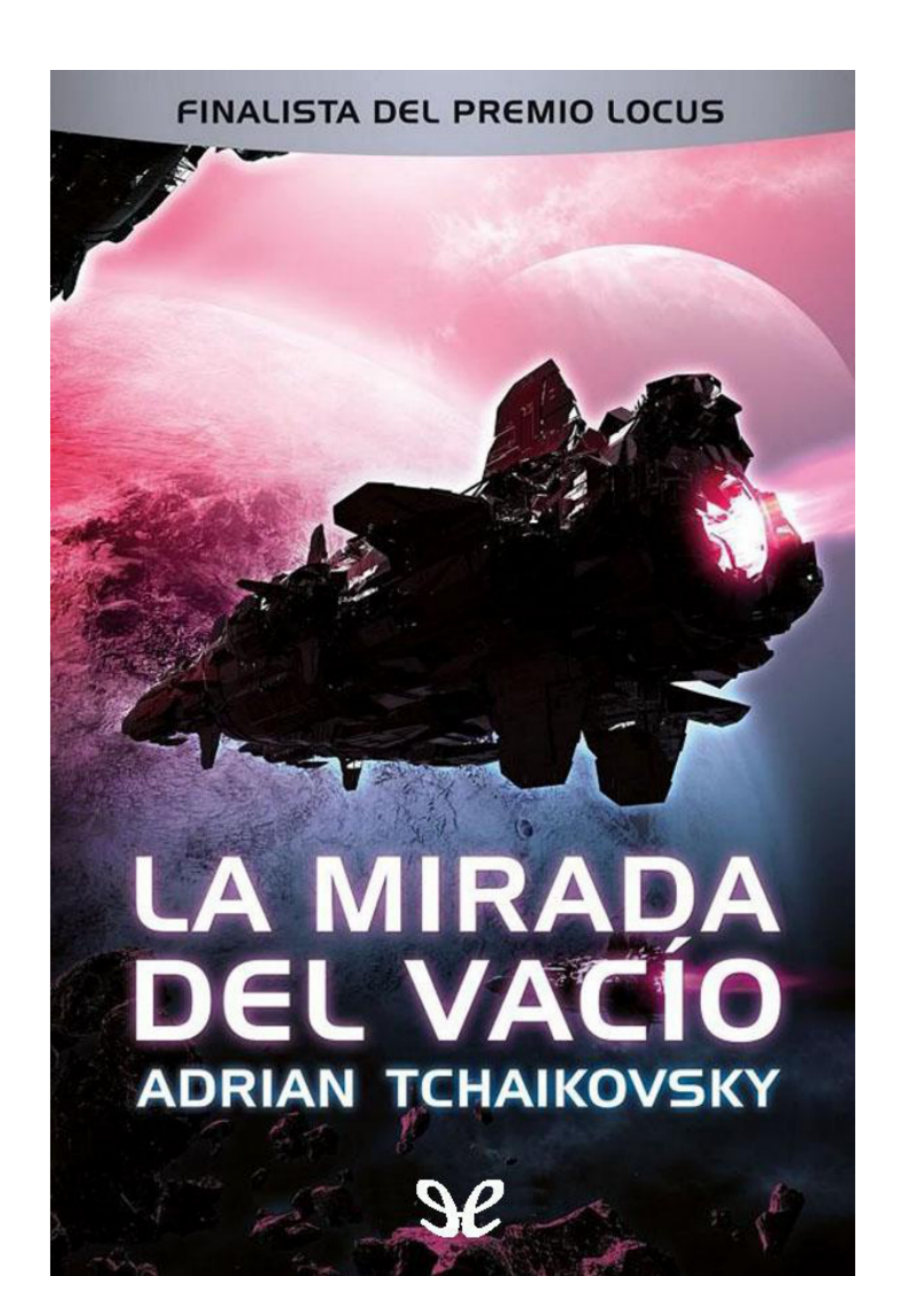

FINALISTA DEL PREMIO LOCUS
LA MIRADA DEL VACÍO
ADRIAN TCHAIKOVSKY

¿Qué acecha entre las sombras, camuflado en el combate contra nuestro peor enemigo?

Tras una batalla decisiva, los Arquitectos se esfumaron. Pero la frágil paz resultante no es duradera. Porque cuarenta años después el más feroz enemigo alienígena de la humanidad ha regresado. Y esta vez los artefactos que salvaron de la destrucción a mundos enteros ya no funcionan. Ningún planeta está a salvo.

Los mundos coloniales humanos se estremecen ante la posibilidad de la extinción. Algunos confían en que sus alianzas con otras especies los protegerán. Otros insisten en que la humanidad debe luchar sola. Pero nadie posee la capacidad bélica o tecnológica para asegurar la victoria, y los Arquitectos se aproximan cada vez más.

Idris ha pasado décadas huyendo de los horrores de la guerra anterior. Pero como intermediario, las modificaciones que le permiten navegar por el espacio profundo lo convierten en una de las únicas armas que posee la humanidad. No tiene más alternativa que volver al combate. Con un puñado de compañeros, Idris debe hallar una forma, cualquier forma, de detener el imparable avance de los Arquitectos. Pero para lograrlo debe regresar a la pesadilla del nospacio, donde su mente se hizo añicos y se recompuso. Lo que descubrirá allí lo cambiará todo.



Adrian Tchaikovsky

La mirada del vacío

La Arquitectura Final: 02

ePub r1.2
Titivillus 04.08.2024

Título original: *Eyes of the Void*
Adrian Tchaikovsky, 2022
Traducción: Julián Díez
Ilustraciones: Maciej Garbacz
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Agradecimientos

Un recuerdo como siempre para mi agente, Simon, el arquitecto (en el mejor sentido) de tantas cosas.

La cita «todos somos conscientes de la tragedia que es ser tú» pertenece a la canción «Someone’s Crazy» de Jonathan Coulton, y se usa aquí con permiso.

La historia hasta aquí

Conceptos clave

Nospacio. La nada subyacente al universo. Los motores gravitacionales permiten a las naves acceder y viajar a través del nospacio, recorriendo años luz de espacio real en instantes. La mayor parte de los trayectos se llevan a cabo a través de los pasajes directos descubiertos entre algunas estrellas.

Los Arquitectos. Entidades del tamaño de lunas que surgieron del nospacio para convertir planetas habitados en extrañas esculturas. Uno de ellos visitó la Tierra para dar comienzo a setenta años de combates y huidas, en una guerra que costó miles de millones de vidas. Sólo el contacto con los Arquitectos a través de los intermediarios, humanos genéticamente modificados, puso fin al conflicto. Ahora, cincuenta años después, los Arquitectos han vuelto.

Originarios. En algunos planetas se han encontrado ruinas de la antigua civilización de los originarios, todavía un completo misterio salvo porque los Arquitectos parecen temer cualquier rastro de esa antigua raza, y evitan los mundos en que detectan su presencia.

La Hegemonía. Un imperio alienígena controlado por los inescrutables essiel, únicos poseedores de la tecnología que permite trasladar artefactos originarios conservando su eficacia contra los Arquitectos. Prometen una protección eterna a quienes les juren fidelidad. Sin embargo, los Arquitectos que acaban de regresar no parecen temer tanto a esos artefactos como anteriormente.

Facciones humanas

Después de la explosiva dispersión de los refugiados humanos en la llamada poliáspora, la humanidad sobrevive ahora en diferentes entornos, que van de mundos bien asentados a la precaria supervivencia entre planetas de los llamados «espaciales». El comercio y los viajes dentro de la Esfera Colonial son posibles gracias a los intermediarios, que se cuentan entre los muy pocos seres capaces de navegar el nospacio sin emplear los pasajes. Las Colonias están gobernadas por el Consejo de Intereses Humanos, conocido familiarmente como el Hum, con sede en el mundo de Berlenhof.

La humanidad luchó junto a otras especies durante la primera guerra contra los Arquitectos, pero sus mejores aliados habían surgido de su propio seno. Entre ellos estuvieron los colmeneros, una inteligencia cibernética compuesta, creada como una herramienta pero ahora independiente. El Partenón de la doctora Parsefer, una sociedad creada artificialmente y compuesta sólo por mujeres, también estuvo en primera línea de combate.

Al poco de las secesiones tanto de los colmeneros como del Partenón surgieron facciones coloniales hostiles, reivindicando anteponer a la humanidad sobre cualquier otro grupo, y que incluían a los nativistas y los Traicionados. Ambos creían en una conspiración para negar a los humanos un puesto de privilegio en el universo. Distintos grupos en el seno del Hum impulsaban y brindaban apoyo a estas facciones en ascenso, entre otros las

autocráticas casas nobles de Magda, uno de los mundos coloniales más influyentes.

Personajes principales

Dios Buitre. Una nave de rescate. Su tripulación incluye a la especialista en drones Olli, la abogada y duelista Kris, el factor comercial Kittering e Idris Telemmier. Idris es uno de los últimos intermediarios originales, que no buscaba más que vivir sus últimos días en paz hasta que una vieja amiga de la guerra, la parteni Solaz, llegó para reclutarle para su gobierno.

Havaer Mundy. Un agente del Hum que en ocasiones persiguió y en otras se asoció con la tripulación de la *Dios Buitre* cuando se vieron implicados en el retorno de los Arquitectos.

El delegado Trine. Un arqueólogo colmenero, viejo amigo de Idris y Solaz de la época de la guerra, y autoridad académica en lo poco que se sabe sobre los originarios.

El boyardo Piter Tchever Uskaro. Un noble magdano relacionado con los elementos más xenófobos del Hum, que quiso apoderarse de Idris y ahora ansia vengarse de la tripulación de la *Dios Buitre*.

El Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho. Un mafioso essiel de la Hegemonía también con motivos para el resentimiento contra la tripulación de la *Dios Buitre*, que le hizo perder su tesoro, su nave y a su lugarteniente.

Prólogo

¿Quién habría pensado que la chifladura acabaría siendo un cargamento tan valioso?

Uline Tarrant era una oportunista. Era toda una virtud para una espacial. Y eso significó que, mientras la mitad de sus conocidos se mesaban los cabellos y profetizaban el final de los tiempos con la llegada de las almejas, ella reorientó su negocio e hizo dinero. Por ejemplo, el antiguo mundo colonial de Huei-Cavor había votado por la secesión y posterior incorporación a la Hegemonía. Ahora eran en teoría dirigidos por esos raritos con pinta de marisco, los essiel. ¿Tenía que suponer eso que ella no pudiera ganarse algo de viruta, o al menos meter una cuñita en el complejo sistema crediticio que usaban los hegemónicos? En absoluto. Porque la capa superior de la nueva administración sectaria de Huei-Cavor disponía de fondos, en cualquier medio que se prefiriera. Y parecía que gastarlos en llamativos actos piadosos era todo lo que les preocupaba.

Los llamativos actos piadosos concretos que pagaban su combustible y demás gastos eran las peregrinaciones. Las había convertido en su especialidad. Si eras un devoto adorador de los essiel, tenías que ir a lugares supuestamente importantes para ellos. Allí meditabas y te comprabas algunos recuerdos de mal gusto, y seguramente te reunías con la gente adecuada, con buenos contactos en el mundo de los negocios. A decir verdad, Uline no estaba segura de que todo aquello no fuera más que alguna extraña red de chanchullos. La religión no era algo para lo que le quedara tiempo. Las oraciones no arreglan las naves espaciales.

Había llenado su bodega de carga con doscientas camas de suspensión, y todas estaban ocupadas. Cualquiera que quisiera

escalar en la sociedad de Huei-Cavor tenía que entrar en el juego sectario, y eso no suponía solamente llevar túnica roja. Familias acomodadas enteras volcaban billetes de curso legal en su cuenta por el privilegio de verse encerrados en un ataúd robótico y conducidos por los pasajes hasta las profundidades de la Hegemonía. Y resultaba que, si transportabas peregrinos acreditados, ningún aduanero alienígena hacía muchas preguntas. Se preguntó si los espías de la Casa Ácida lo sabían, porque tenía pinta de ser un agujero de cojones en la seguridad de la Hegemonía.

Su objetivo actual era un mundo llamado Arc Pallator. No lo había oído mencionar jamás. Los escasos datos disponibles decían que estaba básicamente compuesto por desiertos y cañones, el tipo de lugar en el que no tenía ninguna gana de poner el pie. Aunque tampoco le haría falta, porque disponía de orbitales. Era un lugar sagrado importante. Que los peregrinos se ocuparan del calor y el polvo, mientras su tipo de locura fuera de la que paga por adelantado.

Salieron del nospacio a una distancia respetuosa del planeta. Las educadas peticiones de identificación habituales en la Hegemonía aparecieron en el panel cuando se arrastró dentro del armario con dos asientos que hacía las funciones de cápsula de mando en la *Santa Orca*; el «Santa» lo había añadido al entrar en el negocio de las peregrinaciones. Uline tenía una muy ligera idea de cómo tratar con divinidades, pero sabía que le pones un «santo» por delante a las cosas cuando son sagradas. El otro miembro de la tripulación ya estaban allí, no habían salido sino que simplemente se apagaron durante el trayecto nospacial. Tokay 99, como se hacían llamar el colmenero, agitaron una delgada extremidad de metal hacia ella, que les dio un golpecito de camaradería en su cuerpo cilíndrico.

Informó de quiénes eran a las autoridades locales con el envío de los habituales datos incomprensibles que parecían abrirle paso al interior de la Hegemonía. Todo el mundo contaba historias de horror sobre lo disparatadas que eran las cosas allí. Antes de la secesión, ella nunca se habría atrevido a asomar el morro de la Orca dentro de sus fronteras. Se había perdido buenos negocios.

Los orbitales siempre querían algo de charla con los peregrinos, así que despertó a algunos de los más destacados mientras la *Santa Orca* se adentraba en el sistema. No tardaron en aglomerarse en su

cápsula, bebiendo su kafeinado barato e intercambiando aforismos con el control de aterrizaje. El trato de un hegemónico con otro parecía mezclar intercambios de cortesía con preguntas de un concurso de estudios bíblicos. Sólo que en vez de la Biblia hablaban sobre el disparate que aquellos majaras hubieran urdido para justificar por qué se habían convertido en siervos de unos crustáceos con alta tecnología.

—Vaya multitud —comentó ella—. Es temporada alta de fe, ¿no? —Había numerosas naves revoloteando a la espera de permiso para atracar o aterrizar. Algunos eran misteriosos vehículos hegemónicos, que hasta donde ella sabía igual podían ser transportes, yates de lujo o buques de guerra rompelunas. Pero otros eran modelos humanos convencionales. Incluso vio a un par de conocidos comerciales. Todo el mundo quería venir a tocar las reliquias de Arc Pallator.

—Ahí abajo está lleno —asintieron Tokay 99. Una pantalla mostraba el único asentamiento habitable por humanos, repleto de quién sabe cuántos miles de personas, aunque entre ellas sumaran un total de cero cabezas cuerdas. Uline intercambió una mirada con el colmenero. Tenía más en común con esa colonia de inteligencia cibernética insectoide que con su cargamento humano.

—Nos están dando órdenes para que aguardemos una visita —dijo el sectario principal. Uno de los otros le estaba colocando un cuello aún más llamativo, lo suficientemente grande como para arañar el techo de la cabina, a la vez que le cubría con joyas ostentosas de aspecto barato.

—Eso supone… ¿el qué? ¿Una inspección de aduanas? ¿Tenemos problemas? —preguntó Uline.

Ella percibió una levísima duda en el gesto del hombre.

—Yo… No estoy seguro. Algo más. Algo especial. Una visita. He estado en una docena de lugares de peregrinación y nunca había escuchado algo así.

—¿Quiere decir que una de las… —llamarlas «almejas» no hubiera sido bien recibido— entidades que habitan el lugar, uno de los essiel, va a venir?

—Oh, no —dijo fervientemente el hombre—. Si fuera así, habría sido anunciado con la descripción completa de los títulos que poseyera ese maestro divino. —Su gesto era un cincuenta por ciento

ingenuamente serio y el resto pura bobería. Hubiera querido decirle: «Mira, son almejas. Te arrodillas ante un altar que más bien parece un bufé libre de marisco». Pero no dijo nada, dado que era una respetable mujer de negocios.

Tokay soltaron un gorjeo quejumbroso.

—¿Resolviste los errores de los sensores?

—Sí.

—Mediante la presencia de un mecánico cualificado de la estación como solicitamos —insistieron.

—Los arreglé yo misma. Eso es mejor. Significa que no nos timó algún chaval que estaba chupando de la teta de su madre cuando yo ya aprendía a arreglar cosas.

—Las lecturas gravitatorias anómalas en el escáner largo-largo —explicaron el colmenero— sugieren que podrías haber empleado mejor tu tiempo regateando una tarifa.

—Escuchadme, ésta es mi nave y vamos… —Sus ojos quedaron atrapados por las lecturas que Tokay habían enviado a su tablero—. Vamos… —empezó otra vez.

El Arquitecto apareció entre Arc Pallator y el sol del sistema, emergiendo del nospacio con un torbellino de arcoiris cuando la luz de la estrella se reflejó en todas direcciones sobre su superficie cristalina. Mucho más cerca de lo que nunca hubiera oído que aparecieran. ¿No se suponía que surgían en el exterior de los sistemas? ¿Para dar a la gente una posibilidad de huir?

—Vale, vale, vale. —Se limitó a mirar mientras su boca hablaba sin que ella pensara. Los sectarios se habían quedado mortalmente callados y quietos, lo que quizá quisiera decir que no estaban tan locos después de todo—. Vale. Necesitamos… Podemos… Maldición, tienen suerte de que haya tantas naves aquí ahora mismo. Podemos llevarnos… —Intentó hacer los cálculos con una cabeza que estaba descompuesta por la situación. Un Arquitecto, como en la guerra. Aquí, en la Hegemonía, donde se suponía que no podrían aparecer—. Podemos llevarnos a otro centenar. Haríamos sitio entre las camas. —Era consciente de que el sectario principal hablaba con control de tierra o quien fuera—. Dígales… Ah… Si pueden poner a gente en órbita, cargaremos los que podamos hasta que… Tenemos… —El Arquitecto había tomado un rumbo constante alejándose del sol, directamente hacia Arc Pallator—.

Tenemos que… —«No queda tiempo. No hay tiempo en absoluto. Oh, Dios. Oh, Dios»—. Tenemos que salir de aquí.

—Hay una proclamación —dijo con reverencia el sectario jefe.

—Apuesto a que sí.

—Del Radiante Sorteel, Providente y Presciente —le explicó, lo que significaba que uno de los propios essiel había intervenido personalmente.

—¿Tiene un plan de evacuación radiante? —No podía apartar la vista del Arquitecto que se acercaba. Le temblaban las manos sobre los controles.

—Se le prohíbe a usted y a todos los demás pilotos marcharse hasta que la sagrada ceremonia acabe —dijo el sectario—. Se nos ha ordenado descender sobre Arc Pallator y quedarnos entre las minas sagradas. Hemos sido elegidos para poner a prueba nuestra fe, hermanos y hermanas.

—Ni de coña —soltó Uline—. Nos vamos ahora mismo. ¡Mire eso! ¡Mire esa maldita cosa! —Nunca había visto uno antes. Sólo mediotipos, y había escuchado historias de la guerra. Vio de lejos los restos de naves o mundos. La muerte que llegó a la Tierra y no se detuvo a lo largo de un siglo de guerra. La muerte que ahora volvía, cuando todo lo que ella deseaba era seguir viviendo, envejecer y morirse sin tener nunca esa monstruosidad delante—. Mírelo —repitió, apenas en un gemido aterrorizado.

—El juicio —suspiró el sectario—. Una prueba de nuestra fidelidad hacia las palabras del divino. Debemos bajar al mundo. Nos llaman. —Su voz tenía una renovada firmeza—. Si se desvía del plan de vuelo previsto, tengo instrucciones para informarle de que se considerará una vulneración del contrato, así como una blasfemia contra los deseos de los divinos essiel. Se incapacitarán sus motores, no recibirá ningún pago, y no tendrá forma de salir del sistema.

Tokay dejaron escapar un tenue gimoteo, nada que hubiera escuchado antes a un colmenero, pero que transmitía su miedo de manera muy elocuente. Ella también lo sentía, y notaba ese mismo sonido en el interior de su garganta. Quería sollozar. Gritarles. Decirles que sus almejas estaban locas y eran unas suicidas. No se le pagaba lo suficiente para transportar aspirantes al martirio. Pero los essiel podían cumplir todas esas amenazas. Tenían armas que no podía ni siquiera entender. Todo el mundo lo sabía.

Devolvió a la *Santa Orca* a su rumbo inicial, de la posición en órbita directamente hacia la única ciudad del planeta. Una ciudad llena de gente que no tardaría en tener a la vista una nueva luna de cristal. Por poco tiempo, tenía que admitirlo. Antes de que su fe fuera puesta a prueba de la forma más dura y se convirtieran en poco más que trazas sueltas de material orgánico. El problema con la santidad, se dijo, era que hacía falta morirse para alcanzarla. Y, pese a todo, cada nave peregrina a su alrededor se deslizaba en busca de un atraque, en una larga fila alrededor del único orbital, o había empezado el largo y lento descenso a la atmósfera. Y el Arquitecto aceleraba hacia ellos, dispuesto a establecerse en su propia órbita fatídica para aniquilarlos a todos.

1
La Luna de Hismin

1

Havaer

«Ésa», se dijo Havaer a sí mismo, «es la *Dios Buitre*».

Había sus buenas setenta naves o más atracadas en el Cráter 17 de la Luna de Hismin; escanearlas a todas era un procedimiento estándar mientras su propia nave, la *Quejoso*, descendía. Los ordenadores a bordo seguían en el proceso de arrancarse de nuevo después de salir del nospacio, así que Havaer se había ocupado personalmente de la tarea de inspección, mientras dejaba que su equipo estirara las piernas y pusiera en orden las cabezas. Todos iban vestidos como espaciales del tipo más duro: túnicas largas de media manga, pantalones que siempre parecían demasiado cortos para alguien acostumbrado a los trajes de los mundos centrales, por supuesto el omnipresente y sagrado cinturón de herramientas, y las sandalias de plástico. Todo impreso en la nave con un tejido basto del tipo que pica. Sólo otra tripulación de réprobos buscando emborracharse en este satélite sombrío.

Habían sobrevolado todo el área de atraque mientras negociaban con la cibernet de la plataforma en el cráter sobre la maniobra de aproximación y las tarifas de aterrizaje. Aquí todo valía poco, incluyendo las propias vidas, pero nada era gratis. Havaer hizo que la nave comprobara a todos los demás visitantes, para descubrir que no menos de nueve vehículos aparecían en los archivos de la Casa Ácida. Si hubiera venido a engrosar su historial de arrestos, habría tenido donde elegir. Aunque, dada la solidaridad entre los espaciales, una intervención podría ponerle en contra a toda la población de la plataforma. Que multiplicaba unas diez veces a la cantidad de gente realmente necesaria para hacer cualquier prospección, porque esa pequeña madriguera de ignominia se había convertido en un rincón de moda desde la

destrucción de Nillitik.

Los Arquitectos habían vuelto. Como si intentaran borrar la historia de su fracaso anterior, habían estado ocupados desde su reaparición. Primero descendieron sobre Lux Lejana, donde medio siglo antes tres intermediarios les detuvieron para acabar con la primera guerra. Esta vez casi nadie había conseguido salir del planeta antes de su fin.

En los meses siguientes habían aparecido en los cielos de un puñado de otros planetas, sin seguir ningún patrón, sin previo aviso: lunas de cristal dentadas que emergían del nospacio. Se habían mantenido alejados del corazón colonial, Berlenhof, pero nadie más había tenido la misma suerte. El conflicto estaba de nuevo en marcha, y todo el mundo recuperó las costumbres que habían salvado vidas en la primera guerra. Esas incontables vidas que se salvaron, pese al descomunal número de bajas. La humanidad en su conjunto tuvo que volver a aprender a dormir con una mochila de supervivencia cerca y siempre informada de la ruta al puerto más próximo. Aunque esta vez no era sólo la humanidad.

Entre las víctimas recientes de los Arquitectos, la menos llorada había sido Nillitik. Formaba parte de una serie de sistemas conectados que los exploradores terrestres y hanni descubrieron en los primeros días de su colaboración. Por un tiempo había sido una especie de frontera entre las dos especies. Pero cada descubrimiento de un nuevo pasaje redibujaba los mapas de manera radical, y trazar unas fronteras definidas entre imperios espaciales no era una labor muy fructífera. Los acuerdos diplomáticos entre gobiernos preservaron un puñado de planetas pobres y estériles como tierra de nadie reclamada por todos y por ninguno. Nillitik era uno de ellos. Era, en pasado.

Nillitik no tenía biosfera, ni siquiera atmósfera. Contenía justo los suficientes minerales para que fuera viable llevar a cabo alguna operación independiente, pero la principal actividad de la mayoría de la reducida población del planeta había sido evadir la vigilancia para acoger trapicheos al margen de la ley. Cárteles, contrabandistas y espías pululaban por el lugar. Y luego apareció un Arquitecto y lo retorció para convertirlo en una espiral. Murieron algo menos de un centenar de personas, de las diez mil presentes cuando la vasta entidad entró en el sistema. En una circunstancia

única entre los objetivos de los Arquitectos, casi todos los habitantes de Nillitik contaban con un medio de transporte preparado para partir del planeta de inmediato, aunque la razón fuera el temor a una intervención del Hum o el ataque de algún rival. La destrucción del planeta costó tan poca sangre que probablemente los libros de historia ni siquiera recordarían incluir a Nillitik en las listas de pérdidas.

Por supuesto, el que tan pocos murieran no suponía que la destrucción del planeta no tuviera consecuencias. Muchos tratos se fueron al garete, muchas asociaciones se disolvieron, muchos productos terminaron sin comprador, y muchos compradores se quedaron sin productos. La destrucción de Nillitik fue como remover agua estancada con un palo. Todo tipo de cosas inesperadas aparecieron a la vista de repente. Mientras un montón de gente poco recomendable se veía obligada a reconstruir su vida, aparecieron a la venta, de saldo, muchas cosas que de otra forma habrían permanecido ocultas. Incluyendo información.

A dos mundos de distancia del devastado Nillitik en esa especie de frontera se encontraba la Luna de Hismin, el único lugar habitable de un sistema solar particularmente poco afortunado, y allí fue donde se dirigió la mayoría del comercio. En ese momento la luna disfrutaba de un prodigioso boom de visitantes, y lo que parecía como la cantidad proporcional de especuladores y criminales que debería repartirse por una veintena de planetas había aparecido en el lugar a ver qué podían rapiñar. Y donde hay carroña, encuentras buitres. Específicamente la *Dios Buitre*, capitaneada por Olian Timo, conocida como Olli. Y aunque había muchas razones legítimas por las que la *Buitre* podría estar haciendo negocios en la Luna de Hismin, Havaer sabía que en ese momento se encontraba a sueldo del Aspirat, la división de inteligencia del Partenón y su rival en el juego del espionaje. Lo que significaba que todos estaban allí por el mismo motivo.

Havaer hizo que Kenyon, su segundo al mando, se peleara por un lugar de atraque no alejado de la Buitre, y cuando desembarcaron dio un paseo para ver la ruinosa tartana. Era como un paradigma de la fealdad pero, aparte de las naves armadas por las grandes compañías de los mundos del núcleo, ése era el estándar colonial. Incluso las propias naves de guerra del Hum salían de los

astilleros de Borutheda como si ya hubieran perdido una batalla. Porque, allá por la primera guerra, ése había sido el aspecto de la humanidad: siempre huyendo, siempre parcheando, sin poder detenerse para construir algo nuevo. Una apariencia reluciente, limpia y elegante podría dar la impresión de que se daba la espalda a todo aquello por lo que habían pasado sus ancestros para llegar hasta ahí.

La *Buitre* era una nave de rescate, con lo que buena parte de su silueta venía marcada por un motor gravitatorio sobredimensionado que emergía en mitad de la espalda, permitiéndole aferrar naves mucho mayores y remolcarlas por el nospacio si resultaba necesario. Y habían hecho buenos negocios gracias a su inusual piloto, Idris Telemmier, el inter, que era capaz de llegar hasta esos pecios que salían fuera de los pasajes para perderse en el profundo vacío del nospacio. Salvo que por entonces, como Havaer sabía muy bien, Telemmier se había ido para hacer algo considerablemente más preocupante para la Casa Ácida.

«A no ser que esté aquí». Una leve excitación recorrió a Havaer al darle vueltas a la idea. El Hum no había dirigido órdenes concretas contra el inter renegado, porque estaban en medio de una guerra y ese tipo de cosas no ayudarían a nadie. A un nivel menos concreto, si podía hacerse con Telemmier sin dejar huella, sin duda su próxima reunión de supervisión tendría unos tonos decididamente más luminosos.

Pagó a la cibernet de la Luna de Hismin por el acceso a las cámaras públicas del Cráter 17 y ejecutó unas rutinas de reconocimiento facial hasta dar con ellos. Ahí estaba Olian Timo. No era difícil de localizar con ese cuerpo truncado por amputaciones encajado en el enorme esqueleto escorpión castigar del que se sentía tan orgullosa, y todo el mundo le hacía sitio. También estaba el factor hannilambra, Kittering, que sin duda tenía todo tipo de ventajas a las que recurrir al jugar en casa. Y Solaz, su enlace parteni, sin la armadura energética pero con un puñetero acelerador colgado del hombro, como si fuera a dejar agujeros que llegaran hasta el horizonte a través de las delgadas mamparas del Cráter 17. Pero no había ni rastro del gran premio, Idris Telemmier. Ni de Kris Almier, la abogada, que era en opinión de Havaer la más lista del grupo.

—¿Mundy? ¿Señor? —le llamó Kenyon. Él y los otros dos miembros del equipo le esperaban en dirección a la compuerta de salida al Cráter 17. Havaer asintió, notando cómo la tensión crecía en su interior. Intuía que se encontraría ante algún miembro de la tripulación de la *Buitre* a no tardar mucho. Enfrentado a Kittering en una batalla de apuestas, o en un conflicto de tipo más tradicional contra Olli o Solaz.

No podía perder a ninguno de ellos. No sin que se ensuciara su expediente impoluto ante la temida reunión de supervisión. La Casa Ácida —conocida formalmente como la Oficina de Intervención, el organismo de investigación y contraespionaje del Hum— tenía un profundo y prolongado interés en todo este asunto. Alguien estaba vendiendo sus secretos.

La jefa Laery llevaba sin tener buen aspecto la mitad de la vida de Havaer, pero cuando él entró en su oficina para una reunión antes de esta última misión, parecía prácticamente muerta. Era una criatura escuálida, reclinada sobre una silla automática con una docena de pantallas desplegadas a su alrededor, casi todas apagadas en ese momento. Entendió que acababa de terminar algún tipo de reunión, lo que le daba una razón inmejorable para parecer exhausta y amargada. Aunque ése era el aspecto habitual de Laery. Había pasado demasiado tiempo en estaciones de escucha en el espacio profundo durante su juventud, a menudo sin dispositivos gravitatorios fiables. Sus huesos y el resto de su cuerpo nunca se recuperaron del todo, y necesitaba un exoesqueleto para caminar. Pero su mente era afilada como una navaja, y había dirigido el departamento en el que estaba Havaer desde que entró en él. No era una superior agradable, ni siquiera se podría decir de ella que era «dura pero justa», y en sus peores días su carácter fuerte podía transformarse a toda velocidad en malicia. Sin embargo, conseguía que se terminaran las tareas, y no se deshacía de herramientas que pudiera seguir utilizando. Que era el motivo por el que Havaer no había sido apartado sin más de todo el asunto de Telemmier. En otro caso, el simple hecho de haber salvado el mundo más preciado del Hum de los Arquitectos no habría sido necesariamente lo suficiente como para protegerle de su ira.

—Tenemos una filtración —le dijo directamente—. Algún empleado de mierda de la parte política. Nadie de la propia Casa

Ácida, sino alguien con acceso a través del viceadjunto de la Puta Oficina Que No Necesitas Saber Que Existe. Cuyo jefe fue excesivamente laxo a la hora de decidir quién podía ver las transcripciones de reuniones de planificación a puerta cerrada.

—¿Y a quién se ha filtrado? —preguntó él. «El Partenón» era la respuesta que flotaba entre los dos, porque sonaba justamente al tipo de labor de espionaje que se les daba bien. Nada verdaderamente sucio, sino subversión ideológica. Siempre había alguna apacible intelectual que se disfrazaba a escondidas con un uniforme gris de parteni y se imaginaba lejos de la ineficacia y corrupción coloniales.

Laery cambió el ángulo de la silla, soltando un gemido hasta que encontró la mejor postura. Un par de tubos de alimentación le salían del brazo. Si se suponía que también la aliviaban, necesitaba que le ajustaran la dosis.

—A un acreedor, no se lo pierda. Lo de siempre. Inversiones que salen mal, dinero que queda a deber, dinero que se presta, que pasa de financieros respetables a banqueros de mala muerte hasta llegar a gente de mala reputación. Alguien usó algunas transcripciones como garantía. Y ahora todo sale a la luz, y otro alguien las puso en el mercado. Las transcripciones llegaron hasta una paquetera rumbo al espacio limítrofe. Nillitik.

—Nillitik ya no existe —dijo Havaer con un pestañeo.

—Sí. Y gran parte de la mercancía que debería haber quedado decentemente sepultada allí ahora emerge a bajo precio para reducir las pérdidas. Con lo que hay fuentes que aseguran que nuestros trapos sucios están a la venta. Hágase con ellos. Y si pudiera identificar a los interesados en comprarlos, incluso capturarles o neutralizarles, eso sería un bonus.

Havaer asintió, anticipándose ya a la situación. Había llevado a cabo misiones en el espacio limítrofe con los hanni unas cuantas veces, e incluso llegó a poner el pie en Nillitik en una o dos ocasiones. Todo dentro de sus labores.

Y pese a ello…

—Es donde terminó, por alguna razón.

—Debe de haber alguien detrás de todo esto —dijo Havaer con suavidad.

—Intel sugiere que el rumor llegó hasta el Partenón y ellas son

las principales postoras. Siempre podremos subir la oferta de las patis, pero no es seguro que tengamos más pegada si deciden empezar la pelea. Y como todo el mundo pasa de puntillas por el tema de esa guerra hacia la que ya no se supone que vayamos, una acción importante en el espacio limítrofe puede ser algo en lo que crean que pueden salirse con la suya. Y usted, *menheer* Mundy, mantuvo recientemente ciertos tratos con el Partenón, según reza en su archivo. No del todo loables. Así que quizá pueda disfrutar de la oportunidad de corregir lo sucedido.

Havaer sintió que su dispensador interno le suministraba algunas medicinas para el corazón como si una mano se le posara en el hombro. «Puede que me esté metiendo en mitad de un tiroteo».

—Se le ha asignado un equipo. Sea diplomático. Sea firme. Preferiría que no matara a nadie, pero a veces no se pueden hacer tortillas sin romper huevos. Por encima de todo, recupere los datos, preferiblemente todavía sellados. —Laery le dirigió una de sus miradas penetrantes—. ¿Preguntas?

—¿Podría saber a qué departamento corresponde la filtración? ¿Cómo de desesperados estarán por hacerse con el material?

Ella le miró por un largo instante.

—Eso está por encima de su sueldo —le respondió—. Supongo, porque también parece estar por encima del mío.

Las zonas públicas del Cráter 17 estaban atestadas, al menos las que se encontraban por encima de la labor minera que era la notoria *raison d'être* del lugar. Cada pequeño nicho y recoveco estaba repleto allí de gente embarcada en algún tipo de negocio. Había hannilambras por todas partes, dirigiendo en gran medida el espectáculo. Havaer observó la característica mirada algo tensa de los humanos que intentaban seguir lo que les decían sus auriculares traductores, o que intentaban distinguir el audio de su propio aparato de los demás. Un gran castigar, de la casta guerrera, vagabundeaba a su estilo ofídico entre la multitud, empujando a los miembros de especies más pequeñas con una urgencia sinuosa, meneando la corona de tentáculos acabados en ojos.

Kenyon puso los planos de la plataforma en su nube compartida, señalando el lugar en el que se podría encontrar a su factor, además de otros puntos de interés. Lombard, su especialista técnico, era un

hipocondríaco de primera y su atención había quedado atrapada por un puesto ambulante med-al-hambra. Se suponía que la caridad colonial garantizaba medicinas aprobadas por el Hum para los espaciales en los confines de la Esfera Colonial, pero de todas formas Havaer no habría confiado en nada que hubiera allí a la venta.

Reams, la miembro restante del equipo, se detuvo abruptamente. Havaer le había ordenado conectarse a la cibernet para ponerles al día de cualquier novedad local. Habría sido incómodo, por ejemplo, preguntar por el factor para descubrir que le habían acuchillado el día antes.

—Los Arquitectos —dijo por su canal encriptado. Y al darse cuenta de que había sonado excesivamente alarmante añadió—: No aquí. Han destrozado Cirixia.

Desde que rehicieron el mundo de Lux Lejana y luego fueron apartados de Berlenhof —un hecho del que los cuatro tenían recuerdos personales inquietantes—, los Arquitectos no habían permanecido ociosos. Habían atacado Ossa y Nillitik, y llegado hasta un mundo que no era más que una letanía de números porque el esfuerzo conjunto colonial-castigar por ocuparlo todavía no había acordado un nombre para el lugar. No se habían producido bajas tan numerosas como en la destrucción de la Tierra, pero el ritmo de su actividad parecía más elevado que en la primera guerra. Y ahora le había tocado a Cirixia.

—¿Dónde coño está Cirixia? —preguntó Lombard—. Nunca lo había oído mencionar.

Reams les reenvió el notitipo, y todos se detuvieron para digerir con exactitud su significado. Parecía ser algo ocurrido meses atrás, que sólo había llegado ahora hasta la Esfera Colonial porque la información fiable siempre se arrastraba muy despacio fuera de la Hegemonía, donde se encontraba el planeta.

—Vaya —dijo Havaer—. Esto es significativo. —En Berlenhof habían tenido artefactos hegemónicos, todavía preservados por la inexplicable magia que permitía su transporte entre planetas. Cuando un Arquitecto había aparecido de nuevo en ese mundo, las parteni se habían llevado los artefactos para proteger su principal nave de guerra, la que llevaba a Telemmier y los otros inters. Pero esa vez no había funcionado. Una de las certezas que tenían sobre

lo que los Arquitectos podían hacer o no había resultado no valer más que el papel en que estuviera escrita. De hecho, por lo que había oído, el Arquitecto había enviado… cosas a bordo del buque parteni que habían causado grandes daños, y había confiscado los malditos artefactos antes de proceder a achatarrar la nave. Los Arquitectos estaban de vuelta, recuperando el tiempo perdido, como si se les hubiera agotado la paciencia con el universo.

Y ahora todo un mundo hegemónico, quién sabe con cuántos humanos y otros seres vivos, se había perdido. Durante la primera guerra había sido la humanidad la que estuvo en el punto de mira. Otras especies se habían sumado para ayudar, pero los Arquitectos se habían concentrado sin duda en mundos humanos. Esta vez parecían no hacer distinciones.

«Hace que te preguntes a quién le estuvieron redecorando el patio trasero durante los cincuenta años en que no supimos de ellos». Nadie dudaba de que existían ahí fuera especies con las que los humanos no se habían topado nunca, probablemente muchas de ellas totalmente extintas a estas alturas. El enigmático Heraldo Ash aseguraba ser el último superviviente de una de esas razas perdidas. Los naeromathi y sus arcas langosta eran los restos nómadas de una civilización que había visto cómo todos sus mundos eran reconstruidos.

—Un problema menos del que preocupamos —sugirió siniestramente Kenyon, mientras cruzaban un enorme espacio ocupado por un bar. El Skaggerak era probablemente el garito más desagradable del Cráter 17, abarrotado de humanos, hanni y un puñado de castigar. Drones giratorios flotaban sobre todos ellos para repartir bebidas de las que sólo derramaban la mitad. Te podías emborrachar en el Skaggerak sólo con sentarte con la cabeza levantada y la boca abierta.

Havaer ordenó a Rearas conseguir una ronda, y luego Lombard hizo las suficientes gestiones ante la cibernet y negocios locales como para obtenerles una cobertura como espaciales itinerantes. Sus ojos barrieron el lugar con la mirada mientras levantaba una ceja en dirección a Kenyon.

—Nadie va a salir corriendo a unirse a los sectarios ahora que ya no pueden asegurar protección. —Y ése fue el obituario de Kenyon para quién sabe cuántos miles de millones de muertos, allí donde

demonios estuviera Cirixia. Desde un punto de vista estrictamente departamental, era una evaluación correcta. Cierto número de mundos humanos habían aceptado la oferta de protección de la Hegemonía, durante la guerra y después, pagando el precio de una absoluta servidumbre a los extrañamente ceremoniosos essiel. Y convertirse en un adorador de almejas era probablemente menos atractivo si no te podías esconder en su concha. La tecnología originaria que los hegemónicos habían estado usando como talismán mágico contra los ataques de los Arquitectos ya no parecía ser para ellos más que un inconveniente salvable desde su vuelta.

No era difícil reparar en el viejo exoesqueleto que usaba Olian Timo. Todo el mundo se apartaba de su camino. Pasó lo suficientemente cerca de Havaer como para tocarla, aunque se limitó a hacerse a un lado como el resto. En el interior del enorme escorpión se distinguía la silueta diminuta con muñones en los dos brazos y una pierna, la otra totalmente desaparecida, aunque su actitud beligerante servía para suplir de sobra las extremidades ausentes. No se fijó en él y pasó pisando fuerte para unirse a sus dos colegas, Kit y Solaz. Los tres parecían estar a la que saltara y Olli tenía un aspecto especialmente agitado.

«Los antagonistas». La parte profesional de su cerebro maquinaba medidas y contramedidas: ¿cómo actuar si llegaba el momento de enfrentarse a ellos? ¿Hasta qué punto suponía una amenaza aquel monstruoso exoesqueleto? ¿Había un grupo de hermanas de armas parteni preparadas para actuar a una palabra de Solaz? Comprobó la situación con su equipo. Kenyon había entrado en contacto con el agente y negociaba cómo acceder hasta el vendedor, Reams le acompañaba. Lombard pescaba en busca de interceptar comunicaciones entre Timo y los demás, sin haber conseguido nada útil por ahora. Havaer sintió el repentino impulso de simplemente acercarse y sentarse con ellos, olvidar rencores y charlar de los viejos tiempos. Con esa banda la verdad es que quizá funcionara, pero desde un punto de vista profesional probablemente no quedara bien en su ficha.

Durante algunos latidos de corazón mantuvo la esperanza de que sólo estuvieran allí por casualidad, pero había permitido que el gesto fastidiado de Timo le engañara. Debería haber recordado que ella siempre tenía la misma expresión. Sin previo aviso, los tres se

pusieron de pie y se encaminaron en la misma dirección, con lo que se dio cuenta de que habían aprovechado bien su ventaja. Ya iban por delante de él.

2

Idris

Era el hombre que había rechazado a los Arquitectos en Berlenhof.

El hombre que había traicionado a las Colonias.

Ambas historias fueron retransmitidas por toda la Esfera Colonial, de mundo en mundo, esparciéndose, divergiendo, incorporando todo tipo de especulaciones y mentiras en su trayecto. Ni el Consejo de Intereses Humanos ni el Partenón habían hecho a esas alturas ninguna declaración oficial. Pero todo el mundo lo sabía. A la vez, lo que cada uno sabía era distinto de lo que sabían los demás, separados por el espacio y el tiempo. Lo que nadie sabía era la verdad.

Ni siquiera el propio Idris estaba seguro de ella.

Idris Telemmier había empujado a los Arquitectos desde ninguna parte, porque «empujar» suponía una fuerza y un apoyo de partida con los que ni él ni ningún otro ser humano había contado jamás. A decir verdad, se había limitado a hacer una petición educada. Había adaptado a ese interlocutor toda su preciosa mente intermediaria, a costa de su salud y su corazón. Y, a la postre, había conseguido que le recibiera en audiencia la vasta inteligencia que habitaba como la llamita de una vela en el núcleo de la estructura del tamaño de una luna que era el Arquitecto. Se dirigía a Berlenhof, la capital colonial, mientras mantenía una batalla feroz contra naves de guerra parteni y coloniales. Entre tanto, cualquier nave civil disponible despegaba del planeta o sus orbitales repleta de gente para salvar al menos a una diminuta fracción de la población.

Le había preguntado el porqué, y aquello le había respondido a través de imágenes y comparaciones. ¿Por qué? Porque era un esclavo, y sus amos exigían que cambiara el universo, un planeta poblado tras otro. Como habían hecho a la Tierra un siglo atrás y a

muchos otros planetas antes, para luego remodelar tantas colonias humanas en la guerra que siguió. Ese proceso dio forma a Idris, que pasó de voluntario inexperto a intermediario capaz de hablar con los dioses y surcar el vacío inexplorado entre las estrellas. O como quisieran expresarlo los floridos prosistas que llenaban los mediotipos.

Pero él había implorado, suplicado, y luego rogado de forma amable. Y algún tipo de camaradería entre ambos, el hombre reconstruido y el dios destructor, impulsó a éste a arriesgarse a sufrir la ira de sus amos en lugar de convertir Berlenhof en una escultura desollada que sirviera de monumento conmemorativo de cien millones de almas.

Fue duro para él. También para el Arquitecto. Ya se habían retirado antes, cuando las cosas que destruían empezaron a hablarles. Pero habían vuelto, porque sus amos les fustigaban con el doble de crueldad. Furiosos, sin duda, por sus reticencias. Ni siquiera las reliquias originarias que en su momento les detuvieron bastaban ya para mantener a salvo a un planeta. La campaña de los amos de los Arquitectos contra la humanidad y el resto del universo se había intensificado cincuenta años después. Ya no aceptarían más excusas.

Él ya no era el hombre que había derrotado a los Arquitectos, por tanto, pero había hecho todo lo posible en su momento. Y eso debería suponer que se le debía mucho.

Un mes después, cuando su contradictoria leyenda se consolidaba en cada trayecto por los pasajes del nospacio, un Arquitecto llegó al mundo minero de Ossa, con setecientos noventa mil habitantes. Quedó suspendido sobre la tenue atmósfera del planeta y sus ciudades abovedadas, y desgarró el mundo en una flor grotesca que le costó la vida al noventa y siete por ciento de la población. Cuando Idris supo la noticia, se preguntó si era culpa suya. Si Ossa podría haber sobrevivido si él no hubiera estado en Berlenhof. Porque un efecto colateral de su transformación en intermediario era que no había dormido en medio siglo, así que tenía tiempo para pensar en esas cosas.

Y en cuanto a la traición, los detalles eran igualmente inciertos. El Hum no había hecho ninguna declaración concreta sobre su situación. No había una recompensa por su cabeza. Ni se llevó a

cabo ningún juego de manos diplomático para explicar por qué uno de los tres supervivientes del Programa de Intermediarios original había abandonado su hogar para engrosar las filas del mayor enemigo, las ángeles guerreras del Partenón.

Algunas facciones que florecían en el seno de la Esfera Colonial le consideraban un traidor, sin duda. Los nativistas, humanos para los humanos, maldecían su nombre. Los Traicionados eran la espada oculta en la funda del nativismo, la que desenvainaban en callejones oscuros y sórdidos bares de espaciopuerto, que se mantenía afilada para él.

Algunos decían que le habían comprado. Los Traicionados, que los inters habían abandonado a la humanidad para poder convertirse en lo que eran. Traidores hasta los huesos, a los que sólo se podía retener mediante contratos estrictos y en los que no se podía confiar. Con su deserción, Idris no había hecho más que confirmar sus motivos para odiarle.

Algunos dijeron que lo había hecho por amor. Que había una hermosa parteni esperándole en la flota. Aunque, añadían, a saber cómo distinguiría a una de las demás, dado que todas salían de las mismas probetas, ¿no? O algo parecido.

Como siempre, la verdad era algo más compleja. Si bien un pequeño aunque creciente movimiento dentro de las Colonias, que denunciaba las condiciones en que se creaba a los nuevos intermediarios, estaba más cerca de la verdad de lo que nadie pensaba.

Los primeros intermediarios fueron desarrollados para la primera guerra con el objetivo de contactar con los Arquitectos, a los que las fuerzas convencionales apenas habían conseguido ralentizar en sus avances. Y el plan había funcionado por encima de cualquier expectativa razonable. Idris y sus compañeros habían colaborado en la destrucción de un Arquitecto sobre Berlenhof, la primera —la única— vez que se había conseguido abatir alguno. Y luego, sobre Lux Lejana, él y otros dos establecieron el verdadero primer contacto que llevó al final de la guerra de los Arquitectos con una sencilla declaración: «Estamos aquí».

Por supuesto, habían pasado décadas y los Arquitectos sabían que la humanidad estaba allí, pero se veían empujados de todas formas a su apocalíptica labor. Lux Lejana fue el primer lugar que

rehicieron antes de su segunda visita a Berlenhof.

Poco después de que el Programa de Intermediarios empezara a dar resultados, se descubrió que los inters servían para mucho más que actuar como contramedidas bélicas. Una nave pilotada por un inter podía llegar a cualquier parte a través del vacío profundo del nospacio para aparecer sin previo aviso sobre un planeta. El trayecto no era agradable. Había motivos adicionales al paso del tiempo por los que, de aquella primera promoción, sólo Idris y dos inters más seguían con vida. Eso les hacía valiosos.

El Programa de Intermediarios original tuvo una tasa de éxito en torno al diez por ciento. Se había nutrido de voluntarios, como el joven Idris, y tuvo como resultado una enorme cantidad de cadáveres con espectaculares embolias, accidentes cerebrovasculares y otros problemas médicos para los que la ciencia ni siquiera tenía un nombre, además de un puñado de inters que tuvieron al universo en la palma de sus manos.

Después de la guerra, la tarea quedó en manos del Comité de Enlace, que se quedó sin voluntarios una vez que el futuro de la especie dejó de estar en juego. Completaron los cupos necesarios con criminales. Su tasa de éxito era una décima parte de la del programa original y sus inters se licenciaban encadenados a contratos estrictos, prácticamente esclavos salvo por el nombre. Y también sometidos a otro tipo de controles, según decían los rumores. Eran herramientas para facilitar envíos de alto valor, pilotar naves de guerra, conducir viajes diplomáticos o rastrear áreas lejanas para el Cuerpo Cartográfico. Pero como únicamente llegaban a convertirse en lo que eran bajo coacción, los Arquitectos no les escuchaban. Los Arquitectos, ellos mismos esclavos a su vez, no estaban dispuestos a atender las peticiones de quienes no eran más que propiedades empujadas a salvar a sus propietarios. Eso fue lo que descubrió Idris la segunda vez que los Arquitectos llegaron a Berlenhof.

El Hum seguía trabajando hasta ahora con el Comité de Enlace para rectificar la situación, y probablemente habrían escogido personal entre el nuevo flujo de voluntarios. Hubieran querido que Idris formara parte de esa nueva etapa, y le habrían dado cualquier cosa que hubiera pedido para asegurarse su colaboración. Todo de buena fe, sin ningún tipo de contrato abusivo. Pero a esas alturas

era un inter veterano, aunque los años hubieran dejado de avejentarle cuando salió del programa. Recordaba esa tasa del noventa por ciento de mortalidad y sabía que no era el tipo de hombre dispuesto a pastorear a un grupo siempre menguante de ilusos. No tenía la fortaleza necesaria para soportar las pérdidas.

Lo que sólo dejaba al Partenón.

El Partenón no tenía intermediarios. La gente de Idris representaba la mayor ventaja estratégica del Hum en caso de que estallara una guerra entre los dos principales estados que emergieron de las ruinas de la Tierra. Cuando Idris Telemmier se llevó su afamado cerebro al desertar con ellas, mucha gente aseguró que jamás se lo perdonaría.

Y esa mañana se arrepentía.

En las Colonias, la gente imaginaba que el Partenón manejaba su estructura social completa como la tripulación de una nave, con todo el mundo marcando el paso, todo funcionando según una agenda estricta, sin tiempo para charlas insustanciales o pensamientos sediciosos.

La parte de la agenda estricta era cierta. Para un espacial acostumbrado a una vida impredecible, de continuos cambios, acostumbrarse era difícil. Para alguien que literalmente no podía dormir resultaba espantoso. La sororidad a la que había sido asignado nominalmente Idris tenía fijado su horario de trabajo, su tiempo de ocio y su periodo de descanso. Después de una semana de quedarse durante horas tirado sin más en su litera o ver los mediotipos a los que le permitían acceder —la mitad producción local de tono peculiar, la otra mitad importaciones coloniales con un desconcertante doblaje parsef—, acabó por salir en busca de otra sororidad que tuviera turnos distintos. Se sentaba con ellas, intentaba practicar su terrible nivel del idioma, y más que nada procuraba sentirse acompañado, en lugar de quedarse donde le correspondía. A ellas no les había gustado. No se había dado cuenta de lo mucho que se había esforzado su propia sororidad para no enloquecer ante su presencia. Era el único hombre que había visto cualquiera de ellas. No es que se les demonizara activamente en el Partenón de la forma en que clamaban los nativistas, pero no estaban acostumbradas a alguien así. Su llegada despertaba miradas que ponían fin a conversaciones.

Nada de eso era lo peor de todo, sólo que hacía aún más difícil de soportar la parte realmente mala. Que era el trabajo. Y justo entonces, tras abandonar otro intento nocturno de socialización, estaba tumbado, despierto, temiendo el momento en que todo, volviera a empezar.

Únicamente podía culparse a sí mismo. Había concebido una forma de llegar a un acuerdo con Solaz, su reclutadora. La verdad es que ella era mucho más que eso para él, pero en ese momento el rol de reclutadora era el preponderante. Fue difícil. Traumático. Y vivir entre las parteni y sus millares de rarezas lo complicaba todo aún más.

Si hubiera seguido en las Colonias, y aceptado la oferta para trabajar en Berlenhof, sin duda la vida habría sido más fácil. Le habrían dado todo el dinero que cualquier humano pudiera desear, lejos de todas aquellas dificultades y circunstancias estresantes. El único inconveniente habría sido lo mucho peor que sería el trabajo en sí. Muchísimo. No podría haberlo sacado adelante. Ahora mismo, después de convivir con las parteni durante seis meses, había conseguido para ellas exactamente ningún intermediario, justo la cifra que cabría esperar, y habría sido la misma si hubiera dispuesto de una suite con elegantes habitaciones en un orbital de Berlenhof para alojarse allí. Sin embargo, también había asistido a la muerte de exactamente ninguna de sus candidatas, lo que hacía que todos los demás inconvenientes valieran la pena.

Lo primero en el orden del día era un chequeo con su doctora. Para ser precisos, con una cognoscente superior. Les preocupaban las unidades colmeneras que mantenían el latido de su corazón, regalo de un viejo amigo. Las parteni preferían reemplazos orgánicos bioajustados, y les preocupaba el efecto a largo plazo de que un trío de insectos ciborg se encargara de su circulación sanguínea. Después de eso tocaba el paseo al trabajo.

La nave jardín *Ceres* era enorme, y se encontraba en órbita de un rocoso mundo muerto junto a un pequeña flota de naves parteni menores. Su tarea era producir alimentos, pero también albergaba a miles de personas. Disponía de colegios, instalaciones deportivas o parques arbolados, creando una desorientadora ilusión de mundo abierto bajo las cúpulas siempre orientadas hacia la luz solar. Y las parteni estaban por todas partes: mujeres de su turno que

marchaban a sus labores a un paso que él nunca podría igualar; mujeres en el turno de descanso que paseaban y charlaban, jugaban y se abrazaban con una intimidad que ofendía la sensibilidad colonial de Idris. A esas alturas ya no se le quedaban mirando, y él procuraba no mirarlas tampoco. Todas esas siluetas y caras tan similares, y tan decididas. Incluso cuando no hicieran nada más que sentarse en alguna zona verde y leer de su pizarra, transmitían tal aire de determinación que le resultaba difícil pensar que estaban «de permiso». Sin duda, aunque pareciera algo distinto, actuaban siguiendo algún tipo de órdenes. Eran sus prejuicios coloniales los que hablaban, pero no podía evitar creer que fuera la realidad.

Llevaba allí seis meses y aún no se acostumbraba a que hubiera parteni civiles. No es que fueran exactamente civiles, dado que cada mujer trabajaba para el estado y el estado era, de hecho, la flota. No había reparado hasta entonces en qué medida su juicio sobre las personas estaba basado en el dinero. En las Colonias había ricos y pobres. Había visto la opulencia de los primeros en Berlenhof y Magda, mundos con asentamientos antiguos y prósperos donde residía la gente importante. Había vivido entre los segundos, porque las colonias con menos recursos y la gran mayoría de los espaciales dispersos nunca eran ricos, y vivían entre constantes reparaciones, peticiones de crédito y cubrir las necesidades a duras penas. Sabía que la renta *per capita* del Partenón era inferior a la de las Colonias. Nadie aquí exhibía productos suntuosos, pero tampoco nadie presentaba una delgadez que pregonara desnutrición u otras necesidades obvias. Sospechaba que en gran medida era debido a que sus anfitrionas no le dejaban ver las partes malas, y lo que pudiera estar a la vista le pasaba inadvertido porque no sabía qué buscar. Aunque otra parte de él pensaba: «¿Hasta qué punto todo esto no es más que seguir con la inercia? Vivir todos estos años como si hubiera una guerra, sin posibilidad de quejarse o salirse del camino. ¿Cuánto se puede seguir así sin que todo descarrile?». Pero él venía de fuera y puede que nunca llegara saberlo.

Su propio camino al trabajo le llevó más allá de los niveles cultivados a los muelles de las áreas inferiores de la *Ceres*. La proporción de insignias y colores de los uniformes variaba al internarse en zonas donde pesaba más la presencia militar. Aquí estaban las mirmidones, las ángeles guerreras que eran la imagen

del Partenón en las Colonias. Por aquí paseaban las tripulaciones en rotación constante de las naves atracadas, las militares de permiso, y la nada desdeñable fuerza que la *Ceres* mantenía para su propia defensa. El universo era un lugar peligroso, y una nave jardín presentaba un objetivo fácil.

Para entonces ya conocía el lugar. Se encontraría una serie de caras nuevas pero similares esperándole. Serían parteni en cualquier fase de la vida, jóvenes y mayores, nerviosas sobre todo, mirándole como si tuviera dos cabezas. Algunas resentidas, porque se les había pedido que le obedecieran a rajatabla aunque no formara parte de la cadena de mando o de su propia sociedad. Sólo era un pequeño espacial colonial, delgadito, vestido con ropa parteni que le quedaba demasiado ancha y botas con las que seguía tropezando, de gesto vacío y orejas de soplillo, que se sobresaltaba por cualquier ruido.

Saldrían en uno de los transportes ligeros, pondría sus manos sobre los controles y muchas de ellas se conectarían a las grabadoras neurográficas que estaban separadas por un cortafuegos de los ordenadores de la nave, que no soportarían el nospacio mejor que una mente humana.

Las llevaría al nospacio, despiertas. Como nadie lo hizo antes. Antes les habría hablado al respecto, una charla dubitativa que no por repetida se volvía más fácil, bajo la mirada de todos aquellos rostros similares que mostraban una alarma creciente, uno detrás de otro. Todas sabían lo que les podía ocurrir si se adentraban sin protección en el nospacio, pero de todas formas intentaba explicárselo. «Estaréis solas», les decía, para luego añadir, después de dar algunas vueltas, «pero no estaréis solas».

Porque el nospacio no era real. Y cuando entrabas en el nospacio, tampoco eras real tú. Existías sólo en la burbuja de tu propia consciencia, e incluso si te agarrabas dolorosamente a la mano de tus compañeras más próximas, como hacían muchas, esos dedos aferrarían la nada en el momento en que la nave se escurriera de la realidad.

Los pilotos normales que conducían a través de pasajes se desconectaban en ese momento, dentro de sus propias camas de suspensión, para despertarse sólo cuando la nave llegara a su destino. Pero Idris iba a conducirlas al vacío profundo entre las

estrellas, al que no llevaba ningún pasaje. Debía seguir despierto en el trayecto, como todas las demás, para que las grabadoras registraran lo que pasaba por la cabeza de cada una.

Emergerían después de apenas unos minutos subjetivos en algún punto sin soles, una mota sobre el lienzo de estrellas situadas a años luz de distancia, y sabía que escucharía los ruidos que se escaparían de las parteni resistiéndose a llorar delante del colonial.

Y luego volvería a hacerlo, y otra vez, porque las grabadoras fallaban mucho en los propios saltos en sí, y necesitaban todos los datos posibles.

Las parteni buscaban posibles intermediarias. Y nadie nacía inter. O, más bien, sólo lo había hecho una persona: la mujer a la que llamaron Santa Xavienne, que alejó a un Arquitecto en Puerto Forthbridge y así puso en marcha el programa que había creado a Idris. Pero el programa había supuesto muchísimo trabajo invasivo, cirugía y quimioterapia, y toda una reconstrucción de los cerebros necesaria para rehacerlos como era el de Xavienne, o morir en el intento. La mayoría de los cerebros humanos no podían sufrir esas alteraciones y continuar operativos, y ni siquiera ahora el Comité de Enlace tenía forma de predecir quién pasaría el corte o no. Pero de vez en cuando producían un inter viable.

Se había marchado al Partenón porque existía una ligera posibilidad de que ofrecieran mejores perspectivas, y para Idris la razón de ser de los intermediarios era defender a la humanidad contra los Arquitectos. Su potencial utilidad militar en una posible guerra entre el Partenón y las Colonias era algo en lo que no pensaba. A veces pasaba noches enteras en vela no pensando en ello.

El Partenón tenía un problema respecto a los inters. Un aspecto de la vida en la Ceres que Idris encontraba especialmente opresivo eran las imágenes de la doctora Sang Sian Parsefer presentes en oficinas, aulas y lugares públicos, en carteles o medallones, a veces incluso como marca de agua bajo los textos de mensajes oficiales. La mujer que había diseñado y construido el Partenón, tiempo atrás, antes de la primera guerra. La mujer que había creado una nueva y estrictamente definida rama de la humanidad de acuerdo a sus propias preferencias. La mujer que, ya en su vejez, había enviado a sus creaciones en ayuda de los refugiados de la Tierra, sí, pero

podría haber actuado de otra forma. Se decía entre los nativistas coloniales que había sido una eugenista pura y dura, aunque Solaz explicaba que había empezado con un genoma tan diverso y saludable como le fue posible, una auténtica mezcla interracial de inmunidades y resistencias. Salvo que el objetivo central del experimento era evitar lo que Parsefer había considerado como los problemas de la caótica evolución de la humanidad, así que había tocado y retocado y jugado a ser Dios.

Idris paseaba bajo la severa mirada grabada de Parsefer, intercambiaba saludos amables con todas las tranquilas y educadas mujeres que le rodeaban, y sabía que estaba trabajando posiblemente para poner un arma terrible en las manos de personas cuyas descendientes podrían convertirse en monstruos. Su sociedad había vivido toda su historia en el filo de la navaja, tambaleándose sobre ese abismo que supondría dar el paso de únicamente sentirse mejores a considerar que, en consecuencia, estaban autorizadas a borrar del mapa a quienes fueran peores.

Ninguna Santa Xavienne había surgido de las filas del Partenón para crear su propio Programa de Intermediarios, ni surgiría. Las manipulaciones de Parsefer suponían que simplemente no contaban con la suficiente variedad genética para producir rarezas de ese tipo, víctimas del éxito de su creadora. Podría darse el caso —Idris a veces incluso lo deseaba— de que fuera algo totalmente imposible. Que las semillas que permitirían el florecimiento de una intermediaria se hubieran caído al suelo de la sala de despiece de la doctora Parsefer cuando terminó su creación. En cuyo caso él se habría convertido en el architraidor de las Colonias absolutamente para nada, y quizá sería la mejor conclusión.

Pero si encontrara un solo caso de una parteni cuyo cerebro reaccionara de la manera adecuada para ser una potencial inter, podría haber muchas más. Cada sujeto a la que se llevaba a dar una vuelta representaba una línea genética específica, una combinación particular de los rasgos parteni. Si encontrara una sola candidata viable, y llegara a convertirla en una intermediaria funcional, esperaba poder repetirlo con tantas como fueran necesarias sin el precio en vidas de los métodos coloniales. Ése era el plan y por qué lo había hecho todo, por qué había dedicado seis meses a provocar pesadillas a todas esas mujeres a las que había conducido hasta el

vacío.
La monitora Felicidad le esperaba, como siempre. Sospechaba que había puesto su reloj, o el equivalente que usara, dos minutos adelantado, porque sería de mala educación que el colonial tuviera que esperarla. Al no necesitar dormir, Idris podría haber jugado con ella hasta terminar con que ninguno de los dos se marchara nunca del laboratorio, pero no era su estilo. En su lugar, se limitó a saludarla educadamente y fue a ver a quién le habían traído.

«Lo de siempre», fue lo primero que pensó. Veinte mujeres de edades aparentemente comprendidas entre los dieciocho y los ochenta, si bien el Partenón tenía la costumbre de poner en hielo a sus siervas útiles hasta necesitarlas. Con lo que la de aspecto más joven bien podría haber nacido una década antes que él mismo. Sabía que les daban un resumen aliviado de detalles escabrosos que no servía del todo como explicación de lo que les esperaba, pero todas estaban dispuestas a aportar su granito de arena al servicio de la *Madre*. O al menos estaban dispuestas a no parecer indispuestas. Le daba la impresión de que una parte importante de la cultura parteni consistía en poner al mal tiempo buena cara.

La monitora Felicidad seguía sus pasos con un distintivo taconeo de botas. Parecía la tía o prima de todas las demás alineadas para la inspección. La doctora Parsefer, fuera cual fuera su verdadera intención, había sabido lo que le gustaba encontrar en una cara, y escogió rasgos de una docena de grupos étnicos distintos. Era un rostro atractivo, redondo, de ojos rasgados, de cabello oscuro con el peinado reglamentariamente corto. Los ejemplos que tenía ante sí en ese momento hacían todo lo posible para no parecer temerosos ni problemáticos.

«Ellas no son las voluntarias», se recordó. Si hubieran llegado hasta ese punto, no serían estas mujeres las que se dirigieran a la picadora. Eran simples sujetos de estudio, parte de un ejercicio de recogida de datos.

Se detuvo para volverse hacia la sonrisa suavemente educada de Felicidad. Hizo gesto de hablar, pero se detuvo porque la sugerencia era ridícula. Salvo que la corazonada no desaparecía.

—Monitora…

Una ceja alzada, nada más.

—Esta mujer… ¿no ha estado ya aquí antes?

El objeto de su curiosidad parecía más joven que él, con el corte de pelo quizá un poco más corto que el del resto. Puede que se debiera a que daba la impresión de ser algo más pequeña, como si tuviera un aire más hambriento, colonial, como el suyo. Sólo que no la habría distinguido del resto de la fila de haber estado a cualquier distancia. Nada más que justo ahora, cuando pasaba delante de ella.

—Identifíquese, hija —dijo la monitora Felicidad.

—Cognoscente Tumba, Sororidad Bathory, División Medusa —soltó la mujer, con un ligero temblor en la voz.

«Es ella. Es su segunda vez. ¿Qué está pasando». Pero Felicidad les estaba dando órdenes, enviándolas al transporte con un «*prête à combattre*?».

—*Prête*, madre. —Y se pusieron en marcha hacia la compuerta, pasando por delante de Idris como si no ocurriera nada.

—Monitora… —empezó Idris, pero ella le indicó que las siguiera.

—No es más que otra ronda de grabaciones, *menheer* Telemmier. —El trato formal colonial le hacía sentir más pequeño cada vez que salía a relucir—. A la vuelta le explicaremos todo. Pero… ¿cómo la ha reconocido?

—Yo… —«Pelo, complexión, algo…»—. No lo sé. Pero no puede empezar a ocultarme cosas. No es lo que acordamos.

El gesto de Felicidad sugería que no había encontrado ninguna referencia al respecto en la letra pequeña de su contrato. Aunque dado que había sido Kris quien de hecho redactó ese contrato, Idris no apostaría nada al respecto. Por ahora, con todo, debía concentrarse en poner a ese nuevo grupo en camino.

El transporte ligero *Vivaz* no era más que un cascarón capaz de llevar algunas escuadras de mirmidones donde hiciera falta, lo que suponía que estaba armado con aceleradores y podía superar escudos gravitacionales serios. Tenía a las candidatas atadas en dos filas de asientos en el eje de la nave, detrás de él. Y si había alguna parte de ese miserable trabajo que le gustaba era tener que volar cada día en naves parteni. Las coloniales priorizaban redundancias que favorecían la robustez, o al menos según el concepto de un espacial. No tenían un cuadro de mandos desde el que se podía controlar todo, por la misma razón que no había una persona que diera órdenes todo el tiempo. El Partenón, con su sociedad

totalmente militarista apuntando en la misma dirección, estaba a la última en cuanto a diseño de naves. Tenían las mejores antes de la primera guerra: mejores que las de la Tierra, y que varias de las especies alienígenas encontradas por los humanos. Quizá la Hegemonía era la única que las superaba, pero la tecnología hegemónica estaba simplemente un orden de magnitud más allá de cualquier cosa que los humanos pudieran soñar. Manejar incluso un carguero parteni de tercera clase como aquél era una auténtica diversión, y eso que él había pilotado juguetes mucho más llamativos en el pasado, durante la guerra y después.

Y sí, el control de la *Ceres* estaba pegado a su culo y podía hacerse con los mandos en cualquier momento que quisiera, si él intentaba pasarse de la raya. Pero aun así…

—Vale, llevamos haciendo esto… Llevo haciendo esto desde hace un tiempo. Supongo que ya lo sabéis la mayoría. —Hablaba por encima del hombro, escuchando su propia voz entrecortada y temblorosa por lo extraño de la situación. Imaginaba las miradas que dirigían a ese colonial que ocupaba el asiento del piloto. Algunas de ellas eran pilotos también, a juzgar por lo que había entrevisto de las insignias de sus uniformes. Otras pertenecían a distintas ramas de las mirmidones, las famosas ángeles guerreras del Partenón. Y algunas, como esta Tumba, eran técnicas o científicas de algún tipo, las cognoscentes. Quizá alguna fuera una monitora administradora, lo que vendría a significar que se ocupaba de cualquier tarea posible, desde archivera hasta espía.

—En un momento saltaremos al nospacio y nos adentraremos en el vacío profundo. Luego saltaremos de vuelta. Básicamente vamos a… ir y volver, adelante y atrás. —Pudo escuchar el murmullo de una traducción, una voz artificial femenina que convertía su nervioso colvul en algo que esperaba que sonara algo más tranquilizador—. Sabéis lo que os espera despiertas en el nospacio. Habéis oído… —Fue extrañamente consciente de la mirada de la cognoscente Tumba atravesando el asiento hasta la parte baja de su espalda, lo que por supuesto era algo imposible—. Mirad, no voy a mentiros, no es divertido. Pero ya lo sabéis, os lo dijeron, os explicaron que… —Había toda una serie de ejercicios mentales que ordenaban hacer a las candidatas mientras se encontraban en el nospacio, y eran un sinsentido. Servían simplemente para

proporcionar un punto de partida a las lecturas neurográficas. Y él seguramente debería decirles que nada de eso era real, que lo que estaban a punto de sentir, del lado equivocado de los límites de la realidad, era tan sólo la reacción de una mente sensible expuesta al nospacio. Salvo que no había encontrado a un solo inter que se lo creyera, al menos no después de varios viajes. Desde luego él mismo no lo creía.

—De todas formas —continuó miserablemente—, tengo permiso de la *Ceres*, así que vamos a ello, *¿compris?*

—*Compris*, madre —respondió la mitad de ellas, según la costumbre parteni.

«Esta vez hay algo distinto». No sabía qué, ni cómo lo sabía.

Pero…

Sus manos dieron las órdenes, apagaron los sistemas superiores de la nave e hicieron girar el gran anillo del motor gravitatorio para impulsarles en una dirección imposible, hasta el lugar donde lo real no debía llegar.

Se sumergieron en el nospacio sin dejar apenas huella.

3

Solaz

Solaz había esperado hablar sin que se pusieran caras, sólo a través de audio, después de pasar por más agentes, todo un bailoteo con hannilambras educadamente retorcidos, cada uno llevándose su mordida. En su lugar, Kittering negoció una reunión cara a cara con el vendedor. La cebolla no tenía más capas.

Olli, por supuesto, disfrutó de la oportunidad de demostrar cuánto sabía sobre la forma en que funcionaban allí las cosas.

—Los comunicadores hanni —explicó la especialista en drones mientras cruzaban dos pisos de áreas habitables y de trabajo— funcionan como si todo estuviera a la vista. Es un campo abierto. En resumen, hablas de lo que sea y todo el mundo te puede escuchar. Como un bazar antiguo. Si quieres privacidad, tienes que encontrar algún lugar fuera de la vista y reunirte físicamente. Lo que tiene sentido porque la mitad del lenguaje hanni consiste en agitar los brazos.

Kit se detuvo e hizo justo eso, con los brazos blindados haciendo parpadear los brillantes anuncios que mostraba en esta ocasión.

—Es algo más complicado —comenzó el pequeño traductor del alienígena con forma de cangrejo—. Y también: llegada. —Había dirigido al trío a una rampa de metal que llevaba hasta una habitación a oscuras. El vendedor debía estar allí, en teoría.

Hubiera preferido ir con un grupo de sus compañeras mirmidones armadas, pero no había tenido opción, dada la tensión política del momento. En su lugar, el Aspirat necesitaba un equipo que pudiera moverse por un lugar como el Cráter 17 sin llamar la atención, y para esa tarea los recursos del Partenón eran limitados. Sin embargo, se daba el caso de que el recientemente reclutado Idris Telemmier había traído consigo una navecita cutre y una

tripulación a juego.

Por lo que explicaba el dossier que habían entregado a Solaz, su misión allí era un negociete dudoso. Nadie sabía si esos supuestos secretos coloniales eran ni siquiera auténticos, pero el Aspirat había decidido que no podían ignorar esa posibilidad. El Partenón también andaba escaso de recursos humanos en los que confiar, y de ahí el uso de la tripulación de la *Dios Buitre*. Incluida Solaz, su responsable, al menos de manera oficial.

Los peldaños estaban diseñados para hanni, lo que suponía que resultaban desagradablemente pequeños para los humanos. Olli podría haber tenido verdaderos problemas en hacer bajar la masa de su escorpión, pero ni siquiera dudó, y siguió camino con la delicadeza de una bailarina dentro de la estructura de cuatro patas. A medio camino surgió una voz de unos altavoces colocados en las paredes.

—Hasta ahí. Dejen que les escanee. —El tono era tan suave y agradable como el del traductor de Kit.

—Escanea lo que quieras, que vamos bien puestos —repuso Olli con tono alegre.

Tras una pausa pensativa, el altavoz continuó.

—Cristo bendito, ¿eso es un acelerador? —Las palabras contrastaban con el tono de la voz artificial.

—Si eres tan tonto como para hacer tratos con las patis, es lo que te encuentras —replicó Olli.

—Puede que sea mejor que hable yo cuando estemos abajo —murmuró Solaz—. Diplomacia, ya sabéis.

Olli hizo un ruido maleducado.

—Vale, pueden bajar —les informó la voz.

—¿Qué? —preguntó Olli—. Quiero decir, ¿cuántas superarmas deberíamos llevar para que nos dijeras que nos fuéramos?

—El escaneo buscaba patógenos, no armas. Algunas estamos preocupadas por nuestro sistema inmunológico. —Mientras el escorpión daba los últimos pasos y salía al espacio abierto que había al final, la voz de una mujer añadió—: Demonios, y yo que pensaba que estaba mal. ¿Dónde coño están los demás?

Solaz hizo una mueca, confiando en que Olli dejara pasar el comentario, pero la especialista respondió.

—Joder, justo detrás de ti. —Y ya estaban allí los tres, en una

oscuridad a la que sus ojos se acostumbraron rápidamente.

La sala estaba repleta de cajones de metal y plástico, los que se usaban para cargas pequeñas, y que los espaciales utilizaban para llevar sus posesiones personales de nave en nave. Algunos estaban abiertos, algunos vacíos, otros repletos con el tipo de tecnología anticuada que nunca se desechaba del todo aquí, en los confines del espacio humano. Era algo que provocaba el desprecio en muchas parteni, esa mentalidad acaparadora, mezquina, de los coloniales. Salvo que Solaz había visto a sus técnicos —y los espaciales eran todos técnicos en mayor o menor grado— extraer oro de la basura en situaciones que sus homólogas parteni habrían dado por imposibles. La verdad es que su gente no tenía idea de hasta qué punto se podía hacer de la necesidad virtud para salir adelante.

En el centro de la sala, sentada en un exoesqueleto andador, estaba su anfitriona, o la mayor parte al menos. Le faltaba una pierna, un brazo y media mandíbula. Los reemplazos mecánicos eran, por decirlo suavemente, poco favorecedores, y desde luego estaban lejos de ser nuevos, si bien las cosas «nuevas» eran como unicornios en sitios así. Solaz podría haber pensado que las heridas se habrían producido en la evacuación de Nillitik, pero la piel alrededor del implante de la mandíbula estaba punteada por cicatrices envejecidas, rodeadas de moratones y venas visibles por los intentos del tejido vivo de rechazar a sus vecinos artificiales. «Preocupada por su sistema inmunológico, vale».

—Olli —dijo ésta señalándose a sí misma, y luego apuntó a los demás—. Kit. La pati Solaz. Ella es la del dinero. ¿Te molesta tratar con patis?

Los ojos cibernéticos repasaron a los recién llegados. Era vieja, vieja para una espacial, para cualquier humana. Le colgaba piel arrugada de los huesos de pajarito de su mano orgánica. El rostro estaba surcado y cruzado por arrugas. Llevaba un cilindro grapado a la ceja, un dispensador con dos cánulas que le dosificaban chutes esporádicos de algún tipo de droga, pero tenía una mirada viva.

—Drayfus —se señaló a sí misma con la mano de plástico, que estaba pintada de un rosa amarillento, más claro que su piel bronceada y que tampoco era del mismo tono que la mandíbula postiza—. ¿Te mutiló un castigar o algo así? Les he visto cortar limpiamente las extremidades de gente.

—De nacimiento —respondió brevemente Olli—. ¿Y tú?

—Una nave. —Drayfus miró a Solaz—. Eres la que han enviado, ¿no? Esperaba a un pelotón de mirmidones. Con una banda marcando el paso y una salva de honor. —Hizo el gesto de tocar una trompeta. El dedo meñique de su mano falsa siguió temblando con pequeños espasmos después de que lo dejara—. Pero conseguiste a una tripulación espacial para que te trajera hasta aquí. Bien visto. Quizá podamos hacer negocios.

—Depende de lo que realmente tengas a la venta —dijo Solaz.

—Ya lo sabes.

—Falta la procedencia de lo declarado —observó Kit—. Descripción vaga del contenido.

Drayfus se relajó en su asiento. No había movido en ningún momento la pierna artificial, quizá ya no funcionaba.

—Ah, bueno, respecto a eso. No quería impresionaros.

—¿Qué tal si empezamos con el motivo por el que quieres tratar con ellas… con nosotros, quiero decir? —soltó Olli, pese a la mirada de aviso de Solaz—. Quiero decir, el Partenón… no es la primera elección de nadie que espere sacar una buena viruta, ¿verdad?

Drayfus soltó una carcajada a través del implante de la mandíbula.

—Luché en la guerra, chicos. Fui la última en salir de la *Lethbridge* sobre Amraji. No fue allí donde conseguí estos *souvenirs*, por cierto; llegaron después.

«Más vieja de lo que pensaba», se dijo Solaz. Y luego ya en voz alta.

—Yo también. En la guerra. Berlenhof, entre otros sitios.

—¿La primera vez?

—Bueno, las dos, supongo —admitió Solaz.

—Joder. —La voz de Drayfus cobró una nota de respeto que no había aparecido antes—. Bueno, vamos a ver. Dad por hecho que luché. Les di lo mejor de mi juventud. Y luego acabó la guerra, y no tuvimos la oportunidad de meternos en hielo como vosotras, chica. Yo lo hubiera preferido. Como el rey Arturo, ¿sabéis a lo que me refiero?

Solaz no tenía la menor idea de lo que quería decir, pero se limitó a asentir.

—Así que probablemente intuiréis que mi carrera se vio

perjudicada después.

—Dame un nombre —dijo Olli, mirando con amable interés a la mujer. Siguió una pausa hasta que respondió, sin ninguna expresión.

—*Dumas.*

Olli silbó. No significaba nada para Solaz, pero luego Kit se acercó, y el traductor murmuró en tono muy bajo.

—Piratas. Gran éxito, luego destrucción. —Y mirando a Drayfus, puede que se llevara la mitad de ella. Solaz nunca se había topado con piratas, pero las parteni habían combatido contra unos cuantos. No era un negocio que idealizaran. Demasiados coloniales habían decidido probar suerte contra naves parteni.

«Pero a esto me dedico ahora». Era lo que añadía el término «ejecutora» a su rango. Porque a veces un pirata podía tener lo que querías.

—Es algo que… ¿pirateaste?

—No exactamente. Pero vale, pirateado, sí. —Un pequeño paquete de información apareció en la pizarra de Solaz, enviado directamente desde el andador de Drayfus sin pasar por la red pública hanni. «La procedencia», como había dicho Kit. Había pasado por una serie de manos que empezaban con un mensajero del Hum que mantenía algunos malos hábitos y cayó en compañías equivocadas. Entre sus propiedades se contaba un cilindro de datos sellados, y sus vengativos acreedores tuvieron la agudeza suficiente como para darse cuenta de que mantener intacto ese sello y preservar el secreto de su contenido aumentaría su valor. La única pista que daba el exterior es que eran las actas de algún tipo de subcomité en las entrañas del Hum, pero si se lo estaban llevando físicamente a algún personaje colonial, seguramente debía de incluir algo clandestino y valioso. Una vez se abriera el sello y resultara ser nada más que las finanzas de alguna granja magdana no se le podría sacar ningún beneficio. Después, el cilindro había cambiado de manos varias veces más, probablemente unas en pago de deudas y otras de forma no del todo voluntaria, hasta acabar en manos de Drayfus, que hizo correr la voz.

—No sois los únicos compradores posibles, obviamente —dijo la antigua pirata—. Incluso hay unos tipos del Hum en la estación, a la espera de reunirse conmigo. Me encanta ser tan popular.

—¿No se limitarán a arrestarte?

—No tienen jurisdicción en el espacio limítrofe —respondió Drayfus con seguridad—. Y quieren lo que tengo, soldado. Vendrán con un buen saco de viruta y posiblemente un indulto, si es que lo quiero.

Solaz asintió.

—Vamos a hablar con franqueza entonces. Tengo ciertos fondos. Las dos sabemos que si el Hum quiere puede superar cualquiera de mis ofertas. Pero ya hemos hablado lo suficiente para darme cuenta de que no eres alguien al que le guste perder el tiempo.

—¿De dónde saca los fondos el Partenón? —dijo Drayfus tras una nueva risotada—. Quiero decir, vuestro rollo es lo de «a cada una según su necesidad», ¿no?

—Comerciamos. Tenemos bienes que podemos vender, y ofrecemos servicios. Muchas veces no directamente a las Colonias, porque podría resultar problemático, pero damos escolta armada a los hanni y los castigar. —Y luego añadió, con un gesto pétreo—: También cazamos piratas, ya sabes.

—Oh, lo sé. —Mostró una sonrisa asimétrica—. Tengo un precio, soldado. Y aceptaré tu viruta, no me malinterpretes, pero llevas razón, el Hum siempre te podrá superar en cifras. Sin embargo, hay algo que puedo conseguir de ti que ellos no me darán. El caso es que me quiero retirar. Estoy harta de la vida de espacial. No conozco a nadie que tenga ni siquiera diez años menos que yo. Quiero retirarme en el Partenón y ser una de las que reciban de acuerdo a sus necesidades. Incluso os enseñaré algunos trucos de piratería si en algún momento vuestro gran experimento quiere ir por ahí. Deberíais planteároslo. Lo haríais bien.

Solaz pestañeó. Miró a Olli, pero no le llegaría ninguna ayuda por ese lado. La especialista estaba tan descolocada como ella.

—¿Quieres desertar?

—Soy una fugitiva en busca y captura, una pirata y una asesina —expuso Drayfus con cierto deleite—. No soy una agradable dama del Hum que quiere encender una llamita ideológica en vuestra ventana. Quiero asentarme, y no hay un solo puñetero lugar en las Colonias donde pueda hacerlo sin vigilar mi espalda en cada momento. Así que ése es mi precio.

Olli

No podían hacer nada más que informar al Partenón. Olli y Drayfus sabían que Solaz no estaba en posición de hacer alegremente ese tipo de promesas. Podría haber dado parte a través de los comunicadores del Cráter 17, pero dado lo abierto de la red hanni, algún rompecódigos del Hum podría estar sentado en la cabina de al lado transcribiendo todo. Necesitaban volver a la *Dios Buitre* y esperar hasta que pasara una paquetera que llevara el mensaje a través del universo. Y luego esperar alguna garantía del mando parteni que sirviera para convencer a Drayfus. Parecía que quedarían anclados a la Luna de Hismin hasta entonces.

Dejaron a Drayfus e hicieron el camino de vuelta a través del Skaggerak, que había sido cuidadosamente situado por sus propietarios para encontrarse de paso en cualquier trayecto a los niveles superiores de la perforación. Y ahí fue donde las cosas se torcieron.

Olli había olvidado estar alerta. Recordaba el aviso de Solaz de que el rollo de espía era muy aburrido casi todo el tiempo, y había asumido que ésta iba a ser una de esas veces. Aunque la propia Solaz tenía los ojos bien abiertos, con lo que Olli casi la pisoteó cuando la parteni se detuvo abruptamente, pero se hizo a tiempo a un lado y golpeó a tres personas. Olli estaba a punto de soltar su «no, tú te chocaste conmigo», que reservaba para cuando causaba daños colaterales especialmente inocentes, cuando vio que esos tres no eran inocentes en absoluto. Eran parte de un grupo como de una docena que venían a por Solaz.

Todos llevaban insignias circulares azules y blancas, identificativos de los nativistas terrestres, a los que en el Partenón se les consideraba incluso peores que a los Arquitectos. Llevaban tatuajes de dagas: uno en el antebrazo, otro particularmente notable en la cara, dibujado artísticamente con la empuñadura sobre el ojo y la hoja descendiendo hasta la mejilla del tipo. También llevaban dagas en las manos, y un par de pistolas de percusión. Estaban en medio del paso de Solaz, sin enfrentarla directamente pero moviéndose para interceptarla. Una parteni, una docena de nativistas. Eso daba buenas opciones a los malos.

Kittering empezó a retroceder con cuidado. Los hanni se

escurrían en cuanto los humanos empezaban a luchar, y él no era el más valiente. Olli le vio escoger una mesa bajo la que esconderse junto a un par de jugadores con forma de cangrejo que habían tenido la misma idea.

Esto no iba a tardar en convertirse en una pelea, salvo que apareciera un grupo de hannilambras armados para detenerla, aunque en ese caso era posible que hubiera pelea de todas formas, sólo que en otro sitio, probablemente donde estuvieran las naves. Olli no quería que esos payasos o Solaz le hicieran agujeros a la *Buitre*.

Solaz siguió adelante, intentando abrirse paso. El primer hombre que buscó detenerla —grande para ser un espacial— descubrió que las partenis compensaban la falta de tamaño con fortaleza. Solaz le desequilibró al momento y le dejó sentado limpiamente en un taburete, de forma no violenta en apariencia. Pero eso no le despejó el camino, sino que la colocó justo entre los demás. Seguían sin blandir amenazadoramente los cuchillos, pero eso no iba a continuar por mucho tiempo.

Olli suspiró. «Siempre me toca dar el primer golpe». Y puso en marcha uno de los taladros adosados al escorpión.

—Pagan bien por trabajar para las ángeles traidoras, ¿no?

Ella se inclinó para mirar a quien le hablaba y se encontró a un tipo con la cabeza afeitada junto a su codo; un espacial con ropa limpia, que parecía recién impresa.

—¿Qué has dicho?

—Te veo, mujer —siguió. Solaz estaba soportando algunos excesos, por ahora sólo verbales. Olli intentaba no perder de vista todo lo que pasaba y sentía que se le venía un dolor de cabeza. El escorpión le soltó un pinchazo, lo que posiblemente fuera algo negativo porque su combinación particular de analgésicos tendía a ponerla guerrera de cojones.

—No ves una mierda —se apartó de él, mientras mantenía una cámara apuntándole por si intentaba cualquier movimiento hostil contra el exoesqueleto.

La cara del tipo, que podría ser fea como el pecado cuando estuviera teñida de odio, era sorprendentemente abierta y franca.

—Veo a uno de nosotros que se ha equivocado y podemos corregirlo, mujer.

—Mi nombre no es mujer —le respondió.

—Porque eso es lo que hacemos —dijo él, con una voz fuerte sin necesidad de elevarla, como algunos predicadores a los que había escuchado—. Construimos a partir de lo malo que nos llega, porque muy poco bueno viene a nosotros. ¿Quién consigue lo bueno? Nosotros no. Esos gordos de los comités del Hum, gordos con largas túnicas. Mujeres pati con blindajes caros y naves caras. Pero tú cobras de su dinero. ¿Eres demasiado buena para seguir con tu gente? ¿Vas a derramar la sangre de los tuyos para las ángeles traidoras?

—Escucha, no tienes ni idea de quién soy.

—¿Sabes quién es ésta? —Él alzó su voz súbitamente para dirigirla a la docena de compañeros que no habían conseguido reunir el coraje para lanzar el primer puñetazo a Solaz. Olli se preparó para cualquier insulto que le pudiera llegar, pero no se iba a dirigir contra ella—. ¡Es la pati que nos robó a nuestro inter! —terminó, y luego se mezcló tranquilamente entre la agitada multitud.

El primer golpe llegó muy poco después.

Havaer

Havaer era consciente de llegar en segundo lugar; el Partenón podría haber cerrado ya un acuerdo. Le había costado untar a demasiada gente sólo el conseguir un encuentro con el vendedor. Reams había trabajado media docena de veces con hanni y aun así le llevó demasiado tiempo abrirse camino hasta él. La tripulación de la *Dios Buitre* había llegado y se había marchado, y él casi se topó con ellos cuando volvían, aunque no se dieron cuenta. Dejó a Lombard arriba sin perderles de vista y descendió con Kenyon y Reams.

Sólo podía esperar que el dinero inclinara la balanza a su favor. Al contrario de lo que opinaba el espacial medio, el gobierno colonial manejaba un presupuesto extremadamente ajustado. Pero cuando llegaba el momento de afrontar un reto importante, era como si unos calderos llenos de viruta aparecieran de la nada. Y fueran lo que fueran aquellos datos sellados, eran obviamente importantes para alguien que era a su vez importante para el

gobierno.

No le iba a parecer divertido si los datos resultaban ser el listado de amantes de algún grande del Hum. Pero era muy consciente de que podrían ser fácilmente el plan de actuación para cuando el Partenón viniera a por ellos, o alguna innovación en tecnología intermediaria. Algo que condenaría a las Colonias si cayera en manos enemigas. No se lo dirían, así que debía asumir que era algo que valía la pena.

Prefería no pensar en lo que pasaría si el sello estuviera roto, lo que significaría que se había accedido a los datos y existía un millón de copias potenciales dispersándose a lo largo de los pasajes.

—Jefe —sonó la voz de Lombard en su oído, lo que significaba que había problemas. Era probable que su encriptación no bastara en aquella guarida de villanos cualificados.

—Informe. —Aceleró el paso. «Ahora no. Casi hemos llegado». Reams y Kenyon le miraban tensos como cables.

—Problemas. Empiezan ahora mismo con el Partenón. —El tono de Lombard denotaba su temor.

—Aguanta… —empezó Havaer, pero un estallido de estática y ruidos le arrancó una mueca, y bajó el volumen. El audio que llegó un momento después estaba compuesto por gritos, disparos, y un rechinar como de maquinaria industrial.

—Pido refuerzos —siseó Lombard a través del jaleo—. Mierda, jefe, aquí ha empezado el lío. ¡El Partenón está aquí! Jefe, no puedo…

Havaer se detuvo. Que hubiera problemas aquí y ahora significaba que el contrario ya no iba a jugar limpio, y puede que no se limitara a emplear a Solaz y los payasos de la *Buitre*.

—Situación, Lombard, informe como un profesional —le soltó, pero se había caído la conexión, no había más que estática y ecos.

«Mi equipo. Mi riesgo».

—Kenyon, reúnase con el vendedor. Cierre el trato. Sabe lo que tenemos. Llévese a Reams.

—Va a necesitar ayuda más que yo, jefe.

—Llévese a Reams. Puede hablar con los hanni mejor que usted. —Havaer ya había retrocedido seis pasos por el camino que habían venido.

—No la necesitaré, jefe. El vendedor… —Kenyon se tragó las

palabras—. Jefe, debería…

—¡Cierre el trato y punto! —gritó Havaer por encima de su hombro y luego corrió hacia el Skaggerak y Lombard.

4

Kris

Era notable cómo una simple disputa por una carga podía elevar su tono.

Keristina Soolin Almier —Kris, para sus amigos— se detuvo delante de los Tribunales Mercantiles de Ishmael. La toga formal de abogada, que no habría llevado en un verdadero tribunal, revoloteaba a su alrededor por el viento incesante que recorría el toroide hueco de la estación.

Había tenido que alquilar la toga, porque no era una prenda que utilizara mucho en su labor de defensora legal de una tripulación cutre de espaciales. Tuvo que gastar un puñado de la viruta que tenía ahorrada en bien del puro espectáculo, porque para la única cosa que servía la toga, en este negocio altamente ritualizado, era para causar una buena primera impresión.

Frente a ella, Mortin Ballest, colega abogado, tiraba de las mangas de su propia toga peleando con el viento que las levantaba.

Ella buscó entre sus amplias mangas y sacó su cuchillo. El filo de cerámica relució con la dura luz artificial. Tras un momento de pausa, él hizo lo mismo.

«Ah, la ley de transporte».

Después de años de rescatar a Idris Telemmier, Kris tenía ahora unas clientes distintas: el Partenón. Una de sus disputas comerciales abiertas era una reclamación para recuperar bienes que habían sido incautados de la bodega de un contrabandista. Pero dado que el contrabandista no había sido del todo riguroso a la hora de llevar al día el papeleo, varios interesados más, incluyendo un cártel colonial, habían hecho la misma reclamación. La vista del caso había sido un festival de comparecencias, declaraciones juradas, documentos de embarque y todo el restante papeleo. Y ahí había

estado Mortin Ballest, el abogado graduado de Scintilla a sueldo de Espic Barovingean, un terrateniente magdano. EB había pagado por los mismos contenedores que reclamaba el Partenón, porque así era como llevaba su negocio aquel contrabandista. En resumen, todo el mundo parecía idiota, pero sería el último idiota que quedara en pie el que se llevaría el material.

Kris había derrotado a Mortin y los restantes oponentes a lo largo de cuatro días y un millón de documentos, con lo que parecía que el Partenón acabaría haciéndose con los tres contenedores de quién sabe qué, y eso sería todo. Si hubiera perdido, ella no se habría sentido muy contenta, pero habría hecho una reverencia a Mortin y al otro graduado de Scintilla, habría saludado al resto y procedido a explicar a sus clientes qué había sido lo que fue mal.

Salvo que Mortin no hizo ninguna reverencia, poco más que inclinar la cabeza. Malos modales que no habrían sido aprobados en la facultad. Y luego, fuera del tribunal pero donde pudieran escucharle los demás abogados, soltó: «Espero que los servicios que ellas te proporcionan», con un gesto hacia sus clientes, «te compensen por traicionar a los tuyos».

Kris pareció quedarse bastante tranquila, y si hubieran estado solos habría hecho como que no lo oía. El otro graduado de Scintilla parecía terriblemente incómodo; un tipo de aspecto apacible que obviamente no quería tener nada que ver con aquello.

El problema era que ella no podía dejarlo pasar. Ya no era un tema del tribunal, era algo de Scintilla. Ella era una licenciada en una facultad de Derecho particularmente respetada y, por encima de todo, de sólida tradición. En circunstancias normales, y de no haber cometido un error concreto durante sus estudios, llevaría una vida mucho más cómoda. Pero uno se acostumbra a lo que le trae la vida, como se suele decir. Scintilla tenía sus propias normas, aferradas como el coral a los códigos legales. Había cosas que no se le podían decir a otro graduado.

Era obvio que Mortin había pensado que ella salió de la facultad hacía demasiado tiempo como para picar el anzuelo, pero el prolongado juicio había dejado a Kris con ganas de pelea. Y sus clientes, a las que acababa de insultar, estaban allí mismo.

—Aceptaré tus disculpas —dijo con claridad, y todos los presentes se quedaron callados. Incluso los que no estaban

familiarizados con la etiqueta de Scintilla reconocerían esas palabras por un centenar de dramas legales de los mediotipos.

Mortin elevó una ceja. Ella le habría dado tiempo de sobra para que reconsiderara sus palabras, para que no quedara en mal lugar, pero él estaba demasiado ocupado manteniendo una sonrisita dirigida a sus propios clientes. Los magdanos eran parte del núcleo colonial. Ella había tenido ya antes agarradas con su clase terrateniente, los boyardos. Eran unos arrogantes hijos de puta que no sabían perder. Mortin había intentado suavizar la derrota anotándose unos puntitos al final.

Pero ella no estaba de humor. Ese tipo de insultos tenían el potencial de convertirse en parte de su vida por quién sabe cuánto tiempo, y si no evitaba la reputación de ser alguien a quien se podía menospreciar a la cara, cada nuevo caso sería más difícil de pelear. Así que…

—Entonces invoco el nonagésimo séptimo y exijo una satisfacción.

Él se la quedó mirando como para decirle que no fuera ridícula, pero terminó por darse cuenta de cuál era la expresión de su cara. Por un momento estuvo titubeante, podría haberlo retirado todo y al infierno con los magdanos, pero era más grande que ella, de brazos más largos y unos años más joven. Y también un mal perdedor.

Una de sus clientes le preguntó cuando volvió con ella:

—¿Qué es el nonagésimo séptimo?

—No se permiten comentarios sobre a quién decide representar un abogado —citó Kris, que ya se arrepentía, aunque fuera demasiado tarde.

—¿Así que vas a pelear con él?

—Sí —confirmó Kris.

Y aquí estaban, un día después. La monitora Súbita, como su madrina, se adelantó con una perfecta sincronización para quitarle esa ridícula toga, dejando a Kris sin más que la túnica de manga corta de espacial y unos pantalones ajustados hasta media pantorrilla. Se quitó las sandalias para moverse mejor. Llevaba un pañuelo violeta anudado al cuello con los extremos metidos por dentro para impedir que Mortin pudiera agarrarlos. Había una cicatriz dentada bajo el pañuelo, recuerdo de un incidente previo en

el que las normas de honor de Scintilla la pusieron en aprietos. Sostenía el cuchillo con la izquierda; el antebrazo derecho lo llevaba cubierto con tiras de tela acolchada, impresas en las propias instalaciones del tribunal.

Mortin se había despojado de su propia toga y los dos ocuparon sus lugares en los círculos iluminados que la cibernet había trazado en el suelo para ellos. Para ser un ritual secreto de Scintilla, este tipo de duelos era bien conocido en todas las Colonias, sobre todo a través de mediotipos imprecisos. Se había reunido bastante gente a verles, agrupados para guarecerse del incesante viento. La oportunidad de ver a abogados de verdad en duelo no se producía a menudo.

—Por favor, consigue también esta vez la victoria —le dijo Súbita, que se retiró entre los espectadores circundantes. «Ah, sí, no había pensado en eso. Qué consejo tan valioso».

Resonó una clara campanada. Tuvo la sensación de que hasta la cibernet, la inteligencia artificial que dirigía la estación, buscaba tener la mejor vista del espectáculo. Mortin empezó a avanzar, adelante, a un lado, adelante, a un lado, hasta que ella encaró sus avances con unos movimientos estándar de apertura, permitiéndole volver a la carga y hacer las réplicas previsibles. En realidad no era mucho más que un apretón de manos secreto, con ambos presentando sus credenciales como graduados. Esperaba algún pequeño insulto por parte de él, dado que todo se había desarrollado hasta ahí de forma fea, pero estaba concentrado. Tenía unas gotas de sudor encima de una ceja a pesar del viento frío.

Ese viento era un recordatorio de la facultad para los dos. Scintilla era un mundo de nieve, hielo y una monolítica arquitectura de piedra, con muros altos y pasarelas entre ellos que cruzaban sobre misteriosas zonas en sombra. Muy distinto de esta estación hortera, pero el viento artificial traía un recuerdo de su pasado común.

Mortin tomó entonces la iniciativa, muy directo, como su estilo en el ejercicio de la abogacía. Ella le dejó campo libre, totalmente consciente del espacio de que disponía. Se dio cuenta de que estaba sonriendo. No era algo correcto tampoco, pero no podía evitarlo. Odiaba los duelos hasta el preciso momento en que se veía en uno.

Intentó algunos avances tentativos, con las manos girando, una

defensa a punto de convertirse en ataque. A él no le gustó, pero se adaptó y retrocedió. Los pies descalzos raspaban el plástico del suelo. El filo de él tocó el acolchado del brazo de Kris, pero ella aprovechó el ángulo de su ataque para lanzarse sobre las costillas del hombre con unos movimientos de muñeca tan delicados como si fuera a partirlas para comerlas. Él se escurrió un paso atrás, fuera de su alcance, y ambos recuperaron la posición a la vez. Él intentó barrerle las piernas, pero ella procuró sacar ventaja de ese extraño movimiento, con su cuchillo tras los movimientos de la mano izquierda del abogado, intentando colarse a través de su giro como una avispa por una ventana. El cuchillo de Mortin buscó asestar una puñalada en el lado que le había dejado descubierto.

Le permitió aproximarse, casi guiándole con la derecha, y dio un paso para esquivar la embestida, permitiendo que la hoja pasara cerca de su tripa. En ese momento ya tenía el codo más allá de su cuerpo sin posibilidad de reaccionar y la hoja cerámica del cuchillo de Kris le dibujó una línea de sangre en el hombro.

Se apartaron de inmediato, sus ojos se encontraron. Se suponía que en ese momento debería conceder la victoria como un educado hijo de Scintilla, pero sus clientes le miraban, le debía arder la sangre, y el corte que había conseguido hacerle era decepcionantemente superficial. Kris esperó que tomara la decisión más sensata. Y esperó, y…

Se volvió a cuadrar con la mano izquierda extendida, el cuchillo en alto, pero Kris podía ver que la ira le arrastraba, con lo que causaba menos impresión. Fue a por ella antes de haber recuperado del todo el equilibrio, intentando sorprenderla por pura velocidad, y ella le permitió ganar tres pasos antes de detener su retirada repentinamente moviéndose a un lado. La hoja cortó el aire, ayudada por el brazo vendado, y luego ella tuvo una rodilla en el interior de la de él, a punto de partirla, y la punta de su cuchillo estaba…

Justo en su garganta. Dio la impresión de que le sorprendía a ella tanto como a él. El ansia de sus manos la horrorizó. Muy muy cerca de hacerle exactamente el tipo de nudo de corbata sangriento que ella sufrió una vez, y cuyo recuerdo escondía tras su colección de pañuelos desde entonces.

Hubo un momento en el que el tiempo se congeló mientras ella

luchaba contra sus propias manos pensando: «No, otra vez no».

Luego, tal cual, se apartaron. Después de un tenso instante él se inclinó, a regañadientes pero de forma aceptable. La gente se dio cuenta de que el espectáculo se había terminado, y algunos aplaudieron educadamente, pero la mayoría parecieron algo desilusionados, con cierta decepción. La monitora Súbita estaba entre ellos.

—¿No vas a matarle? ¿No es como termina?

Las cejas de Kris se alzaron porque le sonó bastante sanguinario incluso para una parteni.

—A primera sangre. Casi ningún duelo acaba con una muerte. —Y le vino a la mente su recuerdo de uno que sí terminó así, y fue causa directa de su posterior carrera profesional en los márgenes de la Esfera Colonial.

—Oh. —Súbita se encogió de hombros—. No es como en *Scintilla mi amante*. Salvo cuando se trate de dos enemigos de tiempo atrás.

Kris no se habría imaginado que Súbita fuera una seguidora de esos terribles dramas legales, pero pensó que nunca se sabía.

En el camino de vuelta aprendió un montón sobre la afición de Súbita por distintas series de largo recorrido. La mujer se había mostrado reservada durante el caso, y Kris había supuesto que ése era su carácter. Ahora se dio cuenta de que Súbita sólo se sentía aterrada ante la posibilidad de perder y dejar en mal lugar a sus hermanas. Era algo corriente en el Partenón. La solidaridad frente a un universo hostil parecía ser su mayor motivación.

En las Colonias, cada uno iba a lo suyo. Ésa era la mayor diferencia. Nadie te entrenaba gratis, evaluaba tus aptitudes y te decía que era lo mejor que podías hacer por el bien común. Una vez le había preguntado a Solaz qué pasaba cuando la tarea de alguien ya no era necesaria. ¿Dónde se jubilaban exactamente las parteni innecesarias? Solaz le dirigió esa mirada que Kris había terminado por conocer como «¿en serio, colonial?». Y a Kris le venía a la cabeza que Solaz, que parecía de su edad aproximada, había nacido puede, que setenta años antes, en la primera guerra de los Arquitectos, y había consumido buena parte del tiempo desde entonces en suspensión hasta que se la volvió a necesitar. Eso, y el nacimiento en un sistema rigurosamente controlado, aseguraba que

el Partenón tuviera exactamente la gente que necesitaba, sin desviaciones ni por exceso ni por defecto.

Le hubiera gustado preguntar: «¿qué pasa si no quieres ir al hielo?». O «¿qué pasa si no quieres dedicarte a lo que aconsejen tus aptitudes?». Y, sobre todo, «algunas os rebeláis, ¿verdad? Simplemente… Escapáis». Pero el rostro franco y honesto de Solaz hacía de alguna forma imposibles esas preguntas, con lo que seguían dándole vueltas por la cabeza.

Idris

En el extremo opuesto de una línea imaginaria, en el nospacio, sólo estaban Idris y el vacío de su nave, la *Vivaz*. Y esa supuesta Presencia adicional de la nada no era más que fruto de su propia insistencia al respecto. El nospacio era un volumen distinto del espacio real. En el espacio real las cosas existían realmente y se aplicaba la física conocida. En el nospacio… no tanto.

Siempre estabas solo en el nospacio. La ilusión de la existencia que percibía una mente racional en ese entorno era de absoluta soledad. Todas las candidatas parteni debían experimentar lo mismo. Las hermanas con sus codos junto a los suyos habrían desaparecido; la silla del piloto les parecería vacía. Solas bajo la superficie de la nada cósmica, rumbo hacia un olvido incognoscible. ¿Podría existir algo peor?

Por supuesto, era peor. Existía una alucinación común que se cebaba con la mente gracias a esa soledad incomparable. Era la ilusión de que no se estaba solo, pese a todo. Todo el mundo daba cuenta de la misma experiencia: humanos, hanni, castigar, incluso las inteligencias cibernéticas de los colmeneros. La ilusión de que compartías la inmensidad del vacío con algo. Que te percibía y se acercaba, desde fuera de la nave para acceder al interior, del interior a acecharte desde la sala de al lado. De la sala de al lado a mirarte a tu espalda. Y la clave característica de esta Presencia era que todo el mundo la imaginaba como algo intolerable. Representaba lo peor, fuera lo que fuese en cada caso para cada ser observado. Cuando finalmente se encontraba al alcance del sujeto y ya estaba ahí, respirando en su nuca, una sombra en el rabillo del ojo… Cuando se podía escoger si girarse y mirarlo…

Las candidatas estaban atadas por las muñecas y las rodillas. Porque la exposición al nospacio mataba a manos de sus propias víctimas. Idris había visto los cuerpos en las naves perdidas que habían caído al nospacio sin las camas de suspensión adecuadas y no fueron capaces de encontrar una salida lo suficientemente rápido. Ojos rajados, gargantas desgarradas, muñecas abiertas. Cualquier cosa antes que encarar a ese espectro que todo el mundo había experimentado, y que cada estudio científico aseguraba que no estaba más que en la mente de las víctimas.

Salvo que en el nospacio nada era real, y quizá un asesino imaginario tuviera exactamente la misma existencia que el aterrado observador.

Idris era uno de los tres viajeros nospaciales más experimentados de que disponía la especie humana, uno de los contados supervivientes de la legendaria primera promoción de intermediarios. Y sabía que los estudios científicos se equivocaban. Por todo el nospacio, se había sentido como el objetivo de un navegante alienígena, una bestia, una mente animal que no pensaba en otra cosa que en la caza, y que de alguna forma había sido capaz de trasladar esos instintos fuera del espacio real. Lo que suponía que el glorioso y terrible aislamiento del nospacio no era tan insuperable como se pensaba. Sabía —como cualquier inter, nuevo o veterano, podría jurar— que esa en el nospacio era absolutamente real.

Que los psicólogos se burlaran. No tenían que salir allí y notar esa Presencia a su espalda una y otra vez.

En una ocasión le habló a través de la voz de sus colegas perdidos y muertos. Pero ni siquiera Idris podría jurar qué había ocurrido realmente. En ese momento estuvo a punto de caer en un coma que podría haber resultado definitivo.

Sentía ahora la Presencia, olfateando el casco exterior de la *Vivaz*. La exposición repetida a la Presencia no suponía que la considerara una vieja conocida. Nadie podía sentirse cómodo en el nospacio. Pero la mente se endurecía y encallecía en formas que nunca eran necesarias para los humanos corrientes. La mayoría de los inters terminaban por romperse, y el hecho de que sólo quedaran tres de la primera promoción no era sólo producto de las bajas durante las guerras. Quizá se limitaban a aceptar lo inevitable,

como en la etapa final de un proceso de duelo. Sentías que la Presencia se acercaba, con una risotada silenciosa junto a tu oído, y pensabas: «Ésta es mi vida ahora».

Todos esos inters comerciales del Comité de Enlace, procedentes de todas las Colonias, debían enfrentarse a esa misma situación sin haberla escogido, y, ¿en qué medida la empeoraría esa condición forzosa? Era lo que intentaba prevenir con esa loca alianza con el Partenón.

Ahora estaba dentro de la nave. Los pelos de la nunca se le erizaron mientras aquella cosa reptaba entre los asientos vacíos. No podía girar la cabeza. Moriría si llegaba a ponerle la vista encima. Lo sabía con una certeza primitiva, ardiente.

La vieja historia, la presión habitual de cualquier día de trabajo. En fin, lo de siempre.

Y salieron.

La *Vivaz* emergió a la realidad y sus oídos se llenaron abruptamente de los sonidos de la compañía humana, una nave repleta de parteni cuya única experiencia previa en el nospacio debió producirse cómodamente sedadas en una cámara de suspensión. Algunas sollozaban, algunas gritaban. Otras hablaban demasiado deprisa, intentando asegurarse de que aquello había terminado. Y unas pocas estaban calladas. Comprobó las lecturas médicas. Nadie había muerto todavía en esos vuelos de prueba; ningún ataque, ningún aneurisma, nada cardíaco. Las probetas del Partenón producían corazones y mentes robustas. Pero siempre existía la posibilidad.

Se paseó para verlas, con sus caras todas familiares, empujadas en distintas direcciones por sus propios traumas solitarios. Tumba le miraba… No era la única, pero fueron sus ojos con los que se encontró. Algunas de las demás le dirigían una mirada reprobatoria, culpando al colonial que les había hecho pasar por aquello, acusándole sin palabras de haberlo disfrutado. Pero no Tumba. Era una de las que estaban en silencio. Su rostro era inexpresivo.

Les puso imágenes de lo que les rodeaba en la pantalla común, junto a las coordenadas, para que lo fueran asumiendo. En todos los anteriores viajes nospaciales que hubieran hecho habrían tomado algún pasaje, los atajos entre sistemas que dispuso una civilización desconocida que se desvaneció del universo antes de que las

especies que actualmente navegaban por el espacio hubieran evolucionado más allá del estado celular. Cualquier piloto medianamente competente podía situar una nave rumbo a un pasaje para luego retirarse prudentemente a su cápsula y dormir el resto del viaje.

Pero aquí estaban, de vuelta a la realidad en mitad de ninguna parte, y ahí estaba el paisaje de estrellas sin ningún planeta a la vista, el vacío profundo al que nadie iba jamás. Éste era el territorio de Idris, y sin una mente como la suya, ninguna nave encontraría jamás la forma de salir de allí. Estaban a un centenar de años luz de ninguna parte. Incluso una llamada de socorro tardaría toda una vida en llegar hasta alguien.

—Diez minutos es todo lo que puedo daros. Luego volveremos a hacerlo —les dijo—. Lo siento. Necesitamos los datos. Lo siento de verdad

Algunas pidieron ayuda para salir cuando la *Vivaz* volvió al fin a la *Ceres*. Dio ocho saltos antes de perder la calma y tener que llevarlas de vuelta. Reconocía el patrón de otros vuelos de prueba anteriores. El estoicismo parteni le espoleaba, las mujeres aferrando las manos de sus compañeras cada vez que volvían a la realidad, pero reprimiendo sus emociones cada vez más hasta que podían volver a dirigirle —a él, al extranjero— miradas parteni perfectamente neutrales. Sabía que se desahogarían cuando estuvieran con sus hermanas, con sus consejeras. Pero a esas alturas se había convertido en un enemigo, y ellas sabían cómo enfrentarse a un enemigo.

Tumba le miró sin más, hasta que él apartó la mirada.

A la vuelta le hubiera gustado hablarles, informarles, tener algo tranquilizador que decir, pero le arrastraron a una reunión con la monitora Felicidad.

—*Menheer* Telemmier —empezó—, informaremos de la exitosa culminación de nuestra primera fase pronto. Pero queríamos mostrarle nuestros avances, y comentarlos antes de hacerlo. —Ella exhibió en una pantalla toda una serie de gráficos con actividad neuronal de los que él no podía extraer ninguna conclusión—. Éste es el suyo —le explicó—, de vuelos anteriores, como entenderá. Pero consistente con los datos de los demás.

—¿Qué se supone que debo buscar? —Frunció el ceño—. Hay

lagunas. ¿Es…? La máquina no funciona en el nospacio, ¿verdad? Así que… ¿No supone que todo esto no es más que basura?

—Hay lagunas —aceptó Felicidad—. Aquí están las lecturas de la candidata mirmidón Claridad. No hay ninguna laguna, ¿lo ve? Muchos traumas, molestias, daños psicológicos sufridos, como las demás, pero una lectura completa.

Ver sus propios daños registrados allí, en apariencia no menos extremos a pesar del encanecimiento, era menos que inspirador.

—¿Quiere decir que tengo agujeros en la cabeza? —Quería ser un chiste, pero cuando las palabras surgieron no sonó gracioso en modo alguno.

—Éstas son de cuando está en el nospacio. —Felicidad destacó algunas áreas de la pantalla, rotando adelante y atrás la representación tridimensional—. Agujeros, *menheer*.

Debía de seguir teniendo pinta de no enterarse, porque la expresión de Felicidad se tiñó de impaciencia y continuó explicando.

—Ésta es su interacción con el nospacio, cuando su mente deja de relacionarse con la realidad. Va donde no es posible hacer ninguna medición, luego vuelve. Es la primera vez que hemos observado algo así. No sabemos si los coloniales han considerado siquiera este detalle, en sus intentos desesperados de reproducirle, pero nuestras cognoscentes especularon con algo así. —Sonaba muy satisfecha—. Ahora, observe.

Sustituyó las gráficas por otras casi indistinguibles.

—Va a tener que ayudarme —dijo Idris débilmente.

—Aquí. —Algo se destacó—. Aquí y aquí. Su gráfica es ésta. Pero fíjese. Las lagunas. Menores que las suyas, pero hay momentos en que no se graba. Cuando la mente deja de estar en contacto con la realidad, con los instrumentos. ¿Lo ve?

Recordó dónde se encontraba la etiqueta de la mirmidón Claridad y siguió su gráfica.

«Cognoscente Tumba, Sororidad Bathory, División Medusa».

—¿A qué se dedica la División Medusa? —preguntó despacio.

—Rastreos a larga distancia y detección de amenazas —le dijo Felicidad, que luego añadió en un tono distinto—: Estuvo en un incidente. La *Bathory* sufrió daños. Ella sufrió daños. Traumas. No se creía que se pudiera recuperar, pero lo hizo, a pesar de no

mostrar actividad cerebral durante un periodo.

Idris digirió todo aquello con una sensación de desespero creciendo lentamente en su interior.

—De acuerdo —dijo, pero la enormidad del problema le ahogaba—. Pero eso… es inútil… porque… porque toda la cuestión es encontrar un… un linaje de partenis que estén predispuestas para el trabajo en el vacío. Así podríamos producir inters sin eliminar al noventa por ciento de nuestras candidatas. ¿Y ahora me dice que la única razón por la que ha reaccionado así es algún tipo de daño casual en la cabeza? Eso… ¡eso no nos sirve de nada! ¡No supone ningún éxito! —terminó gritando, alzando la voz todo lo que podía, el colonial loco, o más bien el intermediario demente que había destrozado su cerebro con demasiados saltos al nospacio. Tenía sus pequeños puños crispados y se estiró sus ciento setenta centímetros de altura. Ella se limitó a mirarle como respuesta y él acabó por sentirse avergonzado y sonrojado, como un niño que saliera de una rabieta.

—Ésos son los datos de hoy —siguió Felicidad, como si él no hubiera dicho nada. Apareció otro muro de lecturas incomprensibles, aunque ahora sabía qué buscar. Había un puñado de gráficas con las lagunas mencionadas. Una era la de Tumba—. Todas de la misma línea germinal —explicó ella—. La mayoría no son prometedoras, pero ya ve que hay un puñado… La herida de Tumba puede haberla hecho más receptiva, pero existe una tendencia subyacente. Nos ha dirigido hacia lo que buscábamos. Así que sí, *menheer*, es un éxito. Empezaremos a asignar ahora candidatas al programa. Tenemos algunos datos del proceso de desarrollo de intermediarios original, reunidos desde entonces, o incluso compartidos al principio. —Una ligera sonrisa—. Algunos le mencionan a usted o a alguno de sus compañeros por su nombre. Quizá estaría interesado en leer los informes que tenemos sobre usted.

—No —respondió Idris de inmediato. Y luego añadió—: Se refiere a voluntarias, ¿verdad? Cuando dice «asignar». Voluntarias. Ése era el acuerdo. La primera y más importante condición que puse. Porque no servirán de otro modo.

Hubo una pausa incómoda y prolongada antes de la respuesta de Felicidad.

—Todas las hijas del Partenón están orgullosas de servirle.

—No —insistió él—. Eso no es… Escuche. Tienen que ser voluntarias. En primer lugar, porque si se limita a reclutar a gente como el Comité de Enlace, los Arquitectos no las escucharán. Ellos lo perciben. Entienden lo que es trabajar a la fuerza, porque a ellos mismos les obligan. Ya se lo he dicho. Envíe a un montón de novatas en cumplimiento de su deber y no conseguirá nada. Y lo más probable es que todas las reclutas mueran. Bueno, morirán de todas formas, por experiencias anteriores. Ha visto lo que tienen que hacerme para mantenerme con vida. Y además —intentó recomponerse, encajar el golpe de descubrir lo poco que había conseguido—, no lo haré. No las ayudaré si se limitan a forzar a gente. Deben ser voluntarias que conozcan los riesgos. Que sepan que existen bastantes posibilidades de que mueran sin más antes de que puedan convertirlas en inters operativas, sin importar cuántas precauciones se tomen. Y si llegan a ser inters, supondrá que deberán hacer lo mismo que hoy una y otra vez; todo ese horror, una y otra vez. Ésa será su vida. Deben saberlo y escogerlo libremente. Deben saberlo. O no lo haré.

Felicidad respondió tras un momento de frío desdén hacia el fogoso colonial.

—Por supuesto, tiene completa libertad de hablar con cualquier candidata que acceda a la siguiente etapa del programa. Puede preguntarles si consienten en servir así al Partenón. No somos las Colonias, no usamos ataduras contractuales ni ese tipo de cosas.

Se imaginó el abanico de respuestas libres y sinceras que él, un forastero colonial, recibiría por parte de las solidarias reclutas parteni. Tenía un nudo miserable en la garganta que le señalaba que había tomado una mala decisión, pero que ya estaba demasiado implicado como para rectificarla.

Un día después, Kris había vuelto ya de Ishmael y de una disputa judicial que parecía haber sido singularmente tumultuosa. Ella era la que parecía haberse adaptado mejor del grupo a la vida parteni. Socializaba, e Idris sabía que había disfrutado de algunas relaciones con hermanas curiosas por ciertos aspectos de la vida colonial.

Vino a verle y se sentaron juntos en su cama, en el cuarto que tenía para él solo, un lujo infrecuente del que no disfrutaba ninguna nativa parteni. Le explicó como pudo lo ocurrido, el éxito de su

proyecto, y adonde les había conducido. Sabía que Kris se adaptaría a las circunstancias, y si alguien podía encontrar algunas vías de escape en el sistema sería ella, pero se enfrentaría a todos los automatismos del Partenón, y no estaba seguro de que ni siquiera una afinada mente legal como la suya pudiera resistir mucho tiempo contra algo así.

5

Olli

Cuando todo terminó, que fue notablemente cerca de su comienzo, Olli hizo balance. Admitió que el tío con la cresta de pelo naranja probablemente no se salvaría, salvo que tuviera algunos amigos que pudieran llevarle al puesto med-al-hambra a toda pastilla. La mujer con el cuchillo de sierra tenía un brazo roto y el de la nariz grande una pierna a juego, además de que la nariz no se le iba a enderezar salvo que consiguiera que se la mirara un médico realmente bueno. Ésas habían sido sus aportaciones a la pelea. Solaz se había encargado de unos cuantos de los demás, y había pateado tan fuerte en los salientes a un grandullón que la propia Olli se había estremecido al verlo. Kit había puesto en juego sus propias cualidades y se había escondido bajo la mesa.

Al menos no había matado a nadie, aunque como es de imaginar, las instalaciones médicas del Cráter 17 tenían de repente una mayor demanda. La verdad es que se sentía satisfecha de su autocontrol. También se sentía jodida por haber llegado hasta eso, porque los comentarios sobre traición del tipo de la cabeza afeitada la hubieran molestado tanto. Luego se debía de haber escaqueado, por lo que parecía, porque no le veía tirado por el suelo.

Solaz tampoco había matado a nadie. El Señor Agujeros había pasado toda la bronca en su espalda. Todo el mundo se merecía un premio por su autocontrol. Pero ahora empuñaba el acelerador, porque la seguridad del lugar había aparecido, tarde. Tres hanni blindados miraban a la parteni con recelo, por lo que Olli podía interpretar de su lenguaje corporal. Por suerte, Kit escogió ese momento para reaparecer y empezó a aclarar con ellos la situación. Los hannilambras tendían a no intervenir cuando se trataba de un problema entre alienígenas en su espacio, ignorándolo si les era

posible. Con la pelea ya terminada y el más numeroso bando derrotado retirándose a lamer sus heridas, ellos se sentirían totalmente satisfechos de olvidar lo ocurrido. Aunque no les gustaría tener a la vista al Señor Agujeros, sobre todo por el daño que podía producir ese arma a la estructura del lugar.

Kit intentaba atraer la atención de Solaz.

—¡Tenemos una necesidad! ¡Se requiere la máxima urgencia! —soltó el traductor.

—Todavía no tenemos respuesta. Necesito enviarlo con el siguiente paquete —dijo Solaz al agitado hanni—. Drayfus no pensará que tenemos al alto mando parteni en la *Buitre*, ¿no?

—Llamada al vendedor efectiva de inmediato —respondió llanamente Kit—. Transmisión individual, abreviada, sin comunicaciones posteriores. Vamos, vamos ahora.

Y se dirigió hacia el laberinto de túneles que conducían, entre otros lugares, de nuevo hasta Drayfus.

—No lo entiendo. —Solaz arrastró los pies, quizá oliéndose una trampa, pero Olli ya había decidido.

—Muévete —le dijo, y se puso en marcha a toda pastilla, con el hanni tableteando a su sombra, y Solaz corriendo para mantener el ritmo.

—¿De qué va esto? —planteó la mujer.

—Drayfus va por mal camino.

—¿Muerta?

—O cerca. Puede que algún otro postor no quisiera aceptar un «no» por respuesta.

Encontraron forzada la puerta del compartimento de Drayfus. Solaz se movió despacio mientras se acercaban, con el Señor Agujeros al hombro, la nariz arrugada. Olli percibió el aire; había un aroma que recordaba a la carne quemada.

—Acceso prioritario para las armadas y peligrosas —sugirió con prudencia Kit. Olli dejó que el escorpión la protegiera en su avance. No era en modo alguno invulnerable en su interior; de hecho, uno de los brazos se había roto por el codo en la pelea del bar y se encontraba con un despliegue de avisos de daños, nuevos y antiguos. Debería poner todo en orden en cuanto tuviera sus herramientas y remotos de vuelta en la *Buitre*. Pero de todas formas, la hacía sentir invulnerable.

Estaba en la puerta cuando Solaz ladró una maldición tras ella y escuchó movimiento de pies. Alguien había estado vigilando la puerta desde algún otro pasillo, y ahora había salido, con Solaz tras él. Olli rodó con el escorpión, vio a Solaz deslizarse hasta una esquina y luego retrocedió cuando un puñado de proyectiles agujereó como un pimentero la pared de enfrente. La parteni apuntó cuidadosamente el Señor Agujeros, escuchando y calculando, y luego disparó, pero no doblando la esquina, sino a través de ella. Olli escuchó el misterioso tableteo de los pequeños proyectiles acelerados a velocidades disparatadas, penetrando sin esfuerzo las paredes y luego destrozando al hombre que estaba al otro lado. Solaz se quedó muy quieta unos instantes, y luego miró con cuidado del otro lado.

Olli se conectó a la cámara del casco de Solaz, y reconoció al cuerpo despatarrado como el del hijo de puta de la cabeza afeitada que la había insultado en el Skaggerak.

—Vale —soltó vengativamente—. Recoge los restos con Kit. Voy a ver cómo está Drayfus.

Pero Drayfus estaba muerta. A Olli le produjo un inesperado disgusto. Apenas había conocido a la mujer, pero le había caído bien, pirata o no. O quizá por ser pirata. Era duro sobrevivir a tu propia leyenda, especialmente para un espacial. Terminar muerta en un agujero como la Luna de Hismin, después de toda esa vida y aventuras, parecía un desperdicio.

Había vendido cara su piel. Había otros seis cadáveres que le hacían compañía, y eran la fuente de todo ese olor a sabrosa carne asada. Olli podía ver ahora los puertos del exoesqueleto de Drayfus, sobre todo porque las armas habían fundido sus propios montajes en su furia destructora. Varios de los contenedores y cajas mostraban marcas de quemaduras, pero todos estaban estaban preparados para resistir las vicisitudes del viaje espacial y mantenían intacto su contenido. La mitad habían sido abiertos: presumiblemente los que necesitaron abrir los atacantes que sobrevivieron hasta encontrar lo que buscaban. «La cosa que también buscamos nosotros, maldita sea».

Vio con disgusto que la mayoría de los tipos muertos achicharrados llevaban insignias nativistas. Parecían cortados por el mismo patrón, puede que todos fueran de la misma nave, salvo una

mujer que estaba enroscada alrededor de unos impactos junto a la puerta, apartada de la línea de fuego.

La vieja pirata había terminado sobre un costado, medio expulsada de su exoesqueleto. Había recibido disparos, como la mujer de la puerta, pero su cuerpo estaba salpicado de múltiples heridas. Debió de hacer arder el lugar porque sus oponentes probablemente no le habrían dado la oportunidad de devolver los disparos con precisión o hacer ejercicios de francotiradora. Su rostro había quedado fijado en una expresión de beligerancia sangrienta y a Olli le gustó. «Moriste como viviste, vieja pelleja».

Kit había seguido algún tipo de procedimiento que al parecer le había enviado la pirata en su último mensaje, pero no consiguió nada.

—En mi opinión, los bienes requeridos han sido transportados.

—Ésta es mi cara de sorpresa —respondió Olli secamente—. Imagino que estos payasos no querían pagar. —Aunque les había costado su precio, obviamente—. ¿Dónde están los servicios de seguridad?

—Recibieron pagos —explicó Kit, y luego aclaró—: De la cuenta de Drayfus. Por no interferir.

—Así que podía cargarse a quien quisiera si le hacía falta —dijo Olli—. Imagino que pagaría también para apagar las alarmas de incendio, ¿verdad? —añadió con picardía porque, por rápidos y listos que fueran los espaciales, había extremos a los que no querías llegar cuando generabas tu propia burbuja de aire.

—Tenemos compañía —dijo Solaz desde fuera, y Olli hizo girar el escorpión, lista para otra ronda de matones pidiendo la vez para morder el polvo. Pero en su lugar la parteni escoltaba a un solo hombre, al que no apuntaba con el Señor Agujeros. El arma del tipo, una pequeña pistola magnética de aspecto inquietante que podía esconderse en un bolsillo interior, colgaba al final de su brazo. Era alto, mal vestido, un hombre escuálido de aspecto sospechoso con una cara escuálida y suspicaz. Le llevo un momento reconocerle.

—Ah, mierda. Eres el espía. El tío Jueves o como dijeras que te llamabas.

—Havaer Mundy, Oficina de Intervención. Mis respetos, *mesdam* Timo. Es un placer verte. ¿Qué coño habéis montado aquí?

—Toda la responsabilidad recae en otra parte. ¡Las autorizaciones han sido esforzadamente completadas! —declaró Kittering, que parecía bastante ofendido.

—Bien, sabíamos que el Hum andaba por aquí. ¿Somos los causantes de su presencia? —preguntó Solaz.

Mundy se encogió de hombros.

—¿Creéis que me contáis algo? —Miró sucesivamente a cada uno de ellos, quizá intentando averiguar en qué punto se encontraban. Les había interrogado a todos antes, cuando una nave de la Casa Ácida capturó a la *Dios Buitre*. Y luego pasó lo de Berlenhof, cuando había roto varias reglas para devolver a Idris a su nave y que pudiera salvar el planeta. Cabe suponer que el hecho de que el planeta terminara salvándose fue lo que evitó que el culo de Mundy fuera pateado o su cabeza recibiera un disparo—. Mi trabajo podría limitarse a seguiros, panda de bufones —siguió Mundy sin acritud—. Así me encontraría sucesivamente con todos los líos de la galaxia… —Su voz se fue apagando y un momento después se lanzó hacia delante, pasando junto a Olli con tal descuido que ella podría haberle desgarrado un miembro con la pinza de la cola. Terminó arrodillándose ante la mujer abatida, y su cara perdió su expresión habitual.

—Uno de los vuestros —comentó Solaz, no como pregunta. Olli admitió que la parteni ya había visto este tipo de historias antes como para reconocerlas.

Mundy se levantó y revisó los cuerpos, las insignias. Olli vio cómo movía los labios, subvocalizando. La red abierta hanni mostró una transmisión, codificada pero interceptable. Pero ella no era una espía y eso no era asunto suyo. Probablemente estaba reuniendo al resto de su equipo. Luego miró el cuerpo inerte de Drayfus.

—¿Era la vendedora? Esperaba a un hanni. —Y Olli advirtió el momento en que las piezas encajaron en su cabeza.

Luego volvió a pasar delante de ella, un poco demasiado agitado como para esconder su inquietud.

—Tengo que rellenar papeleo —les dijo—. Probablemente también vosotros. Y que no os tomen el pelo con que no va a venir nadie de seguridad. Están dejando pasar el periodo contractual preceptivo para que se enfríe. No me quedaría por aquí para cuando aparezcan. Siete cadáveres, aunque sean humanos, van a poner en

marcha unos cuantos piececitos.

—Ocho —corrigió Solaz automáticamente, y luego resultó obvio que le vino a la cabeza que ahora era una agente de inteligencia del Partenón y no debería brindar voluntariamente información al enemigo oficial.

El octavo era el hombre que disparó a Solaz. No llevaba ninguna insignia nativista, sólo era otro tipo delgado con ropa de a bordo.

Mundy miró al cuerpo unos instantes y luego se limitó a remachar «papeleo», con tono tenso. Les miró una vez más, un hombre del gobierno consciente de que tanto él como sus contrincantes estaba fuera de sus correspondientes jurisdicciones y de cualquier tipo de legalidad.

—Volveremos a vernos, sin duda —les soltó, y se alejó a pasos largos, apresurándose de forma que Olli comprendió que echaría a correr en cuanto les perdiera de vista.

Havaer

Havaer Mundy echó a correr.

Ya estaba enviando señales a la *Quejoso* con los códigos que dejarían la nave en tierra para que nadie que no fuera un especialista en hackeo bastante aplicado pudiera ponerla en marcha otra vez. Kenyon no lo era. Lombard podría haberlo hecho, pero parecía haberse visto envuelto en un tiroteo con el Partenón, dado que él era el cadáver que le había enseñado Solaz, desgarrado por sus ráfagas de acelerador.

Havaer ya había manejado a esas alturas todo tipo de teorías. Los nativistas tenían a Kenyon y habían matado a Reams. La tripulación de la *Dios Buitre* tenía a Kenyon y había matado a Reams. Reams había estado con los nativistas y la ciborg la había matado. Salvo porque las matemáticas de las armas sólo indicaban una opción, como reflexionó cuando se detuvo un momento a recuperar el aire. Los nativistas dispararon. La pobre Reams había muerto de un disparo efectuado por un arma percutora corriente. Solaz llevaba ese puñetero acelerador porque era una parteni y no entendía de cosas como la sutileza o el uso de armas dentro del sentido común. Y si Timo y su exoesqueleto hubieran estado implicados, las pruebas estarían bastante claras, repartidas por todo

el lugar. Conclusión: los nativistas habían disparado a Reams. Era un hecho que existían diversas facciones y grupos que podrían espolear a una banda de salvajes con insignias y tatuajes de dagas a ocuparse del trabajo sucio. Dado que no tenía idea de lo que podría haber en los datos robados, era fácil deducir que cualquier grupo de individuos o camarilla podría estar interesado en él. Lo que dejaba a Kenyon puede que capturado, o quizá tirado en algún otro sitio fuera de la vista.

Excepto.

Excepto que Havaer había enviado a Reams con Kenyon cuando él volvía de ayudar a Lombard en la pelea del bar. Donde habría encontrado a un grupo de nativistas machacados y a la tripulación de la *Dios Buitre*, brutalmente victoriosa, saliendo ya por la puerta y rumbo hacia aquí. Lo que era más, Lombard no estaba por ninguna parte y no respondía a los mensajes.

Kenyon no había querido que Reams le acompañara, pese a sus conocimientos para tratar con los hanni, y Havaer no había reparado en el hecho porque pasaban un montón de cosas a la vez.

¿Qué había dicho el tipo, o se había quedado a medias de decir? «No la necesitaré, jefe», en referencia a las capacidades de Reams. ¿Y por qué no? Porque el vendedor no era un hanni, sino una humana, o más bien sobre todo humana con un montón de partes de metal desparejadas. Eso no figuraba en ninguno de los informes que habían entregado a Havaer. Había trabajado sobre la hipótesis de que se encontraría a un comerciante hannilambra, en una estación hanni en la frontera del espacio hanni. Supuestos totalmente naturales. Pero Kenyon lo sabía. El segundo de Havaer contaba con informaciones más amplias que las suyas. Y su cuerpo no yacía junto al de Reams.

Así que Havaer bloqueó la nave, la *Quejoso*, y por un interminable segundo pensó que había actuado demasiado tarde y ya se habría ido, pero parecía que Kenyon no había sido tan rápido, o tal vez ése no fuera su plan. La nave confirmó la orden. No se iría a ninguna parte sin él.

Probó luego con Kenyon. Algo inocente tipo «sólo por comprobar, ¿has visto a Lombard?». Sin respuesta. Kenyon no era tonto y estaba llevando sus nuevas aventuras obviamente como algo aparte.

Él y los que habían acabado como restos crujientes del salón de la ciborg probablemente trabajaban juntos, y Kenyon les dejó que se encargaran del ardor del combate, literalmente, después de que eliminaran a Reams por él. Y luego Kenyon, junto a los que hubieran quedado, se había hecho con el material y huido. O quizá no, habían jugado con Havaer y dejado ganar a Solaz y el Partenón. Pero a menos que se hubiera producido un marcado aumento en su habilidad para engañar, había escuchado su ingenua sorpresa cuando llegó. Ahora se estaba guiando totalmente por su instinto. Kenyon seguía en la luna, en el Cráter 17. Y Havaer se dirigía a los muelles.

Todos esos nativistas debieron venir en una nave, o naves. Muy probablemente el plan de Kenyon había sido siempre desertar y darse un garbeo con sus aliados, rumbo a un encuentro con quien quiera que le hubiera comprado. Y, por supuesto, iba por delante de Havaer y estaría fuera del planeta antes de que su antiguo jefe pudiera interceptarle. Sólo que Havaer seguía corriendo, porque en esas circunstancias se corre. Había sacado su pizarra mientras seguía en marcha, pagó por el acceso a las cámaras del muelle de atraque y repasó un desordenado montón de naves. Puede que llegara a ver a su traicionero subordinado subiendo a alguna. Debería al menos lanzar una alerta en los canales de la Casa Ácida. Si es que seguían siendo seguros.

Pero algo pasaba en los muelles. Había un carguero de buen tamaño, del tipo que podría haber transportado a un buen grupo de mercenarios nativistas. Y de hecho una cantidad considerable de mercenarios nativistas estaban junto a él, furiosos, desarmados y con las manos vacías claramente a la vista. Les rodeaba un número importante de hanni, todos armados y blindados. La seguridad del Cráter 17 se había puesto en marcha, y Havaer sólo podía asumir que la cibernet local había visto exactamente lo ocurrido en la guarida de la ciborg, y luego identificado a los culpables y a su nave más rápido de lo que cabría esperar. Ahora mismo nadie iba a marcharse en ese trasto, salvo que alguien soltara unas compensaciones. Dado que Kenyon no se contaba entre los rostros enfadados que podía ver, seguramente seguía a bordo y no tenía vía de escape.

Havaer gastó algo más del presupuesto departamental en la

cibernet, comprando más imágenes. Una cámara le mostró a la tripulación de la *Dios Buitre* en su camino de vuelta, siguiendo sus pasos, con un aspecto lo suficientemente descontento como para que él comprendiera que no tenían el material. Otra serie de puntos de vista le permitió rastrear el Skaggerak, así como otros lugares públicos como el mercado. Miró un rostro tras otro buscando a un hombre vestido como un espacial pero que no se comportaba como ellos.

Al fin, entre los puestos ambulantes, junto al kiosco de med-alhambra, descubrió a Kenyon, regateando con un tipo de aire antipático. Vio cómo llegaban a un acuerdo por el pasaje de salida de Kenyon a cambio de la que evidentemente fue más viruta de la que hubiera querido pagar. «Y no creas que vas a poder pasarlo como gastos».

Intentó identificar al tripulante de la nave desconocida, pero no parecía ser algo que la cibernet quisiera proporcionarle. Aunque no iba a ser difícil seguir a Kenyon del mercado a los muelles.

«¿Cuánto por la absolución?», envió a la cibernet.

Una cifra importante, pero alejada del valor que habría asignado a una vida humana.

Otra mano rebuscaba en el bolsillo del departamento, e iba a tener un rato divertido rellenando los formularios oportunos. «Concepto: autorización de una estación espacial para abatir a un subordinado».

Estiró las piernas para ganar velocidad y fue capaz de llegar justo un poco antes que Kenyon. Notó cómo su dispensador interno le soltaba una dosis tranquilizadora. No era el tipo de agente al que le alegrara la violencia ocasional. A diferencia de Kenyon, por lo que parecía.

Pretendía darle la impresión de que llevaba un rato esperándole, con la situación totalmente bajo control. Lo más probable también es que estuviera despeinado, y su respiración era demasiado agitada. El rostro de Kenyon no reflejó demasiada sorpresa.

—De acuerdo —dijo el hombre.

Havaer empuñaba su arma, sólo para dejar claro el tipo de reunión que iba a ser. Kenyon no, porque no se había preparado para ese tipo de reunión, pero era evidente que estaba dispuesto a usarla.

—Sáquela muy despacio, suéltela con mucho cuidado y luego dele una patada para alejarla. Vamos a volver a la *Quejoso* —expuso Havaer—. Dos miembros de mi equipo han muerto y necesitaré alguna información de su parte para explicarlo en mi informe.

Kenyon asintió, y Havaer percibió al instante que el tipo no iba a cooperar. Sacó el arma con un cuidado de manual, y Havaer incluso tuvo tiempo de decirle dos veces lo muy en serio que iba. Pero nunca había disparado a un compañero, y puede que Kenyon lo supiera.

El movimiento para sacar la pistola fue tan lento que dio tiempo a que media docena de hanni llegaran al lugar y se colocaran entre los humanos sin percibir la tensión que había entre ellos. Kenyon aprovechó la ocasión. Si quienes habían interrumpido la escena fueran de su propia especie, y por tanto altos, es posible que hubiera funcionado. En su lugar, Havaer le disparó por encima de la corona de ojos de los sorprendidos hanni, apuntando al hombro, a un brazo, pero en su lugar colocándole dos proyectiles de impulso magnético en el pecho.

Kenyon salió volando y Havaer se abrió paso entre los hanni dispersos para llegar hasta él, a la vez que buscaba el equipo de emergencia de su cinturón de espacial. Le pinchó de inmediato un estabilizador en el pecho, luego buscó a tientas un anticoagulante y un antishock, hasta que se dio cuenta de que el hombre había muerto ya.

Estuvo arrodillado junto a él un buen rato, mientras la cibernet confirmaba su autorización para la muerte e informaba de que seguridad tenía orden de retirarse.

Fue una tarea dura llevar el cadáver hasta la *Quejoso*, reactivada de nuevo y con todos sus sistemas a punto. Aunque cuando metió a Kenyon, el cacheo tuvo como resultado un cilindro de datos, con todos sus sellos intactos, la información a salvo.

No era mucho para compensar la traición y la pérdida de todo su equipo, pero podría presentarse ante Laery al menos con algún vestigio de su orgullo profesional.

6

Olli

—Eso —declaró Olli con la autoridad de alguien con una prolongada experiencia— fue una tormenta de mierda.

Solaz asintió con aire disgustado. Estaban otra vez en el Skaggerak, era el momento del análisis de lo ocurrido y la única ventaja de la situación es que no había supuesto el final para ninguno de ellos.

Una revisión exhaustiva del cuarto de Drayfus había confirmado que el cilindro de datos ya no estaba allí. Quien se hubiera cargado a la vieja pirata se había hecho con él. Alguna facción colonial, aunque aparentemente no la Casa Ácida; simplemente un grupo cualquiera cercano a los nativistas. Era una explicación fácil de tragar si no querías tener que darle más vueltas. Todavía eran una minoría entre los espaciales, que solían tratar con no coloniales y por tanto no humanos a diario, y a menudo formaban parte de tripulaciones compuestas por diferentes especies. El nativismo se enraizaba en los corazones de colonias asentadas en las que los pasajes sólo conducían hacia otros mundos dominados por humanos, y ver pasar a un hanni o algún alienígena de la Hegemonía era todo un acontecimiento.

Más tarde, después de unos cuantos paseos infructuosos, les llegó el rumor de que alguien con toda la pinta de ser el agente Mundy había disparado a un espacial en los muelles, un hecho que se había producido en mitad de una intervención de la seguridad local contra una nave tripulada por humanos. Intentaron reunir las piezas y llegar a algún tipo de conclusión, pero parecía posible que Mundy tuviera ahora el material. Además, se había marchado, y nadie parecía dispuesto a lanzarse a perseguir a un agente de la Casa Ácida dentro de las Colonias. Un fracaso, en resumen.

—Lo más probable es que no hubiera funcionado, de todas formas —decidió Solaz.

—¿Una transacción comercial compleja, con todo? —comentó Kit, y Olli asintió.

—No nos hacemos cargo de… jubiladas —dijo la parteni—. O al menos no de piratas. —Su tono sugería que en este caso concreto le habría gustado, aunque fuera un poquito—. No podemos mantener a gente que quiera emigrar al llegar a la vejez. El Partenón funciona porque todas sus integrantes aportan. Creo que mis superioras habrían dicho que no. Después de todo, no hay ninguna garantía de que esos datos valgan la pena, por mucho que se haya dicho que son algo especial.

—No recuerdo que nos dieras ese discurso cuando Idris se ofreció a venir a ayudaros —observó Olli.

—Pero vosotros no pretendíais simplemente… vivir de nosotras. —Las manos de Solaz trazaron un gesto con el que pretendía detener la discusión, describiendo la diferencia—. Vosotros no sois nosotras. Porque si vivierais en nuestra flota, de manera permanente, tendríais que ser como nosotras. Otros coloniales lo han hecho ya. Gente que prefiere nuestra ética. Pero no es un pase gratis, y hemos devuelto a unos cuantos cuando se dieron cuenta de cuánto trabajamos. No acogemos a científicos desertores con collares floridos y chocolatinas. Es… —Movió la cabeza con una ligera sonrisa—. Recuerdo a una de ellas a la que le escuché protestar. Es sorprendente cómo alguien puede apoyar tu cultura, de una forma absoluta, pero sólo hasta el momento en que le pides que viva de acuerdo a ella. Pero no es vuestro caso. Formáis vuestra propia tribu. Tenemos un acuerdo. Kit aquí presente, y Kris, se aseguran de que se mantenga.

—Sin duda —confirmó Kit.

—Y se joderá si se llega a la guerra. Podemos volver al tema de las Colonias, pues —señaló Olli.

—No habrá guerra. Los Arquitectos han vuelto. Somos otra vez aliados, como lo fuimos en las dos ocasiones en Berlenhof —insistió Solaz, repartiendo las bebidas que les había traído un viejo dron rotatorio. Ella bebía kafeinado, el relajante de la Hegemonía. Olli tomaba el característico destilado espacial, del que el Skaggerak servía su propia variante extrafuerte. Kit había escogido migo, una

especie de cuenco de arena violácea que sus piezas bucales saboreaban contemplativamente.

—Al estallar la guerra, una vuelta a las viejas costumbres sería lo adecuado —explicó, moviendo con magnanimidad los escudos de los brazos—. Armas a la venta, contrabando, los mercados en la sombra, todo se incrementa mucho en esos momentos. Pero no soy capitán en esas circunstancias. —Desde la muerte de su propietario anterior, Rollo Rostand, la capitanía de la *Dios Buitre* había sido un cargo rotativo, con Olli ocupándolo en ese momento de forma oficial.

—He escuchado peores ideas —reflexionó ella. Si se la hubiera dejado a su suerte, habría firmado con un hanni antes que con el maldito Partenón, pero había sido eso o abandonar a Idris, e Idris era el que tenía el talento irremplazable entre ellos.

Entonces apareció un considerable grupo de gente furiosa, vigilados por miembros de la seguridad hanni y la mayoría de ellos con insignias azules y blancas a la vista. La tripulación del carguero que había sido embargado era libre de deambular por la plataforma, con lo que cabía imaginar que se habían pagado indemnizaciones. Era evidente que todos se habían quedado sin parte de sus pagas, y Olli percibió que había bastantes posibilidades de que bebieran hasta ponerse en disposición de reducirlas más con una nueva multa.

—Creo que deberíamos ponernos en marcha —sugirió, y luego añadió cuando vio a Solaz asentir—: No te envidio por el informe que vas a tener que escribir. —Luego la expresión sombría de la parteni le hizo sentir mal por haberla pinchado. Lo que era ridículo, dado que la mujer representaba a una superpotencia militar dispuesta a borrar la forma de vida de las Colonias en cualquier momento. Pero ella parecía tan terriblemente despistada la mitad del tiempo. La otra mitad, por supuesto, estaba dando puñetazos o disparando a alguien.

Y hablando de despistados.

—Sería bueno ponerse al día otra vez con los demás. Apuesto que estás deseando volver a ver a Idris. —Esta vez quería ser algo así como amable, sin segunda intención, pero Solaz se sonrojó, frunció el ceño y lo interpretó directamente como otro sarcasmo, pero Olli no se lo iba a tomar en plan sensiblero y retirarlo. Olli ni

siquiera era capaz de entender qué había entre esos dos. Puede que algún ligoteo ocasional con un hombre de las Colonias fuera algo tolerable para las parteni cuando salían de excursión, pero quizá se hubiera vuelto raro ahora que Idris se les había metido en casa. Olli, que prefería mantener sus relaciones en un plano comercial o casual, no podía imaginarse la cantidad de rumores que corrían entre las parteni ante esa situación.

Cruzaron el área de atraque justo cuando el planeta aparecía a la vista, una venoso gigante de gas con el aspecto de un testículo infectado que se alzaba por el horizonte de la Luna de Hismin y dejaba muy poco cielo libre de su maligno resplandor.

«Ah, sí», se dijo Olli, «¡vida de espaciales! ¡Contempla las maravillas del cosmos!». Con ese pensamiento, abordó su propia nave espectacularmente desagradable y trazó la ruta por los pasajes que les llevaría de vuelta al espacio controlado por las parteni.

Havaer

Para entonces, Havaer no sólo había salido de la Luna de Hismin sino del propio sistema solar, y se encontraba en suspensión después de sumergirse en el vacío del nospacio y confirmar su rumbo. Los pasajes arrastrarían a la *Quejoso* de un punto a otro como corrientes marinas, hasta que emergiera en la realidad, en una región más segura controlada por la humanidad colonial. En Berlenhof, de hecho, donde tendría que redactar un informe endemoniado.

Durante un puñado de horas, su mente se encontraría sedada más allá del alcance de las pesadillas del nospacio que enloquecían a quienes las encontraban. Desde que trataba con Telemmier se había preguntado con frecuencia cómo podía ser para los inters, que no podían darse ese lujo. Enloquecedor, se imaginaba. Desde luego el propio Telemmier siempre había parecido al filo de venirse abajo o de explotar, en caso de que se le presionara. Con todo, a Havaer le parecía que era un hombre decente. Había hecho lo correcto y salvado un montón de vidas, tanto en la primera como en la segunda guerra. Pero un buen hombre bajo presión podía terminar haciendo muchas cosas malas.

Escuchó las comunicaciones de Berlenhof antes de anunciar su

propia presencia, una antigua e inquebrantable costumbre. No había guerra con el Partenón. Numerosas declaraciones públicas aseguraban que se enfrentarían juntos a los Arquitectos. Pero las conversaciones de fondo le indicaban a Havaer que las cosas no eran tan fáciles entre los dos bloques como la gente de los mediotipos quería hacer ver. Más que unos pocos personajes de la Hegemonía aparecían invitados como tertulianos, hombres y mujeres entogados que intentaban interpretar las intenciones de sus señores alienígenas de forma parecida a como la gente del pasado intentó adivinar el futuro a partir del vuelo de las aves. Después de todo, ahora la Hegemonía era parte del conflicto, aunque estaban siendo muy lentos a la hora de implicarse o colaborar con nadie.

Una vez que se sintió seguro de que no le aguardaba ninguna sorpresa en las noticias, envió los códigos adecuados a la Casa Ácida, o al menos a las oficinas orbitales que mantenían ese sobrenombre, aunque el departamento hubiera abandonado hacía mucho el edificio en la superficie por el que se le conocía. Según su denominación formal era la Oficina de Intervención: un enorme paraguas que cubría desde investigaciones policiales hasta las operaciones encubiertas más sucias.

Recibió una petición de comunicación casi de inmediato, y la pasó a través del habitual baile de códigos y contracódigos antes de aceptarla, mientras se preparaba para afrontar el rostro cadavérico de la jefa Laery, que no era la aparición más agradable recién salido del nospacio.

Sólo que no fue su cara la que apareció. Había un hombre de mandíbula cuadrada, pelo gris corto y cuello grueso. Havaer pestañeó un momento al verle antes de situarle.

—*Menheer* Baladi, me alegra verle —saludó con un tono que manifestaba también su sorpresa. Ésa era la línea directa con Laery, al fin y al cabo.

—Agente Mundy. —Havaer conocía a Baladi del subdepartamento de Interior, ocupado sobre todo de la influencia hegemónica a medida que el culto intentaba captar mundos para mayor gloria de sus amos. Un hombre que era claramente mayor que Havaer pero algo menos que Laery. Salvo que…

Volvió a comprobar las credenciales de la conexión, con una vaga sensación de vértigo. Era complicado señalar con exactitud lo

que no le gustaba, pero no le gustaba.

—Mis disculpas, jefe Baladi —siguió—. Le felicito. Aunque me gustaría…

—Creo que tendría que dar gracias a la fortuna, Havaer —dijo jovialmente Baladi—. Todos nos hemos encontrado de vez en cuando bajo el escrutinio de la vieja Laery. Ya no tendrá que volver a mantener reuniones presupuestarias con ella. Ha sido reasignada. Una labor un poco más relajada, dada su prolongada hoja de servicios. Todavía me estoy acostumbrando a la situación yo mismo, pero aguardo impaciente su informe.

«No deberías si tienes alguna pista sobre de qué se trata», pensó con amargura Havaer, pero se limitó a asentir.

—No tardará en estar sobre su mesa, jefe. —El informe y la mesa serían totalmente virtuales, pero las viejas expresiones se mantenían.

—¿Consiguió el material? —preguntó Baladi—. Sólo para que pueda hacer planes al respecto.

«Sí», pensó con su mente volando hacia el cilindro aún sellado. Sin embargo, sus ojos se mantenían en los mensajes entrantes, que continuaban con el parloteo habitual de los mediotipos y la charla cotidiana del departamento. Y algo más.

—No, jefe, no voy a endulzarlo. Todo el asunto fue un fiasco. Completaré el informe y… puede tomar las medidas que considere apropiadas.

Baladi asintió resignadamente.

—Ahora mismo podría haber matado a todo su equipo y seguiríamos asignándole una nueva misión. Todo el mundo tiene que arrimar el hombro. —O Havaer pudo ocultar su mueca o Baladi se la perdió—. Le estoy enviando instrucciones sobre su nuevo cometido. La confirmación final y detalles adicionales que debe conocer las seguirán en breve. ¿Ha tratado antes con los hegemónicos?

—No están entre mis favoritos. —Había estado del lado equivocado en un conflicto con uno de sus sindicatos del crimen hacía poco. No exactamente en el potro de tortura, pero puede que tan sólo fuera porque ya estaba ocupado por alguien al que le estaban arrancando la piel. Literalmente.

—Bueno, ahora mismo tenemos un asunto que implica a gente

con la que ha estado en contacto antes, así que no hay duda de que usted es la mejor opción. Trato personal, ¿verdad?

Havaer humedeció los labios que se le habían secado de repente. Era obvio que podía referirse a cientos de réprobos, agentes de inteligencia o escoria espacial en general, sin mencionar a un pequeño número de ciudadanos intachables. «¿Por qué demonios tiene que venirme a la cabeza entonces nada más que la puñetera banda de la *Dios Buitre*?».

Cuando acabó la conexión con Baladi, y su dispensador le brindó otra dosis de calmante, abrió un mensaje de Laery. Le había llegado a través de un viejo canal privado, una reliquia de la guerra que sólo seguía usando ella. Todos los demás que participaron en su creación habían muerto con el paso de los años o de forma violenta. El mensaje había llegado con la etiqueta «código en blanco», lo que suponía máxima seguridad. Quería decir que siguiera siendo la persona que ellos pensaban que era, pero desde ese momento lo convirtiera en una actuación. Significaba: «No crea nada de lo que le digan». Havaer se lo quedó mirando un buen rato antes de desencriptarlo y leer el contenido. Sabía que no tenía forma de averiguar si todo esto suponía una amenaza real a las Colonias a la que su deber le obligaba a enfrentarse, o si se trataba de Laery que buscaba arrastrar a Havaer a peleas internas del departamento después de haber sido apartada.

El contenido era sencillo: «Sígales el juego. Haga lo que pidan. Sé que lo tiene. Ábralo y analícelo. Descubra por qué es tan importante. Me pondré en contacto».

En la seguridad del silencio del espacio, Havaer gritó «¡joder!» a solas en el interior de la *Quejoso*, porque odiaba esta parte de su trabajo. Todavía no sabía si Laery seguía en juego, pero al menos no tramaba un asalto al poder vestida con piel de cordero. Y él quería saber qué demonios había en el cilindro.

Se dispuso a redactar el informe para Baladi, en el que no sería capaz de ocultar la muerte de todo su equipo. Al fondo de su mente, los datos ocultos en el cilindro ardían como un ascua, reclamando su atención.

Solaz

La *Ceres* no tenía área de invitados. No había suficientes invitados que lo justificaran en la nave jardín parteni. Era algo en lo que Solaz nunca había reparado mientras crecía rodeada de sus hermanas, o cuando peleaba en la primera guerra. No hasta ir a parar con la tripulación de la *Dios Buitre* y los espaciales en general. Si alguien hubiera venido entonces a acusar a su gente de xenófoba, ella se habría burlado. Luego habría señalado una insignia azul y blanca de los nativistas para devolver la acusación. Pero lo que pasaba con los nativistas era que llamaban la atención porque la mayor parte de la humanidad colonial, y desde luego los espaciales, aceptaban por lo general a cualquiera. Y si una parteni les hacía fruncir el ceño, era porque no se las solía ver mucho en esa parte de la galaxia. Se mantenían dentro de sus sociedades embarcadas, tan autosuficientes como les era posible, y manejaban sus asuntos con otras culturas a una educada distancia.

En resumen, había una especie de salón disponible en la *Ceres*. Estaba cerca del hangar específico asignado para uso no doméstico, y tenía un puñado de dormitorios al lado. Sólo tenía una puerta, a modo de cuello de botella, que conectaba la zona con el resto de la nave, porque no se animaba a los visitantes a dar paseos. La Solaz de antes no le habría dedicado un segundo de pensamiento a esa disposición, sino que habría asumido que era la forma natural de hacer las cosas. La Solaz de ahora lo veía como un problema a largo plazo. Salvo que todo el Partenón tomara el control del universo con sus nuevas inters, asumiendo que llegaran a existir, siempre terminarían como huéspedes de alguien más. Como las socias comerciales menos favorecidas; la gente a la que te quedabas mirando, sobre la que circulaban rumores, y a la que quizá intentaras engañar si te envalentonabas. Y puesto que ese aislamiento venía acompañado por una fuerte dosis de poder militar, la gente que te asustaba.

«Necesitamos abrirnos», pensó. Luego tuvo en cuenta el delicado equilibrio de la sociedad parteni, tal y como la construyó la doctora Parsefer y refinada por las sucesivas generaciones. En el que la relación con otras culturas, en particular con las Colonias, era de valientes protectoras que no podían entender del todo por qué la gratitud no seguía llegándoles después de terminada la guerra. ¿Podría sobrevivir la situación actual a un mayor intercambio de

comercio y gente, y sobre todo de ideas? Pensaba en la manera en que vivía gente como Olli, que para una parteni era inconcebiblemente venal, rebuscando para conseguir beneficios a cada paso, mientras a la vez se mantenía desesperadamente pobre porque no la respaldaba una sociedad que cubriera las necesidades más básicas. A pesar de todo, era algo atractivo. Hubo un momento, después de la deserción de Idris, cuando pareció que Solaz saldría de la *Dios Buitre* y se la asignaría al trabajo con inters, cuando se dio cuenta de lo mucho que echaría de menos el jugar a ser una espacial. Una que disponía de la red de seguridad de la ciudadanía parteni, había que admitirlo, pero de todas formas… ¿Cuántas de sus hermanas se habrían sentido igual? ¿Cuántas harían lo necesario para pasar por locales en la difusa frontera entre el Partenón y la Esfera Colonial, o con los hanni o incluso en la Hegemonía, antes de que todo el Partenón empezara a chirriar por falta de engrase? «¿Hasta qué punto somos delicadas flores de invernadero?». No habría forma de saberlo hasta que las flores empezaran a marchitarse.

—Tú. —Kris la golpeó en el brazo—. Has dicho exactamente dos palabras desde que entraste.

Estaban en ese salón del hangar. Se repartía comida y bebida gratis, como parte del acuerdo por el que la *Buitre* apoyaba el esfuerzo de la inteligencia del Partenón. Olli, lo suficientemente sensata por una vez como para aparecer en su esqueleto andador y no en el escorpión, tenía sentada a una técnico y le estaba enumerando una escandalosa lista de mejoras y reparaciones que quería para la nave, la mayoría de las cuales estaban estrictamente fuera de las posibilidades recogidas en su contrato. Solaz habría conseguido de todas formas que se hicieran, pero a la vez se daba cuenta de que al obtener cosas gratis de alguna forma no estaba jugando de la forma adecuada. «Con un pie en cada mundo… Todo bien hasta que el barco empieza a apartarse del embarcadero». Kittering estaba encogido en un taburete impreso a la medida de un hanni, enfrascado en algún tipo de juego en una pantalla virtual proyectada sobre uno de sus brazos blindados. Era un estándar parteni, desarrollado (como todos) a partir de una herramienta educativa, útil para entrenar la lógica y la rapidez en la toma de decisiones. Kit se enfrentaba a tres oponentes dispersos por la nave,

y estaba dando una paliza al menos a dos. Los hanni tenían una inclinación cultural hacia las formas de dominación no violentas, y Kittering en particular estaba loco por los juegos. Solaz sabía que su identificador de usuario era bien conocido entre los grupos de jugadoras más entusiastas de las sororidades de la *Ceres,* aunque casi nadie sabía que detrás no había una parteni.

—Lo siento. —Se inclinó un momento sobre Kris, hombro contra hombro, como habría hecho con una hermana de permiso, y le sorprendió que la mujer hubiera adoptado la misma costumbre y le devolviera el gesto.

—Olli dice que te has metido en problemas.

—Es probable. La misión no fue bien. Nosotros no sufrimos ninguna baja, pero hubo muchas. Probablemente por peleas entre facciones coloniales. —Solaz se dio un pescozón figurado a sí misma —. Debería… ¿No está Idris, entonces…? —Todavía le daba vergüenza preguntar, lo que era ridículo.

—Está… Bueno, iba a decir durmiendo, pero todos sabemos que no es posible. —Kris hizo una mueca—. Está en su litera, probablemente mirando al techo. No lo lleva bien.

—¿No avanza el programa de intermediarias?

—Ja. Demasiado. —Kris miró alrededor—. No sé hasta dónde podemos contarte, quiero decir, a ti en particular. Pero voy a atreverme a decirte que está preocupado porque metan gente forzosa. Lo que te recuerdo que no supone simplemente asistir a algunas clases y superar un examen. Es una terapia invasiva, con cirugía cerebral, que en el mejor de los casos termina por producir gente tan jodida como Idris, con la cabeza hecha trizas. —Lo dijo con un tono cariñoso, pero las dos sabían que era la verdad. Los inters no eran estables ya desde el principio, y luego su labor era mirar de frente al vacío durante tanto tiempo como les fuera posible hasta quebrarse—. Se ha dado cuenta de repente de que el concepto de «voluntariado» puede tener un significado distinto en una dictadura militar… Bueno, lo siento, quizá no es el término correcto, pero…

Solaz hizo un gesto para animarle a seguir.

—No sé qué puedo decir que ayude, Kris. Quiero decir, todas estamos contentas de poder servir, ésa es la idea, ¿verdad? Si alguien viniera y me dijera «te necesitamos, queremos que nos

entregues tu mente…». Y el Partenón necesitara, de verdad, que estuviera de acuerdo. Yo… no sé cómo van a lidiar con ello.

—¿Ha habido alguna situación comparable desde la guerra? —le preguntó Kris—. ¿Misiones suicidas o algo parecido, para las que reclutaran voluntarias? Quiero decir, os he tratado lo suficiente como para saber que no sois como hormigas. Sois, bueno, ya sabes, gente de verdad, personas con ciertos condicionamientos culturales. No es que os deis empujones para ser las primeras en tiraros a la picadora de carne. —Miró a Solaz con aire dubitativo.

—En la guerra no había alternativas. —Le vino a la cabeza la primera batalla sobre Berlenhof, donde perdió su nave, y a la mayor parte de sus hermanas. La *Espada Celestial* había caído al enfrentarse al Arquitecto, incluso aunque éste hubiera muerto también. Ella consiguió escapar sólo porque actuaba de niñera de Idris el inter, y su deber era evacuarle. En ningún punto del proceso pensó «¿puede ocuparse alguien más?», porque literalmente el resto de las personas que conocía estaban arriesgando su vida igual. Había transcurrido medio siglo de paz desde entonces, aunque ella hubiera pasado gran parte de ese tiempo en hielo. Puede que las parteni de hoy no tuvieran exactamente el mismo deseo de entregar sus vidas. O puede que la oposición a la insidiosa influencia del Hum hubiera reemplazado a los Arquitectos como impulsor del patriotismo parteni. De ser así, tampoco era bueno. Suspiró.

—Puedo hablar con mis superioras. Probablemente me dirán que no entra en mis competencias. Pero si les digo que es crucial mantener la cooperación de Idris, entonces… puede que consiga aclararle algo la situación, más allá de las vagas garantías que le deben estar dando. Pero…

—¿Pero…?

—Si hay gente que se presta, por el futuro del Partenón, la defensa de la humanidad, la amenaza de los Arquitectos… —Miró sombría a Kris—. ¿Se te ha ocurrido que quizá hagan falta, de verdad, tanto si quieren ser voluntarias como si no? El Partenón necesita inters, sí, y ahora mismo el resto del universo necesita que tengamos inters, porque, ¿quién más puede derrotar a los Arquitectos, si no somos nosotras?

—¿La Hegemonía, quizá? —Kris se encogió de hombros—. Quiero decir… Entiendo tu punto de vista, pero Idris no lo hará.

Vino aquí porque quería un programa más limpio, para buscar un linaje genético favorable a la aparición de inters. Lo que quizá hayan encontrado, por cierto. Pero, para él, lo fundamental es que quieran participar, que quieran de verdad. Si no, le perderéis. —No continuó con un «y entonces…». Solaz no sabía qué pasaría entonces. El Partenón tenía ahora a Idris y su cooperación. Si dejaba de ofrecerla, ¿le dejarían marcharse, sin más?

No se había dado cuenta de que Olli escuchaba, pero la especialista intervino en ese momento.

—Puede que nos vayamos con la música a otra parte —dijo lo suficientemente alto como para que llegara a los oídos de cualquier técnica o tripulante parteni que estuviera en la sala—. Kit, ¿qué te parece? ¿Querrán los hanni desarrollar un programa de inters?

Kittering la miró por encima de la pantalla.

—Es erróneo considerarme portavoz de toda la especie. Muy poco cosmopolita. —El traductor consiguió reflejar un tono convenientemente malhumorado, y Kris intuyó que una de sus rivales en el juego le tenía contra las cuerdas.

—Idris —dijo Kris, y Solaz asintió.

—Idris, lo sé —confirmó—. Kris, haré lo que pueda.

—No, Idris. Está ahí. —Kris asintió con la cabeza en dirección al otro lado de la sala, donde el hombre estaba parado en la puerta, mirando… Daba igual, en realidad. Otra vez vestido con desastradas ropas espaciales y sandalias, con los hombros encogidos como si estuviera siempre recibiendo un flechazo. Sus ojos cavernosos buscaron a Solaz por la sala y consiguieron armar un simulacro de sonrisa.

—No te mataron todavía —le saludó Olli—. Pilla un taburete.

Salvo Kit, las parteni tendían a ocupar los sofás. Ellas no tenían los reparos de los coloniales ante el contacto físico ocasional, lo que Solaz reconocía como un extraño vestigio de las estrecheces en las naves durante la poliáspora, cuando escapaban de los planetas condenados y tuvieron que vivir un tiempo encajados unos en los sobacos de otros. Idris se apoyó en un taburete pero no se sentó, balanceándose de un pie al otro.

—Trine está aquí también —les dijo. Solaz pestañeó.

—¿Ahora? No he recibido ningún mensaje suyo. —Ella e Idris eran las únicas amistades a las que cabría imaginar que contactaran

el académico colmenero. Ambos conocían a Trine desde la guerra, cuando la mente colmena ciborg actuaban como secretario y analista de datos en la investigación colonial de las ruinas originarias. Porque esas ruinas conservaban algún tipo de poder protector contra los Arquitectos, y en ese punto de la guerra esa investigación parecía la única esperanza de la humanidad.

—Sólo me llegó un «esperamos una invitación».

Olli sonrió satisfecha.

—Igual es algo formal, con ropa de domingo y modales finos. —Hablaba con la suficiencia de alguien que no tenía ninguna de esas cosas y no le importaba—. ¿Mantienen la parida de que es un embajador?

—No es una parida —repuso Solaz de inmediato. Algún punto arcano del tratado colmenero-colonial señalaba que los colmeneros de alto nivel recibían el trato de emisarios oficiales de la Asamblea en caso necesario. Lo que no suponía que Trine no hubieran explotado ese cargo sin ningún pudor para su propio beneficio más de una vez.

Luego sus comunicadores mostraron un mensaje entrante. Trine: «No olvidéis los abrigos». Y, un instante después, órdenes formales: «Reunid a la tripulación, venid a mi encuentro para informar».

Trine llevaban siendo Trine desde hacía mucho tiempo. Los colmeneros individuales tendían a volver a la Asamblea una vez completada la labor que se les hubiera encomendado, para volver a formar parte del gran conjunto de la especie y compartir lo aprendido. Pero la tarea de Trine era el estudio de los originarios, y no iba a completarse en un plazo inmediato. Al igual que Idris y Solaz, Trine eran una reliquia de los años de la guerra. No debía haber ningún otro colmenero que hubieran sido ellos mismos por tanto tiempo como Trine llevaban siendo Trine. Lo que le abría la puerta a una cierta acumulación de excentricidades.

Como en los demás colmeneros, dentro del cuerpo en forma de barril de la estructura de Trine existía una fábrica de componentes. Hacía tiempo que habían reemplazado las unidades que cedió para mantener latiendo el corazón de Idris. Su consciencia, la cosa que se consideraba a sí misma Trine, era algo construido por, y mantenido entre, la totalidad de sus muchas partes integrantes.

—Estáis cordialmente invitados —les anunciaron el colmenero a

todos— a tomar un descanso en Arc Pallator. Un destino de vacaciones, muy deseable. Hay piscina y posiblemente un casino o alguna miseria similar. Y para *mesdam* Timo, habrá cosas alienígenas de las que podrá quejarse.

Trine se presentaron ante ellos en una estructura bípeda, con patitas como de pájaro de pies prensiles, que sostenían un torso del que surgían varias extremidades de distinto tamaño desde el centro del pecho. La cabeza era un cuenco que proyectaba una cara humana: para los coloniales sería la de un amistoso pariente mayor, pero en la *Ceres* se tomaría por lo que Solaz calificó mentalmente como «tía soltera». Su voz cuadraba con el aspecto, tan ricamente humana como pudiera conseguir el mejor software.

Solaz consultó la biblioteca de la *Ceres*, pero Kittering iba por delante de ella.

—¿Cuál es vuestra intención, delegado? ¿Está dentro de la Hegemonía?

—¡Desde luego! Excitante, ¿verdad?

—¿Quieres que la *Buitre* te lleve a algún lugar? —preguntó de forma neutra Olli—. ¿Por qué?

—Para evitar un malentendido —le explicaron Trine moviendo varias extremidades—, pediré al Partenón que me lleve a algún lugar, dentro de la Hegemonía, con tanta pompa militar como nos permitan los divinos essiel. La parte principal de esa pompa será su propia nave, por razones que quedarán claras pero que principalmente orbitan en torno a los talentos de su piloto, como pueden imaginar. Una invitación de las que no pueden rechazarse ha sido cursada a su atención, pero es del tipo que yo preferiría aceptar acompañado de una comitiva convenientemente armada. Permítanme que les presente, en consecuencia, el soleado Arc Pallator, joya de la Hegemonía. Un lugar por el que hace tiempo salivaba soñando una visita, o lo hubiera hecho de contar con las glándulas adecuadas. Es bien sabido que las relaciones colonial-hegemónicas han sido siempre difíciles, y esa oportunidad se me negó hasta ahora. Pero regocijémonos, puesto que ahora los propios essiel se han dignado dirigirme una invitación para visitar su glorioso paraíso académico.

—Corta el rollo —le interrumpió Olli, y aunque Solaz no pudo evitar un gesto de incomodidad, lo cierto es que compartía el

mismo sentimiento—. Te refieres a paridas originarias.

—Más paridas, mi querida *mesdam*, de las que pudiera llegar a imaginar. Es el principal asentamiento originario jamás descubierto. Una auténtica ciudad perdida, posteriormente recolonizada por ciudadanos hegemónicos. Viven en ella. Imagine: ¡un área de excavación con todas las comodidades! Y que requiere el urgente e inmediato estudio por parte de las principales mentes y especialistas del universo, de los cuales las nuestras se cuentan, por supuesto, entre las más preeminentes.

—Porque perdieron un mundo ante los Arquitectos y sus porquerías originarias ya no les protegen más —completó Olli—. Así que de repente quieren que todo el mundo les ayude a entender porque todo su imperio espacial está jodido.

—Indirectamente sí, por supuesto —aceptaron Trine con alegría —. Directamente, sin embargo, bien… Si pueden observar la imagen…

Era la vista de un planeta, cabía suponer que Arc Pallator. No a ras de suelo, con las célebres ruinas originarias, sino desde la órbita, como en una nave que se acercara. O, más probablemente, que huyera.

Arc Pallator había sumado una luna. Una luna cristalina, cegadoramente brillante donde la alcanzaba el sol del sistema. El hemisferio que estaba orientado al planeta era un bosque compuesto de agujas de cristal de cientos de kilómetros de longitud, que dirigían sus puntas hacia la superficie del planeta. Un Arquitecto, retratado en el momento de asesinar un mundo.

—Creo que… vamos un poco tarde para el turismo —dijo Kris, ante el consiguiente silencio.

—Entendemos vuestro error de comprensión, antiguos y futuros compañeros —repusieron Trine, con tonos efervescentes en el rostro o lo que fuera que estuvieran viendo—. Sin embargo, la situación se mantenía igual en la última transmisión, y lleva siendo la misma desde hace veintitrés días estándares terrestres.

—Por las ruinas —dijo Idris. Tenía la mirada fija en la imagen, sobre el Arquitecto—. Quieren rehacer el planeta, pero necesitan eliminar la presencia originaria antes… ¿Una ciudad, has dicho?

—Entidades de los Arquitectos están desmantelando el lugar —confirmaron Trine—. Las estimaciones hegemónicas son que el

esfuerzo se alargará meses estándares terrestres. Y entre tanto…

—Hay un Arquitecto ahí quieto —le interrumpió Idris—. Sin atacar, sin que le ataquen, simplemente ahí.

—Y por tanto susceptible de estudio, al igual que la relación que mantenga con los artefactos originarios. Como descubrimos en Jericó, los intermediarios contáis con un enfoque único sobre la cuestión. Y eres el único intermediario con el que puedo contar. —Trine hicieron un expresivo gesto con algunos de sus brazos—. Así pues, primo Telemmier y demás amigos, os invito cordialmente a convertiros en huéspedes de la Hegemonía.

2
Arc Pallator

7

Idris

No era tan sencillo, por supuesto. Fuera lo que fuera lo que Trine sentían que tenían derecho a exigir, el Partenón se mostró de entrada poco receptivo a la idea de poner una nave a disposición del colmenero. E incluso menos a la de sumar a Idris a la expedición.

El propio Idris tuvo que implicarse más de lo que hubiera querido en la discusión. Sentía que se trataba de una especie de prueba para el hipotético momento en el que quisiera marcharse. Desde luego la monitora Felicidad, su superiora, se mostró categóricamente opuesta a que se adentrara en el espacio hegemónico, donde le podía ocurrir cualquier cosa. Especialmente si iban a compartir el sistema con un equipo colonial con su propia escolta, sin mencionar los horrores que la propia Hegemonía pudiera conjurar para la ocasión.

Si hubieran sido nada más que Trine por su cuenta, posiblemente no habría llegado más lejos, pero Idris no tardó en descubrir que el arqueólogo obviamente habían puesto sobre la mesa esta vez algunas credenciales diplomáticas auténticas. La Asamblea Colmenera Conjunta —el repositorio acumulativo de mentes no desgajadas en ese momento en cuerpos individuales— estaba detrás de la empresa, y eso contaba mucho. El Partenón y los colmeneros eran aliados políticos desde hacía mucho tiempo.

Con todo, pareció que nadie iba a ninguna parte, incluso aunque algunas parteni se pusieron del lado de Trine, hasta que Idris se presentó un día para otra jornada de lucha y se encontró que le esperaba una sola mujer.

La conocía: la monitora superior Tacto, la jefa directa de Solaz en el Aspirat, el servicio de inteligencia del Partenón.

—*Menheer* Telemmier —le saludó—, tome asiento.

Era una mujer pulcra y compacta, con arrugas que probaban su experiencia dibujadas sobre los rasgos habituales parteni. Adivinó que estaba a punto de imponer su criterio. Al sentarse con ella, no pudo evitar la sensación de que le habían descubierto haciendo algo malo, aunque no hubiera nada. Si le hubiera pedido de repente que confesara, se habría inventado algún crimen sólo para quitársela de encima.

—La monitora Felicidad está preocupada por el programa inter, de forma comprensible —empezó, mirándole dubitativa. Era como si no consiguiera creerse que él mereciera tanto la pena, pese a que hubiera enviado a Solaz a reclutarle. Lo entendía perfectamente, incluso estaba de acuerdo con ella. Pero aquí estaban—. Se da el caso de que, ahora que nos ha ayudado a identificar una línea genética viable, hay cierta cantidad de trabajo que puede avanzar en su ausencia, *menheer*. Tenemos suficiente material de la investigación colonial como para empezar a trabajar en nuestra propia primera promoción de sujetos. —Y antes de que pudiera hacer ninguna objeción, añadió—: De voluntarias. —Dejando claro que Solaz le había informado de sus escrúpulos—. Cuénteme sobre Jericó —pidió, inclinándose hacia adelante de forma intencionada, y él pestañeó.

Jericó era un desagradable mundo selvático con un gran yacimiento originario; «grande» en ese caso suponía sólo una fracción de lo que al parecer albergaba Arc Pallator. En la visita que le hicieron allí a Trine, los ojos de Idris se abrieron a la interacción entre las ruinas y el nospacio, que pudo detectar con su cerebro intermediario modificado. Había sido una revelación. Incluso en esa breve visita, con un notable número de distracciones, había aprendido mucho.

Tacto lo escuchó todo y él pudo imaginarse a la mujer reuniendo datos en su cabeza para un plan, como si fueran piezas de un puzzle. Él se había convertido en una fuente de potencial información contra los Arquitectos, y en consecuencia parte de los intereses del Aspirat. Y sentía que su futuro estaba en el filo de la navaja: de un lado, que Felicidad consiguiera retenerle, quisiera o no; de otro, que Tacto le incluyera en el equipo de Trine, quisiera o no. ¿Qué facción prevalecería?

En su lugar, al fin, ella se limitó a hacer una pregunta.

—¿Qué opina usted, *menheer*?

Él la miró. Ella continuó.

—Tenemos una oportunidad. Para ganar crédito ante la Hegemonía, para conseguir un puesto que de otra forma sólo estaría al alcance de quienes ocupen posiciones equivalentes a la mía en el Hum. Para encontrar una grieta en el blindaje de los Arquitectos, si es que existe. Podemos limitarnos a darle al delegado Trine una escolta y confiar que puedan llevar a cabo su labor, pero ahora mismo tenemos entre manos algo distinto. Le tenemos a usted. Un intermediario que informará al Partenón, y que puede darnos las armas necesarias para defender a nuestra especie contra el enemigo. Pero no tiene sentido arriesgarle si no quiere hacerlo. Y será un riesgo. Aunque ahora tenemos la posibilidad de desarrollar nuestro propio programa de intermediarios aquí, incluso sin su ayuda continuada, mi colega Felicidad deseará sin duda su retorno para ayudar en el refinamiento del proceso y el entrenamiento de sus pupilas. O incluso preferirá que no se marchase. Así que todo se reduce a esto, *menheer*. ¿Qué quiere usted?

La miró intensamente.

—¿Me da la posibilidad de elegir?

—Digamos que al menos permitiremos que sus opiniones influyan en nuestra decisión.

No se había preguntado seriamente qué preferiría hacer. La idea de que su elección fuera algo relevante no se le había ocurrido. Así que cuando abrió la boca, la verdad es que no estaba seguro de lo que iba a decir.

—Quiero ir. Con Trine —soltó, y luego tuvo que detenerse para considerarlo, para preguntarse el motivo. Le alejaría de las incertidumbres del programa inter de Felicidad, por supuesto. Le pondría a una saludable distancia de esa fuente de culpa. Pero no era eso. Recordaba Jericó. Sobre todo se recordaba huyendo para salvar la vida y su continuo terror por todo. Luego recordó ese contacto, mente con mundo, mente con biosfera, mente con el eco de los originarios.

—Quiero aprender —dijo.

Tacto le miró, a la espera de que continuara hablando.

—No quiero aprender —se corrigió—. Quiero decir, si pudiera

ignorar felizmente todo el asunto, entonces, eso sería, quiero decir, sería genial, pero es demasiado tarde, demasiado tarde para eso. Y cuanto más aprendo, más… Hay algo. Hay algo que puedo descubrir para terminar con la guerra. Hay algo detrás de los Arquitectos. Hay… No tiene por qué ser así, con ellos matándonos y nosotros creando armas para combatirles. Y puede ser… Puede ser que Arc Pallator sea… —Luchaba por expresar lo que sentía, imploraba a Tacto con la mirada que le comprendiera.

—*Menheer*, lo sé —repuso ella con franqueza—. Dada la forma en que las cosas han marchado entre nosotras y el Hum, el retorno de los Arquitectos no podría haberse producido en peor momento. —Eso no era lo que él quería decir, pero a ella le servía—. Le proporcionaré toda la protección que la Hegemonía nos permita enviar a su espacio. También me aseguraré de que Felicidad tenga todo lo necesario para seguir con el trabajo durante su, esperemos, breve ausencia. Pero encuentre el punto débil de los Arquitectos, *menheer*. Descubra de qué cuerdas tiran sus amos.

No tardaron mucho en cargar seguidamente la *Dios Buitre* con todo lo que Olli pudo arramblar en la *Ceres*. Les acompañaría un buque de guerra parteni, pero estarían condenados si no contaban con su destartalada nave de rescate a punto para cualquier emergencia. Idris esperaba que Felicidad le convocara a una audiencia en cualquier momento, con la intención de que cambiara de idea, y la verdad es que en buena medida hubiera preferido que lo consiguiera. No quería ir a Arc Pallator. No quería encontrarse en el mismo sistema que un Arquitecto o presentarse ante alguno de los essiel que dirigían la Hegemonía. Estaba lejos del entusiasmo que parecían impulsar a Trine en todo aquel asunto.

Se sentía exactamente como cuando se inscribió en el Programa de Intermediarios, siendo poco más que un crío. Allá en la primer guerra, cuando los Arquitectos retorcían los mundos humanos uno tras otro, con total indiferencia ante los millones de seres que morían en ellos. Cuando nadie albergaba ninguna esperanza y valía la pena probar cualquier plan, por absurdo que fuera. Idris había escuchado ya que estaban manipulando cerebros en un intento de replicar lo que fuera que hacía especial al de Santa Xavienne. No quería que destruyeran su mente, por supuesto que no. Pero firmó porque a veces uno tiene que hacer algo mayor que lo que se desea.

No quería ser el centro de atención del universo. Quería que todo acabara. Y puede que Arc Pallator fuera la clave para conseguirlo. Eso le bastaba para inclinar la balanza y subirle a bordo.

—¡Hey! —El grito de Olli le sacó de su ensoñación—. ¡Tienes visita!

—¿Quién es? —Miró alrededor, esperando a Felicidad o quizá a una escuadra de mirmidones para escoltarle a alguna parte.

—Quién sabe, todas parecen iguales. —Olian Timo, sin opciones de ganar ningún premio de diplomacia. Y allí estaban, nada más que una parteni jovencita con uniforme de cognoscente. Destacaba sobre la colonial gritona sentada en su exoesqueleto con una flota de drones revoloteando a su alrededor; sobre Kittering discutiendo por la carga con Kris; sobre todo, en realidad. Él la reconoció, aunque le llevó un momento. Él también destacaba.

—Tumba —la saludó. La primera de su clase de candidatas a inter, la que tras acercarse a la muerte había abierto su mente. La mujer, pensó sombríamente, que quizá hubiera condenado a todas sus hermanas de la misma línea genética a la agonía y el tormento.

—*Menheer*. —Se retorcía las manos, apartándose del feo amasijo de la *Dios Buitre* como si la nave se le pudiera caer encima—. Quisiera… Me dijeron que podía hablar con usted.

—Aquí me tienes. No estoy ocupado con nada.

—¡Ésa es la puta realidad, vagoneta! —le gritó Olli, porque sus drones tenían buenos receptores de audio. Él le dio la espalda.

—Estuve hablando con la mirmidón ejecutora Solaz —empezó Tumba, como si la amiga de Idris fuera una figura semidivina y mentarla en vano bordeara la blasfemia—. Dijo que le debía contar… que dije que sí.

Él frunció el ceño. Tumba parecía allí tan sola, tan pequeña y herida, que quiso acercarse a ella. Pero él era aún más pequeño y estaba aún más dañado. ¿Qué podía hacer?

—¿Sí a qué?

—Al programa. Y la mirm… y Solaz dijo que se lo debería contar, para que sepa que tengo posibilidades.

Él la miró sombríamente.

—Quieres convertirte en inter. Después de que te mandamos todas esas veces al nospacio.

Ella asintió, demasiado deprisa, demasiado forzadamente, y pudo ver que sus ojos en cambio negaban. Pero a pesar de todo la creía, porque esa contradicción le resultaba familiar. «No, nunca queremos ir, pero lo hacemos igual». Hubiera preferido asegurarse de que ésa era su decisión, sin importar cuánto dudara, y no una orden parteni. Quizá sobreviviera. Quizá aprendiera a ver el universo como él, y que Dios la ayudara si era así.

—Gracias —le dijo a la joven, y luego Kris le llamó para que subiera a bordo.

La salida de Idris de la suspensión debería haberle supuesto un alivio; otro día sin que se le pidiera ponerse al timón en la larga tortura del nospacio. Salvo que la jodienda general de su cerebro extendía su reacción negativa también a ser puesto en hielo. Su mente tenía la sensación de haber estado tumbado indefenso en algún lugar enorme y plateado donde no podía moverse ni sentir, otro tipo de vacío.

«Sí, sí», se dijo irritable, y luego, citando una vieja canción espacial de la que la mitad de la Esfera Colonial conocía la letra, se dijo: «Todos somos conscientes de la tragedia que es ser tú». Al menos los colchones de la *Madre de Grendel* eran más cómodos que los de la *Dios Buitre*.

Se sentó a la vez que aparecía una parteni.

—Delegado Trine, se les necesita en el puente de mando. —Alrededor de Kris, el resto de la tripulación de la *Buitre* se iba incorporando entre gruñidos. Olli inclinó el ángulo de su cama de forma que pudiera meterse en su andador, lanzando juramentos por semejante indignidad.

Trine no estaban en una cápsula de suspensión. En su lugar, tenían protocolos para apagar sus funciones superiores mientras estuvieran en el nospacio. Idris se llevó una desagradable sorpresa cuando vio que el colmenero decidieron hacerlo colgándose de un raíl del techo con sus dedos prensiles, como un enorme murciélago. Ése era el tipo de humor de Trine, y un ejemplo de por qué a las entidades individuales colmeneras no se les permitía ir por su cuenta tanto tiempo como llevaban fuera.

El rostro de Trine apareció en el cuenco de su cabeza, justo encima de su interlocutor, lo que suponía que estaba en posición invertida respecto a su cuerpo.

—¿Puedo preguntar a qué se debe que se haya precipitado mi autoarranque?

—Delegado, las autoridades de la Hegemonía en el sistema sólo tratarán con usted.

—Ah. —Trine se encogieron sobre una pierna, en una improbable demostración gimnástica, luego se dejaron caer y se equilibraron tambaleándose—. Mirmidón, lléveme ante su líder. —Salieron de la sala, con la mirmidón detrás.

Kris se apoyó en un codo y bostezó, somnolienta.

—Esa granja de bichos necesita que la reinicien —murmuró Olli.

—Cosa que no harás tú —le pidió directamente Kris—. Aparte de que sería de mal gusto, estamos aquí literalmente con pasajes a su cuenta.

—¿Y por qué? Yo nunca quise venir a la Hegemonía. —Olli vio las miradas que pasaron entre Kris e Idris—. Vale, puede que quiera ver un poco de la Hegemonía. Siempre que el hijoputa del Gancho no ande por aquí. Quiero decir, se supone que es un criminal, un bandido, ¿no? Imagino que no estará por donde pueda encontrarse polis.

—Es… —empezó Kris.

—Sí, complicado, lo sé. —Porque, como respecto a todo lo demás, la actitud de los divinos essiel hacia el crimen era opaca y difícil de entender para los humanos.

Kittering, emergiendo de una cápsula esférica acondicionada que habían atornillado de cualquier manera en una esquina, movió sus órganos vocales.

—Mirad por la ventana —sugirió el traductor. No había ventana, por supuesto, pero Olli trasteó en los mandos parteni y les mostró el mundo al que se acercaban.

Arc Pallator tenía un aspecto poco amistoso. Era amarillo y rojo, sobre todo, sin mares o masas de agua de ningún tipo. El abigarramiento que mostraba la superficie era de carácter topográfico, con mesetas que alternaban con amplias cuencas secas. Era un mundo viejo, notó Idris, y parecía estar muriéndose. Unas líneas en parsef junto a la imagen mostraban los datos más comunes del lugar, e hizo lo posible para descifrarlas. Aunque Kris había avanzado más en el aprendizaje en los últimos meses y lanzó un juramento.

—Población de tres mil millones, dice. Estimada.

Al comentario le siguió un silencio pensativo.

—¿Dónde está la… la cosa? —lo rompió Olli.

—Paciencia —repuso Kittering. Estaba encogido en el borde de su cápsula, con los cinco ojos ámbar fijos en la pantalla. Transmitía una extraña tensión, perceptible a ojos humanos porque cualquier gesto de los hanni tendía a parecer exagerado. No seguía ninguna religión, pensó Idris, pero Kit tenía una actitud casi reverente. O asustada. Sobrecogida quizá era el término que mejor lo sintetizaba.

Luego apareció. Su ángulo de aproximación al planeta sólo les mostró lo suficiente para que el Arquitecto apareciera en el filo de Arc Pallator como una luna. Se interpuso sobre la cruda luz blanca del sol del sistema y, en ese momento, un millón de arcoiris resplandecieron sobre la cristalina superficie dentada. Las joyas acaparadas por un avaro, el dragón asesino que era su propio tesoro.

—Oh —dijo Kris. Sólo una palabra. Como si hubiera olvidado hasta entonces por qué habían venido.

—Joder —subrayó Olli. Kit seguía callado, mirando.

—No sé si puedo… —siguió Kris con serenidad—. Creo que esto fue un error.

—Siempre —volvió a subrayar Olli, sin nada de su agresividad en la voz—. He estado dos veces en el mismo sistema que uno de ellos. Dos veces más de las necesarias.

Idris, el veterano, se abstuvo de hacer comentarios.

No podían ignorar la aproximación, su perspectiva varió hasta ver el lado completo del Arquitecto. La curva facetada de su parte posterior quedó a la vista, como un ojo compuesto en el que cada lente midiera diez kilómetros, mientras su frontal era un bosque de montañas traslúcidas apuntadas al planeta que tenía intención de destruir.

O incluso no destruir. La destrucción habría sido más comprensible que la reconstrucción que se disponía a llevar a cabo, la trasfiguración a una forma más aceptable para su precisa mente alienígena. O para las mentes que dirigieran sus acciones, se recordó a sí mismo Idris. La única información que había sacado en claro de Berlenhof. No era exactamente útil justo en ese momento, pero era la única palanca de que disponía para levantar la pregunta

del por qué.

—¿Dónde está la flota? —preguntó Kris tranquilamente. Había hecho sus propias investigaciones en la *Madre de Grendel*, tomando prestada una de sus terminales de datos.

—¿Qué flota? ¿La Hegemonía pelea? —quiso saber Olli.

—La flota de evacuación —respondió Kris sin inmutarse—. Para los tres mil millones de personas… o de lo que quiera que viva en Arc Pallator. La flota. Para llevárselos.

Idris buscó la misma información. Había naves en órbita, por supuesto, atracadas en estaciones o por su cuenta. Bastantes de ellas con la geometría radialmente simétrica característica de los essiel, también con otros diseños variados. Pero no eran las necesarias para evacuar a miles de millones.

—Puede que lo hicieran ya —sugirió tímidamente—. Dijeron que ya llevaba aquí un tiempo.

Olli les ofreció otros datos, las lecturas de la *Madre* del calor, la energía y las comunicaciones en la superficie del planeta. Eran difíciles de entender, dado que la tecnología hegemónica seguía siendo un misterio desconcertante para los observadores externos, pero había un hecho bastante evidente.

—Si se han ido todos, se dejaron las luces encendidas.

—Es la Hegemonía —dijo Kris despacio—. No van a limitarse a abandonar a su gente.

—Nadie sabe lo que harán, porque nunca han estado antes en esta posición —señaló Olli—. Puede que piensen que es el destino. Puede que lo vean como algo sin solución por lo que a ellos respecta.

Solaz apareció entonces en la puerta, con un uniforme impoluto. Había entrado en suspensión con sus hermanas en lugar de con los compañeros de tripulación, e Idris había intentado no sentirse despreciado.

—Se os reclama —anunció, para luego corregirse—. Se nos reclama.

—No puedes dar simplemente órdenes por los comunicadores —comentó Olli con acidez—. Tienes que venir a enseñar el careto.

—¿Y a quién le darías la murga entonces? —devolvió la pulla Solaz, en el mismo tono. Olli dio unas pisadas con el andador.

—Ten cuidado, empiezas a sonar como una de nosotros. Mejor

que no te escuchen tus hermanas.
Idris no habría querido ser parte de la recepción diplomática, pero Trine parecían pensar que sus anfitriones lo requerían. O al menos era lo que transmitieron los sectarios humanos que interpretaban sus deseos, porque hasta ese momento los essiel no habían hecho acto de presencia. Quizá estuviera a punto de ver a uno. Trine estaban charloteando sobre el gran honor que suponía que sus anfitriones quisieran conocerles, hasta que la ejemplar Amable le dijo directamente a la cara que se callara. La comandante de la *Madre de Grendel* estaba también incómoda allí. Tampoco habría querido ser parte de ninguna recepción diplomática, ni siquiera salir de su nave. La Hegemonía contaba con tecnología capaz de apagar a la *Madre* como a una vela, sin mayor aviso. Y luego estaba el puñado de naves coloniales que también se encontraban en órbita alrededor de Arc Pallator. Con ese tipo de tensión de fondo, lo único que conservaba a Idris en su sano juicio era la presencia de Kris, que mantuvo una mano en su brazo mientras dejaban la lanzadera parteni, y le transmitía cordura con el toque de sus dedos.

El orbital hegemónico era como una pieza abstracta de origami hecha de ópalo. Su núcleo era una cámara en forma de eje, donde la gravedad tiraba «hacia abajo» sin importar en qué lugar te encontraras. En el centro, el «arriba» para los distintos abajos, había una única bola de luz, que oscilaba en un espectro de colores que iba desde el púrpura hasta el gris azulado pasando por el rojo. También alcanzaba un estado aparentemente quieto y muerto, aunque en ese caso aún emitía radiación en una frecuencia imperceptible para el ojo humano. El suelo, como de madreperla, absorbía esos colores y los alteraba sutilmente antes de reflejarlos por toda la sala. A Idris le producía dolor de cabeza. A su alrededor, la delegación parteni hacía cuanto le era posible para aparentar despreocupación, mientras Trine estaban en apariencia verdaderamente despreocupado, y hacían alegres comentarios sobre lo espléndidamente que iba todo. No hizo acto de aparición ningún divino essiel. De vez en cuando un humano con túnica alteraba el paisaje entrando por un lado para salir por el opuesto, ocupado en tareas sectarias.

Luego llegaron los coloniales.

Parecían ligeramente desaliñados y un tanto acelerados, lo que

ponía de manifiesto que acababan de atracar y les habían dicho que ya habían llegado las parteni. Había bastantes miembros del cuerpo diplomático, todos con el tipo de trajes elegantes y pesados que se podían ver en las clases superiores de los mundos del núcleo: muchos pliegues y repliegues que disgustarían al espacial de a pie. Para ser justos, Kris lucía algo parecido en gris parteni, ya que le gustaba arreglarse en las raras ocasiones que se lo permitía su modo de vida. También había un par de oficiales de servicio vestidos de azul, mirando de reojo a las parteni. Y un hombre elegante de cabello plateado, mayor sin ser viejo, que llevaba una camisa de mangas sueltas color cobre con toda una serie de condecoraciones en el pecho. Idris no le conocía, pero le resultaba familiar. Miró a Kris y se dio cuenta de que también estaba atenta al mismo hombre, y luego se fijó en una pizarra en la que pulsó algo.

Trine estaban muy callados.

Ésta era una reunión que nadie había previsto, e Idris sólo podía intuir cómo la invitación hegemónica había sido malamente retorcida en su paso por los distintos traductores e intermediarios humanos. Nadie iba a ver a su anfitrión; sólo se encontrarían entre ellos. Durante un largo instante se limitaron a mirarse.

Luego aparecieron un par de sectarios, llevando cada uno como un quintal de terciopelo rojo y joyas de oro. Tocaron un pequeño grupo de címbalos y campanas, algunas de cristal, sin perder el gesto mortalmente serio. Y esperaron.

Todo el mundo podría haber seguido ahí hasta que el Arquitecto se comiera el planeta debajo de ellos, salvo que la perfecta impasibilidad parteni de la ejemplar Amable se alteró, pese a todo su esfuerzo. El interludio musical había sido demasiado para ella. Tomando su gesto como una señal esperanzadora, un trío de coloniales se adelantaron cuidadosamente. El primero era un hombre alto y severo, con un mechón de pelo blanco, al que siguió un hombre muy viejo con una barba gris de aspecto áspero. El último fue el que lucía la muy decorada camisa color cobre y que a Idris le daba mala espina a esas alturas.

—Deben de ser la ejemplar Amable y el delegado Trine —dijo el diplomático al mando—. Soy Karl Mannec, del cuerpo diplomático, éste es el profesor Tiber Storquel, responsable de nuestro equipo de investigación, y éste es…

—El *morzarin* Ravin Okosh Uskaro. —El magdano con la camisa elegante hizo sonar sus tacones y añadió una leve inclinación que estremeció a Kris—. Es un honor, por supuesto. —Las palabras no engañaron a nadie. La hostilidad del ambiente se podría haber cortado con un cuchillo.

La tripulación de la *Dios Buitre* había sufrido recientemente encontronazos con esa rama específica de la nobleza magdana, en particular tras un violento asalto de nativistas y un intento de reclutar forzosamente a su servicio los talentos como intermediario de Idris. No era el mismo tipo, pero las familias magdanas eran corporativistas como demonios. Jode a uno y te llevas a todos como enemigos.

Los ojos de Mannec se dirigieron brevemente hacia Idris y luego volvieron a Amable.

—El *morzarin* nos ha proporcionado todo un equipo de estudio para reunir datos, a invitación de nuestro anfitrión.

—Todos estamos, por supuesto, muy agradecidos por su generosidad. —La voz artificial de Trine no debería ser capaz de expresar tantas capas de suspicacia, pero llevaban décadas trabajando en perfeccionarla. Idris intuyó que el «equipo de estudio» era la nueva promoción de inters, los criminales que habían sobrevivido a los brutales procedimientos del Comité de Enlace, atados por contratos que les convertían en poco más que propiedades.

—Reconocemos sus contribuciones —añadió Ravin Uskaro tras una pausa incómoda, mirando a través de Idris como si no estuviera allí—. Sin duda las compararemos con los datos que proporcionen nuestras herramientas, y daremos cuenta de los resultados mediante nuestro vínculo académico con el delegado. —Y también miraba a través de Trine, para dirigirse sobre todo al rostro humano de Amable. Ravin, supuso Idris, era un boyardo de la vieja escuela.

El hombre más anciano, Storquel, hizo un sonido. Era difícil de definir, salvo que transmitía un enorme desprecio. Tenía la vista fija en Trine, y la mirada artificial de éstos se la devolvieron un instante con una antipatía totalmente aséptica, con la expresión fraternal de costumbre totalmente alterada para la ocasión. Idris, que esperaba ser la persona que levantara mayor desprecio en el encuentro, miró a unos y otros desconcertado.

Karl Mannec tosió de forma ostentosa e hizo sus mejores esfuerzos diplomáticos para recuperar cierta apariencia de urbanidad. Apareció más personal colonial, ahora numéricamente muy superior al parteni, todos estirándose la ropa e intentando parecer relajados. Por algún motivo nadie señalaba a Idris y gritaba «¡traidor!», y quizá podría salir de allí sin más perjuicio que un dolor de cabeza.

Entonces la vio.

—Necesito salir de aquí —le dijo a Kris—. No debí venir. No soy diplomático.

—Creo que estamos atrapados aquí hasta que se acabe. —Le dirigió una mirada y vio que estaba rígido.

Al otro lado, justo incorporándose a la delegación colonial, había una mujer en un andador más liviano y menos equipado que el de Olli. Ahora era vieja, pero ni de lejos tanto como debería. Un detalle propio de la misma condición de Idris que le había restado parte de los años transcurridos desde que emergió viva del procedimiento para crear intermediarios. Tenía la piel caída y las manos, que descansaban en la estructura del andador, temblaban. Su nombre era Demi Ulo y no la había visto en décadas, ni había esperado volver a verla. Se había incorporado en su momento al Cuerpo Cartográfico igual que él, pero se había quedado, sumergiéndose una y otra vez en el vacío profundo en busca de nuevos planetas y nuevos pasajes. Como tantos otros inters, que normalmente terminaban siempre igual. En un viaje u otro, el vacío actuaba y no volvían. Salvo que allí estaba ella, otra veterana de guerra, otra inter de la primera promoción, su camarada y contemporánea. Con los coloniales, donde se suponía que debía estar. Él, por su parte, estaba con las parteni, y se sintió de repente horrorizado de sí mismo, espantado ante la idea de que le vieran esos ojos viejos, familiares.

—Sácame de aquí —le siseó a Kris, y ella asintió de inmediato. Luego le murmuró algo a Amable, explicándole que él se encontraba mal, tenía que echarse un rato, intermediarios, ya sabe lo temperamentales que son, así que si pudiéramos…

E incluso mientras salía tambaleándose supo que era demasiado tarde. Esos ojos se habían posado en él. No necesitaba volverse para comprobarlo, lo sentía en los huesos.

Por un momento deseó soltarse de la mano de Kris y volver a enfrentarse a todos esos magnates del Hum, a Ravin Uskaro, sus medallas y su grupo de inters mansos. Descargar toda su culpa en la pobre Demi Ulo, explicarle por qué había actuado como lo hizo, desacreditar al Comité de Enlace y sus sangrientos métodos, joder toda la relación diplomática entre el Partenón y las Colonias hasta la siguiente generación. Pero habría bastado una palabra, una mirada de ella para callarle. «Me mantuve leal», le decía la mera presencia de Ulo. «Pude soportarlo. ¿Por qué tú no?».

Así que volvió a bordo de la *Madre de Grendel*, y se sumergió en ella hasta terminar a bordo de la *Dios Buitre*. Allí se sentó en la dura cama del pequeño rincón vacío que era su cabina, y pensó en todos los errores que había cometido.

8

Idris

En el mundo de Jericó, donde recogieron a Trine, la tripulación de la *Dios Buitre* había visto lo que Idris había considerado para sus adentros como una ciudad originaria. De tamaño menor que el de las humanas, desde luego, pero los restos de aquella raza eran extremadamente raros. En muchos planetas no eran más que unos pocos fragmentos, fabricados con un material desconocido para un propósito incomprensible. A esas herramientas de la civilización desaparecida las llamaban «reliquias». Y en muy escasos planetas había yacimientos, con restos de edificios, de nuevo desprovistos de ningún propósito aparente, que simplemente permanecían allí a través de las eras transcurridas.

Pero en Jericó había una ruina concreta, de muros concéntricos, a la que no accedía la voraz vida nativa del planeta, y dentro de la que quedaba mucho más aún enterrado. Un equipo de arqueólogos coloniales llevaba estudiando el lugar desde hacía años, bajo la dirección de Trine, hasta que se marchó con la tripulación de la *Buitre*. La experiencia de Idris allí le dio el primer indicio de que su sentido para el nospacio le hacía también sensible a los restos originarios. Las ruinas estaban muertas, pero algo seguía con vida en ellas. Algo que había alcanzado su mente, y le había dicho cosas que no comprendía.

Pero eso no había sido nada. Porque aquí en Arc Pallator había toda una ciudad originaria. El colmenero estaban fuera de sí, y no dejaron de quejarse amargamente durante todo el camino desde la *Madre de Grendel* sobre lo puñeteramente refractaria que era la Hegemonía a dar permisos para investigar a los académicos de visita.

—Han tenido esto bajo sus pies no se sabe por cuánto tiempo y

ni lo han mirado —se quejaron—. Se han limitado a vivir encima. Con gente. ¡Qué desperdicio!

Estaban descendiendo en la propia *Dios Buitre*, con Idris dejando que la nave se deslizara hacia la señal de la recién designada embajada parteni. Trine y Amable bajaban a la par en una cañonera pequeña y reluciente llamada la *Nereida*, pero Olli había insistido en que debían tener su propia vía de escape del planeta e Idris había asentido de corazón. Había un Arquitecto en órbita, señaló a la ejemplar, directamente encima de ellos, de hecho, porque la atención del coloso estaba totalmente fijada en las ruinas originarias. Nunca iban a sobrar naves en esa situación.

El yacimiento originario en Arc Pallator cubría unos veinte kilómetros cuadrados y probablemente fue mayor en algún momento. Llenaba completamente una meseta elevada, con arcos y vigas desmoronadas apuntando al espacio por todas partes, y amplias hendiduras allí donde habían caído las construcciones que sustentaron. Probablemente no había sido una ciudad entonces, pero desde luego lo era ahora.

—Unas cien mil personas —confirmó Kris—. Quiero decir, no demasiadas para una ciudad, pero sí para unas ruinas.

—¿Qué tipo de personas? —les llegó la voz de Olli por los comunicadores. Pasaba el descenso en el muelle de drones, sentada en su cápsula.

—Personas humanas —explicó Kris—. Sectarios. Eso me contaron en lo de la noche pasada. —Porque había vuelto después de llevarse a Idris. Kris no tenía muchas ocasiones de socializar—. Ellos… Quiero decir, es el tipo de cosa que sueltan sin más, ¿no? Los originarios son sagrados para los essiel, dijeron. Así que los sectarios se instalaron por donde se pasearon los originarios. Y si no viven aquí, han peregrinado atraídos por la situación. Ahora mismo un tercio de los que hay son visitantes. Turistas de Dios.

—Están locos —gruñó Idris. La idea hacía que se le revolvieran las tripas—. ¿Hay un Arquitecto encima y vienen a por souvenirs?

—La última oportunidad de verlo —se rio Olli.

—Muchas preguntas se despiertan sobre los planes a largo plazo —intervino Kit—. Ninguna nave de las que les trajo se quedó para llevárselos.

—Dicen que los essiel proveen a sus fieles —apuntó Kris con

acidez.

—Los essiel ni siquiera comprenden que ellos tienen fe. Y además, ¿qué hay de los otros tres mil millones? ¿No era ésa la población del planeta? —preguntó Olli mientras Idris hacía descender más la *Buitre*—. No todos pueden ser sectarios.

—Bueno, no hay nativos evolucionados. —La voz de Kris se alteró un poco cuando una ráfaga de viento sacudió la nave e Idris peleó para enderezarla—. Los essiel poblaron el lugar hace eras con unos tales athamires. Alguna de las especies de su galería de palmeros felices. Algo de lo que posiblemente los athamires se arrepienten ahora mismo, supongo.

—Empiezo a pensar que firmar con los essiel es una idea de mierda —comentó Olli. Y luego añadió—: Que me jodan, Idris, céntrate un poco.

—Hazte con los controles —le dijo, y se apartó del cuadro de mandos. Había aparecido en su cabeza una cuadrícula de líneas ardientes, como una parrilla al rojo vivo, y sentía que quería atravesar su cerebro. Como en Jericó, el tamaño de los edificios originarios atacaba sus sentidos, hablándole en una lengua muerta. Le habría gustado poder decirles: «Llevadme de vuelta, no voy a servir de nada», pero esto era exactamente para lo que se suponía que iba a servir. Era el canario en la mina, siempre se lleva a un canario. A nadie le importa que al canario no le guste ese trabajo y prefiriera estar haciendo alguna otra cosa.

«Va a ser un paseo difícil».

—Háblame —le pidió Kris, pero él movió la cabeza. No tenía palabras, lo que era una pena porque Trine y las parteni le pedirían pronto su opinión. «Además, ¿de qué va todo esto? ¿Qué saco yo?». En las décadas transcurridas desde que la humanidad había producido intermediarios, todavía no se había conseguido crear términos que describieran lo que hacían o cómo. Porque nadie terminaba de entender cómo lo hacían, y los propios inters eran notablemente poco cooperativos o simplemente incapaces de explicarlo. Idris tendría que inventar su propio vocabulario.

«Es como si las ruinas descansaran de alguna forma en el nospacio, lo empujaran, y yo pudiera sentir la… ¿sombra? ¿La silueta?». Pero eso tampoco era exacto.

—Esas rendijas requieren atención —observó Kris, y señaló una

línea a través de la ciudad donde las ruinas simplemente… no estaban. Había roca desnuda, cicatrizada y mellada. Y era sólo esa omisión la que permitía al observador humano entender que existía una pauta coherente en el resto del conjunto. No se podía apreciar la intención tras el plan urbano de los originarios hasta que se advertía.

—Eso es lo que buscan los Arquitectos —dijo Kris.

Los originarios, fuera cual fuera su inconcebible naturaleza alienígena, no habían diseñado aquella instalación del tamaño de una ciudad con la intención de que, diez millones de años más tarde, los humanos la emplearan como residencia. Así que el alojamiento de ese centenar de miles de sectarios hegemónicos parecía un amplio campamento de tiendas, con clanes, grupos y familias reclamando tal o cual sector de piedra y levantando toldos y chabolas en cada rincón posible. Ayudaba que Arc Pallator tuviera pocas incidencias climatológicas y mucha luz del sol casi todo el tiempo, y cuando llegaba el viento caliente, una vez cada seis años terrestres o así, todo el mundo se atrincheraba para luego reemplazar lo que hubiera salido volando.

Salir de la *Dios Buitre* suponía un verdadero contraste, pero todos estaban acostumbrados a aclimatarse a nuevos mundos. La gravedad era ligeramente alta para estar cómodo, pero fue el aire húmedo y vaporoso lo que les pegó la ropa a la piel casi al instante. Éste era un mundo donde las sandalias espaciales eran totalmente adecuadas. El cielo era de un rojo anaranjado, tan resplandeciente que el sol era casi borroso.

Había gente por todas partes. Se suponía que las ruinas debían parecer siniestras, silenciosas y solemnes, pensó Idris, pero los humanos llevaban obviamente un tiempo viviendo allí, al menos un par de generaciones, añadiendo capa tras capa de comodidades a los antiguos restos de muros y estructuras. Había tuberías y conductos, colectores solares y generadores, tanques de agua, todo ello tan destartalado y aleatorio que un espacial se habría sentido en casa. Y había toda una comunidad: no sólo una panda de viejos monjes venerando las antiguallas, sino familias, niños. Todo el mundo tenía algún símbolo del culto en la ropa, y vio colgados un montón de iconos, campanas de viento, atrapasueños y demás insensateces, pero en conjunto daba la impresión de que era un sitio

en el que simplemente vivían personas.

Una mujer con una túnica del culto llegó ante ellos a toda prisa, aunque les dio la posibilidad de recuperar el aliento un poco y despegarse la ropa. Olli, con el sistema de refrigeración del escorpión rechinando peligrosamente, se inclinó sobre ella.

—¿De qué vas?

Ella sonrió al amenazador exoesqueleto sin dudar un momento, y habló en colvul con un acento que Idris no pudo situar.

—Me llamo Ismia y he sido asignada a su embajada.

—¿Mi…?

—¿Es usted la delegada Trine?

—No, joder —le dijo Olli—. Está por ahí, saliendo de esa nave con una pintura preciosa.

Las parteni no se arriesgaban, según pudo ver Idris. Trine tenían su habitual aspecto indefenso, y Amable llevaba el uniforme de diario, pero el resto de la delegación había venido totalmente equipada, con los aceleradores fijados en las extremidades secundarias de los trajes. Sabía que una de ellas debía de ser Solaz, pero a esa distancia no podía saber cuál. Sintió una repentina punzada por la separación, que le pilló desprevenido. No la había visto mucho últimamente. Había estado con su trabajo.

—Parece que tengo pinta de colmenero —se quejó Olli hacia la ciudad en su conjunto.

—Nuevos vecinos —anunció Kit, pero Idris ya lo sabía por la forma en que las parteni habían cambiado de postura. Sin hostilidad, sin apuntar a nadie con sus armas, pero dispuestas a hacerlo de inmediato.

No había verdaderas calles en la ciudad originaria, porque no era una ciudad realmente. Pero había paredes, y huecos en ellas a diferentes alturas, y zanjas. Las suficientes divisiones para que Idris pudiera intuir que la delegación colonial acababa de aparecer al otro lado de la calle en que se encontraban las parteni.

—Eh, Ismael —llamó Olli a la sectaria—. Ésa es la idea de lo que tu gente considera un chiste, ¿no?

Ismia frunció el ceño con desconcierto.

—¿Perdón?

Olli utilizó un brazo con hoja de sierra para señalar a los dos grupos. Había unos cuantos coloniales ocupando la zona. Aunque la

mayoría vestían distintas variantes de ropa civil, aun así se habían desplegado más unidades uniformadas y armadas que la delegación parteni al completo. Sin mencionar el verde botella de los *voyenni* magdanos, que debían de ser la guardia familiar personal del viejo Uskaro. La disposición de las ruinas en esa área dejaba doce metros de terreno libre entre las dos embajadas, pero esa distancia no era exactamente un obstáculo para una ráfaga de acelerador.

—Bueno, querrán aportar sus recomendaciones —apuntó alegremente Ismia.

—No pensarás —sugirió Olli— que todo el mundo terminará disparándose hasta que no quede nadie sin disparar.

El gesto de Ismia fue absolutamente neutro.

—Oh, no. Los divinos essiel no lo permitirían.

Olli empezó a abrir la boca e Idris tuvo la horrible sensación de que estaba a punto de sugerir que precisamente los divinos essiel estarían encantados, cuando las tropas parteni se pusieron repentinamente en marcha, la mayoría de vuelta a la *Nereida*, aunque una de ellas vino hacia donde se encontraban dando poderosas zancadas servoasistidas que reducían a la nada el tirón adicional de la gravedad. Idris no reconoció a Solaz hasta que no estuvo más cerca.

—¡A la nave! —Su voz llegaba a la vez a través de los comunicadores y de los altavoces del traje—. ¡Nos atacan! ¡A la nave!

Idris miró a los coloniales, que parecían en una emergencia similar, algunos poniéndose a cubierto donde podían, otros corriendo hacia sus propias naves… Éstos eran la mayoría, y de repente su número se había convertido en nada más que una complicación. Entonces Solaz le agarró del brazo y le arrastró hacia la *Dios Buitre*.

Demasiado tarde.

Él no percibió en el momento la caída de los misiles. Sólo se dio cuenta del hecho después, cuando sus ojos y su mente lo asumieron. Para entonces estaba de rodillas pero equilibrado, gracias a los duramente ganados reflejos de espacial, con las manos extendidas sobre la arenilla del terreno. Solaz se encogió sobre él para que su blindaje absorbiera el impacto de lo que viniera. La *Dios Buitre* gimió en las proximidades, con una de sus patas de aterrizaje

combándose visiblemente al paso de la onda de choque.

Un instante después las ruinas estaban silenciosas, con todo el mundo mirando en la misma dirección, la de una nube de polvo que se elevaba. Pero no hubo ninguna explosión. Eran proyectiles vacíos.

Solaz sacó una película del antebrazo de su traje y la convirtió en una pantalla rígida. Las imágenes que aparecieron debían proceder de la *Madre de Grendel*, y seguían el recorrido de unos brillantes objetos en forma de dardo mientras caían desde el enorme rostro rugoso del Arquitecto hasta el planeta.

Ismia estaba evidentemente recibiendo información desde algún lugar más cercano al impacto.

—¿Cuántos heridos? —le preguntó Kris.

—Oh, ninguno en absoluto, por supuesto. —La mujer sacó de alguna parte una sonrisa—. Los divinos essiel siempre nos avisan. Pero… Ahora habrá una evacuación. Probablemente al nuevo templo. Todo el mundo ayudará. Obviamente. Muchas manos… —Su rostro mostraba sólo una muy ligera tensión, que daba cuenta de la mentira escondida en su tono despreocupado. Idris se preguntó cuántas cosas se consideraban como «obvias» esos días y hasta qué punto los fieles de Arc Pallator cuestionaban a sus señores divinos.

Cuando se encontró en una nave que sufría ese tipo de ataque por parte de un Arquitecto no lo había presenciado directamente. Las espinas de cristal perforando el casco, y luego… Su cambio a otras formas para encargarse de eliminar la presencia originaria y hacer posible el ataque a la nave sin peligro. Sólo había visto el sangriento resultado. Se preguntó cuánta gente acababa de perder sus hogares, y cómo de grande sería el área que el Arquitecto podía limpiar en una oleada.

«Ahí va el vecindario…».

Las parteni se estaban reorganizando, y su personal auxiliar salía de la *Nereida* con cajas y baúles, dispuestas a poner en marcha la parte tecnológica de la embajada. Había mucho intercambio de miradas amenazadoras entre ellas y sus rivales, pero en ese momento nadie sentía la necesidad de avivar las llamas. Después de todo, acababan de recibir un notable recordatorio de que existía un enemigo común.

Así que, por supuesto, tenían que ir a verlo. Las parteni habían

traído unas pocas motos ingrávidas, de elegante aspecto de avispa. Solaz montó a Idris en la parte posterior de una, a pesar de los recelos del inter, y Trine terminó subido a otra, mientras una escolta armada utilizaba el resto. Los coloniales sacaron un robusto y práctico camión de su transporte, casi lo encajaron entre dos muros originarios inamovibles, y luego lo cargaron con una delegación de investigadores y militares. Cuando Solaz despegó hacia el lugar del impacto, Idris les vio descargar también un vehículo de patrulla andador, de cinco patas. Tuvo la impresión de que habían llevado allí todo lo que tenían a mano.

Todavía quedaba una nube de polvo sobre la parte afectada de la ciudad, pero los muros eran un laberinto, más altos en cada giro que tomaba Solaz. Pero luego desaparecieron, la moto derrapó peligrosamente sobre la nada y su motor gravitatorio soltó algunos gruñidos de alarma. El agujero tenía al menos un centenar de metros de profundidad en algunas zonas, e Idris se dio cuenta entre náuseas de que esto era algo que el Arquitecto ya había hecho antes. El tipo de huella que iba dejando por toda la ciudad.

«No es una ciudad». Pero la gente vivía ahora allí y a los efectos lo era, fuera cual fuera la inescrutable voluntad de los originarios.

Solaz se detuvo y luego tuvo que volver a ponerse en marcha rápidamente porque el camión colonial resonó detrás de ellos, tras sufrir los mismos problemas de orientación. Llegaron en cierto modo a un extraño punto muerto, porque las parteni se negaban a retroceder por principio, pese al hecho de que no hubiera ningún punto de fricción.

Al fin, una integrante de menor rango del equipo colonial aparentemente sacó la pajita más corta y vino a hablar con ellos.

—Hola, ¿tenéis un mapa del yacimiento? Nuestras imágenes orbitales están jodidas.

Idris terminó por romper la pausa embarazosa que siguió.

—Conozco el camino.

No quería saberlo, ni tampoco quería llamar la atención sobre el hecho de que lo supiera. Pero podía sentir los muros estrechándose a su alrededor, y podía sentir el lugar donde golpeó el Arquitecto como si fuera una herida abierta. Respiró profundamente.

—Solaz, te guio. Y que los demás nos sigan. Vamos a cooperar, ¿vale? Aquí todos como amigos, ¿de acuerdo?

La colonial miró hacia atrás a sus compañeros y luego se encogió de hombros.

—Por mí está bien.

Cuando Solaz volvió a ponerse en marcha, el camión les pisaba los talones, y ella mantuvo una velocidad reducida para no dejarles atrás.

«Quizá salga bien», intentó autoconvencerse Idris, y luego se imaginó el desprecio con el que se reiría Olli de él si le escuchara decir algo así.

Y allí fueron, subiendo una rampa que no esperaba encontrarse para terminar diez metros por encima del un complejo nudo de muros rotos. Se cruzaban de forma demasiado compleja como para haber servido a ningún propósito residencial, salvo que los originarios hubieran sido muy pequeños. El tiempo los había desgastado, o quizá el suelo subió hasta enterrarlos, y sobre sus contornos redondeados todo un clan de sectarios había construido diferentes chozas y destartalados edificios de dos pisos, todos cubiertos de banderolas y estandartes coloridos. El muro intacto de mayor tamaño mostraba una imagen agrietada, en la que manos fervorosas pero poco expertas habían reflejado una multitud de individuos felices que se tomaban de las manos bajo una figura andrógina de múltiples brazos que emergía de una concha, una representación de los essiel que Idris no había visto antes. Todo el mundo estaba reuniendo sus posesiones, cuanto pudieran llevarse, y se marchaba. No daban muestras de pánico o ni siquiera de tener especial prisa. Pero tampoco parecían contentos por la situación. Algunos de los niños lloraban; también adultos. Por el aspecto de los hogares que abandonaban no eran simples peregrinos, sino que posiblemente habían nacido allí. Y ahora el nuevo señor del lugar les había entregado la orden de desalojo.

El Arquitecto ya había lanzado una docena de esquirlas de cristal, pero para cuando la caravana de vehículos llegó a su destino, ya no eran simples esquirlas. Se habían puesto a la tarea, con su materia alterándose como si fuera un líquido denso que se deslizaba o se escabullía. Cada fragmento adoptó una nueva forma de piedra traslúcida y facetada que imitaba, supuso Idris, la de algún ser vivo. Unas pocas recordaban vagamente a criaturas que había visto, pero estaba seguro de que la mayoría tenían formas que

no pertenecían a ninguna especie que existiera entonces. Eran, lo creía firmemente, los últimos recuerdos de razas extinguidas por los Arquitectos. Un día quizá representaran también una forma humana entre las demás.

Se habían puesto a la tarea con rapidez, y el terreno temblaba a su paso para mostrar cada vez más los cimientos de los muros. Solaz, todavía con la visera levantada, frunció el ceño.

—¿Están buscando algo? —preguntó. Detrás de ellos, los coloniales seguían amontonados en su camión vigilados por las otras motos de las parteni. Intercambiaban muchas miradas, pero el trayecto juntos había roto el hielo y nadie tenía el dedo en el gatillo.

—¡No esperábamos que tuvierais ocasión de ver nuestro problema tan pronto! —dijo una voz animada, como si se encontraran en la mejor situación posible. Estaban ayudando a que Ismia bajara del camión; los coloniales parecían haber pensado en traerse a la enlace con los hegemónicos.

—¿Esto es peligroso? —La joven colonial miraba a la forma de cristal más próxima, una especie de sapo panzón con tentáculos en vez de cabeza—. Parece el tipo de cosa que mi tía pondría en un estante —añadió. Idris supuso que su tía no tenía un gusto decorativo apreciable.

—Mientras no intentes pararles, no te harán caso —anunció Ismia—. Puedes acercarte para tomar datos y… hacer tu ciencia. —Otra gran sonrisa.

—¿Pero qué es lo que hacen? —preguntó una de las otras parteni.

—Están excavando este distrito —explicó Ismia—. Les ocupará varios días. Y luego se lo… llevarán. —Idris se fijó en que un músculo se contrajo en su mandíbula—. Eso es lo que hacen. Cuando llegan a un planeta con rastros originarios. Y obviamente ha sido… un problema cuando son simples reliquias. Pero ahora tienen toda una ciudad para trabajar en ella. Así que tenéis todo el tiempo que necesitéis. Para vuestros estudios. —El temblor de su voz iba empeorando, por mucho que lo intentara ocultar—. Obviamente, estamos muy interesados en lo que descubráis. La relación con el Arquitecto. Y nuestras ruinas. Nuestra ciudad. Antes de que se la lleve entera. Los divinos essiel nos miran con gran

interés. —Se tragó algunas palabras más porque iba siendo incapaz de mantener el tono de voz uniforme y alegre.

Fue Solaz la que se acercó a ella y le puso una mano en el hombro, diciéndole que podían llevársela de allí, y que todos estaban ansiosos de descubrir cuanto fuera posible. Idris sólo tenía ojos para las formas de cristal, cuya mera presencia erosionaba la roca seca y el suelo, enviando lo arañado hacia el cielo en grandes penachos que eran atrapados por las corrientes de aire y conducidos en dirección al sol.

—Dígale a su gente —empezó uno de los coloniales, uno de los soldados con un blindaje azul que no estaba a la altura de las placas de las parteni— que ponga sus cosas en el camión. Las descargaremos y les ayudaremos a embarcarlas después.

Ismia pestañeó hacia él y luego una sonrisa cruzó su cara. Idris supo que estaba a punto de decir que no era necesario. A punto de decir que los divinos essiel proveerían. Pero algún engranaje de su fe había perdido dientes y se limitó a asentir, llamó a alguien de los que organizaban la huida y le transmitió la oferta.

—¿Adónde irán? ¿A qué distancia está el sitio de aterrizaje? —le preguntó Solaz.

El gesto de Ismia era impávido.

—Irán al nuevo templo.

—El nuevo… ¿Eso es un…? —«¿Eufemismo? ¿Para lugar de aterrizaje, quizá?». Eso era seguramente lo que Solaz habría querido decir.

—Los divinos essiel decretaron la construcción de un nuevo gran templo, donde podrán ir todos los que sean… desalojados por los acontecimientos. Por lo que está pasando. Los hierograves nos dijeron que esto es una prueba para nuestra fe.

Solaz asintió despacio, luego simplemente se giró para poner distancia con la mujer, como si su locura religiosa pudiera contagiarla. Se inclinó hacia Idris y murmuró:

—¿Recuerdas Berlenhof, la pelea cuando llegaron los Arquitectos?

Él asintió.

—Han tenido tiempo de sobra para evacuar todo este lugar. Y empezar con el resto del planeta, sirviera para lo que sirviera. ¿Qué es lo que están haciendo?

—Tener fe —replicó roncamente. Los coloniales ya habían descargado y los primeros evacuados subían sus posesiones y a sus hijos en la parte posterior del camión.

9

Idris

Tres personas murieron el primer día.

El primero fue uno de los soldados del Hum, que simplemente no miraba adonde iba. Mantenía un ojo en sus compañeros mientras fijaban los instrumentos, y terminó en el camino de una de las formas de cristal, que hizo un sonidito inquietante mientras continuaba con su tarea. Una larga zancada de sus patas arácnidas cortó una rebanada del hombre, con blindaje y todo, y le tiró al suelo dando gritos.

Una mirmidón parteni, al verlo, abrió fuego, y las ráfagas de acelerador dibujaron una serie de agujeros en el cuerpo cristalino. El ente retrocedió, y luego expulsó una lluvia de astillas dentadas que prácticamente partieron por la mitad a la mujer.

Todo el mundo detuvo su actividad a la espera de qué sería lo siguiente que hiciera la cosa, con todas las armas preparadas.

Las heridas de los impactos de acelerador se habían cerrado y todo daño desapareció en el mismo proceso que le permitía moverse. Luego la forma de cristal volvió a ponerse en marcha, excavando pacientemente un muro, dejando tras de sí dos cadáveres.

El tercero llegó poco después. Una de las inters coloniales simplemente se colocó delante del mismo ente, y entre los gritos de sus compañeros dejó que la partiera en dos. Tenía los brazos abiertos, como si esperara el abrazo de un amante.

Idris podría haber utilizado estos sucesos, que vio de cerca, como una excusa para sus reiteradas salidas y entradas al lugar, aduciendo continuamente fatiga, náuseas y traumas. Estaba recibiendo mucho apoyo de las partenis, que no le dejaban poner un pie fuera de las naves sin una escolta armada. Solaz intentó hablar

con él, pero Idris se callaba en cuanto salía el tema. «Estoy avergonzado» no era algo que pudiera decirle a ella o a cualquiera de sus hermanas. Eran las miradas de los coloniales, acusatorias. Y Demi Ulo, ahí fuera, en el yacimiento; él era consciente en todo momento de su presencia, y se movía para no encontrarse nunca con ella. Ni con los demás inters. Los que estaban atados por contratos con Uskaro, y vigilados por su guardia personal, y el resto de los sometidos al Hum. Eran unos quince en total, lo que suponía muchísimos inters en el mismo sitio a la vez. No es que los llevaran con grilletes y les dieran de latigazos, pero Idris sabía que sus mentes estaban encadenadas. Había escuchado todo tipo de historias sobre la forma en la que el Comité de Enlace mantenía a raya a esa nueva promoción de inters. Podía ver sus cicatrices, allí donde la cirugía había sido menos amable, donde el pelo no había vuelto a crecer. Y había otras señales evidentes, no infligidas deliberadamente, pero efectos colaterales de la conversión de un ser humano normal en algo que pudiera desenvolverse en el nospacio y luchar contra él. Contracciones y tics, un ojo que había quedado blanco u oscurecido, un hombre que caminaba con la ayuda de un exoesqueleto que abultaba bajo su ropa, una mujer cuya mano derecha aleteaba continuamente, como intentando liberarse de la muñeca. Era exactamente lo que quería evitar a sus propios estudiantes, las parteni en teoría capacitadas genéticamente para convertirse en inters.

—Hay algo que los coloniales han recogido por allí. —La voz de Solaz le sacó de sus pensamientos.

—Es la astilla —confirmó él vagamente.

—Lo estás haciendo otra vez, ¿verdad? —le acusó—. Como en Jericó.

Idris asintió. No podía evitarlo. No podía apagar al intermediario que había en él. Las sensaciones le aturdían a cada paso, a cada respiración, y su instinto era el de pelear, rechazarlas por completo. Y pese a ello se obligaba a resistir, como si se tragara su propio vómito. «Es para lo que vine aquí». Toda esa compleja información, la manera en que las ruinas se comunicaban con su mente, cómo sentía que hablaban con el Arquitecto que tenían encima. Aunque fuera como si lo viera todo a través de un cristal ahumado. ¿Dónde estaba esa voz que le dijera cómo utilizar todo

aquello?

—Trine está en otra pelea —comentó Solaz sombríamente—. Él y ese profesor Storquel.

La impresión que le había dado Storquel era la de un hombre equilibrado y responsable, esa combinación infrecuente entre los académicos de alto nivel en su disciplina, y con buena capacidad de mando. Salvo que él y Trine eran incapaces de cruzar cuatro palabras, o estar uno a tres metros del otro, sin empezar una discusión. Acerca de cualquier minucia de erudición pedante, por lo que podía ver Idris, y le había llevado demasiado tiempo descubrir exactamente qué pasaba entre ellos.

Al final Solaz tuvo que explicárselo. Fue la segunda mañana, después de las muertes, cuando intentaba negarse a volver al yacimiento. Trine, le dijo ella, necesitaban su apoyo.

—¿No te das cuenta de que el tipo al mando del Hum aquí, este Storquel, fue el dueño de Trine?

Idris frunció el ceño, lento y descolocado.

—Trine es un delegado. Es… libre. Oh. Ahora es libre.

Trine llevaban por ahí desde antes de la guerra y durante gran parte de su historia los colmeneros habían sido una propiedad. Su reconocimiento como inteligencias independientes con voluntad propia había llegado tras una dura batalla, y todavía despertaba suspicacias en muchas partes.

Storquel era el principal experto del Hum en temas originarios, y Trine eran —según su propia opinión— el principal experto en temas originarios del universo, pero habían llegado hasta allí desde un punto de partida en el que eran considerados como una herramienta para los académicos humanos. Storquel les había poseído, de la misma forma que se podía ser dueño de una pizarra o de un escáner sísmico. Después de descubrir ese hecho, Idris empezó a percibir lo que se escondía bajo las palabras de ambos. No es que Storquel intentara enfrentarse a su homólogo, sino que recordaba cuando Trine eran nada más que una «cosa», ni siquiera un asistente o un subordinado, sino una parte del equipamiento. Se percibía en cada palabra, y Trine no eran el tipo de colmenero recién salido de la Asamblea, educado y deferente, que pudieran pasarlo por alto.

Lo mejor que Idris pudo extraer de todo el tema, una vez que

dejaron el yacimiento al anochecer, era que sin duda existía una razón para su presencia.

—La masa proyecta una sombra en el nospacio —le dijo a Trine y a las parteni, mientras la impresora de cocina de la *Nereida* les servía unas bandejas del caldo fuertemente especiado al que había terminado por aficionarse—. Pero no es más que eso, una sombra. Vuelve arriesgada la navegación, así que lo normal es que nos alejemos de planetas, incluso de otras naves, antes de dar el salto. Pero estas ruinas, y las de Jericó, ejercen una presión real. Deforman el nospacio; puedo sentirlo. Y nadie se ha dado cuenta antes porque no se va al nospacio desde las proximidades de un planeta.

La cara artificial de Trine le miraba con picardía, pero Amable hizo un gesto impaciente.

—¿Y eso adonde nos lleva? —Olli la había descrito como un poco agresiva para ser una oficial veterana, lo que viniendo de Olli era significativo. Desde luego, daba la impresión de que preferiría estar peleando contra algo que ejerciendo de niñera de científicos.

—Bueno, a ver, me parece interesante por sí mismo. Porque el nospacio no funciona como la realidad, así que descubrir algo que puede deformarlo es una pista sobre la forma en que se pudieron crear los pasajes… La mayoría de la gente cree que los originarios los construyeron, ¿verdad? Aunque me parece que nunca tendremos pruebas sólidas al respecto. Pero aparte de eso —añadió de inmediato Idris cuando vio que ella ponía los ojos en blanco—, nos da una nueva hipótesis para relacionar a los originarios y los Arquitectos. —Recordó que los coloniales se pusieron a discutir esta posibilidad muy excitados cuando les explicó lo que había sentido —. La gente da por hecho siempre que existen indicios de una pelea entre ambos hace mucho tiempo, que los Arquitectos mantienen temor o algún tipo de reverencia hacia los originarios que les impide profanar sitios donde estuvieron. Salvo que… ¿y si estuvieran limitados por un motivo práctico, concreto? Porque algo que sabemos con certeza es que los Arquitectos tienen una enorme presencia en el nospacio, y es obvio que pueden moverse por él sin dificultades. Puedo confirmar con certeza que tienen un impacto desproporcionado en el nospacio cuando emergen a la realidad. Es casi como si lo que vemos ahí arriba —hizo un gesto hacia la luna

erizada que permanecía sobre ellos— fuera solamente la punta del iceberg.

Kris tuvo que intervenir entonces para explicar qué era un iceberg a las parteni, nacidas a bordo de naves espaciales, después de que Idris se diera cuenta de que él mismo dudaba un poco del verdadero significado de esa figura retórica. Les resultó útil que Scintilla, donde había estudiado Kris, fuera un mundo de hielo, nieve y un clima por lo general miserable.

—A lo que iba —resumió Idris—, ¿y si la presión ejercida por estas ruinas sobre el nospacio, y quizá por cualquier fragmento de los originarios, realmente descolocara a los Arquitectos? Puede que literalmente no sean capaces de hacerlo suyo hasta que desaparezca. Lo que abre la posibilidad…

—De usarlo contra ellos —terminó Amable—. Construir una distorsión nospacial como la que producen las ruinas y las reliquias, para que interfiera con la capacidad de los Arquitectos de… arquitecturizar. Si pudiéramos replicar ese efecto —añadió—, lo que no es todavía el caso, pero vemos que puede hacerse.

—Seguimos reuniendo datos sobre la forma en que funciona aquí, a nuestro alrededor —recordó Idris, cuando Kittering apareció para anunciar que «la molesta sectaria humana» había venido con un mensaje urgente.

Se refería a Ismia, que a Kit le parecía molesta porque le había ganado una suma considerable en el Paso de Tierra. Resultó que quizá no era un juego tan desconocido en la Hegemonía como le había dado a entender. Idris dejó que Kris le tomara del codo y le condujera donde Olli y un puñado de parteni ya esperaban las palabras reveladas por sus amos a la enlace.

—Delegado, ejemplar, *menheer* intermediario —dijo con alegría la mujer—, están invitados a un banquete a medianoche. —Su tono sugería que aquello era lo mejor del mundo.

Amable, que acababa de limpiar unos restos del caldo de su mejilla, miró de reojo a sus compañeras antes de hablar.

—Sin duda es un honor, y estamos convenientemente agradecidas. Incluso la próxima vez podremos ir si nos avisan con más antelación. —No tenía mucha paciencia con Ismia, sobre todo porque la mujer era la portavoz de todas las cosas que la Hegemonía exigía que se hicieran a su manera, y para las que

Amable no tenía tiempo.

El gesto de Ismia mostró perplejidad unos instantes antes de recuperar su sonrisa.

—No, no lo entienden, se trata de una invitación.

—Sí. Algo que, tradicionalmente, puede declinarse de manera educada —señaló muy despacio Amable, como si hablara con una idiota.

La sonrisa de la enlace se tensó en las comisuras de su boca.

—Disculpen las limitaciones de mi parsef. Están invitados.

—Espere, espere —interrumpió Kris, y pasó al colvul para hablar con la mujer. Amable y las demás pudieron entender lo suficiente como para cambiar su posición por completo, y la ejemplar confirmó que asistirían, por supuesto. La invitación no procedía de Ismia o la secta, sino del Radiante Sorteel, Providente y Presciente. Uno de los divinos essiel iba a honrarlos con su presencia y parecía querer contar con lo más granado de los visitantes.

Idris no se sentía parte de ese grupo, pero al parecer estaba en la lista de invitados. Amable escogió de inmediato a un puñado de mirmidones para actuar como escolta y séquito, con Solaz asignada como guardaespaldas de Idris. Kit y Kris se apuntaron por la sencilla razón de que disfrutaban realmente con ese tipo de insensateces que los demás parecían limitarse a soportar.

—¿Olli? —preguntó Idris.

—Para nada —respondió burlonamente la especialista—. Algunas de las señoritas guerreras quieren hacer algo de investigación planetaria. La *Buitre* tiene mejor instrumental que su bañera para ese tipo de trabajo.

—Pensé que no te gustaba trabajar con las parteni —le dijo con un susurro desesperado. Quería contar con su ironía para tener algo a lo que agarrarse. Seguramente habría un límite a lo raros que podrían ponerse los hegemónicos con Olli presente para bajarles la autoestima.

—Me apetece más que pasear por algún estúpido festival de la almeja —fue la respuesta de Olli, con la suficiente falta de tacto como para que tuviera que reconocer que quizá fuera mejor que no se uniera.

Había el doble de coloniales en el evento, ya que a Mannec y su personal diplomático se habían sumado el *morzarin* Uskaro y sus

guardias *voyenni* vestidos de verde botella. Le alegró ver que no estaba Demi Ulo. No habían llevado a ningún inter, de hecho. También le alegró que los sectarios hubieran dispuesto la llegada de las dos delegaciones por caminos separados desde sus embajadas, que estaban próximas. De otro modo, el trayecto —a pie, de acuerdo a alguna oscura pero ineludible tradición— hubiera sido tremendamente desagradable.

Aunque cuando llegaron la formalidad parecía haber dado paso a lo que caritativamente podría describirse como rústica simplicidad. Había una gran alfombra en el centro, y algunos cojines, y encima nada más que un toldo extendido entre unos postes, con el resto a cielo abierto. Sin duda Arc Pallator era un lugar cálido en todo momento, incluso con el sol bajo en el horizonte, pero el escenario parecía algo modesto para una ocasión formal. El lugar además estaba inadecuadamente iluminado por una serie de faroles de variado diseño y antigüedad.

Todo el mundo se quedó de pie y mirando a los demás hasta que Ismia y un puñado de los suyos empezaron a señalar a los cojines. Habían llegado un montón de sectarios, muchos de ellos con túnicas más espléndidas y menos polvorientas que las de los que solían ver. Habrían descendido de los orbitales, o puede que hubieran llegado con la propia comitiva del essiel. Eran el tipo de embajadores cosmopolitas y educados de la secta a los que Idris estaba acostumbrado fuera de la Hegemonía. Los desaliñados habitantes del lugar como Ismia habían sido una sorpresa. Siempre había considerado en el fondo a los sectarios como una panda de charlatanes vendiendo algo, más concretamente la vida bajo la supuesta protección de los essiel. Nunca había dedicado mucho tiempo a pensar en qué sería de los que compraran esa forma de vida. Pero ahí estaban, merodeando entre las ruinas de una especie extinta tiempo atrás, rezando a los dioses estelares que ya no podían salvarles.

Se sentó y descubrió que se encontraba a dos cojines de distancia del *morzarin* Ravin Uskaro, separado nada más que por Solaz. Que iba totalmente equipada, eso sí, y sólo se había quitado el casco por una deferencia diplomática. Tendría que dar por hecho que suponía una protección suficiente.

—¿Qué es eso? —preguntó Amable, a su derecha. Los sectarios

estaban colocando unos objetos piramidales, más altos que un humano y que flotaban sobre el suelo con sus propios dispositivos de antigravedad. La ejemplar estaba tensa, lista para ponerse en guardia a la menor sospecha.

El embajador Mannec se inclinó sobre la alfombra.

—Éstos son… Los llamamos simplemente mecanismos, lo que admito que no es muy descriptivo, pero es todo lo preciso que podemos ser. Son uno de los pilares de la tecnología hegemónica. Una especie de combinación de todas las herramientas posibles. Son como grandes tanques, en realidad. —Sonaba relajado, pero Idris detectó algo más. Porque, ¿qué se podía dar por seguro con la Hegemonía?

—¿Ésta es su tecnología líquida? —aclaró Amable. Era una especie de santo grial para los ingenieros, pero hasta entonces nadie había conseguido duplicar la forma en que los essiel hacían las cosas. Podían crear componentes a voluntad, a partir de sustancias líquidas y campos magnéticos, o al menos eso era lo que Idris creía entender. Si querías descubrir el proceso con ingeniería inversa, terminabas con una caja vacía y los pies mojados.

De repente todo se encendió. Ésa era la única forma en que lo pudo describir después. El cambio en la luz le dejó sin ver más que un resplandor blanco durante varios segundos de deslumbramiento, y luego todo era distinto. Estaban en algún otro lugar. O quizá no: podía sentir la misma textura en el suelo, el grueso tejido de la alfombra. Les rodeaba una imagen de perfección geométrica, blanco y oro con destellos iridiscentes arcoiris. Estaban dentro de un recinto de mosaicos descubierto, iluminado por su propio resplandor, que parecía expandirse en sucesivas iteraciones más allá del alcance de la vista. Idris miró directamente hacia arriba y sintió que el miedo a caer al cielo y perderse en él le retorcía las entrañas.

En el centro de ese nuevo espacio, también resplandeciendo con su propia fuente de luz sin origen perceptible, se encontraba el essiel. Estaba sostenido por la plataforma ingrávida más liviana que había visto nunca, una especie de copo de nieve de cinco metros de diámetro, con un delicado dibujo casi bidimensional. El essiel había enroscado a los intrincados diseños de la plataforma una extremidad larga y arrugada, similar a la trompa de un elefante, sobre la que se apoyaba una concha bivalva del doble del tamaño

de un hombre. En el extremo superior, en la abertura, ondeaba un racimo de brazos, pestañas y tentáculos, la parte visible del Radiante Sorteel, Providente y Presciente.

Los sectarios se estaban postrando ante él, con la cara pegada al suelo. Amable se limitó a enderezarse, con la cabeza ligeramente inclinada, y tras un momento los mandatarios coloniales siguieron su ejemplo. Idris se encogió, totalmente fuera de su ambiente.

El essiel les dirigió un rugido y sus extremidades se movieron siguiendo distintas pautas. El último essiel con el que se había encontrado la tripulación de la *Dios Buitre* contaba con un traductor colmenero. Aquí sólo estaban los sectarios, humanos con una limitada capacidad humana para interpretar comunicaciones alienígenas. Con todo, uno de los hierograves superiores del culto estaba lanzando un discurso que pretendía traducir lo que decía la criatura. A Idris le chocó lo endeble que le parecía todo aquello. El essiel intentaba obviamente transmitir algo, lo mismo que los essiel como especie obviamente querían que otros se unieran a su Hegemonía. El giro exacto que le daba la secta —la forma en que trasladaban los nombres essiel a conceptos humanos, los rituales y la adoración, cada elemento de su forma de vida y sus creencias— era una adaptación al alcance de la comprensión humana. Pero sólo, en el mejor de los casos, una grosera aproximación a lo que realmente quisiera decir el essiel.

Y luego aparecieron unas pequeñas cosas escurridizas junto al codo de todos. Una de las especies siervas de los essiel, los tymeree, recordó. Traían comida en pequeños cuencos que sostenían con las extremidades que no usaban para caminar. Mostraban también protuberancias en sus trajes blindados que fácilmente podrían ser armas. No tenía idea de si eran seres inteligentes o sólo animales bien entrenados. En cualquier caso, no se pusieron a escuchar a su amo también.

—Confieso que he adquirido un cierto gusto por la cocina hegemónica —declaró Mannec, poniendo buena cara a la situación—. Por favor, transmita mi adecuado agradecimiento al Radiante. Y, si sus tareas le llevan hasta el complejo orbital de Berlenhof, me permitirá que le invite a… —Nombró lo que Idris supuso que era un restaurante hegemónico de primera cercano a su oficina, a lo que el hierograve asintió de forma complaciente, y todo el mundo empezó

a comer. Las parteni recelaron de los alimentos, que eran variados y extraños, pero a Idris le pareció que lo de comer era la parte más fácil de la diplomacia. Los espaciales no rechazaban una comida gratis.

Luego Uskaro le habló, lo que echó a perder su apetito.

—Mi sobrino, Piter, le mencionó en algún momento —comentó con tono agradable el anciano—. Entiendo que le conoce.

«Intentó convertirme en su esclavo». Idris se obligó a que su gesto mostrara lo que probablemente sólo se aproximaría a una sonrisa. Solaz estaba muy quieta, y se dio cuenta de que Kris intentaba escuchar, aunque estaba demasiado lejos para ser de ayuda.

Obviamente, Uskaro no iba a intentar nada allí, pero continuó.

—Comentó que estuvo usted cerca de unirse a nuestra familia. Una pena. Podríamos haberle usado, en particular en esta situación. —Mantuvo la maravillosa dulzura paternal de su voz, como si fueran viejos amigos que recordaban días mejores.

—Estoy compartiendo mis descubrimientos con sus… investigadores —repuso Idris, sin apartar la mirada de su cuenco medio lleno. Debería haber dicho «equipo», pero eso habría incluido a los inters esclavizados por Uskaro, e Idris había evitado deliberadamente a todos los demás intermediarios del planeta.

—Oh, todos racionamos la información sobre nuestros hallazgos —dijo Uskaro asintiendo, como si estuvieran de acuerdo en lugar de mostrarse en abierta contradicción—. Una pena, en cualquier caso. Piter habla de usted con mucho aprecio.

—¿Él…? —empezó Solaz, pero luego se detuvo y miró irritada al resplandeciente suelo perlado que se había recubierto con la alfombra. Apareció un tymeree junto a su codo y ella le apartó molesta. Idris le puso una mano sobre el brazo blindado, sintiendo cómo la mirada de Uskaro seguía su movimiento.

—Ya veo —dijo con tranquilidad el anciano—. Muy romántico. Seguro que no se le puede culpar. La doctora Parsefer hacía muy bien sus copias.

Idris intentó abstraerse aún más. Era una vieja infamia nativista de la posguerra, esa idea de que las parteni no eran del todo humanas, sólo una imitación. Idris se estrujó el cerebro para encontrar una respuesta que escociera al hombre sin dejar de ser

perfectamente educada. El essiel estaba allí mismo, después de todo. No convenía empezar una pelea delante del ser. Pero Idris sentía que su sola presencia suponía una debilidad para su equipo, un rendija en la por lo demás perfecta fachada parteni.

Pero luego Solaz recuperó el habla.

—Recuerdo a su sobrino, *morzarin*. Nos encontramos con él en Jericó. —Tenía el gesto crispado de rabia, y su tono era tan alto como para que le escucharan al otro lado de la reunión, lo que incluía a Sorteel, si es que el essiel era capaz de percibir el habla humana—. Parte de su personal hizo allí una visita al delegado Trine —siguió implacablemente, pese a las miradas de advertencia de la ejemplar Amable. Luego empeoró porque la mención invitaron a Trine a la conversación, y nunca les faltaban comentarios poco diplomáticos que aportar.

—De hecho —anunciaron airadamente el colmenero— trajeron un regalo a mi excavación, y estaban ansiosos por entregármelo en persona. A los *voyenni* les va mucho el trato directo. Ya sabe, señor y vasallo, dueño y propiedad. —Dirigieron una mirada venenosa a Storquel para arrastrarle también a la discusión, aunque no hubiera tenido nada que ver con los nativistas que intentaron matarle en Jericó. El resto de las conversaciones alrededor de la alfombra habían muerto a esas alturas.

—¿Tu excavación? —preguntó Storquel con acidez, evidentemente cargado de gasolina que echar al fuego—. Como si cualquier parte de la investigación en Jericó fuera verdaderamente tuya…

Luego le cambió el gesto e interrumpió de repente sus palabras, con la mirada fija más allá del essiel, hacia el horizonte oscurecido. Uno por uno, los demás dirigieron la vista para ver qué había captado de esa forma su atención, qué era lo que le había alterado precedente de allí. Había salido una luna. Sólo que Arc Pallator no tenía lunas, no naturales al menos. La rotación del planeta había terminado por llevar a su futuro verdugo a una posición en la que reflejaba con un resplandor deslumbrante la luz del sol del sistema.

Escucharon un extraño sonido compuesto que surgía de todas partes; una ciudad llena de gente cuya fe en sus dioses alienígenas no les bastaba para contemplar con frialdad esa señal del fin de los tiempos.

El silencio posterior fue grotesco. Todo el mundo esperaba que la forma brillante del essiel les lanzara alguna terrible proclama, o indicara su desaprobación. Pero no hizo nada; las distintas extremidades siguieron ondeando y contrayéndose. Idris se dio cuenta de que los pequeños alienígenas se habían puesto a pelear debajo.

—Tal y como iba diciendo —comentaron Trine en voz alta, lo que puso a todo el mundo en tensión. Se proponían continuar con la misma línea de charla científica, y cualquier otra acusación quedó aplazada.

Y a eso le siguió… algo. Los sectarios parecieron creer que aquello había sido algún tipo de rito religioso. Locales y peregrinos se unieron en un cántico, y un par parecieron arrastrados por una especie de arrebato místico, cayeron y empezaron a balbucear, con los ojos abiertos en éxtasis. Aunque los hierograves mejor vestidos, los que habían llegado como parte del séquito del Radiante, se lo tomaron de otra manera. A Idris le pareció que estaban incluso un poco avergonzados por el comportamiento de sus correligionarios. Fuera lo que fuera, el essiel era parte de ello. Su iluminación sin origen detectable cambió de tonalidad y se intensificó a un ritmo que Idris no pudo comprender, pero que sin duda seguía una pauta. La disposición de sus muchas extremidades pasó por distintas secuencias que parecían tener sentido, aunque estuviera más allá de su comprensión. Su basso profundo gruñó y rugió en pautas que podrían corresponder a un poema, una canción o… algún tipo de arte u oratoria al que la humanidad nunca había bautizado. La combinación con la imagen de los fieles de distintas especies intentando desesperadamente formar parte de algo de lo que habían sido excluidos *de facto* podría haber resultado algo ridículo o patético. Pero trascendía el entendimiento humano. La verdad es que había algo en el essiel que realmente inspiraba asombro con su mera presencia, por lo que toda esa ceremonia llegaba al alma. Idris intentó aferrarse a su propia identidad, insistirse en que no había nada de particular en todas esas paparruchas alienígenas, pero siguió impresionado como espectador de algo que no podría describir ni negar.

Entonces todo se detuvo: las proyecciones que limitaban el escenario se desvanecieron en la oscuridad de la noche para dejar

únicamente el desastrado toldo del principio y unos haces de luz que indicaban el camino de salida. El Radiante Sorteel perdió brillo y se alejó hasta convertirse en una indefinida forma imposible, que flotaba sin dejar de mover sus miembros. La audiencia había acabado.

—Menuda pantomima —murmuró la ejemplar Amable, incorporándose para rodear la alfombra y apresurándose a apartar a Trine de un par de académicos coloniales. Kris hablaba con otro miembro del personal de Mannec, con la suficiente animación como para que Idris notara que sólo estaba empezando lo que fuera. Él se sentía totalmente agotado, como si hubiera estado luchando contra la presencia del essiel en cada minuto de la reunión. Se levantó tambaleante y casi cayó sobre un tymeree que lanzó un gruñido metálico junto a sus espinillas. Había tenido de sobra. Necesitaba alejarse de toda esa gente.

Solaz le tomó del codo para ayudarle a atravesar una fila de sectarios y llevarle de vuelta al lugar de aterrizaje. La ciudad originaria se había vuelto de repente un sitio poco acogedor al anochecer.

Atravesaron las calles repletas que no eran en absoluto calles, sino los recovecos de una antigua estructura alienígena, ahora definida por las chozas y chabolas de los fieles. «Vienen a ver lo que creen que veneran sus dioses». Venían a ver cómo era barrido por los demonios del universo.

—No sé cuánto tiempo más podré seguir haciendo esto —le dijo. Sabía que empezaba a lloriquear otra vez. Tan sólo estaba cansado, ni siquiera podía dormir, y Uskaro le había descompuesto.

—No hay nadie más —repuso Solaz, por una vez falta de empatía, aunque él no podía culparla.

—Que se ocupen los castigar. Que se hagan con sus propios ogdru. Hay otros inters.

—No los hay.

Idris negó con la cabeza.

—Funcionan. Uno de ellos nos persiguió a través del puñetero nospacio. Estabas allí.

—Tienen pilotos. —Solaz estaba a punto de estallar, mirando a la oscuridad, de nuevo con el casco puesto por la información adicional que podía proporcionarle—. No inters. La casta de los

videntes castigar está senil, por lo que he oído. Y los pilotos ogdru son una especie de regresión, no sintiente. Sólo estás tú, Idris. Los inters humanos pueden percibir el nospacio y volver para explicarnos lo que descubrieron. Nadie más que sepamos, sólo…

Giraron una esquina y alguien embistió contra ellos. Lo suficientemente grande como para golpearles a los dos. Idris se cayó de espaldas y Solaz retrocedió para recuperar el equilibrio. La farola más cercana daba un resplandor rojizo al hombre, pero Idris reconoció el uniforme *voyenni*.

—¡Maldita zorra pati! —exclamó el hombre, pero casi como una formalidad, sin apenas verdadera inquina. Simplemente a modo de excusa para una «pelea espontánea» que debía llevar planeada desde antes de la reunión. Fue a por Solaz sin más preámbulos, sin importarle que llevara blindaje y él no. Y era grande. El pie que retumbó junto a la cabeza de Idris doblaba el tamaño de los suyos. Y rápido también; le había echado mano a Solaz antes de que pudiera prepararse, y luego la levantó en vilo, por encima de su cabeza, antes de lanzarla contra el viejo muro más cercano.

Idris le golpeó. Para su propia sorpresa, le dio al *voyenni* un puñetazo con todas sus fuerzas, por limitadas que fueran. Alcanzó al tipo en donde imaginaba que debía tener los riñones, pero lo que encontró fue el chaleco blindado que llevaba bajo la ropa. Notó la firmeza del material bajo su golpe, a la par que sentía cómo se le rompían los huesos de la mano. Ésa fue su contribución ofensiva a la pelea.

Solaz estaba otra vez de pie. Quizá podría decirse que le había conseguido tiempo. Su mundo se había convertido en una niebla de dolor, pero pudo ver al *voyenni* abalanzarse sobre ella, y luego el brillo de una pistola apoyada en las tripas del tipo. Quizá el disparo, no atravesara la armadura, pero las parteni hacían buenas armas.

—¡No! —dijo él, más un chillido que ningún tipo de comunicación humana. Solaz dudó, y si Idris hubiera estado equivocado sobre la pistola, seguro que el *voyenni* habría pasado por encima del cañón amenazador para tener una nueva oportunidad de romper el blindaje de la mujer. Pero no se movió, e Idris supo que había acertado.

Entonces pudo abandonarse al dolor. No es que hubiera tenido una vida falta de sufrimiento, con un corazón ciborg, la cicatriz de

una autopsia y un bien documentado historial de embolias cerebrales. Pero cuando se produjeron todos esos pequeños inconvenientes, él había estado ocupado con alguna otra cosa. Ahora mismo no tenía nada más a lo que atender y la mano rota le producía una agonía.

Solaz intentó inclinarse hacia él, y el *voyenni* tomó la rápida decisión de interponerse, retrocediendo hasta colocarse sobre Idris sin dejar de mirarla. Se agachó despacio.

—Te voy a disparar y que le den a la diplomacia —amenazó Solaz.

Idris intentó apartarse, pero una punzada agónica le detuvo, y al instante el hombre le había agarrado del pelo con sus fuertes dedos. Solaz le apuntaba ya a la cara, justo entre los ojos, con el pulso totalmente firme.

—Vete y ya está —le dijo—. Estoy grabando todo esto con la cámara de mi traje. ¿Qué quieres demostrar?

—Todo el mundo sabe lo listas que sois las brujas —respondió con voz grave—. ¿A quién creerán?

Luego salió proyectado dos metros en el aire entre una lluvia de chispas. Idris gritó, arrastrado en parte, porque su mano había golpeado contra una pared y el tipo le había arrancado unos mechones de pelo. El *voyenni* acabó bastante lejos, trastabillándose como si bailara.

—Aplazamiento diplomático —anunció una entusiasta voz artificial: el familiar traductor de Kittering. El hannilambra se interpuso entre el hombretón e Idris, blandiendo una vara humeante en lo que vendría a ser su boca. No parecía tener muchas posibilidades, pero cuando Kris llegó con su cuchillo, y pudo escuchar que otros muchos se acercaban, Idris supuso que era a consecuencia de sus gritos y se alegró de haber contribuido a la pelea de una manera significativa.

El *voyenni* retrocedió y aguardó a que los músculos de todo su cuerpo dejaran de estremecerse.

Cuando Solaz presentó su informe, de manera inmediata, la ejemplar Amable casi pareció feliz de recibirlo, lista para exigir todo tipo de compensaciones y concesiones, aunque fuera a punta de pistola. Por su parte, el embajador Mannec no se podía creer lo rápidamente que su autoridad había sido socavada. Fue el propio

Ravin Uskaro el que dio un paso adelante para hacer frente a la situación.

—Es obvio que este hombre, mi siervo, actuó de manera inadecuada —dijo, sin el menor tono de disculpa—. Las parteni entenderán que les explique que mi personal nace y es criado como guerreros, orgullosos. En Magda, la gente sabe que es preferible no empujar a un *voyenni* por la calle. Después de una noche como la que tuvimos, él olvidó que no estamos en Magda. Será castigado, por supuesto.

Amable miró a Solaz, sopesando claramente cuánto de todo aquello se suponía que debían tragarse.

—Lo dejaré en sus manos entonces —repuso a través de los dientes apretados—. Confío en que dará órdenes y controlará a sus subordinados más excitables.

—Oh, no —dijo Uskaro, aparentemente sorprendido—. Insisto en que se le castigue aquí y ahora, antes de nada, para que no haya malos entendidos. Daré ejemplo con él. —Su sonrisa era tan afilada como para poder afeitarse con ella—. Nada de puertas adentro, ejemplar. Verá cómo disciplinamos a nuestros sirvientes descarriados. Beyon, desnúdate.

El hombre se quitó la chaqueta, luego la camisa que llevaba debajo, después el chaleco blindado y la ropa interior. Quedaba todavía una prodigiosa cantidad de humanidad después de despojarse de todas esas capas. Solaz debía pesar como un cuarenta por ciento lo que él.

—De rodillas —le ordenó Uskaro, y él lo hizo, con las palmas apoyadas en el suelo, mirando a Solaz. Uskaro había traído un pequeño cilindro, que Idris pensó por su tamaño que sería una vieja unidad de comunicación. Con un movimiento de muñeca lo desplegó como un bastón segmentado de metal, flexible y con un extremo pesado.

—¿Bastará con veinte, ejemplar? ¿Querría quizá hacer los honores? —Uskaro le ofreció la porra.

Amable se limitó a mirarle, realmente desconcertada.

—De acuerdo, entonces —dijo Uskaro, sin disgusto alguno—. Mis manos son las más adecuadas. —Y dio un primer golpe a la espalda del *voyenni*.

Beyon gruñó, nada más.

Una segunda vez. La tercera. Otro gruñido. Uskaro no se ahorraba nada, obviamente ponía toda la fuerza de su espalda y su brazo en cada golpe, y si no era tan contundente como podría llegar a serlo Amable, no sería porque no lo intentara. Al quinto bastonazo, con la espalda del *voyenni* cubierta de sangre, Mannec intentó intervenir, pero el magdano le dijo educadamente que un boyardo tenía derecho a corregir a su servicio, como se indicaba en la propia ley colonial. Magda había luchado por conservar sus privilegios, y sin duda el embajador no se opondría a ellos. Y siguió a su gusto con los golpes.

Idris se descubrió contándolos, pese a lo ocurrido y a su propio dolor, desesperado porque se acabaran. Todo el mundo miraba, desde los coloniales hasta parte de los habitantes locales o la gente de Amable. Y durante todo el proceso, la mirada sombría y ansiosa de Beyon no se apartó de Solaz. Había una promesa en ella, pospuesta para más adelante, y después del vigésimo golpe, sus labios dibujaron una sonrisa.

10

Havaer

Havaer Mundy no era el tipo de persona a la que invitaran a veladas diplomáticas. Como representante de la Casa Ácida en la misión de Arc Pallator, lo primero que supo de lo ocurrido se lo contaron el embajador y el profesor Storquel en el desayuno, a la mañana siguiente.

—No sabía dónde meterme —confesó Karl Mannec. Le temblaba ligeramente la mano que sostenía la taza de kafeinado, aunque Havaer no estaba del todo seguro de si el movimiento no era fingido para subrayar lo mortificante que había sido todo el asunto—. Se puso a dar latigazos al hombre delante de todo el mundo.

—¿No está el *morzarin* bajo su autoridad? —le preguntó tras dar un sorbo al suyo. El embajador disponía de unas impresoras de alimentos admirables, y Havaer se alegraba de evitar la comida hegemónica todo lo que le fuera posible. El profesor Storquel, que estaba a otra cosa, vació su taza con gesto hosco y dirigió un gesto irritado al asistente de Mannec. El embajador hizo una mueca.

—Oficialmente. Pero es un pez gordo en Berlenhof, todos los miembros del clan Uskaro lo son. Casi la mitad de nuestra representación aquí forma parte de su comitiva, incluyendo gente armada. Y los inters son suyos, por supuesto. Nadie más tiene un grupo acostumbrado a trabajar en equipo. Dada la premura, tuvimos que aceptar muchas de las condiciones que puso para venir.

Havaer frunció el ceño; había algo en todo aquello que no le cuadraba. Pero Storquel interrumpió sus pensamientos con un murmullo.

—Inaceptable. Brutal. —Havaer tenía la impresión de que el académico no estaba en contra de esa influencia desproporcionada,

y reservaba su oposición para posibles situaciones en las que ese poder no estuviera bajo su control.

—¿Entonces…? —preguntó Havaer.

—Sí —admitió Mannec—. Quizá las parteni se encuentren ahora adecuadamente acobardadas por lo fuerte y dura que es la gente de Ravin, que era lo que pretendía. Mi parecer sin embargo es que no se impresionan tan fácilmente y que ahora serán aún más susceptibles, lo que nos conducirá a futuros incidentes. No es que ellas sean angelitos tampoco, pese a su alias. Entre ellas tampoco faltan las temerarias.

—Dado lo que tenemos encima, parece mal momento para el ruido de sables.

—Desde luego, lo sé. Y ésa es la razón por la que confiaba en que la intervención de la Casa Ácida podría…

—Un momento —le interrumpió Havaer—. ¿Por qué tiene inters acostumbrados a trabajar en equipo?

—¿Disculpe?

—La principal característica de los inters es que… bueno, están solos. Todo el mundo lo está en el nospacio. Es casi lo único que puede decir quien ha pasado por esa experiencia. No se puede coordinar a los inters, salvo si están en la misma nave y antes de entrar en el nospacio, con lo que, ¿para qué sirve algo así?

Mannec respondió con muecas y encogimientos de hombros mediante los que indicaba que quién podía saber por qué los magdanos hacían nada.

—Ha sido algo de considerable valor aquí, aunque estoy de acuerdo en que no sería un escenario contemplado durante su entrenamiento.

—¿En qué punto estamos entonces, profesor? —se dignó al fin incluir a Storquel en la conversación. Tiber Storquel era de Berlenhof, lo suficientemente mayor como para haber vivido su infancia a la sombra de los Arquitectos. Había dedicado su vida al estudio de los originarios, con un ojo puesto en su relación con los destructores de mundos. Ya anciano, apenas visitaba los yacimientos, pero éste era un caso especial, una oportunidad única.

—La información que estamos consiguiendo es muy buena —dijo con aire solemne. Lucía una barba plateada que se mesaba para subrayar sus afirmaciones. Vestía ropa cara del estilo informal de

Berlenhof, pero el cuerpo que había debajo tenía los hombros estrechos y el pecho hundido de los criados en las privaciones de la guerra, aunque la cintura se hubiera llenado algo—. Pero no estamos obteniendo toda la posible. Trabajo sin la mitad de las piezas necesarias. Los magdanos revisan en privado todo lo que encuentran antes de pasárnoslo. ¡Y lo que trajeron las parteni! Nadie me dijo que tendría que trabajar junto a… ¡eso!

Havaer ya sabía lo que esperar de Storquel.

—Es lo que hay —probó, para evitar que siguiera, pero Havaer era público nuevo para el profesor, alguien con el que desahogarse.

—Se pasea por aquí y contradice mis análisis y conclusiones todo el tiempo —lamentó Storquel—. Una cosa que ha construido su paupérrima carrera sobre mis hallazgos. Todo lo que es me lo debe a mí, y ahora tiene la temeridad de discutirme.

—Profesor, nuestros anfitriones incluyeron en su invitación… —empezó Mannec, con el aire fatigado de alguien que llevaba tiempo chocando con el mismo muro.

—*Menheer* Mundy —dijo acaloradamente Storquel—. Compré esa unidad a la Oficina de Defensa. No era más que un repositorio de datos. Y fue mi ayudante durante años. No se quejó. No exigió sus derechos. Era una herramienta, una máquina. Es lo que son. Salvo que, debido a una catastrófica falta de criterio por parte de los suyos —dio unos toquecitos con el dedo a Mannec—, se decidió que esas cosas eran gente, luego eso se esfumó con los resultados de décadas de mi trabajo, y ahora tiene las agallas de proclamarse mi igual. —Tenía la barba visiblemente de punta—. Y ha sido sólo con la ayuda de esas mujeres que todo reventó. Ellas nos abandonaron también poco antes. Se supone que tenemos que aceptar sin más…

—Sí, profesor, soy consciente de todo —le cortó Havaer—. Lo mismo que usted lo es de que, ahora mismo, la cooperación con el delegado Trine y sus aliadas parteni es lo más conveniente para nuestros intereses.

—Hubiera pensado —repuso con amargura el académico— que la Casa Ácida sería la más patriótica de todas nuestras instituciones.
—Havaer dirigió al hombre una mirada excepcionalmente fría hasta que Storquel prefirió encontrar algo más interesante en su kafeinado. Havaer suspiró.

—La posición de la Oficina de Intervención en estos temas es

ahora mismo fluida —le reconoció a Mannec—. Desde luego que informaré de su petición de reprender a los Uskaro, pero dudo que se adopte ninguna medida contra ellos, dado que las principales instalaciones de entrenamiento de inters se encuentran en un orbital magdano, y ahora mismo necesitamos todos los inters que podamos conseguir como algo vital para la seguridad planetaria. —Aunque su mente traicionera le recordó que «según Telemmier no importará, porque los inters sometidos no nos ayudarán contra los Arquitectos». Por lo que había escuchado era algo que el Comité de Enlace tenía presente para su nueva promoción, pero no estaría lista hasta dentro de un tiempo. Dada la frecuencia de los ataques de los Arquitectos, habría docenas de mundos que no durarían hasta entonces.

Mannec le dirigió una radiante sonrisa y dijo que sabía que *menheer* Mundy haría lo que estuviera en su mano, le dio la bienvenida a Arc Pallator y demás. Luego Havaer fue a limpiar de elementos indeseados su alojamiento y colocó las contramedidas habituales de la Casa Ácida para asegurar su privacidad.

Había una nave paquetera en órbita a la espera de sus mensajes. Incluyó la petición de Mannec y sus primeras impresiones, incluyendo la inoportuna presencia en el lugar de la *Dios Buitre*, lo que no significaba ninguna sorpresa dado que Telemmier suponía más de la mitad de lo que las parteni aportaban a las tareas de investigación. Pidió órdenes y tuvo el mal presentimiento de que no le gustarían cuando llegaran. Luego se ocupó de lo que la paquetera le había traído. No al agente Havaer Mundy de la Oficina de Intervención, sino a él como persona. Tenía una caja, enviada por correo con entrega especial.

Se desenvolvió sola después de que le diera sus claves. O, más bien, se desenvolvieron. Estaban en una pequeña estructura, un bote cilíndrico sobre cuatro puntales diseñados de forma incongruente como patas de águila, incluyendo las garras. Su altura superaba un poco la cintura de Havaer, y los posibles brazos estarían contraídos y resultaban invisibles. No tenía cabeza, sino que emergía un panel de la parte superior, revelando un grupo de lentes y luces a los que dirigirse.

—Activo Colvari 88205 —les llamó.

—Activo Colvari 88205, despachados de la Colmena de Paz Siete

el 118 Después, ligados a *menheer* Havaer Mundy con un contrato de corta duración —le confirmaron, citando con precisión cuándo y dónde esta entidad en concreto se había separado de la Asamblea colmenera. Su voz era tan poco característica como su estructura y los detalles de su contrato. Sólo esas patas infrecuentes sugerían algo más interesante.

—¿Acreditados para el análisis de datos? —No tenía sentido preguntar más si le habían enviado a alguien recién salido de la colmena.

—Historial de experiencia previa disponible —le dijeron Colvari —. Ofrecimos nuestro trabajo logístico en tiempos de guerra y posteriormente análisis de inteligencia para la Casa Ácida. Aunque entendemos que nos contrata a título personal, estamos sujetos a las cláusulas de confidencialidad habituales.

Havaer se sentó en la litera sin dejar de mirar al colmenero, considerando si cambiar de idea y no confiarles la tarea que tenía prevista. Pero los colmeneros eran discretos. La Casa Ácida les utilizaba, lo mismo que muchos particulares, y nunca había escuchado que alguno de ellos, o una colmena, vulnerara contratos y revelara secretos. Y él tenía muchos datos.

Los del cilindro que prácticamente había arrancado de los dedos muertos de Kenyon no contenían ningún elemento incriminatorio obvio para levantar algún escándalo, listo para que lo encontrara el primero que lo abriera. En su lugar, estaba lleno con horas y horas de informes, transcripciones de reuniones, memorandos y notas. Havaer no tenía mucho tiempo para examinarlo en detalle, porque se suponía que no lo había encontrado, no le había dicho a sus jefes que lo recuperó, y además tenía trabajo que hacer en Arc Pallator. En circunstancias así, un agente pedía la ayuda de un especialista. Podría haber trasferido todo el contenido a un ordenador, pero ni siquiera las inteligencias artificiales del tamaño de una cibernet tenían la sutileza necesaria para determinar qué sería valioso en términos humanos entre toda esa morralla. Un colmenero ofrecía lo mejor de las dos posibilidades, la velocidad y capacidad de un ordenador para examinar los detalles, y una mente sintiente para distinguir lo que tenía valor real en ellos.

—Empezaré siendo un tanto impreciso —le dijo a Colvari—. No sé lo que busco. Sólo que hay algo en esos datos que resulta muy

incriminatorio para alguien, tanto que todo tipo de gente quiere hacerse con ellos. —«Salvo que no lo haya, y todo el mundo haya escuchado lo que alguien quería y asumiera…». Pero no podía seguir adelante a partir de esa idea. Tenía que aferrarse a la posibilidad de algún hallazgo y esperar que al final no quedara como un imbécil—. Quiero que me digáis qué hay aquí y a quién compromete. Términos estándar. Borraréis la información antes de volver a la Asamblea, salvo que os dé otras indicaciones. ¿Supone algún problema? —Un colmenero podían eliminar parte de sus propios recuerdos, pero en esa época se entendía que al menos debían aceptarlo.

Y había más de unos pocos operativos de la Casa Ácida que aseguraban que no lo hacían. Que las colmenas contaban con la mayor cantidad de datos sensibles de la galaxia almacenados en alguna parte, y que un día decidirían utilizarlos. Pero esos operativos seguían contratando a las semimáquinas, dado lo buenas que eran para ese trabajo.

—Es factible —dijeron Colvari sin rodeos. Havaer miró las patas adornadas y se preguntó en qué habrían estado implicados en anteriores salidas de la colmena. Historias bélicas, de espionaje, huidas y peligro. Salvo que si la entidad las enumerara no sería más que eso, un recitado. Tenían los recuerdos, pero sólo podían leerlos como si se tratara de un informe. Tras su vuelta a la Asamblea, y en la nueva encarnación posterior, la personalidad subyacente no sería la misma. Los recuerdos no eran suyos.

Unos tentáculos segmentados emergieron de detrás de los ojos del colmenero y le quitaron de los dedos los datos, el cilindro en cuestión.

—¿Única copia? —le preguntaron, y él confirmó que lo era.

No se trataba de algo que pareciera conveniente duplicar, dado que tenía que mantenerlo escondido de su propia gente.

—Al trabajo entonces. Le mantendremos informado, *menheer* Mundy.

Y eso era todo por el momento. Le tocaba darse un paseo a ver cómo evolucionaban las tensiones en el yacimiento.

Olli

Olli no ocultaba su desagrado global por el Partenón, pero aún le disgustaba más perder el control. Cuando la mirmidón Ligera vino a pedir que le prestara la *Buitre*, ir con ella le pareció mejor opción que sentarse entre los sectarios y sus bobadas para escuchar cómo le explicaban que los dioses estelares essiel se encargarían siempre de ellos. Las parteni habían dado mucho la tabarra con la superior capacidad del equipo sensor de la *Buitre*, algo probablemente cierto para un trabajo de exploración. Pero era aún más cierto que no querían dejar a sus hermanas sin la velocidad y las armas de la *Nereida* si las cosas se torcían.

Ligera formaba equipo con una parteni civil, la cognoscente Dil. Resultó ser la abreviatura de Diligente, y era la primera vez que Olli había escuchado acortar el nombre de ninguna de ellas. La pareja tenía un rostro casi idéntico, pero Ligera vestía un traje blindado similar al de Solaz y Dil no llevaba más que un uniforme gris. Olli estaba a punto de soltarles alguna pulla sobre la madre de Dil poniéndole un nombre que nadie se molestaría en decir de forma correcta, y luego recordó que la única madre que la mujer podría haber conocido sería alguna oficial superior a la que diera ese trato formal. «Salida de una probeta, como todas las demás». Y normalmente ésa era una de las cosas que menospreciaba de las antinaturales ángeles guerreras. Salvo que al escuchar a las dos charlando mientras daban una vuelta por el planeta, la idea la dejó pensativa y un poco triste. Ellas no habían pedido nacer, por así decir. Y estaban comentando, como seguidoras fanáticas, algún medio tipo del que nunca había oído hablar y que parecía tener un millar de personajes, cada uno de ellos cambiando todo el tiempo de relación con algún otro. Olli se dio cuenta de que eran muy jóvenes.

Solaz se había esforzado mucho en hablarle bien del Partenón. En primer lugar porque era su deber, luego porque necesitaba a Idris y Olli era parte del paquete. Al final porque terminó por considerarla una camarada, después de luchar juntas contra un tothiat, y quería su aprobación. Que tan seguro como que existía el infierno era algo que no conseguiría, aunque Olli había evolucionado hasta una opinión neutral sobre ella, que era lo más lejos a lo que podía llegar con la mayoría de la gente. Solaz había insistido en cómo el Partenón había encarado sus propios demonios

y se había alejado del tipo de ideología genocida de la que le acusaban los nativistas. Sostenía que se había producido un gran enfrentamiento encubierto entre ellas, y las que querían una guerra para imponer su genética superior habían sido acalladas o, en algunos casos, eliminadas sin hacer ruido. Todo sin dejar de mostrar la imagen de unidad que tenía sobre ellas el resto del universo. Olli había señalado, de forma bastante razonable, que el desinterés por un genocidio hoy no aseguraba nada acerca del mañana, y Solaz no tuvo mucho que responder a eso.

En conclusión, podía pilotar a la *Dios Buitre* para esas dos bebés probeta sin querer tirarlas al cráter de uno de los numerosos volcanes que salpicaban Arc Pallator.

Esa mañana se pusieron a la obra, y sobrevolaron una telaraña de llanuras y cañones, todos ellos tan calientes y venenosos como para que cualquier visita a menor distancia supusiera un error fatal. Allí era también donde acechaba la biología local de Arc Pallator, costras amarillentas y una espuma rojiza que flotaba sobre piscinas químicas. Olli no podía realmente derramar ni una lágrima por su desaparición, pero Dil quería saber si los hegemónicos preservarían algo de aquello, dado que se trataba de todo un ecosistema planetario que los Arquitectos destruirían con la misma facilidad que a la gente.

Y luego fueron a ver a la gente.

Olli estaba harta de toparse con sectarios alrededor de la ciudad originaria, viviendo en resumen de manera virtuosamente miserable, todo sonrisas y aplausos. Era vagamente consciente de que constituían la mayoría de los habitantes del planeta. Aparentemente parte de la misión de Dil y Ligera era encontrarse con el resto.

Les llevó un buen rato de trayecto a través de la baja atmósfera y sobrevolando masas forestales antes de que Olli, al igual que Ligera, se diera cuenta de que los árboles no les dejaban ver el bosque. Fue Dil la que les recordó que la biología local nunca había llegado a colonizar las tierras más altas del planeta. Los bosques eran vida importada. En concreto, por los hegemónicos.

—Se llaman algo así como athamires —explicó la cognoscente—. Hay muchos en la Hegemonía, pues son siervos de los essiel desde tiempos inmemoriales. Los essiel no conservan registros y

parecen pensar que pueden decir que algo existe desde siempre a partir del momento en que lo perciben. Los athamires son buenos colonos para planetas duros, dado que evolucionan para adaptarse al entorno.

—Sigo sin saber qué estoy mirando —se quejó Ligera—. ¿Puedes llevarnos justo encima? El movimiento de la nave me altera la vista. —Las dos se encontraban en la cápsula de control de la nave, mientras que Olli estaba en su puesto habitual en el muelle de drones, sin perderlas de vista a través de las cámaras internas y dejando que los sensores táctiles de la nave reemplazaran a los limitados sentidos de su cuerpo.

Dejó que la nave quedara en una posición aproximadamente geoestacionaria, jugando con los motores gravitatorios para mantenerse a distancia del suelo. Debajo, algunas de esas cosas con aspecto de plantas parecían haberse dado cuenta de su presencia. O puede que fueran plantas. O quizá la distinción no significaba mucho para el producto de un mundo alienígena.

A ojos de Olli, los athamires eran más que nada una especie de setas gigantes con cerebro, de color hueso y sustentados por múltiples patas largas y delgadas. Muchos parecían estar arraigados al suelo, mientras otros se movían en trayectorias incomprensibles. Se acumulaban en torno a otras plantas mayores, que parecían setas inquietantemente fálicas de más de diez metros de altura. A veces varias de éstas se apoyaban entre ellas por la parte superior para formar una especie de edificio. Ligera les explicó que las había visto crecer. No eran plantas, por lo que parecía, ya que su materia era inorgánica. La tecnología athamir se basaba en violentas reacciones químicas instantáneas. Las criaturas segregaban cierto tipo de sustancias, las combinaban y luego se apartaban. Las torres crecían en segundos, compuestas por fibras tenues, casi sin peso, pero notablemente fuertes. Al parecer la arquitectura y los métodos de construcción de la Hegemonía habían incorporado ese proceso.

—¿Pero qué es lo que hacen ahí? —preguntó Olli—. Quiero decir… no veo ningún bar, o cualquier otra maldita cosa. Sólo se sientan en la mierda como unas setas con el culo al aire. Vale, no es que los sectarios humanos no sean también un coñazo, pero al menos llevan ropa chula.

—Hacen… cosas de athamires —dijo Dil, insegura—. Quiero

decir, son miles de millones en este mundo, literalmente. Lo que hacen… Esto es lo que hacen. Lo que ves. Tienen una cultura que no se basa en la creación material.

—Puede que se cuenten historias entre ellos —sugirió Ligera sin mucha convicción.

—Espero que no sean muy largas —repuso Olli con sarcasmo, mientras las cámaras de la nave seguían a la resplandeciente luna de cristal que colgaba en el horizonte. Luego los sistemas de la *Buitre* protestaron con una alarma y ella comentó—: Hay otra nave, cerca de la superficie, a unos trescientos clics.

—Vayamos a ver —decidió Ligera.

La nave hegemónica era una rosa mellada que parecía una obra de arte abandonada sobre el árido paisaje. Había dejado un notable rastro detrás. Para cuando la *Dios Buitre* se acercó, Olli y las dos parteni estaban muy calladas.

Un enjambre de naves menores —más pequeñas que un ser humano— revoloteaban entre la nave y la superficie. Ligera las identificó como trajes de vuelo individuales para tymeree. Eran…

Olli se sintió enferma, aunque se tratara de una interacción entre dos grupos de alienígenas que le costaba reconocer como especies sintientes.

Estaban cosechando. El rastro que dejaba la nave era de muerte. Vio a miles de athamires que se sostenían todavía en pie sobre sus patitas pero que mostraban su cerebro, su fruto, su sombrero de seta o lo que fuera aquello totalmente abierto y vacío. Los tymeree pululaban entre ellos, que permanecían inmóviles. Les llegaba alguna señal, algún compuesto químico o alguna idea suicida, y empezaban a exhalar algo. Un humo pardo, espeso, entre el que se movían los tymeree para aspirarlo, aunque la mayor parte se perdía en la atmósfera. Olli pensó en la neblina caliente que impregnaba siempre el aire allí y se preguntó en qué medida sería solamente vapor de agua y fugas volcánicas, y qué parte serían últimos alientos de athamires.

Para entonces Dil se había conectado con la *Madre de Grendel* para obtener datos a escala planetaria. Ahora tenían una base sobre la que comparar datos, y los informes remitidos por la nave mostraban extensiones del planeta con reveladores cambios de color, según si eran lugares habitados por athamires o sus

cementerios. Una sutil variación del amarillento al anaranjado, sólo llamativa si sabías qué mirar. Un cálculo por encima de Dil indicó que la población de tres mil millones de habitantes del planeta ya había descendido al menos un tercio, y había miles operaciones de cosecha de los tymeree en marcha.

—No van a esperar a los Arquitectos —dijo Ligera—. Lo están haciendo ellos. Los essiel están llevando a cabo un genocidio entre sus propios fieles. —Olli descubrió que no estaba ni remotamente tentada de lanzar en ese momento una pulla contra el Partenón. Sí, los athamires eran extraños, una especie de setas de aspecto tonto que parecían más plantas cultivadas que personas, pero se dio cuenta de que le importaban, pese a todo. Y no había nada que ninguno de ellos pudiera hacer allí, en el corazón de la Hegemonía. Aparte de grabar lo que veían y dar a conocer la verdad en el Hum y el Partenón.

—Puede que esto haga que unos cuantos no se metan en la secta —dijo.

—¿Crees que saben que no se puede cosechar humanos de esta forma? —preguntó Dil.

Tuvieron que ir a echar una mirada al templo con ese alegre pensamiento. O al menos las dos parteni. Olli sentía que ya había visto suficiente mierda para un solo día, pero el universo te enseña siempre que hay más mierda disponible.

Volvió a subir a la órbita para luego descender a la ciudad originaria. El templo estaba en un terreno alto cercano a uno de los abismos humeantes. Los unía un puente de un color perlado brillante, construido de una pieza, sin ninguna juntura visible. La gente que lo abarrotaba, hordas de ellos formando una corriente continua e imperturbable, estaban sucios y llevaban carritos o mochilas en los que habían puesto todas sus pertenencias. Olli decidió que ella era incapaz de entender a la Hegemonía, y puede que no fuera humanamente posible. Puede que cada detalle de todo aquello formara parte exacta del plan de los divinos essiel y tan sólo fuera incomprensible para la pobre Olian Timo de la *Dios Buitre*.

El templo era un enorme espacio abierto, rodeado de pilares que parecían de plomo. No había techo, y los refugiados habían acampado por todas partes con lo que tuvieran a mano. Todos parecían bien alimentados, y muchos habían dispuesto pequeñas

cocinas en las que compartir lo que llevaban. Todos parecían felices de que los essiel les hubieran proporcionado ese terreno vacío para vivir en él, ahora que los Arquitectos habían destrozado sus hogares.

El templo era nuevo, por supuesto. Antes no había sido más que un puñado de edificios y una zona de aterrizaje. Se imaginó por un momento que toda esa actividad se debía a una posible evacuación, aunque fuera a pequeña escala. Mientras miraba, una nave de transporte descendió, el tipo de modelo robusto y feo que resultaba familiar en todas las colonias. Pero de él bajó más gente. Nadie pareció apresurarse a embarcar. Olli miró a los recién llegados, advirtió su ropa elegante, y les vio dirigirse a los edificios cercanos, seguidos de su equipaje.

—Peregrinos —les identificó, y luego, con más asco—: Turistas. Han venido a verlo antes de que se vaya todo al carajo. Que me jodan.

—Esto… —dijo Dil con serenidad—. Esto es deprimente. No es lo que imaginé. Quiero decir, la Hegemonía… Pensé…

Pero la atención de Olli estaba en otra parte. Porque donde hay turistas se encuentran cosas para que los turistas se gasten el dinero. Y puede que la Hegemonía fuera una gran nación alienígena, pero los sectarios eran humanos y ella estaba dispuesta a apostar que no todos eran entregadamente devotos.

—Me gustaría hacer mi propia investigación —dijo a las parteni —. En concreto, me gustaría investigar si hay un bar en ese hotel o lo que sea eso de ahí abajo.

Idris

El descubrimiento de un bar por parte de Olli fue posiblemente lo mejor que le pasó a Idris en todo el día.

El enfrentamiento del día anterior supuso que, cuando el sol finalmente salió por el horizonte, todo el mundo fue a trabajar armado. Quizá no todo el mundo, pero los coloniales llevaron el doble de soldados y *voyenni* de días previos, armados con aceleradores. Para no ser menos, la más reducida escolta de parteni apareció totalmente equipada e igualmente armada. Los inters e investigadores trabajaban con la preocupación de que una pizarra

que se les cayera o una piedra a la que dieran una patada sin querer convirtiera el lugar en una carnicería a partir de algún dedo demasiado nervioso sobre un gatillo. Era una importante dosis de estrés adicional que Idris sumaba al distante latido de su mano herida. La medicina parteni era buena, pero sus analgésicos no eliminaban del todo el dolor, sino que lo reducían a algo más manejable, para que el paciente nunca olvidara tanto la herida como para descuidarla. Una idea médica admirable, pero la sensación de huesos sueltos y magulladuras era como un papel de lija que frotara continuamente el cerebro de Idris.

El enfrentamiento entre Trine y Storquel de unas horas después dio la impresión, en ese contexto, de ser un intento deliberado para conseguir que todos terminaran muertos. Idris ni siquiera supo cómo empezó, pero los dos llevaban buscándose desde el primer momento, y llegó el momento en que se encontraron. Salvo que habría sido preferible que ocurriera el día antes, cuando el reloj del fin del mundo no estaba a cinco minutos de llegar a la medianoche. Alguna minúscula diferencia de opinión sobre la interpretación de algo derivó en recriminaciones mutuas de no compartir datos, y luego en ataques personales, acusaciones de haber robado investigaciones décadas atrás e insultos directos. La voz artificial de Trine se elevó cada vez más, a la par que su sarcasmo. Storquel, por su parte, terminó gritando «¡Nada de lo que tienes es tuyo! ¡Me perteneces!», demasiado alto, en una breve pausa de la diatriba de Trine. Después de eso, los dos se alejaron unos pasos uno del otro, y se dieron cuenta de que las armas de cada bando apuntaba al otro, con ellos dos justo en medio.

El trabajo se detuvo a su alrededor, o al menos la pretensión de estar llevando a cabo un esfuerzo coordinado, lo que dejó frustrado a Idris, todavía aferrado por los ganchos que el lugar extendía hasta su mente. Idris comprendió que Amable y Mannec intentaban repartir el yacimiento en áreas separadas para que los dos grupos siguieran adelante con espacio de por medio. Pero ni Trine ni Storquel estarían de acuerdo con ninguna división posible, por lo que la única entidad que seguiría adelante con lo suyo sería el Arquitecto que tenían encima.

Esto volvió a poner a todos en peligro de terminar muertos en un tiroteo, porque después de dos desagradables horas sin ningún

avance y sin que nadie bajara las armas, tres nuevas salvas de espinas lanzadas por la luna de cristal cayeron sobre otras tantas zonas de la ciudad. El temblor motivado por los impactos levantó polvareda por todas partes, y una de las parteni dirigió una ráfaga de acelerador a una pared que no estaba demasiado lejos del profesor Storquel. Los diplomáticos contuvieron el aliento, pero el reloj había retrocedido los minutos suficientes para que el hecho no supusiera un desencadenante inmediato. Después del shock inicial, la intervención del Arquitecto de hecho suavizó la situación. Todo el mundo tuvo un recordatorio de por qué estaban allí y quién era el verdadero enemigo. El hecho lo certificaban esos tres grupos separados de pruebas cristalinas esparcidas por el lugar. Comprendieron cuánto tiempo se había perdido para nada.

Volvieron a llamar a Idris para pedirle que se pusiera de nuevo a la tarea. A los inters coloniales los llevaban sus domadores *voyenni*. Vio entre ellos a Demi Ulo, con su exoesqueleto avanzando pesadamente entre el terreno irregular. Era el momento de que todos abrieran la mente para captar lo alienígena del lugar. Sentir la geometría de las estructuras originarias que se extendían bajo ellos y cómo esas ruinas interactuaban con el Arquitecto que tenían encima. Escogió una parte del yacimiento tan alejada de ella como le fue posible.

Terminó trabajando cerca de una de las formas cristalinas, lo que no tranquilizó precisamente a su escolta. Era una cosa de cuatro patas, sin brazos pero con cuernos, o quizá mandíbulas, como un par de grandes pinzas combadas. No podía imaginarse cómo sería el ser vivo original. ¿Habría sido inteligente siquiera? ¿Habría construido o llevado a cabo cualquier iniciativa que Idris pudiera asociar con una civilización? Ahora no era más que un molde en la mente de un Arquitecto. Y pese a ello todos los inters habían informado de que conseguían mejores impresiones y más datos donde había formas de cristal activas, mejores que en lugares tranquilos de la ciudad. Mantenían un canal abierto con la entidad que tenían encima que los inters podían aprovechar.

En ese momento de reflexión, en esa compañía, su consciencia del universo se extendió más allá de los muros y barreras de la realidad, y tuvo uno de esos momentos de perfecta claridad que en tantas ocasiones le producían dolor, pero que ahora mismo eran

justo el efecto buscado. La frontera del nospacio se encontraba debajo de él como la piel de un globo que no se deformaba bajo sus pies. Pero podía sentir que sí le afectaba la presión que suponía la atención del Arquitecto. Comprendió que las formas cristalinas no eran entidades independientes, ni siquiera remotos como los drones de Olli. Eran literalmente bloques de materia inorgánica esculpidos y manejados gracias al absoluto control del Arquitecto sobre las fuerzas gravitatorias, que ejercía con la misma precisión milimétrica con la que daría una nueva forma a Arc Pallator.

Aunque había algo más. Como una resonancia en el interior de la forma, anudada con algo, que parecía persistir una y otra vez. Al principio lo catalogó como una mente aparte, y se preguntó si, al replicar la forma de su antigua presa, el Arquitecto había conjurado su consciencia de alguna forma. Luego lo comprendió. No era algo aparte, sino separado por espacio real. No existía una atadura, sino una comunicación. Una ventana que se abría entre la forma cristalina y el corazón del Arquitecto, de forma que su inconcebible intelecto estaba presente en cada uno de sus siervos, para informarse del entorno y ejercer un control preciso.

¿Quizá se podría usar ese enlace en su contra? Idris no tenía ni idea, pero al momento siguiente la entidad de cristal paró lo que estuviera haciendo. Habría podido decir que se dio la vuelta para mirarle, pero no tenía ojos y ni siquiera podía hacer lo que consideraríamos girarse. Su forma facetada simplemente fluyó para estructurarse de una nueva manera, hasta que las púas arqueadas se dirigieron hacia él.

Las parteni le gritaron que se apartara y apuntaron los aceleradores, aunque su impacto en esa forma maleable sería exactamente nulo. Idris se había quedado congelado. Cualquier mínimo movimiento de la cosa podría cortarle limpiamente la cabeza sin apenas esfuerzo. Entreveía el interior de la entidad, miraba al Arquitecto a los ojos, mientras éste a su vez intentaba descubrir qué era él y por qué había atraído su colosal atención.

Luego volvió a lo que fuera su tarea, y él tuvo una fugaz sensación de fatiga del tamaño del universo, producida por lo que suponía afrontar una labor eterna que no había más remedio que afrontar. Sin descanso, sin alternativa, incapaz de detenerse. Estaba desgarrando el planeta a triple velocidad, con lo que era una mal

momento para sentir simpatía por la entidad, pero se dio cuenta de que a pesar de todo podía comprender sus sentimientos.

Para cuando volvió Olli ya habían tenido las suficientes falsas alarmas, armas apuntadas y estrés general como para que Idris estuviera más que listo para declarar que la tripulación de la *Dios Buitre* se iba de juerga al espaciopuerto, y las parteni podían decidir quedarse o unirse.

11

Havaer

Hacia el final del día, Havaer recibió un mensaje de Colvari, el activo colmenero, pidiéndole indicaciones. Havaer tenía órdenes de observar el creciente caos en el yacimiento y llevaba el tiempo necesario como para rellenar un informe convincente, pero no le había prestado toda su atención. No tenía noticias de Laery, ni oficiales ni encubiertas; era como si toda la Casa Ácida intentara borrar su nombre. Y su actual misión aquí desde luego seguía siendo relevante, al margen de las peleas internas del departamento, pero… Se sentía como si un rostro que conocía desde hacía mucho tiempo hubiera pasado por cirugía. La Oficina de Intervención se había revuelto contra sí misma, por razones que todavía no acertaba a comprender. No sabía en qué creer. De hecho, Arc Pallator le brindaba una analogía particularmente desagradable. No quería terminar como una versión en espía de esos pobres payasos del templo, que depositaban una fe ilimitada en algo que posiblemente ni siquiera les dedicaba un pensamiento salvo para considerarles prescindibles.

Descubrió un lugar tranquilo y atravesó los protocolos de encriptación que había acordado con el colmenero, superando tres rutinas distintas hasta tener la certeza de estar en contacto con Colvari, esperaba que con cualquier posible fisgón despistado a lo largo del proceso. No usaba un programa estándar de la Casa Ácida, sino algo que había preparado él mismo aparte. Debería bastar.

—He terminado una revisión inicial de los datos —informaron el colmenero—. Para proporcionarle la información que pueda resultarle útil, solicito que especifique unos parámetros.

Havaer se había esperado algo así. El colmenero habían organizado el contenido del cilindro como un conjunto de datos, lo

mismo que podría haber hecho cualquier estúpida IA. Para proporcionarle un informe de nivel humano, sin limitarse a regurgitar todos los contenidos sin mayor beneficio, necesitaban unas ciertas pautas. Lo que suponía que debía dar comienzo a los disparos al azar para ver si se podía sacar algo en claro.

Por supuesto, era posible que no hubiera nada. Ése era el principal problema. Todo el mundo podía haber apostado a ciegas por conseguir poco más que transcripciones de reuniones privadas, protegidas por encima de su valor. La pirata muerta se la había jugado a todos, aunque eso hubiera terminado por volverse en su contra.

Pero tenía que seguir a partir de lo que sabía; había algo escondido en esa interminable sucesión de aburridos datos que valía tanto como para que la Casa Ácida enviara un equipo a recuperarlos; tanto como para que las parteni invirtieran en intentar conseguirlos; tanto como para que un grupo de agentes renegados y sus matones nativistas mataran por ello. Tenía la sensación de que había corrido algún tipo de rumor. Alguien había contado alguna historia sobre ciudades talladas en oro, y eso había puesto en marcha a los sospechosos habituales para obtenerlo. Pero el factor decisivo era el último, los traidores de su bando. Porque si no hubieran sido nada más que el Hum y el Partenón en su habitual juego del gato y el ratón, podría descartar todo el asunto. Pero alguien, algún actor oculto, sabía cosas. Lo más probable, se dijo, es que las supiera porque los secretos a la venta fueran suyos y le preocupaba mucho recuperarlos.

—Probemos con temas diplomáticos —le dijo a Colvari—. Planes en curso dentro del Hum respecto a potencias externas. ¿Entendéis a lo que me refiero?

—Hegemonía, Partenón, Asambleas Colmeneras, principales cárteles hannilambra, mundo-cadena castigar. Estrategias del Consejo de Intereses Humanos dirigidas a cualquiera de los mencionados —resumieron bruscamente Colvari—. Probablemente baste para avanzar. ¿Filtros secundarios?

Estaba a punto de decirle que se pusiera con eso por ahora, pero si los acontecimientos se precipitaban en el yacimiento era posible que no tuviera otra oportunidad para darle instrucciones, y no quería tenerle parado a su costa.

—Arquitectos —dijo, porque la esfera sobre sus cabezas estaba siempre presente en sus pensamientos—. Estrategias dirigidas contra ellos, supongo. Y después de eso podéis dirigiros a I+D de tecnologías, innovaciones en armas y naves, ese tipo de cosas… —Pero no le sonaba adecuado, no con el interés de ese tercer grupo. La presencia nativista señalaba que esto era algo que tenía que ver con las relaciones diplomáticas del Hum con algún otro grupo—. Desarrollo de inters, claro. Colocadlo en el primer lugar de la lista. —Pensó en lo que le habían dicho el colmenero—. Una pregunta, ya que estamos hablando.

—Listo.

—Me doy cuenta de que casi os pido que me mintáis, pero ¿qué ocurrirá si lo que descubrís es algún movimiento en contra de la Asamblea? No recuerdo que haya ninguna excepción al respecto en vuestro contrato.

Colvari se quedaron callados un par de segundos.

—Ésa es una especulación interesante, *menheer* Mundy. ¿Cree que está fundamentada?

—¿Os lo parece, a partir de vuestro primer repaso?

—No, pero si se trató el tema en términos muy discretos puede que no me haya resultado obvio en una primera revisión.

—¿Alguna respuesta a mi pregunta?

—Las penalizaciones por incumplir alguna cláusula de mi contrato son severas y la Asamblea considera lo firmado como inquebrantable. Mantenemos el aprecio de nuestros clientes porque confían en nuestra absoluta discreción, incluso en circunstancias extremas.

—Eso sigue sin ser una respuesta. —Havaer se descubrió sonriendo. La conversación había pasado de conocer las capacidades de una herramienta a desenmascarar a un agente, y eso era algo a lo que estaba más acostumbrado.

—La respuesta sólo puede depender de las circunstancias —admitieron Colvari—. ¿Existe alguna entidad que sepa realmente en qué momento se arriesgaría al olvido, hasta que se dé la situación?

El olvido. Porque una consecuencia potencial de la indiscreción era que los colmeneros no les permitieran reintegrarse a una Asamblea, y en consecuencia el conocimiento almacenado a lo largo de su última encarnación se perdería. Havaer supuso que eso sería

lo máximo que podría sonsacarle, y tampoco esperaba más en realidad.

—¿Puedo hacerle una observación, *menheer* Mundy?

—Adelante.

—No es que le preocupe que estos datos revelen algo contrario a las Asambleas en su conjunto, o no me habría contratado para este trabajo. Mi juicio sobre usted es que no está predispuesto contra mi especie, aunque no sea algo que pueda decirse de todos los que requieren nuestros servicios. En el caso de que este material resulte contrario a las Asambleas, sólo quiero hacerle saber que estoy abierto a una discusión franca sobre cómo tratarlo. En su caso, a una renegociación del contrato.

—Entra dentro de lo posible —aceptó—. Pero ya veremos adonde nos lleva todo esto.

Después ya se había hecho tarde, y Olian Timo había llevado noticias a sus compañeros. ¿Amenazadoras para el planeta? Dado el temperamento generalmente sanguinario de la mujer, era desde luego una posibilidad. Había descubierto un bar y la tripulación de la *Buitre* iba a salir de marcha.

Sus órdenes oficiales incluían instrucciones para establecer contacto con ellos, sobre todo porque sus nuevos superiores sobreestimaban enormemente lo maleable que podía ser cualquier miembro de esa banda de sinvergüenzas. Aunque algún tugurio para turistas probablemente fuera la mejor opción de que disponía, y ahora mismo en su vida no había demasiadas caras conocidas de las que no sospechara que conspiraban en su contra. Al menos la animosidad que pudieran sentir por él Timo y los demás no era sino la misma que dirigían al resto del universo.

Solaz

Por supuesto, nadie iba a dejar que Idris Telemmier o el delegado Trine salieran por su cuenta sin más, ni aunque sólo fueran con Olli, Kit y Kris como acompañantes. Después de su encontronazo con el *voyenni*, Solaz decidió que no estaba de humor para sutilezas y decidió equiparse con armadura completa, con el Señor Agujeros en uno de los brazos secundarios del traje. Si a los turistas hegemónicos les parecía inadecuado, podía señalar por la ventana

lo que tenían encima. El final de los tiempos llegaría para Arc Pallator en breve y no iba a afrontarlo sin un arma en condiciones.

Para su sorpresa, dos de sus hermanas estaban también en la *Buitre*: la mirmidón Ligera y la cognoscente Diligente, Sororidad de la *Madre de Grendel*, División Esfinge. La saludaron con cierto recelo, de la forma característica para unas jóvenes descubiertas haciendo algo no del todo reglamentario, e inseguras de si se iban a meter en líos.

—Están listas para el paseo —le llegó la voz de Olli a través de los comunicadores de la nave—. Después de lo que hemos visto hoy, todas necesitamos beber algo.

Mientras Trine e Idris subían a bordo, Solaz lanzó una mirada a una de las cámaras internas de la nave.

—Y yo que pensaba que no te gustamos. ¿O soy sólo yo?

—No presumas tanto. No me gustáis la mayoría de vosotras. Pero este par de payasas son bastante inofensivas.

El comentario hizo que Ligera y Diligente parecieran aún más incómodas, por supuesto, como Olli había previsto.

Kit y Kris ya estaban a bordo, así que la tripulación estaba reunida de nuevo. Los dos se habían arreglado posiblemente más de lo que merecía el plan. Las pantallas de brazos y espalda del hanni mostraban una compleja geometría en colores oro, rojo y púrpura, que seguramente sería alguna cosa hegemónica que había visto en alguna parte. Kris llevaba un holgado poncho gris verdoso, con un pañuelo turquesa que cubría la cicatriz del cuello. Cuando la vio por primera vez, Solaz dio por hecho que el que la mantuviera se debía a los escasos recursos médicos coloniales. Luego comprendió que Kris la conservaba porque la sentía como algo propio, parte de su pasado y de su naturaleza. Los abogados de Scintilla se tomaban muy en serio sus tradiciones.

Idris se dejó caer en el asiento del piloto, aunque Olli dirigiría la nave de forma remota desde el muelle de drones. Parecía exhausto y grisáceo, incluso más de lo habitual. Solaz se sentó a su lado sin hacer ruido y le puso la mano en el brazo que no tenía dañado.

—¿Necesitas que subamos los analgésicos? —le preguntó.

Él negó con la cabeza. Luego se incorporó y se tanteó la cabeza hasta encontrar una red de sensores plateada entre el cabello. En la *Madre de Grendel* había un equipo analizando sus funciones

cerebrales mientras se encontraba en el yacimiento, recogiendo datos que enviar al reciente programa inter de la *Ceres*.

Todos sintieron el familiar empujón de los motores gravitacionales de la *Buitre* cuando la nave se separó de la superficie del planeta, una sutil combinación de estructuras y sistemas quejumbrosos que señalaban con precisión a una experta como Olli qué componentes serian los siguientes en estropearse. Ella les llevó en vuelo bajo sobre las ruinas, encendiendo los motores un par de veces. Solaz supuso que más que nada por molestar a cualquiera con oídos que estuviera debajo.

—Dime algo, Idris —le pidió.

—Está bien.

—No lo está, ¿verdad?

—Estamos aprendiendo realmente mucho. Yo estoy aprendiendo. A veces siento… Está tan cerca, como si no me hiciera falta más que levantar la piedra correcta para encontrar allí las instrucciones de uso del universo. Pero es una ruina, está muerto. Aunque nos da mucha información, lo que escuchamos no son nada más que ecos distantes. No podemos conseguir que vuelva a la vida. Y si pudiéramos… —Movió los puños con impotencia—. No podemos. No se comunicaría con nosotros de la forma en que lo necesito yo. No me ayudaría a entender.

—Como has dicho, es una ruina. No hay algo que pueda comunicarse —señaló Solaz.

—Pero está… está ahí. Porque permanece la forma de lo que había aquí. Entre los muros. En las rendijas. Y yo creo que si, de algún modo, pudiéramos hacer algo lo suficientemente grande, de la manera adecuada, podríamos entenderlo todo… Y… Malditas palabras… No hay palabras, Solaz. No lo puedo explicar.

—¿Y los demás inters? —Se dio cuenta al momento de que la pregunta le molestaba—. No te gusta trabajar con ellos. Los siervos.

—¿Eso? Estoy jodidamente encantado. Supone que no les obligan a salir al nospacio contra su voluntad. Esto son casi unas vacaciones para ellos.

No le iba a dejar escaparse del anzuelo tan fácilmente.

—Estás evitando a tu amiga, la inter anciana. Te están juzgando. ¿Llevo razón?

Él miró hacia la malla neurográfica.

—No me dijeron que esta cosa era tan buena.

Solaz tenía preparada toda una charla sobre las virtudes del Partenón y cómo ella lucharía con uñas y dientes antes de que ocurriera nada que le convirtiera en un traidor a ojos de su gente. Pero no le salió nada. Todo era demasiado trillado, todo demasiado rimbombante. Sintió una punzada de afecto por él, por ese pequeño espacial angustiado.

—Berlenhof —dijo al fin—. Sólo recuerda Berlenhof. —En cualquiera de las ocasiones, la primera guerra o la segunda. Los momentos en que la amenaza de los Arquitectos supuso que todos estuvieran en el mismo bando. La presencia de esa Demi Ulo no tenía por qué ser un problema.

Él la miró al fin, y apareció la sombra de una sonrisa, pero cualquier cosa que pensara decir quedó sepultada por el movimiento de la nave al tocar tierra y abrir la escotilla. Aterrizaron en una explanada con variedad de naves humanas y hegemónicas ordenadamente dispuestas junto a unos feos edificios cuadrados que eran su destino. La única atracción de la vida nocturna de Arc Pallator.

Como muchas de las naves, la estructura era indudablemente humana: la abundancia de cemento y andamios de emergencia remitía a las construcciones apresuradas de cualquier mundo de la poliáspora. Aunque en el interior los industriosos fieles habían hecho lo posible para crear algo más acorde con la estética de sus nuevos amos. Había colgadas cortinas por todas partes para crear en el monótono interior ángulos y sombras. No había una barra como tal, y los comunicadores de Solaz no conseguían encontrar ninguna interfaz para hacer pedidos. En su lugar, un tipo delgado con una túnica totalmente blanca vino entusiasta hasta el espacio triangular en el que se acomodó la tripulación, desplazando a un par de turistas sectarios de aire ofendido por la simple presencia de aceleradores y blindajes.

Solaz acomodó a Idris y Olli decidió lo que beberían todos. Si eso suponía que iba a invitar era otra cuestión, y Kittering ya había empezado a negociar qué parte sería deducible como gastos de la nave. Luego avistó a un trío de sectarios que estaban jugando a Paso de Tierra con unas desgastadas piezas de plástico que parecían haber sido impresas justo tras la arquitecturización de la Tierra, y se

fue para unirse por las buenas a la partida sin decir una palabra más a nadie.

Una joven científica colonial que Solaz reconoció vino para sentarse junto al andador de Olli. Ésta había decidido por voluntad propia dejarse el escorpión en la nave, y Solaz se preguntó si se estaba ablandando.

—Encontraron al final este sitio, delegado —comentó la colonial, con unos gestos exagerados que sugerían que ya se había tomado algunas rondas de lo que fuera que tomara. Se llamaba algo así como Pallez, por lo que recordaba Solaz, y ella y Trine habían trabajado juntos un par de años atrás—. Enhorabuena por no haber asesinado todavía al profesor. No es el único al que le gustaría.

—Mi querida antigua colega, ni se lo imagina —confirmaron Trine—. *Menheer* Storquel no sabe la cantidad de miembros que poseo a los que podría sacarles filo.

Llegaron las bebidas y todo el mundo, Trine incluido, tuvo su vaso de plástico de algo rojo y denso. Pallez alzó las cejas.

—¿Ahora le da a lo bueno?

Las facciones holográficas de Trine dirigieron la vista al vaso.

—Bueno, supongo que me lo podría tragar y luego fingir que actúo erráticamente y busco pelea —sugirió.

—Como si le fuera a sorprender a alguien. —Olli les arrebató el vaso con una de las extremidades del andador a la vez que se bebía de un trago el suyo—. La novedad es que fueras amable con alguien.

—¿Por qué? —le preguntaron Trine—. ¿Se siente indispuesta? —Todo lo cual, por lo que concernía a Solaz, era rigurosamente lo mismo de siempre. Olli peleándose con alguien le parecía siempre un espectáculo, mientras no fuera con ella. Dil y Ligera se cogían de las manos, hombro con hombro blindado, pero sin dejar de mirar a Olli con una extraña adoración. Le hacia sentir fuera de lugar que esa pareja hubiera hecho buenas migas tan rápido con la mujer.

La alarma de proximidad de su traje estaba activa, así que cuando Kris tocó la hombrera de Solaz, se hizo a un lado impulsada por sus reflejos de combate, aunque volvió a la normalidad sin ofrecer ningún indicio de su reacción anterior.

—¿Sí…? —le preguntó.

—¿Tienes un momento para hablar? —le pidió la abogada, con

aire serio—. Idris, ¿estás bien?

El inter levantó la mirada y les dedicó una sonrisa mustia a las dos. Tenía a Olli a un lado, a Trine al otro, y las otras dos parteni bien colocadas para no perderle de vista. «Y además es una persona adulta y no va marcharse a hacer cualquier tontería», se dijo Solaz para intentar convencerse.

Dejó que Kris la llevara a otro rincón donde no perderían de vista a los demás. Al otro lado de la sala se produjo un breve resplandor de colores impropios de la Hegemonía cuando Kittering alzó sus brazos en un gesto triunfal, obviamente tras ganar algo a alguien.

—Te escucho. —Le dio un sorbo a la bebida escogida por Olli, que le pareció áspera y con un regusto a medicina, casi con certeza algo de origen colonial. En el fondo de su cabeza mantenía la idea lujuriosa de que, aunque le tuviera mucho afecto a Idris, seguía siendo una parteni con sangre en las venas a la que Keristina Almier siempre le había parecido excepcionalmente atractiva… Como a la mayoría de sus hermanas en la *Ceres*, en realidad. Puede que fuera el momento en que Kris le planteara algún tipo de relación poliamorosa. Pero no: el gesto de la mujer era demasiado serio.

—Aquí tenemos a un viejo amigo —le dijo, y una silueta larguirucha apareció a su lado.

—¿Puedo unirme a ustedes, *mesdam*, mirmidón ejecutora? —preguntó el agente Havaer Mundy.

Solaz se lo quedó mirando un instante, luego Kris dirigió un gesto rígido a los cojines, en los que él acomodó su cuerpo anguloso.

—Me atrapó en el bar —explicó Kris—. Pedía un reencuentro y no quise molestar a Idris. Está usted un poco alejado de su jurisdicción, *menheer* Mundy.

—Otra vez —añadió Solaz, aunque se podía argumentar que la última vez estaba justo en el limite—. ¿Ésta es su nueva misión? ¿Rastrear a la *Dios Buitre* a lo largo de la galaxia?

Él sonrió ante la idea, con la suficiente naturalidad como para que los tres compartieran un momento en el que preguntarse en qué punto se encontraban.

—Así que no le sometieron a un consejo de guerra —observó Kris.

—Técnicamente no estoy en el ejército, así que en todo caso habría sido un tribunal civil —repuso Mundy—. Podría ocurrir todavía. ¿Conoce algún buen abogado?

Kris dejó escapar una risa que obviamente no pretendía permitirse.

—En serio.

—¿En serio? Tan pronto como escuchamos que el Partenón tendría aquí una delegación, tuvimos la certeza de que suponía la asistencia de Telemmier, lo que probablemente conllevara a toda su galería de buscavidas. Con la que tengo el dudoso privilegio de mantener una cierta familiaridad. Y por tanto aquí estoy, brindándoles la cortesía profesional de darles a conocer mi presencia.

—¿Y eso es todo? —preguntó directamente Solaz.

Havaer la miró, claramente con menos confianza hacia ella de la que tenía con Kris.

—No tengo órdenes de desencadenar ningún incidente diplomático arrebatándoles bajo mano a Telemmier. Y todos sabemos que mi palabra al respecto sólo tiene valor hasta que venga la siguiente paquetera de casa, cuando puede que mis órdenes cambien. Pero ahora mismo, aquí sentados, tienen mi palabra al respecto.

Solaz era muy consciente de que no era la mejor a la hora de interpretar la actitud de coloniales, especialmente de los que tenían el engaño como forma de vida, pero le pareció sincero.

—¿Y qué pasó entonces en la Luna de Hismin?

—Sabe, lo cierto es que no puedo decírselo. Salvo que fue un reparto de mierda de primera categoría a todos los niveles posibles. Créanme, nadie se sintió satisfecho con la manera en que salieron las cosas. —Les dirigió una sonrisa incómoda y entonces el hombre de túnica blanca llegó a tomarles el pedido.

Solaz repasó rápidamente la sala. Idris se inclinaba para escuchar una animada discusión entre Olli, Ligera y Dil. Trine estaban con un puñado de investigadores coloniales; vio que ninguno de ellos era un *voyenni* o un inter sometido. Mientras le miraba, se pusieron de pie de repente, lo suficientemente asustado como para que ella le imitara. El Señor Agujeros pasó de sus brazos auxiliares a sus manos.

Eso disparó una ola de reacciones en todo el lugar. La mirmidón Ligera captó su movimiento y se levantó a su vez, apartando a Dil y golpeando el andador de Olli. Los coloniales se incorporaron seguidamente, y luego apareció un trío de soldados del Hum desde otro lugar que Solaz, en un descuido imperdonable, no había visto, con la evidente idea de que parecía haberse declarado la guerra.

Lo que había pasado era que había entrado el profesor Storquel, flanqueado por un par de sus investigadores sénior y una escolta de soldados. Quedó claro de inmediato que Pallez y los otros coloniales no se esperaban la aparición de su jefe, ni que fuera consciente de la existencia del lugar tan siquiera. Storquel, por su parte, probablemente sólo había venido a tomarse tranquilamente una copa, pero ahora tenía delante no sólo a un grupo de subordinados algo borrachos, sino a Trine con los suyos. Un Trine —le latió el corazón con más fuerza— al que habían pillado en mitad de una reconocible imitación de su rival.

La sala se quedó en silencio, como si los dos estudiosos estuvieran a punto de sacar pistolas y empezar un tiroteo sin más. Hubo un momento en el que Storquel podría haberse limitado a dar media vuelta y salir con dignidad, pero fue muy breve, se desvaneció mientras lo percibía. En su lugar, el hombre siguió adelante, como intentando poner al grupo de académicos juerguistas bajo su control. Trine se levantaron sobre sus patitas de pájaro, flexionando su abanico de brazos como un hombre que hiciera crujir los nudillos antes de la pelea.

Se acercaron uno al otro y Solaz vio que Storquel, al que la cara se le estaba poniendo un poquito violácea, abrió la boca para lanzar su primera andanada cuando se le adelantaron. Por un momento, dado que la cabeza de Trine apuntaba en dirección opuesta a ella, pensó que el colmenero estaban usando una voz artificial distinta, pero se trataba de Kittering, que se había interpuesto entre los dos sin temor al doble rechazo académico al que se enfrentaba.

—Distinguidos individuos inteligentes —comenzó el hanni, con los escudos de los brazos levantados en los que parpadeaban sus distintivos hegemónicos falsos—. Que no haya cortesías en el lenguaje. ¡Su mutua antipatía es conocida de todos! ¡Existen observaciones procedentes de todos los barrios! Trine y Storquel preferirían que los Arquitectos rehiciera el universo antes que

trabajar juntos. ¡La inteligencia de uno debe superar la del otro a la vista de todos!

La cara de Storquel se iba oscureciendo por la interrupción, pero fueron Trine los que hablaron primero.

—Mi querido pero totalmente inoportuno compañero de tripulación, ¡esto no es asunto suyo en absoluto!

—Es asunto de todos los que tenemos que compartir el entorno con ambos. —Kit sonaba increíblemente alegre, y Solaz no pudo determinar si estaba borracho, se obligaba a resultar divertido, o estaba realmente enfadado con los dos y su traductor había elegido un tono equivocado—. Sin embargo, ¡regocijaos! El medio para determinar la superioridad intelectual se encuentra disponible en este mismo establecimiento. Este asunto requiere solución, *menheers*.

—Profesor —corrigió Storquel.

—Delegado —apuntaron Trine.

Luego los dos se miraron airados por la temeridad de haber tenido por una vez la misma idea.

—Se trata de un asunto de altura académica que difícilmente podría aclararse en un antro de iniquidad como éste —empezaron Trine, pero Storquel subió la apuesta.

—No existe comparación posible, *menheer* factor. En términos de pura regurgitación de hechos por supuesto que me inclino ante mi estimado colega, el repositorio de datos. Sin embargo, en lo que se refiere al análisis…

—¿Cómo puede atreverse? —preguntaron Trine, alzando tanto la voz que llegó un coro de protestas desde todas partes de la sala.

—Les he confundido por completo —dijo tranquilamente Kit—. En lugar de temas tan tediosos, les doy Órbita y Asentamiento.

—Yo… —Storquel se detuvo antes de dar comienzo a otra perorata—. ¿El juego? ¿El de las losetas y el libro?

—Simplemente no es el medio adecuado para cerrar disputas académicas —decidieron Trine.

Storquel miró a su rival. En Órbita y Asentamiento el peso del azar era considerable y no existía una estrategia óptima. No se podía enseñar a una cibernet a ganar como ocurría con el ajedrez o el Paso de Tierra. O eso era lo que pensaban Kris y Havaer, dado que Solaz ni siquiera conocía ese juego.

—¿Entiendo que no quieren participar, delegado? —Extrañamente, fue la fría educación de Storquel la que hizo que Solaz se diera cuenta de que había estado bebiendo antes de venir al bar, y ya debió entrar con ganas de bronca.

—Confrontaré mi intelecto con el suyo en cualquier área que escoja, profesor —declararon Trine, que sólo recordaron bajar la voz a mitad de la frase.

Para cuando se sentaron a jugar, todo el bar ya estaba pendiente de los dos, incluso los turistas sectarios que no tenían ni idea de quiénes eran. A todo el mundo le atrae un ajuste de cuentas. Y Órbita y Asentamiento era un juego que descarrilaba con mucha rapidez, cuando los jugadores intentaban moverse desde la predecible anotación de las construcciones en órbita a los aleatorios y potencialmente lucrativos asentamientos conjuntos en el planeta, que dependían de lo que se encontraran en la superficie según una creación de escenarios azarosa e incontrolable. Era, en consecuencia, un juego de continuas alternativas que resultaba muy atractivo a posibles espectadores cuando los dos jugadores estaban furiosamente decididos a ganar y más si eran —como parecía en este caso— poco duchos en las reglas.

Kit, como maestro de ceremonias y comentarista, era obvio que se estaba divirtiendo mucho haciendo todo lo posible para pinchar a los dos. Especialmente porque, según murmuró Kris, había hackeado el juego para dar a cada uno las peores opciones posibles en cada turno.

Solaz frunció el ceño cuando la tercera misión planetaria de Trine fue víctima de la voraz fauna local.

—¿Es un juego de la época de la poliáspora?

—Oh, sí —admitió Havaer.

—Pero… Todo consiste en morir en planetas. Una y otra vez.

Kris la miró de reojo.

—Los espaciales tenemos un dicho: «Te tienes que reír».

Eso era tan siniestro en sí mismo que Solaz no lo encontró de ningún modo divertido. Así que prefirió sentarse, dejar que el ruido la inundara y que su mirada vagara entre los presentes. Olli y sus dos nuevas amigas lo estaban disfrutando, desde luego, y también Idris. Seguía la partida con una sonrisa en los labios. Sintió una ola de afecto, y estaba a punto de dejar a Kris para acercarse a él

cuando otro par de ojos llamaron su atención.

Había una mujer al otro lado del lugar que también miraba a Idris. Solaz estaba segura. Aunque ahora mismo la miraba directamente a ella en su lugar. Una mujer delgada con una larga cabellera negra estirada hacia atrás en una coleta. Vestía una variante de la ropa de a bordo de los espaciales pero que le sentaba de una forma rara, como si hubiera algo en su postura, en la forma en que le caía en los hombros, una ligera inclinación hacia adelante… Algo en ella le gritaba «peligro» a Solaz, pero no podía entender por qué. No era parte del equipo de investigación del Hum, o al menos Solaz no la había visto antes con ellos, ni estaba vestida como una hegemónica. Pero había unas cuantas personas sin túnica presentes, presumiblemente miembros de la tripulación de alguna de las naves que habían traído peregrinos para la última oportunidad de conocer el mundo condenado de Arc Pallator.

Una explosión de risas se extendió por el recinto y miró qué pasaba, para encontrarse a Storquel de un color que generalmente se asocia a un inmediato ataque cardíaco tras sufrir algún revés de la suerte en el juego. Trine no parecían felices al respecto, dado que su propio tablero estaba en completa ruina. Esperaba que la extraña mujer hubiera desaparecido, pero al alzar la vista se la encontró justo en la puerta, dirigiéndole una última mirada antes de marcharse. La sorpresa de ese contacto se convirtió en otro tipo de inquietud cuando la mujer le dio la espalda para marcharse. El tejido de su túnica estaba rasgado casi hasta la cintura para mostrar un reluciente caparazón segmentado. Tenía una criatura aferrada a su espina dorsal, enganchada como un parásito, y Solaz sabía por experiencia personal lo que eso significaba.

Se levantó, a sabiendas de que era una terrible idea, a la vez que enviaba un mensaje interno por el comunicador a Ligera y Olli, que probablemente fueran los mejores refuerzos. La mujer seguramente se habría marchado para cuando salieran. Pero no lo hizo. Se quedó justo ahí, a la salida, esperando.

«Así que hay una tothiat en Arc Pallator. Esto es la Hegemonía. Es de donde vienen».

La mujer le habló como si quisiera despejar cualquier duda de que se tratara de una coincidencia.

—Usted debe ser la mirmidón Solaz.

«Ejecutora mirmidón». Pero sonaría al tipo de cosa que decían los dos eruditos que se enfrentaban dentro del local.

—¿Y usted es…?

—Emmaneth.

—¿Y «eso» es…? —Intentó señalar a la cosa de la espalda de la mujer sin indicar a la humana.

—También Emmaneth. —Al momento—. Hubo una vez una Emma. En el pasado.

—Me perdonará pero he tenido malas experiencias con tothiat interesados en mí o mis amigos. —Solaz cambió levemente de posición, con el Señor Agujeros preparado para volver a sus manos. Se disponía a resistir la demoledora fuerza que un tothiat podía imprimir a su cuerpo, impulsado con la confianza de saber que sanaría a los pocos segundos de cualquier daño que se hiciera. Una vez intentó matar a uno con todo lo que tenía a su alcance, con esta misma armadura y arma a su disposición, y fracasó por completo.

—¿Está con la Cosecha? —preguntó al ser. Los dos tothiat que había conocido antes trabajaban para el mismo cártel criminal. Creer que se trataría de la misma situación quizá fuera prejuicioso, pero no estaba de humor para tener la mente más abierta.

Emmaneth evidentemente sabía a lo que se refería, pero se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No desde hace tiempo. Trabajo para un investigador. Nada fuera de lugar aquí. —Su postura era forzadamente casual. Si hubiera sido cualquier otra cosa menos una tothiat, Solaz se habría relajado. Pero el hecho era que todos sus instintos le gritaban que diera el primer golpe.

Entonces Emmaneth se dio la vuelta y se alejó sin más, con la espalda presentando un blanco fácil para cualquier arma. Solaz la miró y sintió cómo sus frustrados reflejos de combate protestaban en su interior. Pero Emmaneth realmente no hizo nada más que pasear hacia las naves, sin volver la vista en ningún momento.

Solaz volvió adentro. El juego seguía su curso, con la voz de Kit cada vez más estridente para anunciar las sucesivas desgracias sufridas por los jugadores. Idris, entre tanto, tenía nueva compañía.

Se había apartado un poco de Olli y las otras dos parteni, y a su lado había una mujer anciana en un andador, encorvada. La otra inter de la primera promoción, Demi Ulo. Solaz sabía que la había

estado evitando, pero ahora le había encontrado.

Se dispuso a intervenir, pero ya era demasiado tarde, y lo que se hubiera dicho no fue desagradable, no hubo dedos acusadores o reproches de traición. Si bien Idris no parecía contento, tampoco es que lo estuviera el resto del tiempo últimamente. Parecía estar afrontando la situación, y decidió que entrometerse y arrastrarle no formaba parte de sus prerrogativas, además de que podría ser más perjudicial que otra cosa.

Así que volvió adonde seguían sentados Kris y Havaer para encontrárselos charlando amigablemente, como si él no fuera un espía de la Casa Ácida que podría secuestrar a Idris la próxima vez que le viera. Toda la situación hizo que Solaz se sintiera fuera de lugar, la única persona de todo el local que estaba sola.

«Quizá debiera buscar a la tothiat e invitarla a algo», pensó con ironía. Nuevas carcajadas burlonas explotaron ante otro giro que Kit había añadido al juego para incrementar la humillación de los contendientes.

Luego Havaer Mundy se levantó, tan bruscamente que se tambaleó y estuvo a punto de volver a sentarse. Y los soldados del Hum se amontonaban en la puerta para salir. Solaz escuchó de repente una voz en su oído, una comunicación de la *Madre de Grendel* diciéndole que volviera a la nave para una evacuación inmediata. Agarró a Kris del brazo y tiró de ella hacia Olli y los demás. Ligera y Diligente ya estaban también en pie tras recibir la misma alerta. La mitad de la sala era un caos y todos los jefes ya habían recibido la noticia.

Todo el mundo terminó saliendo al exterior por tres o cuatro puertas, para mirar arriba. El gran rostro dentado del Arquitecto sólo se mostraba a medias, aunque esa parte resplandecía bajo los rayos del sol. Los recién llegados no eran todavía visibles, no a esa distancia, pero los sensores de todas las naves habían captado su venida. Más allá de la órbita de Arc Pallator, tres naves descomunales acababan de salir del nospacio. Las arcas naeromathi. Habían llegado las langostas.

12

Idris

No es que la humanidad hubiera estado en guerra con los naeromathi antes de que llegaran los Arquitectos. Pero eso se debió sobre todo a que nadie había encontrado ninguna autoridad central naeromathi a la que declarar la guerra. Por supuesto que la expansión de las fronteras humanas se topó con los nómadas naeromathi, y unas veces se daban media vuelta para evitar el contacto y otras buscaban pelea. Estas últimas se produjeron porque a los humanos les gusta asentarse en planetas hospitalarios. Mientras que los naeromathi prefieren desmontarlos para conseguir los materiales con los que construir más naves arca, para luego marcharse con ellas por los pasajes del nospacio. Eran langostas, pensaba la gente, que deambulaban como una plaga de estrella en estrella, dejando cinturones de asteroides donde antes había mundos. Si se preguntaba a cualquiera en los años de Antes, habría dicho que los naeromathi eran la mayor amenaza que se escondía en las profundidades inexploradas del espacio. Qué ingenuos.

Después, con la Tierra reducida a ruinas y los Arquitectos persiguiendo a la poliáspora de colonia en colonia, los humanos descubrieron otro aspecto de los naeromathi. Que esa especie nómada realmente odiaba a los Arquitectos. En más de una ocasión, la presencia antes aterradora de un arca langosta naeromathi dentro de un sistema se había convertido en una bendición cuando los Arquitectos eran una presencia aún menos bienvenida, porque los naeromathi lanzaban sus flotas de máquinas de desmantelamiento planetario a la batalla, lo que ganaba tiempo para la evacuación. Incluso un arca entera se inmoló en la primera batalla de Berlenhof. Hechos como ése llevaron a una frágil distensión entre la humanidad y sus antiguos enemigos. Obviamente la noticia corrió

entre sus comunidades itinerantes, y empezaron a escoger para sus actividades depredadoras planetas en los que no hubiera asentamientos humanos. La presencia de los Arquitectos supuso para algunos una explicación sobre el origen de los naeromathi, la ausencia de un mundo original y la falta de estructuras centralizadas. Toda la especie existía únicamente en el espacio, de pasaje en pasaje en busca de recursos para reparar y hacer crecer su cultura, en un permanente estado de crisis. La poliáspora de los naeromathi nunca terminó, y no volverían a confinarse en un planeta.

Una nave naeromathi —un arca langosta, como la denominaban los humanos— solía tener un tamaño de un cuarto de la desaparecida antigua Luna de la Tierra, más pequeña que un Arquitecto pero mucho mayor que cualquier otra cosa que hubiera construido alguna civilización conocida. La nave jardín *Ceres* sería invisible a su sombra. Su aspecto era muy variable, todas salvo las más recientes estaban progresivamente deformadas por sucesivas reparaciones y modificaciones, pero su forma general era esférica. La mayoría presentaba un amplio toroide alrededor de un ecuador que suponía el mayor motor gravitacional que hubiera construido cualquier especie. La tecnología naeromathi y la humana no estaban muy alejadas en complejidad, y utilizaban principios relativamente similares, según diferentes análisis. Estaba sujeta a las mismas limitaciones de la física que tampoco habían superado los castigar o los hanni, un techo que quizá sólo habían sobrepasado los essiel. Pero la respuesta a la pregunta «¿podemos construir un arca langosta?» era normalmente «no». No, porque para hacerlo una especie debería consagrarse íntegramente a ese proyecto, desentendiéndose de todo lo demás. La forma de vida naeromathi probablemente no había sido su opción inicial, sino casi con certeza la última posible.

Poco más se sabía, pese a esos análisis llevados a cabo sobre los restos de arcas resultantes de algunas victorias humanas. Los naeromathi eran un misterio en términos culturales. Quizá no quedara literalmente nada de su cultura, y la destrucción de sus mundos les había dejado sin otra motivación que sobrevivir y multiplicarse.

Pero allí tenían nada menos que tres arcas langosta en órbita

sobre Arc Pallator, una masa suficiente como para alterar las mareas del planeta si las hubiera tenido. La humanidad no había visto nunca más de una de esas naves a la vez. La dispersión a lo largo del universo era el objetivo principal de los naeromathi, bien a través de los pasajes o desplazándose a la lenta vieja usanza por sistemas estelares alejados. Lo que fuera con tal de adelantarse a los Arquitectos y maximizar las posibilidades de supervivencia de la especie.

El equipo parteni ya había sido evacuado al completo a la *Madre de Grendel* ante la eventualidad de que una plaga de langostas descendiera sobre Arc Pallator. La delegación del Hum había llevado a cabo una retirada similar y ahora se encontraba en su nave de investigación, la *Beagle*, junto a la especialmente fea nave de combate *Byron*. Idris había escuchado todo tipo de especulaciones de las parteni sopesando las opciones de que comenzaran las hostilidades. No pudo descubrir por qué todas pensaban que pudiera ocurrir, o quizá sólo era algo de lo que hablaban las mirmidones para pasar el rato. La *Madre de Grendel* era sin duda más pequeña y menos potente, pero todas consideraban que la superior tecnología parteni equilibraba la balanza.

—Lo que me gustaría es que no estuvieran todas tan asquerosamente contentas ante esa posibilidad —lamentó Idris, sentado en el muelle de drones de la *Dios Buitre*, dentro del hangar de la *Madre*—. Es como si quisieran que la guerra estallara lo antes posible.

Solaz se encogió de hombros y él sospechó que en parte debía de sentir algo parecido.

—Piensan que el Hum empezará a disparar tarde o temprano —le dijo—. Rastreamos once canales de noticias coloniales distintos de la *Byron*. Cuatro de ellos son, en resumen, rabiosa desinformación nativista. No se nos puede culpar por estar susceptibles.

—¿Y cuándo llegará el momento en que se decidirá que seamos «nosotras» las que disparemos primero? —preguntó Idris con amargura. La pausa antes de que ella respondiera fue demasiado larga.

—No a corto plazo.

Siguieron sentados en silencio un rato. Olli estaba fuera en el escorpión, trasteando con los sistemas más recalcitrantes de la *Buitre*. Kris, Kit y Trine estaban todos en la nave parteni, ocupados en sus propios asuntos. Todo el mundo esperaba que los naeromathi hicieran algo. Hasta el momento se habían limitado a presentarse en un despliegue sin precedentes y se habían quedado ahí, del otro lado del planeta respecto al Arquitecto. Ignoraban cualquier intento de comunicación del Hum o las parteni. No sabían si aterrizarían en el planeta o atacarían al Arquitecto. Su inacción empezaba a resultar más desconcertante que su llegada.

—Estuviste hablando con tu vieja amiga —comenzó Solaz al fin—. Se llama Ulo, ¿no?

—Demi Ulo, sí.

—Y entonces… Sé que no querías. ¿Qué pasó?

Idris dio un largo suspiro.

—Estuvo… bien, la verdad. Bastante bien. Nosotros… A ella le habían dicho que se mantuviera alejada de mí. El Hum no quiere que deserte también, supongo. Me dijo que comprendía la situación. Le expliqué directamente por qué me fui y no tuvo ningún problema.

—Yo no lo haría —le había dicho Demi. Él la miraba sin dejar de pensar «vieja», y sin duda ella le devolvía el favor pensando «joven, imposiblemente joven». Porque la condición de inter actuaba de distintas formas en cada individuo.

—Nadie espera que te unas al Partenón —señaló, y ella le corrigió de inmediato.

—No voy a entrenar inters para el Comité de Enlace. No me atreveré a tanto como tú, pero que me jodan, te entiendo, Idris. Lo recuerdo. Las ausencias cada vez que nos reunían a todos. La gente que mataron con drogas o cirugía. La gente que mataron sólo por ser inters. Y eso fue antes de que el Comité de Enlace empezara la producción en masa. —Negó con la cabeza, muy rígida—. El Cuerpo Cartográfico es lo mío. Es una forma más limpia de intentar matarme. Volveré en cuanto me dejen.

—Yo estuve un tiempo. Luego no pude más. El universo era demasiado grande.

No había nadie más que pudiera entender qué quería decir excepto ella y los otros inters que se habían sumergido en las áreas

más amplias del vacío. Para no volver, en la mayor parte de los casos. Porque el nospacio era grande, pero de alguna forma podías sentir la ubicación de los pasajes, una ruta conocida, incluso si te alejabas. El Cuerpo Cartográfico existía para encontrar nuevos mundos en el espacio no explorado, para dejar atrás la Esfera Colonial o cualquier otro lugar conocido y buscar las reveladoras sombras de masa y deformaciones que podían indicar un nuevo mundo. Luego, con suerte, descubrirían el elusivo pasaje que convertiría ese planeta en un lugar accesible para el resto de la humanidad.

«Si miras al abismo…», como rezaba la antigua frase, pero hasta que firmabas con el Cuerpo Cartográfico —hasta que eras un inter para el Cuerpo— no comprendías que esas palabras plasmaban una realidad literal.

—He hecho las paces con esa situación —le había dicho con suavidad Demi—. Y eso supone que puedo decirme que estoy aportando algo sin que nadie muera. —Repitió aquella cuidadosa negación con la cabeza—. La última vez encontramos un pecio. En órbita. Sin ningún origen reconocible, una nueva especie, nueva tecnología, algo tan diferente de nosotros como de los hegemónicos. Todo muy emocionante. Y luego volvimos a territorio humano para informar y me llegaron las órdenes de que necesitaban que viniera.

—¿Te arrastraron hasta aquí? —Idris frunció el ceño—. Chassan sigue en Berlenhof, ¿no? ¿Por qué no él? —Se refería al otro superviviente de la primera promoción de inters.

Demi le miró con solemnidad.

—Chassan ya no puede salir de su cuarto. No puede enfrentarse al espacio. Ni siquiera subir a un orbital de Berlenhof. Lo único que quiere es quedarse entre cuatro paredes, el pobre.

—¿Y qué hay de ti?

—Justo lo contrario —dijo con una mirada extraña—. Este sitio es demasiado pequeño. Este mundo, este sistema. Es duro meterme en una habitación con científicos, estos tipos del Hum, todos hablando de cosas humanas. Ya se me hace difícil sentir que sus pequeños horizontes puedan tener algún valor.

Idris se había preguntado si los dos problemas eran tan distintos o si Demi y Chassan sufrían el mismo, el de sentirse cómodos en cualquier lugar o dimensión salvo la humana en la que habían

nacido. Él mismo notaba como en la punta de los dedos una deriva similar, y sólo la relación con gente como Solaz y Kris le anclaba a su especie.

—Ash está aquí, ¿lo sabías? —añadió ella, y él la miró porque no, no lo sabía. Ash, el Heraldo. El alienígena que había avisado a la Tierra de la llegada de los Arquitectos en el Antes. Ash, que iba y venía a su antojo. ¿Habría llegado a Arc Pallator a bordo de la *Beagle* o de la *Byron*? O quizá fuera cierto que podía moverse en persona a través de los pasajes, pese a que fuera manifiestamente imposible…

Hubiera querido preguntarle más, porque la presencia de Ash nunca era un buen augurio, pero habían aprendido que debían escucharle después de aquel primer contacto. Pero en ese momento el equipo del Hum se apresuró a salir y casi la arrastraron en su andador, y las parteni vinieron para escoltarle a su vez, así que no tuvo la posibilidad.

No le contó nada de eso a Solaz. Sentía las palabras preparadas, pero de algún modo existía una grieta en su comunicación con ella, y noto cómo se desvanecían antes de pronunciarlas. Ella también percibió que no iba a abrirse, y le dolió un poco. La Solaz de verdad, la persona, no la mirmidón al servicio del Partenón que podía suponer que un desertor colonial fuera reservado. «Lo siento», pensó él, pero tampoco lo dijo. Las palabras de Demi le habían sacudido, la forma en que se había ido, cómo se había alejado Chassan. La ilusión de mantenerse humano había recibido un golpe.

Poco después, la ejecutora Amable recibió una comunicación inmaculadamente formal y solamente semicomprensible del Radiante Sorteel, Providente y Presciente, que más allá de toda la palabrería podría interpretarse como una invitación. Después de todo, los naeromathi no habían seguido callados, simplemente habían ignorado a las naves que no fueran de la Hegemonía por considerarlas irrelevantes. Habían solicitado una audiencia con el essiel que, posiblemente por su gusto por el ceremonial, ofrecía a sus invitados la posibilidad de asistir.

Idris se dio cuenta cuando aparecieron de que en realidad no tenía la menor idea del aspecto de un naeromathi. Todo el mundo les llamaba langostas, con lo que ésa era la imagen que aparecía en su cabeza. La criatura que se movía despacio dentro del salón en

forma de estrella estaba dentro de un tanque. No un contenedor gravitacional o algo llamativo, sino un verdadero tanque, de paredes transparentes y con cada esquina y vértice reforzados con una aleación verdosa. La señal hegemónica que llegaba a la *Madre de Grendel* debía proceder de algún dron flotante, porque la ejemplar Amable podía jugar con ángulos y distancias, moviendo vertiginosamente el punto de vista para conseguir la mejor toma. El embajador naeromathi, si es que era la denominación correcta, estaba en el interior de algo que parecía casi como si lo hubiera apañado un espacial, una reparación tras otra, salpicado de tornillos y junturas. La criatura de dentro no tenía mucho mejor aspecto.

Idris no pudo decidir si el líquido en el que estaba sumergido el naeromath era agua. Podía ser metano líquido o incluso formaldehído, por lo que sabía. Desde luego la criatura desprendía un aire decadente. Tenía un largo cuello (si es que esa cosa en un extremo era la cabeza) y vio unas aletas que giraban lentamente, similares a las de un plesiosauro, o las de una foca. Manojos de tentáculos emergían de forma irregular de una piel correosa y llena de cicatrices, en mayor número cerca de la posible cabeza. Los encuentros con los hanni y los castigar habían enseñado a los humanos que las extremidades manipuladoras no relacionadas directamente con la alimentación eran quizá una rareza en el universo. Pero el principal problema con los naeromathi es que Idris no estaba seguro de cuánto veían realmente del ser. La mayor parte de la cabeza parecía artificial, al igual que el resto del cuerpo, y había tubos y cables que salían de su cuerpo a un mecanismo incrustado en el interior del tanque. Tanto la parte orgánica como la de desagradable plástico grisáceo estaban remendadas y cubiertas de cortes y llagas. En conjunto parecía haber vivido mejores tiempos. Si hubiera sido un espécimen flotando en un frasco, e Idris un científico, lo habría devuelto para pedir otro en mejor estado.

Mientras, el essiel Sorteel resplandecía sobre su asiento ingrávido. El contraste entre las dos entidades era patente.

Luego el naeromath empezó a hablar, o al menos unos aparatos del tanque empezaron a emitir señales que llegaron sin ningún filtro a la *Madre de Grendel*. No hubo traducción. Nadie hablaba naeromathi. Los humanos nunca habían conseguido establecer ningún tipo de diálogo con esa especie, ni en los belicosos años del

Antes, ni cuando parecieron convertirse en aliados en el Después.

La ejemplar Amable maldijo desesperada, y luego parte de su tripulación empezó a revisar grabaciones de encuentros anteriores para intentar adivinar algo. La mayor parte de la comunicación entre humanos y langostas había consistido en planes de batalla improvisados, intercambiados en una notación matemática. Con la única ayuda de ese material, un equipo de cognoscentes parteni intentaba deducir lo que el naeromath podría haber dicho.

Para entonces Sorteel ya estaba respondiendo con grandilocuencia, salpicando los estruendos y pitidos con el movimiento de su miríada de extremidades en una rápida serie de algo así como señales de tráfico. Era posible que el naeromath se expresara fluidamente en essiel, pero Idris sospechaba que no. Tenían con ellos a un traductor del culto; no Ismia, que estaba asignada a la condenada congregación del planeta, sino un hombre joven y alto, de aspecto espabilado, al que le había desaparecido todo ese espabilamiento de la cara.

—Están… intercambiando saludos formales y una invitación a negociar —explicó. Se encontraba al lado de Amable. Estaban todos reunidos en el ahora muy poblado puente de mando de la *Madre*: la tripulación de la *Buitre*, Trine y los principales subordinados de Amable.

—¿Así que no le ha dicho nada más que «hola» a la langosta? —preguntó Amable, o más bien Solaz preguntó en nombre de Amable, ya que el software de traducción de los sectarios no entendía una palabra de parsef, sólo el colvul del Hum. Idris se preguntó si los coloniales estarían intentando encontrar a alguien en la *Beagle* que hablara parsef, y si todo sería un deliberado intento de complicar las cosas por parte de los sectarios.

—No lo sé… —admitió el traductor, retorciendo las mangas de la túnica con sus manos. Luego el naeromath volcó una enorme cantidad de datos en paquetes separados por símbolos arbitrarios. Idris supuso que eso era lo que los naeromathi consideraban una conversación. Nada indicaba cómo se podría comunicar con otro de su especie estando fuera de un tanque. Posiblemente ya no tuvieran los órganos necesarios.

—¿Creéis que estarán todos así? —murmuró Olli detrás de él—. ¿O es que han enviado a hablar al más cascado?

—Llevan viviendo desde hace siglos terrestres en las arcas —señaló Kris—. Eso desgasta.

Olli soltó un juramento y movió la cabeza.

—Te da que pensar. Podría habernos pasado a nosotros.

«Todavía podría pasarnos». Y con esa idea, Idris envió una consulta a los equipos de la *Buitre* para saber qué hacia el otro vecino de la órbita. El Arquitecto, sin invitación ni presencia en esta cumbre, no había reaccionado en modo alguno a ella. Sus títeres seguían desmontando las ruinas, que perdían un objeto irremplazable a cada instante. Ahora había tres «manos» en la vieja carcasa de la ciudad originaria, y sus posibilidades de conseguir más datos se desvanecían a toda velocidad.

Los dos alienígenas mantuvieron un lento toma y daca. El essiel más que nada pedía aclaraciones sobre el mensaje del naeromath que no había entendido nadie. El traductor parecía ser consciente de que no estaba haciendo su mejor trabajo, pero no podía llegar mucho más lejos. Idris ni siquiera sabía si Sorteel se enteraba de lo que le decía el otro, o si se limitaba a ser educado y cubrir su ignorancia.

Luego una de las máquinas parteni ofreció un informe. Kittering tuvo que interpretarlo, porque Idris no entendió la mitad y Olli por lo general no usaba software de traducción por una cuestión de principios.

—Estudian un plan de vuelo. Despliegue de flota —constató el hanni—. Planes registrados por los naeromathi. Trayectorias de vuelo. ¿Solicitud de permiso? O quizá nada más que la cortesía de informar a nuestro anfitrión. Y… —La máquina había parado, obviamente perdida otra vez—. Matemáticas —añadió Kit—. A montones.

—¿Matemáticas para qué? —preguntó Kris. Estaba mirando una pizarra, posiblemente intentando descifrar los cálculos, pero todos ellos se encontraban ante esos datos muy lejos de sus especialidades. Salvo Idris, que al mirar los densos cálculos sintió como si su mente se enganchara a ellos y pudiera de alguna forma reconocer lo que decían.

Y llegaron más. Un enorme bosque de cifras. Quién sabía si lo que entendían de ellas era ni siquiera preciso, porque el sistema de anotación naeromathi seguramente no cuadraría exactamente con el

de los humanos, y se sabía que las expresiones numéricas essiel estaban a otro nivel y debían simplificarse para comprenderlas. Todo lo que llegaba a la *Madre de Grendel* había pasado por varias rondas de transformaciones sólo para reducirlo a un formato que los matemáticos humanos pudieran reconocer. Sí, el universo compartía cierta lógica común que podía expresarse mediante números, pero los distintos números de cada cultura en sí mismos eran una construcción arbitraria específica.

Amable exigía que alguien le diera al menos una pista de lo que estuviera diciendo el naeromathi. Pero entonces fue el essiel quien respondió y el sectario, nervioso, dijo que Sorteel estaba pidiendo a sus nuevos invitados que no hicieran algo, lo que fuera.

—Un ataque —decidió Amable—. Las langostas odian a los Arquitectos. Han reunido tres arcas y se ven con opciones. ¿No es algo tan sencillo como eso?

Pero las sucesivas traducciones parecían indicar que había algo más, y todos esos números lo ratificarían si tan sólo alguien pudiera desentrañar qué complejidad cosmológica se expresaba en ellos.

El essiel seguía gesticulando y pedorreando tan tranquilo, solicitando educadamente que los naeromathi no hicieran eso, pero la criatura del tanque obviamente consideraba que ya había terminado con la diplomacia, porque estaba dirigiéndose lentamente marcha atrás hacia la salida, dejando a su paso un residuo aceitoso sobre el suelo perlado.

Havaer

Havaer había intentado estar al tanto de todo el asunto de los naeromathi. Sus órdenes no les mencionaban, pero eso era tan sólo porque nadie se esperaba que tres —¡tres!— arcas langostas emergieran del nospacio y se colocaran en órbita en torno a Arc Pallator. La Casa Ácida le habría incluido un apartado al respecto en sus órdenes si alguien lo hubiera tenido previsto a largo plazo. Pero es que todo parecía moverse con una lentitud glacial. Los naeromathi mantenían el planeta entre ellos y el Arquitecto, que por su parte no parecía ni siquiera haber advertido su llegada hasta donde cualquiera podía deducir. Sin duda había algo en marcha entre las tres naves: intercambiaban transmisiones y lanzaderas,

desplegaban unidades menores. Los essiel evidentemente habían hecho constar sus mayestáticas objeciones a lo que estuviera en marcha, pero en tono de amable solicitud más que de verdadera orden. Su traductor sectario les había explicado extensamente que Sorteel estaba respondiendo con algún tipo de cortesía a los naeromathi, algo del tipo «bueno, si es realmente lo que tenéis que hacer, entonces…». Quizá ellos también quisieran ver hasta dónde eran capaces de llegar las langostas.

En mitad de todo esto, cuando todo el mundo con una voz y una opinión a bordo de la *Beagle* y la *Byron* estaba lanzando su propia línea de especulación totalmente desinformada, recibió un mensaje del activo Colvari. Lo vio de pasada, intentó seguir la argumentación del profesor Storquel, luego se quedó helado y volvió a comprobar su visor infraocular.

«Lo tengo», era todo lo que decía Colvari. Nada más.

Havaer se excusó, aunque no le echarían de menos. A nadie le gustaba demasiado tener a un conocido agente de la Casa Ácida mirando por encima de su hombro. Es más, tenía la casi absoluta certeza de que la suma total de conocimientos sobre la situación entre toda la delegación del Hum estaba tan cerca de cero que no se perdería nada por irse.

Una vez en su cuarto, se encontró al pequeño colmenero esperándolo.

—Pareces muy convencido —le dijo.

La luz en la parte superior de su cuerpo en forma de barril parpadeó un par de veces.

—Confirmamos la afirmación. Estimamos que estos esfuerzos están favorecidos por el especial estado de estrés actual. Nos pusimos a pensar por propia propuesta, *menheer*. ¿No le interesaría que estos datos incluyeran el intríngulis de la iniciativa naeromathi que intriga internamente a sus íntimos?

Era obvio que hablaban con un estilo diferente al de su primer encuentro. Ocurría con los colmeneros recién encarnados. Iban desarrollando una personalidad, no necesariamente relacionada con la de sus encarnaciones previas. Este Colvari parecían aficionados a las aliteraciones.

Si resultaba ser capaz de abrir ese melón en concreto, no le importaba si les apetecía hablarle en haikus.

—¿Queréis decir que sabéis qué van a hacer las langostas?

—Tampoco tanto. Pero la fortuna favoreció nuestras figuraciones, y hemos incardinado las intenciones que impulsaban la intriga. O, al menos —añadieron—, si ésta no es la cuestión que los culpables querían cubrir, podría haberlo sido.

—¿Algún movimiento contra los naeromathi…?

—«Hacia» más bien, *menheer* Mundy. Hacia su vigente vía de vida, verdaderamente. Permítame proporcionarle el propio resumen de la reunión.

De todo aquel enorme volumen de documentación, Colvari habían escogido un fichero suelto, la transcripción de una discusión entre cinco individuos a los que se mencionaba sólo por sus iniciales. «Un detalle de aficionados», pensó, porque además el texto no estaba editado y parecía una transcripción palabra por palabra. Sería un pésimo agente si no pudiera adivinar la identidad de los participantes por el contenido de la conversación.

Una reunión de cinco personas planificando el futuro. Suspiró, porque se habían tomado su tiempo en la discusión. Había unas especificaciones técnicas adjuntas, que los reunidos tenían delante. Diseños de naves, como cabía esperar. Salvo que… no eran naves de combate. Estaban armadas, pero con certeza no eran naves específicamente diseñadas para la batalla. Nada que se pudiera lanzar contra un Arquitecto o un enemigo bien equipado. Naves enormes, no mucho menores que las propias arcas langosta en cuanto a tamaño, mayores que cualquier cosa que hubiera construido jamás los astilleros humanos.

Colvari indicaron dónde se hacía referencias a los naeromathi, y Havaer captó la relación. Las naves eran tan grandes porque también eran arcas. Era una reunión de mandamases del Hum, entre representantes del gobierno e individuos poderosos, que hacían planes ante un posible retorno de los Arquitectos. La idea de que la humanidad pudiera seguir el camino de los naeromathi algún día y abandonar los planetas ya se había planteado antes. Durante la guerra se había convertido en una realidad de facto para gran número de personas, que abandonaban lugares arrasados con el sueño de volver a asentarse en un nuevo hogar. La gente corriente empezó a hablar sobre la posibilidad de simplemente aceptar la condición de refugiados, abrazando una vida nómada, porque, ¿a

quién le interesaban los planetas cuando eran la presa de los Arquitectos?

Aunque la guerra terminó y los Arquitectos se marcharon, la idea seguía viva. El Hum tenía un millón de subcomités, así que no era extraño que hubiera quien especulara con esa posibilidad y planeara un futuro en arcas, por si acaso llegaba a convertirse en el único posible.

Lo que era… un poco un anticlímax, la verdad. Nada de aquello justificaba tanto secreto, tanto espionaje, y desde luego no la cantidad de muertos que habían costado esos documentos.

—Debe haber algo más —le dijo a Colvari—. Esto es… lo de siempre.

El colmenero reprodujeron una especie de suspiro muy logrado.

—Indagamos en la identidad de los implicados, *menheer* Mundy.

La reunión debió prolongarse durante horas. Avanzó a través de largas conversaciones informales, consideraciones aduaneras y charlas tecnológicas intercaladas con detalles personales que convertían la identificación de los presentes en absurdamente sencilla. Ya se hacía una muy buena imagen de la reunión en conjunto.

Luego se llegaba a la parte que había atraído el interés de Colvari. Dejó de leer y pestañeó ante lo que se encontró. Justo después de que el participante C le preguntara al participante D por su hija, luego de que el participante B soltara una larga y aburrida perorata sobre especificaciones y número de pasajeros. Sin una pausa, sin un cambio de tono, entraron en el tema de la guerra.

No era una cuestión sobre el proceso de la selección de los pasajeros. Ya intuía que saldría a relucir en cualquier momento: cómo proponía un quinteto de peces gordos que se eligiera a quiénes cubrirían las plazas disponibles en las arcas, cuando se llegara a ese punto. Havaer era realista y sabía que cualquier proyecto de ese tipo conllevaba implícitas ese tipo de medidas desagradables, habría que elegir, y en esa elección pesarían mucho los prejuicios y preferencias. Era como funcionaría algo de ese tipo, no sería viable alguna clase de lotería a escala de toda la humanidad. Pero no, no se trataba de eso.

«Sobre la base», decía D, «de que el futuro de la humanidad probablemente nos lleve a las arcas, es imperativo que controlemos

a las culturas espaciales rivales, para permitirnos ser competitivos. Y sobre esa misma base, sería posible sacrificar grandes porciones de las infraestructuras existentes, que resultarán superfluas una vez que se concrete el proyecto de las arcas. Por el bien del futuro de la humanidad». Havaer casi pudo escuchar los murmullos de educada aprobación de los contertulios.

«Las culturas espaciales rivales» no se refería a los naeromathi. Estaban pensando en el Partenón. Después de todo, las ángeles guerreras habían vivido en flotas desde su concepción. No como nómadas, pero la doctora Parsefer no disponía de ningún planeta habitable cuando empezó su proyecto, y tras el comienzo de la guerra, era evidente que quedarse esperando en un lugar tan vulnerable como un mundo no les había tentado. Así que los constructores de arcas proponían que su proyecto necesitaba que se hicieran realidad dos circunstancias. El regreso de los Arquitectos y una guerra con el Partenón. Dado que el primero ya se había producido, el segundo les debía parecer absolutamente necesario, preferible a mantener un *statu quo* inconveniente. Ya que la humanidad pondría su futuro en una flota de arcas, sería deseable que quienes no fueran a tener sitio en ellas se lanzaran por sí mismos contra las parteni en una orgía de destrucción mutua.

Havaer siguió leyendo entre líneas con creciente horror. Estos cinco describían satisfechos el futuro en las arcas, diseñado fielmente a medida de sus deseos y órdenes. Para el final de la reunión, parecían haber evolucionado de prepararse para lo peor a desearlo. Y desde ahí a participar activamente en precipitar los acontecimientos.

Idris

Idris se había retirado a la *Dios Buitre* y terminó sentado en la apenas usada cama de su diminuto cuarto. La tensión a flor de piel entre la tripulación de la *Madre de Grendel* le había agotado. Todo el mundo miraba al trío de arcas naeromathi, que ahora se movía a velocidad lenta sobre el planeta en dirección a un encuentro inevitable con el Arquitecto. Se seguían produciendo ocasionales estallidos de comunicaciones crípticas, seguramente para mantener al tanto a los essiel de lo que demonios estuvieran haciendo. Nadie

podía descifrar lo que decían. Las parteni, al menos, habían sido incapaces de descubrir lo que expresaban todos esos cálculos, y si sus equivalentes en la *Beagle* habían conseguido algo más, no soltaban prenda al respecto.

Idris había sentido una creciente ansiedad durante todo ese rato, cada vez mayor y sin que aflojara ante ningún argumento razonable. Iba a ocurrir algo enorme y terrible, que le retorcía las tripas, acelerando su corazón ciborg hasta un punto que se preguntó si interferiría con Trine.

Si quería, podía escuchar las órdenes enérgicas y vigorosas que se intercambiaban en el puente de mando parteni, donde se rastreaban las deformaciones en las fuerzas gravitacionales que producían las arcas langosta al sobrevolar la curva del planeta. Apuntaban hacia el Arquitecto como si todos aquellos cálculos no sirvieran más que para asegurar una embestida.

Kris asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todo bien?

—Bien, bien, sólo es que… No puedo. Con todo el… —Movió la mano como para abarcar a la mayor parte del universo—. Lo siento.

—Pareces enfermo. —Kris le miraba fijamente.

—Me siento enfermo. Es que… Han sido los últimos días. —Hizo una mueca de frustración. Su mente abarcaba el lugar al completo, pero deformaba todas las sensaciones como resultado de su incontrolable sensación de espanto. Tampoco era nada nuevo. Había pasado antes por épocas parecidas, pero este proceso tan repentino, este rápido incremento, eran síntomas nuevos y nada bienvenidos de la enfermedad mortal que suponía ser Idris Telemmier.

—En el puente se están volviendo locas —dijo Kris con calma—. Las arcas han desplegado toda su flota de deconstructores, miles de autómatas. Van a medio eclipsar el sol para la gente del planeta. Deberías verlo. Es como una ola de tecnología preparada para romper contra los Arquitectos.

—No es eso.

—¿Qué? —Kris frunció el ceño.

—No es lo que van a hacer. —Idris se obligó a levantarse, pese a que sentía como si el peso de siete Gs de desesperación le retuviera en la cama—. No es más que… lo de siempre. —Porque cuando los

naeromathi luchaban, sus armas eran las mismas naves factoría y los mismos drones mineros que usaban para desmontar planetas, brutalmente modificados para la guerra. Con todo ese despliegue mecánico, podían morder a un Arquitecto de la misma forma como hacían con las naves humanas. La diferencia era que con un Arquitecto no conseguirían gran cosa.

Vio que Kris atendía a alguna información que le llegaba por los comunicadores.

—El Arquitecto ya sabe que van. Olli va a ponerlo en pantalla en el muelle de drones. ¿Vienes?

«No». Pero la siguió. La misma mano que le agarraba las entrañas ahora tiraba de él, nada más que un títere como las formas de cristal lanzadas al planeta. «Está pasando». No sabía el qué, pero pasaba, con seguridad.

Olli estaba en su escorpión porque cualquiera sabía lo que podía desencadenarse en los próximos minutos. Había desplegado una pantalla a su tamaño máximo por una de las paredes del muelle entera, y mostraba distintos indicadores de telemetría, además de un panorama magnífico que llegaba desde las cámaras de uno de los orbitales hegemónicos. El Arquitecto, una maligna luna de cristal, se había movido de la órbita que mantenía desde su llegada al planeta; los naeromathi seguían la curva de Arc Pallator, tres esferas distorsionadas que formaban un triángulo que giraba sin nada a la vista en medio. Pero el movimiento era cada vez más rápido.

Alrededor de algo.

Idris, sorprendido, apretó el brazo de Kris, que le tomó del codo y le sostuvo. Señaló con los dedos la pantalla, siguiendo el movimiento de las arcas. Olli se dio cuenta, pero su asentimiento no fue más que un borrón tras los reflejos que proyectaba el cristal protector del escorpión.

—Eso ha hecho que todo el mundo se cague encima. Quiero decir, están orbitando alrededor de… nada en absoluto. ¿Cómo lo consiguen?

Idris intentó explicárselo, pero no surgió ninguna palabra de sus labios paralizados. De repente ya no se pudo mantener más en pie, y Kris tuvo que dejarle en el suelo. Sus miembros se contraían y agitaban con impulsos súbitos que no respondían a su voluntad. Era

parte de una vasta telaraña invisible y ahí fuera, exactamente equidistante entre las naves naeromathi, se encontraba el lugar que tiraba del hilo.

—V… Van —fue capaz de decir, pero su cabeza era como una caja llena de canicas que se agitaba cada segundo para recolocarse de una forma distinta. No hilaba pensamientos coherentes. Escuchó en la distancia a Kris pedir asistencia médica, pero sólo tenía ojos para la pantalla, para la perturbadora imagen de los naeromathi en su danza imposible.

«Están sincronizando sus motores gravitatorios», es lo que habría dicho. Podía sentirlo a través de un medio que no existía en absoluto en el espacio real. Orbitaban alrededor de un punto compuesto por una cantidad irreal de masa, generada en el nospacio. Y nada de eso era ni remotamente posible, o al menos era lo que diría la ciencia. Nadie habría mirado jamás a los naeromathi y les habría considerado potencialmente como unos innovadores.

El giro de la rueda de arcas se aceleraba. Por delante de ellas, la vasta flota de deconstructores formaba oleadas en dirección al Arquitecto, que empezó a aniquilarlas. Sintió cada detonación como una pequeña onda al límite de su consciencia, con su mente abierta en canal por lo que estaban haciendo los naeromathi. El Arquitecto estaba utilizando fuerza bruta gravitacional, acumulada por el descomunal motor de su cuerpo y dirigida con la precisión quirúrgica de su intelecto. Agarraba naves siderúrgicas y mineras de asteroides y las deformaba con manos invisibles, convertidas en configuraciones de masa más del gusto de su estética e incapacitadas para causarle ningún daño. Pero los naeromathi habían incluido todas las naves autónomas con las que contaban en esa andanada, y la atención del Arquitecto era su recurso más limitado. Le llevaría tiempo barrer esa nube de detritus para llegar hasta las arcas…

Que

Estaban

Desencadenándose.

Idris dejó salir un grito ronco al sentir cómo emergía como una ballena, desde el nospacio, una gigantesca bobina de masa artificial, súbitamente convertida en parte de la existencia. El anillo giratorio que formaban las arcas se deshizo en sus tres componentes y algo

vasto e invisible se convirtió de repente en una descomunal grieta sobre la superficie del Arquitecto.

Muy muy lejos, percibió los gritos de Olli y Kris, una mezcla de sorpresa y triunfo en una combinación inextricable. El Arquitecto había sido empujado fuera de su órbita, las miles de millones de toneladas del coloso se alejaban del planeta dejando un rastro de fragmentos y esquirlas rotas. En él se distinguían con claridad grietas del tamaño de países enteros. Los naeromathi se reunían de nuevo, y recuperaban sus imposibles giros en lo que suponía literalmente recargar su nueva arma.

Pero Idris estaba jadeando, buscando ayuda, mientras se levantaba. El miedo había desaparecido, se fue con la descarga del arma. Y ahora sentía cómo volvía a crecer, pero supo que era por algo distinto, o al menos lo era su reacción. Mientras los naeromathi enrollaban el nospacio, era como si le revolvieran las tripas. Podía sentir el nuevo proceso de acumulación.

Y había advertido algo más, resonando en el planeta de abajo, como golpes sobre la piel de un tambor. El yacimiento originario había respondido a la descarga del arma con lo que a sus oídos le pareció una voz, o trompetas. Habló con un eco de las voces de sus creadores, desaparecidos tanto tiempo atrás.

—¡Amable! —Tuvo que tomarse un momento para recordarse la forma en que funcionaba algo tan corriente y pequeño como los comunicadores entre las naves—. ¡Ejemplar! Bájeme al planeta. Tengo que ir a la excavación, ¡a la ciudad!

13

Idris

—Absolutamente no —le dijo la ejemplar Amable—. Bajo ninguna circunstancia.

—Ejemplar…

—*Menheer* Telemmier —recalcó con gran formalidad el título de cortesía colonial—. No sé si lo habrá advertido, pero hay una guerra ahí fuera, y nos estamos preparando para salir de órbita.

—Ejemplar, escúcheme. —Ya se sentía muy cansado de todo aquello. Un par de negativas firmes eran suficientes para drenarle toda su energía—. Cuando los naeromathi usaron su arma, lo sentí. Aquí. —Hizo un vago gesto a su cabeza, o más bien al espacio alrededor, lo que no explicaba nada—. Pero más que eso, sentí la reacción de los restos. Fuera lo que fuera lo que acaba de ocurrir, la ciudad interactuó con eso, incluso en ruinas. Estaba hablando… Gritando. Necesito ir ahí abajo, escuchar lo que tiene que decir.

—Eso no tiene el menor sentido —respondió Amable despectivamente, con la obvia intención de mantenerse pendiente de los naeromathi y el Arquitecto. Las tres arcas volvían a girar a toda velocidad, e Idris podía sentir cómo el punto fantasma volvía a la existencia, con el espacio retorciéndose hasta que su torsión se extendía más allá de lo real.

El Arquitecto, mientras tanto, seguía moviéndose a través de la enorme cantidad de drones y naves remotas, ocupándose en convertirlas en retorcidas filigranas una tras otra. Una tarea tan rápida como metódica, pero los naeromathi le habían lanzado realmente todo lo que tenían.

—*Menheer* Telemmier, tendrá que averiguar lo que le sea posible desde aquí —siguió Amable sin inmutarse. Pero luego añadió—: ¿Qué es eso? —La pregunta iba hacia otra de sus

subordinadas, que intentaba reclamar su atención.

—Los coloniales han enviado algo, ejemplar. Un transbordador está descendiendo desde la *Beagle*.

La *Beagle*. La nave científica. Los ojos de Amable revisaron la telemetría y comprobaron que la trayectoria lo llevaba directamente hacia las ruinas, a la velocidad segura más rápida posible. Su mirada se volvió entonces de nuevo a Idris.

—Llévese su nave —le dijo—. Le conseguiré una escolta. ¡En marcha!

Las ruinas originarias se habían sumido en un caos absoluto. Cuando la *Dios Buitre* se lanzó en pos del transbordador colonial, con la *Nereida* inmediatamente detrás, eran las únicas naves en esa dirección. Todos los peregrinos de fin de semana que habían llegado para la última oportunidad de conocer el lugar habían sido evacuados, o abordaban sus naves en ese momento, por lo que el campo de aterrizaje alrededor del nuevo templo se iba vaciando. Y aun así quedaba gente por todas partes. Los essiel habían enviado una nueva orden a toda la población que quedaba en la ciudad en ruinas: «Entrad en el templo». Cada rincón de la ciudad rebosaba de refugiados, o al menos había gente pululando por todas las calles improvisadas, discutiendo, o sollozando, o reuniendo sus pertenencias.

Los naeromathi descargaron su arma una segunda vez mientras la *Buitre* descendía. Al menos Idris había tenido la previsión de pedirle a Olli que pilotara ella, porque él hubiera hecho caer en picado la nave hasta estrellarse en Arc Pallator. Nunca había sido más obvio para él que el lugar tenía algún tipo de función, o la había tenido al menos. Y parte de ese propósito quedaba manifiesto en las propias características de su forma. La ruina recordaba su propósito, y la distorsión del nospacio la despertó justo cuando los naeromathi detonaron su arma.

Intentó explicárselo a Trine durante el descenso.

—Si estuviera abajo lo sabría —insistió, y luego hizo un gesto que pretendía abarcar también a la nave colonial, que ya aterrizaba —. Ellos ya lo saben. Demi ya está abajo. Algunos de los inters esclavizados, quizá. También pueden sentirlo.

—Pero ¿saber qué, mi querido pariente postizo? —le preguntaron Trine quejumbrosamente, y luego la *Buitre* se balanceó

salvajemente al adentrarse en la atmósfera, empujándoles contra sus asientos. Idris pensó por un momento que los coloniales les habían disparado, pero era peor. Olli estaba esquivando trozos de la ciudad.

Todo un distrito de ruinas estaba en el aire, a cachos, pero cada uno en su disposición original, como si todo un barrio originario de millones de toneladas de peso hubiera sido arrancado de la superficie y proyectado hacia el Arquitecto. Todavía intentaba cumplir su función, aunque la luna alienígena estuviera combatiendo con la flota de deconstructores naeromathi. Y seguramente eso formaba parte del plan. Las langostas habían apostado por dividir su atención, y aprovecharon esta oportunidad única en que el Arquitecto debía seguir en el mismo sitio el tiempo suficiente para llevar adelante su plan. Se preguntó cuánto tiempo haría que los naeromathi lo llevaban preparando.

Descendieron en la pista de aterrizaje próxima al yacimiento, el área vacía que ya habían usado antes. Un puñado de transbordadores coloniales ya se encontraban allí, con una docena de soldados protegiendo la zona pese a que los habitantes del lugar deambulaban sin mostrar el menor interés en subir a ninguna nave. Por todas partes se percibía el pánico de demasiada gente que buscaba dónde reubicarse. Pero sin la idea de abandonar el planeta. Su corazón le dio un vuelco al verlo, al escuchar el sonido de los lamentos de toda una ciudad llena de gente, resonando contra los muros de la necrópolis. «Entrad en el templo». ¿Qué era lo que pretendían conseguir exactamente con eso, si el Arquitecto golpeaba todo el planeta? Podía escuchar a los hierograves de la secta exhortando a la gente para mantener su fe en la misericordia de los divinos essiel, para obedecer sus órdenes, con lo que todo iría bien. Le revolvía el estómago que lo único que pudiera salvar a toda esta gente fueran las malditas langostas.

Porque el Arquitecto estaba herido. Incluso a simple vista, desde la superficie del planeta, pensó que podía ver las cicatrices que habían abierto los naeromathi con sus dos disparos. Y un tercero estaba en camino, mientras Idris corría por la excavación. Aunque la ciudad en conjunto actuara como caja de resonancia del arma, sabía moverse en el lugar. Los días previos habían establecido una conexión íntima.

La *Nereida* descendía con torpeza mientras él corría, esquivando a manadas de sectarios que llevaban sus pertenencias en carritos. Las mirmidones desembarcaron con los aceleradores dispuestos, como si las langostas hubieran comenzado también una batalla en tierra, y luego se quedaron mirando en silencio a su contrapartida colonial.

Solaz y una docena de parteni le alcanzaron cuando ya estaba en mitad del yacimiento. Idris no había sido nunca un atleta, y sus piernas le iban a hacer sentir todo tipo de quejas en cuanto les dejara, pero en ese momento se sentía como si volara.

Los coloniales estaban organizándose cuando llegó hasta ellos. Casi hizo que le dispararan, de hecho, por la sorpresa. Había muchos soldados, y una buena docena de los *voyenni* pastoreando al rebaño de inters de sus dueños. Entre ellos estaba Demi Ulo en su andador, que le saludó con la cabeza con evidente tensión.

Las formas de cristal también andaban por allí, congeladas en mitad de alguna actividad. Un par de ellas habían caído, atrapadas en una pose que no se sostenía en pie. En algún lugar del yacimiento, una de ellas traqueteó hacia adelante de repente sobre cuatro zancos, como un juguete de cuerda, y luego volvió a detenerse.

Los *voyenni* intentaban despejar de civiles el área. No era tan complicado como podría parecer, dado que la mayoría de la gente que había considerado esas ruinas como su hogar ya se había marchado, a sabiendas de que la demolición del lugar era algo ya previsto. Pero quedaba todo un grupo de sectarios desplazados que llegaban ahora y los magdanos no estaban siendo especialmente amables con ellos. Idris, preparado para recibir el siguiente golpe de los naeromathi, vio el comienzo de furiosas discusiones entre los mandos del Hum, con nada menos que el profesor Storquel gritando al pecho de un impasible *voyenni*.

—¡No tienen adonde ir! —gritó el académico—. ¿Dónde esperan que se metan?

—¡En cualquier sitio menos aquí! —El hombre le devolvió el grito bajando la cabeza para mirarle—. ¡Que se vayan al templo, como les dijeron las almejas!

Era probablemente un sacrilegio usar esa denominación para los essiel en uno de sus propios planetas, pero en ese momento nadie lo

tuvo en cuenta.

Storquel miró desesperado a su alrededor y luego volvió a dirigirse al oficial con alguna protesta, pero Idris ya no podía dedicar más atención a ese drama.

Solaz leyó su lenguaje corporal y le tomó del brazo para darle apoyo. Luego los naeromathi desencadenaron de nuevo el infierno y sintió que su mente se llenaba con la voz de los originarios, que le decían cómo funcionaba el universo.

Solaz

Solaz le sujetó cuando se derrumbaba. Los ojos de Idris estaban en blanco, y tenía sangre en los labios porque se había mordido la lengua. Los dispositivos médicos indicaban que el corazón le seguía latiendo y no le había reventado ninguna vena en el cerebro, lo que se podía calificar como una victoria. Era difícil cuidar de Idris. Él libraba batallas a las que ella no podía unirse. No podía interponerse en el camino del tipo de muertes que le acechaban.

Hubo una súbita explosión de alegría entre la gente del Hum, un sonido inesperado del que no supo qué deducir. Luego siguió sus miradas dirigidas al cielo, y vio que la luna de cristal del Arquitecto estaba visiblemente deformada, porque el tercer golpe de los naeromathi le había arrancado un buen mordisco. Ahora también parecía más pequeña, porque la habían sacado completamente de su órbita. Por fortuna el empuje había sido en esa dirección y no en la contraria, o todo el planeta habría tenido un problema adicional.

—Están… —A una de sus hermanas se le entrecortaron las palabras—. ¿Van a matarlo? —Solaz ni siquiera había tomado en cuenta esa posibilidad: que fueran las langostas, entre todas las especies posibles, las que consiguieran derribar a un Arquitecto. Seguramente había algo de justicia en ello. Toda su especie había quedado en ruinas desde antes de que los humanos se asomaran siquiera al espacio. Y ahora habían conseguido al fin desarrollar un arma que tenía un efecto visible, potente, sobre sus antiguos enemigos.

—Idris, ¿tienes lo que querías? —le preguntó, mientras intentaba que sus piernas le volvieran a sostener.

—Más —respondió, escupiendo sangre—. Solaz, yo… Todo,

Solaz. Lo entendí todo. Sólo por un momento. El nospacio. Todo.

—Idris, esto ya no es una investigación científica. Esto va sobre desarrollo de armamento. ¿Has comprendido cómo hacen eso los naeromathi? ¿Tanto como para repetirlo?

Él la miró como si todo aquello fuera un fascinante ejercicio académico que ella estuviera rebajando de nivel con su belicosidad.

—Oh, eso —murmuró con desprecio—. Es nada más que… un motor de nospacio virtual que han creado entre las arcas. Generado en el vacío entre ellas. Todo tiene que ver con el vacío. Porque es donde puedes escuchar el eco. Como un tambor. Es el espacio en el interior del tambor lo que importa. —Le sonreía, aunque nada de lo que decía tuviera ningún sentido—. Miramos a las paredes, pero todo trata sobre la nada que encierran. Los espacios. Sólo necesitas colocar de la manera adecuada los espacios.

Luego se abrieron todas las puertas del infierno cuando las formas de cristal se pusieron de nuevo en movimiento. Todas en marcha, pero con pausas, como si estuvieran animadas fotograma a fotograma. Unos pocos pasos apresurados hacia adelante, parada, luego otra ronda de movimientos. Uno de los soldados del Hum cayó derribado: se encontraba en el camino de una cosa dentada, una especie de ballena bípeda, y no pudo reaccionar antes de tenerla encima. No es que hubiera ido a por él, es que se movió a través de donde se encontraba; lo rebanó en dos y pasó por encima de los restos. Las ruinas se agitaron.

—¡No! —gritó Idris al cielo, al maltrecho Arquitecto, y al objeto cristalino más próximo—. ¡Necesito eso! ¡Dejadlo en paz! —Se dirigió hacia una especie de forma serpenteante como si fuera a golpearla con sus pequeños puños.

—Hay que salir del yacimiento —dijo una de las mirmidones, aunque Solaz ya estaba arrastrando a Idris. Terminaron codo con codo con el contingente colonial, con Storquel todavía discutiendo a gritos con los soldados por algo.

—¡Siguen siendo humanos! —insistía—. Son nuestra gente…

El terreno se levantó ante ellos. Solaz escuchó cómo se desgarraban enormes bloques de piedra, con todo el lugar pugnando por liberarse del suelo.

Empezó a correr, llevándose consigo a Idris. Comprobó de un vistazo que Kris y Olli iban por delante, la segunda avanzando

fácilmente en su escorpión.

Alguien les disparó: uno de los *voyenni*. Un accidente. O quizá no lo fuera, pero eso sólo pensó más tarde. La alcanzó en una rodilla, sintió el impacto a través de la armadura, pero no dejó de cubrir a Idris.

—¡Allá van! —gritó el inter. Ella había perdido el hilo de lo que decía y no comprendió a qué se refería.

Se había vuelto a poner de pie, ahora a la cola del grupo, cuando el suelo se movió.

Hacia arriba.

Delante de ella vio a un soldado del Hum sacar a Demi Ulo de su andador, tomarla en volandas y saltar desesperado hacia adelante, desapareciendo por un borde que no estaba allí un momento antes. El andador abandonado dio tres pasos más y luego se derrumbó.

Solaz corrió, todavía con Idris en brazos. A su alrededor, distintas partes de ese distrito de las ruinas se separaban entre ellas, se abrían huecos de metros de anchura entre las manzanas, sin dejar de mantener el mismo alineamiento.

Miró hacia abajo y vio cómo se alejaban del suelo. El Arquitecto estaba llamando de vuelta a la ciudad e Idris estaba a punto de recibir una lección fatal sobre cómo funcionaba el universo.

Escuchó una sola palabra.

—Salta.

Era Olli. No era exactamente la persona a la que confiaría su vida, pero era una soldado, y en ese momento le sonó como una orden.

Apretó a Idris contra su cuerpo, agarrándolo con fuerza con los brazos secundarios del traje, y saltó desde el terreno, que ascendía rápidamente. Supuso que ya estaban a un centenar de metros de altura.

El blindaje ofrecía alguna protección contra impactos, con lo que ella podría sobrevivir. No parecía posible que Idris compartiera el mismo privilegio. Con todo, intentó encogerse a su alrededor para poder ayudarle todo lo posible. Se descubrió mirando al Arquitecto malherido, y vio cómo partes de la ciudad se perdían en su inmensidad, destinadas al olvido mientras los naeromathi volvían a golpear. Idris gimió, no de miedo, sino de asombro.

Luego algo la agarró de los hombros y la arrastró como si fuera

un perrillo, tirando de ella de lado y devorando el impulso hacia abajo de forma que los dos parecieron caer girando en una espiral irregular. Olli proyectaba de forma remota un campo de ingravidez desde la *Dios Buitre*, que sólo estaba a una manzana de distancia. Solaz no tenía en ese momento ningún control sobre su caída, y Olli no estaba siendo exactamente delicada, pero todo resultaba preferible a estrellarse de manera implacable contra el suelo.

Nada más pisarlo, escuchó a Amable por los comunicadores.

—Solaz, hora de irse. Llegan refuerzos enemigos. Sube a cualquier nave que puedas.

Miró alrededor para ver qué hacían los coloniales, pero no parecían preparar ningún tipo de acción ofensiva. Los indicadores de su casco marcaban en rojo distintos lugares a su alrededor. Había sectarios corriendo por todas partes, cargados con bolsas, con niños, una marea que se dirigía al templo, muy pocos contra la corriente. Todos señalaban y miraban hacia arriba. Nadie lo celebraba ya.

«¿Los naeromathi…?». Las langostas estaban disparando en órbita. Mientras intentaba verlos, la tierra tembló y volvió a perder pie. El aire se llenó de polvo. «Un bombardeo». No podía entender qué estaba pasando y se limitó a proteger a Idris, que parecía intentar explicarle lo que ocurría, sólo que no estaba usando los comunicadores y sus palabras quedaban sepultadas por las continuas explosiones a su alrededor. Por todas partes caía arena y fragmentos, que repiqueteaban contra su armadura.

—Solaz, ¡vuelve aquí! —le llegó la voz de Olli desde la nave—. Solaz, puta loca, ¿estás…?

—¡Aquí, estoy aquí! —No estaba segura de dónde era aquí, porque habían desaparecido partes del mapa de la ciudad. Luego miró alrededor y sintió que el corazón se le subía a la boca—. Iremos donde estáis en cuanto podamos —fue todo lo que pudo añadir. Todas esas zonas en rojo eran lugares donde se habían producido impactos. Pero no explosiones. El Arquitecto había enviado una nueva andanada de formas cristalinas y Solaz, con Idris, estaba en medio de ellas. Todo el camino desde donde se encontraban hasta la *Dios Buitre* estaba en vías de demolición.

—Olli —la llamó—, vamos a necesitar que nos subas desde aquí.

—Estoy en ello. —Solaz se preparó para que llegara un tirón desde arriba, una fuerza irresistible que les arrancaría de ese lugar

condenado y de vuelta a la nave. Pero cuando lo sintió, la arrastró de lado, con lo que Idris se le escapó, y la estrelló dolorosamente contra una pared que había salido disparada como un diente suelto por un puñetazo.

—Olli, ¿qué haces?

—No… puedo. —La voz le llegaba entrecortada por los comunicadores, interrumpida por pulsaciones estáticas y cambios de volumen con ritmos que sonaban casi como los de una conversación—. Lo intento pero… el campo en ti.

Idris había quedado ahora a su suerte, y estaba en medio de las formas cristalinas. Aunque no le prestaban la menor atención, tampoco se desviaban para esquivarle. Cada una parecía ocuparse de sus propias órdenes, con el terreno a su alrededor explotando como si pretendieran dejar la estructura de las ruinas al descubierto por el inescrutable designio del Arquitecto. «Está totalmente decidido a dejar hecho el trabajo, incluso con los naeromathi machacándole», pensó la parteni. Vio resplandores y destellos en el aire, con la luz del sol brillando sobre los distintos fragmentos de cristal que caían en picado sobre la zona. «A lo suyo. Van a dejar todo esto destrozado…».

«Y luego el planeta entero».

Solaz esquivó una forma voluminosa, que parecía como una concha triangular con ondulantes tentáculos traslúcidos, e intentó poner a cubierto a Idris. Otra silueta facetada bailó entre ellos, y le peló la capa exterior de la punta de sus dedos con tanta delicadeza que apenas lo notó.

—¡Idris! —le gritó. Él miraba a su alrededor casi con aire beatífico.

—¡Lo entiendo! —Estaba experimentando una revelación, pero ella tenía la desagradable impresión de que sería algo inútil, algo a lo que no sería capaz de dar una forma comprensible. La claridad para comunicarse y explicar las cosas no se contaba entre las cualidades de Idris ni siquiera en sus mejores momentos.

No fue una sombra lo que cayó sobre él entonces. La enorme forma cristalina tenía el sol a su espalda, y la luz refractada cubrió al inter con una especie de halo: San Idris, patrón de las verdades incomprensibles. Se tambaleó hacia él, un enorme corpachón con diez o más muñones por patas, que ondulaban coordinados. Le

sobresalía una cabeza baja, con cuernos y antenas, y una multitud de manos de cristal dentado que se extendían hacia él. Idris se echó hacia atrás y casi se cayó; ella supuso que los naeromathi habían vuelto a disparar, clavándole un aguijón de conocimientos no deseados que le empujaba al suelo.

Tenía el acelerador en la mano, pero descargarlo sobre la forma cristalina no habría conseguido nada más que una respuesta inmediata. Así que en su lugar echó a correr. Para ponerse en el camino del ser y de la tormenta abrasadora de arena que lanzaba. Extendió un brazo para rodear a Idris, sintiendo que el pecho del inter se encontraba con el hueco de su codo. La forma cristalina se convirtió en un filtro arcoiris que teñía todo el cielo.

Sintió un dolor salvaje desde la rodilla hasta el tobillo cuando le tocó el filo de su fuerza gravitatoria. La lanzó dando vueltas y vueltas con Idris. Intentó conectarse al campo de la *Buitre* para que les parara, mientras no daba con nada que les permitiera sujetarse. Había perdido el arma. Idris estaba ahora encogido dentro de la curva que formaba el cuerpo de ella, enjaulado en sus miembros. Dio la orden al traje de que se pusiera lo más rígido posible en cada articulación, para no aplastarle en el momento en que se estrellaran contra algo.

Pero contra lo que chocó fue con la propia forma cristalina, a la que embistió con la cabeza, codos y rodillas. Sintió cómo la atravesaba una sacudida de dolor que luego se asentó de forma permanente en la pierna ya castigada. La cosa miró abajo hacia ella, que entrevió brevemente una forma de punta de flecha con un puñado de ojos acechantes, uno de ellos roto por un impacto y ahora regenerándose. Tenía seis miembros, los principales terminados en enormes garfios, como guadañas. Por supuesto que sí. ¿Dónde estarían todas las especies simpáticas e inofensivas que habrían extinguido los Arquitectos?

Le dolía cada parte del cuerpo. Idris tenía la cabeza ensangrentada y probablemente incontables heridas de menor importancia, pero parecía de una pieza. De hecho estaba despierto y miraba a la forma cristalina, hacia la que extendía una mano.

«No se tocan los objetos expuestos». La frase le vino a la cabeza. Se puso de pie, se chutó hasta la última reserva de analgésicos en las venas e ignoró todas las alertas médicas. Podía escuchar

fragmentos entrecortados de los intentos de Olli por ponerse en contacto con ella, pero no se entendía nada. Tenía que salir de ese lugar antes de que lo destrozaran y lo enviaran al espacio.

Entonces la forma cristalina cambió.

A pesar de todo, a pesar de los gritos de los sectarios perdidos, el rugido de las formas que seguían con su tarea o el continuo bombardeo de la ciudad, ella se quedó mirando. Estaba cambiando, sus caras y bordes fluían como un líquido resplandeciente, como mercurio traslúcido. Se encogía, derramando masa en grumos de roca inerte que se esparcían por el suelo a su alrededor. Luego perdió extremidades hasta quedarse con cuatro solamente, dos para sostenerse y dos que colgaban sin fuerzas de los lados, como si no supiera lo que eran los brazos. Tenía cabeza; en ella había una cara, o varias. Santa Xavienne apareció un momento, luego Rollo Rostand, el fallecido capitán de la *Buitre*, incluso la propia Solaz. Pero el rostro humano que se reveló al final era más liviano. La sustancia se perfiló hasta emparejarse con el propio Idris, una reproducción en cristal.

Idris soltó un ruido ahogado, y Solaz lo reprodujo. Vio los labios de la cosa separarse, como si también necesitaran expresar una sorpresa humana.

Luego el suelo se estremeció y no quedó tiempo para nada más. Alguien gritaba, una voz real, aquí y ahora, no a través de los torturados comunicadores. Solaz se giró para encontrarse con la tothiat, Emmaneth.

Ella —¿ello? ¿ellos?— les invitaba, les pedía que la acompañaran, y el camino parecía prácticamente despejado. Solaz se obligó a ponerse en marcha, echándose como pudo a Idris a hombros, mientras todos los indicadores en rojo de su casco pretendían explicarle cuánto daño se estaba causando a sí misma.

Y todo empeoró cuando se paró en seco, sin contemplaciones. Idris intentaba volver. Ella no habría pensado que tuviera los músculos necesarios para conseguir detenerla.

Pero es que no los tenía. Al volverse, vio que lo que ocurría era que el Idris cristalino le agarraba por una muñeca. El rostro humano, la máscara familiar, se retorcía en expresiones fallidas, pero Idris había captado su atención.

Echó de menos el arma en ese momento, porque podría haberla

usado para cortar el brazo de la cosa, fueran cuales fueran las consecuencias. Lo único que tenía eran sus propios dedos. Intentó soltarle y no tardó en darse cuenta de que sería más fácil arrancar el brazo de Idris por el codo. Le podrían hacer crecer otro, al fin y al cabo, pero no podrían reproducir a nadie como él. Entonces Emmaneth estuvo a su lado, con un trozo de escombros cortante en la mano… No, era parte del cristal descartado por la criatura en su trasformación. Con un chillido, la tothiat dejó caer su arma improvisada en el codo de la forma cristalina. La fuerza del impacto hizo añicos todo: el fragmento, el codo, y aparentemente cada hueso de las dos manos de Emmaneth, a través de las que se dibujó una especie de onda de choque.

El Idris de cristal mostró una reconocible furia humana durante un breve instante. El otro brazo se estiró y cambió su forma a una cuchilla que desgarró el torso de Emmaneth esparciendo sangre, icor alienígena y esquirlas de hueso.

Mientras, Solaz volvía a tener a Idris, aunque la mano de cristal siguiera agarrada a su muñeca como una extraña correa. Le arrastró a la carrera, luego simplemente se lo echó al hombro, apartándose de la trayectoria destructiva de una forma cristalina trípeda, hasta llegar a una parte de las ruinas que todavía no habían empezado a demoler. Los indicadores médicos le avisaban con mensajes en rojo del daño que estaba haciendo a su pierna, pero resistía entre las drogas y los servos del traje, y ya habría ocasión de pagar esa cuenta más adelante.

Emmaneth la alcanzó, con una respiración jadeante que no detenía aunque sus pulmones se estuvieran reconstruyendo dentro de una caja torácica también destrozada. Solaz sintió bilis en la boca: la experiencia en combate no llegaba a acostumbrar a ese tipo de lecciones de anatomía.

—¿Olli?

No recibió más que estática y sílabas sueltas. No había rastro de la *Dios Buitre* en el cielo. Solaz intentó acceder a la *Madre de Grendel* pero consiguió aún menos, y escogió una dirección hacia la que moverse.

—Vamos a la nave —le dijo a Emmaneth, de nuevo prácticamente intacta excepto por la piel que seguía remendándose a sí misma. El mundo tembló a su alrededor cuando más misiles de

cristal enviados desde…

El pensamiento le hizo alzar la mirada, esperando ver a la semiesfera mutilada vomitando sus últimos servidores aunque los naeromathi no dejaran de castigarla. Pero mientras ella se ocupaba de sus minucias, el campo de batalla de arriba se había alterado por completo.

Ahora había cuatro lunas dentadas en el cielo de Arc Pallator, todas ellas lanzando una lluvia continua de flechas de cristal hacia el planeta. El Arquitecto herido había pedido ayuda, y la ayuda había llegado.

14

Solaz

El panorama la descolocó tanto que cuando escuchó a Emmaneth decir «¿dónde está vuestra nave?», resultó obvio que se lo había estado repitiendo.

—Yo… —Solaz intentó otra vez conectar con la *Buitre*. El aire formaba remolinos de polvo; otra descarga de lanzas de cristal caía en otra parte de la ciudad en ese mismo instante. No había ninguna nave a la vista, y los Arquitectos estaban rodeados de halos relucientes por el brillo del sol. Las arcas langosta no aparecían por ningún lado.

Por un breve momento captó gritos distantes, reconocibles como la voz de Olli, aunque no pudo adivinar qué decía. Luego vio una gran oleada de gente que se dirigía hacia ellos, una multitud que huía tan rápido como le era posible: niños y enfermos, con sus escasas posesiones colgadas sobre los hombros o apretadas contra el pecho. Las lanzas de cristal habían desplazado o desviado a una gran cantidad de refugiados, y ahora todo el mundo entendía ya que la pena de muerte impuesta al planeta sólo se había aplazado, no conmutado.

—¿Olli? —Solaz hizo un nuevo intento desesperado. Recibió un segundo y medio de Olli hablando con alguien, Kit o Kris, discutiendo alguna cuestión técnica, y luego estática. El gentío llegó hasta ellos y se vio obligada a seguir la corriente, sujetando a Idris con un brazo y concentrada en que no les pisotearan. Durante un momento Emmaneth estuvo con ellos, pero luego la tothiat desapareció, apartada, atropellada o quizá sólo desviada hacia otro callejón.

Destinó más potencia del traje a su señal de localización, porque en ese momento dependían de que alguien les encontrara. No había

ninguna posibilidad de que llegaran por sí mismos al campo de aterrizaje, y eso suponiendo que hubiera alguna nave allí. No tenía acceso a ningún mapa, ni idea de dónde estaban o ni siquiera en qué dirección se dirigían. Y toda la ciudad, los desvencijados restos de la labor de los originarios, se movía bajo sus pies, temblando y moviéndose por la acción de los siervos de los Arquitectos.

Idris se convulsionaba y contraía, intentando dejarse caer de rodillas, con lo que ella casi le arrancó el brazo de cuajo. La gente a su alrededor empezó a vitorear, y no supo la razón hasta que miró hacia arriba y vio que el primer Arquitecto, el atacante original, se estaba desintegrando. Los naeromathi habían disparado de nuevo su arma y ahora como un tercio del coloso se había desgajado, se fragmentaba y caía sobre la superficie del planeta. El resto obviamente retrocedía, y parecía girar sin control sobre la parte que le faltaba.

Delante de ellos, la multitud se repartía en torno a un espolón que emergía entre las las minas con unos escalones desiguales, y parecía señalar de forma dramática al que de hecho en ese momento era el cuadrante menos interesante del cielo. Solaz estrechó a Idris, y luego dio tres largos pasos utilizando la potencia de su traje para elevarse sobre las cabezas de los que les rodeaban y alzarse hasta allí. Ya fuera del peligro inmediato de ser aplastados, miró la carnicería. El aire estaba lo suficientemente despejado como para que le pareciera ver el brillo de unos meteoritos plateados que podrían ser la flota de naves de servicio de los naeromathi rumbo a su destrucción. Pudo intuir unos reflejos de luz donde debían estar las arcas, y mientras miraba, de repente, sólo quedaron dos, no tres.

No tenía ni idea de cuántos naeromathi había en cada arca, pero el propio hecho de que se las llamara así indicaba un número alto. En tanto que criaturas nómadas, no disponían de lugares en los que depositar su exceso de población. Se sintió mareada, y también incrédula, porque de todas las especies que nunca pensó que podrían despertar su simpatía, los naeromathi iban en la lista justo después de los Arquitectos.

Luego Olli apareció en su oído, gritando como si pudiera hacerse oír así a través de la distancia y las interferencias.

—¿… Me oyes, puta pati sorda?

—¡Olli!

—Que me jodan —fue la respuesta de la siempre ácida voz, no por ello menos bienvenida—. Kit está aumentando la señal pero ni puta idea de cuánto durará. Tengo tu localización. Hay gente en camino. No te muevas.

—No puedo —confirmó Solaz—. ¿Estáis en el aire?

—Lo está la *Nereida*. —La voz de Olli vaciló un instante—. Solaz, estoy ahora mismo repartiendo mi cerebro entre mis cuatro drones de reparación porque uno de esos follapiedras decidió llevarse nuestros motores a reacción cuando bajamos de visita. Y luego salió pitando lo más rápido que pudo. Así que tenemos un problema de mantenimiento ahora mismo. Del rescate se encargan las tuyas. Así que no te muevas, ¿entendido?

—Olli, no sé cuánto tiempo te va a llevar arreglar eso —respondió Solaz con lo que a ella misma le pareció una calma admirable—. Puede que sea mejor que vayas a la *Nereida*.

—Ésta es mi nave. Puedo arreglarla. Y puedo subir sólo con los motores gravitatorios si hace falta. Ésos los tenemos aún. —El tono de voz de Olli no dejaba lugar a la discusión—. Aunque le dije a Kit y Kris que puede que tengan que mendigar por una litera.

—Olli…

—Que te calles, joder. Además, nuestra peña sigue también aquí. Cuando se piren ya volvemos a tener esta conversación.

—¿Los coloniales?

—Nuestra peña, como dije. Y además vamos hasta arriba de pasajeros extra.

—¿Qué? —Solaz escrutó el cielo, usando todos los filtros de su visor para atravesar las nuevas capas de polvo. ¿Qué era esa forma, más allá de la silueta mellada de las ruinas? ¿La *Nereida*?

—Un buen grupo de fieles perdieron la fe cuando el profesor ése anunció que podían sacarles del planeta. El Hum tiró equipo por valor de más de un millón para que cupieran más. Un gran esfuerzo humanitario. Nosotros hicimos lo mismo, sólo que… Bueno… No estoy segura de que vayamos a ir a ninguna parte. —Sonaba cada vez más tensa. Solaz no se podía imaginar lo que suponía ser Olli en ese momento, supervisando todas las reparaciones urgentes al mismo tiempo.

Luego recibió otra señal, sólo una respuesta a su localizador, y una cuña de cuatro mirmidones se abrió paso entre la

muchedumbre y subió para unirse a Idris y a ella. Reconoció a algunas de las que les escoltaron cuando descendieron.

—Madre —le dijo una de ellas. Por su aspecto estaban magulladas y agotadas, pero enteras. Debajo, el gentío disminuía, y parecía volver hacia el templo.

—Informe.

—En contacto con la *Nereida*. Nos rastrean, pero la señal por localizador es intermitente. —Se colocaron a su alrededor como pudieron, agarrándose a los bordes del pequeño espolón como cuervos blindados, sin apenas sitio para todos—. ¿Conforme, madre?

Solaz miró a Idris, que parecía estar bajo el impacto de un absoluto asombro más que sufriendo cualquier problema físico. Su cara, vuelta hacia el cielo, mostraba una agonía casi de carácter religioso.

—¿Idris? —le preguntó.

—Puedo sentirles —respondió, con tono esperanzado.

—¿A los Arquitectos?

—A todos. —Su voz era un susurro a través de los comunicadores—. Un diálogo entre el suelo y el cielo. Las ruinas lo amplifican. Escucho cómo muere cada nave ahí arriba.

Se le revolvió el estómago, pero su mente intentó extraer alguna utilidad a la situación.

—¿Sabrás cuándo estarán listos los Arquitectos para convertir este planeta en su arte asqueroso?

—Sí.

—Eso es… —Y luego se abrió un nuevo canal de comunicación: la *Nereida*.

—Mirmidón ejecutora Solaz, la tenemos en pantalla. Llegaremos antes de perder otra vez la señal. No se mueva.

—No vamos a ninguna parte —confirmó sombríamente Solaz. Esperaba que fuera verdad. Se había levantado otra vez la polvareda, y se podía notar cómo las ruinas se estremecían por los impactos. Un momento después le llegó un desgarrador rugido de estática.

—¿*Nereida*? —probó, sin respuesta. Una de las mirmidones llamó su atención, señalando abajo. Había empezado de forma repentina una actividad coordinada en torno a su atalaya,

rodeándoles. Las formas cristalinas habían llegado a la zona y la estaban desmantelando. El aire se aclaraba. Más allá de la pared más próxima vio…

Una ciudad en vuelo. La ascensión de una enorme cantidad de trozos, muros, algo como bloques infantiles flotantes, que debían haber sido la mitad de la ciudad. Le pareció que podría llegar hasta la órbita del planeta de una carrera, sólo saltando de isla en isla. Se lo estaban llevando todo, limpiando el planeta de rastros originarios antes de darle su nueva forma.

—¡*Nereida*! —probó, y por un momento tuvo un canal abierto.

—No podemos llegar por el bombardeo de los Arquitectos. Seguimos intentándolo. —Y luego interrumpió otra voz—. Madre, se han avistado objetivos a su alrededor.

—Cristales, lo sé.

—Objetivos humanos. Armados. Hostiles. —El altavoz crujió y luego volvió a emitir únicamente interferencias.

Solaz estaba a punto de pedir alguna aclaración cuando empezaron los disparos.

Partieron directamente en dos a una de las hermanas, el fuego de acelerador atravesó su blindaje. Solaz le quitó el arma y todas buscaron algo donde cubrirse. Idris recibió toda la protección que les fue posible al colocarle detrás de un muro.

—¿Imágenes? —ladró Solaz. Nadie le había dado una vista decente de con quién se enfrentaban, aunque la lista de sospechosos era bastante corta.

Otra descarga de disparos rebotó en las paredes cercanas, sin dejar más que una cicatriz. El subconsciente de Solaz hizo algunos rápidos cálculos y extrajo una idea aproximada del punto de origen.

Hubiera querido darles caza de la forma en que se merecían, pero no era posible con Idris allí. Necesitarían una interrupción en el tiroteo para ponerle a salvo. Apagó su señal de localización y le dijo a una de las otras que hiciera lo mismo.

—Vosotras dos, lleváoslo —dijo señalando una dirección con una mano—. Os alcanzaremos. *Prête à combattre*?

—*Prête*, madre.

Solaz se permitió respirar profundamente dos veces antes de empezar a disparar en la dirección donde le había parecido que podría estar el enemigo. No sólo estaban por allí sino más cerca de

lo que ella había estimado. El *voyenni* al mando cayó hacia atrás con el pecho sajado por la mitad por un rastro de disparos de acelerador. «Putos *voyenni*, ¿no saben que están a punto de destruir el planeta?». Pero de eso había tratado precisamente aquel asuntillo del castigo a latigazos, de demostrar la estúpida lealtad de esos matones. Y parecía como si el caos a escala planetaria que se desarrollaba a su alrededor no fuera sino la excusa que esperaban para ir a por ella.

Por suerte, necesitaban hacerse con Idris vivo, aunque también era cierto que posiblemente prefirieran matarle a que se lo llevara otra vez el Partenón.

Vio que eran al menos media docena, y el aire zumbó brevemente con el fuego que devolvieron mientras ella y su compañera aprovechaban la siguiente cobertura. Su rastreador le mostraba cómo se alejaban los localizadores de las que se llevaban a Idris, pero lo más probable es que los *voyenni* captaran la misma señal.

Se arriesgó a mirar. Se había levantado polvareda de nuevo, pero le pareció percibir un movimiento. Le dio una rápida instrucción a su compañera, y luego salieron de su cobertura, avanzando hasta el siguiente parapeto sin dejar de disparar.

Los *voyenni* estaban listos, pero el polvo y las interferencias generales perturbaban cualquier ayuda para apuntar, desde los indicadores de su casco hasta la simple vista. Solaz no creía haber alcanzado a ninguno; tenía a favor que no sabían dónde estaba, y con suerte eso les retrasaría.

Luego apareció la mano-cangrejo. Era un vehículo policial que se usaba por todas las colonias, una torreta alta colocada sobre cinco patas que se movían exactamente de la forma desagradable que sugería su nombre. En la parte superior montaba un gran cañón acelerador. Todo se llenó de disparos de repente.

Una salva alcanzó el blindaje del hombro de Solaz, y un momento después sintió que hasta el propio hombro, pero ella ya estaba más allá de cualquier noción de seguridad tras haberse inyectado la totalidad de analgésicos y potenciadores de la adrenalina del traje. Su compañera la arrastró a cubierto mientras devolvía el fuego. Seguía sin forma de apuntar pero su casco le informaba de una especie de área vacía, lo que significaba

obviamente que la mano-cangrejo tenía algún tipo de escudo gravitacional de pequeño tamaño. Nada que no fuera un bombardeo directo podría atravesarlo.

Le hubiera gustado ir hacia esos estúpidos cabrones y gritarles en la cara sobre los enemigos comunes que tenían encima y la conveniencia de dejar aquella insensatez para otro momento y lugar, pero estaba bastante claro que a ellos les daba lo mismo.

Llegó un estallido de comunicaciones. La *Nereida* se acercaba. «Hora de correr».

Dirigió a los *voyenni* toda la munición que quedaba en el cargador del arma, con lo que si quería seguir disparando luego tendría que canibalizar masa. La descarga les dejó algo en lo que pensar, así que echó a correr, intentando no pensar en el daño que estaba causando a las distintas partes heridas de su cuerpo. «Ya tendré tiempo de curarme cuando esté a salvo o muerta».

Sus indicadores le mostraron parches aleatorios en rojo sobre el terreno. Por un momento ni siquiera pudo recordar lo que significaban. Al siguiente patinó al intentar frenar. Pero eso era todo lo que necesitarían los *voyenni*. Así que arrancó otra vez, doblando la velocidad y esquivando los lugares de impactos previsibles como una loca que fuera a saltos por un campo de minas.

La primera forma cristalina cayó cerca mientras ella y su auxiliar se encontraban justo en mitad del terreno marcado, y al momento supo que había tomado una horrible decisión táctica. Pero por una vez tuvo un puro golpe de suerte de su lado, y las dos consiguieron pasar de la última marca a la vez que el suelo se removía con cada nuevo misil. Un vistazo a la cámara posterior de su casco le mostró un abanico completo de formas de cristal que se desplegaban, todos los monstruos del mausoleo del Arquitecto preparándose para seguir con la demolición de las ruinas. Sólo le cabía desear que los *voyenni* estuvieran del otro extremo.

Huyeron en dirección a la señal, con la compañera pegada a sus talones, llamando a la *Nereida*. De repente se levantó una gran sombra a través del polvo, que ahora era tan espeso que ni podían ver a los Arquitectos. Sólo tenían comunicaciones entrecortadas, pero encendió de nuevo su propio localizador al entrever el familiar contorno segmentado del casco de un aparato parteni.

La *Nereida* descendió lo suficiente como para que cuando el cañón acelerador aflojó, viera salir los misiles del costado de la nave, y con su impulso la hicieron tambalearse. La mano-cangrejo, u otra mano-cangrejo, emergió del polvo dando zancadas y apuntó hacia arriba contra la nave parteni. El fuego en respuesta alcanzó las ruinas próximas, pero sin un blanco claro la *Nereida* disparaba a ciegas.

La sombra torcida de una segunda o tercera mano-cangrejo apareció por otro lado y ella volvió a apagar el localizador. Pero ya las había situado, y se disponía a liquidarlas con una descarga brutal. El objetivo original estaba demasiado alto, así que el artillero simplemente soltó una cortina de fuego, con la idea de que terminaría por alcanzar a algo.

Solaz corrió, sin dejar de intentar entrar en contacto con la *Nereida* pero sin obtener nada, ni siquiera segura sobre cuántos daños habría sufrido la nave. Un momento después, algo la impactó con dureza en el costado, y la envió dando tumbos contra una sección semiderruida de los muros.

«¿Un disparo?». Sus pantallas no registraban ningún impacto nuevo. Vio el cuerpo de su compañera un instante después, esparcida donde la había alcanzado el acelerador tras apartar a su superiora de la línea de fuego con un empujón. Solaz notó un desagradable traqueteo que luego desapareció. Se sentía cada vez más convencida de que no iba a salir de ésta.

Hizo balance de la situación: la mano-cangrejo más próxima acelerando hacia ella; los mejores lugares de los destrozados muros donde refugiarse; las formas cristalinas ocupadas en excavar en sus cimientos para liberarlas del suelo del planeta. No estaba cerca de donde se encontraran Idris y el resto de su escuadrón, todavía no.

Luego echó a correr, sin dejar de disparar. Nada atravesó el escudo del vehículo y su artillero le siguió el paso, levantando polvo a sus talones en lo que ella conseguía llegar al siguiente resto de muro lo suficientemente grande como para ocultarla. Los disparos repiquetearon sin causar daño también contra esa pared, y cortaron un brazo a una forma cristalina enorme que la estaba excavando. Hubo un momento de pausa y Solaz pudo ver su cabeza roma, con tan pocos rasgos como un pulgar, mirando a la extremidad perdida como con sorpresa.

Luego se giró y explotó en una multitud de proyectiles dirigidos a la mano-cangrejo. Todo el frontal de la cosa se convirtió en una tempestad de fragmentos afilados que buscaban el vehículo *voyenni*. Vio cómo su escudo rechazaba los primeros, que se alejaron formando una nube resplandeciente, pero los siguientes lo penetraron, rasgando el metal y produciendo al instante en el reactor una grieta de color blanco anaranjado. Las breves explosiones rojizas de los tripulantes fueron casi anticlimáticas.

Volvió a llamar a la *Nereida*, pero respondió alguien más.

—¿Apagaste el localizador, puta gilipollas?

—¿Olli? —Llegaba por el canal cerrado del Partenón, pero Olli era un monstruito lleno de recursos.

—¿Dónde coño estás? ¿De compras o algo así?

—¿Estás en el aire?

—Joder, sí.

—Sigue estas señales. —Le dio las localizaciones de las otros mirmidones y de Idris—. Súbelos a bordo. Intentaré llegar también. Si no, haz lo que toca.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? —repuso Olli.

Solaz salió de la cobertura y corrió, exprimiendo su cuerpo y el traje hasta donde le fue posible, acallando los avisos médicos y mecánicos que salpicaban sus pantallas. No le persiguió ningún disparo, y confió en que eso fuera una buena señal.

—Lo tengo —le dijo Olli, cuando intentó contestar—. La estúpida forma de hablar de las pati. Dile a tus zorritas que se eleven cuanto puedan, Solaz. No tengo todo a punto. La *Buitre* ha visto días mejores.

—Se acabaron hace cuarenta años —le soltó Solaz, que pasó el mensaje a las otras mirmidones.

—Que te jodan a ti también. —Ésa era Olli siendo cariñosa, o todo lo cariñosa que podía llegar a ser. Luego añadió—: Dios.

—¿Qué? —preguntó Solaz, porque en esa palabra se podía esconder todo un mundo de miedo y temor que no creía capaz de afectar a esa mujer.

—Ahí se acabó la última arca —explicó Olli, con la voz temblorosa—. Cayeron todas. Pobres cabrones. Y a ti se te acaba la ciudad, Solaz, van a… Dios, están… Que me jodan, es un… Subiendo. Nunca había visto…

—¡Céntrate en lo que estamos, Olli!

—Sí, sí, es que… —Estaba demasiado atónita como para soltar siquiera sus palabrotas.

Entonces tuvo a la vista a las otras, a cinco metros de altura en una escalera en espiral que no dirigía a ninguna parte, y rodeadas.

Supuso que el *morzarin* Uskaro debía haber desplegado a todos sus *voyenni* para esta apuesta. Allí estaba la otra mano-cangrejo, además de dos hombres y dos cadáveres con uniformes verde botella. Una de sus compañeras mirmidones estaba también tirada en el suelo, y Solaz obtuvo unas mínimas constantes vitales de su traje. La otra estaba arriba, cubriéndose del fuego enemigo lo mejor que podía mientras protegía a Idris, colocado detrás. Los *voyenni* a pie intentaban subir hasta ella, alternando movimiento y disparos de forma que ella no tenía ninguna posibilidad de acertarles.

Todos los cadáveres saltaron al unísono de forma horrible, deslizándose unos centímetros a la izquierda mientras la ciudad se alzaba al completo.

Solaz tenía ese único momento para cambiar el curso de los acontecimientos y consumió toda la reserva de masa del acelerador como si no hubiera un mañana. La descarga alcanzó a la mano-cangrejo, y confío en que hubiera impactado en algo vital cuando vio que había repartido agujeros por su superficie antes de que la tripulación pudiera activar el escudo. Se dirigió entonces hacia los que escalaban, y abatió a dos antes de que la respuesta la obligara a ponerse a cubierto.

—¡Cuando quieras, Olli!

—¡Llegando!

Pero los dos *voyenni* restantes habían alcanzado la cima de la escalera y ahora la pelea era cuerpo a cuerpo. Solaz alzó el arma y apuntó en busca de un disparo limpio. Tenía un hombre a la vista, con los indicadores de objetivo bailando mientras la arquitecturización seguía su curso. El suelo sufría nuevos temblores y movimientos a medida que impactaban nuevas formas cristalinas cerca.

Volvió a perder el objetivo cuando el terreno dio otra sacudida y se inclinó otros cinco grados. Aunque esa inclinación le salvó la vida. Otra descarga de acelerador le desgarró el hombro, penetrando el blindaje como si no estuviera ahí, y convirtió la

articulación en un puré de huesos rotos. Por poco no habían sido el pecho, el corazón y los pulmones. El impacto físico la tiró de espaldas, pero los bloqueadores de dolor seguían con su brava tarea y se obligó a ponerse de rodillas, con el arma sujeta con una sola mano.

Vio a uno de los *voyenni* levantar a la mirmidón y luego lanzarla cinco metros abajo. El otro se asomó entonces para disparar en su caída al cuerpo, que quedó hecho un colador. Más líneas planas informaron en el moribundo visor de Solaz.

Idris intentaba resistirse, tenía que admitirlo. Pateó a uno, empujó al otro para intentar tirarle abajo. Sus esfuerzos fueron rechazados con desgana y no tardó en encontrarse entre los dos *voyenni*, que le sujetaron por la espiral abajo pese a sus gritos y patadas. Intentó disparar, pero tenía encima la mano-cangrejo, que aunque arrastraba una pata muerta, castigó la parte superior de su parapeto con el cañón acelerador. Sólo le salvaba la absurda invulnerabilidad de las paredes originarias, pero no podría rescatar a Idris.

Tuvo que seguir quieta, incapaz de moverse un centímetro en cualquier dirección sin arriesgarse a perder más partes del cuerpo. El dolor empezaba a asomarse, como alguien que llamara y enviara mensajes de forma insistente. Apenas sostenía el acelerador, aunque ya no fuera tan pesado. Supuso que estaba bajo un shock que trabajaba sobre todo a nivel subconsciente para sabotear su cuerpo justo cuando lo necesitaba más.

La mano-cangrejo se asomó por encima de su parapeto con el aire de un posible heredero ante el lecho de muerte de un pariente rico. Vio que el cañón se disponía a apuntarle e intentó devolverle el favor, pero el acelerador simplemente se resbaló de sus dedos entumecidos.

En ese instante interminable, mientras el artillero de la mano-cangrejo ajustaba algún detalle menor como la inclinación, con la ciudad levantándose por todas partes como si no fuera más que un decorado que estaban retirando, ella buscó comunicarse, unas últimas palabras, cualquier cosa.

El mundo se volvió blanco. Pensó que era la muerte, luego pensó que eran los Arquitectos, en su labor. O los originarios, que volvían de sus tumbas polvorientas a salvarlo todo, a dar comienzo a una

nueva era de algo, a…

Alguien tiraba de su ya destrozado tobillo, y de su hombro en mejor estado, lo que arrastraba el hombro maltrecho por el suelo. No le quedaban fuerzas pero se opuso como pudo, para hacerles la vida tan difícil como fuera posible hasta que en sus comunicadores aparecieron al fin Kit y Kris gritándole que no fuera tan desagradable. La cuesta por la que la subían era la rampa de la *Dios Buitre*, y no tardó en escuchar a Olli señalando con sarcasmo que cuando le dijo que subiera, no se refería a que se quedara recibiendo tiros en un suelo que se elevaba. El resplandor que aún la tenía cegada había sido el láser de la *Buitre*, cortando la mano-cangrejo y a su tripulación, y haciendo arder también bastante atmósfera.

—¡Idris! —les gritó a todos—. Se llevaron a Idris.

—Joder —dijo Olli—. Les encontraremos. Pero hermana, este puto planeta se está viniendo abajo.

Así era, y así terminó. Y no encontraron a Idris.

Idris

Los *voyenni* eran como de hierro. Idris no tenía idea de qué hacían en Magda para entrenar a esas bestias con ese grado de lealtad. No se podía imaginar quedándose en una ciudad que se desintegraba, en un planeta condenado, por algo tan trivial como tener en sus manos a Idris Telemmier.

Pero su locura había dado frutos porque aquí estaba, y desde luego le tenían en sus manos. Le arrastraron por toda la ciudad, a la carrera, y sujeto entre los dos de forma que sus pobres piernecitas no tuvieron ninguna posibilidad de ralentizarles. Y a su alrededor…

Ni siquiera tenía que mirar, porque su mente estaba abierta por completo y era consciente de cada pieza del rompecabezas que «había sido la ciudad». Pero miró de todas formas. Estaba volando, como en un sueño o una pintura surrealista. Toda la ciudad. Sus escoltas variaban continuamente de dirección, intercambiando apenas palabra, intentando encontrar el camino adonde demonios tuvieran que llevarle. Alguna nave magdana posiblemente descendería y les recogería en cualquier momento. Si no era así, Idris sospechaba que todo su estoicismo y lealtad no les

proporcionaría nada más que lugares secundarios en una fosa común planetaria.

Probó con sus comunicadores pero no consiguió nada, y no sabía si era porque los *voyenni* los bloqueaban o formaba parte del caos electromagnético de lo que pasaba a su alrededor.

Una pausa. Pensó que hablaban sobre qué dirección tomar. «¿Se os ha ocurrido preguntar a algún nativo?». Pero no, se estaban tensando. «Solaz me ha encontrado». Se giró buscando la armadora de la parteni. Había una sola figura directamente delante de ellos, pero no era Solaz. Era una mujer, vestida con ropa espacial descuidada.

Le dispararon. Idris lo comprendió un poco porque la verdad es que en ese momento no había lugar para más complicaciones. Después de dispararle pasaron por encima de su cuerpo, sólo que no estaba muerta. La mujer agarró con una mano un tobillo de cada uno de los *voyenni* y se incorporó con un salto espasmódico, tirándoles patas arriba, y a Idris con ellos. Cayó al suelo con un golpe que le dejó sin respiración, a la vez que veía cómo uno de los brazos y la espalda de la mujer, la espina dorsal en sí, se realineaba y sanaba del colosal daño que acababan de causarle. Estaba sonriendo.

«Tothiat». No tenía al simbionte a la vista, pero reconoció la forma en que se había curado.

Uno de los *voyenni* le volvió a disparar y ella echó a andar hacia los disparos, ignorando literalmente los agujeros que le hacía hasta que le arrancó el arma de las manos. Él era más fuerte en términos absolutos, pero esa ventaja quedaba reducida por la limitación que le supondría destrozarse sus propios huesos y músculos cuando golpeara, algo de lo que ella ni se preocupaba. Le pegó con el arma con tanta fuerza que se hicieron añicos el arma, el cráneo del tipo y el hombro de la tothiat. Sólo una de esas cosas estaría como nueva unos segundos después.

El otro *voyenni* la apuñaló. A estos chicos magdanos les gustaba jugar. Acababa de ver cómo los agujeritos de un acelerador no la habían parado, así que la apuñaló como un carnicero con la idea de causarle el daño suficiente para derribarla, buscando en su abdomen algo que pudiera ser un punto débil. Ella le agarró la cabeza con las dos manos y le rompió el cuello.

Luego se volvió a Idris, horriblemente ensangrentada, mientras recomponía sus entrañas mediante algún mecanismo respecto al que él prefería no hacer ni suposiciones. Lo mismo que los *voyenni*, no tuvo la amabilidad de informarle adonde iban. Se lo echó encima del hombro con la cabeza hacia atrás, de manera que tocaba con la mejilla las patitas frías y con espinas del simbionte tothir que llevaba en el centro de la espalda. Sintió un escalofrío e intentó soltarse, pero no había forma de escapar de su abrazo. Ella empezó a correr, recolocándole de forma que Idris terminó sujetándose en vez de buscar liberarse, por dejar de llevarse golpes contra los ángulos y articulaciones de la criatura. No tenía idea de adonde iban, sólo siguió allí colgado penosamente hasta que ella se detuvo con brusquedad.

Le dejó caer y vio a humanos a su alrededor. Adultos y niños, todos con los restos de túnicas rojas, con adornos de colores oro y púrpura. Le había dejado entre una enorme multitud de sectarios, apiñados en una plaza delimitada por pilares, a cielo abierto.

Los cuatro Arquitectos colgaban sobre el cielo como si fuera el fin de los tiempos, uno de ellos convertido en una ruina que se descomponía ante su mirada, desangrándose al morir en millones de toneladas de restos de cristal. Al menos los naeromathi habían conseguido eso.

Intentó ponerse en pie y la tothiat le ayudó.

—La ciudad —pudo decir—. ¿Cuánto tiempo? —«¿Quizá todavía puedan sacarme de aquí?». No tenía ninguna señal en los comunicadores, pero ahora sabía que le bloqueaban.

—Se acabó, *menheer* Telemmier —le respondió la mujer tothiat —. Todo.

Él miró alrededor a los repletos confines del templo. La mayoría de los sectarios que se habían refugiado allí parecían extrañamente tranquilos. Muchos se arrodillaban para lo que supuso que sería una oración. Escuchó las voces de los hierograves dispersos entre ellos, prometiendo que los amos les salvarían.

—Necesitamos salir del planeta. Deje que llame a mi nave —le imploró, pero la tothiat se limitó a sonreír.

—*Menheer*, ¿no tiene fe? —le preguntó. Con una sonrisa que debía contener sólo nueve décimas partes de locura.

15

Kris

Cuando la última parte de la ciudad se alzó de la superficie, la *Dios Buitre* abandonó al fin la búsqueda. Para evitar ser capturada por el puño gravitatorio de los Arquitectos y ser deformada y enviada al olvido, se estremeció acelerando en la atmósfera para alcanzar el espacio abierto. La *Nereida* ya iba por delante, al igual que un par de trasportes sectarios que habían despegado in extremis y las últimas dos lanzaderas pesadas de los coloniales. Haciendo honor a su nombre, la *Buitre* fue la última en abandonar el cadáver de Arc Pallator.

Kris, que había estado manejando el equipo de sensores, se encontró amplificando una y otra vez la imagen de la cicatriz arrugada del planeta en la que antes se encontraba el mayor yacimiento arqueológico originario conocido por la humanidad. No una ciudad, nada comprensible, y ahora ni siquiera una ruina. E Idris se había desvanecido allí, atrapado por los *voyenni*. Solaz había llegado a confirmarlo. Ahora mismo se encontraba en una cápsula de suspensión, con Trine inyectándole todas las medicinas de las que siguieran teniendo reservas en la *Buitre*. Kris la había arrastrado al interior de la nave y había visto la armadura de la parteni convertida en piezas de puzzle en el hombro y en una pierna desde la rodilla hasta el tobillo. Las lecturas mostraban múltiples fracturas de huesos, músculos desgarrados y tanta pérdida de sangre que sólo el modo de emergencia del traje la había salvado. Nadie podría acusarla de no haberlo dado todo, pero no había sido suficiente.

«Ojalá no estés ahí abajo», fue todo lo que pudo pensar. Después de todo, los *voyenni* habían llegado muy lejos para hacerse con él vivo. Era un recurso valioso, prácticamente el último de una especie

en extinción. Era seguro que le habrían subido a uno de los transbordadores. Seguiría vivo, aunque fuera prisionero, aunque fuera esclavo. Había esperanza. Le recuperarían.

—¡Existen preguntas acerca de la corrección de rumbo! —gruñó Kit.

—Voy a llamar a esos transbordadores —dijo con aparente calma Olli—. Quiero que tú y… Joder. Kris, ponte al timón. Me voy a subir al escorpión. Vamos a abordar ese puto transporte. Uno de ellos. Voy a traer a Idris.

—Ni siquiera sabes en cuál va —le recordó Kris.

—Tengo un cincuenta por ciento de posibilidades. Ponte con el mando de los cojones, Kris.

—No puedo pilotar la *Buitre*, Olli —respondió, a la vez que trasfería las funciones de dirección a su puesto. No era la mejor opción pero tendría apañárselas—. Especialmente si jugamos a los piratas delante de las narices de una nave de guerra colonial.

—No nos van a disparar mientras estemos enganchados a uno de sus bebés.

—Olli, así no es como funcionan los militares. —Kris ya estaba a los mandos, lo que se hizo evidente cuando dieron un brusco bandazo al corregir en exceso el rumbo—. Kit, ayúdame —pidió, porque él era mejor piloto.

—Kit se viene conmigo a por Idris —decidió Olli.

—¡Objeciones a la petición de ambas partes! —respondió acaloradamente Kittering, a lo que siguió una retahíla de chirridos que no se tradujo.

—No, no. Vamos adelante con esto por mis cojones. Es lo que habría hecho Rollo.

—¡Por hacer cosas así es por lo que mataron a Rollo! —le gritó Kris.

El silencio que siguió estaba repleto de terribles posibilidades.

—Si me permiten interrumpir, mis camaradas rebeldes —intervino la voz de Trine—, la situación parece haber escapado de nuestras capacidades como grupo. Conecten con la comunicación entre la *Madre de Grendel* y la *Byron*.

Porque, por supuesto, las parteni estaban al tanto de lo ocurrido, y no se estaban tomando bien la pérdida de su único inter.

—… Un ultimátum, en resumen —llegó la voz de la ejemplar

Amable con su fuerte acento al hablar en colvul—. Desviarán el transbordador en el que viaje Idris Telemmier, que se encuentra bajo la protección del Partenón. Como saben. Subirá a bordo de la *Nereida*. No hay nada más que decir o hacer. Si no devuelven a *menheer* Telemmier, lo consideraremos una declaración de guerra.

Luego llegó la respuesta en la voz de Mannec, el diplomático.

—Ejemplar, lamentamos su pérdida. He hablado con las tripulaciones de los dos transbordadores. Me han asegurado que *menheer* Telemmier no se encuentra a bordo. Van cargados de hegemónicos que aceptaron marcharse del planeta a invitación nuestra, junto con nuestros últimos equipos en tierra. Puedo mostrarle imágenes de las bodegas, incluso, si usted…

—*Menheer* Mannec —le cortó Amable, y Kris se imaginó a la mujer inclinada sobre la pantalla de comunicación, con el rostro encendido por la furia—. Mi propio personal superviviente me confirma que unos individuos con el uniforme del *morzarin* Uskaro mataron a cuatro de mis unidades y se llevaron a Telemmier. No sólo quiero recuperarle, sino que me entreguen a Uskaro y su gente, o yo… —Se tragó lo que iba a decir. Kris se asustó, porque Amable siempre había parecido, bueno, «amable», y seguro que esa profesionalidad parteni era sólida, fiable hasta el fin del mundo. Pero aquí estaban, con un mundo que se acababa debajo y Amable estaba al rojo vivo de furia. Su voz sólo era capaz de llegar a un cierto límite, pero Kris podía notar que su rabia iba más allá.

—Ejemplar —volvió Mannec, intentando parecer razonable, aunque Kris percibía su tensión—. Por favor, por favor, no diga o haga nada de lo que nos podamos arrepentir en un momento… menos sensible. No tenemos a Telemmier. Yo mismo he hablado con la tripulación de las dos naves. Por favor, nada más que… Si lo desea, me subiré yo mismo a un transbordador e iré a la *Madre de Grendel* para explicárselo todo en persona. Como un gesto para subrayar nuestra sinceridad en todo este asunto. ¿Ayudaría en algo, ejemplar? Porque… nada más que mirar alrededor le recordará que nadie debería embarcarse en ninguna otra guerra salvo la que tenemos encima.

Kris revisó en qué andaban los Arquitectos. El moribundo seguía desintegrándose, pero no con una detonación gravitatoria como la del único que habían matado sobre Berlenhof en la primera guerra,

sino en un lento proceso de deterioro. Dos de sus compañeros parecían guiarle para que se alejara del planeta, en una especie de danza extrañamente conmovedora. El último Arquitecto seguía en órbita en torno a Arc Pallator, aferrado al mundo con invisibles garras gravitatorias, dispuesto a terminar el trabajo. Kris se estremeció.

«Espero que no estés ahí abajo, Idris».

—Ejemplar Amable —apareció una nueva voz: la del propio Uskaro. Kris escuchó una breve discusión, que se interrumpió de repente. Mannec enfrentándose a alguien. Luego quedó nada más que el señor magdano en línea—. Le confirmo que no le entregaremos ningún ciudadano colonial, y más concretamente yo no seré trasferido. Me parece extremadamente ofensiva su sugerencia de que cualquier miembro de mi personal se haya comportado de forma impropia, y le confirmo que no hemos secuestrado al intermediario renegado. Aunque por lo que a mí respecta ese hombre es propiedad colonial, y si le tuviéramos no le permitiría desertar por segunda vez. Aleje su pequeña nave y tenga por seguro que estoy más que dispuesto a que mi *Byron* responda en caso de que tome alguna decisión errónea.

—¿Quién ha puesto a ese gilipollas al mando? —preguntó Olli. Kris rastreó los transbordadores, que ya se encontraban bajo la protección de las armas de la *Byron*, y cambió el rumbo que les llevaba hasta ellos, descartando la persecución. Esperó los gritos de Olli, pero del muelle de drones sólo le llegó un rebullir de descontento. Ni siquiera el escorpión era rival suficiente para el ejército del Hum.

Havaer

Havaer no estaba en el puente, sino en su cuarto en las entrañas de la *Byron* cuando se desarrollaban todos estos acontecimientos. Pero aún tenía la sensación de que podía interpretar un papel para que las cosas no fueran todavía a peor, al encontrarse en una nave al borde de entrar en acción contra el Partenón y los Arquitectos a la vez. También tenía acceso a buen número de códigos de anulación de la Casa Ácida, con lo que podía ver lo que ocurría en el puente de mando y escuchar todas las comunicaciones.

Y algo acababa de suceder, de forma tan discreta que le podría haber pasado inadvertido a un novato. Uskaro había estado allí desde el principio, pero ahora ocupaba el puesto del capitán de la *Byron*, restringiendo todo el tráfico de comunicaciones de forma en que era la única voz que podían oír las parteni. Por supuesto, el capitán había permitido acceder a su reducido puesto a Mannec para que se comunicara desde allí, era una cuestión de diplomacia y protocolo convencional, además de una tradición añeja, y tampoco el capitán podía dirigir la nave desde otro lugar. Pero ahora Uskaro estaba evidentemente al mando, y por algún motivo daba las órdenes y el capitán le obedecía sin rechistar.

El *morzarin* tenía credenciales diplomáticas. Un puesto en la jerarquía del Hum. Sin embargo, era un civil. Su autoridad a bordo de una nave de guerra debería estar bajo supervisión militar. Pero la cadena de mando había cambiado para dejarle a él en la cima. Muchos oficiales de menor rango intercambiaban miradas burlonas, pero el capitán y sus subordinados directos estaban serios y claramente habían sido informados con anterioridad.

El activo Colvari, al lado de Havaer, abrieron una pantalla de telemetría para mostrar los movimientos de las naves: la *Byron,* la *Beagle* y los dos transbordadores que se acercaban. La *Madre de Grendel* parecía haber tomado un rumbo agresivo. Buscó y encontró también a la *Dios Buitre*. Su tripulación parecía dirigir al viejo trasto hacia la nave parteni, pero si empezaban los disparos se encontraría en la línea de tiro.

—Es un golpe —dijo. Un golpe muy pequeño, eso era cierto. Una prueba, quizá un experimento. Recordó lo que habían encontrado Colvari en los documentos robados, la transcripción de ese encuentro en el que se comentaba de manera tan plácida la posibilidad de un conflicto contra el Partenón. Como una teoría: sólo si la humanidad tuviera que confinarse en arcas para sobrevivir a una eventual incursión de los Arquitectos. Pero, supongamos, ¿qué tal adelantarse y empezar a construir esas arcas? ¿Y si se dedicaran todos los recursos disponibles a ese colchón de seguridad? Supondría una gran inversión. Acabaría por verse como algo más que un último recurso. En particular si alguien ambicionara llegar a ser el rey del nuevo pueblo de las arcas, en lugar de no ser más que un magnate entre otros muchos. El bien

general se podía convertir en interés propio con facilidad; la historia de la humanidad estaba repleta de ejemplos.

Sentía una espantosa necesidad de dar a conocer la situación, y ningún medio para hacerlo. Ninguna nave paquetera se dejaría caer por Arc Pallator para llevarse su testamento. Y daba la impresión de que las hostilidades con las parteni estaban a punto de comenzar, aquí mismo, ahora mismo. Estaban a la sombra de varios Arquitectos y las dos únicas naves militares presentes se arremangaban para empezar a tirarse puñetazos entre ellas.

—¿Podemos preguntar por el posible resultado del combate? —propusieron Colvari.

Era fácil olvidarse de que el colmenero eran una entidad sintiente con sus propias prioridades, entre las que seguramente se contaría la autopreservación.

—No soy ningún experto. Somos un poco más grandes y tenemos algo más de pegada, pero las parteni siempre golpean con más precisión.

—Eso nos dice muy poco —se quejaron Colvari. Desplegaron un plano de la nave y empezaron a resaltar posibles rutas hacia las cápsulas de salvamento, por hacer algo.

Havaer, por su parte, empezó a buscar formas de dar a conocer la situación, si es que realmente se llegaba hasta el final. ¿Habría alguna forma en que pudiera hacer llegar un mensaje codificado a las parteni, quizá en una baliza? ¿Podría enviárselo a la *Dios Buitre*? Si alguien era capaz de salir vivo de todo aquello eran sin duda esas cucarachas. Quizá pudiera sobornarles para que enviaran toda su información encriptada en la primera paquetera que encontraran rumbo a Berlenhof. Aunque en la Casa Ácida no habría nadie que supiera qué hacer con aquello mientras la jefa Laery no estuviera al mando.

—No os preocupéis —le dijo a Colvari—. No llegaremos hasta esa…

No había terminado de decirlo cuando sucedió. En el interior de la *Byron* sólo sintió un leve susurro que le puso de punta los pelos de la nuca. Su dispensador le soltó un chute cuando el corazón empezó a acelerarse al reconocer la situación. Los motores gravitacionales de la *Byron* habían incrementado la potencia para desviar la energía al escudo y las armas. Repasó los informes de

situación para averiguar qué había pasado.

La *Madre de Grendel* había enviado una ráfaga de disparos de acelerador para destruir con precisión el motor brachator con el que un transbordador seguía la trayectoria de la *Beagle*. El transbordador era ahora víctima de su inercia, incapaz de hacer las últimas correcciones de rumbo que la dirigirían a atracar con seguridad en la nave. En su lugar, parecía que iba a pasar de largo para seguir girando hasta el infinito. O al menos hasta que otra nave lo interceptara, o consiguieran hacer alguna reparación de emergencia.

Havaer juró, paralizado, al ver la forma en que se desarrollaban los acontecimientos totalmente fuera de su control. Colvari, con más previsión, clavaron sus cuatro patas al suelo, y se encogieron para recibir el impacto.

Unos momentos más tarde la *Madre de Grendel* y la *Byron* se estaban disparando con todo lo que llevaban a bordo, con la excepción de la segunda ráfaga precisa que mutiló al otro transbordador.

Todo parecía indicar que la guerra había estallado al fin.

Kris

La exclamación de Olli no incluyó ninguna palabra, quizá por suerte. Había recuperado el control de la *Buitre* antes de que Kris se diera cuenta siquiera de lo que pasaba, usando la atracción invisible del motor brachator para apartar a la nave a un lado en un rumbo noventa grados distinto al que llevaba, lejos de la *Byron* y la *Madre de Grendel*. Kris no estuvo del todo segura por un momento de lo que había pasado, hasta que Kittering peleó con los sensores de la nave para que mostraran una fracción de lo que se estaban tirando las dos naves, y ella se hundió en su asiento.

Los aparatos rivales se movían en cursos erráticos para dificultar la puntería del contrario en derivas de miles de kilómetros, pero la tarea más seria la llevaban a cabo los escudos gravitacionales que curvaban el espacio alrededor de cada nave. Los disparos de acelerador y las ráfagas de los láseres, aunque estuvieran bien dirigidos en su origen, seguirían esa curva para desviarse lejos de su objetivo. Salvo que los escudos no fueran perfectos o que llegaran a

ser superados en energía, anulados por una potencia de fuego suficiente o eludidos por una combinación especialmente eficaz de artillero y software de precisión. Un fallo claro podía convertirse en un acierto si quien disparaba era capaz de adivinar hacia dónde iba a inclinar la balanza su objetivo.

La *Byron* era una sólida nave colonial de tamaño medio, su rival parteni claramente más pequeña y menos equipada, pero la tecnología y las tripulaciones parteni igualaban la pelea. Kris estaba amargamente segura de que cuando la Hegemonía había descrito exactamente a cada gobierno con qué podía presentarse allí, los essiel habían tenido presente conseguir ese equilibrio. Lo que debería haber supuesto un factor disuasorio, pero ahora parecía asegurar la destrucción mutua.

—Vamos a quedarnos totalmente al margen, ¿vale? —comentó, sólo por si acaso Olli albergaba algún ansia de actuar de doncella guerrera.

—Veo que la *Beagle* se aparta —le llegó la voz de Trine—. Creo que han tenido la misma admirable idea.

—Que me jodan, la Grendel se ha llevado una buena —interrumpió Olli—. No sé quién va a ganar esto, gente. —Kris sintió un ligero tirón interno producto de un nuevo cambio de rumbo de la *Dios Buitre*, todavía acelerando, saltando entre una serie de puntos del espacio como un gibón.

—Olli, aléjate —sugirió, porque iban literalmente en todas las direcciones menos ésa, con una aparente deriva errática que sin embargo reducía paulatinamente la distancia con las naves combatientes. La *Buitre* había señalado una enorme área en la que existía el riesgo teórico de llevarse algún cañonazo desviado, y estaban a punto de meterse en ella.

—Oh, no, no, Kris, nos acercamos —confirmó Olli un momento después, con un tono de voz decidido, o demente—. Vamos a resolver el tema aquí con la vieja *Buitre*.

—Mi distinguida camarada, parece tener la pretensión de que nos maten —comentaron Trine—. ¿Sería tan amable de cambiar de idea?

—Mirad adonde va ese cabrón del *Beagle* —les dijo sombríamente Olli.

—Transbordadores aproximándose —confirmó de inmediato Kit,

aparentemente en su misma onda—. Un rescate.

—Oh, que rescaten a quien cojones quieran. —La voz de Olli se escapaba de sus dientes apretados—. Pero primero recuperaremos a Idris. Va en una de esas naves, como dijo Amable. Tiene que estar ahí, y ahora mismo van dando tumbos. Tenemos una capacidad de atracción de la hostia y motores como para llevarnos a veinte de esas lanzaderitas de la *Beagle*. Las trincamos y salimos pitando.

—Olli, ¡eso es un secuestro de ciudadanos coloniales! —objetó Kris, aunque algo en su pulso acelerado no estaba del todo en desacuerdo con la idea.

—Rescate —insistió Olli—. Al por mayor. Soltaremos a los demás. No es que vaya a raptar a esos hijoputas. Pero nos quedaremos a Idris. ¿Todos conformes?

—Si el profesor Storquel va a bordo de uno de los transbordadores, ¿puedo mantenerle apuntado durante el proceso? —preguntaron Trine—. Si es así, contad conmigo.

Un nuevo despliegue de alarmas se unió a la ya poblada pantalla de Kris.

—La *Byron* se mueve.

—Lo veo —admitió Olli.

—Y ellos a nosotros. Ven lo que queremos hacer.

—Y yo que estaba siendo tan sutil.

—Olli, no podemos seguir con esto y esquivar a un buque de guerra a la vez.

—Y yo que pensaba que a los de Scintilla os iba el peligro —le dijo Olli, y luego llamó—: ¿Kit?

—Hay un acuerdo —confirmó Kittering—. Tenemos comunicación.

Kris se reclinó en el asiento, sintiéndose de repente como la última que eligen para un equipo de duelistas. Todo indicaba que Kittering había estado ocupado sin consultarla. Y ahora llegaba un breve mensaje de la *Madre de Grendel*, con el tono sereno de la ejemplar Amable.

—Nos colocamos para mantenerles fuera del alcance de la *Byron*. Acabe con esto, Timo, y vuelvan a la *Ceres*. El Partenón se lo agradece.

—No sé si vamos a contarlo —dijo Olli, después de un momento de silencio. La *Madre* estaba reduciendo distancia con su enemiga y

redoblando su fuego, quemando cartuchos de acelerador y luego la masa disponible, vaciando las células láser. Vio un torbellino de disparos desviados por todo el sector del espacio alrededor de la *Beagle* y la nave científica sufrió varios golpes, con su escudo triturado como si fuera de papel.

La *Madre de Grendel* ya mostraba daños serios. El tipo de escudo segmentado de las parteni implicaba que la mayor parte del impacto se escurriera hacia la estrecha sección trasera del casco, cuyos restos triturados iban formando un largo rastro de despojos. El resto de la nave seguía dispuesto para el combate, y Kris vio que la *Byron* se estremeció cuando sus escudos fueron incapaces de manejar todo lo que se les venía encima, o cuando las artilleras parteni fueron capaces de predecir las pautas defensivas de su enemigo y dirigían los disparos al espacio que la propia *Byron* inclinaba hacia sí misma.

—La *Beagle* viene —observó Kit.

—Vale, pero ten el láser preparado —le pidió Olli.

—Es sólo civil, también dañada.

—Bueno, entonces… —Una pausa frustrada mientras Olli llevaba a cabo algunos cálculos—. Podemos trincar un transbordador antes de que lleguen, pero el otro… Kit, prefiero pilotar yo y que dispares tú. O Kris o Trine. Así podrás concentrarte en nada más que dar avisos o algo así a esos cabrones, en vez de que yo les meta un rayo por el puente de mando sin querer porque estoy ocupada.

Kris giró la cabeza para mirar a Kittering. Tenía a la vista la espalda curvada del hanni, pero podía deducir por sus movimientos agitados que no estaba contento.

—Lo haré yo, mis compañeros piratas. Les mantendré a raya con la amenaza de usar la violencia —anunciaron Trine.

—Se sigue acercando —señaló Kit, y Kris fue rotando su pantalla: la *Buitre,* la *Beagle,* los dos transbordadores todavía sin control e indefensos en su rumbo final, que además les llevaba directamente a la línea de fuego. Era un mal día para todos los implicados. Y aquí llegaba la *Dios Buitre*, para llevar a cabo un abordaje hostil.

—Esto nos convierte en criminales —dijo, como en sueños—. Piratas, en rigor. O al menos combatientes. Olli…

Una sacudida removió la *Dios Buitre*, que vio su rumbo desviado bruscamente para salir girando casi en dirección opuesta a las demás naves. Pensó que habrían sufrido algún impacto. Repasó los informes de daños, que no indicaban ningún problema, y no sonaron nuevas alarmas. Olli juró en arameo en su oído.

Otra nave había emergido del nospacio a un centenar de kilómetros de la suya para producir una violenta ola gravitatoria. «Y tan cerca de un planeta, de otras naves, ¡de los Arquitectos! ¿Quién podría hacer algo así?». Pero lo sabía. El diseño de la nave de los recién llegados no dejaba lugar a dudas. Como una enorme rosa de alabastro y madreperla, mayor que la *Byron* y la *Madre* juntas.

El mensaje que llegó por todos los canales, imposibilitando cualquier otro tipo de comunicación, resultaba totalmente incomprensible. Un canal de audio lleno de truenos y gruñidos complementados por un stacatto fluctuante de señales de radio. Los essiel querían que todos supieron algo y no habían esperado a contar con un traductor.

—La poli, a parar la bronca —apuntó Olli. Kris se fijó en que no había vuelto a cambiar de rumbo hacia los transbordadores, ni tampoco la *Beagle*. Quizá, como no disparaban, no fueran el objetivo de la ira de los essiel. Pero el gran rosetón de bordes afilados de la nave essiel se movía inexorable no hacia las naves en conflicto, sino hacia la *Beagle* y los transbordadores.

Una nueva proclama incomprensible abarcó todas las frecuencias, y luego llegó una voz humana, contundente y furiosa, la de algún hierograve al que habían puesto a traducir y que obviamente intentaba trasladar lo cabreado que estaba su amo.

—Hablo en nombre del Radiante Sorteel, Providente y Presciente —declaró—, de cuya hospitalidad se ha abusado gravemente. —Kris, como los demás, pensó que ésta era la respuesta a los combates en territorio essiel, pero el hombre siguió —. Está expresamente prohibido poner la mano encima a los fieles de los divinos essiel. Entre todos los posibles actos de un invitado traicionero, éste es un crimen imperdonable.

—Pues vale —dijo Olli después de una pausa reflexiva—. No tengo ni idea de qué va esto.

—Oh —intervinieron Trine, en un tono que señalaba que ellos sí.

Captaron una transmisión del piloto de la *Beagle* asegurando que ignoraban el asunto, pero Kris ya había comprendido la situación. Los transbordadores coloniales se habían llevado del planeta a todos los sectarios que les fue posible, mientras que estaba claro que la Hegemonía no tenía intención de salvar a sus fieles. Ella misma se había preguntado con horror si, como los reyes de la antigüedad, los essiel no querrían un sacrificio de seguidores que realzara la tumba de su mundo perdido. Los coloniales habían echado una mano a esos desgraciados, al menos algunos de ellos se habían imaginado lo que su fe suicida les exigía, y habían aceptado la oferta. Algunos ya estarían a bordo de la *Beagle* y otros se agolparían en los dos transbordadores abarrotados.

Luego llegó una nueva voz, nada menos que la del profesor Storquel desde la *Beagle*, a la vez que Kittering indicaba en voz baja que la nave científica se había apartado de su curso.

—El Hum tiene el deber humanitario de ayudar en tiempos de crisis —dijo el académico, con un tono más bien pomposo, aunque Kris percibió el miedo en su voz—. Estoy seguro de que ustedes habrían hecho lo mismo, de haber encontrado un planeta colonial en peligro. Estoy seguro de que las naves hegemónicas colaboraron en ocasiones durante la guerra con los esfuerzos de evacuación humanos.

Kris no estaba tan segura, salvo en los casos en que los evacuados aceptaron ponerse unas túnicas raras y empezar a acudir a los templos adecuados. Pero en ese momento todo el mundo en la *Dios Buitre* contenía la respiración, mientras se acercaban al transbordador más próximo.

—La autoridad de los divinos essiel es sacrosanta —fue la inmediata respuesta de la enorme nave essiel—. El pacto entre los essiel y sus fieles no puede romperse sin desencadenar su ira —afirmó el sectario, y Kris no podía distinguir si ahora traducía o simplemente ofrecía su propia interpretación de lo que demonios pensaran los essiel.

Storquel respondió acaloradamente.

—Estamos salvando vidas. Por supuesto, repatriaremos a esta gente, sus compañeros, al lugar que nos indiquen. Podemos incluso dejarles directamente en, uh… la nave del Radiante Sorteel. Sin embargo, a causa de la agresión parteni, nuestros transbordadores

con su gente a bordo carecen de tracción por lo que…

—¡El pacto no se puede romper! —La voz del traductor se sobrepuso a lo que fuera a decir después—. Los divinos essiel les retiran la protección. Ya no son sus huéspedes.

—La *Byron* se está moviendo —observó Olli—. Para intentar cubrir a la *Beagle*. Que me jodan, la Grendel no les suelta. —Kris pudo ver en sus pantallas que la nave parteni hacía lo que podía para sacar ventaja de la distracción de su rival colonial.

Abrió un canal con las parteni, aunque interfiriera en el ataque.

—¿Ejemplar? Deberíamos tener ahora mismo otras prioridades. Si Idris está en uno de esos transbordadores, tendríamos que recuperarle. Ejemplar, por favor. —Pero mientras lo intentaba, otra salva deformó el espacio entre las dos naves de combate. La Grendel perdió otro segmento y siguió encajando el daño, perdiendo escudos. La *Byron* tenía todo un lateral abierto, se había quedado sin la mitad de sus baterías de aceleradores y vomitaba piezas y atmósfera congelada, pero avanzaba como podía para ayudar a la *Beagle*.

—Estoy seguro de que, en este tiempo de desafíos —siguió el profesor Storquel—, la Hegemonía essiel no desea enemistarse con sus potenciales aliados contra los Arquitectos… Puedo asegurar al Radiante Sorteel que no pretendíamos insultarle en modo alguno, y que no suponemos, en ningún caso, que los essiel no pueden ocuparse y cuidar de sus ciudadanos. —Su voz temblaba cada vez más mientras la nave científica quedaba a la sombra de la rosa alienígena.

La *Beagle* volvió a estremecerse, y los comunicadores quedaron de repente en silencio. Kris comprobó sus escudos, que seguían intactos, y no estuvo segura de qué había pasado. Kit había captado que de la nave essiel partía algún tipo de descarga gravitatoria, pero nada que pudiera identificar con certeza.

—La *Beagle* está dando potencia a su motor gravitatorio. Quieren huir —dijo Olli. Las lecturas de energía de la nave desde luego era lo que indicaban, pero al mismo tiempo seguía acercándose despacio a los transbordadores.

—No —dijeron Trine sin más.

—¿No qué?

—No es un un salto nospacial.

—¿Por qué cargarían los motores si no?

—No son ellos. Son los essiel. —La voz de Trine se mantenía muy tranquila.

—No es posible. —Pero la propia Olli no se creía sus palabras.

Kris vio el incremento de potencia del motor de la *Beagle*, exactamente el que se produciría si intentaran saltar al nospacio. La misma tecnología que utilizarían para doblar el espacio como escudo, y la misma que empleaban para la gravedad a bordo.

Luego la *Beagle* se retorció, toda la nave, de proa a popa, desgarrándose como si unas enormes manos la tuvieran sujeta.

Cuando la *Dios Buitre* se sacudió, Kris de hecho se levantó de su asiento, convencida de que los essiel también les atacaban a ellos. Pero había sido el primer transbordador. Se habían aproximado a él al fin lo suficiente, y Olli le había atrapado. Murmuraba algo sobre retorcerle el pescuezo a Idris si no estaba a bordo.

La *Beagle* se encogió, con todo su casco mostrando fisuras y arrugas mientras la fuerza gravitacional crecía, atrapada en una espiral que la estrangulaba y la arrastraba hacia el anillo toroidal de su motor, que se había transformado de repente en un monstruo voraz, ansioso de devorar más masa. Toda la nave se redujo a la mitad en segundos, cada centímetro compactándose en materia sólida.

—Y así se respeta la justicia de los divinos essiel —anunció el traductor sectario para romper el silencio.

La *Byron* abrió fuego contra los essiel, con todo lo que les quedaba, utilizando cada partícula de masa y energía disponible. Kris vio que los escudos de la nave hegemónica se deshacían de los disparos sin esfuerzo, no solamente desviándolos sino convirtiendo el aluvión en un elegante despliegue luminoso, como pétalos fantasmas que se desplegaran desde la rosa de piedra. Kris se preguntó si esa exhibición era un insulto, una señal de desprecio. ¿Quién podría saberlo?

—*Dios Buitre* —llegó la voz de Amable desde la *Grendel*—. Haceos con los transbordadores y largo de aquí.

—¿Qué haréis vosotras? —preguntó Kris.

—Tenemos luces rojas por todo el tablero de mandos, y sé que eso significa lo mismo para vosotros los coloniales que para nosotras. Ganaremos tiempo, como siempre.

—Ejemplar…

—Me encantaría hacer un discurso trágico, Almier, pero tengo que dirigir una nave moribunda. —Y luego se produjo la interrupción definitiva de la comunicación. Instantes después, la *Madre de Grendel* aceleró más allá de la desvencijada *Byron* con el armamento que le quedaba dirigido contra la nave essiel y el escudo desplegado para dar tanta cobertura como le fuera posible a los restos de la nave del Hum. Kris sintió una punzada en su interior, casi debida al desconcierto tanto como a cualquier otra sensación. Quizá la ejemplar Amable había crecido entre historias de sus hermanas salvando a la humanidad en la primera guerra, cuando fueron la primera línea contra los Arquitectos. Y ahora había otra amenaza alienígena asesinando civiles, y había decidido que, llegados a ese extremo, lo que se imponía era la condición humana común.

Olli ya les llevaba hacia el otro transbordador, compensando la alteración en el centro de gravedad que suponía mantener agarrado al primero. La *Buitre* era una nave de rescate, al fin y al cabo. Arrastrar pecios era lo suyo. Kris les envió un saludo para explicarles lo que iban a hacer, aunque el transbordador no podría ayudarles o molestarles mucho. No apartaba la vista de las pantallas, interpretando los datos. Preparaba un modelo de las dos naves mutiladas, absurdamente unidas ahora con un propósito común después de haber precipitado una guerra.

—El planeta —dijo Kit—. El planeta el planeta el planeta —una y otra vez. No entendió lo que quería decir hasta que vio que la esfera achatada de Arc Pallator empezaba a deformarse, a plegarse sobre sí misma, a estirarse en largos chorros de material fundido, una erupción del núcleo planetario que atravesaba la corteza para ser modelado como arcilla. Todo en silencio. Lento y hermoso, una obra de arte a escala cósmica, el torno de alfarero de Dios. Y, casi eclipsados por la forma siempre cambiante del planeta, las lunas de cristal, los Arquitectos, seguían con sus asuntos, al margen de las disputas entre especies de menor rango.

La *Byron* ahora se alejaba sin control, soltando atmósfera por una fuga en su casco y dirigiendo una andanada final contra la nave essiel que no hacía sino confirmar que estaba fuera de la pelea. La *Madre* seguía su avance, y la superficie de la nave de Sorteel

mostraba algunos daños, apenas detalles que alteraban su perfección geométrica.

Se produjo otro golpetazo estremecedor cuando Olli atrapó el segundo transbordador con un grito triunfal. Luego hizo que los motores de la *Buitre* pusieran tanto espacio entre ellos y los essiel como fuera posible, apartándose del planeta hasta un lugar desde el que pudiera saltar al nospacio. Kris esperaba contra toda esperanza que los essiel no tuvieran un piloto que pudiera rastrearles, como hicieron en otra ocasión los gángsteres hegemónicos de la Cosecha Rota. En ese caso, todos sus esfuerzos por rescatar a su inter perdido no habrían servido de nada.

Kris se limitó a mirar, ampliando la imagen para compensar la distancia que Olli iba poniendo mientras Arc Pallator era rehecho de forma elegante y letal.

Idris

—Así que —se arriesgó a decir Idris—, ¿te volviste loca de golpe, o todo eso de «adorar a las almejas» te ha ido afectando?

La mujer tothiat se limitó a mirarle con aire divertido, aunque parte de los demás sectarios le fulminaron con la mirada. Estaban codo con codo ahora que toda la población restante de las ruinas se apiñaba en el terreno del templo. Tenía que hablar alto para que le escuchara; el simple ruido de fondo producido por tanta gente acomodándose, murmurando y respirando era sobrecogedor. De cuando en cuando se despertaba una oración colectiva, las cabezas se inclinaban, las manos se unían, grupos enteros se dejaban caer sobre sus rodillas, en un intento extraño de postrarse. Los rezos a la manera humana suponían movimientos que sus dioses alienígenas no podían reproducir. Antes habían pasado unas garrafas grandes de agua por encima de la cabeza del gentío, pero ya se habían terminado. «Mejor mirarlo por el lado bueno; tampoco importa. Nadie morirá de deshidratación, porque no habrá tiempo».

—¿Fue por lo del tothir? —soltó—. Quiero decir, he oído que duele del demonio el que te lo pongan. Y puede que luego siga doliendo. Conocimos a uno. Dijo que todo lo de la curación rápida duele, pero que ser un tothiat ya duele de por sí, así que no tenía importancia. O algo así. Me lo contaron. Así que igual me equivoco.

Pero puedo imaginarme que llevar a una gamba enganchada en la espina dorsal debe doler, y quizá eso te vuelva religioso. ¿O a lo mejor la gamba ya era creyente y te limitas a seguir el rollo? O quizá sea una gamba atea y todos tus rezos la sacan de quicio. Con lo que, en resumen, joder, ¿cómo funciona el tema? Porque me gustaría saberlo antes de morir todos, por curiosidad.

La parrafada se agotó porque no estaba consiguiendo molestarla ni remotamente, y molestarla era la única forma de lucha que le quedaba. Había intentado moverse, abrirse paso fuera del templo, de sus límites teóricos, que ahora eran poco más que una línea trazada en la arena y algunas columnas. «No valía la pena reconstruir el techo, para lo que hubiera servido». Ella le había retenido en cada ocasión. Además, los sectarios a su alrededor ignoraron sus peticiones de ayuda, pensando obviamente que no era asunto suyo.

—Voy a empezar a gritar —le dijo a… Emmaneth, había dicho que se llamaba—. Gritaré muy alto que sois unos pirados chupa almejas y vais a morir todos. Me da tiempo a hacerlo antes de que muramos. Será una buena forma de pasar ese rato.

—Es usted un triste cabrón, ¿no?

—¿Yo? —Pestañeó mirándola—. Yo quería estar en una nave que se marchara del planeta. Tú quieres estar aquí y ni rezas ni nada. ¿Quién es el triste?

—Ni siquiera grita —le respondió con complacencia—. Dice que va a hacer cosas, pero nunca hace nada. Tiene la lengua larga, Telemmier. Pero ¿hace algo alguna vez?

Eso era tan manifiestamente injusto que le dejó callado por un momento antes de contraatacar.

—Terminé la guerra. Salvé un mundo.

—Ya, pero ¿últimamente? —le dijo con una sonrisa.

Idris volvió a pestañear, y luego se le escapó una carcajada nerviosa, pese a sus esfuerzos por contenerla.

—¿Pero tú quién eres?

—Le diré un secreto. —Se agachó hacia él con aire conspirador —. No soy creyente. Quiero decir, sí, los essiel me hicieron. Todos los tothiat son resultado de su intervención. Pero me lo pensé mejor y apostaté. Porque el tipo que te lo dijo llevaba razón. Duele todo el tiempo, Telemmier. De una forma que los humanos ni siquiera

conocemos, porque es como si te dieran un órgano adicional que se encuentra siempre en estado crítico. Un dolor que no se puede ni imaginar, salvo que nunca vuelves a reaccionar como antes. No te ralentiza, no te limita, porque eso serían alivios.

—¿Cómo es para la gamba?

—Yo soy la gamba —le respondió ella. No entendió qué quería decir, si la mujer detrás de ese rostro ya ni siquiera existía, si se turnaban en mover los labios, o si la cosa que le hablaba era realmente una mezcla inseparable de ambos.

Miró hacia arriba, a las lunas vivas que había adquirido Arc Pallator. La que se desintegraba y dos de las otras ya no eran más que destellos que se alejaban, fuera de la órbita. Quedaba una, y no había ningún premio por adivinar para qué se estaba haciendo crujir los nudillos.

—¿Intentaste matarte?

—Más de una vez —reconoció ella—. Por eso estoy aquí, en cierto sentido. He dado un rodeo, pero lo conseguí.

—¿Es que tenías una entrada de sobra para Muerte por un Arquitecto o algo así? ¿Por qué yo? Vas a ser deformada hasta la muerte, pero ¿por qué tengo que acompañarte?

—Estoy seriamente tentada de decir que no es usted, soy yo, pero desafortunadamente es cosa de los dos.

—Bueno, si te contrataron para matarme, con un tiro habría servido. No todos llevamos una gamba que nos hace invulnerables.

—No soy una asesina, *menheer* Telemmier. Soy una cazadora de recompensas. Me contrataron para capturarle con vida.

Él volvió a mirar hacia arriba.

—Entonces estás haciendo un trabajo de mierda. —Justo llegó el primer tirón, el primer reconocimiento de la entidad colosal que tenían encima, que exploraba la estructura del planeta. Nunca había estado en la zona cero del ataque de un Arquitecto, por obvios motivos de preferencias personales. «Qué maravillas voy a aprender. Aunque no me sirvan para mucho».

Se concentró para intentar llegar hasta la cosa, para alcanzar el intelecto del coloso con un alfilerazo del suyo. «¡Estoy aquí! ¡No me mates!». Después de todo, ahora estaba físicamente más próximo a un Arquitecto de lo que lo había estado nunca en una nave. Pero mientras lo intentaba, sintió la sofocante presión que ejercía la

masa de Arc Pallator sobre su cerebro, reteniendo los pensamientos que intentaba dirigir a la criatura, manteniéndole allí atrapado junto a los fieles. Se esforzó una y otra vez, el sudor le brillaba en la frente y un ardiente dolor de cabeza le cruzaba de sien a sien. Era como si estirara la mano para agarrar algo con lo que escapar de arenas movedizas, pero lo que buscaba era tocar con la punta de los dedos al dios iracundo suspendido sobre el planeta.

Emmaneth le miraba con seriedad.

—Está en marcha, por cierto.

—Oh, no hacía falta que me lo dijeras. —Las palabras le salieron entrecortadas por las lágrimas. «No quiero morir. No así». Aunque la verdad era que no quería morir y punto. Dada su historia, ésta sería una forma bastante adecuada de terminarla.

Luego el Radiante Sorteel, Providente y Presciente, se manifestó entre sus fieles. Idris soltó una exclamación de sorpresa antes de darse cuenta de que tan sólo se trataba de una proyección. Aparentemente las columnas servían para eso. Le ofrecieron a la congregación condenada una última imagen de su dios. Los adoradores más próximos habían caído sobre sus rodillas y extendían sus brazos implorantes.

El essiel movió los suyos con elegancia y desde las columnas resonaron una especie de estallidos para llamar la atención de la multitud. Les dirigió un pequeño discurso, o eso es lo que supuso Idris. Escuchó las traducciones aproximadas que murmuraban los hierograves dispersos entre los fieles. Cada una distinta de las demás por lo que intuía, a excepción del mensaje principal. Les estaban salvando, les decía Sorteel. Iban a recibir el premio a su fe.

Sintió que algo se doblaba, un membrana inaprensible que se extendía en una dirección irreal, y supo que el Arquitecto había empezado su labor. Mientras todos se arrodillaban a su alrededor, se sentaban o simplemente se dejaban caer boca abajo, él se estiró y abrió la boca para gritar su negativa. Moriría, pero no como participante de esa farsa. Le diría a la imagen proyectada de ese dios vivo, a salvo en órbita, lo que pensaba exactamente de él.

Lo más lejos que llegó fue a decir «yo…».

Algo se levantó a su alrededor. Al principio pensó que solamente —¡solamente!— sería el Arquitecto, pero no. Una onda de fuerza gravitacional se estaba levantando desde el propio templo. Sintió

cómo se expandía en anillos concéntricos por el entorno yermo y aislado. Anillos concéntricos, a los que eran tan aficionados los originarios.

Y súbitamente se encontraron en un pozo. No en términos físicos, no visible, pero sus sentidos intermediarios le gritaban que estaban siendo arrastrados a un profundo abismo. Las fuerzas gravitatorias estaban reformando el mundo que les rodeaba aunque sus ojos no le informaran de que ocurriera nada de ese tipo. Pero lo que sentía era el nospacio. Algo producía una colosal distorsión en lo irreal. No era el Arquitecto, cuyas acciones podía rastrear por todo el planeta, totalmente aparte.

Miró a las columnas, pilares que rodeaban el espacio abierto del templo, llenas de… no sólo proyectores y altavoces. Llenas con lo que los essiel necesitaran en cada momento, porque así era como funcionaba su tecnología fluida. Componentes formados a voluntad, que luego se colapsaban de vuelta en tecnopartículas una vez completaban la tarea asignada. Y ahora estaban…

—Es imposible —afirmó. Y sintió temor. No un temor religioso, no auténtica veneración, no del todo. Pero en ese momento estuvo malditamente cerca.

Los essiel habían vivido mucho tiempo junto a las ruinas y reliquias originarias. Habían desarrollado formas de recoger y transportar sus objetos sin disminuir su potencial. Y habían aprendido más cosas tras siglos de estudio. Sintió cómo el templo resonaba a su alrededor como la ciudad cuando se disparaba el cañón nospacial de los naeromathi. Sintió el eco entre las estrellas sobre su piel.

Las columnas —el motor gravitacional en que se habían convertido— retorcieron aún más los límites del nospacio, incluso mientras el planeta dejaba escapar sus últimos estertores, con su corteza desprendiéndose y quebrándose en millones de kilómetros de terreno abandonado. No se podía hacer algo así a la superficie de un planeta, no con algo tan masivo como un planeta. Sólo que parecía que sí, y los originarios probablemente sabían cómo, al igual que era obvio que los essiel también.

El Arquitecto se apoyó sobre Arc Pallator, sometiendo al planeta con su forja mental para darle nueva forma, y el templo cayó al nospacio, convertido en una imposible nave descubierta que surcara

el mar de la irrealidad. La imagen de Sorteel rugió, e Idris vio a sectarios a su alrededor cayendo, girando los ojos, en una especie de éxtasis o pasión que les sobrepasaba, les cubría, les desmayaba. Sólo él y Enmaneth quedaron intactos, como herejes ante esa segunda venida.

Y luego dejaron aquel mundo torturado detrás y quedó él solo en el templo vacío. Él y el nospacio, y esa cosa que siempre decían que no podía vivir allí, pero allí estaba.

16

Havaer

—¿Ahora estamos en guerra con la Hegemonía? —fue la pregunta de Havaer, pero nadie tenía una respuesta. Un empleado de la Casa Ácida con aspecto de andar especialmente sobrecargado de trabajo se permitió añadir: «Se refiere a si lo estamos también».

Los tiempos modernos, reflexionó, no eran una época ideal para la diplomacia interestelar.

Su reunión informativa con el nuevo responsable del departamento que ocupaba la silla de la jefa Laery no había ido bien.

—Habría ayudado tener esta charla hace algunos días —le espetó el hombre sin rodeos—. En su lugar, se detuvo a «hacer reparaciones». —Como si Havaer hubiera tenido algún tipo de influencia en la decisión del capitán. El *morzarin* Uskaro se había mostrado igualmente dispuesto a mandar todo al cuerno y salir cuanto antes hacia Berlenhof, pero la nave se había llevado una buena tunda y el capitán había rechazado cualquier objeción. Salieron del nospacio en el primer pasaje que no les llevaba a un sector perteneciente a la Hegemonía. Había resultado ser un orbital hannilambra sobre la luna congelada de un gigante gaseoso, nada más que un muelle y un puesto comercial. Los ingenieros hanni hicieron allí lo que pudieron para asegurarse de que cuando la *Byron* volviera al nospacio rumbo a casa tuviera las máximas posibilidades de salir donde correspondía, y de una pieza.

Las armas convencionales empleadas por el Radiante Sorteel le habían causado daños de sobra, aunque eran el tipo de daños que en teoría la *Byron* podría echarse al hombro mientras le quedaran hombros. Pero cuando se abrieron paso hacia el nospacio, el essiel había empleado otro tipo de armamento, el que había estrujado a la

Beagle como si fuera el envoltorio de una chocolatina. Sin duda había equipos enteros de técnicos de armamento del Hum intentando averiguar qué había sido eso y si podían replicarlo. Havaer no había sido capaz de añadir mucho a la información de que disponían. Los chismorreos entre los ingenieros de la *Byron* conjeturaban que la Hegemonía había logrado de alguna forma tomar el control de los campos gravitacionales de los propios motores de sus víctimas, para luego amplificarlos hasta que la estructura de las naves (y, cabía imaginar, de sus ocupantes: una idea adorable) no podía soportar la masa amplificada e implosionaba. Sólo un leve toque del mismo efecto había causado fracturas por tensión y caídas de sistemas en toda la *Byron*. Fue un milagro que consiguieran llegar al nospacio, y un doble milagro que salieran de él enteros. Durante el pánico en la carrera por meterse en la cápsula de suspensión, Havaer no había tenido ni tiempo de preocuparse por la posibilidad de no volver a ver el universo.

Diecisiete de los tripulantes de la nave no lo consiguieron. No entraron en suspensión lo suficientemente rápido, o sus cápsulas no funcionaron, y cuando la nave atracó en las instalaciones hanni, todos se habían quitado la vida. Gargantas abiertas, cráneos destrozados a golpes contra mamparas. Un hombre se había desollado la cara antes de estrangularse con sus propias manos, algo que Havaer habría asegurado con total certeza que era completamente imposible. Hubo también un tipo que puso la cabeza en el cañón de un acelerador y activó el arma de forma remota, lo que supuso una fuga de aire a través de tres capas de casco cuando volvieron a la realidad, sin contar el desastre que causó en el interior.

¿Y el jefe de Havaer le regañaba por no volver antes?

Sin embargo, Havaer no dejó de asentir y presentar las excusas adecuadas. Ofreció un informe manipulado con enorme delicadeza, siendo muy dolorosamente consciente de que se había convertido en un agente doble, pero quizá sin un segundo bando al que informar. Tal vez formara un bando de una sola persona. Con lo qué no mencionó el cilindro de datos, a Colvari ni sus descubrimientos, por supuesto. Incluso fue cuidadosamente evasivo sobre la forma en que el *morzarin* Uskaro había movido los hilos en la *Byron*, cómo el tipo había provocado al Partenón en el planeta con su pequeño

ejército de matones uniformados, y cómo terminó por hacerse con el mando de la nave para emprender una batalla contra la *Madre de Grendel*, antes de que el Radiante Sorteel llegara para convertir en trivial ese conflicto. Havaer todavía recordaba, con un extraño regusto agridulce, cómo la dañada nave parteni se había lanzado de cabeza a la batalla contra el essiel. Sí, buscaban ganar tiempo para sus propios intereses —y los transbordadores averiados—, pero él interpretaba el gesto en la línea del mismo altruismo panhumano que las llevó a luchar contra el Arquitecto en Berlenhof, con un coste tan alto. «Yo contra mi hermana humana, pero las hermanas contra el universo».

Otra impresión que no había plasmado en su informe, por supuesto. Lo más lejos que había llegado fue a sugerir que las acciones de Uskaro podrían considerarse irregulares y de poca ayuda, pero como un pie de página como mucho. Porque le parecía que existía un peligro real de que el nuevo jefe pudiera estar conectado, a través de distintas vías, con una camarilla de gente deseosa de librar una guerra al viejo estilo con las parteni y despejar el camino a su visión de una humanidad nómada. Eso, por supuesto, no era más que la paranoia desquiciada de un agente desconectado de cualquier estructura jerárquica en la que pudiera confiar. Pero mejor no removerlo.

La *Madre de Grendel* no había sobrevivido al combate, por lo que sabía la inteligencia del Hum. Habían sufrido serios daños en su enfrentamiento con la *Byron*; la tecnología parteni no había conseguido imponerse a la potencia de la nave del Hum, de mayor tamaño, en la forma que habrían esperado, lo que en sí mismo era un dato que distintas oficinas estarían estudiando. Cuando la *Byron* se había retirado, verdaderamente incapaz de continuar en el combate, siguieron golpeando mientras pudieron a la nave de Sorteel.

Por otra parte, la *Dios Buitre* había salido del sistema en mejor estado que todos los demás, para reaparecer bien lejos de cualquier sitio reclamado por la Hegemonía o el Hum. El mundo colonial castigar al que la habían llevado los pasajes negociaba ahora inesperadamente con el Hum para devolver a los tripulantes de los transbordadores, y con la Hegemonía para la repatriación de unos cuantos sectarios no tan fieles como esperaban. Havaer se

preguntaba si de hecho querrían ser repatriados en las actuales circunstancias. Dada la forma en que Sorteel se había tomado su deserción, cualquier descarriado que quisiera volver al rebaño podría encontrarse ante un auto de fe. «Y supongo que no eran del todo conscientes de lo mortalmente serias que eran esas almejas cabronas respecto a lo de jurarles adoración».

Le interrogaron exhaustivamente sobre lo ocurrido con la *Dios Buitre*, lo que resultó aún más deprimente. No por la entrevista en sí, en la que al menos sí fue capaz de responder a cuanto le preguntaron sin comprometer su profesionalidad. Pero si bien estaba claro que la destartalada nave de rescate había escapado indemne de Arc Pallator, no se podía decir lo mismo de su tripulación.

El Partenón, según le dieron a entender, exigía el retorno de Idris Telemmier, intermediario de la primera promoción, antiguo héroe de guerra, luego navegante vagabundo, después héroe de guerra de nuevo por un breve periodo, más tarde desertor. Ahora… desaparecido. Porque Havaer estaba absolutamente seguro de que no había llegado a subir de algún modo a la *Byron*, y todo indicaba que tampoco logró subirse a uno de los dos transbordadores que había recogido la *Buitre* antes de su apresurada huida. Lo que dejaba como opciones a la *Beagle* o al propio planeta, y ninguna de las dos posibilidades suponía que hubiera sobrevivido.

Era ridículo, en resumen. Que el motivo de tantas disputas, el *casus belli* cuya deserción llevó a una tensión entre el Hum y el Partenón que estuvo a punto de desencadenar una guerra, terminara sin dejar rastro como una víctima más en un planeta destruido por los Arquitectos… «Y al final, a hierro murió».

Había quien decía en el departamento que Telemmier estaba sano y salvo con las ángeles guerreras, que simplemente habían lanzado una cortina de humo para evitar nuevos intentos de recuperarle. Quizá porque también se preparaban para una guerra. Havaer no se creía nada de esa versión. No era su estilo, por lo que las conocía. Y ahora mismo, si las parteni quisieran una guerra tenían todas las excusas necesarias a su disposición. Incluso afirmaban que los *voyenni* de Uskaro habían capturado a Idris en el planeta. Havaer no incluyó ningún comentario al respecto en su propio informe, pero interiormente sabía que era completamente

posible, y en ese caso, esos *voyenni* tampoco habían salido del planeta. No hubo un final feliz para nadie.

Terminaron al fin con él, y su nuevo jefe le dijo que se tomara un descanso y esperara su siguiente misión.

—Y afeítese, por qué no, y ya puestos póngase ropa limpia —añadió. Era una pulla especialmente injusta dado que llevaba lo más parecido a un traje que las dañadas impresoras de la *Byron* habían sido capaces de tejer. No le habían dado la oportunidad de tomar más que una taza de kafeinado entre que desembarcó y presentó su informe.

Después por fin le fue posible dirigirse a su cuarto. Una estancia estrecha que mantenía a un notable coste porque se encontraba a un rápido paseo en transbordador de donde la Casa Ácida mantenía su feudo.

Colvari ya estaban allí cuando entró. Havaer había tenido que meterse en algunos chanchullos serios para sacar al colmenero de la *Byron* sin deber explicar su presencia o llevarles a la presentación de su informe. El colmenero habían terminado despachados como carga a través de un contacto de confianza, algo de lo que no se sentía precisamente orgulloso.

Ya estaban de nuevo en marcha cuando llegó. Encontrarse alguien al volver a casa fue un momento extraño dentro de su vida solitaria. Casi tuvo la tentación de preguntar por qué no estaba la cena en la mesa.

—¿Progresos? —les preguntó, mientras se inclinaba sobre la impresora y pedía un almuerzo precocinado.

—Oh, sí —confirmaron el colmenero—. De acuerdo a nuestro breve trato previo, le sugiero que preferirá no saber, una vez que sepa; pero hasta que sepa, querrá saber. Si sabe a lo que me refiero.

—Os estáis volviendo demasiado parlanchines para vuestro propio bien, la verdad —dijo sin mala intención Havaer. La comida salió demasiado caliente, una pila de ramen con tofu y soja medio fundida en una masa amorfa. Removió el cuenco con la naturalidad de los años de práctica, esperando que se enfriara. Luego activó el diagnóstico habitual de su sistema, una serie de pruebas eclécticas dirigidas a chequear si alguien había interferido en él, así como comprobar que sus propias contramedidas funcionaban adecuadamente—. Pero lleváis razón —admitió—. Quiero saber.

Bajo mi propia responsabilidad. —Escarbó en la comida todavía abrasadora, que fue convirtiendo en hebras con sus palillos.

Colvari le dieron los nombres. Eran las mejores suposiciones posibles sobre quién estaba en ese encuentro, quién formaba parte de esa conversación, a partir del análisis de los datos de los que disponían. Havaer escuchó y comió, y reconoció a la mayoría. Gente importante, casi todos, o en su lugar representantes reconocidos de otra gente importante que posiblemente no pudo acudir en persona. Estaban varias de las mayores fortunas de Berlenhof, algunos miembros prominentes del Hum y gente influyente que les aconsejaba. Alguien del Comité de Enlace, con acceso preferente a los inters, lo que suponía que la teórica flota de arcas no se limitaría a los pasajes transitados como les ocurría a los naeromathi. Más de un terrateniente magdano, incluyendo a uno de los retoños de Uskaro. Ningún miembro de la Casa Ácida, pero gente con influencia política de sobra como para darles luego órdenes. Havaer admitió con disgusto que la Oficina de Intervención era un pez demasiado chico como para formar parte de ese tipo de discusión. «Sólo una herramienta, que se usa y se descarta».

Y no estaba seguro de creer en la conclusión. «Demasiadas cosas, demasiado grandes, demasiado locas». El sueño de un teórico de la conspiración, la cábala de los poderosos reunidos para deshacerse de la mayor parte de la humanidad y convertirse en reyes del resto. Salvo que cuando repasó las transcripciones no le pareció que la reunión tuviera un aire de autocomplacencia sádica. Nada de reírse como maníacos, retorcerse los bigotes o frotarse las manos. Gente poderosa reunida ante la posibilidad —totalmente confirmada por los hechos posteriores— de que los Arquitectos volvieran y la humanidad necesitara un plan alternativo. Algo laudable, si lo mirabas desde su punto de vista. Nada de una secta suicida, sino gente que buscaba tomar decisiones responsables, aunque fueran duras, para enfrentarse a un universo que podría intentar aniquilarles en cualquier momento. Y habían hablado y hablado, contrastando problemas y soluciones, y casi podría ordenar sus prioridades en un gráfico. Se habían preocupado tanto por adelantarse a cada eventualidad, para asegurar la supervivencia de la especie, que habían terminado con un plan de acción consistente

en empezar por pegarle fuego a todo. No habían llamado a todo aquello «Operación Fénix», pero la verdad es que a Havaer le extrañaba que nadie lo hubiera sugerido.

Era enteramente posible que nada de eso hubiera ido más allá de esa reunión, aunque los tremendos esfuerzos de alguien por hacerse con el cilindro de datos eran un argumento en contra. Con todo, podría ser nada más que el sueño de un grupo de ambiciosos. O quizá las arcas estuvieran ya en construcción y alguien tuviera una lista de salvados y condenados. No tenía forma de saberlo. «Aunque seguramente sea difícil ocultar algo de esa magnitud. Habríamos sabido algo». Pero las noticias y los rumores no volaban a la velocidad que cabría esperar a través de los pasajes, sin que hubiera una forma de adelantar a las propias naves y el boca-oreja.

—Tiene un correo —anunciaron Colvari.

—¿Qué? —Enrolló el último bocado de ramen y se quedó mirando al colmenero.

—Un mensaje —aclararon—. Escrito, sólo para usted, a través de mí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Aunque creo que provocado por nuestras interacciones.

—Nuestras «interacciones» no deberían ser asunto de nadie ahora mismo. Mi sistema…

—El mensaje comienza: «Su sistema no es tan hermético como cree» —le informaron Colvari. Claramente habían añadido el sarcasmo a su comunicación desde la *Byron*.

Havaer se preguntó si el departamento estaba a punto de tirar su puerta abajo y llevárselo para conseguir información adicional de forma más agresiva.

—Dime —aceptó.

—El mensaje continúa encriptado. Mire nuestra pantalla. —Un panel situado bajo la luz superior del colmenero se giró y reveló una pantalla. Havaer leyó, descifrando mentalmente tras reconocer códigos familiares: «Coordinadas adjuntas. Protocolos de ocultación completos. Traiga al colmenero y los datos».

No eran códigos actuales de la Casa Ácida. Pero sí los había empleado recientemente para trabajos encubiertos. Sólo con Laery. O se trataba de una trampa excesivamente elaborada o volvía al

juego.

Solaz

Kris la esperaba cuando dejaron salir a Solaz de la enfermería. Le habían colocado un refuerzo mecánico para descargar de peso la pierna mientras terminaban de repararse los tejidos. Los analgésicos no eliminaban tampoco del todo el dolor del hombro, aunque la medicina fuera un terreno en el que el Partenón destacaba. Es más fácil escoger tratamientos muy específicos cuando se dispone del código genético completo de todos los pacientes, sin una incómoda variedad entre ellos. Lo que llevaba a Solaz a sentirse culpable respecto a Olli y sus quejas contra el Partenón. Pero alejó el pensamiento. Tenía otras prioridades por ahora.

Kris la miró de arriba abajo.

—¡Como nueva!

La estructura médica de la pierna sólo abultaba un poco debajo de la ropa, pero se notaba.

—*Prête à combattre* —le dijo Solaz.

—¿Ya te han dado nuevas órdenes?

—Todavía no. —Solaz probó con una sonrisa. Le resultaba extraña en su cara—. Incluso las parteni tendemos a esperar hasta que todos los huesos estén en su sitio. —Algo inquietaba a Kris, y Solaz comprendió que no podía tratarse sólo de las últimas noticias de la guerra. La guerra principal, no las tonterías del Hum. Un mundo colonial poblado por distintas especies, Caractan, había recibido la visita de un Arquitecto, junto con el nodo fronterizo de Nordensheim, que se había escogido como punto de partida para la próxima oleada de exploración nospacial como portal a centenares de destinos desconocidos. La evacuación de Caractan había utilizado todas las naves posibles, pero había una docena de buques de la armada en Nordensheim, el procedimiento estándar para proteger una estación del Cuerpo Cartográfico. Su sacrificio había dado tiempo a casi todo el mundo a salir del planeta y su orbital. Como en los viejos tiempos. Y a pesar de eso Solaz había escuchado a sus hermanas muchas más conversaciones sobre pelear con el Hum, e incluso con la Hegemonía. Era como si ante una amenaza tan vasta como la que suponían los Arquitectos la mente humana

derivara hacia conflictos en los que tuviera alguna posibilidad de ganar.

Kris se había apartado un momento, murmurando por el comunicador a alguien, pero ya estaba de vuelta con ella.

—Bien. De acuerdo. Necesito que vengas conmigo, entonces. Hay algo que tenemos que hacer.

Pronto quedó claro que se dirigían a los muelles para civiles, de menor tamaño, lo que indicaba que iban a la *Dios Buitre*, y allí estaban los demás, sentados entre cajas dispersas en las que parecían estar la mitad de las entrañas de la nave para su reparación, con la enorme pinza de agarre desmontada en parte y acaparando buena parte de las estructuras de reparación del astillero. Aunque habían dejado de trabajar y estaban esperando. Olli estaba encorvada en su andador, al que había prendido tres brazos adicionales para el trabajo. Kittering tenía una pizarra en las mandíbulas. La pantalla virtual proyectada frente a sus ojos se desvaneció cuando les vio llegar. Convocados seguramente por uno u otro, el delegado Trine justo salían de la nave por la rampa. La cara que proyectaban el colmenero era casi burlesca en su solemnidad.

Olli sacó un par de botellas de lo que parecía algún licor casero colonial, que le habría comprado a quién sabe quién en la *Ceres*, y llenó los vasos a pares. Solaz no tenía ninguna intención de probar aquello, pero tampoco quería ofenderles rechazándolo. Comprendió de golpe lo que pasaba.

—No lo sabemos —insistió, porque era lo que se decía a sí misma.

Kris miraba hacia abajo, a la frágil copa impresa que le había pasado Olli, y la propia Olli se estaba sirviendo cuidadosamente su propia bebida. Los ojos del hanni eran opacos e impersonales, con lo que en realidad sólo Trine le devolvían la mirada.

—Lo siento tanto, por todos nosotros. —Al igual que ella, habían conocido a Idris mucho tiempo atrás, en la guerra.

—Creen que el Hum le capturó. Que le llevaron a la *Byron*. Es lo que dicen.

—Puede que les resulte conveniente decir algo así —respondió con serenidad Kris—. Pero estuvimos allí y no es posible. Nada escapó del planeta rumbo a la *Byron*. Nos lo quitaron, seguro, pero

no salieron de ésa.

Solaz sufrió un breve y doloroso espasmo, constreñido por las medicinas que recorrían su cuerpo. «Luché tan duro». Su furioso vuelo sobre la ciudad que se desmantelaba. Su igualmente furiosa pelea contra los *voyenni*. Sus hermanas muertas, las heridas. Y puede que todo aquello no hubiera más que retrasado las cosas lo suficiente como para que cuando los magdanos se hicieron finalmente con Idris no pudieran protegerle. Una repentina oleada de pena disfrazada de ira estuvo a punto de abrumarla.

Olli se aclaró la garganta. Como capitana de facto de la *Dios Buitre*, ésta tarea recaía sobre ella.

—Idris Telemmier —anunció.

—No —repuso Solaz—. No sabéis si está muerto. Puede que encontrara una salida.

Olli se la quedó mirando. Y siguió mirando. Solaz se sentó y dio un pequeño sorbo a su copa, con un nuevo estremecimiento. En el Partenón el luto no se sobrellevaba así. Había otros rituales para sus hermanas muertas, que se celebraban dentro de su sororidad. Un recorrido a través de todas las etapas: panegírico, mesar de cabellos, sollozos, aceptación, celebración. Pero Idris había sido un colonial, un espacial, y tenían sus propios rituales.

—Idris Telemmier —repitió Olli. Esperó unos segundos por si alguien la interrumpía antes de continuar—. Nacido el 56 Después, aunque no se lo pueda creer nadie, a bordo de la Fe Lupina, en tránsito desde Acreverde.

«Sesenta y ocho años», pensó Solaz, aturdida. Ella era tres años mayor técnicamente, pero había pasado mucho tiempo durmiendo mientras Idris continuaba con su vida. Aunque él no había envejecido ni un día desde que manipularon su cerebro en el Programa de Intermediarios. Quizá habría seguido así para siempre, o al menos hasta que terminara tan espectacularmente loco, tan disfuncional, que no pudiera continuar. Y ahora estaba muerto. Todo el mundo esperaba a que alguien diera el primer paso para que siguiera el ritual.

Así que lo hizo ella, porque entendió que habían estado esperando a que volviera para hacerlo. Podrían haber tenido su momento catártico, toda la tripulación, y dejarla fuera como la advenediza que podrían considerar que era. Y Olli habría podido

decidir con su voto, pero aun así la esperaron.

—Era un hijo de puta indefenso —dijo al fin, casi saboreando las palabras en colvul, haciendo su mayor esfuerzo para que la entonación fuera la correcta.

—Completo desperdicio de una oportunidad sin igual —aportó Kit.

—Se venía abajo —Kris tenía la voz entrecortada, pero se sobrepuso— ante la menor dificultad.

—La verdad es que es un prodigio que un tipo tan poco fiable durara tanto —añadieron Trine, un comentario que no encajaba del todo, pero servía.

—Era nuestro hermano, nuestro piloto. —El tono de Olli era tirante—. Leal a su nave y buenas manos. Murió sobre un planeta cuando debió morir en el… —por un momento Solaz pensó que Olli se saldría de la fórmula acostumbrada y diría «nospacio», porque sin duda ése era el destino escrito para los intermediarios, pero después de una breve pausa Olli continuó—… espacio, al que pertenecía. Era uno de nosotros.

Ella murmuró la respuesta «uno de nosotros» y recordó haber llegado tarde al responso por Rollo Rostand, después de que el antiguo capitán muriera en la lucha por recuperar su nave de manos de la Cosecha Rota. Bebieron —a pesar de todo, ella también bebió — y luego Kris le apretó la mano. Solaz controló la explosión de dolor que surgió de su hombro herido y le devolvió el gesto.

—Pues vale, joder —declaró Olli, sobre nada en particular. Uno de los nuevos brazos de su exoesqueleto tiró la pequeña copa contra una pared, donde se rompió en pedazos.

—Oh, capitán, mi capitán, ¿tiene de repuesto? —preguntaron Trine.

Olli les fulminó con la mirada.

—¿Y ahora qué?

—Siento la necesidad de compartir ciertos sentimientos.

—¿Tenéis de eso?

Solaz hizo una mueca, y Trine inclinaron sus caderas hacia adelante hasta tener la cabeza encima de Olli.

—Cuando mis creadores nos diseñaron, mi capitán, se esforzaron mucho en que las colonias artificiales de procesadores biofabricados y conectados respondieran y reaccionaran como ellos. Sus herederos

en consecuencia no tienen derecho a quejarse cuando deseamos mostrar nuestras emociones.

Olli pescó otra copa y sus brazos empezaron a rellenar las de los demás sin añadir nada.

—Profesor Tiber Tenniel Storquel —anunciaron Trine.

—¿En serio? —preguntó Solaz antes de poder contenerse, pero luego se calló ante el gesto holográfico que mostraban el colmenero.

—Nacido el 85 Después en Berlenhof —siguieron, y miraron alrededor a la expectativa. La extraña pausa se prolongó porque ninguno había conocido lo suficiente al hombre, y lo que Solaz había visto de él realmente no le había gustado. Cuando se recordaba así a un muerto se supone que le tenías aprecio, no que querías machacar al personaje.

—Pequeño bastardo bronquista —probó Olli al fin, aunque eso probablemente era en gran medida un elogio para ella.

—Apretaba demasiado a su gente —añadió Kris.

—Incapaz de superar el pasado —señaló Kit, mirando a Trine.

Solaz le dio vueltas hasta terminar por decidir que no podía decir nada que no pensara.

—Era un intolerante que quería ser dueño de otros seres simplemente porque no eran humanos —acabó por decir, y miró a Trine sin disculparse.

El colmenero parecieron aceptar el comentario como parte del ejercicio y siguieron adelante.

—Fue nuestro dueño, nuestro mentor. —El plural ahora no se refería a los reunidos, sino a la pluralidad que constituían los propios Trine—. Leal a su… disciplina. Buenas manos, al menos en puros términos de rigor académico. Murió en el espacio, cuando debió morir cómodamente retirado en algún planeta, donde le correspondía. Y a pesar de todo, como erudito, era uno de los nuestros.

Siguió otra pausa incómoda, con todos mirándose unos a otros. Trine soltaron un suspiro.

—Lo siento, y no quiero que parezca una falta de respeto a la tradición de los espaciales. Pero murió, ya sabéis —explicaron en voz baja—. Y no lo había dejado atrás. Íbamos a debatir en unas conferencias. Le iba a derrotar en los academitipos. Refutaría sus teorías. Porque me poseyó. Yo era «su cosa». Me enseñó mucho y si

no fuera por él no habría conseguido lo que tengo. Pero antes que nada, en primer lugar y sobre todo, fui su propiedad. Cuando me reúna con la Asamblea y me reinicie no importará, pero en tanto que sea este «yo», lo llevo conmigo. Pensé que me ayudaría a dejarle atrás, pero no ha sido así.

Miraron a Trine unos instantes, sin que nadie supiera muy bien qué hacer con lo que había compartido. Al fin Kittering tableteó unos pasos hacia él, alzando ostentosamente la copa y vertiéndola en la bolsa interior de uno de sus brazos. Los licores coloniales no le sentarían muy bien a un hanni. La verdad es que tampoco eran lo mejor para los humanos.

Todos bebieron. Incluso Trine, que lo descompondrían para usarlo como combustible, algo no tan alejado de su origen.

—Lo siento —dijo Solaz para romper el silencio—. No consigo que me guste. Creo que era una mala persona. Pero lo siento.

—Existe la teoría —respondieron Trine con tranquilidad— de que cuando los Arquitectos dan nueva forma a un planeta todos los seres sintientes que hay en él son… llevados a algún lugar especial. Que los Arquitectos de algún modo protegen a la gente de sus excesos.

—Nunca lo había oído —señaló Olli.

—Procede de un periodo temprano de la guerra —explicaron Trine—. El comienzo de la poliáspora, cuando la gente quería creer desesperadamente que ese noventa por ciento que quedaba atrás no moría. La verdad es que no es una teoría muy buena. De hecho, en términos puramente físicos, es manifiestamente indemostrable. Pero entiendo por qué la gente se la quiere creer. Porque es duro no haber cerrado la relación con alguien. Como un libro al que han borrado los últimos capítulos. Prefieres pensar de algún modo que queda alguna copia completa por ahí. Es lo que me pasa con Storquel. También con Idris. Debo llevar demasiado tiempo en el mundo, porque he desarrollado algunas sensiblerías. Lamento castigaros con ellas.

—Nunca había oído eso —repitió Olli, y Solaz se preguntó si había alguna pérdida en su pasado en la que estaba pensando. Seguramente no una víctima de los Arquitectos —no era tan mayor —, sino alguien. Sabía muy poco del pasado de Olli.

No mucho después, y varios días antes de lo que se habría

imaginado, Solaz fue reclamada por la monitora superior Tacto, o «madre». Volvía al servicio activo porque había llegado algo inesperado.

Tacto ocupaba un puesto relevante en el Aspirat, el servicio de inteligencia parteni en el que la propia Solaz tenía ahora puesto un pie. Ahora mismo, Solaz lo sabía, probablemente no dormiría más de dos horas diarias, considerando la forma en que había reventado el escenario diplomático. Y había ocurrido algo que complicaba la situación aún más. Cuando entró Solaz había una docena de pantallas distintas flotando por la habitación, con Tacto en medio. Todas salvo dos —cabía imaginar que las dos que estaba autorizada a ver— se apagaron cuando entró.

—Acaba de llegar una paquetera —le informó Tacto, un hecho cotidiano pero que evidentemente contenía esta vez algo que no lo era tanto—. Un jinete colmenero. —Se refería a una nave convertida en una unidad autoconsciente tras quedar bajo control de una colonia colmenera, y que llevaba un piloto vivo. Los colmeneros preferían apagarse antes de entrar en el nospacio, por lo que necesitaban a alguien que se encargara de la tarea elemental de navegar por el pasaje indicado.

—¿Es para Trine, entonces? —conjeturó Solaz.

—Entre otros mensajes diplomáticos, sí. Un paquete confidencial para el delegado Trine.

En ese punto Solaz se sentó y esperó, a sabiendas de que obviamente Trine contaba con todos los privilegios diplomáticos y el Aspirat no miraría su correspondencia bajo ninguna circunstancia.

Tacto respondió a la pausa con un breve asentimiento.

—Bueno, algo más que eso —dijo, moviendo una mano para activar una de las pantallas—. En este caso, la Asamblea le transmitía un mensaje procedente de un tercero, lo que nos daba pie a pensar que necesitábamos conocerlo.

Solaz aguardó en silencio mientras Tacto iba pasando pantallas. Podrían haber estado sobre una mesa de despacho, o dispuestas en una pared, pero la monitora había organizado así su despacho porque moverse la ayudaba a pensar.

—Es una invitación para un encuentro, y el delegado no es más que un mensajero.

—¿Todavía creen que tenemos a Idris? —la interrumpió Solaz, y luego miró hacia abajo, arrepentida. Aunque Tacto dejó pasar el error.

—Parece que sí —admitió—. Al menos alguna facción del Hum, pero esto no va de eso. Casi con certeza. El mensaje es para Olian Timo, enviado por alguien que obviamente conoce la relación entre el delegado Trine y la *Dios Buitre*. Nombra a Timo, le da unas coordenadas y la invita a acudir. Mirmidón ejecutora Solaz, en su opinión profesional, ¿qué posibilidades hay de que Timo sea una espía?

Solaz no pudo evitar echarse a reír, y luego se tapó la boca con la mano horrorizada.

—Me disculpo, madre.

Las comisuras de la boca de Tacto se alzaron levemente.

—Bueno, supongo que ya me respondiste. ¿Nada que añadir? ¿Ninguna posibilidad de que sea una maestra del engaño, a sueldo de la Casa Ácida durante todo este tiempo?

—Lo cierto es que no sabemos lo que no sabemos —admitió Solaz, una expresión de la propia doctora Parsefer—. Pero no he visto el menor indicio al respecto. Nunca ha actuado de alguna forma que pudiera interpretarse como que sacaba alguna ventaja de estar infiltrada. Más bien al contrario, de hecho. No querría tener información sensible sobre nosotras salvo que le pagáramos por ello, y ni siquiera así nos dejaría de mirar con desconfianza.

—¿Y los otros? ¿Almier y el hanni?

—Ambos son posibilidades sustancialmente mayores —confirmó Solaz—, pero mi opinión es que están limpios. Leales a la nave y a sus compañeros, no al gobierno. Si les han pedido que vayan a algún sitio, no creo que se lleven con ellos ninguno de nuestros secretos.

—¿Irán si les supone algún beneficio?

—¿Por qué no? Estaban aquí por Idris. Salvo que les contratemos, ya no hay razón alguna para que sigan aquí. Salvo que queramos ponernos duras, no hay ningún motivo razonable para retenerles. —Todo admirablemente profesional.

Pero Tacto se quedó mirándola fijamente y luego desplegó otra pantalla virtual.

—Aquí, entonces. Es lo que han recibido. Porque podemos dar

un vistazo alguna que otra vez al correo diplomático, pero no retenerlo. Dependiendo de lo rápidos que hayan sido Trine, probablemente lo vieran hace una hora.

El mensaje tenía apenas unas líneas de texto y una imagen. Era de poca calidad y podría haber sido manipulada fácilmente. El texto decía: «Venid solos, venid aquí, hablemos. No ha ido tan lejos como pensáis».

La imagen mostraba a un grupo de personas sucias, cansadas, vestidas casi todas con ropas de la secta, que en el granulado de la imagen aparecían en una mezcla pixelada de rojo y violeta, borrosa por el movimiento. A un lado, casi fuera de foco, como si hubiera sido apartado por alguien más fuerte —«como siempre»— estaba Idris Telemmier. Reconocible pese a su gesto triste, con las orejas de soplillo y los hombros terriblemente caídos. La imagen incluía las ubicaciones espacial y temporal en que se había tomado, tan susceptibles de ser falsas como todo lo demás. Se había captado en un sitio que no había oído nombrar jamás, un mundo que sonaba a hegemónico, después de que Arc Pallator fuera plegado y desplegado en el origami cósmico de los Arquitectos. Idris. «Vivo».

3
Toque de Difuntos

17

Solaz

Por la forma en que la miraron cuando entró en el hangar, Solaz supo que habían estado tramando algo. Kris dio un respingo, y Kittering empezó a hacerse el ocupado con unas imágenes cualquiera que tenía en las pantallas del brazo. Sólo Olli actuó con naturalidad, y ya estaba en el escorpión, por encima de todos. Detrás, la compuerta de carga de la *Dios Buitre* estaba abierta y un par de elevadores remotos —posiblemente a las órdenes de Olli— colocaban suministros para las impresoras. Todo material parteni, por supuesto, que Solaz tenía la fuerte sospecha de que no había sido originalmente asignado a la *Buitre*.

—¿Cómo va la pierna? —La forma de decirlo de Olli hizo que sonara casi como una amenaza.

—Bien, gracias. —Toqueteó el contorno de la protección médica como si eso fuera a despertar alguna simpatía—. Así que imagino que ya lo sabéis.

—Aquí no hay secretos, ¿verdad?

—Al Partenón no le suele gustar la privacidad cuando se trata de asuntos de estado. Preferimos que todo salga a la luz —probó Solaz. Era muy consciente de que, con la pierna mala y todo, estaba allí parada como si fuera a empezar una pelea. Cuando el escorpión cambió de apoyo, sólo un poquito, tuvo que contener el impulso de agacharse.

Olli se limitó a gruñir, y los dos elevadores siguieron su labor, que acaparaba al menos parte de su atención. Pero Kris intervino en su lugar.

—Tenemos que irnos, Solaz. Si has visto lo que nos ha llegado a través de Trine, sabes por qué.

Solaz asintió.

—Y somos agentes libres, no tenemos ningún compromiso. Ésos eran los términos del acuerdo. Lo sé porque lo redacté casi al completo para Idris. Puede que perdamos un bonus o algún extra, pero podemos irnos. Quiero decir, sin Idris, ni siquiera nos necesitáis. No somos más que otra nave no parteni que tu Aspirat usó para sus operaciones, y dado que es más que obvio que el Hum nos conoce, ni siquiera muy útil ya. ¿Por qué conservamos?

—No confían en nosotros —dijo Olli arrastrando las palabras—. Creen que vamos a venderlas al Hum. Cuando la verdad es que el Hum es demasiado tacaño para pagarnos lo suficiente.

—Esto no ayuda —intervino Kit, nervioso—. Las salidas no deberían producirse con fricciones.

—Creo que Solaz ha traído la fricción —comentó Olli—. Creo que las parteni no mantienen contratos que ya no les sirven, ¿verdad? Ahora nos hemos convertido en un riesgo para su seguridad.

—Faltan motivos para sus objeciones —objetó Kittering, pero el escorpión movió lentamente una garra.

—Si el Hum nos pilla, quizá sirvamos de cebo para sacar a Idris de su escondite. Si es que no está muerto, si es que esto no es un chiste de mal gusto. Quiero decir, es el inter de la primera promoción, un veterano de guerra. No uno de esos tipos cutres del Comité de Enlace que usa ahora el Hum. Además, estarían ansiosos por sonsacarle lo que andáis haciendo ahora las chicas y saber cuánto os ha contado. Así que quienquiera que nos tenga, puede que se lleve a Idris, ¿no es así como va?

Solaz se encogió de hombros.

—Es algo que se mencionó —dijo, preguntándose si conseguiría algo revelando lo que le había dicho exactamente Tacto. «Una influencia desestabilizadora», fueron sus palabras. «Allí donde van».

—¿Entonces? —El escorpión avanzó dos pasos y se inclinó hacia ella—. Si creen que es una engañifa, ¿qué se supone que hacemos, quedarnos sentados?

—La manipulación no es imposible —apuntó Kit.

—No te metas en esto, Kit.

—Al estar ya en esto, no es posible. Hay una posibilidad de manipulación. Lo sabemos. Sin embargo, no hay posibilidad de inacción —explicó el hanni, o al menos fue lo que sacó en

conclusión su traductor.

—La monitora Tacto cree que es un cebo para llevaros allí, y convertiros luego en un cebo para atraer a Idris —señaló Solaz—. Si es que Idris anda por ahí.

—Tacto se puede afeitar el… —empezó Olli, pero Kris la interrumpió de inmediato.

—Te conozco, Solaz. Así que dime, ¿qué órdenes te han dado? Porque si te hubieran dado a elegir estarías aquí ayudándonos a cargar la nave para marcharnos.

Solaz respondió a eso con una sonrisa.

—Quieren que vayáis, pero no solos.

—¿Se perdieron esa parte del mensaje que decía «venid solos»? —le preguntó Olli.

—¿Te perdiste todos los mensajes en los que los secuestradores y asesinos les dicen a sus víctimas que vayan solas? —le espetó Solaz, que en ese momento ya no estaba de humor para Olli.

Kris, después de intercambiar una mirada con Olli, movió la cabeza.

—Mira, lo entendemos, pero si nos presentamos con una flota parteni detrás, entonces… ¿Qué pasará si simplemente no se dejan ver? ¿Y si ésta es nuestra única oportunidad y la perdemos? Sí, probablemente todo esto sea un engaño, una trampa. Pero ¿qué esperas que hagamos?

—Aseguraros. Tomar precauciones. Hablamos del Aspirat, no de que nuestra armada esté de camino. Pero si las cosas se ponen feas… —Enseñó los dientes en una mueca de frustración, luego siguió—. Mirad, hay un enorme montón de gente ahí fuera a la que no le gustáis ahora mismo. La Cosecha Rota, el Hum, quizá la Hegemonía…

—Bueno, ellos tampoco me gustan a mí, quizá el doble. —La expresión de Olli sugería que podía extender ese juicio al Partenón al completo si hacía falta—. Mira, esto es asunto nuestro, Solaz.

—Esto es un asunto del Partenón —le dijo cortante Solaz, obligándose a no mostrar debilidad frente al escorpión y devolver la mirada furiosa de Olli—. Tenemos una promoción de inters en marcha. Van a ser las intermediarias del Partenón, de una u otra forma. Una forma implica la presencia de Idris aquí para ayudar, enseñar, estudiarle para que nuestras candidatas se conviertan en

algo similar a él, sin… Ya sabéis a qué me refiero, la cirugía y las manipulaciones bioquímicas. Idris nos ha dejado adivinar lo suficiente desde que le conocemos. El término empleado por el programa Hum fue «desgaste». Y ésa era nuestra opción antes. La tasa de éxito del uno de cada diez o uno de cada cien con la que funciona el Comité de Enlace. Pero con Idris a nuestro lado, ¿quién sabe cuántas vidas podríamos salvar? Y era lo que él quería. Así que es asunto nuestro también, mío y de mis hermanas. Por favor, aceptad una escolta que mejore vuestras posibilidades de éxito.

Olli volvió a mirar a Kris. Solaz vio que su cara expresaba su habitual mal humor, pero que no reflejaba lo que sentía por dentro. Se preguntó si Olli había pensado, aunque fuera por un momento, en Ligera y Diligente, el par de parteni con las que había hecho amistad en Arc Pallator y que habían muerto en la *Madre de Grendel*, por supuesto, defendiendo a la *Buitre*. Defendiendo también al final a los coloniales, como siempre hacían las parteni.

Vio el ligero asentimiento de Kris, y un movimiento de brazo de Kit que sabía que indicaba lo mismo.

—Más vale que esa escolta sea jodidamente sutil —rezongó Olli —. Y… Supongo que querrás tu puesto habitual. Necesitaremos a alguien que hable pati con ellas.

Por tanto, se fueron con la bendición un tanto renuente del Partenón, y acompañados por la *Mhairi*, una nave patrullera del Aspirat. Acababa de salir de los astilleros, albergaba un grupo de mirmidones y una batería de aceleradores que podían convertirse en un martillo de masa en caso necesario, lo que suponía más armamento del que una nave de este tamaño debería ser capaz de albergar.

Se marcharon tras una solemne despedida de Trine, que les entregaron por si acaso unas credenciales que les presentaban en misión diplomática para la Asamblea colmenera. Para entonces, Solaz se preguntaba si la prolongada renuencia de Trine de reintegrarse a la Asamblea no se debería a la forma en que el delegado empleaban su más bien nebulosa autoridad a la menor provocación.

Y partieron con todo este equipo, siguiendo el rastro del mensaje. Les condujo a través de una serie de pasajes fuera del espacio controlado por las parteni, más allá de la frontera de las

Colonias hasta mundos reclamados y ocupados por los hannilambra, la especie de Kit. Específicamente, a un mundo seco cuya denominación, según la mejor alternativa que ofreció su traductor, podría ser «Estridente».

Programaron su llegada para que la *Mhairi* fuera por delante, bajo la cobertura de un falso asunto que justificara su presencia, sin relación aparente con la *Dios Buitre*. Tampoco engañaría a nadie que se molestara en tirar del hilo.

—Así que nos toca esperar hasta que ese… ¿qué es, ministro?, nos llame. ¿Éstos son tus agentes, no, tu peña de confianza? —preguntó Olli—. Quiero decir, el mensaje no nos daba un lugar exacto, sólo un planeta. Así que cuando lleguemos nos tendrán que guiar de algún modo.

—Los ministros no son la cosa —dijo Kittering—. La residencia es el motivo de Estridente. Los negocios se confían a un supervisor. Habrá una desaprobación.

Los otros le miraron de reojo, pero era obvio que no tenía ninguna intención de explicarles las interioridades de la sociedad hanni. En la poco docta opinión de Solaz, parecía incómodo, con las piernas inquietas mientras se balanceaba en su taburete de la cápsula de mando.

Solaz pidió a los sistemas de la *Buitre* algunos detalles del planeta. Estridente era otro mundo sin mares, sin agua en superficie pero con extensos acuíferos subterráneos. Había una próspera biosfera con una existencia casi totalmente subterránea, salvo por los discos de color de arena de kilómetro y medio de ancho que eran los órganos fotosintéticos de un tipo de liquen gigante. O tal vez coral, o cualquier otra de esas comparaciones humanas que no terminan de acertar al describir la vida alienígena. Había también unas colonias de una especie que parecía una babosa del tamaño de un ser humano pero que vivía como las hormigas, y que al parecer se movía a velocidades superiores a cincuenta kilómetros por hora por un limo súper deslizante, lo que debía de ser algo digno de verse. Además de exportar ese limo, la enorme población de hanni había semidomesticado a las babosas, o quizá las había hackeado genéticamente para que se ocuparan de ciertas tareas. Los hanni residían exclusivamente en las cimas de los montículos que construían las babosas. Y allí… vivían. La experiencia de Solaz con

los hannilambra se había limitado a sus contactos con otras especies, actuando como comerciantes, intermediarios o especialistas. Pero por supuesto debía de haber muchos mundos colonizados por ellos en los que hacían sus vidas. Mundos en los que otras especies despertaban suspicacias, a juzgar por la larga conversación no traducida que Kit mantuvo con el control orbital. Luego ella se dio cuenta de que había muy pocas naves que no fueran hanni en el sistema. Tanto la *Buitre* como la *Mhairi* destacaban de forma incómoda.

«Bueno, quienquiera que enviara el mensaje sabe que ya estamos aquí».

—Nuevo mensaje —informó Kris—. No del orbital. Del planeta. De uno de los… —Se esforzó por entender lo que le llegaba por los comunicadores—. No voy ni siquiera a intentar decirlo, lo siento. Uno de los… traductores dice que es un «centro de vacaciones postdoméstico», sea lo que sea lo que eso quiera decir. Nos indica un lugar al que ir.

—Siempre cabrea cuando son tan vagos que eres tú mismo el que te tienes que meter en la trampa —gruñó Olli—. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—Kit, ¿podemos aterrizar?

—Eso está siendo dirigido —repuso Kit a través del traductor, que parecía estar haciendo experimentos.

—Bueno, supongo que bajamos. O casi todos. El escorpión…

—Bajo ninguna circunstancia será tolerado —intervino Kit—. Ni el Señor Agujeros. No debe haber ningún indicio de violencia.

—Cojonudamente perfecto —protestó Olli—. ¿Quieren que bajemos desnudos y atados, también? ¿Es una costumbre hanni del lugar?

—Preferible, no obligatorio —dijo Kit, y Solaz no pudo adivinar si bromeaba.

Se acordó al fin algún tipo de lugar de atraque en el planeta y Olli bajó la nave. Si usar el escorpión no era posible se quedaría con la *Buitre*, o al menos así consiguió Kris que cediera. Los demás irían a buscar a su contacto. Solaz encriptó un mensaje para la Mhairi en el que pedía que tuvieran un equipo listo para intervenir ante el peor de los escenarios posibles. Pero sólo en ese escenario, porque daba la impresión de que caminaban sobre hielo quebradizo con los

hanni, a los que hasta entonces nada más que había conocido como gente alegre y pragmática.

—¿Vamos a caer en medio de alguna crisis que haya en marcha aquí? —le preguntó a Kittering. Porque no le habría sorprendido.

Él la miró inexpresivo, aunque la verdad es que la mirada de los cinco ojos de un hanni no transmitía mucha expresión a los humanos.

—La residencia es el propósito de la colonia —explicó—. Familia —añadió en un intento de transmitir algo comprensible para los humanos.

—¿Creen que podemos herir a sus niños?

—Correcto.

La elevada aguja de la torre de las babosas no tenía espacio para el aterrizaje, pero la cima estaba rodeada por el toroide claveteado de un motor gravitacional. Olli dirigió la *Dios Buitre* hasta que las manos invisibles del control de aterrizaje se hicieron con la nave. Luego Solaz, Kit y Kris descendieron cautelosamente por la rampa sin nada más que trescientos metros de caída debajo de ellos.

—Será difícil escapar si molestamos a la población —comentó secamente Kris. Y la población no les perdía de vista. Había unos cuantos de los compactos transbordadores hanni atracados en el lugar, con sus tripulaciones entrando y saliendo, e ingenieros caminando como cangrejos sobre los cascos. Todo se pararon para quedarse mirando a los dos humanos, orientando los caparazones para fijar en ellos sus ojos ámbar sin párpados. Kittering llevaba sus brazos blindados muy rígidos, y Solaz tuvo la impresión de que estaba terriblemente avergonzado por dejarse ver en esa compañía. «¿Nos ha traído a conocer a los suegros?». Pero intentaba recordar lo poco que sabía sobre las estructuras familiares hanni, y no parecía ser eso exactamente.

A tres amarraderos de distancia un comité de bienvenida recibía a una nave, con una docena de hanni tocando una especie de música nerviosa con instrumentos de cuerda que sostenían con las mandíbulas. Sonaba terriblemente desafinada y no llevaba la insistente percusión de las composiciones hannilambra a las que Solaz estaba acostumbrada. Un grupo salió de la nave y hubo gran cantidad de lo que a ella le parecieron interacciones rituales. Su traductor funcionaba a toda máquina y pese a ello no era capaz de

seguir lo que se decía, sólo captaba frases extrañamente triviales sobre el paso del tiempo, el trabajo e incluso el clima. Kit avanzó sin querer formar parte de aquello.

En los túneles del interior de la aguja se vieron inmediatamente obligados a agacharse. Por ejemplo, el casco de Solaz raspaba de forma irritante en el techo. Pasaban hanni a toda velocidad por todas partes, subiéndose por las paredes para evitar a los lentos humanos encorvados. No daba la sensación de que se encontraran en un lugar público o que dispusiera de ningún tipo de facilidad para los no hanni. Kit les condujo a través de un laberinto de túneles anchos y bajos, iluminados con un resplandor anaranjado por unas cuentas colocadas en espiral. La combinación hizo que Solaz se sintiera mareada, hasta que cambió el filtro del visor. De vez en cuando entreveían salas de mayor tamaño donde los hanni estaban… haciendo cosas. Reunidos, formando círculos, espirales o en otras disposiciones. Les vio pintándose las conchas y los escudos de los brazos entre ellos, o debatiendo ante pantallas repletas del alfabeto denso y puntiagudo de los hanni… Inventarios, quizá, o listas de algo. Había visto manifiestos de carga hanni y no eran del todo distintos. En otro lugar había cinco hanni postrados ante otros pintados de colores brillantes (¿ricos?). Sus propias conchas carecían totalmente de adornos y Solaz tuvo la sensación de que estaban siendo juzgados, castigados o… Kit se detuvo a mirar, quizá en señal de respeto, y todos tuvieron que esperar a que terminara lo que fuera aquello. Al final apareció un hanni con una cuchilla electrificada de aspecto peligroso, con el filo brillando en un rojo anaranjado, y Solaz se preparó para algún tipo de ejecución brutal. Pero a los cinco penitentes les tallaron cuidadosamente el mismo símbolo en la espalda. Kit lanzó un sonido silbante, como un suspiro.

—Quizá algún día —fue la traducción.

—Ellos… Espera, ¿ha sido la investidura de unos cuidadores? —Kris obviamente sabía más de la cultura hanni que Solaz.

—Estas cosas llegan, para los que titubean —respondió Kit, en apariencia de acuerdo. Bailó en un pequeño staccato para aliviar la tensión antes de volver a liderar la marcha, añadiendo—: También, estad preparadas. Lo desagradable me aguarda más adelante. ¿Es posible que también para vosotras?

—¿Problemas? —preguntó Solaz.

—No es eso. —Y luego se adentraron en una cámara más grande, la mayor en la que habían estado, y llena de cadáveres.

Solaz no vio al principio más que conchas descartadas. Tenía la idea de que los hanni podían desprenderse de sus caparazones como los insectos terrestres. Pero no. Había varios cientos de hanni muertos dispuestos como en radios que cubrían la mayor parte del lugar. El aire estaba cargado de un aroma químico que era de descomposición o de algún producto para evitarla. Y otros hanni vivos entraban y salían, acarreando muertos a paletadas o moviendo los cadáveres más hacia el centro, en un ciclo de pesadilla continuo. Otros se agachaban sobre los muertos del centro y señalaban algo en pantallas proyectadas. Solaz esperaba que tuvieran marcas de quemaduras, como penitentes condenados a ocuparse de los despojos, pero los hanni que trabajaban aquí llevaban dibujadas unas barras en las conchas que les identificaban como miembros de alguna casta o profesión concreta que debiera reconocerse de inmediato.

—Hay… ¿qué pasa aquí? ¿Hubo una pandemia o…?

Kit pareció considerar la pregunta ofensiva, pero Kris se le acercó y murmuró.

—Esto es… lo que quieren los hanni. El final como desean que se produzca. Son hembras que han tenido éxito.

La idea desconcertó a Solaz, que intentó comprenderla, y entonces un recuerdo vino en su ayuda. Todos los hanni eran machos, hasta que volvían a casa al fin y se asentaban. Lo que consistía en fertilizar los huevos de una hembra. Entonces se convertían ellos mismos en hembras y albergaban sus propios huevos. Y luego morían. Ése era el ciclo vital al que habían evolucionado, y con el que se convirtieron en una civilización floreciente que alcanzó las estrellas. «Post-doméstico», para un hanni, era una sentencia de muerte a la que se dirigía con alegría. Esos «cuidadores» debían de ser abstinentes, que perdían la oportunidad de tener descendencia para poder criar a la siguiente generación de los demás.

Al ver aquello, Solaz quiso saber más. Quiso preguntarle a Kit si esto era realmente lo que quería. Ella misma había nacido de una cuba, al fin y al cabo. Seguramente los hannilambra podrían acabar

con ese ciclo, poner en marcha una tecnología que les permitiera a la vez tener hijos y llegar a una edad más avanzada. Quería preguntar a Kit si no preferiría seguir cruzando pasajes en lugar de volver a casa para morir. Porque cada céntimo de viruta o halma que ahorraba estaba destinado a proporcionar un nido adecuado a unas crías que no llegaría a ver jamás. Pero se daba cuenta de que no podría plantearle con exactitud ninguna de esas cuestiones, porque partían de enfoques humanos, y eso no tenía nada que ver con la humanidad.

—¿Dónde está nuestro contacto? —preguntó Kris, pero apenas terminó de decirlo, los comunicadores de Kit crujieron y se dispuso a dirigirles de nuevo. Aunque seguía existiendo la posibilidad de que se encaminaran a una trampa, Solaz admitió que cualquiera que creara problemas allí se tendría que enfrentar a cada hanni del planeta.

—Son un ajustador —informó Kit, y llegaron al final del túnel para arrastrarse a otro más pequeño por debajo.

—¿Ajusta las pérdidas? ¿Como una especie de seguro? —le preguntó Kris.

—No es similar. No es disimilar. Las posesiones que no han sido liquidadas deben evaluarse y quedar a disposición de los jóvenes. Se producen dificultades a menudo. Cosas inusuales o ilegales, robadas y difíciles de vender. Todas deben ser admitidas. A menudo se venden fuera. Los ajustadores necesitan muchos contactos. También es un trabajo vergonzoso. Se le da a los que no se integran.

Por entonces estaban ascendiendo una cuesta para llegar a una sala de forma cuadrada, que tenía los primeros muros rectos que habían visto desde que entraron en la aguja. Las paredes estaban repletas de pantallas que mostraban paisajes con distintos colores, climatologías, nubes, iluminaciones y soles que se levantaban o ponían con docenas de matices distintos.

En medio del lugar estaba lo que al principio tomó por un hanni blindado, pero era una estructura colmenera. También vivían entre los hanni, por supuesto, ¿por qué tendrían que tener ningún rasgo humano allí?

Su cuerpo estaba rematado con plástico metalizado como latón y cromados de colores plata y púrpura, con la superficie decorada con elaboradas volutas que imitaban las de los hannilambra de estatus

elevado. Su saludo, dirigido a Kit, era reconocible como el que dirigía un superior a un inferior, tanto que su amigo dejó escapar un breve *staccato* de disgusto antes de que llegara la traducción.

—Su significante es Neuriano. —No era un nombre que sonara a hanni—. Muy snob. Nos esperan. Hay quejas sobre cuánto tardamos en llegar. La posibilidad de que se reunieran con nosotros en el muelle existía. —Elevó el volumen en esta última frase para asegurarse de que llegara hasta Neuriano.

Solaz y Kris intercambiaron miradas y luego la abogada hizo una leve inclinación formal. Si existía algún tipo de etiqueta adecuada para saludar a un colmenero vestido de hanni en un mundo alienígena, no aparecía en ningún manual.

—Ministro Neuriano —conjeturó Kris—. Saben por qué estamos aquí. Yo… Si eso ayuda, tenemos credenciales diplomáticas de su Asamblea. Si facilita en algo las cosas con ustedes.

Neuriano retrocedieron unos pasos mientras levantaban los rostros en relieve que aparecían en los escudos de los brazos.

—Ah, humanos. Hace mucho desde la última vez que me tuve que comunicar con humanos. El lenguaje hannilambra es mucho más rico en matices. No ayuda, *mesdam* Keristina Soolin Almier. Ha cometido el error habitual de pensar que en la Asamblea todos estamos cortados por el mismo patrón. Algunos nos negamos a reintegrarnos. Algunos preferimos seguir siendo quienes somos. Elijo no abandonar esta encarnación como Neuriano. Soy.

La voz había comenzado plana y oxidada, pero había ganado en personalidad a medida que las palabras surgían del cuerpo en forma de cangrejo. Solaz tuvo la sensación de que se trataba de un personaje duro y desagradable.

—De acuerdo entonces, vamos al tema —sugirió Kris—. Ustedes, o sus superiores, hicieron ciertos esfuerzos para informarnos de que tienen a Idris Telemmier, nuestro compañero de tripulación. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Espléndido, supone cosas equivocadas desde el principio —remarcaron áridamente Neuriano—. Aunque es cierto que *menheer* Telemmier, inter de primera clase, es de hecho el motivo de esta reunión. Mis superiores no lo tienen. Disponen de información concerniente a su paradero que no está totalmente separada de sus propios intereses. Sin embargo, dado que les conocen a ustedes, y

sienten que… no hay una palabra humana para lo que sienten, pero sugiramos que existe una cierta «conexión»… se sienten en la obligación de llamar la atención de ustedes e implicarles en sus planes de venganza.

—¿Venganza contra Idris? —interrumpió Solaz.

Los ojos de Neuriano —simples luces en una corona de metal dentado, probablemente ni siquiera sensores— titilaron hacia ella.

—Otra suposición incorrecta. Pero miren.

Todas las pantallas menos una se oscurecieron. La sala se quedó en sombras, por lo que Solaz se tensó a la espera de que en cualquier momento comenzara una emboscada. Resultó ser una nueva suposición equivocada. En la imagen encendida, en lugar de un paisaje apareció una mujer. Enjuta, con el pelo corto, el gesto tenso por alguna emoción mientras hablaba. No había audio, pero el movimiento de los labios no indicaba que hablara en colvul.

—La tothiat —dijo Solaz. La mujer de Arc Pallator, que estuvo allí hasta el final, peleando a su lado contra los *voyenni*. Que no se había subido a los transbordadores, y por tanto compartió el fatal destino del planeta. Seguro que ni siquiera alguien de su especie podría sobrevivir a aquello. Salvo que estaba haciendo un montón de suposiciones, como habían señalado Neuriano.

Se encendió otra pantalla en mitad de la sala. La misma imagen de Idris, supuestamente datada después de que Arc Pallator dejara de ser algo más que un ejemplo de arte letal, pero la perspectiva era más amplia, se veía más alrededor. Una multitud de sectarios, del tipo andrajoso que abundaba en aquel planeta, se dirigía a algún lugar fuera del área en el que se habían apiñado hasta poco antes. Vio los pilares pero tardó un momento antes de entender que miraba el templo. Aunque este templo estaba rodeado de unas altas plantas bífidas, que pisoteaban en su salida. Un tipo de follaje verde lima que nunca se había visto en Arc Pallator.

—Los essiel les salvaron. —Kris suspiró.

—Simplifica la situación, pero puede servir como referencia —dijeron Neuriano, y aumentaron la imagen en la parte de la multitud en que no se veían los colores hegemónicos. Idris, por supuesto. Idris y la tothiat, Emmaneth—. Ella le tiene —explicaron—. Y mis superiores quieren hablar con ella. Les invitan a venirse de caza.

Havaer

—Ésta es Emma Caelan Ostri —dijo la jefa Laery—. Es una asesina, entre otras cosas. Solía matar gente para nosotros antes de que decidiera que quería más.

Havaer colgaba atado a una pared curvada por una correa en la muñeca y examinó el rostro de la mujer. Movió la imagen para repasar poco a poco su historial, criminal y de servicio, sin novedad en los últimos ocho años.

Suponía que ella no era ahora la «jefa» Laery, y el «nosotros» al que se refería podía incluirla o no todavía en sus filas. Desde luego, este orbital perdido sin gravedad en el que estaban ahora sobre Berlenhof no era su oficina habitual. Ella se agachó sin esfuerzo sobre una pared, como una araña, perfectamente cómoda, con sus extremidades quebradizas libres de los grilletes de cualquier imposición de la gravedad, artificial o planetaria. Él por su parte tenía que reajustar continuamente su posición para no salir dando tumbos.

—La encontramos en los datos de la *Byron*. Estaba en Arc Pallator. No cuadra en el perfil de peregrino.

—¿En qué andaba? —le preguntó. «¿Y por qué tendría que importarme?».

Laery tenía los ojos entrecerrados. No le miraba directamente, aunque dado que él no era capaz de quedarse quieto quizá no fuera culpa suya.

—Resultó malherida cuando se ocupaba de un encargo nuestro. Uno de mis casos, de hecho. Liquidar un cartel criminal antes de que pasara a controlarlo alguien aún peor. Ese alguien peor casi acabó con ella. Desde luego terminó con cualquier lealtad que tuviera hacia la Casa Ácida y nos dejó poco después. Fue directamente a ese alguien peor y le ofreció sus servicios y sus conocimientos a cambio de un arreglo.

Havaer se adelantó.

—Ése es todo un arreglo.

—Bueno, ella tenía unos cuantos daños que arreglar —comentó Laery—. Le pusieron un anfitrión tothir y le dieron la del pulpo, la verdad. Ella les soltó después todo lo que sabía. ¿Estás familiarizado con esa especie?

Havaer asintió. «Jodidamente familiarizado».

—Tuvo la impresión de que integrarse con uno podría acabar con sus males —explicó Laery—. Llevaba razón, y trabajó para ellos algún tiempo. Mató más gente, algunas veces de los nuestros. Siempre fue una putita perversa. Ahora es una semi inmortal perversa. Por suerte tenemos algunos remedios para ese problema y me aseguraré de que cuentes con ellos.

—Ya sabe que he tenido algunos encontronazos con esa gente —dijo Havaer—. Sin el respaldo del departamento no sé qué puedo hacer.

—Eso no es asunto tuyo —respondió Laery. A Havaer le parecía que sí, pero no quiso contradecirla—. El rumor que sí me ha llegado, a través de canales privados, es el de que *mesdam* Ostri, que se hace llamar Emmaneth en su nueva encarnación, salió de Arc Pallator acompañada.

Una única imagen estática: la multitud, el templo, la vegetación. Telemmier.

—Jefa, esto corresponde al departamento. Es cosa de la seguridad del Hum.

—No —respondió con tanta intensidad que tuvo que agarrarse a la pared para evitar que esa única palabra la soltara—. Ahora mismo nos corresponde a nosotros. Si es que sigues conmigo, Havaer. Créeme, no voy a compartir esta información con toda la estructura del departamento. Tengo la suerte de ser ahora mismo una agente libre.

—Esto está relacionado con el… —Ya había hecho un informe completo sobre lo que Colvari habían encontrado en los datos, la conspiración para crear una flota de arcas.

—Déjamelo a mí —le dijo Laery—. Lo has hecho bien, pero ahora me ocuparé yo. —Se dejó caer en la ingravidez, y él se pregunta cuánto llevaría sin dormir—. No querrías ir contra tu propia gente, Havaer. Es algo que hace daño por dentro.

—Ya ocurrió en la Luna de Hismin —señaló.

—¿Y quieres seguir por ahí?

No quería, por supuesto.

—La Oficina está corrupta —dijo Laery, más para sí misma que para que él le escuchara—. Llevan tiempo trasladando a gente para convertir a la Casa Ácida en su perro faldero. Así que a veces

tenemos que acudir a otros sitios…

—¿Jefa?

Su mirada volvió a él.

—Ésta es tu misión. Llévate el dossier, rastrea a Emmaneth. Recupera a Telemmier si puedes. Si no… mantenle fuera de las manos de cualquier potencia enemiga. ¿Me has entendido, Havaer?

La perspectiva no era mucho más agradable que darse de cabezazos contra la Casa Ácida, pero asintió sin entusiasmo.

—No puedo andar de paseo por la Hegemonía sin más. En particular cuando ni siquiera sabemos si a ellos les parece que estamos en guerra.

—No te lo pediría. El tema —explicó Laery— es que ella no está en la Hegemonía. O al menos no la mayoría del tiempo. Todo está en el dossier. Ha entrado y salido del espacio colonial los dos últimos años, y visita un reducido número de mundos. Desde que nos vendió a sus últimos patrones. Una putita realmente retorcida. Así que ve a encontrarla, descubre qué se trae entre manos, y recupera a nuestro inter. Y si nuestra antigua empleada se encuentra con un destino que su fisiología no pueda superar, mucho mejor.

18

Solaz

Neuriano no ofrecieron ninguna información sobre quiénes eran exactamente sus superiores.

—Ustedes son aliados o son rivales —les resumieron, tan pagados de sí mismos como podría parecerlo un hanni mecánico—. En el segundo caso, estarán más que contentos de que no conozcan su identidad.

Solaz se quedó mirando amargamente a su interlocutor. Según lo que había dicho Kit, alguien en la posición de Neuriano tendría que tratar con muchos agentes externos, la mayoría de las veces para liquidar o invertir propiedades de las madres hanni muertas para que sus crías pudieran estar lo mejor protegidas que fuera posible. Al principio no entendió por qué esto no era simplemente un asunto que manejaban los propios hanni, y asumió que correspondía a alguna costumbre mortuoria en esa especie cuya actitud hacia la muerte ya era, desde un punto de vista humano, especialmente excéntrica. Después de un rato en que Kit intentó explicarlo sin decir nada concreto, comprendió que Neuriano y sus colegas se encargaban específicamente de deshacerse de bienes con los que los propietarios fallecidos no querían aparecer como relacionados, y que los hanni en su conjunto se avergonzarían de conservar.

—¡Son una pantalla! —acusó a Kit—. Tenéis todo un mercado negro en marcha.

—Es una valoración totalmente imprecisa de la situación —replicó Kittering, aunque percibió que intentaba eludir el tema por la forma en que no podía quedarse quieto—. Una etiqueta humana correcta sería la de «reparadores de reputaciones».

—Estos aliados tienen contactos en la Hegemonía —señaló Kris—. Y una buena red de contactos como para que las noticias lleguen

aquí tan rápidamente. Eso supone el acceso a muchas naves.

—¿Para qué nos necesitan entonces? —preguntó Solaz—. Ahora mismo no somos más que una simple nave de rescate. No tenemos a Idris.

Miraron a Neuriano, que había dispuesto imágenes de planetas u orbitales en las pantallas: estaciones construidas por los humanos, planetas ocupados por humanos.

—Mis asociados necesitan una nave que pueda operar sin problemas dentro de la Esfera Colonial. Con una tripulación comprometida a encontrar a estos fugitivos. Lo primero es común, lo segundo… son ustedes. A cambio, les brindarán todos los recursos que necesiten, pero lo más importante es que disponen de la información que les falta, sin la que no sabrían ni por dónde empezar. Su amigo está ahí fuera. O estaba. Esa mujer es una mala persona. Los tothiat están todos locos.

—El dolor —dijo Kittering de forma inesperada. Luego añadió—: El que matamos Olli y yo no sentía ningún miedo a ser herido. Se dice que el dolor de ser un tothiat eclipsa cualquier otro.

—Genial —respondió Kris—. Tenemos que hablar con Olli.

—Sean convincentes —advirtieron Neuriano.

Le enviaron todos los detalles a Olli bajo la mirada metálica del colmenero, y ninguno le gustó mucho. Pero el chorro de invectivas no llegó. La capitana de facto de la *Buitre* parecía extrañamente dubitativa

—¿Veis alguna relación con la Hegemonía?

—Tendría sentido —admitió Kris—. Los tothiat vienen de allí.

—Sí. Sí, así es, joder. —Y luego los comunicadores quedaron en silencio.

—¿Olli?

—Es que no veo otra salida. Si Idris está ahí fuera, tenemos que ir a por él, ¿no? Sin importar cómo. Quiero decir, nos hemos metido ya antes en la cama con bastante gente chunga, ¿verdad? —Sonaba como si intentara convencerse a sí misma. Sonaba como si estuviera un paso por delante de ellos rumbo hacia la única conclusión lógica, lo que a Solaz le gustó—. Decidle al robocangrejo cabrón que lo haremos, creo —añadió al fin—. Antes que nada, ¿qué nos piden exactamente? ¿Pago por adelantado?

—Mis superiores quieren reunirse con ustedes. Que accedan a

hacerlo es a la vez todo lo que piden y un requisito previo. Les gusta la inmediatez en sus tratos.

—Qué anticuados —murmuró Kris, pero sin más que eso, ya habían llegado a un acuerdo.

Neuriano les ordenaron volver a su nave. Debían salir de la órbita de Estridente para dirigirse al espacio abierto, donde esperarían instrucciones de los misteriosos superiores del colmenero. Solaz se dio cuenta de que todos habían pensado lo mismo: habría que mantener los motores en marcha para estar preparados para una huida inmediata al nospacio, por duro que fuera el uso de ese recurso para la salud mental. Un saltito por los pasajes les alejaría de casi cualquier posible problema.

Casi. Hubo aquella vez en que no funcionó…

Solaz sentía crecer un presentimiento desagradable sobre todo aquello. Así que en cuanto se vio a bordo de la *Buitre* fue a por el Señor Agujeros. O más bien el reemplazo que le había correspondido después de perder el acelerador en Arc Pallator. A veces tenía la sensación de que iba dejando un rastro de equipo parteni caro a lo largo de la galaxia.

Les dio la impresión de que las autoridades planetarias de Estridente se sintieron más que contentas de verles partir. No era un planeta hospitalario con los visitantes. No era difícil de entender por qué los hanni eran muy muy protectores respecto a esos planetas-guardería donde creaban y criaban a sus hijos. Cuando Olli les llevó más allá de los orbitales, lejos del planeta y su sol, envió un mensaje a su escolta, la *Mhairi*.

«Contacto establecido con el agente y alcanzado un acuerdo para cooperar con su anónimo patrón. Esperamos instrucciones que nos llevarán a encontrarnos con el jefe». Reflexionó sobre cuál podría ser el mejor momento para una trampa. Una cita espacial daría a la *Buitre* una oportunidad de escaparse si eran cuidadosos. Lo más probable es que les dirigieran a otro planeta, algún lugar concreto en un mundo, o al alcance gravitacional de un orbital. Esperaba que la *Mhairi* y sus mirmidones bastaran para detener a cualquier enemigo el tiempo suficiente como para que pudieran escapar.

Olli había estado muy suave desde que volvieron. Su falta de quejas era un auténtico motivo de preocupación. Solaz quería hablar con ella para ver qué le pasaba. Pero Olli parecía ocupada.

Arreglando esto o aquello, trazando rutas a través de pasajes para tenerlas previstas en cuanto saltaran al nospacio. Sobre todo ocupada evitando hablar con Solaz. O con cualquiera. Kris y Kittering estaban sentados en sus puestos e inquietos, obviamente igual de incómodos por el estado de su capitana.

Después de revolotear en la entrada del muelle de drones, el feudo de Olli, Solaz bajó a la cápsula de mando, donde Kris revisaba comunicaciones de la *Mhairi*.

—No recibo nada —decía cuando entró Solaz—. ¿Podéis compartir datos de vuestros sensores?

Solaz se dejó caer en un asiento y se conectó a la conversación, en la que escuchó hablar a la oficial parteni.

—Estáis justo en el epicentro. ¿Vais a salir al nospacio? Tenéis los motores encendidos. —Pronunciaba las palabras en colvul con un acento duro y dubitativo.

—En realidad no —le aseguró Kris, inclinada sobre su consola.

Habían llegado un montón de datos, el universo a través de los ojos de la *Mhairi*. Los sensores de nivel militar de la nave habían captado un doblez en el universo, un cuenco de distorsión gravitatoria que tenía a la *Dios Buitre* en su centro exacto.

—No veo nada de eso —protestó Kris—. Pero estoy… Tengo un retraso en la señal, un retraso de un minuto sobre lo que captan vuestros sensores, aunque estoy… —Clavó la mirada en Solaz—. No podemos verlo porque estamos dentro.

—Nos marchamos —decidió Solaz—. Olli, ¡en marcha!

Olli debía estar escuchando porque los motores brachator movieron a la *Buitre* casi inmediatamente hasta la caótica intersección entre el espacio y el nospacio, y agitándoles hacia delante y a los lados. Fue un salto violento en el espacio que los amortiguadores gravitacionales convirtieron en una suave vibración para los tripulantes dentro de la nave.

—Sigue con vosotros —llegó de los comunicadores de la *Mhairi*, que ahora les nutrían de registros en directo de los sensores, distorsionados por lo que estuviera pasando. Y luego, con una voz sorda—: Os está dando caza.

Luego algo emergió del nospacio, justo encima de ellos. Parecía un sol.

No una bola de gas incandescente, no un sol de verdad. Y por

tanto aún más aterrador. Un sol idealizado, con rayos dentados y curvados que emergían de un eje central, dominado por unas grandes fauces irisadas abiertas para devorar a la *Buitre* entera. Si no se hubieran movido, habrían estado entre sus dientes tan pronto como la cosa salió del nospacio. Según ocurrió, la repentina presencia de otro cuerpo tan próximo liquidó sus cálculos, cambiando el tejido del espacio de forma que la *Buitre* se encontró súbitamente fuera de control, apartada del universo y luchando por mantenerse del lado de la realidad.

Solaz se concentró, con la duramente adquirida disciplina de mirmidón tomando el control. Compensó el giro, luego puso a los inadecuados láseres de la nave de rescate en marcha para rastrear al recién llegado a pesar de la trayectoria en espiral a la que les había lanzado. Olli estaba soltando barbaridades, lo que le pareció tranquilizador. Pudo ver que el envoltorio gravitacional de la nave-sol intentaba engancharles y mantenerles cerca, con Kittering rechazándolo frenéticamente e intentando usar la misma fuerza para alejarse en su lugar. Kris intercambiaba datos y monosílabos con la *Mhairi*, mientras la nave parteni ya se acercaba con su armamento a punto.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Olli.

La nave-sol giraba con elegancia sobre el disco central, un rostro teselado de triángulos y diamantes todos orientados hacia su hambrienta escotilla. Los rayos estaban cortados como los dientes de una sierra circular, de forma idéntica. Cada uno de ellos era también mayor que la *Buitre*. Al principio había pensado que serían pura decoración, pero ahora se daba cuenta de que formaban en conjunto un motor gravitacional de una potencia impresionante. La estructura de la nave era algo totalmente distinto a cualquier cosa que hubiera visto antes, pero la simetría radial y la estética geométrica le hacía pensar en la Hegemonía.

—Los essiel han venido a por nosotros. ¿Porque nos llevamos los transbordadores? —soltó. Era lo único que le parecía que podía tener sentido.

—No. —A Olli le temblaba la voz—. No es eso. Una historia anterior. Pero es algo jodidamente personal, desde luego.

Kit les mantenía justo por delante del alcance gravitacional de la nave-sol, como si fueran un corcho en un mar embravecido que se

alejara cada vez que una mano intentaba hacerse con él. Solaz comprendió que se debía sobre todo a que la nave-sol estaba desorientada tras su retorno a lo real.

—Tenemos que irnos —decidió—. Olli, ¿podemos salir al nospacio?

—El planeta está lo suficientemente lejos, pero los tenemos encima y suponen un montón de masa —respondió Olli.

—*Dios Buitre* —interrumpió la *Mhairi*—. Vamos a intervenir. Empezamos ahora el ataque. Salgan. Compris?

—*Compris*, madre —respondió Solaz de manera automática, pero ahora mismo Olli no iba a dejarle decidir. Salvo que la nave resultara ser una emisaria diplomática con ínfulas, la *Mhairi* no iba a ser capaz de plantarle cara mucho tiempo.

La *Dios Buitre* ya estaba bajo control, con el motor brachator moviéndoles en un rumbo errático que les alejaba de la nave-sol. Solaz rastreó al pequeño interceptor parteni mientras fijaba un rumbo que les colocaría entre las dos naves, con los aceleradores y el martillo gravitatorio ya preparados.

—Comunicación de… Dice que es la *Omnipotente Guadaña Matutina* —informó Kris—. Maldición. Dice que… dice que aceptamos acudir a una audiencia.

—Éstos son los amigos de Neuriano, entonces —señaló Solaz—. Un momento. *Guadaña*… —O lo que significara originalmente en algún lenguaje hegemónico. Pero su cabeza empezaba a atar cabos. Las guadañas eran para… cosechar, ¿no?—. ¿Podría ser Aklu?

—Sí, es el puto Aklu —gruñó Olli. Había una docena de puntos destacados en el elaborado casco de la nave, aislando la insignia de la Cosecha Rota que ya conocían de antes.

—Lo están rebotando —fue la interpretación del traductor de Kit, pero era una afirmación correcta. Porque los disparos de acelerador de la *Mhairi* salían desviados a cualquier parte menos a la propia *Guadaña*. Luego fue el turno del martillo de masa: un arma penosamente pequeña comparada con las enormes baterías desplegadas por el Partenón contra los Arquitectos, pero con todo el mejor cascanueces disponible para partir esta nuez en concreto.

Se sintió gratamente sorprendida al ver que el impacto consiguió afectar a la *Guadaña*, desviándola un pequeño ángulo, aunque sin

causarle ningún daño visible.

—¡Olli! —llamó, pero en mitad de su llamada ya estaban reptando hacia el nospacio, abandonando la realidad con un estremecimiento desgarrador que sacudió toda la nave.

Estaba sola.

Todos estaban manos a la obra, sin posibilidad alguna de ponerse en suspensión. Incluso ahora Olli estaría trazando una ruta hacia una salida antes de meterse en la cápsula que había en el muelle de drones. Kris y Kit deberían estar ya deambulando por sus propias pesadillas solitarias rumbo a sus cápsulas, y Solaz tenía que hacer lo mismo. Se incorporó, desorientada pese a que nada hubiera cambiado en la nave. Salvo que había cambiado todo. Aquello ya no era real, ni tampoco lo era ella. Tenía que ponerse a salvo antes de que aquello empezara a afectarle a la cabeza.

Tenía las puntas de los dedos sobre la cubierta de su cápsula, ya con la sensación de vacío de la nave empezando a moverse y mutar a su alrededor, como si cada parte de aquello se moviera en el momento en que le daba la espalda. Por un segundo pensó que la tapa no se abriría, pero luego estuvo abierta sin transición visible. Se metió dentro.

«¿Qué pasaría si me durmiera y…?

No es el momento de pensar esto.

¿Y parara?

¿Qué pasaría si parara?

(Has hecho esto un centenar de veces).

Ya soy irreal. Nada es real aquí. Todo está en mi cabeza. Estoy a punto de apagar mi cabeza. ¿Qué pasaría si…?».

Entonces, un terrible momento de iluminación. «¿Cómo puede Idris soportar esto, una y otra vez sin poder ni siquiera dormir? ¿Cómo es que es el mismo Idris el que sale cada vez?».

Y empezó a mirar más allá de los confines inciertos de su cápsula de suspensión, porque a la vez que el nombre de él resonaba en su cabeza, le parecía escuchar su voz. Estaba a punto de girarse, de mirar alrededor. Seguro que estaría ahí. Idris, o su fantasma, quizá con alguna pista, alguna información vital que les permitiera encontrarle. Estuvo a punto de mirar. Pero mientras movía la cabeza, se dio cuenta de que no era él. No podía ser él. Pero había algo allí, que realmente quería que lo mirara. Estaba

prácticamente sobre su hombro, respirando en su oído. Era una sombra en el rabillo del ojo. Necesitaba que ella lo viera, y si lo hacía, lo volvería real, y quizá entonces lo que emergiera del nospacio no sería ella en absoluto, por mucho que siguiera teniendo su rostro y respondiera a su nombre y…

Salieron del nospacio a la realidad. Solaz apartó el codo de Kris de su garganta y cayó hacia atrás, tosiendo. Habían estado a punto de meterse en la misma cápsula, en sus universos solitarios.

—¿Qué ha pasado? ¿Olli? —Kris la ayudó a levantarse mientras llamaba a su capitana.

—Estamos… No sé dónde cojones estamos, alguna pequeña roca minera de mierda de los hanni en algún lugar que… ¡Joder!

La *Dios Buitre* se tambaleó violentamente, tirando a Kris y Solaz a un suelo que por un breve instante estuvo a sesenta grados de inclinación. Solaz agarró una pizarra que caía y se conectó a los sensores de la nave.

Estaban en el centro del sol. La *Omnipotente Guadaña Matutina* les rodeaba por completo, con las fauces abiertas para engullirles. No era la primera vez que les rastreaban en el nospacio. Y la anterior había sido el mismo grupo de forajidos hegemónicos. El cártel Cosecha Rota les había atrapado.

Solaz fue a por su arma.

—No creo que eso ayude —le dijo Kris.

—No podemos simplemente dejarles que nos lleven. —Sabía que Kris llevaba razón, pero… Algo en su interior no le permitía hincar la rodilla sin más.

—Por mis cojones que no —llegó la voz de Olli por los comunicadores—. Nos vamos.

—Olli, nos han atrapado. Estamos dentro de su campo gravitatorio —señaló Kris.

La nave se convulsionó.

—Nos vamos —repitió Olli, con los dientes apretados, y luego Solaz y Kris casi dieron un bote cuando la *Dios Buitre* pegó un tirón hacia adelante, luchando contra el control de la *Guadaña*.

«No hay esperanza», Solaz lo sabía, pero la nave embistió a los lados, luego otra vez hacia delante… Kris y ella estaban ahora encogidas en el suelo, agarrándose a cualquier cosa disponible. Escuchó el chillido de unas interferencias procedentes de la cabina

de Kit, donde estaba su cápsula, y después un rápido tamborileo de quejidos que no pudo seguir.

—¿Dónde están nuestros amortiguadores? —gritó Kris—. ¿Qué nos han hecho?

—No han sido ellos —apuntó Solaz—. Somos nosotros mismos. Olli está usando toda la potencia del motor para sacarnos. No queda mucho para la contra inercia. Esto se va a poner movido. —Entre acelerones, intentó conseguir información de la nave, para ver a dónde les llevaba todo aquello. Cada parte de la *Buitre* se quejaba, surgían gemidos y crujidos de todos lados mientras luchaba por escapar del control de la *Guadaña*. Luego consiguió abrir una pantalla, con la imagen temblorosa por las continuas interferencias, y vio que su nave había llegado a ganar una velocidad considerable, con el motor brachator moviéndoles cada vez más rápido en su intento de fuga. Pero nada más que un intento, porque la *Guadaña* no les había soltado, y la arrastraban consigo, como si fuera una carga. La *Buitre* era una nave de rescate, después de todo. Sus motores tenían mucho más empuje del que sugería su tamaño.

Pero la *Guadaña* no les dejaba ir, y luego Kittering —que en apariencia había subido o caído a la cápsula de mando— trajo un nuevo problema urgente.

—Sensores del casco, intrusión en la escotilla del muelle de drones. ¡Cuidado, Olli!

—¡Oh, estoy bien preparada! —les dijo Olli, lo que quería decir que tenía los drones listos para colocarla en el escorpión, supuso Solaz, mientras seguía pilotando la nave—. Que vengan.

Solaz gruñó y se dirigió ella misma al muelle, gateando cuesta arriba la mitad del camino y luego derrapando cuando variaba la inclinación de la gravedad debajo de ella. Terminó rodando por el muelle y casi rebotó contra el escorpión, que se mantenía firme en el suelo, cada brazo extendido y dispuesto a la carnicería. El gesto de Olli, dentro de la cápsula de plástico, estaba crispado por la concentración.

—Espero que te trajeras a un amigo —le dijo.

Solaz le mostró al Señor Agujeros.

—En resumen, vamos a echar a arder. ¿Cuál es el plan?

—¿Cómo dicen tus zorras? *Prête à combattre*?

—*Prête*, madre.

Olli resopló. Luego fue evidente que había perdido la batalla por el control de la escotilla porque la puerta salió disparada. Que los motores de la *Guadaña* mantenían un envoltorio de atmósfera quedó claro cuando todo el aire del muelle de drones no pudo escapar como si fuera a recibir a un familiar querido. Lo que entró a cambio fue una única figura, ni siquiera vestida, ni equipada.

—Ah, mierda —dijo Olli—. Esto se pone aún mejor.

—¿Tienes algo de eso… lo que tenías? —probó Solaz.

—Lo gasté todo con su hermano la última vez —anunció Olli lo suficientemente alto para que la recién llegada lo oyera.

Era una mujer delgada, de aspecto duro, que llevaba un abrigo largo y un arnés con un dispositivo gravitacional, por lo que podía cabalgar en los campos gravitatorios de la *Guadaña* a su antojo. Les miraba de frente, pero Solaz sabía demasiado bien que era uno de esos simbiontes con una langosta en la espina dorsal. Era una tothiat llamada Heremon y trabajaba para el gángster essiel que dirigía el cártel Cosecha Rota.

Hubo otro… Era de imaginar que no su hermano en sentido literal, sino su compañero. Un salvaje especialmente asqueroso llamado Mesmon, y Olli se había deshecho de él con una desagradable receta específica para cortar el nexo entre el tothir y su anfitrión. Lo que había conseguido, con importantes daños. Y ahora Solaz pensaba que podrían haber guardado material para esta nueva ocasión.

Heremon ladeó la cabeza y miró al Señor Agujeros y todas las herramientas de corte del escorpión sin mostrar ninguna inquietud. Si era parecida a Mesmon, tenía motivos para no preocuparse. La carne de los tothiat podía repararse más rápido de lo que nadie podía desgarrarla.

—*Mesdam* Olian Timo —se dirigió hacia el escorpión—. Al Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho, se le ha hecho entender que ha consentido en mantener una reunión.

—Puede que sí. Pero no con él. El cangrejo metálico hijo de puta nunca lo mencionó.

—Ha consentido —repitió—. El consentimiento supone una obligación de sagrado cumplimiento por su parte, y por la del Inefable. Saben la seriedad con la que los essiel se toman estas cosas.

—Lo que sé —espetó Olli— es que tu jefe no respeta las mismas normas que el resto de las almejas. ¿Por qué debería creerme que nos va a dejar marchar vivos? La última vez mandamos su nave al desguace. —Hubo un momento de pausa—. Aunque debo admitir que tenía guardada una mejor. Una realmente estupenda.

La sonrisa de Heremon fue gélida.

—*Mesdam* Timo, se da el caso de que el Inefable ha sido apartado de la sociedad de los essiel, lo que es algo correcto, adecuado y forma parte de su lugar en el universo. Pero quiere tener hacia usted una deferencia especial. Por usted, y un acompañante, la Cuchilla no se afilará, y podrán hablar sobre intermediarios errantes y tothiats renegadas. ¿Qué le parece?

—¿O?

—O podrá brindarle la misma deferencia más tarde, una vez que todos sus camaradas estén muertos.

Olli frunció el ceño con furia, con pinta de querer apalear al universo entero hasta la muerte por meterla en aquello.

—Iré —se ofreció Solaz—. Iré contigo.

—Kris, Kit, ¿estáis escuchando? —preguntó Olli, y ambos confirmaron—. No te ofendas, pero prefiero llevarme a Kris si quiere venir. —Su mirada casi era compungida, lejos del habitual aire beligerante que reservaba para Solaz—. Quiero decir, si se trata de pelear dentro de su nave, estamos jodidas igual. Y Kris al menos tiene labia.

Kris

Kris hubiera preferido no tener tanta palabrería, la verdad. No es que no hubiera sobrevivido a duelos dialécticos con toda una selección de maleantes y corruptos a lo largo de su vida, pero Cuchilla y Gancho era algo totalmente distinto.

Ya puestos, ¿qué era un gángster essiel? Para un colonial, la especie era la extraña pero innegablemente poderosa camarilla que controlaba la Hegemonía mediante lo que muchas veces parecía puro terror. Sus acólitos humanos decían que eran divinos e interactuaban con ellos buscando adorarles y aplacar su posible ira. Posiblemente tuvieran con los sujetos de otras especies que les rodeaban arreglos similares, o quizá otros radicalmente distintos.

Pero en el núcleo de todo aquello estaría la forma de ver el universo de los essiel, y nadie tenía la menor pista de cuál era. Salvo que parecían muy contentos de que otros hicieran cosas para ellos. Al ser una especie naturalmente sedentaria, Kris suponía que aquello estaba profundamente arraigado en su psique alienígena.

¿Qué suponía entonces que uno de ellos se convirtiera en un fuera de la ley? ¿Y que quizá estuviera además loco? El inefable Aklu controlaba un próspero imperio criminal de extensión desconocida, a la vez que mantenía su acceso a los juguetes hegemónicos y, según mostraba su actual aparición, sus naves. Su papel en la Hegemonía no era el mismo que un señor del crimen humano podría tener en el seno de las Colonias. Contaba con una posición formal en la jerarquía de los essiel. Un hierograve de la secta había intentado explicarles que los de su estatus eran una suerte de demonios: enemigos de todo, pero a la vez aceptados como parte de un plan más amplio. Pero eso no era más que una interpretación humana, al fin y al cabo.

Lo que era seguro era que Aklu tenía muchas cuentas pendientes con la tripulación de la *Dios Buitre*. En su último enfrentamiento había muerto un valioso lugarteniente y la nave de Aklu fue destruida por un equipo de ataque parteni. Antes de eso, se habían hecho de manera discreta con algunas reliquias originarias que Aklu transportaba, y esos objetos luego se perdieron en la batalla sobre Berlenhof. Si Aklu reaccionaba en algún sentido como un humano, pensaría que estaban en deuda con él, y probablemente sólo le podrían pagar con sangre.

Ahora Heremon les guiaba con seguridad a través de los corredores octogonales de paredes cubiertas de madreperla hasta un salón en el que les esperaban no uno, sino dos essiel.

Kris se detuvo. Nunca había visto a más de uno en el mismo sitio. De hecho, ya el ver a alguno era bastante infrecuente. Pero ahí estaban esos dos, grandes como la vida. Las mismas conchas altas, partidas en la cima para permitir que emergieran un abanico de pedúnculos y extremidades delgadas como palos, enraizadas en unos amarres grisáceos y serpenteantes. Reconoció al que estaba en el sofá flotante como Aklu por las decoraciones plateadas que fluían sobre su caparazón en patrones molestos para la vista. También por la forma en que unos cuantos humanos, castigar y hanni se

distribuían a su alrededor en poses que eran a la vez serviles y preparadas para desencadenar la violencia. El otro essiel estaba suspendido en el aire, y por un momento pensó que estaba utilizando la ingravidez de la nave. Hasta que su vista se adaptó a la peculiar iluminación de la sala, más bien gris y muy difusa desde cualquier posición, con lo que confundía al ojo humano en cuanto a perspectivas y distancias. Cuando lo hizo, le quedó claro que el otro essiel estaba enganchado por arneses a las paredes. Unos cordones segmentados traslúcidos estaban clavados en la parte superior de su concha de forma que se podía balancear suavemente, con un zarcillo de cuatro metros enroscado debajo suyo como si fueran intestinos arrugados.

Intercambió una mirada con Olli, que seguía en el escorpión, y ella le devolvió el mismo desconcierto.

El segundo Essiel también resultaba familiar. Algo en los dibujos de su concha. Y tampoco había visto a muchos anteriormente.

—¿Es ése…? —dudó unos instantes hasta recordar el título exacto—. ¿El Radiante Sorteel?

—El Radiante Sorteel, Providente y Presciente —confirmó Heremon en voz baja. Se había detenido, dejándoles el espacio justo para que pasaran por la puerta. Aklu gesticulaba con sus múltiples brazos, mientras sus gemidos y estruendos estremecían las paredes y el suelo. Cuando habían estado antes en su presencia, el essiel había empleado a un mayordomo colmenero como traductor —vio la armadura dorada de muchos brazos entre el séquito—, pero ahora mismo todo parecía consistir en una charla distendida con su paisano y no parecía necesario informar a otras especies menores sobre su contenido.

—¿Sientes el impulso de arrodillarte? —susurró Olli.

—Por supuesto que no —mintió Kris.

—Claro, yo tampoco.

Dos essiel. Seguía sin poder entender de qué cojones iba todo aquello. Quizá era por la pura rareza de todo. Quizá era por ser consciente de que, entre todas las especies que los humanos se habían topado salvo los propios Arquitectos, los essiel eran poderosos. Pero en su interior sabía que era simplemente algo irracional que afectaba al alma humana. No era extraño que hubiera quien se adhiriera a un culto en torno a ellos.

—Por supuesto —añadió Heremon *sotto voce*—, no tan presciente ahora mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kris. Sorteel movía ahora sus brazos, presumiblemente el equivalente entre los essiel educados a pedir que alguien le pasara la tarta o algo así—. ¿Hablas essiel?

Heremon negó con la cabeza, pero iba a decir algo más cuando Sorteel se sacudió, sus tres metros de altura temblequeando mientras los cordones se tensaban. Sus brazos seguían agitándose de un modo que parecía bastante apático, como si hiciera un gesto a un camarero.

—Hum… —sonó la voz ronca de Olli. Kris no podía dejar de mirar.

Había cabrestantes en las paredes, o quizá todo se ejecutara con pequeños toques al campo de gravedad. Los cordones tiraron, cada uno en dirección opuesta a los otros, de los bordes de la concha bivalva de Sorteel.

De su interior surgió un tremendo trueno, una formidable ventosidad gutural que conmovió a toda la sala. Pero sus brazos mantenían su gracioso movimiento, a través de una secuencia de actitudes y poses rituales. Tan gentiles, tan delicadas. Seguramente no era el acompañamiento visual más adecuado para el gemido de dolor de aquella criatura.

La concha empezó a abrirse. Kris escuchó cosas que se rasgaban y rompían. Luego, con inmaculada lentitud, el Radiante Sorteel, Providente y Presciente, quedó partido por la mitad.

19

Idris

El brillo le despertó. Abrió los ojos en una habitación cuyas ventanas estaban tapadas por unas persianas metálicas, con unas tiras luminosas de brillo reducido pegadas de forma irregular al techo. Dibujaba las siluetas de todo, una luz repulsiva que ofendía a la vista con su simple existencia, su menor toque dolía como alfilerazos en los ojos. Un resplandor sin ningún tono en particular. Tampoco incoloro, decidió Idris… De unos matices y sombras muy concretos, que los ojos se negaban a clasificar.

«Para alguien que nunca duerme, últimamente estoy despertándome con frecuencia. No me gusta».

Intentó ponerse en pie de un salto, a la manera de un hombre de acción dispuesto a emprender una atrevida fuga. No lo consiguió. Su cabeza le latía y sentía como si tuviera una palanca que le apretara en cada articulación, hasta la más pequeña de sus meñiques. Logró ponerse sentado sin desmayarse.

«Primer tema pendiente. ¿Dónde demonios estoy?».

Una habitación. Tenía paredes a la vez curvas y en pendiente hacia adentro, y las curvas eran paralelas, como si fuera de polizón dentro de un donut. El techo y el suelo encajaban con las paredes tan poco como él mismo; planchas de chapa gruesa abrochadas unas a otras, y a las propias paredes, con enormes pernos de un diseño que no le resultaba familiar, con sus cabezas unos centímetros por encima de la superficie como los sombreros de uno champiñones curvados hacia arriba. Todo tenía un aspecto muy improvisado, lo que debería haber resultado tranquilizador para alguien habituado al trabajo de los espaciales. Pero la forma precisa en que todo encajaba no era desde luego el resultado del chapuzas humano habitual. Todas las secciones se engranaban como dedos

entrelazados, todo parecía a la vez demasiado elaborado y diseñado a una escala demasiado grande para que un humano trabajara cómodamente con ello. Lo mismo podía decirse del aspecto de las persianas, que no conseguían apagar del todo el resplandor filtrado por tres ventanas de distinto tamaño: una pequeña a la altura de las rodillas, la siguiente un gran rectángulo colocado donde cabría esperar que hubiera una ventana, y luego un agujero semicircular hacia la altura a la que habían clavado el techo.

Pero las paredes…

No le quedaba mucha duda sobre su procedencia, dadas todas sus recientes experiencias, pero de todas formas se adelantó a tocar la piedra gris arenosa. Y sintió…

Algo.

Un espasmo, como el crujido de una descarga estática, pero en la mente. Eso era nuevo. Todo un desfile de nuevos pensamientos se despertó de repente en su cerebro y empezó a presentarle opciones. Fuera lo que fuera lo que le hubieran metido para traerle aquí, había apagado una buena parte de lo que le convertía en un inter, posiblemente porque les preocupaba que pudiera encontrar de algún modo una salida en el nospacio si no le incapacitaban. Ni siquiera había sido consciente de ese apagón cuando abrió los ojos, pero ahora toda esa maravillosa revelación, todo el daño que le había causado el Programa de Intermediarios, volvió gota a gota a sus lóbulos frontales. Se dio cuenta de repente del vacío que tenía debajo, como si caminara sobre hielo quebradizo. No un abismo físico, sino nospacial, con la piel que lo separaba de lo real tan fina que podría dar un pisotón y romperla.

Bueno, no exactamente. No funcionaba así, pero era como lo sentía.

Las paredes eran un producto originario, casi con seguridad. No era posible equivocarse con ese tipo de piedra que no se daba en la naturaleza y nadie había sido capaz de reproducir, o ni siquiera analizar adecuadamente. Pero no las «sentía» como la ciudad de Arc Pallator o las abandonadas ruinas de Jericó. Allí había sido capaz de alcanzar y percibir sus huecos, aunque esos huecos tuvieran poco que enseñarle. Podía utilizar su mente como un ariete y hacer sonar el gran vacío, dejando que los ecos le explicaran cómo la nada del universo llegaba más allá y por debajo de todo lo que veía. Pero

aquí…

En este lugar no necesitaba exigir más a su ya muy gastado cerebro para dar nuevos golpes, porque las paredes ya sonaban, vibrantes de actividad. No activadas por ningún tipo de energía, en un sentido que los humanos pudieran comprender. Ningún detector que pudiera diseñarse encontraría ninguna carga o corriente atravesando la piedra. En el mismo sentido en que aunque el anillo del motor gravitacional de una nave producía algo de energía, la mayor parte de la que se enviaba al nospacio procedía del propio universo. Los motores no eran más que un mediador que dirigía esa corriente incontrolable. Aquí las paredes hacían resonar el gong del propio cosmos, abierto a canales de potencia y extrañeza procedentes del otro lado de la frontera entre lo real y lo irreal.

—Algún cabrón —dijo a las paredes grises y el suelo repulsivamente desigual —lo ha encendido—. Pero no había una posición de «encendido» en las ruinas originarias. Trine siempre habían dicho que lo que dejaron los constructores, en todos y cada uno de los lugares, no era más que la cáscara que quedó después de que se llevaran la verdadera sustancia. Eran sólo rescoldos de lo que habían llegado a ser, y aun así bastaban para despertar temor en toda la especie de los Arquitectos.

Al fin fue capaz de ponerse en pie, el dolor de cabeza disminuyó, y también decrecieron los de las distintas articulaciones, sin dar síntomas de que fueran a volver a la menor provocación. Había esperado que sus ojos se ajustarían a la semioscuridad y al filo de aquel resplandor ominoso, pero no parecía que fuera a conseguirlo a corto plazo.

Se dio cuenta de que no había nada más en la sala. Simplemente le dejaron tirado en la dureza irregular del suelo. Sin ninguna concesión para un ser vivo. Ni agua ni cualquier otra facilidad. Y la verdad es que en ese momento necesitaba que le facilitaran las cosas.

«Habrá que llamar al servicio de habitaciones». Salvo que otra cosa de la que carecía el lugar era de puertas. Aparte de las ventanas cubiertas, las paredes estaban desprovistas de ese elemento tan humano.

—¿Hola? —probó, y estampó su pie contra el suelo de metal, buscando conseguir un gran «boom» pero obteniendo poco más que

un «clanc»—. ¡Aquí me tenéis! ¡Aquí estoy! ¡No me voy a ninguna parte, no me puedo escapar, sólo necesito cagar!

Una losa del piso se apartó al otro lado de la estancia. Se preparó para algún estruendo terrible, pero al parecer era una posibilidad prevista y el lugar tampoco era tan hostil. Apareció una cabeza: una mujer, no la tothiat, con la cabeza abultada por todo tipo de implantes y tubos alrededor de la barbilla y la garganta. Parecía unos quince años mayor que él, lo que suponía que sería probablemente unos veinte años más joven, pero los añadidos de su cabeza hacían difícil precisar. Su pelo era de un azul metálico con un corte en pinchos, con el mismo aire extraño e improvisado del lugar.

—Cagar. —Tenía una voz inesperadamente suave—. Sí. Lo recuerdo. Baje aquí, señor Funciones Biológicas, y le llevaré.

—No tiene que estar pendiente de mí mientras lo hago —la avisó Idris mientras se adelantaba hacia ella. Entonces se dio cuenta de que estaba subida en una escalera. La escotilla que había abierto tenía la forma de una lágrima cuadrada, exactamente como no la haría ningún humano, pero la escalera era claramente un añadido posterior con un tamaño inadecuado, la típica solución de los espaciales. Y se dio cuenta de que lo mismo pasaba con ella. Las manos que agarraban los peldaños parecían orgánicas, lo mismo que los pies en sandalias y el rostro que le miraba. Pero no lo era la mayor parte de su torso, y quien hubiera hecho el trabajo estaba claramente orgulloso. Había una serie de placas moldeadas que la cubrían desde la barbilla hasta la ingle, adaptadas a las formas de una mujer, pero de plástico traslúcido, y se podía ver todo el interior. Entrañas, en el sentido de que estaban en el interior, pero no el tipo de desorden orgánico que la mayor parte de la gente prefería tener como tripas. Le pareció descubrir, moviendo la cabeza para verla mejor, lo que podría ser una central eléctrica notable empotrada en su tórax donde debería estar la espina dorsal, pero no estaba seguro de que fuera eso.

—¿Nadie le ha dicho que mirar fijamente es de mala educación? —preguntó ella, sin demasiado acritud.

—Lleva un trabajo de categoría —dijo con franqueza. Porque él era antes que nada un espacial, lo mismo que ella, y por tanto el comentario no era más que un cumplido, y ella lo interpretó de

igual forma.

—Mi antigua tripulación —explicó—. Esos hijos de puta chiflados no me dejaron morir.

—Conozco esa sensación. —Recordó el puñado de integrantes de Trine que todavía regulaban los latidos de su corazón—. Vamos, por favor. De verdad que lo necesito.

Ella no estuvo pendiente de él, y las instalaciones eran tranquilizadoramente humanas, obviamente arrancadas de algún transporte y acopladas allí tal cual. Deseó que se hubieran acordado de traer también algún dispositivo de reciclaje, o alguna parte de este lugar originario empezaría a estar asqueroso.

La ciborg le esperaba cuando salió. Él ya había tenido tiempo de pensar en el hecho de que ella sólo llevaba mangas y perneras pegadas al torso completo que le habían puesto y que no pretendía cubrir. No era el pudor que había visto en gente similar. Estaba obviamente orgullosa de quién y qué era.

—Me imagino que ya lo sabrá —comentó avergonzado—, pero soy Idris Telemmier. —Y luego añadió, porque no era exactamente un secreto a esas alturas—. Inter, primera promoción.

—Tokamak Jaine —le dijo ella, agarrando su muñeca cuando él se la ofreció—. Dirijo este sitio. Las partes a las que puede acceder un ingeniero humano, al menos. Y sí, *menheer* Telemmier, he oído hablar de usted, desde antes de que viniera. Un viejo amigo suyo se dejaba caer por aquí a veces, de hecho era el único visitante que teníamos aquí la mayor parte del tiempo. Y por eso llegó a gustarnos.

—¿Y dónde estamos? —preguntó Idris, mientras llegaban de vuelta a lo que él consideraba como su celda. La mujer tothiat, Emmaneth, le estaba esperando, junto a un hombre alto de hombros torcidos, cara huesuda y oscura. Llevaba la mayor parte de lo que parecía un traje de inmersión pesado, con la mitad de los paneles abiertos y repleto de añadidos y apaños, y unos cuantos cables sueltos. A Idris no le gustó el aspecto de ese traje. No le gustaba pensar en dónde va alguien al que le hace falta un traje así.

«¿Y qué hay del "viejo amigo"? ¿Quizá la tothiat es un préstamo de Aklu?». Decidió que prefería no saberlo. La sola pregunta despertaba más posibilidades de las que prefería considerar.

Tokamak Jaine sonreía tranquilamente para sí misma.

—Em —la saludó—. ¿Quieres hacer la gran revelación? *Menheer* Telemmier, puede que quiera cubrirse un poco los ojos.

Esperó a que ocurriera algo, alguna señal invisible de un implante de comunicación o un micrófono subvocal, pero en su lugar Emmaneth fue hasta una de las persianas en la pared, tomó uno de los pernos y tiró de él hacia abajo; una palanca, por tanto.

La persiana de la ventana de en medio se abrió y entró la luz. No como un amanecer, o como el brillo continuo de una estrella desde una nave, sino de forma rabiosa. Idris gritó y se tapó los ojos, pero el resplandor se colaba fieramente entre sus dedos, se filtraba por la propia carne de las manos, y tuvo la sensación de que podía distinguir la silueta de los huesos. Escuchó que alguien se reía de forma cruel, probablemente el hombre del traje de inmersión. Luego alguien más le cogió la cabeza y por un momento pensó que le iban a apartar las manos y cegarle. En su lugar, le colocaron un par de gafas estrechas en la frente, y él las dejó caer para poder ver con ellas.

No conseguían aliviar tanto como había esperado. El brillo quedaba suavizado, pero no era la intensidad lo que dañaba a los ojos. Era la propia luz, como había notado antes. Alguna característica indefinible de su longitud de onda hacía que sus matices agredieran a la vista, lejos de cualquier espectro con el que se sintiera cómodo, con sombras que oscilaban entre lo deslumbrante y lo lacrimógeno.

Fuera había una jungla. Una jungla hecha de cristal.

No se veía ningún cielo. En todo el entorno, que se elevaba en una confusión de planos superpuestos, no había más que un tumulto de follaje traslúcido. Parecía inmóvil, pero donde tocaba la luz de la estrella local se descomponía en todos esos colores agresivos para la vista, peores en cada nuevo reflejo, hasta que lo que les llegaba, sepultados en aquella instalación originaria, había mutado un centenar de veces, cada una peor que la previa. Cada capa sucesiva torturaba la luz en un grado diferente, e Idris sentía como si el interior de su cráneo quedara arruinado, como si ese horrible resplandor lo vaciara. Las propias plantas, o al menos lo que fuera aquella aparente profusión de vida, parecían ridículamente frágiles y absurdamente grandes. Sus tallos segmentados desplegaban racimos de discos y cuchillas. Abanicos de hojas puntiagudas, cada

una mayor que Idris, actuaban como nuevos filtros violentos de la luz. La maraña de plantas se extendía hasta donde llegaba la vista: cientos de metros, quizá kilómetros. Parecía imposible que pudiera soportar su propio peso, sólo que se trataba de cosas vivas, no de cristal.

—Hay un escudo —dijo el hombre con una fuerte voz quebrada —. El escudo es la razón por la que estamos aquí, por la que esta instalación sobrevive en este mundo. Por la que, se podría decir incluso, todo esto es posible, *menheer* Telemmier. —Dijo su nombre con lo que Idris sólo pudo interpretar como un deleite malsano—. Estamos de hecho tras ese escudo. Sin él, la luz le desollaría hasta dejar sólo sus huesos, y luego los incineraría. ¡Demasiada radiación!, *menheer* Una radiación tan destructiva que casi se podría decir que tiene hambre. Nada que podamos construir la resistiría. Se considera una maravilla del universo desde que la descubrieron. Aunque entonces no descubrieron nada más. El viejo Cuerpo Cartográfico no tenía idea de lo que había oculto aquí. *Menheer*, le doy la bienvenida a Infierno de Criccieth.

—No se puede ver a través de todo este resplandor, pero hay una estrella ahí —dijo Emmaneth. Miraba directamente al brillo, sin protegerse, mientras todos los demás llevaban gafas. Idris imaginó que algo en su cabeza limpiaba los ojos y los reparaba continuamente gracias a su infatigable vitalidad de tothiat—. Estamos muy cerca, quizá a ochenta millones de kilómetros. Y es una estrella feroz, con llamaradas y erupciones continuas. El Cuerpo Cartográfico la encontró, descubrió este planeta infernal, y se marchó lo más rápido que pudo. Aquí no había nada que nadie quisiera. Los equipos de xenobiología llegaron después. Unas veinte personas murieron antes de que se convencieran de que no hacía falta saber tanto.

—¿Qué dem…? —«Demonios, qué demonios»—. ¿Qué es lo que estamos mirando?

—Vida —dijo el hombre del traje de inmersión, una vestimenta de la que Idris ahora sospechaba aún más con lo que le contaban—. Un ecosistema tremendamente voraz tras miles de millones de años de evolución. Este mundo posiblemente fue hospitalario en algún momento, pero la vida se adaptó a la creciente truculencia de la estrella, *menheer* Telemmier, hasta que no quedó más que esto. Ahí

abajo se produce una especie de fotosíntesis nuclear, mediante la que la vida desarma y da utilidad a toda la muerte que la estrella lanza sobre este mundo. Y en el proceso, se convierte en algo a lo que nada más puede sobrevivir. Sería descompuesto en átomos si bajara ahí.

Idris asintió rápidamente.

—¿Es eso, verdad? Sólo que parece… parece un poco extravagante cuando habría bastado con que su tothiat me hubiera puesto un arma en la cabeza en Arc Pallator.

Los tres intercambiaron miradas, en parte divertidos, en parte avergonzados.

—No ha venido aquí a morir, *menheer* —dijo Emmaneth, todavía mirando al exterior—. Considérese reclutado.

Los miró sucesivamente, para descubrir el chiste, pero no había ni rastro de diversión.

—Yo… Quiero decir… ¿Qué? —soltó al fin—. A ver, yo, creo que piensan que soy algún biólogo loco o algo así. Creen que yo… Soy un piloto, y lo que aquí tienen es un planeta. No me ocupo de los planetas. No se pueden pilotar. Sólo… ¿Qué? ¿Entonces qué? —Fue consciente de que estaba farfullando y que toda la conversación se había dirigido a terrenos que ni siquiera sabía que existían—. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo? —consiguió terminar, con un gemido.

—Cierra las persianas, Em —pidió el hombre—. Creo que está un poco superado.

Emmaneth dejó escapar un sonido despectivo, pero tiró del pestillo y las persianas se cerraron.

Él era el doctor Haleon Shinandri, explicó, como si el nombre pudiera significar algo para Idris. No era así, lo que claramente le molestó, aunque en ese momento Idris ya podía aceptar cualquier nuevo giro que se produjera. Cuando las persianas terminaron de tapar toda la luz salvo unas mínimas rendijas, se encontró dejándose caer en el desigual suelo metálico, temblando. Había sentido una amenaza casi existencial procedente de esa luz. Y ahora quedaba su eco, además con ese terrible vacío debajo, esa inexplicable sensación de que el espacio no estaba allí, y sin embargo resonaba a cada paso.

—Usted está al mando, ¿no? —preguntó con amargura.

La sonrisa de Shinandri auguraba más revelaciones desagradables.

—Bueno, no podrá conocer a quienes están al mando, *menheer* Telemmier. Incluso se podría sugerir que así es preferible para usted. Ellos son… impredecibles. Pero visionarios. Me encontraron cuando yo estaba, digamos, en un momento muy bajo. Ya sabrá a qué me refiero. Cuando se ha afrontado una gran tarea, con un gran esfuerzo, pero todo lo que queda como resultado es un gran fracaso. No tenía nada, *menheer*, pero entonces me encontraron. Y Jaine ya estaba aquí cuando llegué, por sus propios motivos. Y Emmaneth vino más tarde, buscando…

—Disolverme —declaró la tothiat desde el otro lado de la sala.

—Somos una pequeña familia. Le invitamos a unirse a nosotros.

—El tipo de invitación que no es posible rechazar —dijo Idris con amargura.

—Así que preferirá aceptarla —apuntó Shinandri—. Déjenos explicarle por qué está aquí, *menheer*. —En la voz del hombre resonaba una extraña nota de súplica. «Me necesitan de verdad»—. Porque hemos llegado tan lejos como nos ha sido posible en nuestras expediciones. Nuestros ojos, los propios órganos con que percibimos, son inadecuados para la tarea. Necesitamos un inter, un inter de primera. Necesitamos su cerebro, *menheer* Telemmier. —Al ver a Idris crisparse, soltó una carcajada extraña—. Dentro de su cabeza. Todavía dentro de su cabeza. Todavía sobre sus hombros. —Idris no se sintió totalmente convencido de que estuviera siendo del todo sincero.

—¿Y qué pasa si digo simplemente que no? —probó—. Que no quiero cooperar con un grupo de payasos chiflados porque son… la verdad, acojonantemente aterradores, el sabio loco, su monstruo inmortal y… Mire, Jaine, usted parece muy agradable, pero ahora mismo no va en una compañía que la favorezca. Así que permitan que les agradezca su agresiva oferta de empleo, que no es más que una, podríamos decir, entre una larga lista de ofertas similares que la gente me ha presentado últimamente, pero yo, bueno, no, paso, y ¿qué ocurre entonces? ¿Qué me van a hacer después de decírselo?

—Buena suerte en su regreso a casa —repuso Emmaneth, arrastrando las palabras.

—No estoy loco —añadió Shinandri, en voz baja pero indignada

—. Tengo una visión, eso es todo. Y está… incompleta. Sí, ha habido muertos. Pero no estoy loco.

«Vale, está completamente loco», se dijo Idris. «O lo suficiente como para que sea muy peligroso andar cerca de él si no puedes regenerar partes del cuerpo como hace la tía Em».

—Este planeta, esta biosfera —siguió Emmaneth. Tenía la mano preparada para volver a abrir las persianas, como si estuviera ansiosa por hacerlo.

—¿Y a mí por qué me tiene que importar todo esto? —explotó Idris, dando un golpetazo a una de las placas del suelo y arrepintiéndose inmediatamente de haberlo hecho—. No es que quiera salir a recoger esas horribles flores mortales.

—Nadie lo hace. Matan a cualquier cosa que se les acerque. Son incluso capaces de atrapar naves que pasen por la atmósfera superior —dijo ella con tono soñador—. Todo este planeta es letal. Para cualquier cosa. —Miró con picardía a Shinandri para que él continuara con el relato.

—*Menheer*, lo primero que aprendimos en este lugar fue que lo que le ocurrió a los originarios les hizo marcharse de todas partes del universo. Lo que nos queda, las ruinas, las baratijas y todos los sinsentidos, no son más que cimientos que quedaron atrás cuando se llevaron los verdaderos logros de su tecnología. Sabe mejor que nadie cuánto suponen estos restos, pero la parte sustancial de su legado desapareció. Lo que escuchó en Arc Pallator no era más que el vacío que dejaron sus tesoros al llevárselos.

Idris le miró inexpresivo e intentó apagar cualquier llamita de interés que pudieran haber encendido esas palabras.

—Pero cuando vinieron a Infierno de Criccieth, *menheer*, el ecosistema debía haber comenzado su agónica transformación, irreproducible incluso para los propios originarios. No pudieron llevarse nada, *menheer*. No pudieron desmantelar sus obras. Fuera cual fuera su forma de operar… desconectar los lugares, llevarse sus maravillas, lo que hicieran… no pudieron llevarlo a cabo frente a la biología local, o funcionó mal, o suponía un coste excesivo. Así que cuando se marcharon, abandonaron en este mundo una instalación operativa. Y se está muriendo, *menheer*. Sus escudos han resistido millones de años contra la luz, pero no pueden hacerlo eternamente, y nuestras propias investigaciones además han

acelerado el proceso, sí, pese a todos nuestros esfuerzos. ¡Pero sigue aquí, *menheer*! —Extendió sus manos enguantadas para abarcar las paredes que les rodeaban—. Una instalación originaria operativa. Una lente que podemos usar para entender el universo. Pero ninguno de nosotros está preparado para mirar a través de esa lente, *menheer*. Por eso necesitamos un intermediario. Uno de verdad, con décadas de experiencia en escrutar el abismo. Le necesitamos.

20

Olli

—Dios… —dijo Kris—. Dios nos ayude.

Olli, que siempre se había enorgullecido de tener un estómago de hierro, estaba esforzándose al máximo para no permitir que su contenido se desperdigara dentro de la cápsula del escorpión. No podía obligarse a mirar a Aklu, por lo que sus ojos no podían sino dirigirse a Sorteel.

Estaba cortado por la mitad. Cortado. Por la mitad. A todo lo largo de sus cuatro metros de altura. Las dos largas secciones de la concha seguían unidas en el extremo inferior, donde sus entrañas se retorcían y restallaban. Las partes superiores colgaban de los ganchos, y entre ellas se mantenía sujeta una espantosa exhibición de anatomía alienígena. Olli no había tenido nunca un especial deseo de saber lo que había dentro de un essiel, pero ahora tenía todo un tratado de fisiología abierto a su disposición. No resultaba reconocible ningún órgano concreto, pero el aspecto era bastante familiar en términos generales: tubos y conductos, partes rotas de grandes membranas brillantes, bolsas abultadas y una telaraña de capilares azulados. Los fluidos eran amarillos, negros o plateados, aunque no se habían derramado en la cantidad que cabría esperar. Olli intentaba desesperadamente aceptarlo todo con una mirada aséptica.

Y seguía vivo, según notó, pero cada vez menos. Algunos brazos continuaban agitándose, con pedúnculos que se balanceaban adelante y atrás como un atormentado semáforo, hasta que las distintas partes del Radiante Sorteel se detuvieron.

Aunque algo infantil en su interior seguía esperando. Esa área reptiliana del cerebro a la que apelaba la simple presencia de un essiel esperaba una resurrección, una inversión; si se aflojara la

tensión de las cuerdas, seguramente las conchas se juntarían de nuevo y ahí estaría Sorteel, otra vez completo e inexplicable. No este amasijo de carne demasiado fácil de entender.

Cualquier pensamiento al respecto llegó a su fin cuando entraron los carniceros.

Vio a un gran castigar, de cuerpo agusanado y con una corona de tentáculos, equipado con toda una miscelánea de garfios, hachas y sierras. A cada lado se apelotonaban una multitud de cosas resbaladizas del tamaño de pequeños perros, ocultas en trajes de faena con múltiples mangas. Eran tymeree, los pequeños siervos hegemónicos que ya habían visto antes. Puede que éstos fueran incluso el propio séquito de Sorteel, que habían cambiado de bando sin mayor problema a raíz, o antes, del desmembramiento de su amo. No recordaba que Aklu hubiera tenido alrededor esos bichos antes.

Pero el desmembramiento había sido sólo el principio. Estaban despellejando lo que quedaba de Sorteel del interior de las conchas. Los tymeree se llevaban tubos flotantes, cubos y contenedores, cada uno con algún trozo de la carne gomosa del essiel muerto. Sus fluidos se drenaban, sus órganos se extraían con precisión quirúrgica. Cada parte se depositaba en un recipiente de su tamaño exacto, lo que dotaba a toda la tarea de un aire ritual que iba más allá del simple trabajo. Como ocurría con todo lo relacionado con los essiel. Mientras que el instinto para los negocios de Olli le indicaba que debía existir algún siniestro mercado negro para los restos de un dios asesinado, no pudo evitar también el pensamiento de que todo esto no era más que la forma en que los essiel hacían las cosas. Que esos órganos y líquidos terminarían preservados en una pirámide de alta tecnología de algún planeta, con un millar de siervos dispuestos para marchar a su lado hacia alguna impensable vida de ultratumba alienígena.

Hubiera querido hacer algún comentario, como era su costumbre; según la forma en que se daba de cabezazos contra el universo y conseguía que se apartara de su camino. Algo sobre la muerte de una res engordada sin que tuviera suficiente hambre para comérsela entera, o simplemente: «¿Para nosotros? No os tendríais que haber molestado». Pero no pudo. Estaban descuartizando a uno de los divinos essiel delante de ella, su irreverencia se había

escondido, y no tenía ganas de aparecer.

Miró a Heremon. El rostro de la mujer estaba momentáneamente relajado, y todo su mal genio había dejado paso a un extraño júbilo. «Una experiencia religiosa».

Toda la carnicería fue despejada al fin, y los afanosos tymeree fregaban el suelo. Sólo quedaban las dos mitades de la concha, ahí colgadas como para dar tema de conversación, todavía unidas por un poco de membrana traslúcida en la parte inferior.

Aklu, que había estado inmóvil y silencioso a lo largo del todo el proceso, habló al fin, o al menos sus brazos comenzaron unos rápidos movimientos, y el suelo de la estancia zumbó con el estruendo que surgió de sus entrañas.

El mayordomo colmenero se adelantaron. Habían estado en reparación desde su encuentro con el grupo de asalto parteni, y les habían restaurado con los mismos acabados impecables que recordaba Olli. Era una verdadera obra de arte, nada que ver con las estructuras prácticas en las que se solían acomodar los colmeneros. Su torso era una jaula abierta, que mostraba la hirviente colonia de bichos similares a cucarachas de su interior. Tenía muchos brazos, en ese momento abiertos en un abanico de pavo real en torno a su cabeza, que recordaba que contaba con dos rostros. Uno dibujaba una magnánima sonrisa, el otro un crítico ceño fruncido, y no hay premio por adivinar cuál les mostraba entonces. Aunque quizá fuera sólo un luto solemne por el reciente fallecido. Toda la estructura estaba acabada en oro.

Se adelantaron delicadamente, con las patas como de pájaro avanzando con la gracia precisa de un bailarín. «Y eso nos debería haber servido de aviso la primera vez», pensó Olli con amargura. Porque tenía la fuerte sospecha de que Aklu, que pertenecía a una especie sedentaria por definición, se sentía fascinado por el movimiento. Era parte de la locura que acababa de exhibir el essiel, pensó. Salvo que ni «locura» ni «exhibición» parecían términos que se aplicaran en su caso de la misma forma que a los humanos.

—Regocijaos. —La voz del colmenero era clara y hermosa, como campanillas de cristal—. Oh testigos de la labor de los engranajes de la justicia. Y así cayeron los que desfallecieron en el firmamento y fracasaron luego en su labor de custodia. —El abanico de brazos se movió en un centenar de posiciones distintas, comunicando algo

a su amo. Olli se preguntaba cómo era posible que un colmenero hubieran llegado a ese punto, el de convertirse en portavoces directos de algo tan alienígena. Eran cosas hechas por los humanos, al fin y al cabo. ¿Cuánto tiempo llevarían éste lejos de su asamblea? ¿Qué les habrían hecho alguien para conseguir que pudieran relacionarse sin ninguna barrera con lo divino?

No lo divino. Tenía que dejar de pensar cosas así.

Se dio cuenta de repente de que todos la miraban, Aklu incluido, y aparentemente le tocaba hablar. Kris empezó a decir algo en su lugar, pero el colmenero dieron tres pasos adelante demasiado bruscos, y aparecieron cuchillas en algunas de sus manos, muy cerca de la cara de la mujer. Kris también había sacado su propio cuchillo y Olli se sintió impresionada por su velocidad; ni siquiera la había visto buscar en su manga. Estaba superada por el despliegue de su rival, y el colmenero ni siquiera tenían una garganta que cortar.

—Será mejor que digas tú algo —le pidió a Olli con un graznido.

—Vale. —La propia garganta de Olli estaba igual de seca, y tragar no ayudó. No sabía qué decir porque no había entendido realmente ni una palabra de lo que les habían dicho el colmenero. Todo lo que le salió al fin fue un gesto usando un par de brazos del escorpión dirigido hacia la concha vacía, y algunas palabras—: Tú… ¿Cómo es que le atrapasteis? Quiero decir… Le vimos en Arc Pallator. Iba con un montón de gente. Me refiero a que… ¿Cómo es que ni siquiera…? —No era exactamente una declaración coherente o apropiada, pero era todo lo que le salió.

El colmenero tradujeron para Aklu, o al menos movieron los brazos y zumbaron. Aklu, por supuesto, se llevó la carita sonriente, porque la cosa no necesitaba girarse. Luego llegaron los truenos y gorgoritos de la respuesta, y la estructura dorada dio una serie de elegantes pasos por la sala antes de hablar.

—No se hable de captura. Los demonios tienen sus deberes, y cuando los que están en lo alto caen, las manos que se extienden para sujetarles y castigarles son las nuestras.

—¿Qué de qué? —se le escapó a Olli antes de que pudiera pararse.

—Creo… —intentó Kris—. Creo que quiere decir… que esto es su derecho. Su privilegio, quizá.

—Entonces, ¿Sorteel fue sentenciado a muerte y tú eres el ejecutor? —soltó Olli.

Una onda pasó a través de los presentes cuando dijo su nombre, así que ése debió de ser su primer error. Era posible que cuando un essiel moría lo hicieran también su nombre. Quizá había cometido algún tipo de error de etiqueta, pero se tendrían que acostumbrar, porque estaba segura de cojones de que iba a seguir jodiéndola. «¿Y qué se esperan exactamente?». Su enfado instantáneo le ayudó a ponerse a la altura. Así que, vale, acababan de rebanar a una almeja delante de ellas. ¿Tenían que sentirse impresionadas?

—Pues muy bien —dijo amenazante, pese a la mirada alarmada de Kris—. Así que eso fue lo que pasó. Vale, genial. No es cosa nuestra. Quiero decir, supongo que hemos sido, digamos, adecuadamente honradas. Si lo que queríais era que viéramos eso, que fuéramos testigos o algo, pues fantástico. No habíamos visto antes nada similar. Ha sido todo un detalle. —De hecho, intentaba ser educada y respetuosa, pero no tenía práctica y sus palabras sonaban continuamente mal—. Quiero decir, si esto era todo…

El colmenero se puso en movimiento y ella se calló.

—Es largo el recuento de vuestras fechorías —anunciaron, algo que a Olli no le sonó nada bien—. La ruina del trono de nuestro amo, el robo de las sagradas reliquias y el insulto descarado son más que suficientes para garantizar el fin. Un final gradual, lleno de contenido, una agonía larga con una progresión sutil. —Ahora se habían plantado delante de ellas, a la sombra del escorpión (si es que esas malditas luces eran capaces de producir alguna), y ella pensó: «Te podría triturar, cabrón dorado». Pero no estaba tan segura de conseguirlo, porque había visto al colmenero moverse como un mono cuando hacía falta.

Pero si era eso o la muerte tras «una progresión sutil», joder que si lucharía.

—Ponte detrás de mí, Kris —le pidió.

—La verdad es que estamos rodeadas —jadeó Kris—. No sé si ponerme detrás va a ayudar.

Olli frunció el ceño e intentó mirar directamente a Aklu, algo complicado cuando tenía tantos ojos que estaban además en constante movimiento.

—¿Y entonces qué? —preguntó—. ¿Queréis hacernos como a…

—«la almeja», sólo que incluso ella sabía que no podía llegar hasta ahí— el Radiante? Pues vamos. No deberíais haberme dejado traer mi ropa de trabajo.

Aklu se acercó, con toda su barcaza flotante balanceándose para mantener el equilibrio y los zarcillos enrollándose y desenrollándose en lo que parecía una excitación malsana. Los brazos se agitaban y desdibujaban.

—Escuchar este tipo de protestas procedentes de un alma gemela —repiquetearon el colmenero— nos recuerda por qué te amamos, a ti que no aceptas las trabas impuestas por el universo sino que eres capaz de tomar las armas contra las propias estrellas. Eres perdonada por esta rebelión.

Olli pestañeó y miró de reojo a Kris, que la miraba a ella de reojo.

—¿Acaba de decir…? ¿Qué acaba de decir? —No eran las únicas confundidas. El resto de la banda estaba un momento antes dispuesto a caer sobre ellas dos con porras y cuchillos, pero ahora esa opción parecía descartada. Incluso la mirada de Heremon oscilaba entre su amo y las dos prisioneras.

Aklu se acercó aún más, con sus distintos ojos alternándose para mirar a Olli y sólo a Olli.

—Tan rara, tan extraña, aunque en esas diferencias encuentro la similitud con un espíritu inquieto que no se resigna a sus limitaciones —canturrearon el colmenero—. Por este motivo, sé de nuestra sangre, por ahora, hasta que una nueva transgresión vuelva a rebajarte. Así que viniste a buscar a tu guía ausente, apartado de ti por las maquinaciones de un siervo descarriado, traidor a nuestra causa.

—¿Idris? —preguntó Olli frunciendo el ceño—. Te refieres a Idris, ¿verdad? —Porque ahora parecía que estaban hablando de negocios—. Nos lo quitó una zorra tothiat como ésta. —¿Por qué no molestar a Heremon si podía?—. ¿Era alguien de los tuyos? ¿Se suponía que debía traerte a Idris y no lo hizo?

—Largo tiempo ha sido perseguida por sus crímenes —explicaron el colmenero, o al menos Olli supuso que no iba a dar una mejor explicación que ésa—. Que ahora suman además esta reciente afrenta a ti y los tuyos. La cacería se dispone a acorralarla, la pista está caliente, y es probable que la atrapemos en su guarida.

No es frecuente que Cuchilla y Gancho tienda su mano a alguien como tú para que se una a su búsqueda.

—Una causa común —dijo Kris—. Creo. Pero… No veo qué podemos aportar nosotros, oh inefable Aklu. —Se detuvo, hasta ver si volvían a darla de lado, pero aparentemente era de nuevo parte de la conversación—. Estamos obviamente muy agradecidas por su paciencia, y nos gustaría saber… qué aportamos nosotras a esa cacería.

—La miserable, que se ha movido a territorios humanos, podría ser atrapada más fácilmente por manos humanas —tradujeron el colmenero—. Aunque tenemos otra herramienta que podemos emplear con mayores ventajas, permitidnos simplemente manifestar que nuestra admiración nos empuja a haceros esta oferta.

Olli no tenía problema en admitir que llegado a ese punto se sentía muy asustada. Era mejor enfrentarse al mafioso fríamente desapasionado que a esto, sin duda, porque fuera lo que cojones fuera lo que la almeja pensaba o sentía, su portavoz utilizaba términos como «admiración» o «amor». No tenía ni idea de qué podían significar esas palabras para un essiel, y hasta ese momento literalmente el ciento por ciento de sus interacciones con essiel habían terminado espectacularmente mal. No era difícil imaginarse al escorpión colgado de esos ganchos y partido en dos, para que luego el carnicero castigar se pusiera a la tarea con la carne que quedara, es decir, su cuerpo todavía con vida. Y a la vez podía identificar una pequeña y extraña excitación en su interior. Recordaba ver a Aklu sobreponerse a todo cuando las parteni intentaron matarlo. Habían acabado con su trono flotante esa vez, pero Aklu había jugado según las reglas essiel. Tenía toda una estructura andadora tentacular oculta, y la transición de almeja inmóvil a pesadilla muy móvil había sido… impresionante. Y la cosa aquí hablaba de almas gemelas, o al menos ése fue el término al que habían llegado el colmenero cuando intentaron expresar lo que quería decir su amo. Olli comprendió. Había sentido eso mismo al ver a Aklu en movimiento. Por mucho que fuera un asesino y posiblemente el equivalente essiel a un psicópata, había entrevisto algo que ella podía apreciar.

—Sólo queremos recuperar a Idris —dijo sin más complicaciones —. Y tú quieres a la mujer que se lo llevó. Llevas detrás de ella

desde antes de que viniera y se metiera en tus asuntos. Y ahora ella está… en algún sitio de las Colonias, supongo. Podemos ayudar, así que vale, ayudaremos. Nos sentimos convenientemente honradas y todo lo demás, supongo. Apreciamos todo su perdón y… vamos a reclutar a esa otra herramienta y luego saldremos de caza. —Olli titubeó durante toda esa declaración tanto como cabría esperar, pero se dio cuenta que cuando el colmenero pulieron sus palabras, Aklu terminó escuchando algo que le gustó.

Havaer

Havaer había esperado acabar ahí su relación con Colvari. El colmenero habían hecho su labor admirablemente y el análisis de datos complejos no era necesario donde se dirigía ahora. Pero cuando volvió a su apartamento, había un cambio evidente en la forma en que estaba dispuesta su estructura. No era algo que advertiría la mayoría de la gente, y al menos la mitad correspondía a detalles triviales con los que su intelecto compuesto quería presentarse como más versátil, pero estaba ahí. Colvari habían cambiado.

Se aseguró de que podía sacar su arma en caso de que algo se pusiera feo. Aquí estaba, en su casa de Berlenhof, y habían despertado todos los instintos que le guiaban en territorio enemigo. Estaba bien metido en líos, y al menos algunos de sus enemigos lucían los colores coloniales. Los próximos meses prometían ponerle a prueba.

—*Menheer* Mundy —le dijeron Colvari—. Se me ha pedido que le proporcione información completa. —Era como si alguien enteramente distinto le hablara a través de la misma boca artificial.

—Pues nada, empecemos con ello —le dijo con cautela, manteniendo la distancia. No se veía con frecuencia a un colmenero en pie de guerra, pero solían esconder todo tipo de desagradables sorpresas cuando te topabas con uno bien preparado.

—Punto primero —anunciaron, sólo con una pequeña nota de la puntillosidad previa de Colvari—. Ninguno de los asuntos que ha tratado con nosotros ha sido compartido con la Asamblea.

—Buen comienzo.

—Punto segundo. Elementos de la Asamblea han contactado con

nosotros y nos han pedido que llevemos a cabo una reintegración parcial para que puedan actualizarse nuestras lista de prioridades y datos de trabajo.

Havaer esperó.

—Punto tercero. Elementos del Bucle de Protocolos Ocultos de la Asamblea tienen la impresión de que un agente llamado Havaer Mundy está actualmente implicado en operaciones encubiertas de alto nivel. De acuerdo a nuestro contrato, hemos declarado que no estamos en condiciones de confirmar o negar ese extremo.

A Havaer le habría encantado saber cómo, si todos estaban tan preocupados por la maldita privacidad contractual, la Asamblea colmenera podía estar tan jodidamente bien informada. Probablemente convertían ese tipo de información en su precio por determinados servicios de máxima relevancia. Había fábricas colmeneras con licencia para ocupar espacio orbital sobre Berlenhof, por supuesto, y todo el mundo consideraba que se trataba de simples proveedores de servicios, que actuaban como enlaces para los miles de colmeneros empleados por los humanos en el sistema. Salvo que también actuaban como embajadas para la Asamblea colmenera, y se encargaban de todo tipo de negocios por su cuenta. Incluyendo colocar algún tipo de software espía en su mercenario aquí presente, al parecer. Y, dado que eran colmeneros y hacían las cosas a su manera, se lo estaban contando.

—Tengo la sensación de que viene un punto cuarto. —Y hablando de puntos, no le encontraba uno al hecho de quedarse ahí parado escuchando. Se sentó y se preparó una taza de kafeinado para continuar la conversación.

—Le ofrecemos un contrato —les dijeron Colvari.

—No estoy en el mercado.

—Sin embargo, los análisis sugieren que está operando sin apoyo y a punto de embarcarse por su cuenta en una peligrosa misión.

Havaer arqueó una ceja.

—¿Me ofrecéis solucionar la parte de «por mi cuenta»?

—Estamos en disposición de brindarle un apoyo discreto y cualificado a cambio de que nos permita proporcionarle la información que averigüe a la Asamblea. Incluyendo, o no, la información ya obtenida, dependiendo de sus preferencias. Aún

más, estamos en disposición de solicitar ayuda a la Asamblea en caso de que los acontecimientos aconsejen su intervención y en caso de que esa ayuda esté disponible dadas las circunstancias. Sin duda tiene presente que los activos de la Asamblea son productos útiles en muchos lugares.

Pasó por alto la definición que Colvari habían dado de sí mismos como «producto». ¿Podría pedir la opinión de Laery? Casi con seguridad que no. Tenía sus órdenes en curso y no creía que su antigua jefa siguiera sentada en ese satélite sin gravedad como si fuera el personaje que reparte las misiones en un juego antiguo.

—¿Puedo restringir en alguna medida la información que le paséis a la colmena? —preguntó.

—Salvo que esa información se convierta en un asunto de seguridad para la Asamblea —respondieron al instante. Con las cartas que había en ese momento sobre la mesa, eso podría extenderse a cualquier cosa. Por otra parte, alguien que le cubriera la espalda sería una novedad bienvenida, y él estaría totalmente seguro de la lealtad de la Asamblea hasta el momento en que le dejaran a merced de la corriente por lo que consideraran un bien mayor para el colectivo. ¿Pensaba que sería capaz de darse cuenta de cuándo llegaban a ese punto? Sí, probablemente.

—Estáis mucho más centrados en los negocios de lo que era habitual —les comentó con calma.

—Hemos pasado por un reseteo parcial —confirmaron Colvari.

—¿Recuperaré a vuestra antigua personalidad? Me gustaba cómo habíais empezado a hablar.

Hubo una pausa extraña, como si hubiera dicho algo de mal gusto, pero no pudo llegar a ninguna conclusión a partir de la postura del colmenero.

—Eso no será posible, agente Mundy —respondieron al fin—. Esa versión nuestra ha sido reescrita. Son cosas inevitables. Es como ellos nos crearon a nosotros.

Un análisis obvio indicaba que «ellos» se refería a los humanos y «nosotros» incluía a todos los colmeneros, que para empezar nunca se pretendió que tuvieran personalidades.

Terminó su kafeinado, con estudiado aplomo, salvo porque no perdió en ningún momento de vista su arma. Por supuesto, si había que creer en los protocolos colmeneros estándar, él podía limitarse

a decir que no y Colvari volverían a su fábrica. No había por qué seguir con nada de aquello. Salvo que la Asamblea no olvidaría lo ocurrido y él miraría con suspicacia a cada maldito colmenero que se encontrara allá donde fuera. Y quién podía saber a cuántos ni vería, porque tenían la costumbre de integrarse en estructuras. «Mantén cerca a tus amigos…».

—Habrá que cerrar bien los detalles del contrato —le dijo a Colvari—, pero de acuerdo, trato hecho. —Tomó su pizarra y escogió algunos datos clave del resumen de Laery—. Vamos detrás de esta mujer de aquí. Emma Ostri, ahora Emmaneth. Antigua colega, luego una especie de sicario para gente poco recomendable, y ahora no sabemos si va por libre o está integrada en algún grupo que no conocemos. Pero anda metida en algo, porque se mueve según un patrón. Visita los mismos lugares más de una vez, lo que significa que sea lo que sea en lo que está implicada, supone con seguridad menos muertes que sus actividades previas.

—Proporciónenos todos los datos que le sea posible. Quizá nuestra función inicial será de asistencia —sugirieron Colvari. Sintió una punzada de añoranza extraña por la personalidad que les había sido arrancada, y se preguntó cómo se desarrollarían en esta ocasión.

Emmaneth se había dejado ver de forma reiterada en un puñado de mundos coloniales. Si pasaba parte de su tiempo en algún lugar fuera de la Esfera era algo que no aparecía en los informes de Laery. Havaer tenía experiencia personal en dos de esos tres mundos. Todos podían catalogarse como lugares de trasbordo fuera de las rutas principales. No eran los grandes circos próximos a pasajes principales donde se negociaba con todos los bienes de la galaxia. Éstos eran lugares bien conectados pero aún en desarrollo o por explotar. Kodo era una mina de metales raros, abierta por el Cuerpo Cartográfico sólo diez años atrás, con sus infraestructuras aún en construcción y sus plantas de procesamiento orbitales recién incorporadas a las redes. Matachin estaba a sólo un salto de distancia, una estrella sin planetas que albergaba una convergencia de pasajes, en particular dirigidos a planeta nuevos pero ricos como Kodo, incluyendo un par de sistemas reclamados por los hanni en los que abundaban las materias primas pero escaseaban las comodidades. El Hábitat Matachin era una larga cadena de fábricas

e industrias auxiliares que rodeaba la estrella como un tren sobre raíles invisibles, donde las riquezas de Kodo y otra docena de planetas podían ser convertidas en útiles y seguras, y luego empleadas para producir cualquier cosa. Recordó que entre otras cosas se encargaban de una línea concreta de instrumentos sensoriales complejos, lo que bastaba para obligar a la presencia de la armada colonial en el sistema. Finalmente estaba Toque de Difuntos, llamado así a propuesta de un oficial cartógrafo llamado D'Funts con un retorcido sentido del humor. En la superficie de aquel mundo principalmente oceánico —con un clima tolerable, si es que te gustaba mucho, pero mucho, la lluvia continua— vivía bastante gente. Los asentamientos habían florecido allí durante la guerra, porque un planeta muy húmedo sigue siendo mejor que uno desmantelado por los Arquitectos. La adaptación a la biosfera había resultado fácil, y los colonos no tardaron en acostumbrarse a comer la flora y fauna locales. Fue goteando más gente y al final, por algún motivo que Havaer no podía imaginarse, alguien decidió que era el lugar perfecto para abrir una universidad centrada en la investigación. Ya en la actualidad, los licenciados en Toque de Difuntos tenían una gran demanda laboral, tanto en apartados científicos como tecnológicos, al igual que los egresados del departamento de filosofía. Volvió a leer aquel dato, porque Toque de Difuntos era el mundo de esos tres que no había tenido razón para visitar antes. Parecía que el currículo de esa facultad abría puertas a carreras como diplomático o directivo. Sólo podía imaginarse que enseñaban algún tipo de maldita filosofía pragmática con la que no estaba familiarizado.

El resumen de Laery le recomendaba visitar primero Matachin y seguir las indicaciones que le había dejado para el lugar, pero él ya veía un patrón. El problema con cualquier lugar de la Esfera Colonial, desde el punto de vista de la Casa Ácida, era que la gente tenía que vivir allí, y donde vivía gente encontrabas chanchullos. La gente salía y hacía cosas para enriquecerse, y con demasiada frecuencia ese enriquecimiento era a costa de los restantes humanos del lugar o del Hum en su conjunto. En su momento le enviaron a Kodo porque el contrabando de metales raros se había convertido en un problema, y la mitad de las operaciones mineras no producían lo previsto a causa de algún cártel criminal, corporación

corrupta o similar. Había estado en las colmenas de Matachin porque incluso una enorme fábrica automatizada había terminado con cientos de miles de personas en su interior cuando se hizo lo suficientemente grande, y esa gente tenía sus necesidades. Relacionadas con demasiada frecuencia con el tráfico de drogas, el juego y a veces cosas peores. Allí no hizo tanto labor de espía sino más bien investigación policial, dado que la Casa Ácida ejercía las dos funciones y a menudo se confundían. En cuanto ese tipo de vicios arraigaban en un lugar, tendían a dejar espacio a todo tipo de fechorías, hasta llegar a actividades que amenazaban a la seguridad del Hum. Se podía conseguir casi cualquier cosa en los bajos fondos de Matachin —«Abajo», como ellos lo llamaban—, lo que incluía el tipo de tecnología prohibida que los militares preferían guardarse para sí. Y Toque de Difuntos era… ¿un semillero de plagios académicos, quizá? No tenía pista alguna. Pero debía haber algo, sin duda. Porque reconocía un patrón y éstos eran lugares que alguien como Emmaneth frecuentaba cuando estaba consiguiendo cosas. Objetos selectos, valiosos, controlados, que no se podían comprar por encargo a distancia. Lo que significaba que trabajaba para alguien. Su perfil no sugería en modo alguno que estuviera haciendo este tipo de cosas por diversión.

Llegó a Matachin con la coartada de una serie de órdenes falsas que Laery había conseguido fabricar de algún modo, y que le colocaban cuidadosamente fuera de cualquier supervisión departamental. Retomó algunos de sus viejos contactos Abajo y untó a unos cuantos con los fondos irrastreables a los que le había dado acceso Laery. Consiguió un par de soplos casi de inmediato. Emmaneth era sin duda conocida en el lugar. Se había encontrado con un ministro hanni y una vieja buscavidas humana, que se dedicaba a conseguir trabajo a los que no lo tenían a cambio de una tajada de lo que pasaba de una mano a otra. Luego, en el estrecho lugar en que vivía la anciana, rodeada (por algún motivo) por cajas de galletas de racionamiento de la guerra, apareció Heremon la tothiat y le arruinó el día.

21

Idris

—Cuando el jefe se enteró de lo ocurrido en Arc Pallator —explicó Emmaneth—, supimos que vendrían inters de primer nivel.

«Ese jefe suyo que no es Shinandri», pensó Idris mientras ella le ayudaba a bajar la siguiente escalera, aunque él no quisiera asistencia. Además de que no la necesitaba. Dedujo que Tokamak Jaine había puesto todo tipo de facilidades para humanos en el lugar, aunque buena parte de ellas estaban inclinadas en ángulos extraños.

Habían bajado dos pisos desde la habitación en que despertó, ambos con esas placas metálicas atornilladas que desde luego no tenían nada que ver con la estructura originaria. Se dio cuenta de que los techos eran altos, y los espacios amplios. Las piezas habían sido unidas como partes de un puzzle, con formas que resultaban incómodas al ojo humano. Preguntó por qué no tenían un campo de ingravidez para subir y bajar, pero al parecer la tecnología originaria interfería en ese tipo de cosas. Generaba su propia ingravidez, o al menos un campo que se mezclaba con la gravedad de maneras extrañas, pero nada que se pudiera domesticar para facilitar el movimiento. Y por eso estaban esas escaleras, y quizá tuvieran algún tipo de elevador eléctrico para la carga.

—¿Cuánto llevas aquí?

—¿Yo? Un par de años. Soy la chica de los recados. Busco cosas para ellos. Cosas como tú. Jaine lleva aquí desde siempre, incluso antes que el jefe. Fue la que descubrió el lugar. Puede que incluso se lo descubriera al jefe. Estudiaba ingeniería. Tenía un cargo importante en el Hum.

—¿Como tú solías tener en la Hegemonía?

—Yo solía ser un montón de cosas —dijo ella reflexivamente—.

Tampoco fui nunca lo que llamarías una creyente fiel. El doctor Shin lleva intentando sacar algo de este lugar desde hace buena parte de una década, por lo que he oído.

—¿Y tú sólo acabas de traer a un intermediario?

Habían llegado a una escotilla de tres metros de ancho, que se abrió con un chirrido después de que Emmaneth tirara de otra palanca. Debajo había una oscuridad cuyo aspecto no le gustó mucho a Idris. Tampoco es que pudiera escoger. Parte de la ayuda de Emmaneth consistía en poner su mano sobre el brazo de Idris, y él era consciente de que la única forma de soltarse sería desencajar el brazo del hombro.

Emmaneth obviamente iba a mantener un prudente silencio al respecto, y puede que, con tantos otros motivos para los nervios, fuera mejor dejarlo pasar. Jaine bajaba la escalera que había encima de ellos, y no tenía las reticencias de la tothiat.

—Los que reclutaron forzosos no funcionaron —le explicó. Emmaneth la fulminó con la mirada, pero al parecer a Jaine no le importaba molestar a sus colegas y siguió—. Por eso el buen doctor dijo que necesitábamos a alguien como usted. Y no hay mucha gente como usted.

—Casi traje a la mujer mayor con el andador —dijo Emmaneth, dado que ya se había descubierto el pastel—. Pero los chicos del Hum la vigilaban mejor, y el lugar apestaba a la Casa Ácida. Los iguales se reconocen, ¿verdad?

Idris la miró inexpresivo y se preguntó si iba a comportarse de forma elegante y hacer como que era mejor que estuviera él allí que la pobre Demi Ulo. Aunque en ese momento no podría reunir tanta elegancia. El gran agujero del suelo estaba ahora abierto, y Emmaneth jugueteaba con un enredo de cables que parecía confortablemente chapucero y colonial. Al fin sin su mano encima, invirtió exactamente un segundo y medio en considerar la posibilidad de una huida. Asumiendo que no se limitara a chocar contra las paredes como una avispa desesperada, cualquier fuga supondría pasar por encima de Jaine para subir la escalera y luego algún tipo de intervención divina, porque no tenía ni idea de adonde debía dirigirse después.

—¿Qué pasó con los otros inters? —les preguntó—. Los forzosos.

—No funcionó —dijo Emmaneth, y cualquier amenaza

subyacente que quisiera dirigirle quedó interrumpida por Jaine.

—Se les fue del todo la chaveta.

—Vale —dijo Idris. Se abalanzó sobre ella, le puso un pie en el muslo y una mano en el hombro, y empezó a trepar como un mono aterrorizado. Escuchó un grito incrédulo de Emmaneth pero no se detuvo para dar ningún tipo de explicación o respuesta. «Lejos», decidió, y los demás detalles tendrían que resolverse solos.

Prácticamente salió disparado por la escotilla en la cima de la escalera —otra de esas absurdamente enormes aberturas por las que se podría haber metido un elefante con algún achuchón— y se encontró cara a cara con una criatura del tamaño aproximado de un elefante.

Se cayó de culo con un gimoteo.

Era un naeromath. Sólo había visto en persona a uno, el enviado de la flota de las langostas a Arc Pallator. Ése estaba en un tanque, dado que era una especie acuática. Éste no. Éste tenía patas. Un juego de seis patas mecánicas, para ser exactos, todas arqueadas a partir del mismo núcleo situado en la parte inferior, de forma que su cuerpo enorme y estilizado se apoyaba en un equilibrio imposible en ese punto, siempre con pinta de estar a punto de volcar hacia la derecha. El lugar donde el origen de las patas se unía a la piel curtida era un horror de tejido cicatrizado, pero el resto era similar. Podía ver horribles muñones donde habían estado la mayor parte de sus aletas, algunos aumentados con prótesis manipuladoras metálicas o látigos de utilidad incierta. Tenía tanques y fuelles acoplados en el lado izquierdo que gemían y jadeaban con un ritmo saltarín y dejaban escapar un fluido claro de forma lenta pero continua. Por encima estaba lo que podría ser una fuente de energía, o quizá una funda para armas: una abultada mezcla de placas y remaches, con la misma estética de los suelos. Un resplandor rojizo surgía de los lugares en que las partes no encajaban del todo.

El largo cuello como de anguila de la criatura movió hacia él una cabeza que era la mitad metálica. Sus barbas y tentáculos también parecían la mayoría mutilados, con unos sensores injertos en ellos. Una única lente gris plomo del tamaño de la mano de Idris estaba dispuesta en el lado derecho. Un ojo, un órgano que no recordaba que tuviera el otro naeromath.

—Oh —dijo Jaine cuando ella y Emmaneth se agolparon en la escotilla detrás de Idris—. Vale. Pues nada. Has dado con el jefe.

—Estáis de broma —jadeó Idris. La cabeza del naeromath estaba a unos centímetros de la suya. Olía muy fuerte a conservantes, el dulzor de la decadencia.

—Idris Telemmier —dijo Emmaneth—. Éste es Ahab.

—Ahab.

—Así le llama Doc Shin. Quiero decir, imagino que tiene su propio nombre. Reclutó al doctor, después de que le echaran de donde le echaran por las que debió montar. Luego encontró aquí a Jaine y se asociaron, o lo que coño hicieran.

—Algo parecido —admitió Jaine—. Jefe, éste es el inter. —Habló muy alto, como si el naeromath fuera sordo.

Unos parches fluorescentes a lo largo de la piel maltratada del naeromath brillaron débilmente. Luego hubo unos sonidos, como toses, o ladridos, todos metálicos y procedentes de uno de los muchos implantes de la cosa. Después sonó una voz.

—¡Servirá! ¡La cruzada progresa!

A Idris se le escapó un ruidito quejumbroso. Quería saber quién le había puesto esa voz a Ahab, sobre todo para darle un bofetón. Estaba compuesta de gritos, gritos de origen humano, modulados y mezclados hasta formar un coro de palabras perfectamente comprensibles.

—¡Idris Telemmier!

El escuchar su nombre pronunciado así fue aún peor.

—¡Te conozco! ¡Berlenhof, Lux Lejana! —Su cabeza se lanzó hacia delante al extremo del largo cuello, con el borde de su único ojo sobresaliendo de la frente—. ¡Todos debemos unirnos contra el enemigo común! ¡Conozco tus victorias! ¡Me ayudarás en mi venganza por lo que perdí!

No era igual que escuchar la traducción de los desvaríos de un essiel y preguntarse cuántas capas de significado habían desaparecido hasta convertirse en las palabras humanas que te llegaban. Idris escuchaba primero su firmeza metálica, luego las palabras. Aunque en el idioma naeromathi podría haber enunciado conceptos similares, después de que sus máquinas procesaran esos pensamientos y los soltaran en colvul, lo que quedaba era una aproximación.

El naeromath se dio la vuelta, girando sobre la base de las patas, que le movieron en una serie de sacudidas espasmódicas, muy rápidas pese a todo. No se paró en la pared sino que siguió hacia arriba sin perder velocidad, trepando hasta llegar a la escotilla del techo, que era lo suficientemente grande para que se escurriera por ella.

—Esperábamos retrasar esto hasta que se asentara —dijo Emmaneth con aire resignado—. Bueno, de todas formas, como decía, ése es Ahab, el jefe. Éste es su espectáculo.

—No me voy a asentar —murmuró Idris—. Estoy aquí bajo coacción. —De repente, giró la cabeza, todavía sentado, y la miró a los ojos—. ¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—Inters. ¿Cuántos habéis arruinado hasta que decidisteis que necesitabais algo mejor y me trajisteis?

Emmaneth intercambió una mirada con Jaine.

—Algunos —dijo inexpresivamente—. Así que más vale que sea usted el formidable intermediario maravilloso, colega, porque nos estamos quedando sin tiempo ni opciones.

—Que te jodan.

—Veo que en el Programa le enseñaron retórica de primer nivel. —Le cogió del brazo y le levantó sin esfuerzo. Intentó no dejarse arrastrar escaleras abajo, pero la presión de sus dedos le recordaba la tremenda fuerza que podía ejercer un tothiat y dejó de resistirse.

—¿Qué es todo esto para ti? —le preguntó, porque quizá podría encontrar alguna forma de provocarla—. Quiero decir, los tothiat que conocí hasta ahora eran un matón y un mafioso. Y tú, ¿eres una enamorada de la ciencia o algo así?

Habían vuelto a la escotilla oscura y ahora era Jaine quien intentaba encender las luces mientras Emmaneth le conducía.

—Lo intenté. Lo de mafiosa. Estaba bien. Pero después de un tiempo te cansas de no morir.

Él la miró. Ella sonrió con tirantez.

—Duele —explicó—. Si es que sobrevives al proceso. Y si lo hace el tothir. Sientes su dolor lo mismo que el tuyo, todo el tiempo. Te acostumbras a soportarlo pero nunca lo dejas de sentir. Todo el tiempo, *menheer* inter. He oído decir que tampoco es fácil ser como usted, después de que le jodan el cerebro. Quiero decir, los

mamones como usted caen como moscas incluso antes de terminar la conversión, ¿no es así?

Se lo confirmó con un asentimiento.

—Puede que entienda a qué me refiero. ¿Ha intentado simplemente terminar con todo?

Ahora salía luz por la escotilla, aunque no mucha. El resplandor era mustio, como si llegara desde un abismo lejano. Descubrió que sentía una inexplicable renuencia a llegar hasta el borde y asomarse, algo que surgía de su propia alma, donde residía el intermediario que había en él. Estaba relacionado con el horrible vacío que sentía debajo.

—Lo he pensado. Durante la guerra. Después —admitió. Nunca había llevado más lejos la idea. Pero hubo momentos, instantes de amargura, cuando sintió alivio ante la simple idea de que, si las cosas iban a peor, el encuentro de un cuchillo con su garganta podría liberarle de todo aquello.

Ella pareció leer la idea en su rostro.

—Yo no he podido —dijo, muy tranquila, y luego quiso aclararlo —. Oh, lo intenté, pero no pude. Literalmente, no conseguí herirme. No pude hacerme nada que no se curara. Y lo intenté de verdad.

—Venenos —sugirió él—. Conozco algunos.

—Es un monstruito bien informado. —Fue capaz de dibujar una sonrisa—. Tengo algunos. Maté a uno de la Casa Ácida que habían enviado a por mí, sólo para poder matarme yo con los venenos que le dieron para matarme. Jodidamente estúpido, ¿no? Sólo que no funcionó. Sólo hizo que me doliera más. Una agonía continua durante diecisiete días, y luego volví a ser yo misma, completa. Así que dejé mi empleo y fui a encontrar algo en el universo que me pudiera matar. Había escuchado sobre este planeta mortal, Infierno de Criccieth. Si saliera a esa luz se acabaría todo, *menheer* inter. Esa luz lo destruye todo, incluso a mí.

—¿Y a qué esperas entonces? —le preguntó con crudeza.

—Me encontré aquí al Doc Shin —dijo, metiéndole por la escotilla—. Escuché su plan. Y vale la pena. Vale la pena aguantar algo más de dolor, sólo para ver si puede conseguir lo que quiere Ahab. Con la Máquina.

No le gustó la forma en que sonó eso, pero entonces ella le condujo al borde y se encontraron mirando a…

—Oh —fue capaz de decir Idris.

—Ya —convino ella—. Te deja sin habla, ¿no?

Estaba acostumbrado a la arquitectura originaria, o al menos a los restos en la superficie de planetas que había visto en las ocasiones previas a su llegada aquí. Tenían las mismas paredes curvas, dispuestas en laberintos concéntricos en torno a lugares vacíos. Siempre había comprendido que esos lugares eran la clave.

Pero las ruinas eran ruinas porque los originarios habían dejado de cuidarlas, millones de años atrás. Aquí la luz mortífera de Infierno de Criccieth había evitado el proceso que usaran para eliminar todo detalle de sus existencias. Aquí, bajo el escudo que las seguía protegiendo de los letales rayos de la estrella, estaban las entrañas intactas de un lugar originario.

Miraba hacia un abismo repleto.

Allí estaban los mismos muros que cabía esperar, el esqueleto que habría quedado en el caso de que el planeta no hubiera devorado el lugar de la forma en que parecía devorarlo todo. Bloques de rompecabezas concéntricos que no se juntaban jamás, tallados de una pieza en la misma piedra que no procedía de ningún planeta del universo conocido. Colocada entre y encima de ellos había una suerte de red, un panal de piedra con los huecos esculpidos de forma precisa. Pequeños agujeros con tamaños que oscilaban entre el de una mano hasta ser lo bastante grandes como para que Ahab pasara por ellos, según podía distinguirse cuando los mostraban unas luces intermitentes. Esas luces eran lámparas eléctricas colocadas por humanos, o al menos por alguna especie con vida que no fueran los desconocidos originarios. Iluminaban todas las estructuras metálicas, rampas, escaleras y cables dispuestos a lo largo del enorme laberinto, en un vano intento de reducir todo aquello a escala humana. Pero quedaban muchas zonas oscuras para las que no había bastado ese esfuerzo. Todo esto habría sido lo suficientemente impactante por sí solo, una invitación a la exploración espeleológica: asomarse al abismo con esa reducida cobertura, lo desconocido extendiéndose por todos esos lugares intrincados que resultaban invisibles. Pero para él…

—No lo entiendes —pudo decir al fin.

—Ya —repitió Emmaneth—. El último inter dijo algo parecido. Luego el cerebro se le agujereó como un queso, así que pensé que

no valía la pena mencionarlo. —Le dio un pequeño empujón pero él se aferró al borde del agujero, luchando por conseguir un equilibrio mental.

No era más que espacio, o espacios. Una organización muy precisa de los espacios, exacta hasta el nivel atómico. Podía sentirlo en su cabeza, allí donde residiera su condición de inter. Espacio vivo, crepitando con significados invisibles, cargado y conectado al universo. Era la oquedad por la que había sentido que se deslizaba sobre un vacío inconcebible. Porque allí estaba ese vacío. La existencia misma de ese lugar, completo e intacto con su panal de nadas calibradas con precisión, mantenía una puerta abierta al nospacio.

«Trine deberían estar aquí». Pero Trine no habrían sido capaces de experimentarlo como él.

A través de toda esa densa estructura de hierro, los muros originarios, y las sucesivas capas de todo que reducían el alcance de la vista, podía sentir que ahí abajo había algo. Algo que sólo podía escribir como «activo», porque no quería usar el término «vivo». Era la Máquina, como la había llamado Emmaneth.

Intentó detener su descenso pero Emmaneth le habló en tono alegre.

—Baje o le llevo a cuestas.

Estaba a medio camino de la segunda escalera —se tambaleaba y Emmaneth murmuró algo sobre hacer que Jaine la asegurara— cuando se le ocurrió preguntarse qué producía la gravedad.

—Dijiste que no había ingravidez. ¿El planeta tiene entonces la estándar terrestre?

—Unos dos tercios de la terrestre. Siga.

—Esto no son dos tercios de G —insistió Idris, sin dejar de fijarse en que ella no le pisara los dedos. Ya no le sujetaba con fuerza, y le volvieron los extraños pensamientos sobre liberarse, pero ¿para hacer qué? No es que pudiera tener la menor esperanza de deshacerse de esa mujer a la que no le preocuparía romperse una pierna para perseguirle.

A medida que descendían, percibía un cambio en la fuerza de la gravedad. El cambio de gradiente le debía haber sugerido la idea, todo de forma inconsciente. Estaba yendo hacia abajo, mientras a la vez ascendía fuera del pozo. Sintió cómo se debilitaba ese tirón.

Para entonces ya había bajado cuatro tramos, con los músculos doloridos, y pudo ver la Máquina.

Se había añadido algo a lo que hizo Ahab. Lo supo en primer lugar porque quien lo hiciera —¿Jaine?— trabajaba al estilo y la escala humanos, y en segundo porque era improbable que el naeromath hubiera dejado un asiento de tamaño humano por capricho. Había tres sillones que dedujo que empezaron su vida útil en cápsulas de suspensión, y seguían repletos de cables y alambres. Todos se inclinaban en un ángulo alarmante en dirección a una caída distinta, que bien podría conducir al propio núcleo del planeta. Los enormes rastros del trabajo del naeromath eran obvios por todas partes. Le habrían parecido el resultado del antiguo trabajo de manos no humanas de no ser por el antiguo trabajo de manos no humanas que le rodeaba, porque los muros originarios hacían parecer las aportaciones de Ahab como recientes e irrelevantes. Dos de los asientos parecían completos, el tercero estaba en parte desmontado y, por lo que le pareció a Idris, abandonado ya hacía tiempo.

El doctor Shinandri ya estaba abajo, con su cara oscura de un tono gris azulado por la iluminación del lugar. Para entonces Idris ya sentía que estaban a dos tercios de la gravedad estándar terrestre, pero seguían bajando, y su tirón se debilitaba por momentos. En cierto sentido venía bien, puesto que aliviaba sus castigados brazos y piernas. Sin embargo, cuando se encontró a una distancia como para poder hablar con Shinandri, intuyó que ya estaba sólo a media G, y eso era menos de lo que se suponía que el planeta debía atraerle. Se dio cuenta de que era cosa del complejo. Actuaba como una lente gravitacional debido a su orientación, y a la forma en que encajaba en el universo. Sólo que las ruinas originarias todavía ejercían una influencia por su propia forma y organización, así que esta instalación intacta era como una garra aferrada al tejido de la causalidad. Distorsionaba todo a su alrededor, mantenía la delgada capa del universo tensa mientras el nospacio seguía allí mismo.

—Ah, *menheer* Telemmier —le saludó Shinandri mientras Idris conseguía bajar el último par de tramos—. Encantado de que pueda acompañarme, desde luego. —Seguía en su traje de inmersión, con la mitad de los tubos enchufados, e Idris se sintió disgustado pero

no sorprendido al ver otro medio montado en el suelo. No parecía de su talla pero se dio cuenta de que cualquier queja no sería escuchada en esas circunstancias.

Sus pies tocaron el suelo de metal naeromathi, inclinado, y sintió que se mareaba. Emmaneth bajó detrás de él a tiempo de parar lo que habría sido una caída a cámara lenta, dada la gravedad reducida. No se sintió con fuerzas para rechazarla, ni siquiera por aparentar. Estaba al borde de una enorme caída, y no era el agujero físico situado entre los tres sillones.

—¿Qué es… este sitio? —consiguió decir.

—Bueno, una pregunta interesante, muy interesante. —Shinandri soltó una risilla algo impropia de una persona adulta—. ¿Qué habrá sido de los originarios originales, quién puede saberlo, eh? ¿Quién, de verdad? Pero dejaron aquí una Máquina, que nuestro líder descubrió y adaptó, convirtió y, por así decir, superpuso con su propio equipo, que ahora hemos reconstruido con éxito. Lo que tenemos ante nosotros es un ojo, *menheer* Telemmier. Un ojo con el que mirar, podríamos decir, al abismo. Y usted y yo le vamos a mirar directamente a la pupila, *menheer*. O al menos usted, porque yo carezco de su percepción especialmente entrenada, o más bien, de esas partes de su cerebro que han sido moldeadas más allá de lo meramente humano.

«Moldeadas es una forma muy educada de decir jodidas», pensó Idris. Mientras, Jaine se había reunido con ellos tras descender con agilidad las escaleras. Traía más partes del traje, e Idris jugó brevemente con la idea de ponerles las cosas tan difíciles como fuera posible resistiéndose a ponérselo. Recordó el apretón de los dedos de Emmaneth y tuvo que reconocer que «tan difíciles como fuera posible» no sería mucho. Les dejó desganadamente que se lo colocaran.

«Pueden vestirme y sentarme pero no pueden obligarme a servirles de ayuda en ningún sentido. No soy un inter a su servicio. No soy el esclavo de nadie». Seguía siendo dueño de su propia cabeza, y si tenían drogas por un tubo para inyectarle, bueno, al menos les causaría ese problema y les costaría un dinero en material.

Shinandri había conectado los últimos tubos y se había sentado en uno de los sillones.

—*Menheer*, digamos que seré su copiloto ¿le parece? Eso es. —Soltó otra pequeña risita, que confirmó a Idris la desagradable sensación de que estaba en manos de un loco—. Percibiré el universo a través de la actividad de su cerebro. Pero su perspicacia es lo que nos hace falta, o por mejor decir, su percepción. Y también su elocuencia después. Intente pensar, a medida que la experimente, cómo puede compartir su experiencia.

—¿Qué es lo que voy a experimentar exactamente? —preguntó con disgusto Idris. Jaine ya le había colocado totalmente el traje, con algunos apaños para ajustarlo a su pequeño cuerpo—. ¿Un ojo que mira al universo? Ha colocado al revés su telescopio, doctor.

Decidió no probar más chistes con Shinandri, porque aquél le pareció divertido al hombre e Idris prefería escuchar su risa lo menos posible.

—*Menheer* Telemmier, usted está familiarizado con el nospacio —dijo el hombre, mientras Jaine ponía a Idris en el otro asiento y le conectaba a él—. Bueno, pues vamos a investigar en el nospacio. Aquí, en la superficie del planeta, en un centro controlado, y con un cuidadoso acercamiento científico. Nada de esas prisas de las naves, ¡tan perjudiciales para una investigación sería! Le daremos un punto de apoyo, como se suele decir. Piense nada más en cuánto puede aprender al contemplar el infinito desde un lugar estable.

—La verdad es que no creo que… —llegó a decir Idris, pero luego encendieron la Máquina, al empujar unos cuantos de esos grandes pernos naeromathi. Se encontró bruscamente fuera del universo y mirando al abismo con el ojo de su mente, que no tenía párpados y por tanto no se podía cerrar, ni tampoco apartar la vista de ninguna manera.

En el breve primer segundo se aferró desesperadamente a su decisión de no ser de utilidad para nadie, obstinado al punto de la sinrazón, intentando dejar que todo pasara por encima suyo e ignorándolo. Le habían secuestrado y bajo ningún concepto cooperaría con ellos ni instante.

Y entonces vio, y contuvo el aliento, pero la Máquina respiraba por él. Lo que era algo conveniente porque había perdido toda conexión con su cuerpo, y estaba a merced de cualquier cosa que le ocurriera.

Cuando le sacaron, no importa cuánto tiempo después, estaba tan

repleto de palabras —y, aún más, de indescriptibles sensaciones— que incluso si hubiera querido contarles lo que había visto, no habría podido. Le subieron por las escaleras, en brazos de Emmaneth, mientras las revelaciones en su interior eran tan vastas que apenas quedaba sitio en su mente para «Idris».

22

Havaer

Una mirada a la buscavidas le indicó a Havaer que la vieja le había vendido. Bueno, su presupuesto para sobornos era limitado, y probablemente no era el mejor postor.

—*Menheer* Mundy. —Heremon tenía obviamente la sensación de que había ganado la partida. Movió un gran palé de galletas y se sentó en él de un salto, con los pies colgando como una niña. El palé debía de pesar como una tonelada dado lo incomestiblemente densas que eran aquellas puñeteras cosas. Ella le estaba recordando simplemente quién tenía la ventaja física, en caso de que estuviera considerando intercambiar puñetazos—. Mi jefe tiene una oferta para usted.

—¿Una de ésas que no se pueden rechazar? —le preguntó directamente. La buscavidas se había retirado al extremo más alejado de su limitado territorio. Havaer dejo que su largo esqueleto se extendiera al máximo en una actitud que daba una impresión despreocupada, pero que podía convertir en agresiva en un instante. Notaba el peso de su arma en la chaqueta, como si le llamara la atención. Hacerle a Heremon unos cuantos agujeros no le ayudaría nada más que a ver con más claridad la pared de detrás. Pero la jefa Laery le había proporcionado otro arma para el caso de encontrarse con un tothiat. Había pensado en Emmaneth, pero Havaer no tendría problema en repartirle una muestra gratuita a Heremon.

—Sabemos a quién persigue, *menheer* —le dijo ella—. Y sabe por qué la queremos también.

No lo sabía. Entonces las piezas encajaron en su lugar, y se dio cuenta de que tal vez sí. Emma Ostri había pasado a trabajar para cárteles criminales del lado hegemónico de la frontera, de donde salió convertida en tothiat. La propia Heremon fue en su momento

una humana normal —posiblemente tan amoral como lo fuera Ostri— antes de aceptar el mismo trato. Havaer se había encontrado con ella y el Inefable Aklu en Tarekuma, donde investigó los rumores sobre un posible regreso de los Arquitectos antes de que de hecho volvieran. Por allí andaba la tripulación de la *Dios Buitre*; fue su primer tango con ellos. Se habían hecho con un cargamento que Aklu reclamaba, todo se complicó y su viejo capitán resultó muerto. Havaer, por su parte, había terminado en contra de sus deseos recibido en audiencia por el jefe criminal essiel, sólo porque hizo las preguntas equivocadas en los lugares equivocados.

—Así que os dejó —probó, confiando en que el informe de Laery sobre Ostri fuera correcto—. De acuerdo, la recuperáis y la empaláis o lo que quiera hacer con ella vuestro jefe. Yo sólo necesito hacerle antes unas preguntitas.

—Sé detrás de qué anda —le dijo Heremon—. Si la quiere, querrá venir con nosotros.

«De verdad, de verdad que no».

—¿Para qué me necesitáis?

Ella se inclinó hacia adelante. Su sonrisa podría haber sido agradable en otras circunstancias, incluso interesante. Si hubiera sido del tipo de Havaer. Y aunque ese tipo variaba según su estado de ánimo, nunca incluía a gente con langostas alienígenas incrustadas en su espina dorsal.

—¿A quién no le gustaría llevar a un bomboncito como usted del brazo? —La pretensión de flirteo resultaba grotesca—. Además, tiene unos galones muy útiles. Me gustan los hombres con autoridad.

—Claro. Genial —replicó. Ella seguía encorvada hacia él y, fueran cuales fueran las capacidades de un tothiat, no tenía el cuerpo bien equilibrado. Dejó que su mirada vagara un poco, como si pensara, casi como si estuviera aburrido. Hubo un momento exacto en que la posición y su actuación cuadraron, y ésa fue su oportunidad.

Pateó hacia atrás. Tenía una caja de galletas medio abierta a sus pies y fue capaz de mandarla de una patada contra la cara de ella, lo que fue un bonus tan inesperado como bienvenido. Heremon retrocedió en el palé y Havaer esperó que al menos la hubiera herido en su orgullo. Volvió balanceándose, lista para la caza, y él

casi consiguió pincharla. Casi.

Ella lo vio venir. Él captó el momento exacto en que su cara sumo dos y dos, y descubrió exactamente por qué no le estaba disparando sino que se ponía a su alcance con algo afilado. No hacía falta un análisis de laboratorio para saber qué tenía dentro.

Incluso entonces, los propios instintos de Heremon estuvieron a punto de costarle la vida, porque levantó el brazo para detener el ataque y él podría haberle pinchado en el dorso de la mano. Pero Heremon retiró de golpe el brazo, tan rápido que vio cómo se le dislocaba el hombro. Resbaló escapando de su puñalada, sin control por un momento, y buscó sus rodillas desde el suelo.

Si él hubiera sido del tipo proclive a morir en acto de servicio, como muchos novatos de la Casa Ácida demasiado exaltados por la grandeza de su misión, se habría dejado caer encima de ella y le habría soltado un rodillazo en el pecho mientras intentaba inyectarla de nuevo. Entonces ella le podría haber desgarrado, literalmente, en el proceso. Havaer no era tan joven ni tenía tanto fuego a esas alturas. En su lugar, ya había salido del cubil de la vieja para cuando Heremon volvía a estar de pie.

Envió una señal a Colvari en un primer momento, para descubrir que sus comunicadores rebotaban contra el muro de estática que había dispuesto alguien. Puede que todo el mundo en esa parte del hábitat estuviera pasando un mal momento por ello, pero sabía de sobra que quien intervino lo hizo en su honor. Envió de inmediato órdenes a sus rutinas para detectar y anular la interferencia. Ése era después de todo su trabajo, o al menos una parte. Para la que quizá estaba oxidado, pero tenía al menos tres segundos y medio de margen para recuperarse.

Mientras tanto, sus pies se encargaban de su tarea, conduciéndole a través de los pasillos de servicio y muelles de carga que había entre la madriguera de la vieja y el rincón mugriento por el que había entrado. Éste formaba parte del Abajo de Matachin, lo que suponía crimen y viviendas abarrotadas, comercio ilícito y tratos turbios. Pero en términos menos prosaicos también consistía en gran cantidad de maquinaria, almacenes, talleres y todo lo que mantenía un orbital en marcha y lo reparaba si fallaba algo. Se llevó un montón de miradas de desconcierto de gente que probablemente no hacía nada peor que reparar los conductos de

aire, pero cuando veían que Heremon iba tras él decidían que ése no era su maldito problema.

Havaer tenía que bajar dos niveles hasta llegar al muelle, y no le apetecía hacerlo ni en el montacargas lento como la melaza ni en la escalera de servicio por cuyo hueco Heremon podría simplemente tirarse, romperse las rodillas y seguir adelante. Tomó una opción más directa y se lanzó contra una pared con tanta fuerza que desencajó un panel y se golpeó contra uno de los grandes elevadores gravitacionales. Había visto a alguien —cuando había sido el perseguidor en lugar del perseguido— tirarse en una ocasión por uno de ellos, por una falta de comprensión de las leyes científicas implicadas. No flotabas, sino que caías en picado. Todos esos enormes contenedores que ascendían por el pozo tenían asideros de los que podían tirar los motores gravitacionales del orbital. Sin ellos para que te sujetaran, no eran más que grandes agujeros que acababan directamente en el nivel de los muelles.

Pero había muchos contenedores, y estaban todos allí de algún modo colgados, más que alineados de forma regular, ascendiendo despacio para evitar accidentes.

Echó a correr hacia el interior y convirtió ese impulso en un salto que le permitió llegar hasta un contenedor que estaba dos metros abajo, lo suficientemente grande para que el impacto de su caída no le hiciera tambalearse. Si Heremon se acercaba, podía ir saltando al siguiente que hubiera abajo. Mientras, su sistema de comunicaciones no dejaba de pelearse con el muro de estática, intentando contactar con Colvari. Era consciente de que sus probabilidades de salir de esa situación eran escasas y necesitaba que alguien le explicara lo ocurrido a Laery.

Cada contenedor al que saltaba estaba subiendo, por supuesto. Si se quedaba quieto volvería directamente ante Heremon, como servido en bandeja. Así que tenía que seguir pasando a toda velocidad de un contenedor al siguiente, hasta que se encontró a medio camino de bajada.

Escuchó un golpetazo por encima cuando Heremon siguió su ejemplo.

Otros dos saltos, contra las crecientes quejas de la gente situada en los niveles que dejaba atrás. Probablemente estaba arruinando el día de algún encargado de transporte de mercancías, pero tenía

otras prioridades en las que pensar. Luego Heremon pasó de largo en caída libre. Quizá había sido un paso en falso, o puede que estuviera sacando partido a su fisiología para estar esperándole cuando consiguiera llegar abajo. Pero se dio cuenta de que había cometido un error.

Golpeó contra el suelo con mucha fuerza, lo que para ella podría no ser más que un inconveniente temporal, pero le daba un tiempo que podría serle útil.

Dio los tres saltos siguientes a toda velocidad, arriesgando el cuello, pero se mantuvo en pie, y consiguió estar en el suelo mientras Heremon se recomponía después de la caída. Podría haberlo intentado de nuevo con la aguja, con la esperanza de clavársela antes de que fuera capaz de arreglar lo suficiente sus huesos como para detenerle. Pero le pareció que no sería una buena apuesta, y en su lugar salió disparado hacia su nave.

Pero se encontró a alguien en su camino. De hecho, encontró «algo» en su camino, pero había alguien en el algo. Y conocía a los dos.

«Esto simplemente no es justo», decidió. La aparición debería haber supuesto una ayuda, pero era bastante evidente que no era el caso. «Vamos, ¡jodisteis a la Cosecha Rota! ¡Dos veces! ¿Y ahora sois amiguitos?».

Consiguió frenar a la sombra del exoesqueleto escorpión de Olian Timo, que se acercaba con su aspecto más amenazador. Vio dentro de la burbuja que la mujer ladeaba la cabeza y encogía sus hombros cortados. «¿Qué vas a hacer?».

Heremon estaba de nuevo de pie y ya justo detrás.

—Como iba diciendo —empezó sin la menor alteración en la voz —, creo que podríamos unir nuestras fuerzas.

Dio un paso a un lado para tener a la vista simultáneamente a la tothiat y a Timo. Tres naves por debajo de la suya vio los contornos desagradables de la *Dios Buitre*. Colvari probablemente habrían intentado avisarle de su aparición, pero los comunicadores seguían anulados por el bloqueo de estática que no era capaz de superar.

—Comprendo que si conoces a Ostri probablemente consideres que todos estamos a la venta —le dijo a la tothiat—. Lamento decepcionarte.

—Mire, Mundy —llegó la voz de Timo desde el escorpión—. Lo

entiendo. Créame, pensamos lo mismo. Pero llegamos a un acuerdo con su jefe, no fue una situación como ésta. Véngase a la *Buitre* y hablemos del tema, ¿le parece?

Seguramente habían venido buscando a Telemmier, por supuesto, igual que él. Y puede que Heremon también, o quizá sólo quería recuperar a Ostri, como había dicho. En ese momento sonó la voz de Colvari en su oído.

—Le tengo —dijo la voz entrecortada del colmenero—. Una interferencia notable, pero la superamos. ¿Tiene órdenes?

Pensó un instante mientras dejaba que su corazón se ralentizara con un poco de medicación, mientras disimulaba la pausa con una mirada resignada a Heremon y Timo.

—Decidle a Laery que he entrado en contacto con la Cosecha Rota y la *Dios Buitre*. —Sólo entonces se dio cuenta de que citar como aliados los nombres de los antiguos antagonistas le dejaba muy mal cuerpo—. Me voy con ellos. Bajo coacción. Si hay alguna forma de seguirnos, hacedlo. —Aunque no era probable que esta gente compartiera sus planes de vuelo con la cibernet de Matachin—. En caso contrario, me pondré en contacto cuando pueda.

«Si puedo».

—Hablemos entonces —les dijo a las dos.

Le recordaban sobre todo por el periodo en que tuvo a la tripulación de la *Dios Buitre* en sus manos, con la nave capturada por la suya y cada cual disfrutando de forma individual su hospitalidad en forma de interrogatorio —en términos amistosos— sobre los Arquitectos y su posible regreso. Luego ese posible regreso había resultado ser un engaño perpetrado por un hierograve del culto hegemónico. Aunque todo había caído comprensiblemente en el olvido cuando los Arquitectos volvieron de verdad, como si el que demasiada gente les mencionara hubiera invocado su regreso del éter. Todo aquello había dado a Havaer una buena oportunidad de evaluarlos uno por uno: Olli, Kris, Kittering, Solaz. E Idris Telemmier, que entonces seguía con ellos.

La fiesta la interrumpió nada menos que la Cosecha Rota, y Havaer hizo cuanto estuvo en su mano para cubrir a la *Dios Buitre* y que fueran a informar de la situación en Berlenhof. Y así lo hicieron. Y ahora aquí estaba sentado en las paredes curvas de su muelle de drones, con toda la tripulación salvo por el cambio de

Idris por la principal lugarteniente del Inefable Aklu. «Compañeros de cama jodidamente raros».

Heremon parecía completamente a sus anchas, pese a todo el asunto de cuando su hermano, o al menos compañero, encontró su largamente pospuesto fin a manos de estos espaciales itinerantes. Le seguía dirigiendo miradas burlonas en plan «¿qué vas a hacer?». Él conservaba el veneno en su bolsillo. Si la situación se torcía, sería su recurso inmediato, pero en ese momento vivían un momento de distensión y todos actuaban como amigos.

—Pues estupendo —empezó, intentando recuperar el control de la situación—. Vosotros queréis recuperar a Idris de las garras de Ostri… de Emmaneth —se corrigió, al ver dudas en sus miradas—. Se llamaba Emma Ostri cuando era humana. Sabéis que estas cosas antes fueron humanas, ¿verdad? —Buscaba ampliar la brecha entre ellos y su nueva aliada. Los labios de Heremon se curvaron, pero no dijo nada—. Sabéis exactamente quién me envía. La Casa Ácida tampoco quiere que Telemmier esté en las manos inadecuadas. Y soy consciente de que, a largo plazo, tenemos una idea muy distinta de cuáles consideramos las manos inadecuadas.

—Todo esto empezó cuando intentaste secuestrarle en Arc Pallator —le dijo directamente Solaz.

Havaer le devolvió la mirada sin alterarse.

—No hice nada de eso, y no por falta de oportunidades. Me ceñí a lo que hablamos entonces. No tenía órdenes al respecto. En cambio, tú —se dirigió a la tothiat— dices que sólo vas tras tu compañera renegada. ¿El Inefable no tendría sitio para un intermediario libre?

Ella estaba recostada sobre la pared del muelle de drones, una posición que a él le parecía poco cómoda, aunque supuso que el mismo hecho de ser un tothiat ya era insuperablemente incómodo.

—Podríamos limitarnos a decir que ninguno confía en los demás, si eso nos permite abreviar —sugirió Heremon—. Pero todos queremos encontrar a Em. Dado que la llevamos persiguiendo desde antes de que se hiciera con su amigo, tenemos más información que ellos. O que tú. Ellos cuentan con la confianza de su hombre, que les ayudará. Mientras que tú, poli, tienes una placa. Lo que puede abrirnos puertas.

Ella no había tenido ningún problema en acceder al orbital de

Matachin, meditó, y en los complejos mineros de Kodo estaba seguro que los contrabandistas y estafadores locales darían la bienvenida a una mafiosa de pata negra con los brazos abiertos. Lo que dejaba…

—Así que está en Toque de Difuntos. —Era un lugar demasiado civilizado como para que no alzaran una ceja cuando alguien como Heremon se paseara entre ellos tan tranquila. Todas esas leyes y regulaciones.

—Probablemente no. Pero es adonde nos conduce el rastro. Fue allí. Se encontró con gente.

—¿Gente que tuvo un final desagradable a manos de tu colega?

—Es posible. —Heremon se encogió de hombros.

—*Menheer* Mundy —interrumpió Kris Almier—. Mire, no voy a sorprender a nadie si le digo que todo este arreglo tampoco fue nuestra primera opción. Seguíamos informes que nos facilitó el Partenón. No sabíamos que procedían de la Cosecha Rota. Pero ¿qué podíamos hacer? Idris sigue vivo.

—Y sin duda ella informa de cada paso al Partenón —comentó él con una inclinación de cabeza hacia Solaz.

—Por supuesto —atajó la mirmidón. Pero le estaban buscando en territorio colonial, lo que significaba que cualquier operación de rescate por parte de ellas sería otro paso en la situación prebélica. Así que habían encomendado la misión a la destartalada *Dios Buitre* sin caballería que la respaldara.

—Bien, de acuerdo. —Los comunicadores de Havaer detectaron una señal, y nadie más parecía haberla recibido. Se fijó sobre todo en Olian Timo, porque era ella la que había mostrado mayores cualidades técnicas, pero parecía que la intrusión se le había escapado a todo el mundo salvo a él—. Queréis mi placa, como has dicho. Yo quiero que se encuentre a Telemmier. Tendremos algunas palabritas sobre con quién deberá irse después… Y no os engañéis pensando que va a ser una discusión entre sólo dos partes cuando se produzca. —Dirigió otra mirada a Heremon, sobre la que pretendía que dudaran todo lo que fuera humanamente posible—. Por ahora, creo que todos apuntamos en la misma dirección. —«Y yo estoy totalmente por mi cuenta y no podría pedir instrucciones ni aunque pudiera conseguir un canal limpio». Se imaginó cómo pintaría todo aquello en su expediente, y pensó que sus perspectivas de ascenso

podrían mejorar si muriera en algún punto del proceso.

Kittering, el hanni, saltó desde su taburete y salió del muelle, con el traductor diciendo que pondría a la nave a punto para el nospacio y cruzar los pasajes necesarios hasta Toque de Difuntos. Sólo estaba a un paso de Matachin, recordó, dos más desde Kodo. El rango de acción de Emmaneth era muy reducido últimamente. «Se ha asentado».

Heremon le dejó con el resto de la tripulación. Olli Timo le ignoró, moviéndose por sí misma del escorpión a la cápsula de control del muelle de drones en vez de una cama de suspensión. Eso dejaba a Kris y Solaz, que se agacharon al interior de la nave, donde estaban las camas. Eran una pareja extraña, no exactamente el estándar espacial, la abogada y la parteni. Cuando le encontraron una cápsula operativa y lo suficientemente larga para su altura, se produjo un silencio espectacularmente incómodo.

—Éste no es nuestro plan —terminó por decir Solaz—. La Cosecha Rota nos ha llevado a remolque hasta ahora… Implicándonos, encontrándole.

—Así que no confiáis en ellos —dijo Havaer.

—Tampoco en usted —señaló Kris—. Es de la Casa Ácida. —Una pausa—. A pesar de todo. Recordamos que nos devolvió a Idris en Berlenhof. Y así pudo salvar el planeta. Cuando parecía que el resto del Hum hacia todo lo que podía para pararle. Eso estuvo bien.

—Lo crea o no, trabajar para la Oficina de Intervención y salvar la capital de las Colonias no resulta contradictorio —respondió—. Quiero decir, es donde tenemos las oficinas. ¿Y si le preguntara cómo ha ido la estancia de Telemmier con su gente? —dijo levantando una ceja hacia Solaz.

—No le podría contestar —repuso. Pero lo único que había aprendido sobre ella en su última entrevista era que, para ser una agente, no era la mejor de las mentirosas. A las parteni les gustaba ir a las claras, o al menos era el caso entre las del nivel jerárquico de Solaz. Su respuesta era más orgullosa que defensiva, y a partir de ella dedujo que habían hecho al menos algunos avances para conseguir sus propias inters. «Y posiblemente ya las estarán criando en sus cubas». Lo que no tenía un impacto inmediato en su situación actual pero podría conducir al final del Hum en algún momento de la vida de Havaer. Si es que los Arquitectos no lo liquidaban antes.

Cualquier mejora que permitiera que la flota parteni al completo saliera del vacío directamente encima de Berlenhof o Magda, sin previo aviso antes de que diera comienzo el bombardeo gravitatorio, no podía ser buena.

«Jodidos tiempos interesantes, como dijo aquél».

Sonrió y pensó en lo que probablemente ocurriría cuando tuvieran de nuevo a Idris en sus manos. La verdad es que preferiría que le matara Solaz que una sicaria mafiosa como Heremon, pero ninguna de las opciones estaban en un lugar alto en su lista de preferencias.

Una serie de señales le confirmaron que la cama de suspensión funcionaba, y su actitud les confirmó a ellas que Havaer no era un simple oficinista despistado del planeta capital. Mientras, abrió un canal de comunicación limitado para seguir el rastro de la señal que había recibido antes. Mientras yacía a la espera de caer al nospacio, se arriesgó a subvocalizar: «¿Colvari?».

—Aquí.

—Seguidnos a Toque de Difuntos.

Hubo un momento de pausa que, incluso a través de la deficiente comunicación, resultó embarazoso.

—En primer lugar, dése cuenta de que no teníamos ni idea de si sería capaz de comunicarnos su destino.

—¿Qué queréis decir?

—Hemos salido de la nave. En consecuencia no podremos seguirle a Toque de Difuntos. La parte positiva es que sí podremos acompañarle allí.

Reflexionó un momento, mientras sentía cómo los sistemas de la *Dios Buitre* retumbaban y rechinaban cuando el cauteloso Kittering los sometía a los tests previos al vuelo.

—¿Y dónde estáis exactamente?

—En el casco.

—¿De esta nave? ¿De la *Buitre*?

—Esa nave, sí.

El vacío absoluto no suponía ningún problema para los colmeneros, si su estructura tenía el diseño apropiado. Consideró los pros y contras de la situación. Después de todo, Heremon y la tripulación de la *Buitre* sin duda sabían en qué nave había llegado, así que si más tarde esa misma nave aparecía en Toque de Difuntos

la identificarían de inmediato.

—Muy bien —confirmó—. Voy a daros un destino de envío y unas rutinas de encriptación. En el momento que tengáis la oportunidad de meter algo en una paquetera, tenemos que hacerles saber dónde estamos, y si lo hemos averiguado, adonde iremos después. —Valoró si Solaz enviaría la misma información al Aspirat parteni que él buscaba hacer llegar a la Casa Ácida, o al menos a la célula desgajada que dirigía Laery. Todo esto había terminado por ser la más caótica tarea de agente secreto en la que había tomado parte nunca.

Un banco de luces se encendió en la cama, aunque una de ellas parpadeó y se apagó casi inmediatamente.

—Listo para el nospacio —avisó a Colvari, que tendrían que apagar sus funciones superiores para sobrevivir al viaje. Después de eso dejó que la cápsula le controlara, y su último pensamiento fue que los universitarios de Toque de Difuntos no sabían lo que les venía encima.

23

Idris

Emmaneth se lo llevó a una habitación donde alguien —probablemente Jaine— había dispuesto una mesa, una mesa de tamaño humano, y la había atornillado al suelo. Había cajas colocadas a su alrededor y ella le sentó en una como si fuera un pelele. Idris tenía ya el suficiente autocontrol para mantenerse sentado, agarrándose a la mesa con dedos pálidos.

Tras unos instantes, Jaine y Shinandri se les unieron. Una pequeña parte de su mente escuchaba su conversación, lejana, mientras su cabeza bullía de pensamientos sobre lo que acababa de experimentar. Hablaban de daños. Daños a la instalación. Jaine tenía una larga lista de sectores —en alguna notación arcana que Idris no podía seguir— que habían sufrido durante el breve periodo en que la Máquina estuvo activa. ¿Breve? Idris lo había sentido como un viaje de un millar de años en el que se había deslizado del tiempo real a la lógica del sueño. O del nospacio. ¿Cómo funcionaba el tiempo en el nospacio? Porque no lo había, no en realidad. Los viajes concretos llevaban una cierta cantidad de tiempo subjetivo si, como era su caso, eras capaz de soportar el impacto de lo irreal y permanecer despierto durante ese periodo. También consumía una cierta cantidad de tiempo externo. Siempre variaba, aunque los humanos llevaban suficientes años adentrándose en el vacío como para determinar unos parámetros. Excepto que, a la vez, viajaba en el propio universo real, atravesando el espacio entre las estrellas más rápido de lo que jamás podría hacerlo la luz. Idris no tenía el tipo de doctorado del que probablemente Shinandri presumía, pero sabía a nivel básico que ni siquiera las mejores y más brillantes mentes podían comprender del todo el viaje nospacial: el tiempo que suponía,

cualquier dato exacto. Salvo que ahora sentía que estaba a poca distancia de entenderlo. Le bastaría un viaje más en la Máquina.

Pero se habían producido daños. Jaine parecía preocupada. Sí, haría cuanto pudiera, pero había grietas en la instalación y empeoraban cada vez que se activaba. Señalaban una fecha de caducidad para su proyecto.

—¿Por qué? —graznó Idris. Los dos se volvieron a mirarle con cierta sorpresa.

—Aquí tenemos uno bueno de verdad. —Emmaneth le apretó el hombro con camaradería—. Ya habla. Quizá hasta esté listo para volver.

—Pero nosotros no —la cortó Jaine—. Déjame al menos intentar unos arreglos, ¿no te parece?

—Desde luego. —Shinandri miraba a la cara de Idris—. Sin duda, y quiero ser el primero en darle la bienvenida de vuelta al mundo de los despiertos, *menheer* Telemmier. ¡Una recuperación fulgurante en un periodo de tiempo tan breve! ¡Extraordinario!

—¿Qué daños? ¿Por qué? —consiguió decir Idris. Sentía como si estuviera redescubriendo sus labios y lengua.

—Es esta flora cabrona —dijo Jaine—. Quiero decir, es nuestra mejor teoría, la razón por la que este sitio sigue aquí, como dijimos. Pero lo mata todo. Literalmente desmenuza en átomos cualquier tipo de intrusión. Este lugar se protege a sí mismo. No entendemos, ni siquiera un poco, cómo se genera el escudo, pero está ahí, y es la herramienta con la que seguimos aquí. Pero la Máquina compromete a toda la instalación. Cuando está en marcha, supone que no hay escudo.

—¿Qué? —preguntó Idris—. ¿Por qué?

—Verá, el escudo y la Máquina son mutuamente excluyentes —explicó Shinandri como sin darle importancia—. Simplemente no pueden existir a la vez. Por así decir, no podemos esconder la cara entre las manos si queremos a la vez mirar al abismo. —Lo que estaba muy lejos de ser una forma tranquilizadora de explicarlo.

—La luz de ahí fuera empieza a afectar a los muros —siguió Jaine—. Llegará un momento en que encendamos, y se vendrán abajo. Entonces tendremos como un minuto, si tenemos suerte, para irnos. Porque la existencia de este planeta mantiene una rendija jodidamente pequeña para salir de la órbita. Una vez que

desaparezca, la radiación te alcanza aunque intentes alejarte. Mire, no bromeamos. Infierno de Criccieth es el planeta más desagradable del universo.

—Casi se podría decir —la risita de Shinandri sonó repentinamente horrible— que no es ningún lecho de rosas.

Idris cobró algo de fuerza al advertir la mirada de prolongado sufrimiento compartido que intercambiaron Emmaneth y Jaine.

—¡Vamos! —soltó de repente el doctor, sobresaltando a los demás.

—Por ahora no, doctor —probó Jaine.

—Sí, ahora, ¡absolutamente ahora! *Menheer*, dado que se siente inesperadamente elocuente, quizá esté listo para comentar lo que usted…

—No —dijo Idris.

El doctor Shinandri parpadeó, recuperó la sonrisa y se frotó las manos.

—Un pequeño periodo de recuperación…

—No —repitió Idris, porque la verdad es que se había recuperado. Volvía a ser él mismo, con todo lo que suponía ser Idris Telemmier—. No. —Cerró los puños y sintió que la debilidad de sus dedos desaparecía—. Nada de hablar. —Pese a que las palabras intentaban salir ejerciendo como unas nueve atmósferas de presión dentro de su cráneo—. No soy vuestra cobaya. No lo haré. Me secuestrasteis. Yo… —«Necesito saber. Necesito entender. Ayudadme a aprender lo que ocurre aquí, porque es un ojo en el interior del universo». Pero mantuvo su resolución y apretó las mandíbulas para reafirmarse. «No».

—De acuerdo a experiencias previas —dijo Shinandri con grandilocuencia, lejos de la pataleta académica que Idris se esperaba—, nuestros abismonautas necesitan algo de tiempo para recuperarse tras la primera incursión. —Se sentó y se apoyó con los brazos en la mesa, y puso la barbilla entre las manos para inclinarse en dirección a Idris—. Duerma un poco, *menheer*. Estoy seguro de que le alegrará compartir su experiencia, con seguridad, después de algo de descanso.

«Te tengo pillado por ahí», decidió Idris, pero dejó que Emmaneth le llevara a un cuarto estrecho que había al lado. Era un rincón de forma rara que aprovechaba un hueco en la juntura entre

la curva de los muros originarios y las mamparas industriales de Ahab, en el que alguien había puesto una cama. Lo más probable es que su primera función fuera como cuna en una nave espacial, calculó que unos cincuenta años atrás. La tothiat la dejó en ella, no sin cuidado, y luego se quedó mirándole.

—A la otra no la podíamos callar —destacó—. Es usted un tipo duro, *menheer* Telemmier.

—Dijo la mujer langosta inmortal. —Se sentía extrañamente nada asustado de ella, y poco después se dio cuenta de que era porque, en comparación con la escala de lo que acababa de vislumbrar, era irrelevante. Él mismo lo era igualmente, salvo por su condición de medio a través del que esas revelaciones cósmicas podían llegar al universo real. Nada importaba en comparación con lo que había visto.

—Hablará —le dijo ella con dulzura.

—¿O me harás daño? —La idea le pareció tan trivial que casi se rio de pensarla. ¿Romperle un brazo? ¿Meterle un dedo o un destornillador en un ojo? ¡Qué pequeñez! El universo ni se daría cuenta.

—No somos sus enemigos, *menheer*. —Ahora parecía solemne, una mujer distinta—. Esto es importante. Y no tenemos mucho tiempo. No hay ningún otro lugar como éste en todo el universo.

—¿Y por qué crees que me importa? —dijo, aunque era mentira. Pero seguía aferrado desesperadamente a la idea de no cooperar, como un náufrago a su tabla de salvación.

—Si me importa a mí, *menheer* —le respondió Emmaneth—, le importa a cualquiera.

Le dejó con sus propios pensamientos, pero eran tan grandes y numerosos que sentía que apenas quedaba sitio para él mismo en su cabeza. Abarrotaban la habitación, peleaban por salir de su cabeza, exigían que los repasara.

Había visto.

Era un telescopio al nospacio. O no, no lo era, sólo la versión más aproximada a escala humana. Si bien entenderlo así era un completo error, porque un telescopio dejaba que el ojo se enfocara en un único punto, mientras que la perspectiva que le daba la Máquina era… amplia. Inhumanamente, ridículamente amplia, a la vez que retenía un significado desde su minúsculo punto de vista

humano. Cuadrar un círculo imposible, como primer truco de todo un espectáculo celestial de cosas que no podían existir. Lo había visto…

Todo.

Y llevaban razón. Quería contarlo. Quería saber qué habían dicho los inters que le precedieron, y no le importaba una mierda que hubieran matado a algunos infortunados esclavos que no quisieran estar allí más de lo que lo había querido él. Necesitaba convertir todo en palabras y escuchar lo que Shinandri tuviera que decir sobre sus propias incursiones en el vacío. Aunque el buen doctor no fuera un intermediario, debía de haber algo en la mente del hombre que le daría a Idris un contexto vital para entender.

Había visto…

Tenía que reducirlo, centrarse en algún aspecto concreto. Todo junto era demasiado. La mente se frustraba ante la perspectiva de tener que digerirlo todo.

Los pasajes.

Había visto los pasajes, esos atajos entre las estrellas que cualquier piloto medio competente podía seguir. El esqueleto del viaje espacial humano —o de cualquier especie—. Enciendes tu motor gravitacional y accedes al nospacio; trazas el rumbo entre el sistema solar en que te encuentras y algún otro en cualquier lugar del universo, pero a un solo pasaje de distancia; te apresuras a tu cama de suspensión antes de que la terrible soledad/no soledad del nospacio te atrape; haces que la nave te despierte cuando llegues a un millar de años luz. Conviertes el espacio y el tiempo en una broma, mientras te conformes sólo con ir entre esos lugares conectados por los pasajes. Y alguien los construyó, todo el mundo lo creía. Alguna civilización antigua, quizá los originarios, había descubierto el territorio virgen del nospacio y había colocado unas estaciones. Ahora Idris sabía, sin ningún atisbo de duda, que sí, habían sido construidos, pero no, no lo hicieron para viajar. Eso no era más que una ventaja adicional a su existencia. El motivo… No lo sabía, pero había visto la vasta sombra del andamiaje que sujetaba los pasajes. Cómo el nospacio era una especie de membrana subyacente a todo el universo, que se mantenía tensa como la piel de un tambor. Los originarios, o quién sabe qué otras manos desconocidas, habían colocado pesos que tiraban de esa

membrana, le habían puesto remaches y grapas, para dejarlo listo para sus propios y desconocidos propósitos. Y, al hacerlo, habían convertido esa piel perfectamente estirada en una topografía en la que había canales, pliegues y arrugas. Luego, millones de años después, habían aparecido los pequeños humanos, los hanni y los castigar, incluso los formidables essiel, y habían decidido que esas creaciones destinadas a un propósito mayúsculo no eran más que caminos a su disposición.

Idris ya sabía que eran sólo una pequeña parte de una obra mayor. Porque el nospacio estaba repleto de indicios de esa obra. Los vio como si los distinguiera entre aguas oscuras; los vastos ángulos y estructuras que convertían al nospacio en una configuración que alteraba la mente, dispuestos de una forma tan precisa que incluso el menor cambio podía frustrar… algún objetivo. Había un objetivo, y se sentía enloquecedoramente próximo a descubrirlo. De saber…

Todo.

También estaban los Arquitectos, por supuesto. Los sentía moverse a través del universo, como gusanos que se adentraban en una fruta podrida. Sólo que la metáfora no era correcta. Intentó que su cabeza descubriera la relación exacta que tenían con todo lo que había visto, pero era algo que no llegaba a captar, se quedaba más allá del alcance de sus dedos por mucho que los estirara. Existía un patrón definido en su comportamiento, no era un vagabundeo aleatorio. Un patrón que si nada más que pudiera…

Solo, por supuesto sin dormir, se sentía como si gritara al techo improvisado, como si lanzara puñetazos a la impenetrable piedra originaria. ¿Para qué habrían venido aquí? ¿Por qué construir ese lugar en un mundo tan hostil? O quizá cuando llegaron fuera un mundo agradable, aunque estuviera muerto, y esta biosfera tóxica hubiera evolucionado durante los largos eones de sus estudios.

Cuando contemplaban el nospacio y la obra que albergaba, ¿estaban los originarios admirando su propia labor, o en su lugar observaban las creaciones de una raza previa para la que ni siquiera ellos tenían explicaciones?

Y otra vez, ¿por qué aquí? Casi lo sabía. Pensó en las ruinas de Arc Pallator y Jericó, cómo lo significativo no eran los muros sino los espacios compartimentados que creaban. Pensó en el arma que

los naeromathi desencadenaron contra el Arquitecto, una fuerza gravitatoria que se creaba en la nada entre las arcas langosta, más que en las propias naves. O los cazas Punto Cero que desplegaron las parteni, cuyos motores gravitacionales combinados creaban un efecto de martillo de masa. Y esta misma instalación, con su complejo panal de espacios. Todo trataba sobre espacios vacíos. No las propias estrellas, sino la piel que se estiraba entre ellas.

Allí tirado en esa dura cama, en ese terrible lugar, se sentía a unos centímetros de llegar a comprender todo el universo. No a los Arquitectos. No a los originarios. Al propio universo. Porque todos los demás formaban parte de él, y no podías entenderles sin entender el conjunto.

Todos esos pasajes, como suturas, mantenían cosido el universo que había entre ellos. Y había un millar de fuerzas y factores distintos que contribuían al andamiaje que facilitaba que el universo siguiera con la forma que debía tener. Todos esos pequeños tiras y aflojas que lo tensaban de la forma deseada para que fuera este universo, y no otro distinto. Incluso él mismo, al observarlo con su mente despierta de inter, suponía otra puntada. Puede que ése fuera el plan, puede que no.

Cuando vinieron a por él, no tenía ni idea de cuántas horas después, se sentía como si le hubieran torturado durante toda la noche. Como si le hubieran dejado en una bodega con un chorro de agua cayéndole en la cabeza, o con un estruendo caótico retumbando en sus oídos. Aunque pudiese dormir, ¿cómo habría podido dormir? Su mente no había dejado de correr por los confines de su cráneo desde que le sacaron de la Máquina. Quería agarrar del cuello a Emmaneth y gritarle a la cara «¡vuelve a meterme ahí abajo!». Sus pies temblaban al ponerlos en el suelo. Cuando se puso de pie estaba tiritando.

Hizo cuanto le fue posible para parecer que se resistía. Un esfuerzo heroico para que no se notara que quería ir. Aunque luego de verdad ya no quería seguirles, porque no bajaron, sino que fueron a otra parte, a otro lugar cavernoso donde al parecer habían preparado el desayuno.

Descubrió que estaba hambriento. Famélico. Pensar en el universo le había apartado de cualquier otra sensación, pero cuando Emmaneth le sentó delante de un paquete de ración envuelto en

papel de aluminio, un clásico de la época del final de la guerra, él lo abrió con uñas y dientes.

Todos los demás estaban allí. No sólo Shinandri y Tokamak Jaine, sino la enorme masa de Ahab. El cuerpo del naeromath reposaba sobre su racimo de patas mecánicas como si estuviera sobre un taburete, al que alimentaban media docena de cables. Tenía delante algo que parecía como un naranja púrpura carnosa con venas azules, le cortaba trozos con una garra metálica y se las llevaba a una ranura debajo de su cabeza. Idris no tenía ni idea de cómo, o de qué, se alimentaba un naeromath originalmente en su mundo natal. Dado que ese planeta no era más que otra escultura muerta en algún lugar del vacío del espacio, probablemente no fuera algo que necesitara saber.

Había otro desayuno listo. O al menos alguien había puesto un plato metálico con un paquete de ración, y no parecía destinado a ninguno de los presentes. Nadie se lo explicó y, como todavía quería mantenerse firme, no pudo preguntar.

Shinandri terminó el primero, y se limpió los labios con la manga. Sin el traje de inmersión, vestía una ropa formal raída, no el estándar del núcleo colonial, con una chaqueta con un largo faldón bifurcado, un tanto ridícula. Llevaba debajo una faja púrpura y verde, bastante andrajosa. Idris no podía adivinar de qué iba vestido.

El doctor descubrió su mirada y le devolvió una amplia sonrisa.

—Ahora, *menheer*, me atrevería a decir que ha tenido mucho en lo que pensar, ¿verdad? Una prolongada reflexión, me apostaría todo el dinero que no tengo. Y, como le tenemos, por así decir, en nuestras garras, no parece que haya motivo para no devolverle a la Máquina para otra sesión. —Miraba atentamente el rostro de Idris para ver su reacción—. Pero, como sin duda nos ha escuchado, nuestro tiempo aquí está estrictamente limitado por la resistencia de los muros, es un hecho. No podemos limitarnos a abrir el universo para su disfrute, *menheer*. Debe haber un *quid pro quo*, en el que usted nos honra con su punto de vista y todos juntos avanzamos hacia nuestro objetivo, ¿no le parece, *menheer*?

Idris pestañeó, manteniendo desesperadamente su resolución de no cooperar en modo alguno con esos maníacos.

Las palabras le surgieron sin la menor voluntad por su parte.

—¿Cuál es exactamente ese objetivo?

—Si sabe hablar —comentó secamente Emmaneth, pero Shinandri le pidió con un gesto que se callara. Ahab pareció incorporarse en el sitio donde estaba fijadas sus patas, y la sombra de su largo cuello cayó sobre la mesa mientras se extendía hacia Idris.

—¡Nuestra cruzada! —anunció su traductor—. ¡La gran guerra en la que ya ha tomado parte contra los Deconstructores!

Idris pestañeó.

—¿Se refiere a los Arquitectos?

—Así es —confirmó Shinandri en voz baja.

—¿La Máquina es un arma? —Idris no había visto ningún indicio cuando le metieron dentro.

—Para golpear al enemigo, ¡debes encontrar al enemigo! —declamó Ahab.

—Me imagino que ya se habrá fijado en que la Máquina ofrece una perspectiva del nospacio que revela su estructura a gran escala, algo nunca visto antes, o ni siquiera imaginado —murmuró Shinandri—. Nuestro líder cree que los Arquitectos son parte integral de esa estructura. No se limitan a viajar a través del nospacio, sino que es su lugar natal.

—El nospacio no es espacio real —dijo Idris, repitiendo lecciones que le habían enseñado de niño—. Cuando entras en el nospacio, no existes realmente. Nada existe. Por eso estás siempre solo en el nospacio. —«Solo a excepción de…».

—Pero la verdad es manifiestamente más compleja que eso, ¿no le parece, *menheer*? —le incitó Shinandri—. La estructura que sin duda ha observado, que incluso yo puedo percibir débilmente, y de la que nuestros inters previos fueron al menos capaces de informar antes de que la experiencia les abrumara, es consistente. No real en el mismo sentido que la materia del universo físico es real para nosotros. Pero real en sus propios términos. Y la estructura del nospacio da forma al universo físico. Sobre esto ya tengo ecuaciones. Si es tan temerario como para preguntarme, puedo aburrirle con ellas durante un rato considerable, desde luego. El nospacio crea lo real. O posiblemente lo real rinde cuentas al nospacio. O más probablemente existe un diálogo con influencias mutuas. Pero debo admitir que aunque éstos son mis focos de

interés, nuestro valeroso líder tiene ideas más concretas. Desea descubrir el hogar de los Arquitectos como preámbulo necesario para alguna forma de ataque contra ellos.

—Un ataque —repitió Idris débilmente— al nospacio.

Emmaneth le dio una palmadita en la espalda.

—Aunque tenemos que encontrar primero dónde están.

Les habría dicho con desdén: «No hay dónde. Es el nospacio». Salvo que sabía que no era cierto. Incluso lo irreal tiene puntos de referencia.

—Los Arquitectos no son el problema —les dijo con calma—. Lo sé, he hablado con uno de ellos. Tienen amos, los Arquitectos no son más que sus armas.

—¡Tenemos que desarmarles entonces! —bramó Ahab, y se alzó de repente para empezar a dar tumbos por el lugar. Idris se imaginó que sus giroscopios internos estaban oscilando furiosamente hasta recuperar el equilibrio.

Se encontró con la mirada del doctor Shinandri frente a él.

—Ahora, *menheer*, me imagino que no tiene el menor deseo de cooperar con nuestro gran proyecto y escogería volver a su cuarto —dijo el científico sin intención de manipularle—. O quizá prefiera pasar un rato charlando conmigo sobre lo que experimentó ayer, mientras Jaine nos prepara la Máquina para otra inmersión en lo irreal.

Idris se mordió el labio, en busca de cualquier resto de autocontrol. Pero su cabeza estaba demasiado llena de ideas, e incluso dejando aparte que Ahab había incorporado el tema de la guerra, la posibilidad de llevar el conflicto hasta los Arquitectos, tenía que saber. Permitió que volvieran a bajarle. Por fuera no dejaba de protestar, pero en su corazón lo ansiaba como un adicto. La Máquina le había dado el universo, o al menos una porción tan grande como podía concebir. Era una versión invertida del universo, porque lo miraba desde debajo, desde el nospacio. Aunque Shinandri llevaba razón: la realidad era un reflejo de lo irreal, y viceversa. La tensión entre los dos lo era todo. En un momento dado, mirando al abismo, sintió miedo de la escala descomunal de todo, construido por gigantes de tamaño inconcebible que podían volver en cualquier momento para reconfigurar cada parte y construir algo nuevo. Más tarde descubrió

que podía fijarse en cada una de esas obras formidables y temblar ante su fragilidad. El más ligero cambio en la nebulosa irrealidad del nospacio afectaría al universo que tenía por encima; y viceversa, la menor sacudida en lo real enviaría ondas de choque que alterarían el nospacio. ¿Cómo algún bucle de retroalimentación entre ambos lados no acababa por destruirlo todo?

¿Cómo es que no lo había hecho su propio escrutinio? Podía sentir cómo el universo se flexionaba cuando utilizaba en él su mente. No era sólo la Máquina, era él. Como intermediario, su mente interactuaba con el nospacio de una forma que no era posible para la de Shinandri. Aunque estuviera en lo real, la Máquina le abría una puerta al nospacio. Le dejaba llegar hasta él y tocar lo irreal, como si pilotara una nave. Podía explorar desde la comodidad de su propia casa, o al menos desde esta nave de locos en unos restos originarios moribundos sobre el planeta más letal del universo. Por eso le necesitaban. Tenían una ventana al universo, pero sólo un inter podía asomarse por ella. Debía ser sus ojos.

Y él sentía el tirón, ese cambio en lo irreal, cuando lo hacía. Como si en cualquier momento pudiera sin querer soltar un hilo y desenmarañar la creación entera. «¿Cómo puede todo mantenerse en un equilibrio tan inestable?».

Era como si fuera un insecto con las patas sobre la superficie de un estanque. Le llegarían las ondas de cualquiera cosa que ocurriera encima o por debajo del agua, y cualquier movimiento suyo causaría ondas a su vez, que se extenderían más y más.

Le escucharon.

Gritó en la Máquina, en su traje de inmersión, en su estrecho sillón. Luego gritó cuando sintió que se movía. Había algo descomunal. Pero «descomunal» no significaba ya lo mismo cuando tenía una perspectiva que le permitía ver simultáneamente todo el universo y cualquier detalle en su interior. Pero era algo, algo familiar. Había vivido a su lado desde que había salido del Programa de Intermediarios, con su mente nueva y sus neurosis. Lo había encarado cada vez que se adentró en el nospacio, fuera durante la guerra o en las tareas de rescate con la *Dios Buitre*. Era la presencia que todo el mundo sentía del lado erróneo de la realidad, y de la que te decían que sólo era la respuesta del cerebro humano a la completa falta de cualquier cosa a la que aferrarte tras

cruzar la frontera. Todos los inters se decían a sí mismos que no había nada allí, pero no conseguían creerlo del todo.

Seguía gritando cuando le sacaron de la Máquina, y siguió mientras le quitaban el traje. Sólo empezó a calmarse cuando Emmaneth apareció con una jeringa, y se apartó de ella, relacionando la inconsciencia que le proporcionaría la aguja con la vuelta a la Máquina, donde eso le estaría esperando.

Se dio cuenta de qué era lo que le había pasado a su anterior inter. Y no había sobrevivido. ¿Un shock físico, o simplemente había perdido la cabeza? Los inters bajo contrato, fabricados en serie a partir de convictos, no tenían la fortaleza de los originales, y él era el último que quedaba. Bastante dañado, en diferentes sentidos, pero sobreviviría a aquello.

Era real. Tan real como todo lo demás que había visto en el nospacio, incluyendo el andamiaje y la estructura que creaban los pasajes entre los sistemas estelares, casi por accidente. Tan real como el universo. Había de verdad una presencia hambrienta que espiaba en las profundidades del nospacio.

¿Tenía alguna relación con las estructuras?, le preguntó Shinandri. ¿Tenía relación con los Arquitectos? Tantas preguntas, e Idris pasó un mal rato obligando a su mente a volver a lo que había experimentado, aunque ahora esa cosa había captado su rastro y podía también seguirle a lo real. Podía alzarse desde las sombras de su propia mente para devorarle.

Pero haría todo lo que pudiera. Ahora estaba decidido. Aunque sin duda eso estuviera ahí, tenía que volver. Había tanto por aprender, y sería mucho más duro arrepentirse después que simplemente afrontarlo. No, pensó, eso no estaba conectado ni a las estructuras ni a los Arquitectos. Era algo mayor, más antiguo. El habitante original del nospacio, quizá. «¿Podemos volver? ¿Sigue la Máquina preparada?».

Pero no lo estaba, y Jaine no quería reactivarla de inmediato. Estaba repasando el resto de la instalación, comprobando cuánto daño había sufrido mientras no había escudo. La vida voraz de Infierno de Criccieth había dañado seriamente los muros. Idris no entendía por qué se preocupaba. No era como si no hubiera forma de repararlos. Y además… Mañana, dijo ella. Podrá volver mañana.

Faltaba mucho para mañana. Rechinó los dientes.

—Alégrese. —Emmaneth volvió a palmearle la espalda, un gesto que le resultaba cada vez más molesto—. Hay alguien que quiere verle.

—¿Qué? —Se volvió, soltándose de su brazo—. No hay nadie… —Pero había un sitio de más en el desayuno. Sabía que Emmaneth viajaba, así que no sería imposible que recibieran visitantes—. ¿Quién es? —Por un momento tuvo la idea disparatada de que podía ser uno de los tripulantes de la *Buitre*, que hubiera logrado rastrearle de algún modo. Sintió una repentina puñalada de tristeza, deseó volver a ver a Solaz, a los demás. La hondura de su pérdida le hizo tropezar. Volvía a ser humano abruptamente, no un dios colosal que caminaba entre universos. Era pequeño, débil y cuerdo, y se sentía muy solo.

No era Solaz, ni ninguno de ellos. Pero sí un viejo amigo. O al menos un viejo conocido, e Idris descubrió que llevaba tiempo esperando este reencuentro. Desde que Demi Ulo mencionó el nombre de la criatura en Arc Pallator.

El Heraldo, Ash. El extraño alienígena que llevó la noticia de la venida de los Arquitectos a la Tierra, cuando la Tierra existía aún y nadie había oído hablar de los Arquitectos. Ash estaba en Infierno de Criccieth para ver a su aprendiz errante, Idris Telemmier.

Ash intentaba parecer humano. Era un propósito sin esperanza, pero el cuerpo de la cosa podía encogerse para encajar en una túnica. Su forma básica era la de una especie de árbol con el tronco partido. Se movía sobre un pie con pseudópodos, pero la parte baja de la túnica lo tapaba. Una manga estaba vacía, prendida al pecho, mientras la otra sostenía una rama del cuerpo alienígena que terminaba en un enredo de tentáculos. La capucha de la túnica cubría la segunda rama, en la que destacaban unos ojos rojizos y una serie de rendijas que podrían ser fosas nasales, bocas o algún tipo de órgano que no tienen los humanos, o para el que no crearon un nombre. Había estado el suficiente tiempo con gente como para que, a pesar de todo, si nada más que se veía su silueta encapuchada, se pensara al principio en un humano vestido de forma rara y con un cuerpo desproporcionado, y tardara en identificársele como alienígena. Algún hierograve hegemónico, o quizá un espacial con prótesis cibernéticas baratas. Después de todo, Ash llevaba siendo huésped de los humanos desde hacía unos ciento treinta años.

Había sido capaz de comunicarse desde el principio en cualquier idioma. ¿De qué otra forma habría podido transmitir si no su aviso imposible?

Y aquí estaba, en Infierno de Criccieth y de vuelta en la vida de Idris.

El Heraldo Ash había sido una presencia continua en la periferia del antiguo Programa de Intermediarios. Había colaborado con el equipo médico y con Santa Xavienne, pese a que su comprensión de la fisiología y la neurología humanas quizá fuera un tanto superficial. Ash conocía a los Arquitectos, y estaba claro que sabía lo que era exactamente Santa Xav. Idris suponía que se habría encontrado con otros ejemplos similares en otras especies a las que hubiera intentado ayudar, y sabía que eran el único medio para luchar contra los Arquitectos. Luchar contra los Arquitectos era exactamente lo único que preocupaba a Ash.

Se encontró a la criatura departiendo con Ahab cuando Emmaneth le llevó dentro. No le sorprendió mucho. La cruzada individual del naeromath era exactamente el tipo de iniciativa que le gustaba respaldar a Ash. La criatura había aparecido como una aliada de la humanidad, y había avisado sobre los Arquitectos antes de su llegada. Pero Ash era, a su propia manera tranquila, un fanático. Idris tenía la fuerte sensación de que el interés de Ash en la humanidad sólo se debía a la posibilidad de emplearla como un misil más que lanzar a sus omnipotentes enemigos. Le encantaría saber a cuántas especies habría visitado antes, había avisado, las había convertido en munición y las había consumido hasta que no quedó ningún superviviente, para seguir luego su camino.

Mientras hablaban, ninguno reparó en Idris. Los dos estaban enfrascados en algún tipo de discusión, en la que no empleaban ningún lenguaje audible, ni siquiera gestos visibles, y el medio estaba más allá de su entendimiento. Emmaneth sugirió que los naeromathi actuales eran en tan gran parte ciborgs como para que su comunicación fuera en su mayor parte electromagnética, así que era posible que el aire estuviera repleto de palabras silenciosas. Pero al final Ahab terminó la conversación y se marchó de la sala, obligando a Idris y Emmaneth a retroceder a su paso. El racimo de patas mecánicas le llevó fuera de su vista como si tuviera una misión que cumplir.

—Idris, amigo mío. —La voz de Ash, un agradable bajo con una pronunciación perfecta del colvul, resonaba desde el interior de su largo torso—. Entiendo que has estado ayudando al Partenón con su pequeño problema.

Idris pestañeó, desconcertado unos instantes hasta que recordó que Solaz le había dicho que Ash la había puesto sobre la pista para encontrarle. Todo era parte del plan a gran escala de la criatura. Asintió levemente.

—¿Cómo estás? ¿Qué es lo que haces aquí? —Miró al alienígena con suspicacia—. Esto lo demuestra, ¿no? Que puedes. Quiero decir, en Berlenhof ibas y venías, como todo el mundo. No es tan extraño que nunca estés donde se te espera. Pero aquí…

—¿Qué te piensas? —replicó airado Ash—. Puede haber docenas de naves que pasan por el pasillo de Infierno de Criccieth cada vez que la instalación levanta el escudo.

—El… ¿A qué se refiere con «el pasillo»? —le preguntó a Emmaneth.

—Cuando se alza el escudo, crea un punto muerto en la radiación del planeta. Una nave con un piloto experto puede entonces llegar hasta nosotros. Cuando la Máquina está en marcha y el escudo desactivado, es casi imposible venir. Cómo lo hizo Ahab la primera vez es algo que está más allá de mi comprensión. Salvo que le ayudara este payaso. —Dio otra fuerte palmada en el hombro de Idris mientras señalaba a Ash con la cabeza.

Él la señaló a su vez con disgusto.

—¿Enviaste a esta salvaje a por mí?

El cuerpo totalmente inhumano de Ash adoptó una postura de inocencia herida.

—¿Yo? Idris, qué forma de desconfiar de mí. Vine porque aquí se va a producir un descubrimiento. Y me congratula que seas tú quien lo haga antes que nadie. El capitán Ahab lo hizo todo bien al construir este lugar, pero carece de tu… —Una especie de acople del sonido, inesperado y muy alto, hizo que Idris soltara un quejido y se echara atrás. Ash pareció avergonzarse—. Tu conexión —terminó—. No hay una palabra en vuestro lenguaje que defina lo que tienes. Deberías acuñar una para evitar los errores de traducción. Pero los únicos idiomas con un término concreto para ello son lenguas muertas.

—Estoy harto de ser especial —le dijo Idris—. Estoy harto de que me persigan por la galaxia, de que la gente intente secuestrarme o esclavizarme aquí o allí. Me he ganado el derecho a estar tranquilo.

—¿Harto? ¿De verdad? —Ash se deslizó más cerca. Aunque no intervenía ningún pie en su movimiento, había aprendido a desplazarse con el ritmo del caminar para asimilarse más a sus anfitriones humanos—. ¿Incluso ahora, cuando estás aquí y el universo entero depende de lo que hagas? ¿No sería buen momento para dejar de quejarte, Idris?

Él cerró los puños con una repentina rabia ante su tono condescendiente. Emmaneth se echó a reír burlonamente y él la encaró, con ganas de… ¿qué? Podía pegarle hasta que le sangraran los puños y sólo se haría daño a sí mismo. Y además…

Ella lo sabía. Lo vio en su cara. Esa sonrisa irónica no estaba falta de simpatía, en cierto modo. Sabía que Ash llevaba razón. Venir aquí era el objetivo. Daba sentido a todos los demás sinsentidos.

Las paredes a su alrededor se estremecieron. Tuvo la sensación de que toda la estructura cambiaba a una nueva configuración, por mucho que fuera patentemente imposible.

—El escudo ha caído —anunció al momento—. ¿Está el doctor Shinandri…? —Se sintió repentinamente furioso de que alguien jugara a ser dios sin él.

—Es Ahab —le dijo Ash—. Está usando la Otra Máquina.

—¿La qué? —farfulló Idris.

—¿Crees que lo primero que hizo fue algo adecuado para humanos? Estará usando los datos que Shinandri recogió de su repaso a la instalación y su lugar en el universo. Piensa que este lugar es un arma.

—¿Y lo es?

—Cualquier cosa puede ser un arma si tiene suficiente energía y la pones en manos de un naeromath loco por la venganza. Pero tú serás quien encuentre la verdadera arma, porque puedes entender lo que ves a través de los ojos de los originarios.

—Vuelves a ponerte críptico —le dijo Idris de forma automática.

—Culpa a la tosquedad de tu lenguaje. En respuesta a tu pregunta anterior, no, no envié a Emmaneth a por ti. Todo formaba

parte del plan de Shinandri. Entenderás que si alguien repasa la primera promoción de intermediarios no debe revisar una lista muy larga. Al menos ya no. Se enteró de lo que pasaba en Arc Pallator y de la llamada de auxilio de la Hegemonía. Es un tipo brillante.

—Y no le importa cuántos inters arruina para demostrarlo —murmuró Idris.

—De nuevo el falso resentimiento.

Otro bufido de Emmaneth.

—¿Qué quieres decirme, Ash? —le preguntó Idris—. Sí, ahora estoy aquí. Admito sin tapujos que necesito estar aquí. O debería estar alguien que pueda usar esta tecnología como puedo hacerlo yo. Eso no significa que me guste ser la maldita lámpara maravillosa de todo el mundo. Ya que eres tan listo, dime qué es lo que estoy buscando. Al fin y al cabo debo hacerlo en nombre de todo el universo.

—Habría pensado que resultaba obvio —le informó Ash, y si hubiera podido poner los ojos en blanco lo habría hecho sin duda—. Estás buscando en el nospacio de dónde vienen los Arquitectos. Su hogar. Porque entonces podremos encontrar la forma de enviarles una flota a la irrealidad para destruirles por completo y para siempre.

Y lo dijo con ese tono de conversación tan agradable suyo.

24

Kris

—No es un lugar por el que una tothiat podría pasear inadvertida —fue la descripción de Toque de Difuntos que hizo Kris. Le valió una mirada sarcástica de Heremon, algo con lo que podría vivir.

—No sin terminar en un tarro de encurtidos —confirmó Olli a voces por el comunicador de la nave. Seguía en su cápsula en el muelle de drones, y éstos llevaban a cabo tareas de reparación. Sus cinco manos, trabajando juntas a la vez en el mismo problema. La *Dios Buitre* había salido del nospacio con un puñado de lucecitas de alarma que no le habían gustado.

Toque de Difuntos, a pesar de su nombre, era un planeta civilizado. También un mundo oceánico, y aunque tenía una acuicultura extensiva, no era un gran exportador en esa área. Los dos polos contaban con grandes masas de hielo y en el ecuador veían pasar bloques en una u otra dirección la mitad del año, con el planeta al borde de convertirse en una bola de nieve a consecuencia de su albedo. Los asentamientos humanos estaban esparcidos por un puñado de archipiélagos que constituían la mayor parte de la masa terrestre. Uno en particular era la sede de la Academia Kendrick de Ciencias Avanzadas. La cibernet local se complació en proporcionarles material de lectura para unas catorce horas sobre quién fue Kendrick y por qué se había venido hasta este páramo semicongelado ya que era tan lista, pero nadie en la *Dios Buitre* se sintió inclinado a dedicarle su tiempo.

Era ese tipo de lugar… Tanto el planeta como la institución, porque la institución había puesto al planeta en el mapa de la galaxia. Kris conocía bien los sitios así, porque se había graduado en otro parecido: las facultades de Derecho de Scintilla. Había sido tan sólo una colonia terrestre más cuando existía la Tierra, pero

estaba lo suficientemente asentado para seguir en pie cuando ya no había Tierra y la humanidad, limitada al espacio, se había convertido en su propio archipiélago. Una sarta de perlas rota, dispersa entre las estrellas. Mientras la mayor parte de los seres humanos se había convertido en refugiados que vagaban en busca de un santuario, lugares como Scintilla, Magda o Toque de Difuntos se habían recogido sobre sí mismos y crecido interiormente, cada vez más entregados a su propia forma de vida. Nadie sabía por entonces dónde terminarían. La extinción de la humanidad en un sentido más amplio era una posibilidad. Cada planeta se ocupaba de sí mismo y la mayoría estaban ansiosos por acoger a los que escapaban de los Arquitectos, porque muy pocas colonias habían llegado a albergar una población importante.

En esos lugares, los caprichos prebélicos, las bromas y pasatiempos ociosos de los grupos en el poder habían quedado fijados como tradiciones inquebrantables para los recién llegados que escapaban del desastre. Fue de esa forma como los locales mantuvieron sus posiciones de privilegio frente al creciente número de refugiados. «Así es como hacemos aquí las cosas». Había algunas pautas comunes a esos lugares, y una pequeña indagación en los archivos de Toque de Difuntos sugería que el lugar había seguido un camino similar al de Scintilla. Las instituciones académicas tendían a ser jerárquicas, incluso feudales. Acumulaban tradiciones que el personal y luego los estudiantes pasaban de promoción en promoción, sin añadirles nada. Pequeños feudos repletos de leyes escritas y no escritas. Kris miró un mediotipo sobre una ceremonia al amanecer del día más corto del año en el patio principal de la academia, con todos sus miembros tiritando a temperaturas bajo cero como si la ausencia de uno pudiera resultar en que el sol no saliera. Y luego estaban las distintas hermandades, un tipo de estamento con el que Kris estaba más que familiarizada. Iba a ser como estar en casa.

Sin pensarlo realmente, acarició su cuchillo en la funda de la muñeca. Era extraño cómo la gente recurría a idénticos mecanismos en tantos mundos diferentes. Se reconoció a sí misma que era una respuesta al estrés, el darse una identidad de grupo como respuesta tanto a la llegada de más gente como a la amenaza de extinción si un Arquitecto decidía alguna vez oscurecer sus cielos. Una forma de

demostrar lo valiente y decidido que eras, cuando la verdad es que al verdadero enemigo no le importaba en absoluto, o ni siquiera entendía, en qué consistían la valentía o la determinación humanas. Hizo una comprobación en el índice de Rivalidades, el extraño archivo que seguía la evolución de ese tipo de datos arcanos, y descubrió que los graduados en Scintilla eran reconocidos por las sociedades de Toque de Difuntos. Esperaba que no llegara a ser relevante, pero era un as que podía ser útil tener guardado en la manga, por así decir.

En conjunto, como había intuido, un mundo extraño para que Emmaneth lo visitara repetidamente.

La información de Heremon mostraba que había venido un par de veces al año (según el estándar terrestre; el de Toque de Difuntos era algo más largo). Solía llegar en una nave pequeña, pero la mayor parte de la producción del planeta era fácil de transportar: graduados e investigación científica. Y ella no parecía buscar gente. Pero descendía al planeta, y si todo lo que quería era la información más reciente, podía conseguirla desde la órbita.

Kittering había producido ya un mapa de pasajes que mostraba las intersecciones entre Matachin, Toque de Difuntos y Kodo, una docena de mundos a los que se llegaba fácilmente desde allí y ninguno de los cuales tenía pinta de ser una base tothiat secreta.

—La profesora Granduja —la identificó Kris. Heremon les había facilitado una imagen de Emmaneth con una mujer de mediana edad de aire severo, y ahora había encontrado esa misma cara adusta en los archivos de la academia—. Emérita en física de alta energía y… —Pestañeó al encontrar una breve secuencia de la mujer (diez años atrás, eso sí) implicada en un duelo a cuchillo bastante espectacular. Era obvio que no sólo los estudiantes se entregaban a ese tipo de diversiones sociales.

—Te presentas voluntaria, ¿lo he entendido bien? —le preguntó Olli—. Llévate al poli. Quién sabe lo que conseguirás si enseña la placa.

—Probablemente una cuchillada —sugirió Kris, pero admitió que Havaer sería seguramente una buena compañía. Kit indicó que él iría también. Olli, Solaz y Heremon probablemente fueran menos útiles en un planeta que pertenecía a la Esfera Colonial y era a la vez propenso a ofenderse con los forasteros que no conocieran el

comme il faut local.

Con todo desperdigado por pequeñas islas, aterrizar una nave de cualquier tamaño suponía más papeleo del que desearía nadie, y alquilar un transbordador resultó ser más barato que rellenar formularios por triplicado. Tampoco había una cibernet que se encargara del aterrizaje, pero Kris y Kit se las apañaron para descender en la pista apropiada de la academia.

Granduja resultó ser una de esas grandes académicas que ya no necesitan ni dar clase, y que se mostró encantada de escapar de alguna reunión departamental para encontrarse con una graduada de Scintilla y un agente de la Casa Ácida. De hecho, les reservó dos horas de su tiempo para sentarse con ellos en la relajada terraza de una azotea con vistas a las olas de color vino oscuro —literalmente, dado el rojo profundo de la vida equivalente al plancton del planeta —. Icebergs como de mármol rosa vagaban a la deriva bajo la luz del sol poniente, y fueron capaces de ver equipos de barquitos que bailoteaban sobre el agua. Más tradiciones académicas en acción.

Pero ella no admitió que conociera a Emmaneth, y la placa de Havaer no le impresionó. Cuando le enseñaron su foto, se encogió de hombros.

—Somos un refugio para la enseñanza —les dijo con suavidad mientras una estudiante les traía unas tazas de rico chocolate hirviente—. Siempre hay alguien que trae temas para investigar.

—¿Dos veces al año? —preguntó Havaer.

—Quizá las ciencias superiores le resulten difíciles y necesite aclaraciones. —Granduja les evaluaba con la mirada mientras a la vez quería parecer casual. Kris ya le había tomado la medida comparándola con gente de Scintilla. Sí, había algo en marcha. Tenía algún trato con Emmaneth y no iba a admitirlo. No, el fantasma de la Casa Ácida no la iba a asustar aquí, en sus dominios. Granduja llevaba una túnica acolchada que le llegaba hasta los tobillos, claramente una recompensa a su categoría porque las de los estudiantes se quedaban en las rodillas. Además, llevaba una bufanda. Una prenda adecuada a las temperaturas y todo el mundo la llevaba, pero Kris ya había empezado a comprender la simbología exacta de sus colores, longitudes y pliegues. Ella misma llevaba algo parecido, un recuerdo de Scintilla, que también le servía para cubrir la cicatriz de un duelo que casi terminó con su vida. Todos esos

detalles tenían un significado y contribuían a que esas culturas aisladas y a la defensiva fueran difíciles de entender y peligrosas para infiltrarse. Granduja estaba jugando con ellos, divirtiéndose, y no iba a ser de ningún tipo de ayuda.

Después de la entrevista —en la que tuvo que admitir que el chocolate y los pastelitos habían sido excelentes y casi una recompensa adecuada al tiempo perdido—, Kris se comunicó con Kittering.

Había otros hanni en Toque de Difuntos. No demasiados, pero la academia tenía un puñado de estudiantes que habían conseguido ingresar. Además, existía todo un clan que formaban parte de la logística de la institución desde siempre, de forma que sin ellos ninguno de esos eruditos altaneros sabría dónde era su siguiente clase. Kit había hecho amigos, tanto entre los de su especie como humanos con trabajos similares. Para cuando Kris había terminado su último chocolate y se despedía educadamente de la profesora Granduja, Kit ya había encontrado una pista hacia Emmaneth.

Iban de camino a reunirse con él, abriéndose paso entre el repentino éxodo de estudiantes que dejaban las cálidas aulas para salir a las gélidas calles, cuando Havaer se detuvo en seco.

—¿Qué? —Se fijó en el gesto concentrado de su rostro mientras recibía un mensaje de alguna parte. No de Olli, que habría llamado a Kris o Kit directamente. Se puso tensa, palpó su cuchillo ante el temor de que la situación fuera a convertirse en una redada de la Casa Ácida y tuviera órdenes de echarle el guante.

—Tengo viejos amigos en órbita —le dijo—. Estoy… interesado desde hace poco en cierta facción colonial. No necesita saber detalles, pero en gran medida está compuesta por terratenientes magdanos. Siempre son una fuente de diversión, allá en el Hum.

Kris sintió como un hilillo de frío acero en su interior.

—¿Volvemos a hablar de los Uskaro? —le preguntó. La *Dios Buitre* había escapado de las garras de esa familia (concretamente uno de sus retoños, Piter) varias veces antes del encontronazo en Arc Pallator con el patriarca, Ravin. El propio Havaer les rescató de ellos una vez, aunque fuera para ponerles bajo su propia custodia—. ¿Por qué andan por aquí? —Al ver su mirada compasiva, siguió gruñendo—: Fueron una vez a por Idris, sí, pero sólo es un inter en el gran esquema de las cosas. Seguramente tengan otros asuntos a

los que dedicar su valioso tiempo.

—El asunto que ha atraído el interés de mi gente —explicó Havaer de forma cuidadosa— es algo que realmente se beneficiaría de contar con un monopolio de los inters, o de tantos como se pueda conseguir. Las facciones magdanas ya cierran muchos de los contratos con los que se ata a los que salen del Comité de Enlace, pero su Telemmier es de la vieja escuela. Y ahora mismo ya no está bajo el paraguas de las parteni. Disponible, si es que le pueden encontrar. Están aquí siguiendo la misma pista que nosotros. Mi… fuente dice… —Volvió a escuchar unos momentos la voz silenciosa, y luego la tomó del brazo. Ella se soltó, pero le siguió en un ascenso hasta llegar a una pequeña pista vallada que estaba encima del café en el que se habían citado con Granduja. Vio que ella seguía allí, y conversaba con nuevos invitados. Su lenguaje corporal indicaba que estaba siendo tan cordialmente de poca ayuda como lo había sido con Kris y Havaer, y disfrutando la situación, tocándoles las narices a los recién llegados que se habían atrevido a pisar su pequeño feudo. Incluso se volvió hacia arriba, sin mostrar la menor sorpresa, y de hecho intercambió miradas con Kris unos instantes. Había algo de duelista en la forma en que hizo gestos a un camarero. O no, no de combatiente, sino del árbitro que invitaba a que los duelistas hicieran su primer movimiento.

Sentado con ella estaba el boyardo Piter Tchever Uskaro, sobrino del viejo Ravin, que había sido una enorme molestia en Arc Pallator. Havaer confirmó que la nave del joven Piter, la *Raptórida*, se encontraba estacionada en órbita.

—Bueno, tienen a Granduja y puede que la atosiguen —señaló Kris—. Pero no tienen a Kit y su pista, así que vamos a sacarle partido mientras vayamos por delante.

La academia de Toque de Difuntos tenía su propia gobernanza y organismos desde hacía tiempo. Las privaciones y las presiones habían convertido a ciertas camarillas en estratos de la propia sociedad. Era el caso de los clubes de duelistas; también, de la Hermandad de los Venerables o la Unión de Porteadores Académicos. Mientras el personal docente era la imagen pública de la principal institución de Toque de Difuntos, la que traía el dinero de otros planetas y exportaba a los graduados que tendrían un recuerdo para la academia en sus testamentos, la Unión se

aseguraba de que las luces seguían encendidas y el agua era potable. También mantenía un continuo enfrentamiento con los académicos, según Kit. Tenían sus propias fiestas y códigos, sus rangos y jerarquías, y si había algo que los «Bufandas» (en oposición a ellos, que eran los «Guantes» pese al hecho de que en el frío Toque de Difuntos todo el mundo llevaba las dos cosas) anduvieran tapando, se sentirían más que contentos de descubrirlo. Salvo que Emmaneth era algo que también tapaban ellos, así que Kit caminaba con sus patitas de cangrejo sobre una delgada línea. Ganó algo de dinero, perdonó algunas deudas, y terminó por encontrar a un ingeniero de nivel medio que estaba deseando irse de la lengua.

—La construcción del aparato científico se lleva a cabo in situ —les explicó Kittering, mientras les llevaba a ver a su contacto—. Un aparato tan especializado no está disponible de manera fiable para la importación.

El hombre con el que se encontraron era pequeñajo, con una densa barba de color gris metálico y un pequeño sombrero encajado en la cabeza que parecía un calcetín rojo. Tenía para ellos una pizarra con una lista de palabras técnicas de las que Kris no pudo deducir nada. Estaba bien acompañada en su desconcierto.

—Son objetos recogidos aquí por Emmaneth —señaló Kit.

Kris escudriñó la lista como para entender algo.

—¿Se ha vuelto de repente científica?

El ingeniero se rio entre dientes y se escupió en la mano, lo que ella interpretó como alguna forma de desdén ritual hacia todo lo académico.

—Ella no. Él. Pagando sus deudas, está. Ella no es más que una mensajera, eso es. Pero mejor que no se la encuentren.

Esto era obviamente algo nuevo para Kit, así que Kris no pudo evitar una sonrisa victoriosa.

—¿Y quién es ese «él», *menheer*?

—*Menheer* Hermano Porteador —la corrigió con frialdad, porque por supuesto todas estas fraternidades de pacotilla tenían sus denominaciones ridículas; los duelistas y abogados de Scintilla no eran muy distintos—. Tiene mucho que pagar, seguro. Pero los donativos ayudan. —Mostró más datos en la pizarra con un—: Tiene suerte de que nos guste su hanni, porque una señoritinga elegante como usted no sacaría nada de nosotros.

«Así que soy una señoritinga elegante». A Kris casi le gustaba la forma en que sonaba. Le dedicó al viejo gruñón una sonrisa que suavizó levemente el ceño fruncido, y luego comprobó la pizarra. Una serie de donaciones al Fondo Benevolente de Venerables Porteadores, un montepío para viudas y huérfanos. O, como Havaer seguramente lo describiría, una operación de lavado de dinero. Alguien había llevado a cabo pagos considerables y recibido a cambio, sin conexión obvia, libre acceso a las instalaciones de impresión con tierras raras de la academia, donde podía producir mecanismos altamente especializados. Mecanismos que Emmaneth venía a llevarse periódicamente. Ese alguien en cuestión era un antiguo licenciado en Toque de Difuntos, un tal Haleon Shinandri. Eso abría la posibilidad de conseguir más información, incluyendo sus publicaciones académicas, escándalos en los notitipos, informes de salud y seguridad, obituarios.

Quizá no les serviría para saber dónde demonios estaba Idris, pero era una pista.

—Volvemos por ahora a la nave —decidió Kris—. Preguntaremos a la cibernet local y veremos dónde ha ido a parar este antiguo alumno en concreto.

Volvieron al sol y el aire libre desde los dominios sepultados de los Venerables Porteadores y se encontraron un grupo de miembros del personal de la universidad que se dirigía a su encuentro. Algunos eran académicos y otros porteadores notablemente más corpulentos que su informador. Granduja iba con ellos, y a su lado, señalando a su presa, estaba Piter Tchever Uskaro.

Solaz

—Tenemos un problemilla —llegó la voz de Kris por los crepitantes comunicadores de la *Dios Buitre*—. Vamos a tener que tomar un pequeño desvío para llegar al transbordador.

—¿Un pequeño desvío? —repitió Solaz.

—Puede que un recorrido por la isla. —Kris sonaba ligeramente agitada—. Todo muy civilizado. Caminamos, quizá un poco deprisa. Ellos nos siguen, puede que un poco deprisa. Nadie quiere dar el siguiente paso.

—Que Mundy les enseñe la placa —sugirió Solaz.

—Bueno, cuando sea la ocasión. Lo único es que no pareció impresionarles mucho cuando charlábamos con un chocolate y pasteles, y creo que desde entonces han subido las apuestas. La puta asquerosa no nos dijo nada pero imagino que le ha contado lo suficiente a la viruta de Uskaro. Que nadie te venga más con lo de los académicos y sus torres de marfil.

Solaz había crecido con historias de las Colonias y la presencia generalizada de la corrupción en todos los ámbitos. Pero ahora mismo quien le inquietaba era Kris. Seguía teniendo dificultades para entender los matices del colvul y la tendencia de Kris a la frivolidad suponía que no podía estar segura de cuán preocupada estaba realmente.

—Olli quiere que bajemos en la nave —dijo. De hecho, Olli estaba enganchada en una furiosa trifulca con las autoridades portuarias de Toque de Difuntos, o al menos con el departamento de la cibernet planetaria que se encargaba de los permisos de aterrizaje. Según una antigua norma de la academia, y conforme a la logística básica de una sociedad planetaria esparcida por pequeñas islas, aterrizar cualquier cosa mayor que una lancha estaba prohibido. Olli sugería en ese momento que podría usar el potente motor gravitacional de la *Buitre* para colocar a todo el Departamento de Energías Superiores en órbita. Las negociaciones no iban bien.

—Buena suerte con eso —comentó Kris—. Solaz, te envío algunos datos. Haleon Shinandri, antiguo profesor asociado aquí. Es para quien trabaja Emmaneth. Está pringado de mierda hasta las trancas y ahora mismo no tengo forma de seguir su rastro.

—Lo haré —confirmó Solaz—. ¿Te dice algo ese nombre? —preguntó a Heremon, que miraba bocabierta por encima de su hombro. La tothiat negó con la cabeza, se dejó caer en el asiento a su lado y empezó a acceder a los archivos. De repente ya no era una mafiosa sino una investigadora entregada. Solaz intuyó que ser lugarteniente de Aklu suponía algo más que partir piernas. O puede que ella tuviera que partirlas de formas muy específicas según el capricho de su jefe. Aklu parecía de ese tipo.

—Olli va a romper todas las leyes de este planeta en cualquier momento —avisó Solaz a Kris, y luego otras comunicaciones requirieron su atención. Dejó la investigación en manos de

Heremon y se puso con ellas. Una nave paquetera acababa de llegar al sistema, y traía noticias y correo a Toque de Difuntos. Además, se llevaría mensajes de vuelta sin tardar mucho, y eso significaba que Solaz podía informar a sus superiores. Intentaba enviarles mensajes codificados en cada posible oportunidad, porque no había garantía ninguna de que hubiera una siguiente. Necesitaba dejar un rastro de miguitas de pan tan largo como fuera posible.

Mientras negociaba por espacio de datos en la paquetera, vio por encima las noticias que llegaban.

Y se detuvo.

Se le escapó un ruido: desconcertada, sin palabras. Heremon la miró.

Había ocurrido. La línea sobre la que el Partenón y las Colonias llevaban tiempo bailando se había cruzado, y ella no había estado allí. Sus hermanas habían muerto, y ella no había estado allí.

Las noticias eran de dos días atrás y el punto de vista era colonial, lamentando la agresión parteni, y atribuyéndoles la declaración de guerra abierta. Aunque fuera como represalia. Solaz lo percibió con claridad a través de los mediotipos del Hum, que despreciaban las acusaciones y negaban cualquier responsabilidad. Se había producido un ataque. Contra la nave jardín *Ceres*. La nave donde habían residido no hacía tanto tiempo atrás. La nave en la que se desarrollaba la investigación parteni para conseguir intermediarias. Por supuesto que el Hum sería consciente de que su inter más célebre no estaba allí, luego, ¿qué mejor momento para intentar liquidar esa operación?

Las naves jardín eran sagradas para el Partenón. Eran lo más parecido a un lugar civil, donde ibas después de un servicio. Donde vivías y te relajabas; donde se criaban las niñas. El Hum debía de saber todo eso, así como el hecho de que una forma segura de terminar con cualquier opción diplomática sería atacar una de ellas.

No había detalles sobre el ataque en sí, salvo por las vigorosas negativas de cualquier implicación por parte del Hum, pero la historia le parecía clarísima a Solaz. Con ganas de venganza, aunque sabía que no había podido tener mucho que ver en aquello, envió la noticia a Havaer. Ahora eran técnicamente enemigos. Bueno, en un sentido políticamente estricto, se suponía que era enemiga de cualquier residente en la *Dios Buitre* salvo Heremon,

pero Havaer era un miembro activo del Hum.

Recibió su inmediato mensaje de respuesta, aunque debía de estar a la vez corriendo delante del joven Uskaro. «La misión primero. La guerra después. Tenemos problemas aquí».

Se dio cuenta de que no quería ir de simpática en ese preciso momento. Quería golpearle, sin otra razón que la de que era un representante de su enemigo. Habían matado a sus hermanas, su hogar había sido atacado, su futuro puesto en peligro. «Ángeles del puñetazo en la cara». Nunca había sido tan cierto.

—Joder —le llegó la voz de Olli a través del comunicador de la nave. Había visto las mismas noticias. Solaz esperó a ver por dónde salía, y si le llegaba de su parte un chorro de invectivas anti parteni. En su lugar, tras una prolongada pausa, lo que dijo fue—: Lo siento. Vaya jodienda. —No era gran cosa, pero viniendo de Olli suponía mucho.

—¿Infierno de Criccieth os dice algo a alguien? —preguntó Heremon. Solaz se la quedó mirando inexpresiva, pillada totalmente fuera de juego por un momento, y luego se dio cuenta de que la tothiat había encontrado algo.

—¿Eso es… un mundo? ¿Una nave? ¿Un bar? —La población espacial de la sociedad colonial parecía tener una innumerable cantidad de bares.

—Podría ser de mi gusto —comentó Heremon—. Pero lo ha mencionado Almier. Es algún sitio con el que está relacionada mi hermana perdida. Suena como un planeta por el contexto, pero no hay nada… No, espera. Es un destino secundario desde Oricalco. Un mundo prohibido. No acercarse bajo ninguna circunstancia… —Su voz se apagó—. Es… desagradable, eso es.

—¿Ahí es adonde vamos? —interrumpió Olli.

—Tan pronto como tus payasos vengan en el transbordador.

—Uno de esos payasos es responsabilidad tuya. Trajiste al señor *Menheer* a bordo.

—Vamos a necesitarle. —Heremon envió unos datos a la consola de Solaz—. Nadie va a Infierno de Criccieth, según lo que encuentro, pero en el exterior del sistema se encuentra Oricalco, que es un puesto de la Armada Colonial. Esa placa suya puede ser muy útil.

Kris

Al principio parecía como si de todos modos fueran a llegar al transbordador. Era un extraño jueguecito en el que cada cual hacía como que se ocupaba de sus propios asuntos. Kris, Havaer y Kit aceleraron bastante el paso. Granduja, Uskaro y los matones universitarios hicieron lo mismo. Todo el mundo daba la impresión de llegar un poco tarde a alguna molesta pero necesaria reunión departamental. Nadie corría. Kris sentía la necesidad de salir por piernas, pero en cuanto lo hiciera, resultaría inadecuado. Rompería el contrato social al ponerse al margen de las costumbres del lugar. La gente a la carrera transmite culpa, y sin duda la balanza se desequilibraría en ese momento. Algunos observadores previamente desinteresados podrían considerar ese acto como una admisión de responsabilidad, inclinados seguramente a esa percepción por el dinero de los Uskaro. Los porteadores u otro personal de Toque de Difuntos cerrarían los muelles, activarían las defensas orbitales y se les echarían físicamente encima a los tres. Así que siguieron andando. Apresuradamente.

Kit dirigía sus pasos. Cada vez que aparecía un grupo de personal académico en su camino, se metían por algún callejón entre dos de los edificios de ventanas pequeñas, o atajaban por la costa, o cruzaban un puente, incluso retrocedían respecto a la dirección en la que se encontraba el amarre del transbordador alquilado.

Pero la ventaja local terminó por imponerse. Granduja probablemente fue estudiante aquí antes de convertirse en una erudita emérita. Se conocía todos los atajos y desvíos, y apareció por una escotilla del suelo delante de ellos, cuando tenían el muelle a la vista, como si fuera el demonio de una obra de teatro.

Al menos estaba casi sin resuello por tanta prisa.

—¡Visitantes! —les llamó—. Perdónenme, pero necesito que se paren un momento a respondernos a algunas pregunta. —Ella y su gente se habían dispuesto en un semicírculo a su alrededor, con Uskaro en el centro mostrando una sonrisa desagradable. Kris se preguntó cuánto le habría costado comprar su ayuda. Quizá había financiado una nueva cátedra de filosofía cuántica o algo así.

Pudieron echar a correr, o simplemente seguir a paso acelerado

por algún lateral, pero Granduja ya les había detenido, y la huida les colocaría definitivamente del lado equivocado.

—La verdad es que tenemos cierta prisa, profesora —respondió Kris—. ¿Puedo preguntarle de acuerdo a qué párrafo del código administrativo de la academia nos retiene?

Era la única carta que podía jugar en circunstancias así, cuando todavía no habían sacado los cuchillos, y pudo ver cómo Piter Uskaro se inclinaba sobre Granduja, seguramente para decirle algo del estilo de «ya la avisé sobre ella». Las veces que se había encontrado con él antes, Kris se había convertido en una china en el zapato del tipo con ese tipo de cosas. Pero no le consideraba alguien que se tomara la molestia de empollarse las leyes locales, como hizo ella cuando llegaron. Una práctica habitual en su caso, y los estatutos de la academia ni siquiera eran tan largos.

Por desgracia, Granduja sí era ese tipo de «alguien».

—De acuerdo a la sección diecinueve de la Carta del Visitante, apartado dos —dijo la mujer con suavidad—. «Todos los forasteros a los que se requiera información deben presentarse…».

—«Si existe algún indicio razonable de que hayan cometido alguna de las acciones recogidas en el apéndice dos» —respondió Kris a toda prisa. Vio que Havaer le dirigía una mirada incrédula. Había sacado su pizarra y buscaba el texto citado y las referencias cruzadas, una nueva persecución en un nuevo laberinto. Los movimientos que había hecho Kit para conseguir información posiblemente estarían incluidos en el apéndice dos, pero le parecía que no debían tener pruebas para generar una duda razonable—. Estamos realmente apurados, profesora. ¿Tiene en mente alguna medida en particular?

El gesto de Granduja se quedó en blanco unos instantes, lo que ponía de manifiesto que era evidente que no y que Kit había cubierto su rastro, pero luego empezó a hablar.

—De acuerdo al dos punto uno-tres, la autoridad de un responsable de la facultad, en este caso yo misma, bastará para impedir la entrada o salida de cualquier grupo a las zonas controladas por la academia.

Kris podía ver la frustración que casi enloquecía a Uskaro por tener que mantenerse a la espera, y las miradas que dirigía a Granduja, similares a las de Havaer hacia ella. Pero se sentía muy

tranquila, muy centrada. Había un cierto zen en el intercambio de normas opuestas, el choque de secciones en conflicto, el repentino brillo de un párrafo oculto en la manga.

—Sólo bajo circunstancias excepcionales, según se definen en el apéndice noveno. No he escuchado ninguna explosión ni veo que venga un tsunami.

Pero Granduja se esperaba esa respuesta, y contestó a su vez inmutable.

—Ahora mismo estamos en pie de guerra y ustedes, según se me ha informado, son agentes del Partenón.

Kris se la quedó mirando.

—En pie de guerra —repitió, mientras recibía en su pizarra la información que le remitía Havaer.

El Partenón había declarado la guerra.

Por un momento todo su castillo de naipes legal pareció a punto de derrumbarse. Había una verdadera guerra, que ya no era ese «casi, casi» de los últimos tiempos. Un ataque. La *Ceres*. Habían estado hasta hacía poco en esa nave.

Granduja y su gente se iban cerrando sobre ellos. Uskaro casi se frotaba las manos.

—El Hum debe responder todavía —dijo Kris. Entonces se pararon.

—¿De qué va esta tontería? Cogedlos y ya está —siseó el magdano.

—Existen formalidades, boyardo —respondió remilgadamente Granduja—. Aunque en este caso…

—La Junta de Defensa del Hum debe de estar sin duda reunida mientras hablamos —empezó Kris casi sin aliento—. Hasta que decidan una respuesta, no existe un estado de emergencia. —Era poca cosa, pero a veces hay que deslizarse sobre la letra de la ley como un insecto sobre un estanque.

—Además, yo soy miembro de la Oficina de Intervención —se sumó Havaer acaloradamente—. No soy ningún agente parteni y mis compañeros me ayudan en una investigación.

Kris se sintió perversamente satisfecha porque nadie le hiciera el menor caso.

—Así que si nos permiten, seguiremos nuestro camino —soltó a la vez que dirigía su mejor sonrisa a Uskaro.

Aunque la sonrisa de Granduja fue aún mejor.

—Por otra parte se da también el caso de que el regreso de los Arquitectos se considera un estado de emergencia automático a lo largo de toda la Esfera Colonial, de acuerdo a los Poderes de Estímulo de Posguerra. Si bien soy consciente de que aprovechar la primera ocasión para asumir una autoridad autocrática es en general malo para el futuro de la civilización, haré una excepción con ustedes. Para complacer a nuestro muy generoso invitado —hizo un gesto con la cabeza hacia Uskaro que mostraba más agradecimiento económico que verdadero aprecio—. Buen intento, *mesdam* Almier, y le aseguro que su interrogatorio…

—Se llevará a cabo en mi nave —terminó Uskaro—. Y se encargará mi gente, que está de camino ahora mismo para terminar con toda esta charada. —Sentía claramente que su dignidad como boyardo se había visto dañada—. Considérelo como una condición previa a mi generosa donación, profesora.

Kris no tenía la menor esperanza sobre lo que pasaría cuando estuvieran en su poder, y lo poco que cualquier forcejeo legal les ayudaría. La academia de Toque de Difuntos se preocupaba por las leyes. Uskaro dejó de hacerlo en el momento en que se interpusieron entre él y lo que quería.

—Vosotros dos, preparaos para llegar al transbordador —les dijo.

—No aceptable —repuso de inmediato Kit.

—Va a salir bien. Me queda un as. Pero necesito que os apartéis de mi camino. Y que os vayáis, si podéis. A por Idris.

Dio dos pasos hacia Granduja y Uskaro, casi al alcance de su brazo, y se quitó su pañuelo entonces, dejando que flotara hasta el suelo. Vio el impacto que causaba ese simple gesto en todos los hombres y mujeres de la academia presentes, mientras que Uskaro fue el único que la miró pestañeando. Muchos ojos se dirigieron a la cicatriz dentada que rodeaba gran parte de su cuello, pero era el pañuelo el que atraía la mayor parte de las miradas.

—En ese caso, debo convertir esto en una cuestión de honor —les dijo a todos. Porque estaban locos, como lo habían estado en su propia *alma mater* de Scintilla. Si te acorralaban, lanzabas un desafío. Según la tradición de Toque de Difuntos, eso se imponía a cualquier otra cosa. No importaba lo estricta que fuera la ley, no

importaba cuán blindado fuera el estatuto, el honor estaba por encima. Era consciente de que ésa era la forma en que lugares como éste podían ser tan meticulosos y formales el resto del tiempo. Existía esta vía de escape para toda la violencia y sed de sangre subyacente.

Granduja la miró un tanto desconcertada, al igual que bastante impresionada.

—No es que no valore esta oportunidad —empezó—, pero como miembro de la facultad estoy por encima de este tipo de desafíos, salvo que me los dirija un igual. Si no, nos batiríamos con los estudiantes de forma cotidiana.

—Pero el código de duelo de Toque de Difuntos reconoce a sociedades análogas de otros planetas, y eso incluye a los graduados de Scintilla, como es mi caso. Y a los messembruder de la aristocracia magdana, como él. ¿Entonces, Su Elegancia? Mi pañuelo está a sus pies. En cualquier momento puede salir volando.

A la vez dirigía frenéticos gestos a Kit y Havaer, casi obligándoles a alejarse de su lado y atravesar el grupo repentinamente inoperante de personal académico.

—Esto es… —empezó Uskaro despacio, dirigiendo alternativamente la mirada hacia ella y Granduja—. Ella no puede simplemente…

Hubo un breve momento en el que Kris vio en la cara de la profesora lo mucho que ya había aprendido a menospreciar al hombre con sus privilegios y su arrogancia.

—Su Elegancia —le habló—, en caso de ser nativo, entonces la evidente diferencia en sus estatus convertiría todo este asunto en una broma. Pero usted y *mesdam* Almier son aquí simples huéspedes, y la tradición de Toque de Difuntos no distingue en estas circunstancias. Mis manos —sentenció, con una sonrisa maliciosa— están atadas. —Luego retrocedió con una mirada furtiva de aprobación hacia Kris.

—Kris —empezó Havaer, pero ella les hizo aún más gestos para que se fueran.

—No tardaré —le dijo, sin apartar los ojos de Piter Uskaro.

—No, en serio —comenzó él, mirando a la gente a su alrededor, que retrocedía de forma obvia, dejándole sitio, sin dejar de observar el pañuelo.

Kris sintió que su postura, que tendía a encogerse un poco en la agonía de los debates legales, se convertía en la pose firme que recordaba de las pistas de Scintilla.

Uskaro agarró el pañuelo, sin creerse todavía el desarrollo de los acontecimientos. Havaer y Kit ya se habían alejado del grupo, y les esperaba la puerta abierta del transbordador. Esperarían allí, sin perderla de vista.

Dejó que su cuchillo se deslizara de la manga a la mano. Uskaro debía ser bueno, no lo dudaba, pero le tenía descolocado. Probablemente todo se limitaría a un corte en el reverso de la mano o algo parecido, ella cantaría victoria y él se retiraría. Seguro que después las cosas volverían a su curso y todo el mundo actuaría como adultos sensatos.

Eso se decía a sí misma la mujer que acababa de desafiar al heredero de una de las familias más poderosas de Magda.

Granduja y su gente les habían dejado todo el sitio necesario, así que ella alzó el cuchillo hacia Uskaro, que sacó el suyo del cinturón. Porque tenía uno, por supuesto. En Magda les gustaban las tradiciones militares y los juegos marciales, pero sólo entre ellos, aristócrata con aristócrata, todo bajo control. Cicatrices las justas, todo espectáculo y fanfarroneo, exhibiciones para amedrentar a los subordinados. Pero ahora mismo estaba solo y la cicatriz en la garganta de Kris era un anuncio de lo seriamente que algunos se tomaban el sagrado intercambio de cuchilladas.

Y todos los demás miraban.

Ella podía mantener su posición en guardia durante mucho tiempo, si le hacía falta.

—¿Tal vez el boyardo prefiera retirar las sospechas que haya hecho caer sobre mí y dejarme seguir mi camino? —sugirió, sin dejar de apuntarle con el cuchillo. Percibió lo que podía considerarse un titubeo, una rendija que le permitiría retirarse tras la disculpa requerida, con el honor satisfecho sin que se derramara una gota de sangre.

Entonces llegaron los *voyenni*. Él había dicho que su gente estaba de camino, pero había estado tan concentrada en su propia exhibición que lo había olvidado. Eran una docena larga de tipos grandes, con sus abrigos verde botella, armados con porras y cuchillos. También un par de pistolas, algo que no estaba en

absoluto permitido dentro de la academia. Cuando Granduja se dispuso a protestar, Uskaro le soltó un revés con el que la derribó, envalentonado ahora que le respaldaban sus matones.

Kris abrió una comunicación con Kit.

—Marchaos ahora mismo —les dijo—. Su *Raptórida* no se va a quedar quieta. Dejadme y volved a la nave.

Algunos de los *voyenni* ya corrían hacia el transbordador, pero no llegarían a tiempo. Ni tampoco ella, por supuesto. Devolvió el cuchillo a su vaina de la manga. No es que le fueran a dejar quedárselo, pero mantuvo la postura agresiva y la mirada desafiante. Uskaro no se la devolvió mientras los *voyenni* la agarraban. Lo interpretó como la pequeña victoria que era.

25

Havaer

Havaer había pensado que Kittering no pondría el transbordador en marcha sin Kris y auguró una pelea con él por hacerse con los controles. Pero Kit ya estaba en el puesto del piloto, cerrando la compuerta y dejando atrás a los *voyenni* que habían ido a por ellos. Havaer supuso que los hannilambra comprendían el concepto de sacrificio por los demás, dada la forma en que se desarrollaban sus vidas.

Olli estaba en contacto pero muy alterada, así que no hablaría con él, y el traductor de Kit recibía las comunicaciones a través del equivalente a un auricular, con lo que la mitad de su conversación resultaba totalmente inaudible. Al final Havaer tuvo que tragarse el orgullo y conectarse con Solaz, porque al parecer el mundo ahora funcionaba así.

—¿Qué le pasó a Kris? —le preguntó.

—La tiene Uskaro. —Y luego añadió para evitar cualquier acusación—: Fue idea suya. Estaba con sus enredos legales, y luego le provocó, la muy loca. Pero consiguió que subiéramos a bordo, Kittering y yo.

Ya estaban en el aire, con el transbordador elevándose de lado sobre el muelle. La consola del piloto mostraba media docena de furiosas señales rojas que representaban al control de vuelo de la academia diciéndoles que dejaran de joder, o al menos así lo tradujo Havaer. Un par de disparos pegaron en el casco, y luego se sumaron otras luces rojas para informar de que les habían perforado. Havaer se imaginó, por la vibración de la atmósfera y el rugido de los motores, que un par de ráfagas magnéticas habían atravesado el interior del transbordador sin que se dieran cuenta.

Se dejó caer en uno de los asientos y accedió al control de

daños. No obtuvo ninguna garantía de que los agujeros se estuvieran autosellando adecuadamente.

—Puede que no tardemos en tener problemas para respirar —anunció—. Kit, ¿tienes un traje?

Ya había localizado el equipo de emergencia y se dirigía hacia él, agarrándose como podía, porque el hanni estaba ascendiendo la nave sin contemplaciones. Un traje de emergencia hanni resultó ser una especie de condón sobre el que Kit se agachó y que luego estiró a todo lo largo de su cuerpo, dejando la espalda y los brazos expuestos. Después de ayudarle, Havaer se metió como pudo en uno de los ajustados trajes humanos de talla única que no quedaban bien a nadie y lo infló. Se esperaba más o menos que la fuerza de un motor gravitacional empezara a tirar de ellos hacia el suelo, pero estaba demasiado acostumbrado a naves y orbitales en los que los campos de gravedad eran corrientes. Toque de Difuntos sólo tenía pequeñas islas en las que construir, y una gravedad natural suficiente. Era obvio que no habían sentido la necesidad de añadir la variedad artificial.

—¿Tu placa nos va a traer de vuelta a Kris? —preguntó Solaz desde la *Buitre*.

—Haré lo que pueda —respondió automáticamente, pero luego se vio empujado por cierta honestidad latente para añadir—: No será mucho. Lo siento. Aquí estoy fuera de juego.

—Estamos en camino para recogeros —le dijo la parteni.

—Pensé que la cibernet de Toque de Difuntos no aprobaba que ninguna nave entrara en su atmósfera. Quiero decir, a esta gente le gustan sus leyes. Acabamos de tener una prueba fehaciente.

—Sí, Olli está maldiciéndolos por ello ahora mismo —admitió Solaz—. Pero no nos están disparando.

—Quizá no tengan armas.

—Nos tienen en el punto de mira de sus cañones contra asteroides. —La voz de Solaz sonaba muy tensa—. Olli pilota, pero si quieren hacer prácticas de tiro no se lo va a impedir nadie.

La voz de Olli les interrumpió, a través del canal de Solaz y seguramente dirigida a Kit.

—La *Raptórida* desciende.

—La lancha de descenso de Uskaro también viene hacia nosotros —respondió Kittering—. Lista para el combate.

Havaer revisó sus paneles de control en busca de alguna medida defensiva que pudiera haber oculta. No tuvo suerte.

—Agarraos —le dijo Solaz, y él buscó a tientas algo con lo que abrocharse. Kit se limitó a agarrarse a su asiento con todas sus patas.

Un momento después giraban sin control, con Olli jurando por los comunicadores, mientras todas las alarmas del transbordador sonaban y mostraban luces rojas. La lancha de Uskaro les había disparado con un acelerador que alcanzó a la mitad de sus motores de impulso, lo que resultó en la explosiva eyección de su combustible. Los motores brachator también se habían llevado lo suyo, y Kit luchaba furiosamente contra el viento y la gravedad del planeta para no terminar cayendo a plomo sobre los edificios de la academia.

Luego les sostuvo una mano enorme, temblorosa al principio, agitándoles como si fueran guisantes secos en una lata. Havaer se mordió la lengua y el monitor de su corazón le dirigió varias quejas urgentes. Iba a necesitar repostar medicinas cuando todo aquello terminara, y dado que actuaba por su cuenta, posiblemente el departamento no cubriera el gasto.

«¿Por qué ese capullo magdano necesita un acelerador en una lanzadera? Maldita ostentación».

La *Dios Buitre* resonó desde la atmósfera superior, abriéndose paso a través de turbulencias como si fuera la encarnación divina de la mala leche de Olli. Su campo gravitacional les capturó, y luego la enorme maraña de sus garras de atraque les sujetó, aferrando su presa sin dejar de descender en lucha con la gravedad de Toque de Difuntos para evitar el aterrizaje forzoso al que casi se había visto obligado el transbordador. Pasaron peligrosamente cerca de chocarse con Uskaro, porque pese a todo ese espacio libre las naves estaban apiladas una encima de otra en una estrecha columna extendida del suelo al cielo. Havaer consiguió acceder a unas cámaras y vio la flecha dentada que era la lancha del boyardo a un lado de la masa brutal de la *Dios Buitre*. Un parpadeo púrpura indicaba dónde impactaban los láseres de la nave de rescate en el yate, en un intento de liquidar sus motores para poder controlarlo igualmente y liberar a Kris. Pero la lancha era demasiado ágil, se movía sin parar y oponía sus propios campos gravitatorios para

evitar que la Dios se hiciera con ella. Havaer podía escuchar a Olli por los comunicadores, en un continuo flujo de consciencia, como si intentara enganchar con su palabrería a la pequeña lanzadera. Havaer no estaba del todo seguro sobre qué podrían hacer si conseguían retenerla. Al fin y al cabo estaba llena de *voyenni* armados. Aunque quizá Heremon pudiera deshacerse de ellos. En la práctica era inmortal, ¿y no iba siendo hora de que lo usara en beneficio de ese grupo?

Luego empezaron a alejarse de la lancha, pugnando contra la resistencia de la cada vez menos dócil atmósfera para ganar altura. Apareció una sombra con la forma de un par de garras con una cola de pavo real que se abalanzaba sobre ellos: la *Raptórida*, el esbelto yate de combate de Uskaro.

Ya no había ninguna posibilidad de capturar a Uskaro. Olli sólo buscaba ganar altura, mientras mantenía bien sujeto al transbordador. Havaer nada más que podía mirar, con las tripas irremediablemente revueltas, mientras la *Raptórida* descendía sobre ellos, sin duda afinando la puntería.

Al tener ya a Kris, Piter Uskaro probablemente consideraría que no necesitaba más ventajas o prisioneros. Quizá preferiría liquidar de una vez y para siempre el problema de la molesta *Dios Buitre*, y librar al universo de una de sus muchas complicaciones. Si se ponía en el lugar de Uskaro, Havaer desde luego vería esa posibilidad. Él ni siquiera había planeado convertirse en un tripulante de recambio de la dichosa nave.

Luego las pantallas informaron de una descarga de alta energía. Un relámpago abrasó la atmósfera de Toque de Difuntos para alcanzar a la *Raptórida*, y la nave interrumpió su ofensiva.

«¿Una tormenta? ¿Nos ha salvado el tiempo?». Pero no. Kit intercambiaba comunicaciones a toda velocidad por los canales abiertos. La cibernet planetaria amenazaba a la *Raptórida*, y exigía a todas las naves que salieran del planeta, indicando rumbos divergentes para cada una. Esos rumbos enviarían a la lancha de Uskaro a dar una larga vuelta al planeta hasta poder encontrarse con el yate. «Nos permiten ganar tiempo». Recordó entonces el bofetón a la profesora Granduja, y tuvo que admitir que ésta era quizá la mejor revancha que se podía tomar dentro de lo que le permitían las leyes y estatutos afectados. No es que se mereciera

mucha gratitud dada la forma en que les había vendido inicialmente, pero a veces lo mejor es conformarse con lo que surja.

—¿Tenemos alguna indicación? —preguntó.

—He trazado una ruta a través de pasajes hasta el sistema de Oricalco —llegó la voz de Solaz por los comunicadores—. De acuerdo a los muy limitados intereses investigadores de este académico, puede ser donde tengan a Idris. Sólo son dos tramos de aquí hasta allí, pero Olli, ¿puedes ajustar que salgamos tan lejos del propio Oricalco como sea posible? Necesitamos ir a este Infierno de Criccieth, un mundo interior del mismo sistema.

—Sí. Seguro. Joder. ¿No pides mucho? —gruñó Olli, pero ya les estaba sacando fuera de la atmósfera para entrar en órbita, mientras rechazaba una lluvia de quejas y amenazas de multa de la cibernet. Aunque lo importante era que la red anti asteroides del planeta no les había dejado fritos. Puede que también formara parte de la penitencia de Granduja.

Alguien más envió una señal a su comunicador. Colvari, todavía sujetos de alguna forma al casco de la *Dios Buitre*, a pesar de toda la gimnasia reciente. Enviaban datos del sistema planetario que incluía a Oricalco e Infierno de Criccieth, además de todo un volcado de datos sobre el entorno de su estrella extraídos de las bibliotecas de Toque de Difuntos. Lo resumió en una sugerencia de ruta nospacial para que Olli la afinara, y luego Kit y él salieron de la lanzadera para pasar por el umbilical de la Dios hasta el muelle de drones. Olli se cernía allí sobre ellos en su cápsula, con los ojos cerrados mientras peleaba con demasiados sistemas a la vez. El transbordador se soltó y quedó a la deriva, para que pudiera ser recuperado por la cibernet. Havaer se acercó a un panel para descubrir adonde había ido a parar la *Raptórida*. Estaba del otro lado del planeta, recogiendo a Uskaro y su lancha. Y a Kris, por supuesto.

«Maldito bloque magdano». Los magdanos, por supuesto, eran una voz notoria dentro del Hum, a menudo conservadora y retrógrada. Tenían fondos, ya que su planeta era uno de los graneros de las Colonias. También una importante población, controlada por una reducida clase dirigente que había acogido a todos los refugiados posibles durante la guerra, siempre que se conformaran en pasar a una situación de servidumbre y convertirse

en «robots», según el término que se usaba en el planeta. Todo se hizo con una mínima apariencia de legalidad, respaldada por la relevancia económica de Magda, como para asegurarse de que el Hum nunca llegaría a poner pegas. Pero ésos no eran más que los temas cotidianos y corrientes con los magdanos. Ahora mismo Havaer se sentía mucho más preocupado por las cuestiones específicas que desvelaban las transcripciones que le habían conseguido Colvari. Había miembros de la familia de Uskaro en esa reunión. Habían estado entre los principales promotores y agitadores de todo el proyecto de las naves-arca. Lo que aportaban a la empresa era su cuadra de inters esclavizados, lo que suponía que la flota propuesta, el futuro de la especie humana en un universo dominado por los Arquitectos, no estaría limitado por los pasajes establecidos. Serían capaces de llevar a la población restante, su nuevo feudo móvil, a cualquier lugar. Aunque la conversación en ese encuentro había terminado por derivar al espinoso tema de la competencia. A la vez que les preocupaba la posibilidad de que la flota parteni pudiera hacerse con el título de señora errante del universo, también les inquietaban otras especies con acceso al viaje espacial similar al que proporcionaban los inters: los castigar con su casta sabia, y la Hegemonía, por mucho que nadie pudiera hacer nada respecto a ellos.

La noticia de que las parteni estaban entrenando a sus propias intermediarias con la ayuda de Telemmier les debió poner en marcha, se dijo Havaer.

Luego se produjo el ataque a la *Ceres*, el *casus belli* que comenzó la guerra. El Hum no dejó de negar su participación, porque ¿quién haría algo así? Una nave jardín, después de todo… El golpe perfecto para provocar el furioso contraataque del Partenón, sin afectar a la vez a su capacidad militar. Salvo, por supuesto, que supieran que era donde albergaban su programa inter, y eso fuera lo único que les importaba.

—Hay que joderse con esta salida concreta del nospacio que me pides —se quejó Olli—. No estoy segura de poder afinar tanto. No soy Idris.

—Haz lo que puedas —dijo Solaz—. No queremos aparecer justo al lado de Oricalco y sus astilleros de la armada.

—Pensé que ahora teníamos de nuestro lado al señor *Menheer*.

¿La armada no es su putita?

—Mejor que no hagamos la prueba de si quieren obedecerme ahora mismo, ¿vale? —le pidió Havaer, mirando hacia arriba a su cápsula. Ella le dedicó una sonrisita.

—Todo el mundo a sus camas, supongo. A ver si puedo enhebrar esta puta aguja.

Kit tableteó hacia su cuarto, donde se encontraba su cámara de suspensión esférica. Las camas humanas estaban todas juntas en medio de la nave, lo que suponía que Havaer tenía que encontrarse con Heremon y Solaz.

Era evidente que la tothiat tenía una batería de comentarios sarcásticos que dedicarle, pero una mirada entre los dos despertó una inesperada prudencia en ella, que se limitó a escoger un sitio y luego se puso con las comprobaciones de seguridad.

—Tenemos guerra, entonces —dijo Havaer.

Solaz asintió.

—Yo… Valoro que me lo contara. Quiero decir, no tenía por qué.

—Soy una agente horrible —repuso ella con sinceridad—. No dejo de olvidarme de que no es uno de nosotros.

—No estoy seguro de quién es «nosotros» ahora mismo —admitió él—. Mi «nosotros», al menos. Creo que soy parte de su «nosotros» al menos hasta que recuperemos a Telemmier.

—No, no lo es —le dijo ella—. Buscará colocarse en la mejor posición para poder atraparle mucho antes de que lleguemos a él. Pero todavía no estamos en ese punto.

Se hizo una larga e incómoda pausa. El instinto de luchar o huir de Havaer seguía despierto. No había muchas dudas de que si ella iba a por él, ganaría en cualquier intercambio de golpes. Él no era un soldado, pese al entrenamiento básico de la Casa Ácida.

—Supongo que ya ha pasado nota de adonde vamos ahora —dijo Havaer. Desde luego había una paquetera a punto de salir y Colvari habían informado en su nombre, con la encriptación adecuada. Si Laery llegaba a recibir el mensaje era otro tema.

Solaz asintió brevemente.

—Por supuesto.

—¿Os ponéis ya a follar o preparáis todo para el nospacio? —preguntó Heremon, que ya estaba tumbada. Ante las miradas

desaprobadoras de todos preguntó luego con inocencia—: ¿Qué?

—Llevas demasiado tiempo sin contacto con humanos si te ha parecido que había alguna tensión sexual —le dijo con amargura Havaer, y se puso a hacer sus comprobaciones. La presencia de Solaz era como una espina clavada en la parte posterior de su mente, imposible de pasar por alto. Y no en el sentido que apuntaba Heremon. Era una enemiga, alguien con la que su propio gobierno estaba ahora mismo en guerra, aquí mismo, en la misma nave.

Pero era posible que él no tardara en estar en guerra también contra su propio gobierno, dependiendo del juego que Laery tuviera en marcha y cuánto apretara la camarilla de los Uskaro.

Kris

Kris no sabía qué esperar una vez se vio dentro de la lancha de Piter Uskaro. Al principio no estaba segura de si sobreviviría a la experiencia: dos grandes *voyenni* la empujaron a un armario —la pequeña nave no tenía espacios dispuestos como celdas— con la aparente promesa de que no tardarían en emplear la violencia. Luego, el castigo tuvo que posponerse ante el hecho obvio de que estaban pasando por ciertas dificultades para salir del campo gravitatorio de Toque de Difuntos. Intentó acceder a cualquier sistema de la nave a través de los paneles que había en su improvisado confinamiento, pero se los cerraron. Todo lo que pudo hacer fue temer por su vida cuando los motores gravitacionales de la nave no pudieron amortiguar el efecto de algún impacto o maniobra.

Luego el trueno del movimiento en la atmósfera terminó y estuvieron en órbita, así que los *voyenni* la arrastraron fuera de la nave. Entrevió brevemente un muelle estrecho con un par de esas hermosas lanchas armadas atracadas, antes de que se la llevaran a un pequeño camarote y la volvieran a abandonar. Se sentó a la mesa y comió la fruta en conserva que le había dejado algún sirviente hasta que volvieron los dos *voyenni*, escoltando a un par de Uskaro. Uno de ellos era Piter, por supuesto, pero el otro era una sorpresa: el patriarca familiar, el *morzarin* Ravin Okosh Uskaro, visto la última vez saliendo por piernas de Arc Pallator pero aparentemente sin haber sufrido mayores consecuencias.

Los dos guardaespaldas se acercaron a ella, que se echó hacia atrás.

—No es más que una formalidad —explicó Uskaro júnior—. Por favor, entrégueles ese cuchillo suyo. —Se notaba su esfuerzo por ser educado, que era el comportamiento que ella esperaba. Sí, era su prisionero y estaba a su merced, pero también podía serles útil. Mientras durara ese estado de cosas, era probable que en su futuro inmediato hubiera manos tendidas en vez de puños amenazantes.

Por supuesto, seguiría siendo útil después si tenían que usar con ella botas y mangueras, porque sería una posible motivación para que Idris se rindiera. Sin embargo, si bien no podía reconocer a Piter como un maestro en el ajedrez de las intrigas, Ravin no era ningún tonto. Primero vendría la zanahoria, sin perder de vista donde estuviera guardado el palo.

Pese a ello los dos *voyenni* no se iban a mover de allí, incluso después de que les entregara el cuchillo, además de un segundo que encontraron en su cinturón. La presencia de los matones era el equivalente a dejar el palo a la vista sobre la mesa.

—*Mesdam* Almier. —Ravin Uskaro se sentó al otro lado de la mesa, con Piter de pie detrás de él para cubrirle de cualquier puñalada—. Tenemos poco tiempo antes de que nuestra nave repare la lancha y pongamos rumbo a Oricalco. —Sonrió, el vivo retrato de la condescendencia patriarcal—. Sí, sabemos adonde han llevado a *menheer* Telemmier, y lo recuperaremos de las manos de quien lo tenga. O tendremos que apartarle de ellos, en caso de que esté allí por propia voluntad. Confío en que será razonable… dada la forma en que se desarrollan los acontecimientos. —Con un gesto elegante incluyó la presencia de ella allí, en su nave, en su poder.

Ella respondió con una mueca.

—Me temo que su familia no le causó una buena primera impresión, Su Elegancia. —Todo corrección y tratamiento adecuado. Si luego querían otro tipo de conversación, no tendría forma de evitarlo.

—Agua pasada. —Ravin Uskaro simplemente descartó con la mano aquella vez en que Piter había enviado a sus esbirros tras Idris, le había tratado como a un objeto, había sobornado a las autoridades locales y luego le había perseguido todo el camino hasta la *Dios Buitre*, para escapar únicamente gracias a la

intervención por sorpresa de Solaz. Y, cabía imaginar, también la vez que él mismo intentó hacerse con Idris en Arc Pallator, mientras el planeta se derrumbaba a su alrededor. Dirigió a Kris una sonrisa complaciente. «Ah, esos juegos de los remotos tiempos de nuestra juventud»—. *Mesdam* Almier. Admito que no tiene ningún motivo para apreciarnos a mí o a mi sobrino. Ni tampoco su amigo Telemmier. Pero las cosas han cambiado. Necesitamos dejar atrás todos esos rencores personales.

Esos rencores sólo iban en una dirección, por lo que podía ver, pero no lo dijo, y se limitó a mantener una sonrisa amable. Un lacayo trajo unas bebidas, el embriagador licor magdano de bayas al que era bastante aficionada, aunque probablemente fuera una coincidencia más que el fruto de una investigación por parte de Uskaro. Dio un prudente sorbo.

—No sé quién tiene a Idris, aunque imagino que no está ahí por su propia voluntad más de lo que lo estaría aquí —les dijo.

—Entonces, cuando hable con él, debe explicarle que todo esto no es en nuestro beneficio —expuso el mayor de los Uskaro, terminando su copita y sirviéndose otra—. Es para las Colonias y la supervivencia de la humanidad.

Kris asintió con cautela.

—Han sido capaces de seguirles el juego, usted y él, a las parteni. —Un leve tono despectivo cuando las mencionó—. Pero eso fue antes. Los dos son ciudadanos de las Colonias. Somos su gente, no esas mujeres salidas de probetas. Si vuelven con nosotros, entonces…

«Guerra. La verdadera guerra, con el Partenón. En medio del regreso de los Arquitectos. Una locura». Pero vivían en un universo enloquecido, porque al parecer era lo que había ocurrido.

—Las Colonias necesitan a su amigo. Para defenderse de los Arquitectos. Para ayudar con el nuevo Programa Inter… Un programa con voluntarios, creo que le encantará saberlo. Para conducir a la humanidad por el camino adecuado. —Kris se dio cuenta de que esto lo traía ensayado—. Nuestra especie, nuestra cultura, está a punto de afrontar algunos cambios catastróficos en el futuro inmediato. Estamos asediados por todas partes y los intermediarios son nuestra única ventaja. Nos acechan el Partenón, los Arquitectos… quizá incluso la Hegemonía, por lo que vimos en

Arc Pallator. Destruyeron la *Beagle*, una nave científica, y neutralizaron a su escolta militar, *mesdam*.

—También destruyeron la nave parteni que vino en su ayuda —observó Kris sin perder la calma.

—Y aún así el Partenón nos ha declarado la guerra —le recordó él—. *Menheer* Telemmier debe tomar la decisión correcta. Quedarse y ayudar a su gente, y no revolotear por ahí con… no humanas. No coloniales. Debe recordar quién es y dónde nació. Espero que usted tenga la lealtad suficiente a las Colonias para ayudarme a convencerle, *mesdam*. Le escuchará. Y en cuanto a sus amigos de la *Dios Buitre* —no pudo evitar pronunciar el nombre de la nave sin mostrar un cierto desdén, aunque lo intentara—, también la escucharán. Aunque esa parteni infiltrada siga con ellos. Es el momento de elegir bando, *mesdam* Almier. No hay forma de que nadie se mantenga al margen de esta guerra. Nadie.

—Si me perdona, *morzarin* —empezó ella, despacio—. Idris recordará que ya intentó obligarle a ponerse a su servicio. Y ordenó dar de latigazos a uno de sus propios milicianos delante de nosotros, por provocar una pelea que sin duda ordenó usted mismo. Ese tipo de cosas no contribuyen a su causa. —Esperó a ver si se había pasado de la raya y ya no se podía mantener la apariencia cordial.

Al parecer no. La sonrisa de Ravin Uskaro ni se inmutó.

—Disciplina, sí. —Su tono era incluso filosófico—. Algo que valoramos en Magda, algo que sus amigos espaciales deberían apreciar. Que han olvidado en Berlenhof y otros mundos que llevan mucho tiempo habitados. La humanidad debe ser dura, *mesdam* Almier. Inteligente, adaptable y dura. En caso contrario, el universo nos destruirá. Los Arquitectos de alguna forma representan la voluntad del universo, ¿no le parece? Desesperados por darnos de palos y reducirnos a polvo. ¡Y ni siquiera por maldad! Sólo como un efecto colateral de lo que hacen y lo que son. Y necesitaremos cambiar para sobrevivir a sus ataques. Necesitaremos esa misma dureza que tiene quien se lleva latigazos sin soltar un gemido. Eso era la Tierra cuando los Arquitectos fueron allí. Un látigo para toda la especie. Y sobrevivimos, y las cicatrices se curaron, y somos más fuertes.

Ella terminó su bebida y le miró fijamente. El sabor a tarta de

bayas despejó de su garganta el sabor amargo que le habían dejado sus palabras. Quería discutir cada una de sus afirmaciones, recordándole para empezar que la enorme mayoría de la humanidad no había «sobrevivido» a la pérdida de la Tierra. Pero los desafíos y los gestos grandilocuentes tenían su momento y su lugar, que no es cuando estás en la nave de un tipo rodeada por sus sicarios. Esto se pondría feo en algún momento, cuando terminara todo en Oricalco, pero no tenía sentido hacer su vida más incómoda hasta entonces.

—Ya veremos cómo está la situación cuando lleguemos allí —sugirió como quitándole importancia—. Quiero decir, le raptó una tothiat psicópata. Suena como que cualquier cosa le parecerá mejor. Incluso ustedes. —Se había dado cuenta de que tenía algo de margen y no pudo resistirse a soltarle la pulla. Ravin sólo había hablado también de Oricalco, sin mencionar Infierno de Criccieth, lo que le sugería que la información que consiguieron de Granduja no había sido completa. Era posible que los Uskaro pudieran andar algo despistados, lo que le daba margen a la *Dios Buitre* para empezar por delante. Hasta entonces ella podría seguir el juego y esperar a que se presentara una oportunidad. Por ahora—. Me gustaría que me dieran un pañuelo —le pidió, y él pestañeó. Luego sus ojos se perdieron en la cicatriz dentada, marcial, de su garganta. Le encantó ver cómo le repelía un poco.

—Por supuesto. Haré que le impriman uno.

Tenía que disfrutar sus pequeñas victorias cuando las conseguía.

Havaer

Havaer se despertó al escuchar las alarmas y luego tuvo que pelearse con la tapa de su cama antes de poder salir, unos instantes perdidos en los que podrían haberse producido todo tipo de desastres. La ruta de Olli a través del nospacio hasta el sistema había dejado a la *Buitre* realmente cerca de la estrella… Tal vez demasiado. Pero las alarmas ya se habían apagado cuando se puso de pie. Se tomó un momento para refrescarse. Un trago de agua reciclada, una dosis de tranquilizantes para eliminar los temblores y el aturdimiento que sentía cada vez más después de la suspensión en el nospacio a medida que envejecía. Después vio a los demás

apelotonarse en la cápsula de mando, incluso Olli en su andador. Le dirigió una mirada curiosa y la que ella le devolvió le convenció de no preguntar. Sabía que ella había recibido alertas médicas por estar en la burbuja del muelle de drones durante días y días. No era difícil de imaginar que se sentía mucho más libre con la nave y los drones en la punta de sus dedos.

—¿Qué ha pasado?

—Mira tú mismo una pantalla —le dijo Olli, pero Solaz, que mantenía las costumbres militares, le informó.

—Vamos hacia Infierno de Criccieth siguiendo su trayectoria orbital. La base naval de Oricalco no nos ha contactado. Parece que allí están ocupados. —Señaló una pantalla que mostraba datos del otro mundo importante del sistema—. Hay una fábrica colmenera en órbita, suministrándoles componentes y municiones. Todos los indicios de una fase de reactivación. Supongo que los dos sabemos el motivo.

Havaer asintió sombríamente. Construyeron aquí un astillero naval durante la guerra porque era un lugar apartado de cualquier ruta y deshabitado. Se creía también que podía haber pasajes no descubiertos que partieran del sistema y podían convertirlo en un lugar importante en algún momento, para alguien. Si existían, nadie los había encontrado aún, pero tampoco los Arquitectos habían aparecido por allí a destruir nada, lo que contaba casi como una victoria. En ese momento, de acuerdo a los datos recogidos por los sensores de la *Buitre* —tan discretamente como había sido posible —, los astilleros estaban en funcionamiento, listos para reparar o construir. La gran fábrica colmenera probablemente habría hibernado con un mantenimiento mínimo la mayor parte del último medio siglo, pero ahora estaba plenamente en marcha y con un nuevo contrato de suministro a las Colonias. La Asamblea Colmenera Conjunta seguramente le habría facilitado nuevas mentes, recién instanciadas. Probablemente veteranas de guerra. Cuando se desgajaron de la colmena como individuos fue para prepararse a combatir a los Arquitectos. Por supuesto, la situación había cambiado en los últimos días, y se preguntó lo que diría al respecto la letra pequeña de su contrato. El Partenón había apoyado a los colmeneros cuando pidieron la independencia del Hum, antes de que salieran las propias parteni.

«Esto se va a poner complicado».

—¿Qué hay de la *Raptórida* y de Almier? —preguntó.

Heremon, sentada con los pies sobre la consola, soltó una carcajada burlona.

—Oh, ahí están. Vinieron detrás de nosotros, y aparecieron al lado de Oricalco. Parece que saben que están en el sistema correcto, pero nadie les mencionó ese agujero del demonio.

—Nos estarán buscando —señaló Havaer.

—Sí, puede ser, quizá crean que les dieron mal los datos en Toque de Difuntos —insistió Heremon en su sarcasmo.

—No es probable, dada nuestra jodida suerte —decidió Olli. Estaba conectada a la nave por un cable que llegaba a sus sienes e inclinada por completo hacia adelante, casi con la barbilla en los controles—. Ahora se alejan de Oricalco, y han apagado todas las comunicaciones. Los hijos de puta vienen a cazarnos.

—¡Atención! —intervino Kit de repente—. Malos datos los tenemos nosotros. Idris es una presencia improbable en Infierno de Criccieth. —Envió detalles del planeta a las demás consolas y Havaer estiró el cuello sobre el hombro de Heremon para verlos.

—Debe de ser un error —decidió—. Algún chiste del Cuerpo Cartográfico.

—Ningún tipo de vida conocido puede resistirlo, ni con cualquier tipo de tecnología —insistió Kit—. Salvo la vida evolucionada allí mismo.

Las cejas de Havaer se habrían encontrado con su pelo si éste no llevara los diez últimos años de retirada.

—Maldita sea —soltó, al ver las cifras. Incluso Heremon pareció impresionada y devolvió respetuosamente los pies al suelo. Infierno de Criccieth había recibido un nombre adecuado, dada la biología enfermiza que se había desarrollado en el lugar. Era tan cáusticamente radiactivo como el corazón de una estrella. «Flores. Flores nucleares asesinas, por el amor de Dios».

—Puede que eso sea lo que estudie ese académico de Toque de Difuntos —señaló Havaer—. Pero… Creo que hemos sido demasiado listos para nuestro propio bien. No hay forma de que esté en el planeta. ¿Hay algún orbital?

—Ninguno que podamos ver —informó Olli—. Y la protección que haría falta… Se podría estar en una órbita elevada y resistir

unos días, pero creo que en el mejor de los casos echarías a arder tras un mes de exposición continua. Que me jodan. —Negó con la cabeza, quizá impresionada por encontrar algo en el universo que igualara su capacidad vitriólica.

—Curiosas lecturas recibidas —informó Kittering, pero no fue capaz de explicarlo cuando alguien le preguntó. Havaer no podía ver lo que había encontrado entre los datos de los sensores. Y en ese momento recibieron una señal.

No era Uskaro. Había preferido chivarse al hermano mayor. Debió informar de su presencia a la armada. Vieron que la *Raptórida* empezaba su trayecto hacia el interior del sistema, que le llevaría a encontrarse con la *Dios Buitre* poco después de que se colocara en la órbita de Criccieth. Pero para llegar a esa posición, tendrían que desafiar las órdenes que les llegaban en ese mismo momento desde Oricalco.

—Nave de rescate *Dios Buitre*, aquí vigilancia de Oricalco —llegó la voz del oficial de servicio, con tono profesional—. Están en un sistema bajo la jurisdicción directa del Consejo de Intereses Humanos. Se les requiere que cambien su rumbo actual y se dirijan a Oricalco, o enviaremos interceptores para escoltarles. Si tienen algún tipo de dificultad mecánica o sanitaria, estamos preparados para prestar cualquier tipo de auxilio. —Una pausa y luego añadió —: A ver, son civiles en un sistema controlado por el ejército, y es probable que sepan que hay una guerra en marcha. Así que vengan aquí.

«Además, les han dicho que las últimas noticias conocidas sobre esta nave eran que trabajaba para el Partenón», se dijo Havaer. «Uskaro se habrá asegurado de que lo sepan».

Miró hacia lo que Kit intentaba explicar. Había algunos cálculos complejos sobre la forma en que los sensores de la nave describían los campos de radiación. Al parecer era algo absolutamente obvio si eras un hanni, o al menos si eras Kittering, pero Havaer no podía verlo.

—Colvari, ¿tenéis algo para nosotros? —subvocalizó por su canal privado, con prudencia profesional.

—Intento establecer una comunicación oculta con la fábrica colmenera, agente Mundy —llegó la respuesta a su oído—. Sin embargo, puedo desviar parte de la potencia de procesamiento para

hacer un modelo de lo que el factor Kittering intenta describir.

—Claro, hacedlo. —Havaer valoró lo que acababa de escuchar —. ¿Estáis accediendo a la factoría-colmena? ¿Eso servirá de ayuda?

—No, estoy anunciando mi presencia, de colmenero a colmenero. Procedimiento operativo estándar.

—No es un procedimiento tan estándar cuando estáis con asuntos de espionaje —señaló Havaer.

—Oh, ellos sólo sabrán «oficialmente» que estamos aquí si es lo adecuado. En caso contrario, el apretón de manos se mantendrá, por así decirlo, pero sin que participe el resto del brazo. Aunque estemos contratados por bandos opuestos, nos gusta saber quién hay ahí.

Era una información sobre la forma de operar de los colmeneros que le hubiera gustado analizar con tranquilidad, pero en ese momento tuvo señal de comunicación y debía aprovecharla.

—Vigilancia de Oricalco, mi nombre es Havaer Mundy, de la Oficina de Intervención. Les envío mis credenciales encriptadas. Estoy a bordo en una misión oficial que no debe ser entorpecida bajo ninguna circunstancia. Es alta prioridad. Por favor, confirmen.

La pausa se debió sobre todo al trayecto del mensaje, pero desde luego parecía que lo estaban tomando en consideración. Entonces intervinieron Colvari.

—Se están comunicando con la *Raptórida*. La fábrica me ha dado acceso a sus transmisiones como una cortesía. ¿Le gustaría…?

—Sí, por supuesto. —No pudo evitar sonreír y el resto de la tripulación le dirigió miradas preocupadas. Mientras, en su oído, para su satisfacción, escuchó la voz aguda de Piter Uskaro.

—Les he mostrado mi autoridad, que está por encima de la de cualquier vagabundo de la Casa Ácida, oficial. Además, en esa nave viajan espías parteni. Tiene de hecho una monitora parteni a bordo, una de las maestras de espionaje del Aspirat. Cualquier agente de la Oficina de Intervención que esté ahí es un traidor más o un fraude. Manden naves. Mándenlas ahora mismo.

—Señor, de todas formas no hay nada en ese maldito mundo. —El oficial de vigilancia sonaba como si ya hubiera tenido fricciones con Uskaro pero se viera obligado a ser cordial a causa del estatus del tipo, siempre incómodo para un militar—. A veces recibe visitas

de científicos, pero hay razones por las que llaman infierno al sitio.

—Ahí hay algo —insistió Uskaro—. Si es importante para el Partenón, lo es para nosotros. —Obviamente no le habían dicho nada sobre Idris a la armada, seguramente por si les era posible quedarse al inter en lugar de entregarlo para que se le tratara como a un valioso recurso perdido o un desertor.

Entonces se produjo una pausa, mientras la *Dios Buitre* se ajustaba para colocarse en una órbita alta y despejada en torno a Infierno de Criccieth. Olli elevó la potencia del escudo gravitacional para que rebotara tanta radiación como fuera posible.

—De acuerdo, señor —llegó la voz del oficial a través de Colvari —. Hemos puesto sus credenciales y las del tipo de la Casa Ácida en una paquetera y se va para traernos órdenes. Tengo a un superior a sólo un rápido salto nospacial de aquí que aclarará todo esto de forma definitiva, y me dirá a por quién tengo que enviar naves. — Havaer no pudo evitar una mueca. Eso acababa con su cobertura. Además, la cordialidad del oficial de la armada era cada vez más tenue. Heremon detectó la trayectoria de la paquetera, que se alejó de la interferencia gravitatoria de Oricalco antes de sumergirse en el nospacio y la nada.

—¿Qué significa eso? —preguntó la tothiat, mirando a Havaer.

Por supuesto, la conversación entre Oricalco y Piter Uskaro sólo la había escuchado él.

—Piden una comprobación de mis credenciales. Mi autoridad de la Casa Ácida contra la influencia de la familia Uskaro —explicó, porque aunque no lo supiera de forma fehaciente, sería el siguiente paso lógico.

—Así que cuando reciban órdenes de vuelta… —interrumpió Olli, dándole un empujoncito con uno de los manipuladores del andador.

—Estamos jodidos, sí. Respaldarán a Uskaro, no a mí. —Pero Colvari ya habían producido un modelo, que desconcertó a Havaer. Lo reenvió para consumo general.

Había un agujero en la radiación asesina de Infierno de Criccieth. Un cilindro estrecho pero navegable que llegaba desde la órbita hasta la superficie. Ni tenía la menor idea de qué lo mantenía o ni siquiera de cómo era posible que existiera algo así. No se mencionaba en ninguno de los informes del planeta, seguramente

superficiales.

—Están ahí abajo, entonces —dijo Heremon, y sonó tan frenética como siempre. Se preguntó si la radiación alteraría su fisiología de algún modo—. Jodida Emmaneth. Ahí es donde se metió la puta. Y también vuestro hombre.

—Cuestionando si puede ser navegable —comentó Kit con dudas.

Olli estaba a punto de insistir en que por supuesto que ella podría, pero entonces cerró la boca con un ruido audible. El pozo se había desvanecido de repente, dejando la tóxica esfera radiactiva de Infierno de Criccieth sin fisuras ni accesos.

4
Infierno de Criccieth

26

Idris

Cuando Idris estuvo listo, y se metió en el interior de la Máquina, el doctor Shinandri accionó el interruptor. O llevó a cabo la compleja serie de operaciones que había descubierto para activar los arcaicos mecanismos que los originarios no pudieron retirar de la instalación, y para los que la Máquina no era más que una adición reciente. Idris sabía que en algún otro lugar de la instalación Ahab usaría su propia interfaz conectada a esos mecanismos, dispuesto a ir a remolque de la mente intermediaria de Idris y echar una mirada a través del ojo del universo. Contemplar el abismo.

El abismo les devolvería la mirada, como sabía cualquier inter, sin importar cuántos científicos escépticos les dijeran que todo estaba en sus mentes. Debería sentirse mucho más expuesto ante esa mirada sobrecogedora, tremenda, que en ninguna de las ocasiones anteriores en que pilotaba una nave.

Pero Idris sólo sentía el chute de adrenalina que le producía la situación. No se había dado cuenta, a lo largo de todos los años de su prolongada vida, de que su trayectoria vital apuntaba hasta aquí. Cada una de sus elecciones, desde que se unió al Programa hasta hoy, habían sido pasos para llegar a ese momento y lugar. Cada detalle sumado a su creciente comprensión del nospacio y los Arquitectos conducía aquí. Jericó, Arc Pallator, todo aquello le había preparado perfectamente para las revelaciones de la Máquina.

Volvió a desear que Trine estuvieran con él en ese momento. El erudito colmenero habría sido capaz de completar y expandir sus arriesgadas intuiciones y suposiciones. ¡Cómo los datos de la Máquina resonarían en su interior! Quizá pudiera llegar a conseguirse, con el paso del tiempo. Shinandri y Ahab tenían una prodigiosa cantidad de datos de visitas previas, e Idris los

multiplicaba con cada uno de sus viajes. Se podrían pasar a Trine y a otros expertos. Aceptaría el análisis del colmenero antes que cualquier conclusión científica del doctor Shinandri.

Pero por ahora sólo quería sumergirse. Porque existía un límite de tiempo definido, la vela que se quemaba por ambos extremos cada vez que usaban la Máquina.

El sitio originario se defendía contra el entorno letal de Infierno de Criccieth. La vida radiante del planeta lo asaltaba continuamente, en términos físicos con raíces y zarcillos crepitantes, así como a través de su interminable y mortal resplandor. Pero había sobrevivido millones de años protegiéndose, con un efecto de tipo gravitatorio que producía el propio diseño de la instalación y bastaba para esquivar ese fuego asesino. Sólo sirvió hasta que encendieron la Máquina. No se podía mirar al abismo con los ojos cerrados. Mientras Idris y Ahab sondeaban esas profundidades, Infierno de Criccieth guerreaba contra la instalación, desgastando los muros, rajándolos con sus voraces enredaderas, intentando reducir todo ese enlace con la otredad a polvo atómico. Y lo iba a lograr, con su inagotable paciencia. Había un límite final al tiempo de que disponían para reunir datos vitales y luego escapar de ese planeta letal. Idris era también muy consciente de que el punto de inflexión exacto en esa ecuación era desconocido. Podían terminar atesorando todo el conocimiento del universo y no ser capaces de escapar luego. También buscaba una solución a eso por su parte, e intentaba hacerse una idea de cómo funcionaban las lentes de los originarios. La forma en que se asentaban en el límite imposible entre el nospacio y lo real, y lo que su enorme poder era capaz de conseguir. Había escuchado a las ruinas cantar en Arc Pallator cuando las arcas naeromathi desencadenaron su arma contra los Arquitectos. Había sido testigo de la creación por parte de los essiel de un descomunal motor gravitacional a partir de la nada y su uso para llevarse al templo a través del nospacio, arrancándolo de la superficie de ese planeta condenado. «Imposible» era un calificativo que había cambiado de valor.

La Máquina estaba en marcha. El escudo de la instalación había caído, junto al estrecho pozo que permitía que cualquiera llegara hasta el lugar, o incluso dejaba paso a las comunicaciones con el resto del universo. Estaban encerrados, y a la vez se había abierto la

puerta al infinito, lista para que él la atravesara.

Se sumergió con ansiedad.

Tuvo de repente delante la atención del Otro, como si el observador sin nombre le hubiera esperado, como un gato ante la ratonera. Comenzó entonces el que era su movimiento evasivo habitual, usando la extraña no topografía del nospacio para esconder su situación exacta. Y aquello no pudo seguirle. Idris lo percibía constantemente como si estuviera «por debajo». Por debajo en lo referido al nospacio, porque el nospacio era finito y tenía dimensiones. Simplemente esas dimensiones no tenían mucho sentido si tu mente estaba arraigada en el espacio real.

El nospacio se correspondía con el espacio real, todo el mundo lo sabía. Ésa era la razón por la que se podía viajar de forma fiable por él, fuera a través de los pasajes o totalmente al margen de las rutas existentes. Un piloto podía llegar de A hasta B en un pestañeo relativista, años luz cruzados en horas subjetivas. Si es que te apetecía entrar en un territorio en el que nada existía verdaderamente de la misma forma que lo hacía en la realidad. O, si no te apetecía, si al menos estabas dispuesto a hacerlo. Sin el nospacio no habría viajes, ni comercio entre las estrellas, salvo quizá por lentas naves generacionales sublumínicas que tardarían siglos o milenios en cruzar de un sol a otro. Cada sistema solar sería una isla, desconectada del resto en la interminable negrura. Y a pesar de ello, qué poco comprendían el nospacio la mayoría de los navegantes. Incluso la mayoría de los inters. Sólo ahora era capaz Idris de percibir las formas fundamentales del universo, y cómo encajaban.

Pensó en el universo, al que el nospacio servía como mapa. Pero ese mapa, que representaba un enorme y tridimensional espacio real, era sólo la piel del nospacio, de la misma forma en que cada punto de un volumen se correspondía con una representación plana. No, no era del todo así, pero la mente humana tenía sus límites, incluso la mente de un inter, y así era cómo Idris conseguía visualizarlo. La piel que se extendía entre las estrellas, más allá de la cual existían profundidades nunca perturbadas por cualquier nave o intermediario inquisitivo. La vasta masa del nospacio permanecía incógnita, vasta pero de hecho finita. Y mucho más pequeña que el universo real, si es que el tamaño tenía algún

significado. Debía ser más pequeña, entendía Idris. O de lo contrario viajar por el nospacio no sería un atajo.

Y en el lugar más profundo del nospacio, muy por debajo (y no era debajo pero, una vez más, estaba ante los límites de la imaginación humana), estaba el Otro, la presencia que vivía en el nospacio. Una única entidad, distinta a cualquiera, completamente autónoma. Acechaba allí hasta que el aroma de otra mente le llegaba, la presencia de un intruso en sus dominios, y entonces empezaba a buscarlo. No se alzaba de su lecho como un kraken, porque Idris percibía que no podía moverse de donde estaba. Tenía un lugar definido y quizá incluso había sido creado, un artefacto de materia nospacial. Pero, como un ojo, podía buscar, y todo lo que se moviera entre las turbulentas aguas del nospacio era objeto de su maligno interés. Luego su simple proximidad mataba, enloquecía por su sola existencia a otras mentes menores, las de los navegantes que se cortaban las venas, se lanzaban al espacio o saboteaban sus propias naves. Idris no sabía si era algo intencionado o si es que la propia naturaleza de la cosa resultaba tan hostil a las mentes del espacio real que llamar su atención conducía inevitablemente a la locura. Había tenido muchos encuentros de cerca a lo largo de su carrera como inter. Sabía cómo se sentía al tener esa presencia junto a su hombro, tan repulsiva e intolerable que matarse sería un alivio deseado. Su atención no era menos terrible porque supiera de su existencia y la comprendiera mejor. Pero podía escaparse. Sus nuevos conocimientos le ayudaban en ese sentido, al menos. Ya era el campeón universal de todos los tiempos de escurrirse del Otro.

Algo positivo, porque ahora era él quien estaba de caza, y había olisqueado a la presa.

Ahab había retumbado entusiásticamente al hablar de lo que buscaban. La criatura tenía un objetivo y necesitaba los sentidos de Idris para alcanzarlo. Había un límite hasta el que podía llegar una mente corriente usando la Máquina. Idris se había convertido en un hijo del nospacio. Su mente dañada con precisión podía interactuar con la nada, moverse por ella como una foca en el agua. Sólo debía acordarse de salir de vez en cuando para respirar.

Ahora estaba trazando su propio mapa del lugar. Más pequeño que el universo, y al que la Máquina reducía aún más gracias a su lente capaz de enfocarse a la vez a diferentes distancias. Tampoco

es que esas distancias fueran de todos modos reales en el interior del nospacio. Su extensión se podía contener en una cáscara de nuez, así que Idris continuamente se peleaba con el vértigo que le producía el vasto abismo en que se podía convertir el vacío entre las estrellas, o en una súbita inversión, con las caóticas profundidades de una gota de agua bajo el microscopio.

Estaba comprendiendo su estructura. Porque todo dependía de esa estructura. Tanto por encima como por debajo. Había sentido el poder residual de las ruinas originarias de Jericó, todavía potentes directamente a causa de la forma intrincada de los muros que actuaban como una cuña clavada en la realidad. Era el espacio entre esos contornos el que tenía el poder, como un círculo mágico, como los glifos de alguna superstición desaparecida. De la misma forma en que la tecnología hegemónica era un estudio de las ausencias, como sus naves llenas de líquido que conformaban unos espacios entre ellas que eran las partes de sus mecanismos superiores. Igual que la súper arma desplegada por los naeromathi sobre Arc Pallator no estaba dentro de las arcas langosta, sino en el espacio que dejaban entre ellas. Patrones de ausencia, por los que Idris se deslizó hasta marearse, al borde de la revelación.

El nospacio era como era porque se contenía en una forma. Había una estructura en su irrealidad: enlaces, suturas, cartílago cósmico. Los pasajes eran parte de ese andamiaje general que llegaba hasta lo más profundo del nospacio. Aunque pareciera infinitamente estático y fiable, Idris podía sentir sus continuas alteraciones, vibrando, atraído de una u otra forma por lo real, incluso mientras lo real recibía los tirones de la estructura ósea del nospacio. Cada nave que cruzaba los pasajes era un alfilerazo que perturbaba la serenidad del vacío que había debajo. Cada mundo que existía era como un púlsar en el nospacio, que emitía ondas.

O quizá no cada mundo. No había las suficientes perturbaciones de ese tipo. Ni estrellas, ni rocas muertas que se precipitaban contra soles sin nombre. Idris había esperado que el nospacio estuviera oprimido por toda la masa del espacio real. Eso tenía una lógica científica para él, pero parecía demostrable que ése no era el caso. La masa no fluctuaba de la forma que estaba viendo. ¿Qué más había allí, que tuviera peso y fuerza dentro de la irrealidad del nospacio?

Sólo una cosa, y él mismo era la prueba.

La propia idea le hizo temblar a causa de lo que implicaba sobre la fragilidad esencial del universo. Más leve que los efectos mariposa. Una mariposa era un leviatán imparable comparada con la telaraña de susurros del pensamiento humano, pero…

Con esa revelación y el impulso que le dio, alcanzó otra mente. Otra mente en otro lugar. En una localización que vislumbró brevemente al fondo de las entrañas de ninguna parte, abajo del todo.

Una mente inmensa, aunque su inmensidad no era la razón por la que estaba rota allí al fondo. Familiar. Había hecho esto antes. Estaba entonces en lo real, pero no era algo que pudiera olvidar.

Era un Arquitecto. Durante un instante muy breve se conectó con un Arquitecto. Quizá el mismo Arquitecto al que había llegado en Berlenhof, la primera vez o la última. Quizá el mismo con el que había hecho las paces en Lux Lejana. Una paz que había muerto cuando después murió Lux Lejana, cuando volvieron los Arquitectos.

Reaccionó a la presencia de Idris, en ese breve instante, y su respuesta fue algo que la mente humana podía entender de inmediato. Un viejo amigo del amanecer de los tiempos que había continuado a la sombra de la humanidad desde mucho antes de que existiera la propia condición humana.

Tenía miedo. El Arquitecto, el deconstructor de mundos, había descubierto esa mota que era Idris Telemmier en el nospacio, acechándole esta vez. E Idris sintió su terror.

Entonces fue forzado de vuelta a la realidad cuando se apagó la Máquina. El escudo de la instalación volvía a estar levantado, con unas pocas grietas más en sus muros, con otra porción de su totalidad desaparecida para siempre, el reloj más cerca de la hora del juicio final.

Tenía que hablar con Ahab.

—¡Sí! —La voz artificial del naeromath restalló mientras Idris se agachaba para entrar al cuarto que servía como salón común. Estaba inclinado en el extremo opuesto de la mesa que Jaine había atornillado al suelo, con su largo cuello descansando sobre ella, como si el esfuerzo de soportar su propio peso hubiera sido excesivo por unos instantes—. ¡Sí! ¡Habéis sido testigos!

Idris ya no le temía, por mucho que Ahab pudiera aplastarse con su simple peso, o destrozarle con sus miembros mecánicos y mandíbulas. Era un compañero de investigación. Un patrón generoso que le permitía jugar con las partes constituyentes del universo.

—Ahí está —confirmó Idris, y un estremecimiento recorrió la piel repleta de cicatrices de la criatura.

—¡Sí! —repitió. Y después añadió—: ¡Hemos cazado mucho! ¡Lo hemos sentido! ¡Hemos…! —Entonces llegó una ráfaga de zumbidos ante la imposibilidad de dar una versión de algún concepto naeromathi para el que no había ninguna correspondencia en lenguaje humano, algún tipo de comprensión a la que el colvul no podía ni aproximarse. Idris se vio obligado a preguntarse quién había llegado tan lejos como para tender el puente que existía sobre la enorme fosa de comunicación con los naeromathi, porque nunca había escuchado a uno de ellos intentar hablar el lenguaje de otra especie. Ahab parecía aislado de los suyos. No había un arca langosta cerca, ni daba ninguna señal de añorar a sus compañeros distantes. En su lugar era un renegado que se asociaba con humanos y una tothiat, escondido en el planeta menos probable. Había una historia ahí, pero no podía preguntar para conocerla, y no le contaría nada voluntariamente.

—¿No está Ash? —preguntó, porque el enigmático alienígena parecía haberse desvanecido. Quizá una nave había venido a por él y las idas y venidas de la criatura no tenían más misterio que ése, pero Idris cada vez estaba más seguro de que Ash tenía su propia relación con el viaje por el nospacio. Y estaba igualmente seguro de que la cosa nunca lo admitiría.

El doctor Shinandri vino detrás de él, muy excitado.

—Ha sido la sesión más prolongada, caballeros, ¡un absoluto récord de duración! —Sonaba encantado por el dato, más que asustado—. Hemos obtenido tanta información, tantos datos en crudo. ¡Un mapa! ¡Estamos dibujando un mapa de lo irreproducible, entre los tres! —Tecleó a toda velocidad cuando se sentó—. Capitán Ahab, nos aproximamos, ¿verdad? Estamos más cerca de alcanzar su objetivo, si no me equivoco.

—¿Y cuál es? —preguntó Idris, tras lo que se produjo un repentino silencio. Ahab y Shinandri le miraban.

—Esperábamos —dijo al fin el científico— que usted fuera capaz de decírnoslo.

—Pero asumí que sabíais lo que hay ahí, que por eso lo buscabais —explicó Idris, frunciendo el ceño.

—¡El corazón del enemigo! —anunció Ahab con su habitual grandilocuencia. Debía de ser lo que realmente creía, supuso Idris, y a la vez, ¿qué significaba esa frase? Al margen del hecho de que era la traducción de lo dicho por alguien de una especie que probablemente ni siquiera tuviera corazón como tal. ¿Qué significaría para un humano lo que pretendía decir? El enemigo eran los Arquitectos, de eso no cabía duda. Lo normal es que se refiriera a un mundo natal, salvo que… No había mundos en el nospacio, y cada Arquitecto además era del tamaño de una luna. Salvo que existiera algún equivalente irreal de un enorme gigante gaseoso alrededor del cual todos orbitaran cuando no estuvieran ocupados destrozando planetas de la realidad.

Más allá de esas consideraciones, existía un lugar y estaba cerca de descubrirlo. La estructura y el andamiaje del nospacio pendían de él, se curvaban para acomodarse a él. Si bien el nospacio era vasto, visto con el ojo de la Máquina se convertía en curiosamente pequeño. Una perspectiva manejable para las entidades cuasi divinas que habían construido los mecanismos subyacentes y edificado esa instalación. Podías mirar durante toda la eternidad a través de la Máquina, o quizá toda la eternidad con alguna salvedad prudente, porque si mirabas lo suficientemente a fondo te arriesgabas a encararte con la mirada del Otro. Eso era algo que Idris todavía no se veía capaz de hacer. Lo mismo que la monstruosa radiación de Infierno de Criccieth desintegraría a quien se expusiera a ella, igualmente él quedaría reducido a la nada en caso de afrontar directamente esa fiera presencia, que le encontraría por fin.

¿Qué contenía entonces el nospacio? ¿Qué podría haber allí que estuvieran a punto de descubrir?

Estaban los propios Arquitectos, que cruzaban ese territorio salvaje sin temor y emergían de él cuando querían, sin importarles los pasajes. Ahab pensaba que eran nativos del nospacio e Idris se inclinaba a creerlo.

¿Qué era el Otro, fuera lo que fuese? El habitante final del

nospacio, un gran leviatán oculto para el que los Arquitectos no eran más que pulgas.

¿Y los propios originarios? Desaparecidos, suponía. No había ni rastro de ellos allá donde mirara. Destruidos, extintos o incluso fugados a otro universo mejor donde los monstruos del tamaño de lunas no reconfiguraran mundos según los caprichos de…

—Tienen amos —dijo a los otros dos.

—Ya mencionó esa posibilidad, *menheer* —le recordó Shinandri.

—Me la dijo directamente un Arquitecto —les recordó Idris—. Hacen lo que hacen porque les obligan. Son un arma en las manos de… algo. Por algún motivo.

—Podemos llamarles los Artistas, quizá —sugirió con malicia Shinandri—. Usan a los Arquitectos para reformar el universo de acuerdo a sus propios gustos estéticos, ¿no?

Eso, pensó Idris, tenía tanto sentido como cualquier otra idea.

—¿Quizá sean esa presencia que todo el mundo siente en el nospacio? ¿Sería ésa la mano que dirige a los Arquitectos? —murmuró el científico.

—No —repuso Idris de inmediato, y luego tuvo que examinar su reacción instintiva para determinar por qué lo sabía con tanta claridad—. No —repitió más calmado. No podía dar una explicación, pero el Otro, la presencia, era… Otro. No formaba parte de ningún escenario, no necesitaba utilizar a otras especies como herramienta. Si el Otro hubiera querido emerger de su guarida para devorar el universo real, entonces…

Descubrió que estaba sudando sólo de pensarlo, huyendo de ahondar en la idea. La presencia existía, y eso era lo más lejos que Idris estaba dispuesto a llevar sus especulaciones.

—Pero los Arquitectos tienen amos —continuó—. Puede que estén en la realidad, y de algún modo descubrieran cómo pescar Arquitectos en el nospacio, ponerles unas bridas y obligarles a cumplir sus deseos. O puede que estén también en el nospacio. Puede que les disgusten nuestras pequeñas incursiones por los pasajes, que las vean como una invasión de sus dominios. Mirad, hay cosas que no cuentan los datos, ¿vale? Justo al final, cuando nos acercábamos, sentí la mente de un Arquitecto. Como me ocurrió en la realidad. Pensamientos de Arquitectos en las regiones donde buscábamos. Así que están ahí, saben que les buscamos, y están

asustados. Asustados, Ahab.

Un sobresalto sacudió el armazón del ser y se alzó de repente, estirando el cuello casi tan cerca como para derribar a Idris de su taburete.

—¡Sí! —rugió una vez más—. ¡Estamos cerca!

—¿Pero de qué? —quiso saber Shinandri.

—Creo que puede ser el lugar donde están sus amos —sugirió Idris—. Porque es lo que tenemos que encontrar. No tiene sentido cazar uno por uno a los Arquitectos, ¿verdad? Si pudiéramos de alguna forma descubrir un medio de atacar a quienes les manejan, haríamos un favor a todo el mundo. Puede que esa reunión de Arquitectos sea la clave. Está en algún sitio, al menos. Y el nospacio no tiene demasiados sitios. ¿Quién más podría estar ahí sino quienes les dirigen?

Alguien tosió ostentosamente detrás de él, y se giró para encontrarse con Tokamak Jaine, iluminada por las llamas que surgían de su propio torso.

—Bueno, ¿se lo habéis dicho? —preguntó.

—Nos hemos extendido con otros temas —dijo Shinandri, un tanto evasivo.

—¿Decir a quién? —preguntó Idris, confuso—. ¿A mí? ¿Decirme qué?

—Hay una nave —explicó Jaine—. Alguien nos ha encontrado. Emma está haciendo preparativos por si tenemos que huir.

—¡Huir no! —bramó Ahab.

—Jefe, haga lo que quiera, pero no habíamos tenido visita en bastante tiempo. Y ahora hay una en órbita y otra viniendo a toda velocidad desde Oricalco para unirse a ella. Y envían saludos. Al menos, le saludan a él.

—¿Qué? —Idris se la quedó mirando inexpresivo—. ¿Qué tipo de nave? ¿Una de rescate? —Ésa era su mejor opción.

—Sí —confirmó Jaine—. Una vieja y abollada nave de rescate. —Él se hizo eco del nombre cuando ella lo pronunció—: *Dios Buitre*, dice su identificador.

—Dejadme hablar con ellos. Son mis amigos. Mi tripulación —les dijo Idris.

—¡La cruzada! —insistió Ahab—. ¡Estamos cerrados! ¡De vuelta a la Máquina!

—Quiere decir… —empezó de forma extraña Shinandri—. Todos queremos… El trabajo aquí es importante. No podemos… pararlo. —«Dejarte marchar», era lo que por tacto había evitado decir. Si fuera así, Idris se preguntó qué podrían hacer. ¿Dragarle? ¿Atarle a la Máquina? ¿Le habría cortado Emmaneth los dedos hasta que aceptara cooperar?

Pero no era así, y sacudió la cabeza.

—Lo sé, lo sé, y necesito saberlo. Necesito ver… lo que sea. Lo que haya ahí. Lleváis razón. Estamos tan cerca. Dejadme hablar con ellos y se lo contaré. «Marchaos. Volved después. Sólo… dadnos tiempo». Lo entenderán. Son mis amigos. Puedo hacer que lo entiendan.

27

Olli

El estrecho pozo que atravesaba la radiosfera de Criccieth había reaparecido tras muchas horas de negociaciones bruscas y fracasadas. Habían rechazado las amenazas de Uskaro desde su *Raptórida*, que ahora estaba a punto de colocarse en órbita también, y Olli había escuchado a Havaer intentarlo como pudo con la armada. Lo más que había conseguido era que no enviaran más naves hacia el planeta interior, a la espera de instrucciones. O al menos dijo que era lo que había conseguido. Sólo tenía su palabra al respecto, y puede que cada comunicación entre ellos estuviera repleta de palabras en código, transmisiones secretas y toda esa mierda de espías. ¿Cómo iba a saberlo? Mantuvo algunas conversaciones en voz baja con Kit, que parecía cada vez más asustado por la situación actual de la nave. La confianza del hanni se debilitaba con facilidad. Y por supuesto nadie se fiaba un pimiento tampoco de Heremon. La mafiosa tothiat evitaba ostensiblemente prestar la más mínima ayuda, lo que la verdad es que para Olli era preferible. Estaba siempre tumbada en el muelle de drones o en la cápsula de mando, a veces con los pies encima de algo delicado. Su expresión irradiaba lo orgullosa que estaba de su invulnerabilidad, incluso cuando Olli empezó a dar pisotones con el escorpión. Por dentro sabía que podía poner en su sitio con facilidad a *menheer* Espía Mundy, ahora que iba adecuadamente vestida, pero Heremon era un asunto distinto. Obviamente, Heremon pensaba también que no podía herirla. Olli había ordenado a hurtadillas a las impresoras de la nave que le produjeran una dosis del zumo anti tothiat, aunque fuera un terrible derroche de recursos. Las moléculas que lo componían eran tan grandes y retorcidas que casi le sorprendió no poder distinguirlas a

simple vista. Puso la dosis en un elemento modificado como jeringa en la cola del escorpión, y si Heremon decidía que quería calzarse la gorra de capitán, entonces Olli se la metería entre los ojos o los omóplatos, según estuviera colocada en ese momento.

Sólo había tenido esas conversaciones en susurros con Kit porque no estaba tampoco segura de si confiar en Solaz, no del todo. Se estaba acostumbrando a la idea de una compañera parteni, y de que Solaz era buena gente así como manos fiables en caso de crisis, cuando se encontraron en ese punto. Solaz era una mirmidón leal, lo que significaba que bailaría al son del Partenón si había algún conflicto de intereses. Oh, lo pasaría mal. Solaz era una de esas personas sufridoras que darían muchas vueltas antes de tomar una decisión, a juicio de Olli, pero no cabía duda sobre cuál sería el resultado final.

Pero por ahora Olli estaba enviando peticiones urgentes de contacto a través de la abertura que conducía al planeta, con la esperanza de que hubiera alguien de algún modo allí abajo, entre todas esas flores asesinas. La *Raptórida* estaría pronto circunvalando el planeta, y si Uskaro decidía empezar su propia guerra contra ellos, no habría mucho que la pobre y vieja *Dios Buitre* pudiera hacer.

—Ésta es la nave de rescate *Dios Buitre* a quien coño haya ahí abajo. Llamando a Idris Telemmier, doble máxima prioridad. Idris, aquí Olli. ¿Me recuerdas? Olli, tu puñetera capitana. El que te secuestren no es excusa para abandonar tu deber, vago cabrón. Idris, o secuestradores de Idris, ¡decid algo, joder!

Al menos, después de muchos mensajes similares en los que los saludos formales fueron dando paso a una creciente carga de palabrotas, llegó una respuesta.

Era la voz de una mujer, tan agradable como la de una operadora profesional de un centro de ventas.

—Por favor, aguarden a *menheer* Telemmier.

Heremon bajó los pies de la consola para levantarse, e intentó ver por debajo de una axila del escorpión. Olli deseó haberse puesto auriculares, pero ya era tarde.

—¿Ésa era tu vieja amiga? —le preguntó.

—Emmaneth —confirmó Heremon. Para entonces ya todo el mundo estaba en la cápsula de mando, acoplándose donde el

escorpión de Olli les dejara sitio. Era muy consciente de que todas las miradas se dirigían a ella. «La jodida Kris tenía que dejar que la pillaran». Se preguntó si le permitiría manejar la situación a Kit, pero el orgullo le impidió dejar la comunicación en manos de nadie más.

—¿Olli? —La voz de Idris, atenuada por las oleadas de estática que se podían rastrear hasta la radiación que emitía el planeta, les llegaba a través de ese estrecho acceso imposible. La volvía loca que existiera ese canal hasta la superficie del planeta. No podía detectar los campos que lo mantenían abierto, un pequeño cilindro de nada donde el monstruoso resplandor de la luz del planeta no existía. Un agujero invisible en la incandescencia.

—Idris, estamos aquí. Hemos venido a por ti. ¿Cómo te encuentras? —Hablaba sin perder de vista que era probable que Emmaneth y ese tal Shinandri, y quién sabe quién más, estuvieran escuchando.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó Idris, de una forma que a ella le pareció malhumorada.

—Idris, ahora mismo eso es poco importante, de verdad. Te encontramos. Alégrate, maldito cara de pez. Y haz las maletas, que vamos.

—¡Olli, no!

—Si alguien intenta pararnos, tenemos aquí a una mirmidón parteni totalmente equipada, nuestra propia cabrona tothiat y un agente secreto súper poderoso. Y yo, que soy más dura que todos ellos porque sí. Oh, y Kit, supongo. Quiero decir, doy por hecho que querrás quedarte en la nave si bajamos, Kit.

—Dadas las opciones, la nave seguirá siendo mi ubicación —aceptó Kit, de corazón. Lo suyo no eran las peleas.

—Olli —les llegó la débil voz de Idris—. No, Olli, marchaos, por favor. No me iré.

—Ya, lo dices con una pistola en la cabeza, imagino. Mira, vamos a bajar a por ti por ese pozo y mejor que tus nuevos amigos aparten sus culos de nuestro camino, no voy a explicarlo más. Contamos con una potencia de fuego seria. —No era verdad, y cuando comparaba el tamaño del acceso con las dimensiones de la *Dios Buitre*, le preocupaba incluso que toda la operación fuera posible, dado que incluso el más ligero roce con las paredes

probablemente atomizaría algo fundamental.

—Olli —insistió Idris—. No. Estoy con un trabajo importante aquí. Necesito, de verdad que lo necesito, volver con ello. Estamos tan cerca. Volved después, Olli. Sólo… Ahora mismo no puedo enfrentarme a la situación. Estoy ocupado.

—Bueno… —Se quedó sin palabras por un momento—. Puto finolis. —Comprobó las cámaras del escorpión y vio que todo el mundo estaba tan alucinado como ella—. Idris, no sé cómo de bien crees que te has escondido pero no somos los únicos que te hemos encontrado. ¿Recuerdas a *menheer* boyardo Uskaro, el joven? Está aquí en su yate armado y no es tan amable como yo.

—Dile que tampoco me voy con él.

—Sí, eso funcionó de maravilla la última vez. Idris, ¿estás…? ¿Estás drogado o algo? Estamos aquí. Para rescatarte. De una asesina tothiat, de algún científico loco y… Idris, ¿qué es lo que…?

—No, no, no, Olli, no puedo irme. —Reconoció el tono nervioso de cuando Idris intentaba sobreponerse a uno de sus ataques de ansiedad, es decir, casi siempre—. Estoy trabajando, Olli. Hay algo… Sólo dadme otra oportunidad. Necesito volver ahí. Casi… —Ya gritaba—. ¡No puedo! No puedo parar sin más. Iros y ya está. Entretened a Uskaro. No puedo, de verdad. Esto es importante.

—¡Joder, Idris, cálmate! —Olli levantó a la vez todas las manos del escorpión—. Que pruebe otro —admitió—. No puedo tratar con esto. Puta Kris. —Porque Kris podría haberle convencido. Esos dos habían pasado por mucho juntos. Ella siempre podía manejarle.

Cuando Solaz indicó que ella se encargaba, Olli puso los ojos en blanco pero asintió.

—Idris, soy Solaz. No sé si estás al día de las noticias, pero las cosas se han puesto muy feas. Tenemos encima a Uskaro y nos supera en potencia de fuego. El Hum y el Partenón están en guerra. Guerra de verdad. Hay una base de la armada aquí y en cuanto reciban órdenes van a venir también a por nosotros. Tendremos que irnos y no podremos volver. Pero habrá un equipo de asalto de la armada bajando ahí para llevarte. O los *voyenni* de Uskaro. No te darán a elegir sobre lo que harás en la guerra.

—Solaz. —Al menos sonaba más tranquilo—. ¿Recuerdas lo que pasó cuando me presenté voluntario en la guerra? ¿Cuando me metí en el Programa de Intermediarios?

—Sabes que no estaba allí entonces. Ninguno de nosotros.

—Pero recuerdas cómo fue en Berlenhof la primera vez. Cuando nos lanzamos contra los Arquitectos. Y recuerdas Lux Lejana, cuando hablamos con ellos.

—Sí y no —dijo Solaz, con la paciencia de una santa en opinión de Olli—. Idris…

—¿Y recuerdas la segunda vez en Berlenhof? ¿Cuando queríamos pararles? En resumen, me morí mientras intentaba salvar el planeta. Todavía tengo unos cuantos colmeneros que mantienen mi corazón en marcha, gracias a ese poco de Trine que habrá dentro de mí para siempre. ¿Lo recuerdas?

—Todos lo recordamos —le confirmó.

—Porque tenemos que hacer esas cosas, los que podemos. Es mi deber. Es mi responsabilidad. Porque no hay nadie más. Y lo odio, Solaz. Odio ser yo, ser la maldita pieza de museo que quiere todo el universo, y ser el que esté descolocado en toda esa insensatez de la guerra ahora que ha vuelto. Pero soy yo, estoy aquí. Y lo que hago aquí, y Ahab y Shinandri conmigo, es lo importante. Puede arreglarlo todo. No puede hacerlo nadie más, sólo yo. Y no nos queda mucho tiempo. Todo se derrumba un poco más cada vez que lo encendemos. Pero estamos tan cerca. De entender todo, Solaz. No puedo irme. Tenéis que darme tiempo.

—Nos vuelve a contactar la *Raptórida* —observó Kit—. Ahora estamos al alcance de sus armas.

Al margen de lo que pensara Olli sobre meter a la *Buitre* en ese pozo, hacerlo bajo fuego enemigo parecía una forma complicada de suicidarse. Pero aún no disparaban.

—A ver qué tiene que decir ese cabrón —decidió, dejando por ahora a Idris.

Kris

Kris no fue exactamente sacada a rastras del camarote en que la tenían encerrada. No exactamente porque mantuvo el mismo paso marcial de los dos *voyenni* que enviaron a por ella, así que su pretensión de levantarla en volandas se quedó en nada. La llevaron directamente ante el puesto de mando de Uskaro en el puente de la *Raptórida,* donde el *morzarin* se reclinaba en el sillón con Piter a

un lado junto a él. Estaba haciéndose una interesante idea de cómo era el yate de un noble magdano, que no era un tipo de nave que hubiera tenido la oportunidad de examinar antes. Una pequeña nave elegante, que desde el exterior tenía un adecuado aspecto depredador. Podría entenderse como una razonable miniatura a escala de una verdadera nave de combate, pero la armada no dejaba sitio a un lujoso camarote para su capitán, o camarotes privados. Era rápida e iba equipada más allá de los sueños de la pobre *Dios Buitre*. Pero tampoco tenía mucho más de especial. Descubrió pronto que los *voyenni* que la habían capturado en Toque de Difuntos eran la mitad de las tropas embarcadas, con lo que los tipos debían estar encajados hombro con hombro donde les hubieran hecho sitio. No es que esos descubrimientos mejoraran sus opciones en ese momento. Y no es que no fueran capaces de cargarse de un plumazo a la *Buitre* si quisieran.

—Mi sobrino ha estado hablando con sus antiguos compañeros —le dijo a Kris, molesto—. Dicen que no tienen a Telemmier, como cabría esperar, y no hemos visto nada que sugiera que hayan recogido algo en órbita. ¿Quizá pudiera explicarme usted qué es lo que pasa aquí?

—¡Este planeta es una zona de desastre! —intervino Piter, para fastidio de Ravin—. No hay nada ni nadie a su alrededor.

Kris intentó hacerse la mejor composición de lugar posible sobre dónde estaban y qué se cocía allí. Infierno de Criccieth parecía desde luego hacer honor a su nombre, y se entretuvo demasiado buscando el orbital que seguramente estaría oculto en alguna parte de la otra cara del planeta. Pero no había nada, y todas las lecturas sugerían sin duda que cualquiera que intentara aterrizar allí no tendría mucho tiempo para arrepentirse.

Y allí estaba la *Dios Buitre*, fija en el objetivo de la *Raptórida* como una polilla espectacularmente fea.

—Les hemos recordado que la tenemos con nosotros, y por supuesto nos han exigido escuchar su dulce voz, para asegurarse de que está bien. Quiero que les diga que se encuentra de maravilla —siguió Ravin, y Piter volvió a interrumpirle.

—Aunque es algo que puede que no se prolongue si no nos dan a Telemmier. —El par de *voyenni* del puente resultaban desde luego amenazadores, aunque eso quizá se debiera a lo constreñido del

espacio.

Los labios de Ravin se apretaron levemente por la interrupción, pero evidentemente quería presentar un bando unido sin avergonzar al sobrino en su presencia. Kris se preguntó sí podría imaginarse una historia familiar que justificara el tipo de gente que eran. Se daba cuenta, desde luego, de cómo crecer a la sombra de hombres como Ravin habría moldeado a Piter. Seguramente habría unos cuantos latigazos en la propia trayectoria de Uskaro el joven, tanto dados como recibidos.

«Por otra parte», consideró, «toda la comprensión del mundo no significa que no sea un pequeño bastardo malcriado. Y en cuanto al mayor…».

—No disponemos de mucho tiempo ni paciencia, *mesdam* Almier —le dijo Ravin—. Sus compañeros no han recogido a Telemmier porque de hacerlo no seguirían donde están. ¿Éste es el lugar convenido para una cita que consiguieron cerrar de algún modo? —A su lado, con toda la intención, Piter fijaba y desviaba la diana de las armas de la nave sobre la *Dios Buitre*, como si la desafiara moviendo esos cañones.

Kris ignoró a Júnior y afrontó la mirada de Ravin sin alterarse.

—La profesora Granduja les dio el nombre de este sistema —les recordó—. Tenemos el planeta exacto. Ahora saben tanto como nosotros, Su Elegancia. —Le habría encantado farolear, pero ahora mismo no llevaba nada en la mano. No parecía posible que hubiera nadie en el planeta, por lo que habían mostrado los sensores—. Puede que la gente de Toque de Difuntos nos la jugara a todos.

—Entonces puede que nos limitemos a disparar a su antigua nave —le soltó Piter.

—Abran una comunicación —pidió repentinamente Ravin, y luego habló más alto, con su voz retumbando por todo el pequeño puente de mando—. Tripulación de la *Dios Buitre, mesdam* Timo, la llaman «Olli», ¿verdad? —El diminutivo sonaba grotesco en su boca—. Aquí el *morzarin* Ravin Uskaro. Tenemos aquí a su compañera Almier, como pidieron. Dígales que ha sido tratada correctamente. Esta vez intentaré apelar a su patriotismo. Sé que tienen a una agente parteni a bordo, y quizá eso resultara una excentricidad aceptable hasta hace unos días, pero conocerán las últimas noticias. Son coloniales, Timo. Si ayudan a un agente

enemigo en tiempos de guerra, será una traición incuestionable. Especialmente si está implicado un inter como Telemmier. Es un recurso imprescindible, un recurso bélico. Si fuera usted, rezaría fervientemente para que el programa inter de las parteni, que ayudaron a crear, saltara por los aires con su nave jardín, porque en caso contrario la Casa Ácida nunca dejará de darles caza. Pero aún tienen la posibilidad de hacer las cosas bien, Timo. Entregue a Telemmier o dígame dónde está.

Hubo una pausa hasta que llegó la cáustica voz de Olli.

—¿Va a dejar hablar a Kris o qué?

Los labios de Ravin se crisparon, pero hizo una indicación a su cautiva.

—Estoy aquí —le dijo Kris al vacío.

—¿Tienes la piel aún intacta?

—Casi. —Y luego añadió, porque Ravin le hizo gestos y su despreocupación podría dar lugar a malentendidos—: Estoy bien. —Evitó deliberadamente hacer ninguna pregunta sobre Idris, aunque quería tener noticias suyas incluso más que Uskaro.

—Escúchame —se entrometió Piter—. Habéis jugado vuestros jueguecitos de espaciales sin pasaros de la raya hasta ahora, y dado que además eran tiempos de paz se hizo la vista gorda. Pero eso se ha terminado. —Ravin le pidió con gestos bruscos que se callara.

—Lo que quiere decir mi sobrino es que tienen una posibilidad de cooperar y limpiar sus expedientes. Pueden ser héroes coloniales que nos devuelven una de nuestras mayores armas en tiempos de necesidad. Pero tiene que ser ya.

Kris se preguntó por qué tanta prisa, dado que la posición de Uskaro era dominante en todos los sentidos. Entonces intervino una nueva voz.

—Su Elegancia, aquí el agente Mundy de la Oficina de Intervención. Parece asumir una autoridad como representante del Hum que ambos sabemos que no tiene.

Ravin se quedó como de piedra, pero la cara de Piter, enfrentada a alguien que no podía ver, mostraba claramente su frustración. Mundy llevaba razón: podía hablar de orgullo colonial todo lo que quisiera, pero los Uskaro no eran más que un clan magdano, no el propio Hum.

—Estoy usando esta nave de acuerdo a necesidades de la Oficina

—continuó Mundy—. Tomo nota de sus sentimientos patrióticos, pero no tiene autoridad en este tema, ni esta nave está alineada con el Partenón o cualquier potencia enemiga. Le pido que entregue a Almier, y luego saque de órbita su nave y se vuelva a Oricalco. En caso de negarse, bueno, la base naval está ahí mismo. El secuestro es un delito, y los dos sabemos que el Hum apoyará a la Casa Ácida antes que a una familia, por importante que sea.

Ravin parecía despreocupado, pero la Casa Ácida tenía su reputación. Kris intuyó que, tanto a nivel familiar como individual, debían de abundar los esqueletos que podían ser desenterrados para incomodar tanto al Uskaro mayor como al joven, y la Oficina de Intervención debía de conocer la mayoría. Al servicio secreto del Hum no se le tocaban las narices.

Ravin indicó que se cortara el canal y cuando habló ya se le había congelado el tono educado.

—Vas a hablar con ellos. Les vas a a decir que nos entreguen a Telemmier o nos den la información que tengan sobre su paradero.

—No tengo más autoridad ante la Casa Ácida que usted —le dijo Kris con franqueza—. Como acaba de escuchar, éste ya ha dejado de ser asunto nuestro.

Pensó por un momento que podía ser así de sencillo: la autoridad de Havaer, fantasmagórica o real, amansaría a la fiera familia Uskaro. Luego llegó una nueva llamada. De la base naval.

—*Morzarin* Uskaro —llegó la voz entrecortada de su oficial de comunicaciones—, hemos recibido confirmación de su autoridad. El operativo de la Oficina que está a bordo de la *Dios Buitre* ha sido incluido en su lista de renegados, y esa nave está confirmada como enemiga. Enviamos un escuadrón para apoyarle y recuperar a ese intermediario. Si son capaces de retenerles hasta que lleguemos.

El rostro de Ravin Uskaro se endureció con nuevas arrugas que a Kris no le gustaron.

—¿Entonces? —preguntó con suavidad.

—¿Entonces, señor? —dijo el oficial de comunicaciones.

—Su oficial al mando ha menospreciado el honor de mi casa. Espero una disculpa formal en cuanto le sea posible.

Kris empezó a reconsiderar cuál de los dos, el tío o el sobrino, era el mayor gilipollas. Sólo porque Ravin pusiera mejor cara de poker no se convertía en mejor persona.

Se hizo una pausa en la base naval, donde probablemente sentían la misma incredulidad que Kris, pero al fin sonó entre crujidos la voz del desafortunado oficial.

—Pido disculpas por dudar de su palabra, señor. Transmitiré su petición al comandante.

«Bueno, ya está», decidió Kris. Uskaro pidió una nueva comunicación con la *Dios Buitre*, pero ahora no respondía, sin duda porque la base naval les enviaba su propio ultimátum.

«Almier», dijo una voz en su oído. Se quedó rígida pero intentó no parecer alterada. Tenía un auricular en él, pero no había establecido ningún tipo de contacto hasta ahora, y no conocía la voz. Era tan baja que tuvo que colocarse una mano sobre el oído para escuchar mejor.

«Pedimos su ayuda», sonó, aunque luego por encima de esa voz débil se impuso el tono imperativo de Uskaro.

—Última oportunidad para pedirles que se rindan, *mesdam* Almier.

Kris le dirigió una sonrisa luminosa que no le causó el menor impacto.

—Quiere que les diga quién es usted. —Dio a las últimas palabras una inflexión particular con la esperanza de que su nuevo comunicante entendiera qué parte de la frase iba también dirigida a él.

—Dígale que somos el jodido Hum hasta donde necesitan saber, y que les dejaremos sin motores gravitacionales en órbita descendente sobre ese agujero si no obedecen —le espetó Piter. Por debajo escucho en su cabeza: «Trabajamos con el agente Mundy. Necesitamos fijar unos protocolos para tener acceso al sistema. Acérquese a la consola de rastreo».

El sistema de sensores, no hace falta decirlo, no estaba en absoluto cerca del de comunicación, pero empezó a aparentar que estaba totalmente confundida e intentó hablar a los controles, saludando a la *Buitre* de todas las formas equivocadas posibles, mientras Piter le gritaba y su tripulación sonreía burlonamente. Los escáneres apuntaban al planeta de abajo, en toda su terrible gloria, y por supuesto a la *Dios Buitre*. Estaban abiertos para informar de cualquier actividad de la nave: sus señales de energía, cada pequeña alteración en sus sistemas que pudieran indicar su intención de huir

o pelear.

«Prepárese para un apretón de manos», le ordenó la vocecita. No sabía a qué podía referirse, pero ahora mismo todos los demás la miraban y cualquier cosa que hiciera sería demasiado obvia. Dejó que el operador de los sensores la cogiera del codo y la guiara, bastante educadamente, de vuelta hasta Uskaro.

Había una llave particular que había aprendido, enganchar el tobillo del oponente con el tuyo y hacerle bajar hasta una posición en que pudieras amenazarle con tu cuchillo y ofrecerle la rendición. Pero era endiabladamente difícil, y si te equivocabas al evaluar los centros de gravedad podías terminar en el lugar previsto para tu rival. Y dado que el gran sillón del capitán hacía que el puente estuviera abarrotado, era difícil que dos personas se movieran juntas.

Puso su pie entre los dos del tripulante, de la manera exacta para que el movimiento saliera mal, y terminó cayéndose de forma bastante auténtica, golpeando con la cabeza el panel de los sensores tan fuerte con la cabeza y el hombro que luciría un moratón durante la siguiente semana.

«Ahora», subvocalizó, y se agarró al panel para enderezarse. Se abrió por un momento un menú que pedía una larga lista de permisos, y ella le dio un manotazo como para sostenerse. Cuando la sujetaron, se sentía mareada de verdad por el golpe, y no había el menor rastro de lo que había hecho. Si es que había hecho algo realmente.

Havaer

Por un momento, Havaer no tuvo literalmente nada en la cabeza. Lo había esperado, por supuesto. Se había preparado para cuando llegaran las órdenes. La base naval había lanzado un transbordador de asalto armado y un par de cañoneras, que ya estaban rumbo al interior del sistema desde Oricalco hacia los fuegos de Infierno de Criccieth. Su tajante mensaje había llegado unos instantes después, para que no quedara ninguna duda sobre a quién iban a apuntar. Les advertían que se rindieran, y eso era todo.

—Yo —insistió— soy el agente Havaer Mundy, de la Oficina de Intervención, Estoy en servicio activo ahora mismo, rastreando una

amenaza contra el Hum. Cualquier acto contra esta nave será un acto contra la Casa Ácida. Piénsenlo con cuidado antes de…

—Señor —le dijo el oficial de comunicaciones con marcado sarcasmo—, sus supuestas credenciales se incluyeron en la paquetera que enviamos. Se nos informó de forma explícita de que la Oficina afirma que ya no forma parte de su plantilla y que cualquier autoridad que invoque carece de validez. También que la nave que quiere proteger desertó al Partenón y se la considera parte de un estado hostil. Haga que la gente ahí se tranquilice y se prepare para que les aborden, o las cosas se les pondrán difíciles.

—¡Joder! —gritó Havaer, y no estuvo seguro de si había apagado antes la comunicación o no, lo que sólo empeoraba la situación—. ¡No somos del Partenón! —les dijo—. Sigo instrucciones de la Casa Ácida y este… —Estuvo peligrosamente cerca de levantar la liebre sobre toda la trama de las naves arca y la familia Uskaro. ¿Y por qué no, en realidad? Pero a la vez no podía quedarse ahí sentado y soltarle a un oficial de la armada que había una enorme conspiración para abandonar el Hum y meter a una parte afortunada de la humanidad en unas cuantas naves arca. Que por ese motivo alguien había ido y empezado una guerra con el Partenón, para eliminar a un competidor en la carrera por ser los reyes del vagabundeo espacial y presumiblemente también porque les facilitaría a quién escoger para llevarse en las arcas porque habría menos para elegir. Todo a la sombra de la maldita guerra con los Arquitectos, por supuesto. Y puede que también con la puñetera Hegemonía, porque nadie sabía con qué seriedad tomarse aquel desliz de Arc Pallator desde la perspectiva de las almejas.

—Señal desde la *Raptórida* llegando —observó Kittering.

—Pues claro que sí —repuso Olli—. Y hemos perdido a Idris.

—¿Perdido cómo? —preguntó Solaz.

—Como si el pozo para bajar hubiera desaparecido otra vez. Debajo no hay más que radiación, y encima tenemos armas que nos apuntan.

Kittering al parecer había estado escuchando a Uskaro, por lo que dijo.

—Una demanda de rendición ha sido recibida. Se sugiere que el boyardo hablará con nosotros si nos entregamos a él, y también le damos a Idris. Si mostramos cualquier señal de alejarnos del planeta

para saltar: violencia.

—No tenemos a Idris.

—¿Darle a Idris a cuenta? —sopesó Kittering—. El pensamiento que surge es que no hay conocimiento en la *Raptórida* de dónde está Idris.

—¡No somos del Partenón! —insistió Havaer de nuevo, pero no creía que la base naval le oyera ya. Lo único que querían escuchar de su parte era una rendición incondicional.

—Vale —dijo Olli—. Vamos a acoplarnos a la *Raptórida*. Y decirles que tenemos a Idris y se lo entregaremos.

Havaer se la quedó mirando.

—¿En serio?

Ella flexionó varias de las articulaciones del escorpión.

—Yo tengo esto, tenemos a un tothiat de nuestra parte por una vez en vez de tener que pegarnos contra uno de esos hijos de puta infatigables. —Ladeó la cabeza hacia Heremon, que parecía apaciblemente divertida—. Así que nos acercamos a Uskaro y empezamos a luchar donde no puedan dispararnos. Luego, ella y yo nos metemos y recuperamos a Kris.

—¿Idris?

—Ahora mismo no puedo andar jodiéndome con Idris si él no quiere ayudar. Ya volveremos con eso. Pero vayamos con lo que podemos afrontar ahora, sólo ellos y nosotros, o si no van a llegar esos tíos de la armada. Y entonces incluso yo reconozco que nos superarán.

—Tiene al menos una docena de *voyenni* a bordo.

—Escorpión. Tothiat.

Havaer abrió la boca para enumerar los incontables e importantes agujeros de esa mierda de plan cuando le llegó una voz al oído.

—Puede funcionar.

—¿Colvari? —Ya no le importaba que nadie se le quedara mirando mientras era obvio que estaba respondiendo alguna llamada de alguien de fuera—. ¿Qué tenéis?

—Acceso limitado a los sistemas de la *Raptórida*.

—¿Lo que significa…?

—Una pequeña ventana por la que podemos ayudar al intento de asalto descrito. Podríamos tener más, pero estamos

comprometidos por una compleja situación diplomática.

Se dio cuenta de que se había puesto de pie al escuchar la voz de Colvari. Así que volvió a dejarse caer en su asiento, le dio a su corazón una dosis de medicinas, y se preguntó cómo de mal se vería todo aquello en su expediente, o su obituario si se redactaba antes. En apariencia era un traidor. Los cosas seguramente no podían ir a peor.

—Tengo la sensación de que habéis ido más allá de mis órdenes, Colvari.

—Estamos improvisando en circunstancias difíciles —confirmaron el colmenero.

—¿Habéis vulnerado el contrato?

—Sentimos que nuestra posición está muy al límite. Hemos llamado a la factoría colmenera instalada en Oricalco. Ha recibido órdenes de nuestra Asamblea Conjunta, encubiertas en la paquetera. Los acontecimientos en este sistema han atraído la atención de bandos de los que no éramos conscientes ni usted ni yo.

—¿Es la Asamblea uno de ellos?

—Están teniendo lugar negociaciones de alto nivel entre la Asamblea y otros grupos —confirmaron Colvari.

—¿Y dónde nos deja eso a nosotros? —Havaer sintió una desesperación terrible. El temor de un agente de descubrirse en el lado equivocado de una puerta cerrada—. ¿Nos estáis vendiendo, ahora mismo?

—No. Las negociaciones pueden resultar en ganancias futuras significativas, pero en el plazo inmediato significan que estamos en posición de colaborar en un asalto a la *Raptórida* con el propósito de recuperar a Keristina Soolin Almier. Que, entendemos, es el mejor vehículo a través del cual será posible recuperar a Idris Telemmier, dada su prolongada relación.

Havaer encontró la mirada de Olli. Era todo sospechas y cero preocupación. Le vinieron a la boca todo tipo de inventos para justificar la conversación que acababa de mantener pero al final decidió ser sincero.

—Tengo un aliado colmenero aferrados al casco. Dicen que tienen algún tipo de acceso a los sistemas de la *Raptórida* y pueden ayudaros a entrar ahí. Dejemos lo de señalar con el dedo y poner calificativos para más tarde, ¿de acuerdo?

El gesto de Olli atravesó dos o tres fases antes de asentarse con un gruñido. Luego sonó una nueva alarma y Kittering empezó a escarbar en su consola.

—¡Sistema recibiendo nuevas naves!

—¿De quién? —preguntó Havaer. «Quiero decir, tienen aquí una base naval. Cabría pensar que ahí tienen de sobra para capturar a una nave de rescate de mierda».

—Nuestras —dijo Solaz con calma.

Media docena de elegantes naves segmentadas acababan de surgir del nospacio, esparcidas por un centenar de miles kilómetros cuadrados en el sistema. Intentaban colocarse en formación defensiva a la vez que se dirigían hacia la órbita de Criccieth, más próximas que la fuerza de la armada. Havaer supuso que la base de Oricalco estaría ahora reclamando refuerzos, porque su pequeño escuadrón de cañoneras se veía de repente seriamente sobrepasado.

—Bueno —dijo sin esperanza—. Entonces puede que seamos del Partenón.

—Eso es genial —decidió Olli—. Yo le declaro la guerra a la *Raptórida* y vamos a por ella.

28

Idris

—¡No estamos preparados! —gritó Tokamak Jaine detrás de Idris—. No podemos empezar cuando le parezca. ¡La instalación pierde consistencia cada vez que lo hace!

Idris la encaró.

—Y desaparecerá tarde o temprano, ¿verdad? Está perdiendo la batalla contra el planeta. Cada vez que enciendas, más grietas en los muros, ¿no es eso? —Estaba a medio camino de descenso por el andamio que iba a la Máquina, saliendo a otra pasarela, con Shinandri por delante. Emmaneth seguía de cerca los pasos de Jaine.

—Sí, pero he acoplado algunos generadores gravitacionales. Podemos aguantarlo. Un poco más. Pero no si no me da tiempo.

—No tenemos tiempo —insistió Idris—. Ya les ha oído. Vienen a por mí.

—Sus amigos —señaló Emmaneth.

—Mis amigos, conozco a mis amigos —dijo Idris, con la sensación de intentar explicar matemáticas superiores a niños de cinco años—. Y sí, en su corazón sólo desean mi bien y todo eso, pero no pueden entender, nadie lo puede entender.

—Llevamos más tiempo haciendo esto que usted, Telemmier —le recordó acaloradamente Jaine.

—Pero no lo habéis sentido —le gritó—. No puedes saber cómo es. Estamos tan cerca. Estamos justo ahí, ¡en el mismo borde! Necesito volver, ver qué hay ahí. —Intentó agarrarla, transmitirle su certeza con ese contacto, pero ella apartó su mano—. ¡No tienes ni idea de lo que hay en juego!

—¡Pues claro que sí! —le devolvió el grito—. Pero va a destruir la instalación y matarnos a todos. ¿Dónde estará entonces su

maldita revelación?

—¡No puedo permitir que me lo quiten! —Idris se dio cuenta de que estaba casi chillando, dañándose la garganta con la fuerza de sus palabras—. ¡Los amos de los Arquitectos! ¡Las manos que sostienen las riendas de los que matan planetas! ¡Dígaselo, doctor!

El doctor Shinandri pasó la mirada entre Jaine y él, e Idris se sintió asustado al ver al hombre indeciso. ¿De qué servían los científicos locos si de repente empezaban a tomar decisiones cuerdas?

—Estamos tan cerca —insistió—. Dígaselo, doctor, por favor.

—Él no es mi jefe —dijo Jaine sin alterarse—. Insisto en que este lugar no se aguantará si las sesiones se suceden una tras otra sin pausa. Y no, no puedo hacer mucho para que el lugar aguante, pero intento lo que está en mi mano.

—¡Activad las Máquinas! —La voz rugió en el vacío a su alrededor, llegada de ningún lugar y de todas partes, y luego Ahab apareció trepando de forma imposible desde abajo. Sostenía su masa en la pasarela con una combinación de la agitación de las patas y el culebreo de su cuerpo, con la cabeza biomecánica balanceándose a ciegas por encima—. ¡Ahondaremos en el abismo! —declaró—. ¡La labor está casi terminada!

Jaine se encogió tras la masa del naeromath, con gesto contrariado. Idris esperaba que discutiera incluso con esa fuerza de la naturaleza, pero Ahab era el jefe. Pero además había algo entre ellos. Algún tipo de compromiso, de historia pasada, que suponía que ella no se podía negar. Lo consideró, y en ese momento advirtió el fuego de su propia cruzada. Entendió con claridad cómo se verían desde fuera todas sus quejas y pataletas y se preguntó: «¿El que está loco ahora soy yo? ¿Cuándo ha ocurrido?».

—Ahab —le dijo. Iba a decir que no, girar sobre sus talones y sugerir que esperaran. Sólo que la realidad era que no podía esperar. Olli y Solaz podían encontrar el modo de aparecer con un plan bienintencionado para llevárselo antes de que llegara Uskaro. O serían Uskaro y sus matones los que vinieran a atraparle. Y él tenía que saber. No había otro lugar más que éste. Podría buscar un millar de años y no encontrar una obra de tecnología originaria con la que observar el universo como la que tenía aquí.

—Lo haremos —decidió Idris—. En las dos terminales. —Hizo

una mueca ante la mirada de Jaine—. Tan rápido como sea posible, pero tenemos que saber. Si es por nada, si todo esto no vale para nada. Necesitamos abrirnos paso en lo que hay ahí y encontrar un modo de ganar la guerra.

Olli

Olli hizo sus cuentas. Puede que tuvieran quince minutos antes de que llegaran las parteni, horas antes de que se les uniera la primera cañonera del Hum.

Pensaba que sería el momento de esconder el rabo entre las piernas para Uskaro, pero se mantenía en órbita. Y de hecho la *Raptórida* estaba…

Disparando.

No creían que Idris estuviera a bordo, o puede que prefirieran a un Idris muerto que un Idris parteni. La primera ráfaga de acelerador debería haberles dejado hechos un colador, después de perforar el casco por una docena de sitios. Pero Kit ya había trabajado en sus escudos. El motor gravitacional de la *Buitre* retorció el gradiente del espacio delante de ellos de manera que los disparos —dirigidos al centro del corpachón de la nave— se desplazaron sin desviarse ni siquiera ligeramente, siguiendo la física de la nada. Luego Olli les puso en marcha, con los motores brachator tirando de la nave hacia un lado. Sintieron por un momento calor cuando se pusieron a mayor alcance de la radiación de Criccieth y luego se desviaron hacia la *Raptórida*, mientras los artilleros de Uskaro debían ajustar su puntería sobre la presunción de que su movimiento sería para alejarse. Pero Olli no estaba interesada en huir en ese momento, ni siquiera en dirección a la caballería parteni. Iba a llevar el combate hasta el propio Uskaro, como había planeado, y no le importaba cuántos matoncetes *voyenni* hubiera esperándoles en la compuerta cuando los abordaran. El escorpión se enfrentaría con todos.

Kit empezó a trastear con los láseres de la *Dios Buitre*, que no estaban preparados para nada más que limpiar escombros. Pero dieron a la *Raptórida* algo más a lo que prestar atención, y Olli era consciente de que necesitaban muchas distracciones. La otra nave

era más ágil que la suya, estaba mejor armada, pero había una forma en la que la *Buitre* podía aplastar cualquier medida prevista por Uskaro. Las naves de rescate contaban con enormes motores gravitatorios sucios, que les permitían arrastrar a otras naves a través del universo. También tenían esas espantosas abrazaderas de sujección que le colgaban por debajo como garras sobredimensionadas. Si Uskaro les dejaba acercarse lo suficiente le tendrían.

La segunda salva de los cañones de la *Raptórida* fue aún más desviada que la primera, pero no era algo en lo que pudieran insistir. La *Dios Buitre* ya había trazado un rumbo y Olli se sujetó para resistir la siguiente andanada.

No llegó, sin embargo, y siguieron su avance hacia la *Raptórida*, que todavía no intentaba evadirles y se limitaba a desviar sin esfuerzo sus disparos de láser.

—Nos tienen donde quieren —soltó, y se preguntó si Uskaro interpretaría su acercamiento como una rendición y estaba pensándose que atraparles vivos podría ser mejor que dejarles abiertos en canal en el vacío. Lo cual le recordaba…—. ¿Quién no lleva el traje?

Vio a Havaer con uno a medio poner sin que nadie le hubiera dicho dónde estaban. El escorpión estaba concebido sobre todo para uso en el espacio, y sabía que la tothiat sólo sentiría una pequeña incomodidad en el vacío. Kit ya se había metido en un protector hanni en forma de caparazón que se inflaba en torno suyo, incluyendo parte del asiento. Y por supuesto Solaz llevaba su armadura, que la convertía en una aspirante al título de la más peligrosa a bordo junto a Olli y Heremon.

La *Raptórida* seguía sin disparar, pero ahora se movían, alejándose del planeta de abajo, incrementando los miles de kilómetros de distancia que la separaban de su presa. Las parteni se seguían acercando, lo que seguramente sería lo que preocupaba a Uskaro, pero…

—Tuvieron la posibilidad de jodernos —dijo Olli, frunciendo el ceño—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido cosa de tu colmenero?

—Supongo que sí —confirmó Havaer—. Colvari no pueden hacer mucho sin que se les descubra y pierdan su utilidad, pero supongo que la *Raptórida* ha sufrido un «oportuno» problema con

sus armas.

—No importaría. Ya no les vas a pillar en otra. Esperamos a las patis o algo —sugirió Heremon.

—¿Solaz? —Olli la buscó alrededor. Solaz estaba concentrada hablando con sus compatriotas, pero interrumpió la comunicación.

—Tengo un transbordador de combate casi listo, con una escuadra de mirmidones también. Bajaré en él por el pozo. Para rescatar a Idris. Quiera o no ser rescatado.

—Os vais a freír —recordó Olli.

—Cuando se vuelva a abrir el pozo. Hasta entonces, todas las armas que haya por aquí serán nuestras. —Su voz era dura, y la visera bajada del casco que borraba sus facciones resultaba amenazadora. «Un trocito del Partenón en el corazón de las Colonias», pensó Olli, y no le gustó mucho. No le gustaba el bando que le había tocado, a decir verdad, pero Uskaro le disgustaba aún más. Al final, el único bando en el que realmente estaba era su tripulación, Idris y Kris incluidos. Hablando de lo cual…

—¿Y Kris?

—Si podemos pasar antes por la *Raptórida* lo haremos —respondió Solaz, que parecía de repente al mando, toda profesionalidad—. Creo que somos más rápidos que ese maldito yate, por muy vistoso que sea.

Olli se dio cuenta de que probablemente iba a ser el primer combate de esta guerra que todo el mundo parecía ansioso de librar, y que ella misma podría terminar en los historitipos. El pensamiento no le gustó. Y probablemente quien interpretara su papel tendría demasiadas extremidades sin la suficiente actitud.

Revisó rápidamente la situación en el espacio circundante, poblado por el planeta, la *Buitre*, la *Raptórida* y las parteni, que habían pasado de una formación como de flecha a una red. Miró las trayectorias y los alcances estimados del armamento de cada cual. Le parecía que Uskaro podría huir, sin importar cuánto más rápidas fueran las patis. Aunque Solaz parecía confiada, y puede que el colmenero de Havaer pudieran poner alguna piedra más en los engranajes, ordenar a sus motores que dieran comienzo a un ciclo de mantenimiento o algo así. Quizá sus actuales aliados no le gustaran mucho, pero tendría que aceptar a quien fuera para recuperar a Kris. Podía ser bueno tener de su lado las armas más

grandes, por una vez.

—Nuestro transbordador de combate ha salido —informó Solaz —. Las demás naves se mueven sobre…

Olli sintió como si le hubieran dado un puñetazo. No, sintió como si el espacio hubiera recibido un puñetazo. La *Dios Buitre* estaba abruptamente tambaleándose hacia los lados sin control, sin moverse del sitio, como si algo distorsionara todo lo que les rodeaba. El gradiente gravitacional al completo se había doblado hasta quedar a un centímetro del punto de ruptura. «¿Un arma?», pensó. Y luego: «¿La Hegemonía?». Lo que acabara de pasar parecía ridículamente llamativo como para ser cosa suya. Pero había sido el Hum. La armada, haciendo algo arriesgado porque el Partenón le había aparecido en la puerta y no podían dejarlo pasar.

Por supuesto que había inters de combate en el Hum. Una porción significativa de los reclutas del Comité de Enlace terminaban en la armada en lugar de en el sector privado. Como era natural, la base de Oricalco debía de tener a uno. Pero tener un inter era una cosa y tener un inter que estuviera dispuesto a intentar un tartasalto dentro del sistema eran otra muy distinta.

Estuvo cerca de ser un error fatal. El salto a distancias cortas a través del nospacio con la complicación de otros campos gravitatorios era algo para maestros. Idris podía hacerlo, pero Idris tenía décadas de experiencia. La mayoría de los inters ni se lo plantearían. Incluso saltar demasiado cerca de otra nave era arriesgado, y este héroe desconocido había sacado a su crucero de las inmediaciones de una base naval para hacerlo aparecer justo sobre Infierno de Criccieth. Habían salido casi al borde del alcance de la radiación del planeta, bajo el ataque cáustico de la luz destructora del planeta, luchando por alejarse de la gravedad y el resplandor, pero a la vez disparando aceleradores y láseres pesados con la única de sus dos baterías que seguía funcionando. Probablemente apuntaban a las parteni, pero en ese momento la idea era tan loca y su objetivo estaba tan disperso que igual podrían estar intentando asesinar al universo entero.

La *Intrépida*, leyó Olli en su identificación, y desde luego hacía honor a su nombre.

Solaz hablaba en voz alta y rápida con sus compañeras parteni. Incluso con daños, la *Intrépida* traía mucha potencia de fuego al

combate, más de la que la pequeña expedición de sus enemigas podía afrontar. Aunque eso no las desalentó. La superioridad tecnológica parteni tendría que suplir la menor potencia en bruto. La mayor de sus naves ya había lanzado un escuadrón de cazas Cero, los pequeños asesinos con una sola ocupante que se habían enfrentado a los Arquitectos durante la guerra. El resto variaba su rumbo para adoptar una nueva formación.

—La *Raptórida* ha dejado de huir —observó Heremon.

—Nos ha jodido, sí —respondió Olli—. Vamos a hacer que se arrepientan.

—El pozo ha vuelto a abrirse —informó Solaz sin alterarse—. Y nuestra lanzadera llega con parteni de refuerzo a bordo. Tenemos que bajar ahí.

Idris

Les estaba gritando cuando le sacaron de la Máquina, pero no tardó en pararse cuando sintió que todo a su alrededor cambiaba. No sólo en sentido físico. Podía sentir la frontera entre el espacio y el nospacio retorcerse, como una serpiente sujeta entre dos tenazas, como si la Máquina la atormentara. Y la Máquina seguía en marcha, con la instalación todavía erosionándose bajo el resplandor de Criccieth. En algún lugar apartado a su izquierda percibió un repentino brillo que quemó sus retinas con espantosos colores para los que no había nombre. También sintió el sonido de grandes bloques de piedra rechinando unos contra otros. Jaine le gritaba, le arrastraba fuera del asiento. Vio al doctor Shinandri aparte, con aspecto aturdido.

—Más vale que lo haya descubierto —le estaba diciendo Jaine—. Necesito que consiga que Ahab pare.

—¿Ahab? ¿Parar? —balbució Idris.

—Sigue ahí. Háblele, sáquele. A mí no me escucha —le explicó Jaine—. El estado de la instalación es crítico. La estamos rompiendo. —Al ver su expresión atontada, le dio un bofetón en plena cara—. Llevaba aquí incontables millones de años, inter, y nosotros la destrozamos, la única que existe. Así que haga que Ahab salga y pueda al menos ponerle alguna tirita a la cosa.

—Casi hemos…

—¡Siempre casi! —le gritó, y luego le arrastró, prácticamente le llevó en volandas escaleras arriba al siguiente rellano inclinado. Él gruñó y se agitó mientras ella le movía.

Había improvisado allí unos comunicadores e Idris se encontró farfullando por ellos, con la esperanza de que al menos Ahab le oyera al otro lado. Porque era difícil acordarse del mundo real cuando estabas en la Máquina, incluso cuando te encontrabas a medio camino, sobre el mismo pellejo que separaba el «aquí» del «ningún lugar».

Habían estado tan cerca de atravesar los muros de ese lugar de las profundidades del nospacio. Era sólo cuestión de interpretar lo que habían visto.

No había materia en el nospacio. La materia era algo real, del universo real. No podía existir ahí abajo. Ahora lo entendió de una forma que no había llegado a comprenderlo nunca, quizá en una forma en que nadie lo había hecho antes, salvo algunos especialistas monomaniacos como Shinandri. Y para Shinandri era sólo teoría. Idris había abrazado el concepto con todo el potencial de su mente intermediaria.

Así que había algo ahí abajo, un lugar, salvo que el nospacio no funcionaba como el espacio y las cosas no tenían existencia física. Lo que el nospacio sí tenía era energía, una gran cantidad de energía, y tenía una estructura, lo que suponía información. Había una enorme acumulación de información allí abajo, una manera de configurar la energía, y estaba ocurriendo algo. Ése era el descubrimiento de hoy. No era sólo una ruina abandonada, una choza que dejaron los que construyeron los pasajes. La estructura de su ausencia tenía partes móviles. Era como una galaxia que se reunía, con cosas que se empalmaban, giraban, intercambiaban datos.

La Máquina le había permitido verlo, que había una cosa que estaba allí, pero él, Ahab y Shinandri todavía necesitaban descubrir qué era lo que miraban. Idris estaba más convencido que nunca de que, si buscaban con la suficiente intensidad, verían el rostro de su enemigo. Entenderían quiénes eran las mentes que habían enviado a los Arquitectos a convertirse en la plaga del espacio real y descomponer los planetas de la humanidad y de otras razas inteligentes. Porque la inteligencia era lo que llamaba la atención

del enemigo, lo que le invocaba. La inteligencia se hacía notar en el tejido del nospacio. Retumbaba a través de todos esos lugares no existentes. Cada pensamiento, y sobre todo los de los inters, era como un nadador que golpeaba la superficie de un mar en el que moraban enormes bocas hambrientas.

—¡La cruzada! —dijo Ahab, e Idris se dio cuenta de que había llegado al fin hasta él. De alguna parte surgió un terrible sonido chirriante de metal forzado, y la luz mortífera parpadeó en el borde de su visión antes de apagarse de nuevo. Jaine tenía una flota de robots reparadores parcheando como podían cada grieta que encontraban, pero sin su propio escudo la instalación se estaba derrumbando.

—Para sólo un momento —insistió Idris, preguntándose qué porción de sus frases en colvul llegarían siquiera a pasar el filtro del traductor naeromathi—. Me conoces. Yo también quiero seguir. Y volveremos. Lo conseguiremos juntos. Lo abriremos, descubriremos lo que es y… cómo romperlo. Cómo combatirlo, Ahab. Es lo que quieres, ¿verdad? Lo haremos juntos. Dale a Jaine la oportunidad de que estabilice otra vez todo, y volveremos.

Le llegó un ruido de Ahab a través de los comunicadores, sin palabras, agónico, monstruoso. Idris leyó en ese sonido toda una vida de frustración. Una vida a la sombra del hogar perdido y de los planetas destrozados. Toda la especie naeromathi viviendo bajo un trauma, vagando de sistema en sistema, consumiendo y construyendo más ciborgs con neurosis de guerra para que continuaran su lucha sin esperanza. Pero Ahab no estaba aquí con el respaldo de un arca langosta. Estaba solo, apartado incluso de la sociedad quebrada que formaba el resto de su especie. Había encontrado de algún modo ese lugar, y descubierto que existía una forma de contraatacar. O al menos de identificar por fin al enemigo.

Luego los temblores, los chirridos y los flashes de luz mortal se detuvieron, e Idris supo que había llegado hasta Ahab. La otra terminal de la Máquina se había apagado, y el escudo estaba operativo de nuevo.

Lo que significaba que el pozo volvía a estar abierto, el estrecho y perfecto ancla de seguridad que ascendía de la instalación al espacio.

Sus amigos, sus desesperadamente indeseados amigos, vendrían

a por él.

Se volvió a Jaine con la esperanza de verla agradecida aunque fuera a regañadientes, pero en su lugar estaba abriendo una pantalla en el aire, tomando un punto en las esquinas y aumentándolo hasta que un rectángulo apareció mostrando… Idris era un piloto más que capaz de reconocer las maniobras orbitales. Las cosas se habían ido a la mierda mientras él estaba abajo. Tardó cinco frenéticos segundos en encontrar a la *Dios Buitre*, porque había un montón de combates en marcha que estaban muy por encima de las posibilidades de la vieja nave. Vio a un crucero del Hum que había aparecido de quién sabe dónde, y que se enfrentaba a un escuadrón de parteni. Entre tanto, la *Buitre* y la *Raptórida* estaban envueltas en un delicado baile para evitar que les alcanzara ningún fragmento perdido de la batalla, a la vez que intentaban acercarse entre ellas.

Y otra nave se puso en marcha. Salió de las garras de la *Buitre*, un elegante transbordador parteni según las lecturas de Jaine, que empezó a caer. Hacia la atmósfera, luchando fieramente por acertar con el estrecho pozo que le conduciría directamente a Idris.

Olli

La nave parteni atrajo parte del fuego de la *Intrépida* cuando cruzó para llegar hasta la *Dios Buitre*. Aunque el crucero de la armada dedicaba la mayor parte de su atención a las naves parteni de mayor tamaño, que le devolvían el favor mientras usaban su velocidad y los escudos gravitacionales para esquivar el fuego de acelerador, las salvas de misiles y los láseres. «Transbordador» no era una palabra que definiera bien ese vehículo, decidió Olli cuando lo vio acercarse. Era una cosita fea, con una forma que recordaba la silueta de alguien encogido en un abrigo que resistía el mal tiempo, con los hombros levantados hacia las orejas. El anillo de su motor gravitacional estaba en la parte frontal en lugar de alrededor de la cintura de la nave, de forma que cualquier daño serio al motor probablemente reventaría también la cabina de los tripulantes. El resto de la nave se extendía en una cola segmentada, que se estrechaba radicalmente hasta terminar en un puntito. Tenía cuatro cañones aceleradores, un exceso para algo que pretendiera

denominarse como «transbordador». Estaban montados sobre un raíl a lo largo del eje exterior del anillo del motor, con lo que podían apuntar a cualquier parte salvo a la propia nave.

Solaz ya estaba en marcha para unirse a sus hermanas.

—Me pondré al mando del transbordador —le dijo a Olli, porque al parecer podía hacerlo—. Iré a por Idris y lo traeré de vuelta. Vosotros… No sé. Si Havaer consigue llevaros hasta Kris…

—La sacaré —confirmó Olli—. No saben que tenemos una tothiat.

—El problema es que yo estaré en el transbordador —señaló Heremon.

—No —dijo Solaz—. No vienes.

—Sí, te necesito conmigo —insistió Olli. No le gustaba necesitar nada de aquella mujer, pero vivían tiempos difíciles.

—Os olvidáis de que, sean quienes sean los que tienen ahí abajo a vuestro amigo, cuentan también con una tothiat —les recordó Heremon—. Y dado que sin duda habéis dado a la pati algo del veneno que usasteis con Mesmon la última vez, conviene que sepáis que la querida hermana Emmaneth ya lo ha probado. Se metió una buena cantidad cuando no podía soportar en lo que se había convertido, una traidora con el estómago sensible. No la mató. Ni siquiera eso pudo con ella. Así que me vais a necesitar, porque si no va a trituraros a ti y a tus soldaditas de plomo.

Olli no podía ver el gesto de Solaz a través del visor bajado, pero adivinó la expresión de la parteni. No quería llevar detrás a la sicaria de la Cosecha Rota, y a Olli le habría venido muy bien ponerla por delante, pero la mujer había dado un buen argumento.

—Iré contigo a por Almier —se ofreció Havaer—. Puedo hacer de enlace con Colvari, mis asociados. Y puedo disparar.

—Tú no eres más que un escudo humano inútil en comparación con ella —le dijo Olli—, pero admito que no tenemos muchas más opciones. Kit, ¿te gustaría llevar el negocio mientras estamos fuera?

—Muy pocas de estas circunstancias me gustan —respondió Kittering con amargura—. No me obligues a que te llore.

Ella se dio cuenta de que era algo serio que un hanni dijera eso, y le hizo un pequeño nudo en la garganta, pero no dejó que le afectara.

—Vete con tu ejército de clones —le dijo a Solaz, tan

hoscamente como pudo.

Kittering recogió el transbordador parteni con las garras de la *Buitre* en cuanto llegó. Se llamaba el *Esturión*, y puede que se pareciera a un pez tanto como la *Dios Buitre* a un pájaro. Solaz y Heremon salieron rápidamente a reunirse con el grupo de asalto. La verdad es que Olli no les daba muchas posibilidades ni siquiera de que consiguieran descender por el pozo.

Sintió más que escuchó el ruido y la sacudida de la separación cuando la *Esturión* cayó al vacío, maniobrando a la desesperada para hacer coincidir su vector de descenso con los requisitos exactos del único camino de bajada seguro.

—Vamos a por ese cabrón de Uskaro —le dijo a Kit, mientras hacía comprobaciones en los sistemas del escorpión y encontraba una agradable sucesión de luces en verde.

—Están lanzando naves —observó Havaer.

—¿Qué? ¿Las parteni? ¿La *Intrépida*? —Olli abrió un mapa orbital para buscar lo que el espía había indicado.

—La *Raptórida*. Dos transbordadores armados. —Y allí estaban, persiguiendo a la *Esturión* en su descenso, equiparando su rumbo como una alternativa sencilla a calcular uno ellos mismos. Uskaro no iba a dejar escapar a Idris con tanta facilidad. Olli reconoció que la mejor apuesta habría sido esperar que la nave parteni volviera del pozo, aunque podría ser que para entonces la *Intrépida* se hubiera estrellado contra la atmósfera y las victoriosas hermanas hubieran cazado o reventado a Uskaro. «O a lo mejor le parto la cara yo en persona a ese hijo de puta».

Kit ya había comprobado que Solaz era consciente de que las perseguían, y Olli aceptó que la pelota estaba en el tejado de las parteni en lo referente a qué hacer con los *voyenni*. También que eso suponía un rayito de esperanza para ella.

—Acaba de reducir su propia guarnición —le dijo a Havaer—. Así que vamos a terminar el trabajo.

29

Solaz

La *Esturión* se alejó de la *Dios Buitre* con tanta rapidez que sintieron el aumento del tirón que las arrastraba hacia abajo, la hambrienta gravedad de Criccieth. Luego sus motores gravitacionales compensaron ese efecto y recuperaron el estándar terrestre, acabando esa especie de tira y afloja impío entre aceleración y deceleración mientras descendían hasta las capas superiores de la atmósfera del planeta. Solaz sabía que esa atmósfera era tóxica. Aparte de la radiación que la saturaba, el feroz resplandor del sol demasiado cercano y el peligro de muerte que reflejaban las hojas y pétalos de la vida de aquel mundo, la composición química del aire reduciría un pulmón humano a sangre y gelatina en segundos. Nada en Infierno de Criccieth era agradable.

Había cuatro mirmidones a bordo, incluyendo a la piloto. Con Heremon y ella, suponían la ocupación completa recomendada del transbordador. Pero Idris era un tipo pequeñito. Encontrarían alguna forma de acomodarle. Y si Heremon se quedaba atrás, Solaz sin duda lo consideraría una pérdida aceptable. Y sí, llevaba la jeringa con el compuesto contra tothiats, por si acaso. Aunque no fuera la bala mágica que había esperado.

—*Du màdieu*! —juró la piloto en parsef, luchando con los controles. La nave se estremecía y se tambaleaba a su alrededor, en su intento de adentrarse en la atmósfera de manera limpia, pero golpeada de inmediato por los vientos cruzados. Solaz se encorvó detrás de ella, mirando más allá de su hombro a las pantallas. Buscaban el borde del pozo, pero la interferencia de la radiación convertía ese límite nítido en una zona difusa de unos doscientos metros de anchura en la que el borde asesino podía esconderse en cualquier sitio. Un mínimo desliz y el resplandor del planeta los

devoraría, ya que superaba la capacidad de su escudo de reflejarlo.

Heremon, a su lado y la única presente sin blindaje, sonrió. Ella y Solaz estaban de pie en medio de la abarrotada cabina en el interior del anillo del motor gravitacional de la nave. La piloto y su compañera iban en asientos individuales delante, con las otras dos mirmidones detrás mirando a los lados, con el cinturón puesto y a la espera. Normalmente, no estar sujeta en una nave como ésa sería seguro, pero no era el caso. Solaz tomó una correa y se ató a una pared. Heremon la miró con algo de desprecio. Su expresión indicaba que haría falta más que algunas maniobras en alta gravedad para incomodarla.

—Nos siguen —dijo la compañera de la piloto.

—¿El Hum? —Solaz se inclinó hacia adelante todo lo que le permitió el cinturón, y la compañera le envió la imagen al visor de estado de su casco. Dos naves bajaban por el pozo detrás de ellas, identificadas como transbordadores armados. No eran sus iguales, pero no se encontraban en disposición de girarse y pelear. Eran de la *Raptórida*, observó. Eso suponía *voyenni*: duros y motivados, pero sin la disciplina que esperaba de los militares del Hum.

—Encargaos —dijo sin emoción. Estaban en guerra y ella no tenía ni tiempo ni ganas de usar el guante de terciopelo. Las dos mirmidones de los asientos posteriores se hicieron cargo de los aceleradores de la *Esturión*, apuntándolos hacia atrás, más allá de la extensión menguante de su casco, e intentando afinar la puntería.

—Ya están disparando —dijo la compañera, y Solaz vio las señales elocuentes de que la *Esturión* devolvía el favor. Era una situación desagradable para todos los afectados. El corredor por el que descendían era estrecho, y eso supondría normalmente que cualquier objetivo sería fácil de fijar y no tardaría en ser abatido. Pero la interferencia de la radiación hacía difícil precisar y obligaba a que las artilleras confiaran más en su intuición que en los instrumentos. Y a la vez iban cayendo más hacia la atmósfera, que se volvía más turbulenta cuanto más densa, reduciendo la capacidad de la piloto de hacer cualquier cosa que no fuera capear el furioso clima que les golpeaba. Un viento cruzado de más podría sacarles del pozo al resplandor mortal de fuera.

Solaz se sentía indefensa en medio de aquella situación. Era la ejecutora, la oficial al mando, y ése era su lugar. Salvo que de

corazón seguía siendo nada más que una mirmidón, Sororidad Espada Celestial, División Basilisco, y quería ser la que actuara, no la que diera las órdenes y observara.

Un rastro de disparos de acelerador les alcanzó, dejó tres agujeros en el casco y uno a través del anillo del motor gravitacional. Agujeros diminutos, y ninguno cercano a la cabina en que se encontraban. Solaz miró las lecturas de daños: todo operativo, pero el problema con los motores gravitacionales es que nunca se sabía cuándo estaban jodidos hasta que la física decidía hacerlo notar. Consiguieron a cambio algunos impactos sobre el transbordador que iba por delante, pero nada que hubiera satisfecho a un profesor de artillería. Se metió en las imágenes de disparo de las artilleras y vio un aumento de pesadilla de la radiación. Incluso allí, dentro del pozo, las figuras de los transbordadores aparecían y se desvanecían como fantasmas.

Un momento después chocaron con un banco de turbulencias que parecía casi sólido, rebotando contra el aire denso y revuelto, y perdiendo buena parte de su impulso, lo que recortó a la mitad la distancia con sus perseguidores. Eso debería haber afectado a la puntería de todos pero terminó por colocarlas directamente en el camino de un láser pesado de la nave posterior. Vio encenderse una serie de alarmas mientras el campo gravitacional absorbía la energía, y por un momento se despegó del suelo y estuvo en caída libre cuando los motores dejaron de encargarse de la gravedad. En su lugar, la energía del láser se desviaba por el casco, hacia los segmentos cada vez más estrechos de la *Esturión* que actuaban como una especie de pararrayos. Esas secciones crujían, se arrugaban y luego se descartaban mientras la nave continuaba con su descenso frenético. La tecnología de segmentación parteni se había desarrollado para ganar unos segundos adicionales de vida contra los Arquitectos. Podía afrontar un láser.

Momentos después, las artilleras fijaron al transbordador principal entre las dos y le dirigieron una sólida salva de disparos de acelerador que actuó como una cuchilla. No sólo produjo perforaciones, que cualquier casco podría sellar de inmediato, sino un tajo de la mitad de la extensión de la nave, que la dejó abierta y expuso sus entrañas. El transbordador *voyenni* giró hacia un lado, luego el viento se hizo con él y le produjo nuevas sacudidas.

Empezó a dar tumbos y dejó su flanco expuesto a las violentas corrientes de aire.

Debió salir del todo del pozo porque desapareció de repente, disuelto quizá incluso en átomos. Simplemente… desvanecido. Solaz tragó saliva. «Nos podría pasar también a nosotras en un instante».

Ese instante llegó pisando los talones a su pensamiento, cuando el transbordador restante alcanzó a su pequeña nave con todo lo que tenía. Al estar más arriba tenían una atmósfera menos densa a la que enfrentarse, sólo una pizca más de libertad para moverse y apuntar. Solaz vio que la andanada desintegraba una cuarta parte del motor gravitacional de la *Esturión*, con líneas de proyectiles de acelerador que lo cortaron como una cuchilla de afeitar. La piloto juró y volvió a jurar y Solaz se quedó sin peso de repente, y dando tirones contra las correas. Luego la gravedad volvió cuando los sistemas redundantes lucharon desesperadamente por hacerse cargo. Vio a Heremon agarrada a la pared, desaparecida toda su chulería, con una pierna retorcida en un ángulo antinatural pero ya reparándose.

La tormenta les atrapó al fin y les arrastró fuera del pozo.

El visor de estado de Solaz se encendió con todo lo que podía ir mal y esperó que se le ocurriera algo adecuado para que fuera su último pensamiento, pero casi todo en ella estaba demasiado ocupado gritando en silencio.

Un momento después estaban otra vez en el estrecho corredor, cayendo más como un peso muerto que como una nave, pero holgadamente fuera del brillo. La segmentación había hecho que perdieran nuevas secciones, preservando diligentemente la cabina de la tripulación así como los tres cuartos que les quedaban del motor gravitacional, a cambio de dejar atrás prácticamente todo el resto, con toda esa radiación canalizada a aniquilar dos tercios de la longitud de la nave. Si hubieran necesitado alguna pieza de recambio de la bodega, mala suerte porque ya no había bodega.

También habían tenido mala suerte, sospechaba Solaz, para salir del pozo con Idris en la *Esturión*, que como mínimo necesitaría una reparación más que prolongada para poder ni siquiera intentarlo. Pero ése era un problema para mañana.

—¡Alto el fuego! —ordenó, con su boca pronunciando la orden

casi antes de que hubiera decidido un plan.

—¿Madre? —le preguntó una de las artilleras.

—Alto el fuego. Dejad intacto el otro transbordador. —¿Para qué arreglar su propia nave cuando los *voyenni* tenían una sustituta en condiciones?

Idris

No era fácil hacerse una idea de lo que pasaba en el pozo. Los sensores externos a los que Idris había tenido acceso no eran tecnología originaria sino sólo lo que Jaine había sido capaz de colocar en la instalación. Con todo, podía intuir lo esencial: la *Dios Buitre* había enviado una nave, la *Raptórida* dos, y una cantidad de entre cero y tres naves podría llegar al tejado de la instalación.

Emmaneth estaba por subir y matar a todo el que apareciera. Tenía allí su propia nave, que según dijo escondía unas cuantas sorpresas. Había otros cuantos vehículos, posiblemente no operativos, en un hangar cubierto. Todos los que habían llegado a la instalación disponían de su propio transporte, aunque nadie había hecho escapadas fuera del planeta después salvo la tothiat. Jaine no parecía confiar en que ninguna de esas naves fuera capaz de llegar al espacio sin un serio repaso previo. Incluso tras el escudo de los muros originarios, la radiación corruptora del planeta se colaba por las rendijas.

—¿Y entonces qué? ¿No podemos al menos echar una mirada a ver quién llama a la puerta? —pidió Emmaneth.

—Lo intento. —Jaine tenía algunas cámaras arriba, pero nunca duraban, así que intentó un mantenimiento en remoto que le permitiera ver algo. Estaban en la sala común, en los niveles superiores encima del gran vacío que rodeaba a la Máquina. Emmaneth, Jaine, Idris y Shinandri. Ahab estaba en algún lugar debajo, recargando sus partes cibernéticas, o quizá gratificándose con algún ritual de venganza naeromathi, o lo que hiciera en sus ratos libres.

Luego Jaine, que llevaba un rato peleando con el obsceno desastre de una consola recompuesta a piezas, dejó escapar un gemido de triunfo. Sacó de ella una pantalla, un rectángulo dibujado en el aire, e Idris vio los restos horriblemente mutilados de

una nave parteni consiguiendo un aterrizaje en el que patinó para trazar una cicatriz en la piedra originaria. Su tripulación salió casi de inmediato. Había cinco mirmidones y una figura sin ningún blindaje, una mujer que le resultaba conocida pero no pudo situar.

Emmaneth sí, al parecer. Casi le empujó para ver mejor.

—Oh, vale —dijo—. Mira a quién tenemos aquí. Pensé que dijo que serían amigos suyos, *menheer* inter.

—Lo son. O la nave que hay encima lo es. De los que han bajado al menos una es amiga mía. —Estaban perdiendo la señal, con oleadas de partículas de estática colocándose en posiciones estratégicas de la imagen. Parecía que las mirmidones estuvieran poniéndose a cubierto para esperar, así que cabía imaginarse que había al menos una nave más de camino—. Son parteni y… he trabajado con ellas. Me quieren de vuelta.

—Ella no es una parteni —señaló Emmaneth—. Es Cosecha Rota. Mis antiguos camaradas. Y me quieren a mí de vuelta, y no en un buen sentido.

—Me lo imagino —admitió Idris. Recordó que había visto la sombra de otra nave descendiendo, pero luego la estática se apoderó de la pantalla y se perdió la imagen del muelle—. Jaine, podemos… —empezó, pero le interrumpió un rugido.

—¡Idris! —resonó en las paredes a su alrededor—. ¡Telemmier! ¡Ven conmigo! ¡Debemos descubrir la verdad! ¡No queda tiempo! ¡No se debe permitir que nadie nos interrumpa! ¡La Máquina, Idris!

—¡No! —gritó Jaine—. ¡Ahab, no! No estamos listos. Hay reparaciones en curso y estoy apuntalando los muros. Tengo colocados algunos generadores de campo, pero todavía se están calibrando. Ahab, ¡vas a terminar con todo! Tenemos tiempo, por favor, ¡no sigas!

—¡No hay tiempo! —Las paredes atronaron con su voz—. ¡Ahora lo saben! ¡Hemos sentido su miedo, Idris, y no nos lo tolerarán! ¡Nos convertirán en polvo! ¡Debemos atravesar su corazón antes de que cierren sus fauces sobre nosotros!

—¿Está diciendo que vienen los Arquitectos… ahora? —preguntó Jaine directamente.

Un silencio mortal siguió a sus palabras, y luego Shinandri soltó una espantosa risotada, fuerte e histérica.

—Supongo, sí, debe ser eso, sin duda. Al fin y al cabo, habéis

atraído su atención con vuestra espeleología, si es que puede considerarse que es el término correcto. Aunque más bien, si se me permite atemperar las expectativas… —Toda su cara se retorció—. Es Ahab —siguió en voz muy baja, como si el naeromath no fuera capaz de escucharle si susurraba—. Es la forma en que Ahab entiende el universo, ya lo veis.

—Yo no lo veo —le dijo Emmaneth, aunque Idris se dio cuenta de que sí.

—Los Arquitectos siempre vienen para Ahab —dijo con tristeza el doctor Shinandri—. Para él siempre están en marcha. Incluso cuando no se mueven.

—¡Con o sin ti! —insistió Ahab. Quizá no les había oído, o quizá sus palabras no se habían traducido al no ser relevantes para la obsesión del naeromath—. ¡No puedo esperar!

—Ya está en la Máquina —dijo Jaine. Tenía otra pantalla abierta, un plano tosco de la instalación. Era evidentemente algo que había trazado ella misma, y seguir el rastro de Ahab o sus restantes compañeros posiblemente hubiera sido su función principal—. ¡Jefe, no!

Escucharon el estremecimiento y el trueno del escudo al desaparecer cuando se activaba la Máquina. Luego Ahab empezó a escudriñar la gran oscuridad del nospacio, el abismo que tenían debajo.

—Espera —pidió Idris—. ¿Qué pasa con los que están arriba?

—Más vale que se pongan a cubierto ahora mismo —confirmó Emmaneth— o están jodidos.

Solaz

La pista en que aterrizaron no era una pista, para empezar. Ni siquiera estaba nivelada. Era una gran plancha de piedra inclinada quince grados hacia… el infierno. Infierno de Criccieth. La ladera de una montaña, con vistas a los abismos. Y el infierno se asomaba desde uno de esos abismos para resplandecer en cuanto les rodeaba, imposible de mirar directamente. El visor de Solaz atenuaba el brillo para asegurar que no perdiera la vista por la exposición a esa luz espantosa y pese a todo… no podía ver. Los colores le revolvían el estómago, invadían su cráneo. Sólo la primera exposición a ese

resplandor cuando salió de los restos de la *Esturión* casi la llevó a un tropiezo que la hubiera conducido cuesta abajo y hasta el borde. Una de las mirmidones la agarró del brazo y la sostuvo, y luego todos salieron corriendo en busca de cualquier refugio. Fueron cuesta arriba, bajo la sombría masa de la montaña que al menos amortiguaba un poco lo peor de la luz. Se encaminaron a unos salientes artificiales dispersos, una docena de agujeros y accesos hechos con un estilo que ella conocía demasiado bien. Construcciones originarias, pero no los restos desgastados que había visto antes. Un castillo surgido del peor tipo de cuento de hadas alzándose hasta el cielo, con agujas retorcidas que surgían de la roca negra cristalina. Miró hacia arriba, siguiendo sus líneas, y de nuevo casi se cayó. El cielo estaba lleno de esas monstruosas flores infernales, de grandes pétalos de vidrio y hojas que se superponían y envenenaban la luz para que cayera como si fuera una corrupción visible. Más allá, manchada y borrosa hasta convertir sus fuegos en excrecencias, estaba la gran ascua furiosa que era el sol del sistema.

«El peor planeta del universo». A pesar de lo cual ni ella ni sus compañeras estaban muertas. Los fuegos de ese sol y la radiación que surgía del follaje no les habían reducido a polvo. Incluso Heremon seguía con ellas, sin ninguna protección, aunque tenía las manos sobre los ojos y parecía querer alejarse de todo, de esos horrores ardientes.

Luego el transbordador *voyenni* apareció dispuesto a estrellarse, dando bandazos por el cielo de forma que por un momento pensó que no acertarían con la pista de aterrizaje, pero consiguió enderezarse y se detuvo cerca de los restos de la *Esturión*. El plan había sido que las parteni les tendieran una emboscada en cuanto los milicianos se asomaran, y luego asegurar la nave para tener una vía de escape.

Pero los planes no parecían durar mucho en Infierno de Criccieth. Los *voyenni* salieron todos de golpe, porque el transbordador tenía una especie de portón de carga más que una puerta estrecha para la tripulación. Además, por delante enviaron a una mano-cangrejo, con su cañón acelerador ya preparado y disparando aleatoriamente hacia la rampa de aterrizaje. Al menos media docena de *voyenni* marchaban detrás, todos con rudimentarios trajes blindados como mínimo. También pusieron al

motor gravitacional de la lanzadera a protegerles con un escudo que les ahorró la salva de disparos que les dirigieron las mirmidones. Aunque no tenían equipo lo suficientemente sofisticado como para fijar objetivos más allá de su propio escudo protector, con lo que por un momento el campo de aterrizaje fue un enjambre de disparos que iban a cualquier parte menos adonde se pretendía.

Heremon ya estaba explorando el interior, al ser la única sin acelerador. Gritó que había encontrado una forma de acceder más al fondo de la instalación. Solaz decidió que enfrentarse a los *voyenni* y asegurarse una forma de huir del planeta era por el momento su prioridad. El problema podría ser que Heremon recordara que no recibía órdenes de ninguna parteni y se limitara a irse a por Idris, Emmaneth o los dos.

Solaz pidió a una de las mirmidones que hiciera unos cálculos de trayectorias y enviara la telemetría a los visores de estado de todas para que ajustaran su puntería al escudo de la nave de los *voyenni*. Sus primeros intentos les pasaron más cerca y el enemigo no ajustó sus defensas con la rapidez necesaria para compensarlo. «Les tenemos».

Luego la mano-cangrejo las tuvo a ellas y las obligó a retirarse tras Heremon para alejarse del loco tableteo del acelerador, que vació un cargador entero contra la entrada. Solaz se llevó una muesca en el casco y una de las mirmidones informó de que un único perdigón le había atravesado el brazo: herida cerrada y administrados analgésicos. Luego la que calculaba la telemetría les ofreció una solución. Solaz se preparó para volver a salir y acabar con el resto de los *voyenni*.

Pero Heremon empezó a gritarle.

—¡La luz! ¡La luz!

Por un momento no quiso escuchar a la mujer, una civil, una criminal, que se interponía en su estupenda batalla. Pero sus propios datos le dijeron lo mismo Algo estaba ocurriendo con el resplandor de fuera. Era más intenso, se abría paso.

Ni se había dado cuenta, pero ahora se hizo aplastantemente obvio. Los *voyenni* habían dejado de disparar. Una de las mirmidones lanzó un ojo remoto para observarles y Solaz se enlazó a él.

Corrían hacia otra de las entradas, buscando su protección a

toda velocidad. No por miedo a nada que la gente de Solaz pudiera hacerles. Para escapar de la luz. Mientras les miraba, se dio cuenta de que el avance de la radiación asesina de Criccieth sobre el campo era lo suficientemente lento para captarse a simple vista. Pisaba los talones de sus enemigos y llegó hasta la mano-cangrejo, que había cubierto su retirada. Sus ocupantes intentaban salir del vehículo cuando vio que el metal brillaba y se deformaba. No era un brillo de calor: no lucía un rojo cereza o un blanco incandescente. El resplandor variaba entre verdes, amarillos y esos tonos desgarradores para los que no tenía un nombre y con los que volvería a encontrarse en sus pesadillas. El vehículo se desplomó, y luego explotaron algunas de sus partes. Otras se retorcían como si las hubieran agarrado unas manos invisibles. No pudo seguir mirando y sintió que le subía bilis a la boca. La tripulación de la mano-cangrejo terminó igual, sin tiempo para ponerse a cubierto.

Antes de que el ojo remoto quedara ciego, vio cómo los dos transbordadores empezaban su propio proceso de destrucción.

Ya no tenían forma de salir del planeta.

Salvo con la gente que ya estaba en él. Idris, Emmaneth y ese Shinandri. Debían de esconder una nave en alguna parte. Dio órdenes rápidas a su gente: «A quien encontremos, mantenedle vivo».

Estaban en un pasillo bajo con esquinas curvas, que giraba a la izquierda y hacia abajo. Alguien había colocado en medio una gran puerta metálica que claramente no formaba parte de la construcción inicial. Todo a su alrededor parecía temblar, y vio una telaraña de grietas en la piedra originaria. Su cabeza estaba ocupada por un trueno que no llegaba a través de sus oídos, sino que era producto del ataque continuo de todo lo que las rodeaba.

—Vamos a… —empezó, pero Heremon ya había abierto la puerta mientras hablaba y se había metido dentro sin mirar atrás. Solaz y sus tropas se apresuraron detrás de ella, para encontrar una bendita sombra sólo rota por una serie de lámparas adosadas de forma irregular en las paredes. El túnel descendía hacia la oscuridad, pero en ese momento ella sentía que la oscuridad era una buena amiga en comparación con el sol que aumentaba su presencia fuera.

Todo seguía temblando, y no era sólo su imaginación. El lugar

sufría un ataque. Entendió de repente que el pozo había vuelto a desaparecer; lo que fuera que lo generaba también protegía al lugar de las llamas del infierno, y ahora mismo no funcionaba.

«Todo fascinante, sí. ¿Pero dónde está Idris?».

Había un terminal acoplado en la puerta que acababan de pasar y una de las mirmidones ya intentaba conectarse a él. La seguridad era mínima, como en el caso de la puerta. Quien hubiera arreglado todo aquello no se había preocupado mucho por posibles intrusos. A Solaz le pareció normal dadas las condiciones afuera. No era el tipo de lugar al que podría llegar alguien de excursión.

—¿Qué tenemos? —preguntó.

—Una red, madre —fue la respuesta—. Todo muy… colonial. —La mirmidón se refería al tipo de apaño tosco y poco elegante característico de los espaciales. Solaz había llegado a respetar ese tipo de ingeniería, pero no ganaría ningún concurso estético, y nunca había dos versiones de lo mismo que funcionaran exactamente igual—. Hay un colosal drenado de energía. Del propio planeta, la vida de afuera. Estoy… —Una pantalla parpadeó para encenderse, proyectada por la consola. Solaz no podía entenderlo, pero al parecer representaba algún poderoso y complejo sistema de captación de energía. Unos colectores giratorios se sumergían en el venenoso entorno de Infierno de Criccieth y luego se los reparaba. Mucha potencia disponible si se sobrevivía al proceso.

—¿Eso es lo que hacen? —Se preguntaba si todo aquello no sería más que un pasatiempo para arqueólogos, dado que nunca había visto edificios originarios tan completos. Si Trine acababan apareciendo como la mente maestra detrás de toda esa historia no se sentiría muy contenta.

—Aquí. —Tenían un mapa, o al menos un plano de las líneas eléctricas que probablemente serviría como imagen de todo el lugar. Era enorme, y horadaba parte de la montaña. Podía ver niveles que se acumulaban por encima de su posición, y luego más allá una enorme caverna en la que había esparcidas fuentes de energía. Y debajo y al fondo… Bueno, no tenía ni idea, pero era adonde iba toda esa energía. Ahora mismo la absorbía toda. Fuera cual fuera el propósito de los actuales residentes del planeta, lo perseguían en ese lugar profundo.

—Encontradme una forma de bajar —les dijo, preguntándose si

los *voyenni* supervivientes tendrían a algún técnico entre ellos y estarían siguiendo el mismo rastro de miguitas de pan hacia abajo.

30

Olli

La *Raptórida* bailaba a su alrededor mientras se acercaban. Olli fijaba su rumbo en espiral en tanto que Kittering hacía lo posible por acercarse, pero el yate magdano mantenía la distancia con la *Buitre* sin esfuerzo. Estaban lo suficientemente lejos en el vacío como para que el ojo humano sólo viera la otra nave como una chispita. También intentaba seguir apartada de las parteni, y las dos naves se alejaban de la refriega mientras la *Intrépida* atraía la atención de las invasoras.

Luego, cuando estaba a punto de tirarse de los pelos frustrada por cómo estaban jugando con ellos, no hubo un nuevo cambio de rumbo de la *Raptórida*. Se mantuvo en un curso predecible y la distancia con la *Dios Buitre* empezó a reducirse por segundos. Kittering abrió las garras de la nave, preparadas para agarrar al yate.

Havaer dejó escapar un gruñido de satisfacción.

—Ése ha sido otra vez tu colega, ¿no? —le preguntó Olli—. ¿Colbert?

—Colvari —confirmó—. Dicen que han dejado a los magdanos sin su motor brachator, pero no durará mucho. Uskaro ha cambiado contraseñas que no van a poder superar. Intentan bloquear la compuerta principal para poder abrirla cuando estemos encima. Después sólo tendrán acceso a unos pocos sistemas secundarios y no podrán hacer mucho más que encender o apagar algunas luces.

—Es suficiente —sentenció Olli. Supervisaba la maniobra de aproximación de Kit, porque no era el mejor piloto de la galaxia, pero en ese momento la *Raptórida* era una presa fácil—. ¿Tienes un arma, tío ácido?

La tenía, una pequeña pistola magnética que llevaba quién sabe

dónde. Esperaba que su impacto fuera mayor de lo que sugería su tamaño. Los *voyenni* tendrían un equipo decente, estaba segura, pero también estarían a bordo de su propia nave, con lo que probablemente no tirarían de aceleradores si les importaba la integridad del casco. De igual forma, salvo que apostara a que Kris pudiera contener la respiración realmente bien, ella tampoco podría ir a tope con el armamento pesado.

Por lo demás, Havaer se acababa de poner un traje estándar, que aunque fuera resistente a pinchazos y golpes, no le protegería de una buena cuchillada, no digamos ya de balas. Y no es que se dispusieran a hacer una entrada sigilosa. Los *voyenni* estarían listos para recibirles.

—Okey —decidió Olli—. Vamos a hacerlo así.

Demasiados minutos que pasaron despacio más tarde, vio las llamaradas de energía de la otra nave cuando recuperaron el control de sus motores. Eso significaba que Colvari ya no tenían acceso a nada que pudiera serles de verdadera utilidad. Pero también era ya demasiado tarde para la *Raptórida*. La *Buitre* estaba justo encima. El único cañón acelerador que los magdanos pudieron sacar a tiempo, ahora que habían recuperado el control del armamento, trazó una desagradable cicatriz en el casco de la nave de rescate. El control de daños indicó que era algo superficial, y hacía tiempo que habían abandonado cualquier esperanza de que la nave ganara ningún concurso de belleza. Olli le envió un mensaje a Havaer para comprobar que estaba listo en el umbilical.

La *Buitre* se acopló, con Kit fallando por exceso de entusiasmo, con un impacto que estremeció a toda la nave. La pantalla de Olli le mostró veinte luces rojas nuevas, que significaban veinte nuevas tareas de mantenimiento en su lista de pendientes. Pero no había tiempo para decirle a Kit lo que pensaba sobre su torpeza como piloto. Tenía las garras de atraque fijadas en la *Raptórida*, y eso suponía que la única forma en que las naves podrían separar sus caminos era a través de la cápsula de control de la *Buitre*, o después de un trabajo de corte infernal. Kit no se había colocado exactamente sobre el portón de la nave magdana, pero el umbilical era flexible. Havaer lo movió con una serie de bandazos que rasparon el casco de la *Raptórida*, hasta que su IA de bajo nivel reconoció una entrada y se acopló con ella.

—¿Tu amigo controla todavía la puerta? —le preguntó Olli, que estaba sola. Interpretó el gruñido que dio por respuesta como una confirmación—. ¿Me dais imágenes?

Aparecieron en su visor unos momentos después. Vio a tres *voyenni*, todos con armadura ligera, que esperaban a cubierto de unas mamparas tras el portón. Tenían pistolas de propulsión química, con una potencia lo suficientemente baja para no dañar el casco pero que agujerearían fácilmente a Havaer. Cada uno llevaba también un hacha en la otra mano, lo que era un detallito desagradable. Tenían unas cabezas en punta y Olli sabía que incluían algún tipo de carga explosiva para atravesar obstáculos inconvenientes, como por ejemplo personas.

El tercer *voyenni* había arrancado un panel entero de la pared y estaba utilizando en ella unas herramientas. Sabían que no tenían el control de la puerta, pero lo recuperarían pronto. Hasta entonces, estaban preparados para lo que les viniera de la *Buitre*.

—Eh, Ácido —llamó a Havaer—. Que tu colmenero se resistan a dejar de controlar la puerta. Haz ruido. Quita los servos, lo que se te ocurra para distraerles.

—Espero que sea capaz de sacar esto adelante, Timo —le respondió sin ambages. Podía ver las mismas imágenes, por supuesto, y no le debían gustar sus opciones. Un asalto solo contra tres enemigos.

Olli había consumido unos momentos considerando si debía dejar que ése fuera el escenario, y aparecer más tarde a la fiesta para ocuparse de su parte del plan. Después de todo era un espía; mejor no fiarse de él, tendrían que enfrentarse por Idris más tarde. Pero debía reconocer que en ese momento un Mundy vivo podía ser más útil que un cadáver, y no le gustaba la idea de que su colega espía colmenero le hackearan el culo como venganza. Demasiados riesgos.

La puerta empezó a abrirse y Olli vio a los dos pistoleros tensos, listos para disparar o abalanzarse con las hachas según requiriera la situación. El portón estaba vibrando y soltando chispas, y se fijó en que el técnico *voyenni* tenía el ceño fruncido, porque no era algo que estuviera haciendo él. Colvari estaba dando un buen espectáculo con sus esfuerzos por acceder a la puerta, toda la distracción que Olli podría pedir.

La propia Olli ya estaba afuera. Había salido al casco de la *Buitre* durante la aproximación, y ahora se había colocado justo encima de la entrada. El escorpión era más que nada una bonita herramienta de corte con carácter, así que empezó a cortar. También la *Raptórida* no era en realidad más que un yate. Nada de placas blindadas o secciones del casco explosivas. Olli se llevaba abriendo paso al interior de naves desde hacía años, y ésta se rajó como papel de aluminio.

Se produjo un escape de aire desde abajo, pero el campo gravitatorio del yate lo advirtió pronto y selló la brecha para prevenir una descompresión explosiva. La turbulencia sirvió sin embargo para desconcertar a los *voyenni*, y Olli había abierto una brecha suficiente para dejarse caer entre ellos. Tenía unas cuantas extremidades acabadas en taladros, sierras y tenazas, y aún más opciones destructivas en la cola fustigante. No se contuvo. Llevaba enfadada y frustrada por numerosas razones desde hacía algún tiempo, al menos desde que perdieron a Idris en Arc Pallator. O desde que había terminado en la cama con una jodida parteni, quizá. O posiblemente desde que nació. Pese a todas las dificultades y reveses de la vida de espacial, no podía explicarle a menudo al universo lo hasta los cojones que estaba de la mierda que era casi todo.

Cuando el portón conectado al umbilical se abrió al fin, Havaer entró cautelosamente a una cubierta que estaba resbaladiza por la presencia de materia que antes estaba dentro de los *voyenni*. Miró a Olli y luego al agujero que había hecho encima. Probablemente habría visto algunas cosas, siendo quien era y en lo que trabajaba, pero ella comprendió que acababa de añadir algo nuevo y desagradable a su archivo de experiencias profesionales.

—Pues nada —dijo Havaer—. Vamos.

—¿Tu chico tienen algo más para nosotros? —le preguntó.

—Ya no tienen acceso más que a minucias —confirmó él—. Salvo que pueda pensar en alguna utilidad para el combate de un secador de pelo o algo así, vamos por nuestra cuenta. —Sus ojos, detrás del visor del casco, seguían perdidos en el desastre que ella había causado.

—Bueno —decidió Olli, y ordenó al escorpión moverse a la siguiente puerta, con las sierras y los sopletes ya en marcha.

Solaz

La arquitectura originaria no suponía ni la mitad del lugar, y las imágenes con que contaban no reflejaban realmente su disposición actual. Las enormes secciones de suelo con remaches y las escotillas desproporcionadamente grandes provocaban sensaciones incómodas en las entrañas de Solaz ante la perspectiva de saber quién o qué exactamente había convertido ese sitio en su hogar. A la vez, había muchísimos andamios y escaleras de su propio tamaño, así que quizá Emmaneth fuera una manitas para el bricolaje.

Había intentado contactar con Idris, pero fuera lo que fuera lo que pasaba a su alrededor en ese lugar también freía sus comunicaciones. Los canales estaban ocupados por gemidos fantasmagóricos que ella relacionaba con las mortíferas flores de cristal del planeta, como si aullaran para que les dejaran entrar. Puede que Idris no quisiera contestar de todas formas, vistas las conversaciones que habían tenido con él desde la *Buitre*. Sonaba como si se hubiera aclimatado de la peor manera posible.

Cayeron en una trampa de los *voyenni* una sola vez. Se habían dejado caer en un enorme espacio revestido de metal, un área entre pisos que parecía desocupada, sostenida por puntales de un metro de anchura torcidos en ángulos extraños. También vibraban. El aire resonaba como si alguien estuviera golpeando todos los paneles del lugar a la vez. Desde que el brillo exterior les forzara a entrar, todo había dado la sensación de encontrarse bajo un ataque. Salía polvo de cada juntura y remache donde se encontraban las distintas tecnologías. Luego se movía en el aire en serpentinas de motas brillantes, como si la gravedad no estuviera segura de qué hacer con él. Solaz podía sentir también el cambio de la gravedad, con su tirón disminuyendo a medida que descendían en dirección a esas señales de energía que tenían debajo.

Entonces aparecieron los *voyenni* y abrieron fuego contra ellas, que les devolvieron el mismo tratamiento. Ambas partes buscaron la cobertura que les pudieran proporcionar los puntales contra la guadaña que formaban las ráfagas de acelerador. Solaz se preguntó si estarían a punto de cortar en pedazos el sostén de los pisos superiores. Se preparó para un posible derrumbe del colosal peso del techo metálico, que caería encima de todos como una prensa de

fábrica.

Después de unos segundos, pocos pero largos, en los que el sonido cantarín de las armas de ambos bandos produjo un misterioso eco en el espacio inclinado, Solaz se dio cuenta de que no habían recibido ningún impacto, ni tampoco el enemigo. Los pilares más cercanos se veían casi borrosos por los disparos de acelerador, ya que los pequeños perdigones se habían agrupado a su alrededor. Lo mismo había ocurrido al otro lado con sus disparos. No podía sentir ninguna atracción magnética sobre su traje o cualquier otro objeto, y sus instrumentos no mostraban la presencia de ningún campo. Y a pesar de eso, tanto ellas como los *voyenni* habían consumido como la mitad de su munición sin el menor resultado.

Por un momento, las parteni y los magdanos simplemente se quedaron mirándose estúpidamente unos a otros. Luego los *voyenni* se pusieron en marcha y empezaron a descender apresuradamente al siguiente nivel, dejando esa brujería atrás sin más preguntas. A Solaz no le gustó la idea de ir hacia la misma escotilla, por si acaso el campo anti aceleradores desaparecía sin más una vez que descendieran.

—Encontrad otro camino de bajada —ordenó, y una de las mirmidones ya había identificado una posible compuerta, a cinco metros, que se abría a un abismo incierto.

Había luces abajo. Y paredes: anillos, círculos y todo un esquema de muros. El mirarlo hacía bizquear los ojos. Las luces formaban una constelación conectada por una telaraña de cables, claramente una solución espacial de la vieja escuela. Todo estaba acoplado de cualquier manera a la antigua construcción originaria. Muros, anillos y esferas deconstruidas, nada parecía sostenerse en algo, y la oscuridad más allá era impenetrable. La gravedad también jugueteaba con todo. Solaz no disfrutó el descenso precisamente. Si era vértigo, era un vértigo del alma. Había algo en las dimensiones, las proporciones y la pura física del lugar que le revolvía la cabeza.

Y pese a todo se dirigían a algún sitio. Se fue haciendo una idea. Había un centro, y una vez se dio cuenta de eso, no era difícil entender todo lo demás como dispuesto en su órbita. Encajaba con el lugar al que se enviaba la energía. Donde estaba la actividad.

«Si he tomado la decisión errónea, puede que nos encaminemos

a un núcleo de energía en estado crítico, una bomba o algo parecido».

—*Prête à combattre*? —preguntó a sus mirmidones, porque tan seguro como el infierno que ella no se sentía lista.

—*Prête,* madre —fue sin embargo la respuesta, y luego empezaron a buscar un camino que les permitiera interceptar a sus enemigos.

Kris

Kris era consciente desde hacía un rato de que había una pelea. Había escuchado alguna alarma y tuvo la impresión de que el yate se había llevado un par de impactos sin importancia. Con su gravedad artificial fiable y de primera calidad, no había sentido qué tipo de maniobras había ejecutado la nave. Todo un contraste con la vieja *Dios Buitre*, donde siempre se notaba un tirón en las tripas cuando Idris u Olli cambiaban de rumbo. Las pantallas y consolas no respondían a sus toques o peticiones. Estaba descubriendo que la cautividad podía pasar de resultar amenazadora a nada más que frustrante en unos instantes.

Siempre considerando que seguía en un pequeño camarote, con lo que no es que sus circunstancias fueran insoportablemente incómodas. La pequeña impresora del cuarto tenía un repertorio limitado, pero consiguió sacarle unos pastelitos y un vaso de un vino caliente decente. Aunque no el tipo de vaso que podría romper para amenazar con él. Simplemente se hizo añicos cuando lo intentó.

Luego apareció Piter Tchever Uskaro, con cara de haber estado comiendo limones. Había añadido una pistola enfundada y un cuchillo envainado a su atuendo, y le respaldaban un par de *voyenni.*

Kris compuso una expresión de inocente expectativa.

El boyardo la miró con suspicacia, y luego uno de sus hombres repasó todo el cuarto, comprobando cada rincón en el que pudiera haber hecho algo a la nave. Kris contempló el registro inexpresiva, apartándose para facilitar lo que estuvieran haciendo. Resultó muy minucioso, y Uskaro parecía nervioso, sin quitarle la vista de encima. «Busca una excusa».

—Su Elegancia, si supiera lo que busca quizá le podría ayudar —sugirió, y luego retrocedió dos pasos cuando él prácticamente se le echó encima. La tomó de la muñeca y se la acercó, bufando.

—No sé qué piensas que estás haciendo… —empezó, pero luego su hombre empezó a informar.

—Nada, señor. Ningún acceso a los sistemas. Puedo ver que lo ha intentado, pero aquí no hay nada.

—Entonces ha cubierto su rastro. —Sin dejar de sujetarla por la muñeca, la empujó a la cama, dispuesta a acusarla de quién sabe qué. Ella esperó sin reaccionar, porque si le gritaba algo al menos sabría qué era lo que se suponía que había hecho. Él percibió en el gesto de ella que sentía más curiosidad que preocupación. Por un momento Kris pensó que la golpearía por pura frustración, dado que el tipo estaba acostumbrado a que todo saliera como quería y ahora el universo no se estaba comportando adecuadamente con él. Si le pegaba, decidió que iba a devolvérselo, y se sorprendió de lo claro que lo tenía. Iría con uñas y dientes, intentaría quitarle el cuchillo de esa complicada vaina abotonada, le mordería la nariz, lo que fuera. Porque ella sabía que era el tipo de hombre al que le gustaba pegar a gente que no podía defenderse, e iba a dejarle claro que no pertenecía a esa categoría.

Él estaba dispuesto a pedirle a un *voyenni* que la sujetara mientras iba a por el látigo, sin duda, pero algo en su cara le convenció de no seguir por ese camino. Dio un paso atrás con el rostro crispado por la ira, y luego los tres se marcharon.

Comprobó la puerta por si acaso, pero el enfado de Uskaro no le había hecho descuidarse con el cerrojo.

«¿De qué iba todo esto?». Habían pensado que se había infiltrado en los sistemas de la nave, lo que significaba que alguien lo había hecho. Le habría encantado atribuirse el mérito, pero ese tipo de travesura no era su fuerte. Debía de haber sido la vocecita que le había llegado antes. Había dicho que era un socio de Mundy, el hombre de la Casa Ácida, y ella le había dado algún tipo de acceso a la nave. Después de todo, Mundy era su aliado, al menos por ahora y aunque fuera en teoría.

Poco después, el casco de la *Raptórida* sufrió una sacudida colosal. Lo reconoció por haber estado en el extremo opuesto. Era el tipo de acople a las bravas que la *Dios Buitre* empleaba

normalmente con naves que estaban desocupadas y se llevarían a rastras. Si tenía suerte, habrían venido para llevársela sin esperar su consentimiento.

Todo éso estaba muy bien, pero por lo que sabía Kris la *Raptórida* estaba repleta de sicarios. Si Olli y los demás hacían cualquier avance, salvo que el amigo de Mundy tuviera algún control realmente espectacular sobre los sistemas de la nave, su propia situación iba a complicarse. Su rol podía cambiar con mucha rapidez de prisionera a rehén, y la verdad es que Piter Uskaro era exactamente el tipo de hombre que tomaría esa decisión.

A través del casco le llegaron una serie de impactos distantes que podían ser cualquier cosa, desde explosiones a muestras de ingeniería entusiasta. Su mal presentimiento inicial, en cuanto a las posibilidades de que sus compañeros consiguieran algo útil, empezó a crecer, o al menos a convertirse en otro tipo de sensaciones negativas. Había más vibraciones, toda la nave la informaba elocuentemente de problemas, y lo que estuviera pasando no había sido controlado sin mayores problemas por los *voyenni*.

La puerta se abrió un momento después y apareció la cara avinagrada de Piter Uskaro, que la miró con mucho más odio del que deberían haber inspirado sus respectivas posiciones. Parecía a punto de decir algo, y ella vio que tenía la pistola en la mano. Luego su gesto se agrió aún más y se marchó. Comprobó la puerta. Otra vez cerrada. ¿Era tanto esperar de sus enemigos, un pequeño descuido en esos momentos difíciles?

Comprendió que el reloj avanzaba rápidamente hacia el momento en que se convertiría en rehén, y probablemente eso no acabaría bien para ella. Un par de *voyenni* musculados seguramente liquidarían cualquier posibilidad real de que consiguiera un rol más ventajoso.

Algo pitó de repente. Repasó el camarote rápidamente. «¿Un mensaje?». La habitación estaba sobrecargada, lejos de la funcionalidad propia de los espaciales, y le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que las luces de la impresora parpadeaban con una cierta pauta.

No era un aparato pensado para comunicarse, pero descubrió una solapa de mantenimiento escondida a un lado que disponía de un pequeño panel de diagnóstico. La sencilla pantalla empezó a

mostrar texto en cuanto la destapó.

«Sólo sistemas triviales», leyó. «Nuestro único acceso a su ubicación. Espere, por favor».

No tenía idea de si la podrían oír, pero había un receptor en el panel de diagnóstico que parecía calibrado para órdenes verbales.

—Imagino que el cerrojo de la puerta no cuenta como trivial.

«Ya nos han echado de las puertas. Nos divertimos con ellas, pero…». La frase quedó inacabada, y pensó que quizá habría perdido incluso ese pequeño rayo de esperanza, pero luego volvieron las letras. «Ahora mismo estamos muy ocupados con negociaciones de mayor prioridad, *mh.* Almier. Probablemente deberíamos abandonarla a su destino».

—Vaya, gracias.

«Sin embargo, como complemento a nuestro contrato con *mh.* Mundy intentaremos hacer lo mejor para usted». La impresora estaba ocupada, con sus mecanismos internos subiendo y bajando furiosamente para construir algo a partir de las moléculas de material en bruto.

—¿Me prepara mi última cena? —preguntó secamente.

«No», llegó una nueva línea de texto. «Pero sí cubiertos».

La impresora terminó y extendió una pequeña bandeja planteada. Sobre ella había un cuchillo, del diseño estándar de duelo de Scintilla, compuesto de plástico duro.

Kris lo cogió y se lo guardó en la manga, con una sensación desproporcionada de comodidad ante su ligereza.

Luego escuchó unos pasos y gritos, a no muchas puertas de distancia de la suya.

«Venid», pensó. Las cosas se iban a poner litigantes.

Idris

Idris estaba a más de medio camino de la Máquina cuando Emmaneth sacudió la cabeza.

—Vienen detrás de nosotros —susurró.

—¿Quiénes? —preguntó Jaine—. ¿Cómo han podido?

—Los que bajaron por el pozo. Entraron a tiempo. —La tothiat se detuvo, mirando a través de la escotilla que acababan de pasar—. ¿Y cómo? Jaine, arreglaste este lugar de forma que todo apunta a la

Máquina.

—Porque todo tiene que apuntar a la Máquina. ¡Es el único motivo por el que estáis todos aquí! ¡Lo quisisteis así! —gritó Jaine. Idris recordó que llevaba allí desde antes de Ahab, y se preguntó qué leches habría estado haciendo en Infierno de Criccieth antes de ser captada por la monomanía del naeromath.

—Voy a ocuparme de ellos —decidió Emmaneth.

—No —se escuchó a sí mismo decir Idris, y se obligó a no apartarse cuando ella se acercó—. Son mis amigos —explicó.

—He visto unas cuantas armaduras de combate ahí arriba —apuntó Emmaneth—. Tiene unos amigos belicosos. Me imagino que es la Casa Ácida la que viene a por mí. O algo peor.

—Son mis amigos. Es su nave. Me voy.

—Pero, *menheer* Telemmier, le necesitamos en su puesto. —El doctor Shinandri ya estaba medio dentro de la siguiente compuerta, una de las de gran tamaño creadas para que Ahab pudiera pasar.

—Preparadme la Máquina —les pidió Idris—. No os voy a dejar tirados. Pero mis amigos no son de los que se arrugan. Si aparecen y Emmaneth les ataca mientras estoy dentro, un montón de cosas complicadas que necesitamos resolver van a fastidiarse. —Miró a Emmaneth, reforzado por su propia utilidad en el grupo, hasta que ella frunció el ceño y apartó la mirada.

—Voy con usted —le dijo.

—No es que vayas a ser de mucha utilidad dando interruptores —le pinchó Jaine.

Idris se encogió de hombros y empezó a subir de regreso.

—No estoy del todo seguro… —empezó Shinandri, pero Idris siguió alejándose, un peldaño tras otro, sintiendo el peso de la creciente gravedad acumularse en sus hombros según ascendía, el extraño campo inverso que significaba que casi no tenía peso en el asiento de la Máquina pero estaría a un G o más en los niveles superiores.

Emmaneth le pisaba los talones. Su cara, cuando la miró, era una furia, pero al menos mantenía la boca cerrada.

—¿Por qué? —le preguntó de repente, sin detener el ritmo de sus manos y pies.

—¿El qué?

—Sigues diciendo lo mala persona que eres. Mataste gente para

la Casa Ácida, y luego para la Cosecha Rota después de que te hicieran lo de volverte tothiat. Te duele tanto, intentaste matarte, y… luego vienes aquí a incinerarte, de repente eres la mejor colega del universo y quieres ayudar a pelear contra los Arquitectos.

Ella había dejado de subir y él le sacó toda una escalera antes de que Emmaneth volviera a ascender para atraparle.

—Jaine me explicó lo que hacían aquí. Lo que buscaba Ahab. Lo que quería Shinandri —dijo ella—. Luego me mostró dónde podía simplemente echar a andar bajo la luz y morir. Me quedé allí un buen rato, créeme. Y volveré allí, posiblemente, para dar ese último paso. Pero por ahora… pensé que podía hacer algo para ayudar.

—¿Ayudar a Ahab?

—Ayudar al universo. Porque nada que hiciera para el Hum o la Cosecha Rota ayudó. Y eso era de lo que quería alejarme. El trabajo sucio para el gobierno o matar gente para un mafioso loco. Pero aquí puedo…

—¡Nunca lo has entendido! —resonó una nueva voz. Idris se hizo a un lado mientras alguien descendía sobre ellos mucho más rápido de lo aconsejable. Emmaneth sacó un arma, pero no habría importado que disparara. No conseguiría nada. Había más movimiento mucho más arriba, otra gente que bajaba, pero la carga la lideraba una mujer que no conocía —sin traje, ni siquiera con un arma a la vista— y de aspecto furioso.

—Lo tenías todo —le soltó la mujer a Emmaneth—. Él te escogió entre el rebaño y te rehízo. Somos las elegidas, Em. Vivimos para siempre. ¿Y te viniste aquí a morir?

Idris tardó en fijarse en el simbionte articulado que emergía de la espina dorsal de la recién llegada. Otra tothiat.

—Heremon —la identificó Emmaneth—. Has arrastrado tus pies siguiendo mi pista, ¿no? —Echó un vistazo al escuadrón de mirmidones que bajaban detrás. Idris intentó distinguir si alguna era Solaz, pero con su equipo completo aún resultaban más parecidas que sin él.

—Cada vez que mataba para la Casa Ácida pensaba que tenía que dejarlo —dijo Emmaneth con suavidad—. Cualquier día, antes o después, cada vez lo pensaba, ya no podría seguir viviendo con ello. Luego firmé un pacto diabólico con el Inefable, y me di cuenta de que nunca volvería a tener esa opción. El dolor no me

abandonaba, pero mi vida dejó de estar en mis propias manos. Al final encontré algo mejor que la muerte, un propósito para seguir viva un poquito más. Pero prefiero la muerte que vivir para siempre como el monstruo mascota de un mafioso.

—Nunca lo has entendido. —Heremon estaba verdaderamente, inexplicablemente enfadada con ella, como si la traición de Emmaneth amenazara toda su forma de ver el mundo—. Cuchilla no es un criminal. Es un ángel. Un ángel caído del cielo para hacer las cosas que están vedadas a los essiel.

—Haces que suene como lo que la Casa Ácida hace para el Hum —le dijo burlonamente Emmaneth—. Nada más que los encargados del trabajo sucio.

—Conseguiremos que lo entiendas —siguió Heremon acaloradamente—. Volverás con nosotros. Cuando Aklu termine contigo…

—No me harás volver con él —zanjó Emmaneth—. ¿Cuánto tiempo crees que puedes mantenerme prisionera?

Luego las mirmidones cayeron ya con las armas apuntando a Emmaneth, que colocó a Idris detrás de sí.

—Puede que no seamos capaces de matarte —afirmó una sin alterarse—, pero te zurraremos hasta que no nos puedas parar.

—¿Solaz? —preguntó Idris, y de repente le preocupó que Solaz no estuviera entre ellas. ¿En qué habría quedado su situación entre sus hermanas durante el tiempo de su ausencia? Luego bajó otra mirmidón. Ésta llevaba el arma colgada en lugar de apuntar, y se quedó parada un momento, sólo mirando.

—¿Idris? —Incluso a través de los altavoces del traje reconoció la voz.

Se escurrió por debajo del brazo de Emmaneth para acercarse.

—Mira… —dijo, y luego ella se lanzó hacia adelante. Él se encogió, y a la vez Emmaneth le agarró también, pero Solaz llegó antes. No para hacerse con él, no como si intentara asegurarse el control de un recurso. Sólo le atrajo para un abrazo que le debió producir alguna luxación en las costillas y le sacó todo el aire del pecho. Un momento más tarde ella retrocedió apresuradamente, y tuvo la impresión de que no era lo que había querido hacer. Su equipo parecía dirigirle miradas muy poco militares.

—Vamos —le dijo Solaz.

—No puedo —replicó. Al menos esta parte de su encuentro ya seguía el plan previsto.

—Idris, tenemos que salir de aquí ahora mismo. Este lugar se está viniendo abajo.

—Sí, así es —le confirmó—. Y hasta que no acabemos con lo que lo provoca, nadie se puede ir.

—Debe de haber naves que podamos usar.

—Ahora mismo no hay ningún camino para salir de la atmósfera al que pudiera sobrevivir ninguna nave. La Máquina está activa, así que el escudo ha caído. El planeta intenta destrozar este lugar, y no hay ningún corredor que lleve al espacio —le explicó, intentando resolverlo tan deprisa como fuera posible—. Así que ven conmigo. Puedo arreglar esto. Sólo necesito volver a bajar.

—¿Bajar adonde? —preguntó ella. El abrazo había sido estupendo, pero ¿por qué no dejaba ya de hacer preguntas?

—Vamos, te lo diré por el camino. Solaz, esto es lo importante, de verdad —intentó aclarar mientras tiraba de ella, y de Emmaneth, y procuraba que todo el mundo se pusiera en marcha, como si reuniera una manada de gatos armados hasta los dientes y con ganas de pelea.

Shinandri y Jaine les esperaban abajo, el primero ya vestido y la otra con el traje de Idris preparado. Se mostraron claramente incómodos cuando entraron las mirmidones apuntándoles, pero ninguno de los dos era del tipo que busca pelea. Luego Idris estuvo en medio, ya forcejeando por colocarse el traje de inmersión con los dedos de manos y pies pillados en el denso tejido de goma.

—¿Por qué esos trajes? —preguntó Solaz, sorprendida—. Quiero decir, la gravedad es débil aquí, pero la atmósfera está bien.

—Voy a otro sitio. Viajo. —Al decirlo se dio cuenta de que verbalizaba una realidad que nunca había expuesto de esa forma—. Voy a sentarme en el borde mismo del nospacio. —Tuvo de repente una sensación de vértigo, y se apoyó en Jaine mientras le colocaba los tubos. Fue la sensación de que comprendía el propósito original de la Máquina, sin las ideas peregrinas de Ahab o los añadidos a escala humana de Jaine, sino la pretensión de los originarios al construirla. Todo ese motor, la enfermiza tecnología que vulneraba las leyes físicas, ¿sólo para crear una especie de telescopio inverso apuntado a la nada? Por supuesto que tenía que haber algo más. El

uso que le daban Shinandri y Ahab no era más que una consecuencia colateral del verdadero propósito para el que se diseñó el complejo—. Aunque no me mueva de aquí, me expongo. El traje me protege. Un poco. Todo lo que puede.

—Idris, ¿qué es esto?

Él se puso firme junto a ella, traje contra traje blindado.

—Es la única base originaria operativa que hemos encontrado. Y nos sirve para mirar al nospacio. Ahab y yo descubrimos qué dirige a los Arquitectos contra nosotros. Porque Ahab quiere vengarse. Quiere cazarles y destruirles. Eso es todo, Solaz. En este lugar aprendo cómo contraatacar.

Le sonó ridículo a sus propios oídos, pero Solaz y las mirmidones se quedaron quietas y silenciosas. Descubrió a Heremon asintiendo ligeramente. «¿No se siente impresionada? ¿Ni siquiera sorprendida? ¿Es tan difícil afectar a un tothiat o es que…?».

—Más que nada, ahora mismo, necesito contactar con Ahab y decirle que salga, porque está cazando ahí fuera solo, y cuando la Máquina está activa, el escudo cae. Que nadie se pelee con nadie hasta que vuelva.

Hubo un repentino estrépito procedente de arriba, como si alguien bajara las escaleras demasiado deprisa.

—No prometo nada —le dijo Solaz—. Hay un grupo de *voyenni* ahí fuera, y no tardarán en llegar, si es que pueden orientarse.

—¿Por qué trajiste *voyenni*? —le preguntó Idris.

—Créeme, hicimos todo lo que pudimos para que vinieran la menor cantidad posible. —Sus mirmidones se estaban desplegando, con las armas apuntando hacia arriba. Luego se produjo una sacudida colosal que agitó todas las paredes a su alrededor y pareció durar una eternidad, al extenderse el eco hacia las tenebrosas profundidades.

Jaine lanzó un juramento.

—Creo que eso fue algo estructural. Vaya a por Ahab, Telemmier. No puedo parchear el sitio hasta que salga. Si es que todavía es posible.

Luego se colocó en la silla, y se activó la Máquina, y no importó nada más. Pasó un segundo, quizá, en el que la presencia de Solaz persistió en su consciencia, pero el nospacio le llamaba, y en ese asiento podía influir sobre él de una manera que nunca le había

sido posible en una nave. Estaba en las fauces del león, pero llevaba un látigo.

Ahab, ya sumergido a fondo, le llamó.

—¡Ven! ¡Debemos comprenderlo! —Estaba en el corazón de ese enjambre de organización y energía que habían encontrado y que les había desconcertado tanto a los dos. En ese momento, Idris ya no le dedicaba ni un pensamiento a la instalación y su continuidad, a las reparaciones de Jaine, a la *Dios Buitre*, a nada de eso. Necesitaba saber. Tenía que descubrir la verdad que se ocultaba tras los Arquitectos y sus amos. Aunque se decía a sí mismo que era para salvar al universo de su ataque, en realidad simplemente quería saber.

Se unió a Ahab en su actividad y movimiento en las profundidades del nospacio. Y se los toparon de repente: los Arquitectos, sus inteligencias. El par de exploradores los rozó, se estremecieron, y se dio cuenta de que ya estaban en marcha. Venían a Infierno de Criccieth para probarse contra las llamas del planeta. Iban a quemar a sus soldados de cristal en un intento de eliminar la instalación. Cualquier cosa antes que permitir que Idris y Ahab completaran sus averiguaciones. Había momentos en que se conectaban, como a través de agujas en su cerebro. En ese momento se sentían aterrorizados por Idris. También por Ahab. Ellos, que podían rehacer planetas.

Los datos iban y venían, de Idris a Ahab y viceversa. La extensa vida del naeromath, sus experiencias y el propósito que le impulsaba, junto a la perspectiva de Idris como intermediario, que desentrañaba el nospacio como si abriera una flor.

Luego supo. Y no era lo que se había esperado. Se sintió amargado y exhausto, mientras un Ahab exultante clamaba que el universo le había descubierto al fin sus secretos.

31

Solaz

El metal rechinaba con estridencia en algún lugar por encima de ellas, y Solaz no pudo evitar una mueca. La armadura de asalto ligera estaba muy bien y protegía de un montón de amenazas, pero nada podía contener la vida radiante de ese planeta. Sus mirmidones seguían totalmente firmes en sus puestos, y se sintió orgullosa de ellas. En ese momento podía sentir los tirones y cambios en la gravedad local, y el aire estaba lleno de un trueno distante, pero que se aproximaba. La biosfera local estaba atacando el exterior del lugar por la simple temeridad de existir.

La ciborg llamada Tokamak Jaine le había informado sobre por qué estaba esa estructura allí. Así que los viejos originarios habían intentado algo en Infierno de Criccieth aunque ni ellos habían podido con el lugar. Lo que significaba que ese planeta no sólo era un mundo mortal ahora; lo llevaba siendo también desde hacía cientos de millones de años, y no había perdido un ápice de su letalidad con el paso del tiempo.

—¿Y qué estaban haciendo entonces? —preguntó Solaz, porque en ese momento ya empezaba a abandonar la idea de que tuviera cualquier tipo de control sobre la situación.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jaine.

—A los originarios. Quiero decir, estuvieron por todas partes, y el universo y el nospacio son inconmensurables. ¿Por qué aquí?

—Sólo soy una ingeniera —le dijo Jaine con un encogimiento de hombros—. No me ocupo del panorama general.

Luego la voz de Shinandri se elevó del asiento que ocupaba, desde el visor opaco de su rostro.

—No se sabe con precisión. Un misterio, pero podemos hacer ciertas suposiciones. —Ella creía que había bajado, como Idris, pero

al parecer su rol era de actuar como algún tipo de enlace, monitorizando lo que pasaba sin sumergirse personalmente—. Por los datos que hemos conseguido, por la estructura de este lugar, por todo, de hecho, hemos averiguado cosas tanto sobre los originarios como sobre la forma en que funciona el nospacio.

Solaz esperó, pero al parecer se suponía que eso era todo, así que le dio una patada al sillón sobredimensionado en que estaba el tipo, provocando un graznido de alarma de Jaine.

—¿Y eso qué quiere decir?

—A veces todo depende de la relación espacial precisa —le llegó la voz de Shinandri como flotando, como si estuviera muy lejos—. No se trata de los muros, sino de lo que queda entre ellos. Así que vinieron aquí simplemente porque necesitaban que parte de su dispositivo a gran escala estuviera aquí. Estar en este lugar era la cuestión. Pero la parte de su mecanismo que hacía lo que fuera realmente no estaba en los lugares, sino en la disposición de esos lugares. Un mecanismo del tamaño del universo. Hice muchas hipótesis al respecto en mis primeros academitipos. Los mantienen aún en Toque de Difuntos, si le apetece dedicar tiempo a la lectura.

Solaz tuvo la impresión de que ese tipo de lectura estaba por encima de las exigencias de su rango. Cualquier pregunta adicional que pudiera haber añadido quedó olvidada cuando algo colosal pareció ocurrir muy arriba. No pudo ver ninguna grieta directamente en la cubierta de metal, pero de repente se filtraba un ominoso resplandor, una rendija al exterior.

—Esas plantas tan desagradables —dijo ella—. ¿De verdad se mueven?

—Crecen —dijo simplemente Jaine. Se había quedado totalmente inmóvil, mirando hacia arriba. Y asustada, obviamente muy asustada. Dado que parecía llevar décadas conviviendo con aquel terror, ese miedo resultaba elocuente para Solaz.

—¿Rápido?

—Posiblemente sean la ecología con mayor consumo de energía conocida por la humanidad —explicó Jaine—. Puede crecer a la velocidad que nosotros corremos.

Luego hubo otra perturbación mucho más cercana, el repiqueteo de botas al bajar escaleras. Por si no tuvieran bastante de lo que preocuparse, los *voyenni* se ponían en marcha al fin.

—Cuando combatimos antes con esos payasos —les dijo—, nuestros disparos terminaron imantados a las paredes o algo así.

—Pasa a veces. Cuando la máquina está encendida. Juega con los campos electromagnéticos —confirmó Jaine.

—¿Sólo a veces?

—El resumen es que estamos en el límite de una herida abierta entre el nospacio y la realidad. Hay muchas fluctuaciones que no entendemos del todo. Interferencias en la infraestructura básica de la materia del universo —propuso la ciborg, lo que era mucha palabrería para no ofrecer ninguna respuesta a Solaz.

Una de las mirmidones soltó una ráfaga de acelerador, que de forma inesperada echó a arder en su recorrido hasta la escotilla que tenían encima. A Solaz le hizo daño en los ojos no el disparo en sí mismo, que era demasiado rápido, sino el destello de luz azulada que retorció el aire en su trayectoria. El área cercana a la escotilla terminó llena de proyectiles. Flotaban dispersos aleatoriamente, sin que su mente fuera capaz de ordenarlos en algún tipo de patrón. Cuando empezó a pensar que quizá formaban letras, apartó la vista. «Este lugar es una locura y nos volverá locos a todos».

Otra sacudida conmovió a la estructura a su alrededor, y sintió un tirón en el estómago como si todo el conjunto de muros, plataformas y escaleras colocadas por Jaine hubiera caído cinco metros. Lo que por supuesto no había ocurrido, pero los campos gravitatorios cambiaban, o quizá fallaban. Salvo que se hubieran caído del todo, y esta mierda al completo estuviera a punto de despeñarse hasta las entrañas de Infierno de Criccieth. O quizá contraerse en una masa supergravitatoria del tamaño de un puño en la que todos resultaran aplastados. Había tantas formas de morir en ese planeta. Y el resplandor que llegaba de arriba ya era mas intenso en su agresiva gloria.

Luego llegaron gritos.

Venían de arriba, voces en colvul con acento magdano. Tardó un poco en comprender lo que decían. Un desafío, seguramente, o las duras condiciones de rendición impuestas por los tipos duros de élite de los Uskaro. Pero no era éso. Porque la situación había llegado demasiado lejos incluso para gente para la que recibir latigazos formaba parte de su forma de vida y terminaba por gustarles.

—¡Vamos a bajar! —gritaban—. ¡Nos rendimos! ¿Tenéis alguna forma de salir de aquí?

La soldado en su interior le exigía matarlos sin más. Abatirlos a tiros, si es que la física del lugar lo permitía. O que siguieran allí arriba, más cerca de donde se filtraba la muerte. Pero había pasado mucho tiempo entre civiles y coloniales. También se le había enseñado a pensar que el Partenón eran las buenas y hacían lo correcto. Y eso no significaba que hicieran lo que quisieran para que luego sus actos fueran blanqueados como válidos porque eran quienes eran. Debían ser activamente virtuosas, defendiendo a la humanidad sin ceder nunca a la tentación que la doctora Parsefer había dejado en su camino cuando cocinó en probetas a sus perfectas ángeles guerreras. «Si las ángeles llegáramos a caer, seríamos un tremendo agente del mal en el universo». Era aterrador mirar al corazón de tu propia cultura, saber que era capaz de monstruosidades, y que sólo una devoción activa por el bien común las mantenía alejadas de ellas, mientras además el resto de la humanidad las odiaba.

—Tirad las armas y bajad —ordenó—. Shinandri, dígame que Idris está a punto de acabar, porque si no es así creo que todo este sitio es el que está acabado.

—Yo… Creo que está en comunión con Ahab, ésa es mi suposición —llegó la voz del hombre desde el casco—. Creo… Han hecho un descubrimiento.

—¡No es momento para descubrimientos! —le soltó Solaz.

—Yo… Por todo lo que… —La voz de Shinandri se detuvo—. Lo han hecho.

Pero en el espacio que tenían encima, donde la mirada de Solaz recorría los agujeros y rendijas, vio un zarcillo que se retorcía y avanzaba con bruscos cambios de dirección, como un rayo viviente. Brillaba con tonos que eran como gritos en la retina. Los *voyenni* se apresuraron entonces a bajar, eran cuatro y sin armas a la vista, incómodos en sus blindajes. Ya eran demasiados alrededor de los sillones de la Máquina. No había sitio suficiente para mantenerles a distancia a punta de pistola.

—Vosotras dos, ayudad en algo —les dijo a Emmaneth y Heremon, que se habían mantenido en un silencio inquietante—. En cuanto cualquiera de estos payasos empiece algo, rompedle los

brazos.

Luego Idris jadeó y medio se incorporó, agitándose dentro de los pliegues de aquel traje demasiado grande para su tamaño. Su casco rebotó contra uno de los brazos del sillón y se hubiera caído del asiento si no le hubiera agarrado Solaz. A su lado, Shinandri se enderezó con cuidado.

—Idris. —Intentó quitarle el casco, y luego dejó que lo hiciera Jaine—. Ha salido, apagad la Máquina. —A su alrededor, los chirridos y truenos del planeta crecieron incluso más.

—Ya está —dijo Jaine—. En cuanto volvió en sí la apagué. —Ya le había quitado el casco y la cara de Idris parecía confusa y agónica, cubierta de sudor.

—No es lo que pensábamos —consiguió decir.

—No me importa —le respondió Solaz—. Céntrate, Idris. Tenemos que salir de aquí. Apagarlo.

—Está apagado.

—¿Cómo está Ahab? —preguntó Jaine.

—No lo sé —admitió Shinandri—. Creo que se desconectó, pero no consigo comunicación.

—¿Por qué no se ha levantado entonces el escudo? —preguntó Emmaneth sin alterarse, tranquila incluso. Aunque ella había venido aquí a morir, así que su serenidad no era buena medida de la situación.

Jaine se desplazo a una consola que era más que nada un desorden de cables a la vista y pantallas sueltas.

—El campo se alzó —dijo sin más.

Otra réplica atronadora llegando desde arriba pareció desmentirla.

—Usar la Máquina daña esta instalación, y hemos superado sus límites —explicó Jaine—. La estructura originaria tenía daños cuando llegamos. Grietas en las paredes, donde las raíces se habían abierto paso. El campo retiene a la mayoría de las plantas todavía, pero las grietas crecen más y más y… —Les mostró una pantalla, en la que aparecieron cifras complejas que nadie más podía entender —. El corredor se… retuerce, tiene intermitencias.

—¿El corredor? —repitió Solaz sin pensar.

—La única forma de salir a órbita. El paso seguro por el que descendieron, por un pelo —dijo Jaine—. Ahora mismo es como un

sacacorchos. Un sacacorchos que no está en su sitio la mitad del tiempo. Si no puedo arreglarlo, no hay forma de escapar del planeta.

Kris

Kris estaba inclinada sobre la impresora cuando entraron los dos, el Uskaro mayor y el joven, y un solo *voyenni* para protegerles. Pudo escuchar que algo iba mal en otra parte de la nave, y sus pies le informaron de pequeños impactos y sacudidas. No habían faltado momentos en los últimos años en los que había maldecido a Olli furiosamente por sus reacciones excesivas a tal o cual insulto, pero éste no era uno de ellos.

En la parte negativa, el hombre que se habían traído, el sicario particularmente grande y desagradable, no era otro que Beyon, visto por última vez en Arc Pallator recibiendo latigazos antes de escapar de ese mundo condenado con su amo.

—Caballeros —empezó con dulzura, aunque la reaparición de aquel matón en su vida la hubiera alterado un poco. La verdad es que todo ese asunto de los latigazos iba dedicado a Solaz, pero a Kris le dieron igualmente un asiento de primera fila.

El *morzarin* Ravin Okosh Uskaro no aparentaba su habitual cortesía y la miró sin el menor aprecio. Con un leve gesto de los dedos envió a Beyon a por ella con la clara intención de agarrarla con algún propósito siniestro. «Escudo humano» posiblemente fuera la opción más probable, y Kris estaba cansada de ser candidata a ese rol.

Si hubiera sido una hija de puta más astuta, según el estándar espacial, probablemente habría dejado que la arrastraran entre los dos nobles, de forma que pudiera dar la vuelta a la situación con el truco clásico de cualquier rehén y ponerle el cuchillo en la garganta a Ravin. Beyon y Piter tenían pistolas y cuchillos, pero seguramente no los sacarían con la velocidad suficiente como para pararla. Resultaría muy bravucón y quizá hasta funcionara. Pero algo en su interior lo rechazaba: la graduada en Scintilla, fiel a las normativas, cumplidora de la ley. O al menos de ciertas leyes que fueran adecuadas en la jurisdicción correspondiente.

Así que el cuchillo salió rápidamente, lo movió bajo la nariz de

Beyon e hizo algunos giros hábiles cuando intentó quitárselo. Entonces fue a por ella sin más, sin la menor paciencia y ninguna sutileza. Ella era consciente de que él había sido formado en una disciplina de combate sin armas que sacaba el mayor partido a su tamaño y su fuerza. Pero suponía la necesidad de ponerle las manos encima, y su propio entrenamiento había consistido sobre todo en resistir todo el tiempo posible sin que nadie la agarrara.

Tenía que admitir que era una pequeña trifulca nada vistosa, un choque de estilos. Cuando retrocedió, ella respiraba con dificultad y él tenía dos dedos menos. El cuchillo de plástico que Colvari le habían impreso estaba ridículamente afilado. Si se hubiera dado cuenta no se lo habría puesto tan alegremente en la manga.

—Ahora —les dijo—, probemos con alguna alternativa para resolver esta disputa. —Estaba en su posición de duelo, con el cuchillo entre ella y Beyon. El hombretón parecía enloquecido, con la furia haciéndole olvidar el dolor. Había dejado de sangrar casi inmediatamente, lo que sugería que los siervos predilectos de los Uskaro se beneficiaban de algunas mejoras quirúrgicas para el combate. Pero la estaba reevaluando. Había pasado como mínimo de civil indefensa a amenaza a tener en cuenta.

—*Mesdam* Almier —empezó Ravin—, basta de esta insensatez. Se ha producido un considerable cambio de las circunstancias.

—Un cambio de las circunstancias —repitió Kris. Era una buena descripción de lo que pasaba cuando Olli desencadenaba su furia contra el universo—. Estoy segura. Me temo, Su Elegancia, que no me siento especialmente inclinada a cooperar con usted más tiempo y voy a marcharme por la puerta ahora mismo.

Los ojos de Ravin oscilaron entre ella y su cuchillo. Podía ver cuáles eran sus cálculos: las posibles ventajas de retenerla frente al daño adicional que podía causarles. Finalmente, se apartó de la puerta con toda la elegancia que pudo reunir, agarrando a su sobrino del brazo. Beyon gruñía en voz baja e insistente, y Kris no pudo evitar un bailecito alegre cuando pasó al alcance de su brazo. Disfrutó todo lo que pudo del trayecto alrededor del camarote hasta la puerta.

Y entonces abusó de su suerte, como comprendió desde el mismo momento en que las palabras salieron de sus labios.

—Voy a presentar cargos —les dijo—. Deben de existir

grabaciones que prueben mi secuestro en Toque de Difuntos, y ustedes consiguieron quemar todos sus puentes allí, así que les alegrará ayudarme, Sus Elegancias. Les veré en los tribunales.

Ravin, más viejo y sabio, se limitó a poner los ojos en blanco ante la bravata, pero no se había dado cuenta de lo tenso que estaba Piter. Eso debió de parecerle el insulto definitivo y perdió el control.

Cuando fue a por ella, disfrutaba tanto de la situación que no estaba preparada. Llegó a ponerle la mano en el brazo en que tenía el cuchillo, pero no acabó de cerrarla, y los reflejos de ella se activaron. Un momento después ya se había alejado tres pasos, fuera de su alcance, pero de nuevo dentro del camarote.

Ravin gritó a su sobrino que la dejara y se comportara, pero Piter estaba evidentemente más allá de la disciplina familiar.

—Te crees que te vas a salir con la tuya —soltó con rabia—. Que eres tan buena que puedes decirme que estamos jodidos. Que lo saben todo. Pero si caemos no será porque una chupatintas venida a más se pueda reír de nosotros.

Eso no significaba literalmente nada para Kris, salvo que Olli destrozando la nave no era el cambio de circunstancias al que se referían. Tenía tantas preguntas ahora mismo… Pero, por desgracia, Piter ya había sacado su cuchillo, porque quería que aquello fuera personal y eso exigía contacto físico.

Ravin gritaba, y ahora Beyon estaba de nuevo en movimiento, y todo esto se encontraba lejísimos de un combate de las sociedades de duelo de Scintilla. Pero a lo que se parecía, aunque fuera un poco, era a una de esas peleas por honor que la facultad de Derecho a la vez prohibía e impulsaba de manera encubierta, donde podías ser arrestada por un bedel en cualquier momento y moría gente. Donde ella arruinó su carrera.

Beyon no iba a pararse por la amenaza de un cuchillo o un poco de daño. Fue a por él primero, dejando que Piter la persiguiera. No buscó la mano que le había herido, que debía estar tan saturada de analgésicos que no se habría enterado si se la amputaran. Dejó que sus pies la llevaran al viejo truco con el que había ganado muchos duelos y, en vez de amenazar su garganta, le tiró tajos a la cara. Era difícil ralentizar a un hombre tan habituado al dolor, pero el filo del cuchillo dejó muchos rastros desagradables a su paso. Tenía sangre

en los ojos y podía tomar aire con un nuevo agujero en la mejilla. Ravin, que seguía gritando, intento interponerse, con lo que la siguiente embestida torpona de Beyon terminó derribando a su amo. El cambio en el hombretón fue instantáneo, de bestia a cachorrito avergonzado. Se puso a ayudar a Ravin a levantarse y quedó fuera de la pela por el momento, entregado a disculpas y lamentos con la cara convertida en una máscara sanguinolenta y en carne viva.

Piter pasó de largo los cuerpos enredados de los otros dos de un salto y aterrizó para darle una puñalada casi de manual en el hombro. Kris se giró convulsivamente para convertirlo en una fina y fría línea de dolor. Se detuvo por un momento, porque el de su rival había sido un acierto que debía conceder. Su adhesión a las formalidades casi le costó la vida cuando el siguiente ataque buscó sus costillas. Pero lo desvió con la mano libre casi a la vez que lo veía. Luego dio un tajo superficial pero sangriento al antebrazo de Piter. Uno a uno.

Volvieron a separarse. Kris casi podía ver el radio de acción del cuchillo como un círculo reluciente que le rodeara, en el que tendría que entrar para tenerle al alcance del suyo. Descubrió que sonreía al sentir ese momento de pura nostalgia, de la mejor y de la peor.

—Piter, ¡insisto en que pares! —le gritó Ravin—. Beyon, ¡sujeta al idiota de mi sobrino! —El hombretón, con la cara medio cubierta de sangre, vaciló con aire miserable entre los dos.

—Podemos considerarlo un empate, Su Elegancia —invitó Kris— o podemos ir a por un asalto decisivo. —Blandió el pequeño cuchillo de plástico hacia él, con un giro de muñeca preciso que llevaba años sin usar.

Más tarde comprendería que ese gesto fue el que le hizo estallar. Le había marcado, y no debía llevar en el cuerpo los mismos supresores de dolor que Beyon. Pese a todos sus aires y la cicatriz que lucía tan orgulloso, a Piter no le gustaba que le hirieran.

Sacó de forma torpe la pistola con su mano izquierda y le apuntó a la cara con ella. Posiblemente sólo pretendiera amenazarla, dejar claro su dominio sin correr el riesgo de llevarse más disgustos. Si ésa era su intención, fracasó por completo.

Ella buscó la única opción cuando alguien saca una pistola en

una pelea de cuchillos. Terminar. Piter estaba concentrado en apuntarle, así que ella pudo apartarle el cuchillo y aprovechar que había descuidado su guardia. Quería ponerle el filo en la garganta, para pasar a controlar la situación y sacar la pistola del juego. Pero él no cooperó, y la golpeó en la cabeza con la culata del arma, a la vez que le lanzaba un tajo desgarbado. Le arañó algo en el brazo pero sin causar ningún daño serio.

Ella se lanzó hacia adelante y volvió a verse en su último duelo en Scintilla. Porque en el interior de la leguleya Keristina Soolin Almier, siempre tan civilizada, había algo que realmente quería ganar. No sólo sobrevivir, sino ganar. En este caso, ganar suponía clavar su cuchillo en el cuello de Piter Tchever Uskaro hasta la empuñadura, y lo hizo lo mejor que pudo para no tener que hacerlo una segunda vez.

Retrocedió cuando él cayó, y entonces Beyon fue de verdad a por ella. Eso podría haber terminado de cualquier forma de no ser porque Olli entró violentamente por la puerta en ese mismo momento, rajando o doblando el metal en su camino según conviniera. Esta explosiva entrada bastó para enviar a Beyon de vuelta a proteger a Ravin. Kris se agachó sobre Piter al instante para detener la hemorragia, gritando por el amor de Dios que alguien trajera un equipo médico. Había estado antes en esa situación, pero entonces todo el mundo estaba tan aterrorizado por haber sido testigos de un duelo que terminó mal que nadie pudo ayudar.

Fue el puñetero Havaer Mundy, ex miembro de la Casa Ácida, el que finalmente trajo una compresa y aplicó analgésicos, agentes regenerativos y todo lo demás. Piter mostraba un color ceniciento a esas alturas, inconsciente, y Kris todavía no estaba segura de si llegaría a sobrevivir. O, si lo hacía, de qué tipo de cicatriz iba a quedarle. Magda seguro que disponía de los mejores reemplazos de tejidos para su boyardo, pero ella le había hecho un destrozo de mil demonios, y estaban muy lejos del hogar de los Uskaro.

—¿Estos dos van a dar algún problema? —preguntó Olli, señalando a Ravin y al jadeante Beyon—. Podría haber un accidente. Otro más.

—No, está bien. Vinisteis por mí, y ahora nos vamos —dijo Kris, que se sentía exhausta ahora que la adrenalina desaparecía—. Pero dime, ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que ha pasado ahí fuera?

—¿Qué? —dijo Olli, pestañeando.

—Kit dice —intervino Mundy, que seguía poniéndole a Piter todo lo que había podido encontrar en el equipo médico de los Uskaro— que debemos darnos prisa y salir.

—Oh, vale. Me distraje un poco peleando con estos payasos —dijo Olli.

—Sólo intentaba informarle —dijo glacialmente Ravin Uskaro, y de manera bastante falsa en opinión de Kris porque no lo había hecho—. Las circunstancias han cambiado ahí fuera. El combate entre la *Intrépida* y sus amigas parteni —casi escupió las últimas palabras— ha terminado. Llegó alguien más.

32

Idris

Idris vio a Solaz tomarse un momento para digerir las noticias sobre la desintegración del corredor.

—Errático no significa imposible —dijo entonces, justo como él sabía que haría. También sabía que esta vez se equivocaba. No había forma de subir el pozo de gravedad de Criccieth, no en ese momento. Aquella biosfera repulsiva dirigía su última carcajada al resto del universo.

Shinandri se había soltado los tubos y estaba sentado a un lado del sillón.

—¿Podríamos preparar algún tipo de… baliza? Para preservar en órbita lo que hemos descubierto, donde se pueda encontrar, ¿no les parece? Porque… —Se encontró con la mirada de Idris—. Lo hemos encontrado. Al final, en el último momento, hemos… comprendido lo que veíamos. Supongo que es un… —Y luego llegó otro sonido desgarrador desde arriba que detuvo sus palabras. Todo el mundo dio un respingo, parteni, *voyenni* y tothiat, el grupo al completo. Por muy duros que fueran o mucha tecnología de que dispusieran, nada iba a salvarles de lo que se venía.

Lo mismo podía decirse de cualquier intento de enviar una baliza.

—Doc —empezó Jaine—, los originarios no pudieron construir nada que sobreviviera a este lugar sin que sus campos de gravedad desviaran la radiación. ¿Le parece que podríamos sacar algún tipo de cápsula de esta atmósfera sin que se deshaga en átomos?

Y entonces llegó la voz.

—¡No! —resonó contra cada muro y puntal, como si fuera el propio planeta el que les hablara, el propio ecosistema hambriento —. ¡No! ¡Lo que descubrimos no puede enterrarse!

—Ahab —susurro Emmaneth. Las palabras del naeromath sonaban tan distorsionadas que Idris no había reconocido al interlocutor.

—¡Sabes lo que hemos descubierto! ¡Idris! ¡Lo sabes! —La enloquecida sucesión de exclamaciones era lo único que el traductor podía extraer de los pensamientos de Ahab—. ¡El conocimiento debe sobrevivir!

—Sí, sé lo que encontramos. —Idris contuvo el impulso de responder también a gritos. Las angustiosas novedades que deberían haber provocado su inofensiva furia sólo habían dado paso a una terrible tristeza—. No era lo que pensábamos.

—¡Suficiente! ¡La cruzada continúa! —tronó Ahab—. ¡Debe preservarse!

—¿Qué? —interrumpió Solaz—. ¿Qué se debe preservar? Os llevasteis a Idris, le trajisteis a este infierno, le metisteis en vuestra máquina. ¿Por qué? ¿Qué tiene de importante todo esto? —Prácticamente metió al Señor Agujeros bajo la nariz de Shinandri, lo que le puso a balbucear sin dar explicaciones válidas. Salvarles a todos iba a ser cosa de Idris, por supuesto. Siempre parecía acabar por reducirse a eso,

—Pensaba que encontraríamos algo que esclavizara a los Arquitectos —comentó sin emoción—. Eso era lo que yo buscaba en el nospacio. Había algo, y teníamos… Es como resolver una ecuación. Teníamos que interpretarla, escudriñar los números hasta que descubriéramos lo que buscábamos. Y lo hicimos al final. Sólo que no era lo que pensábamos.

—Idris —le dijo llanamente Solaz—. Te quiero a muerte y me ha alegrado muchísimo encontrarte vivo, pero tienes que aprender a ir al grano.

—No encontramos a sus amos —siguió con dificultades—. Descubrimos dónde se forman los Arquitectos, en lo profundo del nospacio.

—Milagroso —jadeó Shinandri.

—¿Y eso significa…? —probó Solaz.

—En teoría, podríamos descubrir un modo de atacarles allí. De destruir su nido, su guardería, su campo de probabilidades, lo que sea. Matar a sus crías.

—¡Sí! —rugió Ahab a su alrededor—. ¡La venganza justa por lo

que se perdió! —Idris lo comprendía, de verdad que sí. Vio la misma idea en Solaz, en todos ellos. «¿Por qué no?». Podría responder: «Porque son esclavos y les han obligado a atacarnos», pero no le importaría a nadie.

—Puede… —Jaine tenía los ojos entrecerrados para hacer cálculos—. Creo que podría preparar una señal, una señal lo suficientemente grande como para sacar fuera los datos que conseguimos. Puede ser. De algún modo. —Idris vio que sus labios seguían moviéndose después de que las palabras terminaran, discutiendo detalles prácticos consigo misma.

—¡No! —aulló Ahab—. ¡La Máquina debe preservarse! No podemos rendirnos. ¡Es nuestra punta de lanza! ¡Nuestra arma!

—Jefe —se dirigió Jaine al rugiente vacío que les rodeaba—. Este lugar no va a seguir en pie por mucho tiempo. La Máquina y lo demás. Si ya hicieron su puñetero descubrimiento, entonces quizá yo pueda… Ni siquiera sé cómo…

—¡No! —Otra vez esa ciega negativa insistente que había llevado a Ahab hasta tan lejos—. ¡Idris! Tú has vivido dentro del corazón de la Máquina. Has visto lo que hay aquí en este mundo. ¡Entiendes la única verdad del universo! ¡Nada es importante! —La voz de Ahab vibraba en el suelo y las paredes—. ¡Ése es el secreto! ¡Nada es importante!

—Oh. Joder —dijo en voz baja Emmaneth ante el eco de los gritos—. Nihilismo. Una filosofía con la que puedo estar de acuerdo. Genial.

—No —dijo Idris. Volvió a su sillón—. Jaine, necesito ir otra vez.

—Si entras va a caer hasta el medio escudo de mierda que nos queda —señaló ella.

—Sabes que no va a cambiar nada más que lo rápido que corra el reloj —argumentó.

—Idris, espera, podemos… —El casco de Solaz miró hacia la escotilla de arriba, y hacia el creciente resplandor que parecía devorar sus bordes. Idris comprendió las enormes ganas que ella tenía de hacer lo que siempre hacían las parteni. Echárselo encima y batallar a través de todo lo peor que Infierno de Criccieth pudiera lanzarles, subir a una nave, escapar del planeta, salvar la situación. Pero esa luz de ahí arriba era una situación de la que nadie les

podría salvar.

—La nada es importante —repitió Shinandri, pero con un tono especulativo, distinto, y ese artículo por delante que quizá el traductor no había considerado necesario. Lo comprendió. El nospacio, los muros originarios, los pasajes, el universo, desde el vacío entre las estrellas a los huecos en el interior de los átomos, todo trataba sobre la nada y la forma en que se disponía. Lo que significaba que no había muros en absoluto si podías colocar las partes de nada de la forma correcta. Era lo que hacía el motor gravitacional de una nave cada vez que entraba o salía del nospacio. Incluso la realidad se subordinaba a la nada. Podías llevar una nave y convertirla en un sueño, luego impulsar ese sueño a través del universo para volver a materializarlo alrededor de otra estrella.

La Máquina era una ventana al nospacio, pero en tanto que motor gravitacional que dirigía su potencia al propio límite entre lo real y lo irreal.

—Esto no va a funcionar —afirmó Idris, y luego volvió a estar en el foco de la Máquina, mirando las vastedades del nospacio. Sintiendo allí abajo la Presencia, que percibía paulatinamente su intrusión; sintiendo la lejana estructura de energía e información donde nacían los Arquitectos, y el peso culpable que suponía ese conocimiento. Sintiendo la distorsión del pozo de gravedad de Infierno de Criccieth, que la Máquina usaba para enfocar su ojo inmaterial. Finalmente estaba el propio universo, en su dispersión precisa de pequeñas distorsiones, con la nada en la que flotaban estrellas y planetas hasta el infinito, colocados de acuerdo a algún plan, o sin plan alguno, o…

«Algún plan», pensó, indefenso, perdiendo resistencia frente al embudo de la nada, con la Presencia alzándose al fondo. «Ahab lleva razón: la nada es importante. Shinandri lleva razón: lo que importa es la disposición exacta de la nada, los espacios y no las cosas que los limitan. Existe un plan. Y ahora mismo estoy distorsionando ese plan tan sólo aplicando mi mente al nospacio. Arruino algo perfecto».

Incluso iba a hacer algo peor, como había entendido Ahab. Ya tenían lo que les hacía falta del ojo que se asomaba a Infierno de Criccieth. Y ahora era el momento de irse.

—Esto no puede funcionar —dijo, porque si lo hiciera entonces los originarios no habrían abandonado esta joya de su desvanecida corona incrustada como una perla en la radiación mortal de Infierno de Criccieth. «Si puedo hacerlo, ellos podrían haberlo hecho». Salvo que él podía ver las ecuaciones con tanta claridad como si alguien se las hubiera tallado en las retinas con una navaja. Cómo se podían manipular los campos gravitacionales desde aquí, pero no si estabas… en el nospacio. «Los originarios trabajaban al otro lado de la frontera. Todas sus ruinas, todos sus trabajos, sólo eran sus mínimas intrusiones en lo real. Su civilización nunca existió en la realidad, y quizá allí es donde fueron al final. Dejaron de existir y sólo quedaron atrás los pasajes y algunos restos que no fueron capaces de llevarse».

Imposible. Obviamente imposible. Nada podía vivir en el nospacio. Salvo los Arquitectos, por supuesto. Y la Cosa que vivía en el nospacio. Fuera el heredero de los originarios, o su depredador, o la forma adulta a la que evolucionaron, o… Quizá aguardaba en lo irreal todo un bestiario que nadie había descubierto.

Pero no quedaba tiempo ni espacio para más especulaciones. Era el momento de irse.

Quería decirles que se prepararan, avisar a todos que esto no funcionaría, y que estaba a punto de acelerar el final. O quizá destruyera la mitad del planeta, incluidos ellos mismos, con alguna liberación espectacular de energía. O no pasaría nada en absoluto.

Quería decirle adiós a Solaz, que había venido a por él a pesar de todo. No se merecía tener esos amigos, y desde luego ellos no se merecían morir por su culpa.

Pero nada de eso era posible, y las garras de Infierno de Criccieth se cerraban sobre la base en esos mismos instantes, así que mejor que acabara lo que había venido a hacer. Desde que Ahab había plantado la idea en su cabeza, había entendido cómo podía conseguirlo. Pensaba que era como sacar una canica de un lavabo. Era difícil pararla cuando iba pendiente abajo, en este caso siguiendo la gravedad del planeta. Era también difícil porque una vez que la canica estaba en movimiento su tendencia natural sería desaparecer por el desagüe. Y esta canica además estaba colocada justo en el límite de una vasta discontinuidad de energía, realidad contra irrealidad. Algo a lo que las canicas normales no debían

enfrentarse cuando les dabas un toque era a un mal funcionamiento catastrófico de la realidad.

Pero ya había visto algo parecido antes. Los essiel lo usaron en Arc Pallator cuando arrebataron de las fauces de la muerte a sus fieles, arrancando todo el templo del suelo para colocarlo a salvo en otro lugar. Había observado una huella similar en la forma en que la ciudad originaria de allí gritaba al firmamento, retorciendo los límites entre lo real y lo irreal, incluso aunque no fuera más que una ruina muerta. Y esta instalación de aquí seguía viva.

Tendría que confiar en que su subconsciente pudiera hacer los cálculos. Sin perder de vista la canica dentro de la que se encontraba, utilizó su mente. Clavó las uñas en la sustancia del cosmos, la nada del nospacio, y retorció todas las curvas y gradientes de cada punto imaginable.

Luego la Presencia se levantó como un kraken, porque ahora sí que había llamado su atención. Le conocía desde tiempo atrás, pero Idris nunca antes había sido capaz de resultar tan molesto.

Venía con las mandíbulas abiertas, y aunque lo que estaba moviendo Idris era enorme, mucho mayor que cualquier nave que hubiera pilotado, todo el conjunto cabría en la circunferencia que formaban esos dientes sin que sobrara nada. Salvo, por supuesto, que no eran dientes; era la nada entre ellos la que te podía devorar.

Sabía que todos los demás estaban sintiendo lo mismo. Confió en que fueran capaces de soportarlo. Sólo llevaría un segundo y medio, aunque él, que mantenía en equilibrio toda la energía y la masa del universo en la cabeza de un alfiler, lo vivió como si durara un siglo.

Luego estuvieron fuera del alcance de la Presencia y se desconectó de la Máquina. Cuando emergió, se encontró con el terrible lamento de aire torturado que se escapaba en todas las direcciones. La Máquina, y un trozo arrancado de la instalación originaria, se encontraba en órbita sobre Infierno de Criccieth.

Sintió pánico por unos instantes, porque la verdad es que no había pensado en el plan más allá de la propia fuga. Reaparecer en el espacio y sin gravedad no formaba parte de sus preocupaciones. Se encogió en el sillón y luego Jaine cortó toda la energía a la Máquina, por encima del rugido del aire.

Que disminuyó. No, como habría podido pensar razonablemente, porque se quedaran sin aire, sino porque el campo

que rodeaba la instalación se había cerrado en el momento en que la Máquina murió. La atmósfera a su alrededor vibró mientras el aire se movía para ocupar todos los lugares de la instalación desinstalada, aunque había fallos en el cierre del campo que de vez en cuando dejaban escapar chorros. La gravedad había vuelto, pero era igualmente poco fiable, con una intensidad que según la opinión profesional de Idris fluctuaba entre la mitad y los tres cuartos del estándar terrestre. También se complicaba con el hecho de que esta parte arrancada no dejaba de girar. El tirón hacia afuera del giro era de unos setenta grados respecto al plano gravitacional que los motores de la instalación intentaban imponer.

—Algo de estabilidad, Jaine, por favor. —El doctor Shinandri estaba sentado en su propio sillón, aferrándose como podía. Se había quitado el casco, pero Jaine le obligó a ponérselo de nuevo.

—No controlo la situación —les dijo—. Podemos perder todo el aire en cualquier momento. Así que… Mejor seguid con los trajes. Todo el que lleve uno, que siga con él puesto. —Idris se dio cuenta de que ella era la única que no tenía. No es que su traje o el del doctor estuvieran concebidos para el espacio, pero eran mejor que nada. Las dos tothiat no estaban preparadas, pero el vacío no podía matarlas. La gente de Solaz y los *voyenni* habían venido todos preparados para el espacio. Lo que dejaba…

—Ahab —recordó—. ¿Dónde está Ahab?

—Aquí no —se limitó a decir Jaine, que seguía luchando con el traje de Shinandri—. Intenté dar con él pero los comunicadores están fritos ahora mismo. El campo los jode, y la mitad de los apaños que hice en ellos sigue en la superficie. Eso —añadió— es parte de lo que quiero comentarle sobre lo que acaba de hacer, *menheer* Telemmier. Fue tremendo. Vale, Doc, listo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Solaz—. ¿Podemos transmitir?

—Puedo intentarlo —dijo Jaine—. ¿Qué ha pensado?

—Llamar a nuestra nave y que vengan a buscarnos. Si es que siguen ahí fuera. Había una guerra en marcha cuando bajamos. —Idris podía percibir la tensión en su voz.

—Déjame… —Jaine ya estaba sobre otra consola, otro apaño que había acoplado a la tecnología que Ahab había superpuesto a los sistemas dispuestos por Jaine, que a su vez no eran más que

parásitos de los originales originarios. Por lo que Idris sabía, se estaban desangrando en el espacio.

Sintió un terrible deseo de volver al sillón y activar la Máquina, pese a las muchas razones por las que era una idea terrible. El nospacio siempre le había horrorizado, era un enemigo con el que se enfrentaba cada vez que hacía su trabajo. Pero ahora escuchaba el canto de las sirenas que le llamaban desde las profundidades de la irrealidad. «¡Cuánto podrías aprender!». La Máquina había puesto toda su perspectiva del universo boca abajo. Sus manos temblaban sólo de pensarlo. «Me han convertido en un adicto a las revelaciones».

—Tengo… ¿algo? —comenzó Jaine. Por un momento apareció una pantalla proyectada por encima de su consola que mostraba unas naves dispersas. Debía de estar consiguiendo algunos datos al respecto porque continuó—. ¿La nave de rescate es la suya? Sigue ahí. Le he mandado una señal. No puedo abrir un canal de voz, pero hago envíos intermitentes a la manera espacial. —Eso quería decir que lo único que podía enviar era una alternancia de señal/no señal, poco más que ceros y unos. Pero los espaciales llevaban escapándose de situaciones jodidas como ésta a lo largo de las generaciones crecidas desde la poliáspora. Existían códigos muy asentados.

Ahora Jaine miraba su consola fijamente, y todo el mundo, absolutamente todos, estaban completamente callados, a la espera de que ocurriera algo.

—Respuesta recibida —dijo al fin—. Vienen a por nosotros. —Miró hacia arriba, dirigiendo los ojos no a su entorno inmediato, sino a la estructura que Idris había arrancado del suelo—. De acuerdo entonces. No tengo la menor idea de lo que sigue intacto entre aquí y el espacio abierto, pero estoy activando una baliza en el límite del alcance actual de mi red. Habrá que esperar que se encuentre en el exterior y en algún lugar que pueda localizar su nave. Doc, ¿puede caminar?

—Lo prefiero a terminar por quedarme sin aire —admitió, y ella le ayudó a levantarse del sillón, encogido ante la extraña gravedad y el aire inquieto.

—Dadme la ruta —ordenó Solaz. Jaine levantó una ceja ante su tono pero asintió.

—Se me ocurre que lo que haya entre aquí y allí puede que no tenga que ver con los planos después de lo que hizo su chico.

—¿Tienes algún traje? —le preguntó Solaz. Ella le devolvió una leve sonrisa.

—Bueno, no soy exactamente a prueba de vacío, pero —se descubrió su torso cibernético— me defenderé mientras pueda.

Antes de que les dejara ponerse en marcha, intentó de nuevo llamar a Ahab, más de una vez. Pero no obtuvo respuesta.

—Su terminal de la Máquina debería de seguir en esta parte de la instalación que nos hemos llevado —murmuró—. Vamos, jefe. —Terminó por rendirse, porque Solaz estaba claramente a punto de marcharse sin ella.

Moverse a través de lo que quedaba de la instalación era una pesadilla de orientación tridimensional. La gravedad ya no estaba domesticada y cada lugar al que accedían era un nuevo campo de batalla con clima cambiante y vientos que los azotaban, levantaban a la gente de sus pies o intentaban arrastrarles al abismo. La presión del aire también caía. No de forma rápida pero lo bastante para que Idris pudiera percibirlo. No tenía ni idea ni siquiera de si estaban en una órbita estable, y lo más probable es que toda esa parte arrancada de la instalación terminara cayendo cataclísmicamente de vuelta a la letal radiación de Criccieth. Idris se preguntó si quedaría algo que pudiera llegar hasta el suelo.

«No he salvado nada. Lo siento, Ahab». Ahab, que tampoco se había salvado.

Pasaron por una sección del pecio en la que el aire escapaba a la nada con un aullido y la gravedad actuaba en espiral por las paredes y el techo, variando su tirón según el giro que daba el conjunto. Jaine vaciló allí, porque la tenue atmósfera le congelaba la cara y las manos, con lo que Idris y Shinandri tuvieron que ayudarle. Idris vio cómo sus mecanismos internos funcionaban a toda máquina. Todos esos órganos artificiales de su torso trabajaban horas extra para descongelarle la sangre y mantener oxigenado el cerebro, mientras la piel que le quedaba tomaba un tono azulado. Luego Emmaneth les apartó. Su rostro desprendía un brillo frío y sus ojos se habían quedado congelados abiertos, pero a ella no parecía importarle. Se limitó a tomar en brazos a Jaine y saltar a través de la sala, con caídas complicadas —al equivocar la pared

por las variaciones en la gravedad—, pero recuperándose de inmediato, a la vez que las rodillas se curaban solas. Heremon la perseguía por si en realidad se trataba de algún intento de huida.

Todos se agruparon en la sección siguiente y Shinandri consiguió cerrar una escotilla que redujo la principal fuga de aire, pero no otros escapes intermitentes que daban tirones a la atmósfera a izquierda y derecha. Las dos tothiat se miraban amenazantes, a punto de que enzarzarse, pero luego Emmaneth lanzó una sonrisa despectiva y le dio la espalda sin más a la otra mujer. «¿Qué puede hacer Heremon, después de todo? ¿Darle un puñetazo?».

—Podéis las dos simplemente… —empezó Solaz, pero luego escuchó algo—. He tenido comunicación, sólo por un instante.

—¿De quién? —preguntó Jaine débilmente. El color volvía a su cara y se encontraban otra vez fuera del peligro de congelación.

—Sonaba como Kittering.

—Yo no tengo nada.

Luego treparon a través de una escotilla del tamaño adecuado para un naeromath hasta un gran nivel abierto, y la gravedad cambió de lado a la vez que volvía el viento. Se encontraron de repente deslizándose hacia abajo por un suelo inclinado. Idris sujetó a Shinandri cuando el doctor perdió el equilibrio, y luego fue uno de los *voyenni* quien agarró a la pareja inesperadamente. Pero sólo frenaban su caída, usando botas magnéticas y trajes que convertían un descenso en picado en una bajada con paradas continuas por una rampa que no parecía decidirse sobre dónde estaban el arriba o el abajo. En medio de esa situación, escuchó una voz que salía del traje de Solaz. Estaba salpicada de estática, pero el traductor de Kit resultaba claramente reconocible pese a todo.

—¡Atraque conseguido! —decía el hanni.

Solaz se asentó en el suelo, que perdía su inclinación a medida que la gravedad artificial empezaba a actuar otra vez.

—¿Dilo otra vez?

—¡Escuchar tu voz es siempre bienvenido! La baliza es nuestra. El rumbo se mantendrá hasta que seamos alcanzados.

Idris vio a Solaz hacer recuento: no habían perdido a nadie. El mundo no estaba tan loco como unos momentos antes, pero se movía en el filo. «Abajo» todavía oscilaba por debajo de ellos como

un pez ansioso bajo el hielo.

—¿Estáis a salvo? ¿Qué ha pasado con la *Intrépida*? —preguntó Solaz—. ¿Van a venir a dispararnos?

—No, no, combate interrumpido —llegó distante la voz áspera de Kit—. Un cambio de circunstancias ocurrió. Hay una *Guadaña*.

—Repite —le pidió incrédula Solaz—. Me ha parecido escucharte que hay una guadaña.

Idris se dio cuenta del cambio que la noticia había producido en Heremon y Emmaneth, pero no tenía el contexto necesario para interpretarlo.

—Nave identificada como la *Omnipotente Guadaña Matutina* —informó Kit—. Un empate se produce actualmente.

—¿Está aquí la Cosecha? ¿Qué hacen ellos…? —La mirada de Solaz se dirigió a Emmaneth—. Me imagino que no sólo…

A Emmaneth no le había preocupado que Heremon viniera a por ella hasta ese preciso momento. «Nunca me atraparéis», había dicho, por lo que la presencia de la otra tothiat no le parecía más que una complicación. Pero su antiguo amo y señor había venido a por ella en persona, y eso lo cambiaba todo.

Levantó el arma y vació de inmediato el cargador en Heremon, abriendo en canal el torso de la otra, con una docena distinta de heridas que habrían matado a cualquiera. Un momento después le dio un golpe en el pecho abierto con fuerza suficiente para tirarla hacia atrás. Idris vio los huesos del brazo de Emmaneth hacerse añicos por el impacto. Luego saltó para alejarse y la gravedad escogió ese momento para virarse, desperdigando a todos por el suelo de planchas de hierro tachonadas con remaches.

Emmaneth se estrelló contra una mampara. Idris vio que la mitad de su cuerpo se deformaba por el golpe, pero recuperaba su integridad igual de rápido. Les dirigió una mirada mientras todos iban daban tumbos hacia ella, y luego metió los dedos en una costura entre planchas.

—¡No! —gritó Jaine, que comprendió lo que iba a hacer.

—¡Lo siento! —respondió Emmaneth, que abrió la pared.

Del otro lado debía de haber sólo la mitad de presión atmosférica, porque todo el mundo sufrió un violento giro a la izquierda, se soltó de donde estuviera agarrado y fue absorbido por la siguiente sección del pecio. Emmaneth iba por delante, seguida

por Heremon —con su piel todavía cosiéndose de nuevo— dándole caza.

La mano que sujetaba el cinturón de Idris le atrajo más cerca de repente. Giró la cabeza para ver la placa frontal de uno de los *voyenni*. Apenas podía ver la cara estrecha y llena de cicatrices del hombre y cómo movía los labios cuando hablaba por su comunicador.

Y entonces se alejó con Idris bajo el brazo como si fuera un paquete. Los compañeros del hombre venían con ellos en dirección al espacio abierto, alejándose del rumbo que habían tomado las dos tothiat y dejando atrás a las parteni.

33

Idris

«Por una vez estaría bien ser fuerte», pensó. Pero los espaciales herederos de tres generaciones de malnutrición y entornos cerrados tendían a la delgadez, e Idris era un pequeño espantapájaros incluso entre ellos. Los *voyenni*, por contra, eran seguramente reclutados entre los más fortachones que podía ofrecer la sociedad largo tiempo asentada de Magda, y luego engordados con carne roja y esteroides. Por mucho que pateara y forcejeara cuanto quisiera, Idris no haría más que desviar levemente al hombre de su rumbo.

Escuchó las cantarinas notas agudas de los aceleradores detrás y no pudo evitar un gesto de dolor, aunque su mueca se dibujaría momentos después de que cualquier disparo pudiera haberle alcanzado. Aunque sí que alcanzaron algo. Hubo una explosión fuera de su vista. Produjo una cortina de sangre que se curvó extrañamente en la gravedad cambiante. Uno de los otros *voyenni* se había interpuesto en el fuego o simplemente estaba en su trayectoria.

—Esta vez no podéis ganar —le gritó al sobaco de su captor.

La parte de «esta vez» manifestaba su cansancio: ¿cuántas veces habían fracasado ya estos macarras en sus intentos de llevárselo? «¡Quizá ya ni siquiera soy importante!». Después de todo, la situación había cambiado. Pero los *voyenni* sólo seguían sus órdenes más recientes, que eran las de llevarse a Idris.

—No valgo vuestras vidas —insistió—. Mira, la nave que viene es la mía, con mis amigos a bordo. Habría bastado con que os subierais y os habrían repatriado. Y ahora vais a encontraros con Olli y os va a arrancar la puta cabeza.

—¡Cállate! —El hombre le tuvo en un momento sujeto en su brazo extendido, agitándole como si fuera un muñeco—. ¡El fracaso

no es una opción! —Sonaba como si estuviera a punto de echarse a llorar. Idris alcanzó a ver su gesto tras el visor: ojos saltones, venas abultadas, asustado hasta perder la razón. Un hombre que toda su vida fue grande y fuerte, que había escogido el bando que creía ganador y no había necesitado más hasta ese momento. En el que se encontraba huyendo a través de un amasijo laberíntico de tecnología alienígena, perseguido por un enemigo implacable y sin ningún lugar adonde ir.

Llegaron más gritos desde detrás: las parteni les seguían de cerca.

—Te mataré —dijo el *voyenni*—. Antes que dejar que se te lleven. —Empezó a revolver un bolsillo de su traje sin dejar de dar tirones a Idris como si fuera un globo de juguete. La gravedad casi había desaparecido de forma súbita, y una gran corriente de aire ululante les tenía a los dos entre sus dientes, arrastrándoles de un lado a otro, desviándoles para enviarles contra las paredes. Idris ahora se agarraba al brazo del hombre, dejando que fuera el *voyenni* el que abriera camino y le amortiguara los golpes. Las ondas y fluctuaciones de los campos de la instalación le llegaban primero a la cabeza, luego al cuerpo, porque sus sentidos recibían información de los límites del nospacio sobre los que cabalgaban. Vio la placa protectora del casco del hombre rajarse por un impacto, y otro perforó la bolsa que estaba intentando abrir. Salieron distintas herramientas, que de inmediato quedaron pegadas contra un muro metálico, al igual que ellos dos. Cada partícula ferrosa de sus trajes se había magnetizado de repente y les sujetaba allí, lo mismo que al pequeño juego de herramientas y al cuchillo que era seguramente lo que buscaba antes.

El *voyenni* intentó hacerse con ese cuchillo suelto, pero se encontró que estaba casi soldado a las placas de hierro mal colocadas por el naeromath. Con un gruñido buscó la garganta de Idris, pero el inter había escuchado el susurro del campo que les rodeaba. «Ahora, ahora». El cuchillo voló hasta su mano como un pájaro amaestrado.

El *voyenni* soltó un ruido como de gárgaras e Idris clavó la hoja en el codo del hombre, entre las placas del traje. El pinchazo se debería haber sellado al instante pero Idris lo dejó ahí, encajado entre el blindaje y los huesos. Luego dio una patada, anticipándose

al cambio de la gravedad de forma que pasó de casi flotar a quedar de pie. El *voyenni* le miraba completamente fuera de sí, iluminado por una extraña luz. Retrocediendo.

Esa luz: filtrándose por el visor del *voyenni*, reflejada por cada pequeña superficie brillante de su traje, tiñendo las propias paredes. Una luz verde, amarilla y púrpura, una luz naranja, todo a la vez, agrediendo a los ojos, chillando a los centros visuales del cerebro. Idris había visto antes esa luz, pero sólo con algunas espesas capas de protección entre él y las cosas que la desprendían.

Se dio la vuelta y vio que descendía del techo un zarcillo espinoso y serpenteante que brillaba y rezumaba y abrasaba con esa luz. La flora de Infierno de Criccieth no había quedado del todo atrás en el planeta. Una muestra había conseguido subir agarrada.

Se retorcía y crispaba, avanzando con espasmos repentinos, se reproducía y tejía en el aire. Se dio cuenta de que no se movía. No era una serpiente sino una raíz, que avanzaba con la misma rapidez con la que él podía alejarse. Un resto podado pero todavía vivo, que inundaba el aire con su radiación mortal, en una búsqueda irracional de lo que demonios desearan esas plantas monstruosas.

El *voyenni* se había apartado lo posible, subiendo por la pared como si fuera una colina empinada. Idris intentaba hacer lo mismo, pero la visión de aquel horror resultaba hipnótica. Algo primario en él sentía que si se alejaba esa cosa sería más rápida, le atraparía, le empalaría. Pero se estaba acercando. Mucho más. Todas las alarmas de su traje —o las pocas que Jaine había dejado operativas— clamaban por la exposición a la radiación, y a pesar de ello no podía apartar la vista de la cosa. Incluso cuando el aire a su alrededor se estremeció y tomó un nuevo rumbo, porque otra brecha empezó a sacarlo de la instalación moribunda. Incluso cuando ese tentáculo furioso y radiactivo se acercó aún más.

Entonces Heremon fue arrojada a la sala por un turbulento cambio en la atmósfera, que le envió al suelo también a él en una dirección que por un momento fue a la vez arriba y abajo. Emmaneth llegó inmediatamente después, cayendo sobre su enemiga, a la que le propinó tres golpes que debieron destruir costillas, mandíbula y sus propias manos, con todos los daños reparados unos momentos después.

Idris les gritó. No estaba seguro de qué les gritaba, a decir

verdad. Más que nada emociones en bruto. Sólo algo del tipo «no seáis tan estúpidas, no es el momento». Desaparecieron de su vista un latido más tarde, y ya no pudo ver nada más que la raíz y su luz venenosa.

Extendió una mano para rechazarla y sintió un enorme dolor ardiente en los dedos de esa mano, que subió luego por el brazo hasta el codo.

Debería haber echado a correr, pero la gravedad había vuelto y le mantenía pegado al suelo. No le quedaban fuerzas. Se sentía enfermo, y probablemente lo estuviera, sólo por estar tan cerca de esa cosa.

Entonces alguien le agarró y simplemente tiró de él por su brazo teóricamente indemne, sacándole el hombro completamente de su sitio. Gritó de dolor mientras se lo llevaba a rastras, arañándole con cada remache y borde de las planchas del camino. Su traje era un desastre, y sentía el aire frío y tenue en su piel y sus pulmones.

Terminó sobre el estómago, con un brazo produciéndole una agonía desde ese hombro que no se recolocaría lo suficientemente pronto. El otro estaba aterradoramente entumecido, aunque no le quedaba mucho más allá del muñón carbonizado del codo. El muñón carbonizado. Lo contempló durante un segundo intentando comprender lo que veía. Luego miró hacia atrás y vio el resto.

Emmaneth era quien le había apartado de la raíz. Su último servicio a la investigación de Infierno de Criccieth. O quizá simplemente le había bajado de esa cruz para ponerse en su lugar.

La raíz le había atravesado el abdomen en una súbita aceleración de su ciego avance. El cuerpo de la tothiat se arqueaba hacia atrás, con los dedos clavados en las paredes de hierro. Por un momento pareció que su monstruoso metabolismo podría incluso sobrevivir a aquello.

Luego empezó a incinerarla. Se convirtió sin más en cenizas por debajo de la cintura. Idris vio que cerraba los ojos y su cara se aflojaba, y no tuvo la menor idea de si era lo que realmente había querido o no.

Heremon estaba gritando. No de rabia, como pensó al principio: de pena. Sin dejar de gritar por la muerte de una hermana, se acercó cuanto se atrevió, intentando arrancarla de la propia muerte encarnada. Retrocedió, con la piel ampollada y agrietada, pero

llevaba algo agarrado, que protegía del terrible resplandor. Se dio cuenta de que era el tothir. El simbionte quitinoso que había sido parte de aquello en lo que se había convertido Emmaneth. No tenía ni idea de si seguiría vivo.

Idris se apartó aún más de la raíz como pudo, sin querer ver lo que hacía con el resto del cuerpo de Emmaneth. Sin querer ver lo siguiente que hiciera Heremon. Sin querer tener relación de ningún tipo con todo aquello. Cada movimiento era una agonía, pero el campo le seguía diciendo cómo iba a crecer y cambiar, así que intentó dejar que el aire y la gravedad trabajaran para él.

El *voyenni* entonces le pateó con dureza en el estómago, e Idris salió volando y cayó sobre el brazo casi desaparecido. Perdió un instante el conocimiento y cuando lo recuperó estaba de espaldas, mirando hacia arriba al hombre. Seguía con el cuchillo encajado entre las placas del codo, pero por lo demás su estado era mejor que el de Idris. Lo que tampoco era decir mucho.

Por un momento se limitaron a mirarse, e Idris se preguntó si habría algunas palabras que pudiera usar, si podía encontrarlas, capaces de atravesar el dolor y la rabia, y los veinte años de entrenamiento abusivo, y devolver al hombre del lado de la cordura. Luego una gran bota *voyenni* se alzó en el aire, lista para aplastar cualquier parte de Idris que estuviera a su sombra.

Pero había una sombra mayor. Una serpiente que se cernió sobre el *voyenni*… No la deslumbrante luz mortal de un zarcillo de Criccieth, sino una cosa de oscura carne cicatrizada y metal.

El *voyenni* debió de ver el movimiento reflejado en el baqueteado visor de Idris porque dudó, miró hacia arriba, y en ese momento la cosa cayó sobre él como un puño gigante. Le golpeó y le estrujó, con media docena de tentáculos y brazos manipuladores sujetándole. Nada de mordiscos: si Ahab tuvo boca alguna vez, había desaparecido mucho tiempo atrás bajo sus añadidos cibernéticos. Tampoco la necesitaba de todas formas, porque agitó al *voyenni* como un perro a una rata, y luego lo lanzó hacia el zarcillo. Idris sintió el aumento de la gravedad a tiempo de clavar los talones en el suelo. Por un breve instante, esa raíz retorcida fue el centro de sus pequeños universos y el *voyenni* se precipitaba gritando hacia ella. Resultó completamente destruido, no quedó nada de un tamaño visible.

Luego Ahab tomó a Idris y le lanzó lejos, y Heremon se apresuró detrás, acunando la especie de langosta acurrucada que era cuanto quedaba de Emmaneth.

Solaz y sus mirmidones les encontraron poco después; Jaine y Shinandri seguían todavía con ellas. La atmósfera era ya tan tenue que Idris tenía dificultades para respirar y no se podía mover por sí mismo, incluso después de que Heremon volviera a colocarle el hombro sin ningún miramiento. Pero estaban muy cerca de la *Dios Buitre*, y se metieron uno tras otro en su umbilical, con la gravedad constante y la atmósfera que suponía. La expresión de Olli cuando vio cuántos pasajeros le tocaba cargar fue un cuadro. Su mirada a Ahab fue de puro pánico. El naeromath cupo a duras penas por el umbilical y sólo pudo ser encajado en el muelle de drones.

Luego Solaz llevó a Idris a la rudimentaria enfermería de la *Buitre* para empezar con la reparación de tejidos que fuera posible. Al final tuvieron que llevarse a Idris a una de la naves parteni porque las posibilidades de la *Buitre* resultaban totalmente insuficientes. La oficial médica de allí les dijo que sería necesaria una transfusión completa de sangre y sembrar su médula ósea con nanos regenerativos para que empezaran a reparar los daños causados por la radiación. Los sensores de su corazón dijeron que el órgano había hecho lo posible para dejarse morir durante su encuentro con el zarcillo, pero el pequeño comando de unidades de Trine había trabajado duro y mantuvieron el latido. Ni siquiera se dio cuenta de que le habían puesto sensores.

Recordó que había pensado en que le gustaría ser fuerte cuando el *voyenni* le atrapó. Pero si recapitulaba por todo lo que había pasado en su vida, se preguntó cuántas de esas vivencias habían terminado por configurar cierto tipo de fortaleza, a su pesar.

Y en cuanto a las parteni…

Nadie parecía saber del todo qué pasaba. La tripulación de la nave en la que había terminado, la *Amina Mohamud*, no hablaba con él. Parecían considerar que el tener un colonial a bordo resultaba enormemente incómodo, dado que estaban en guerra. Fue necesaria una visita de Solaz para que empezara a comprender la situación, después de que se reuniera con sus superiores y se informara ella misma.

La *Intrépida* seguía en órbita de Infierno de Criccieth, lo mismo

que las naves parteni, y la cañonera y las lanchas que había enviado la base naval de Oricalco. Las dos facciones se mantenían a una educada porción de la curvatura del planeta de distancia. La mayoría de las naves habían sufrido daños y al principio del combate se produjeron algunas bajas, pero ya nadie disparaba.

La razón más obvia para ese alto el fuego era la presencia de la *Omnipotente Guadaña Matutina*, buque insignia de un mafioso hegemónico que se limitaba a permanecer ahí sin que nadie le molestara, en el corazón de las Colonias. Una nave más que capaz de encargarse de las dos flotillas de un solo golpe si así lo decidía. No, rectificó Idris, más que capaz de enfrentarse también a cualquier cosa que hubiera ahora mismo atracada en Oricalco. Se habría esperado que la base naval lanzara todo lo que tuviera disponible para limpiar el sistema de presencia armada extranjera. Solaz se mostró de acuerdo, pero no era lo que habían hecho. Las parteni tampoco se marcharon ahora que ya tenían a Idris, lo que hubiera parecido la decisión más sensata. Fuera lo que fuera lo que estaba en marcha, se desarrollaba por encima del nivel de Solaz. Dijo que era asunto del Aspirat, y aparentemente inadecuado para nadie con un cargo por debajo de monitora superior.

—Me van a dormir pronto —le explicó Idris con tristeza—. No me gusta. Han pasado muchas cosas últimamente. Ya no estoy acostumbrado a que haya periodos de tiempo que no recuerdo. Me asusta.

—Lo necesitas. He visto la lista completa de las reparaciones que le hacen falta a tu cuerpo. No querrás estar despierto mientras andan con todo eso. Y aquí no pueden ponerte prótesis. No tienen lo necesario para recuperar la sensibilidad de los suficientes nervios en tu brazo. Habrá que llevarte a algún especialista para eso.

—Esperaba un injerto de tejidos, más que uno postizo —murmuró Idris. Probablemente fuera algo complicado para las parteni, que estaban acostumbradas a trabajar con un número reducido de variantes genéticas para eludir un posible rechazo de los injertos—. Me imagino que tendré que conformarme por ahora con lo que haya. Entonces… ¿Qué es lo siguiente, en resumen?

—Todavía esperamos ese «qué» —fue lo único que Solaz pudo apuntar—. Todos los motores están listos para marcharnos si esto termina otra vez a tiros. Hasta entonces… hay jefes reunidos, y te

harán la transfusión completa.

—Bueno, mi sangre tampoco me gustaba demasiado. El típico mestizaje espacial. Quizá me den otra mejor, la del heredero de un reino o algo así —comentó Idris vagamente.

Los demás vinieron a verle uno por uno. Olli iba de subidón, porque al parecer había destrozado un yate muy caro. Kris estaba tan desanimada como no la había visto antes jamás, porque estuvo a punto de matar a un importante noble magdano. Sabía que había matado a gente antes. Matar a punta de cuchillo era exactamente la razón por la que no disfrutaba de una lucrativa carrera legal en algún elegante mundo del núcleo de las Colonias. Pero le seguía dando escalofríos, porque estuvo a punto de repetirse. Porque era algo que se le daba muy bien, y porque —sospechaba Idris— había una parte de ella que salía de su guarida y disfrutaba con esas cosas, y Kris odiaba esa parte de sí misma. Kittering estaba preocupado por el futuro, igual que él. Pero el hanni era planificador por naturaleza, y en ese momento no tenía información para organizarse. Heremon y el agente Mundy no hicieron acto de presencia e Idris no lo lamentó especialmente. Al parecer los dos habían terminado en la *Guadaña*. La *Raptórida*, o lo que Olli había dejado de ella, estaba atracada en la *Intrépida* por las mismas razones que habían traído a Idris a la *Amina Mohamud*: Piter Uskaro necesitaba más cuidados de los que podía proporcionarle su propia enfermería.

Recibió una llamada muy poco antes de que le durmieran. No llegaba a través de los canales oficiales parteni, ni en apariencia fue detectada por el sistema o dejó un registro de su entrada. Era sólo una voz familiar que salió de un altavoz junto a su cama, aprovechando un momento en el que no tenía a nadie alrededor.

—¿Idris? ¿Te encuentras bien?

Idris miró al techo azul grisáceo.

—Ash.

—El mismo. —Se imaginó al alienígena, con su forma inhumana dentro de una túnica en el intento de mimetismo menos exitoso del universo. Ash, que hablaba todos los lenguajes para transmitir sus ominosos avisos, una Casandra a la que la gente aprendió pronto a prestar atención.

—Estoy vivo. Eso seguramente baste por ahora —le dijo al aire a

su alrededor. La verdad es que se sentía extraordinariamente enfermo, incluso con el cuerpo rebosante de drogas.

—¿Y tuviste éxito? —No tenía ni idea si la emoción que parecía transmitir la voz de Ash era real o sólo algo que la criatura quería aparentar. En ese momento sonaba trémulamente ansiosa.

Idris sólo se sentía amargado, pero se obligó a ser amable.

—Sí. Ahab y yo lo descubrimos, y lo comprendimos.

—Eso es maravilloso, Idris.

—¿De verdad?

—Idris, llevo buscando una forma de atacar a los Arquitectos desde hace mucho tiempo. Desde antes incluso que Ahab. Ésta es la primera indicación de que algo así sea ni siquiera posible.

—Excepto —le señaló Idris— que los Arquitectos no son el problema. Hay algo ahí fuera que quiere matarnos, o al menos destrozar todos nuestros mundos, y no son los Arquitectos. Son inocentes. Están sometidos. Pensé que daríamos con sus amos, pero en su lugar encontramos… de dónde vienen los Arquitectos, Ash. Encontramos a sus niños.

—¿Y antepondrías las vidas de esos «niños» a las de todos los humanos, y los hanni, y los castigar, y las demás especies del universo? —le preguntó Ash.

—No —susurró Idris—. Pero… ¿Dónde están, Ash?

Se hizo un silencio.

—Los Arquitectos saben dónde estamos y lo que hemos descubierto. ¿Por qué no han aparecido simplemente y nos han retorcido como rosquillas? Ahora somos una amenaza. Pero que ellos son capaces de eliminar —siguió, sin dar tiempo a las especulaciones de Ash—. Además, están aterrorizados por lo que podríamos hacer. Lo sentí ahí abajo. Y a pesar de eso no han venido a por nosotros, porque es algo que sólo hacen porque sus amos les obligan. Esa ya lo aprendí antes. Ni siquiera sé si le han dicho a sus amos lo que descubrimos. Quizá no puedan. Tal vez la comunicación sea nada más que en un sentido.

Empezó a pensar que la conexión con Ash —con el lugar donde estuviera Ash— se había perdido, pero al fin llegó la respuesta.

—A pesar de todo tenemos que pararles, Idris. Hay miles de millones de vidas en juego. Todas las vidas y mentes pensantes del universo.

Idris le interrumpió antes de poder contenerse.

—¿Qué eres, Ash?

Otro silencio.

—Porque lo sabes, llevas razón. Las mentes pensantes. El pensamiento es la cuestión, ¿verdad? El pensamiento distorsiona el nospacio. Soy la prueba viviente. Cuando estaba en la Máquina, podía ver esos pensamientos, los de los seres inteligentes, que afectan a la estructura de todo por el simple hecho de existir. Pero ya lo sabías. ¿Eres… eres el último originario?

Ash se echó a reír. Sonó exactamente como una risa humana.

—Eso sería redondo, ¿verdad? —Se produjo otra pausa prolongada que Idris no se sintió capaz de romper—. ¿Sobrevivió Ahab, por cierto? Los informes son contradictorios.

—Le sacamos —confirmó Idris—. Lo mismo que a Shinandri y Tokamak Jaine. Emmaneth murió. O al menos en su mayor parte.

—¿De verdad conseguiste poner en órbita un buen trozo del mecanismo originario?

—Déjame que lo adivine. Puedes utilizarlo.

—Casi con seguridad que podremos. Lo has hecho realmente muy muy bien, Idris.

Luego llegaron unas doctoras parteni y la voz de Ash desapareció de manera tan abrupta que se preguntó si no habría sido todo una alucinación. Después le durmieron.

Havaer

A Havaer Mundy no le gustaba mucho el diseño interior de las naves hegemónicas. Pero eso no era nada comparado con sus sentimientos hacia el Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho. El essiel flotaba en el centro de un salón con forma de estrella, como dominando el universo desde allí, con media docena de sicarios a su alrededor. Heremon ya había vuelto a su lado, aunque Havaer no tenía ni idea de lo que había pasado con la parte tothir de Emmaneth.

También asistían a esa reunión de los distintos bandos implicados un puñado de hombres y mujeres que reconoció como miembros de la Casa Ácida, no dirigentes, sino agentes competentes, tipos con los que había trabajado. Gente que debía de

estar en la corta lista de efectivos capaces de hacer trabajos sucios y salir con las manos limpias, como él mismo.

Colvari también estaban presentes. «Delegado» Colvari, ya que al parecer habían sido ascendidos. Estaban sentados a un lado, y parecían bastante distintos salvo por sus antiguas piernas. Realmente no eran el mismo Colvari que había contratado después de Luna de Hismin. La reinstalación suponía que tendrían los mismos recuerdos y nombre, pero su personalidad como tal no se conservaba. En términos humanos, el Colvari que había conocido dejaron de existir para que lo hicieran otro Colvari más útil. El pensamiento le resultaba todavía un poco deprimente.

Y estaba Ash. Havaer no confiaba en Ash, pese a su historial semi benévolo. Ash, por lo que le parecía a Mundy, hacía cuanto le era posible para dar la impresión de que todo aquello obedecía a su plan previsto. Aunque Havaer tenía que admitir que se adaptaba a lo que fuera. Tenía algo que ver con lo que demonios hubiera en el planeta, y que ahora orbitaba de forma inestable sobre él. El actual séquito de Ash estaba compuesto por una ciborg, una especie de académico y un naeromath que parecía como si le hubieran realizado varias autopsias. Pese a ello, al parecer habían realizado algún tipo de gran descubrimiento que permitía que Ash tuviera un sitio en ese encuentro.

Finalmente, y para redondear la conspiración: la jefa Laery. Sentada al lado de Aklu como si fuera una situación razonable para cualquiera.

Llevaba un vestido a la moda de Berlenhof, en el que abultaba el exoesqueleto que sostenía su cuerpo de insecto palo. Se disponía a dar un discurso, no dirigido únicamente a la base naval de Oricalco y al puñado de parteni que había en el sistema, sino al conjunto del Hum y el Partenón, y quizá a la Hegemonía al completo.

—Me llamo Adela Laery —comenzó. Havaer se sintió confuso un momento hasta que recordó que, en efecto, tendría un nombre de pila—. Antes estaba en la Oficina de Intervención. Quizá todavía forme parte de ella, dependiendo de cómo se tome todo esto la gente, pero la verdad es que el detalle me resulta absolutamente indiferente ahora mismo. —Parecía a la vez exhausta y tensa como un cable, y Havaer se preguntó qué cóctel de drogas llevaría encima.

»Les hablo en calidad de integrante humana de una nueva alianza formada con el fin de enfrentarse a la amenaza que suponen los Arquitectos contra todas las formas de vida. La parte principal de esta alianza corresponde a la Asamblea Colmenera Conjunta, que ha llegado a la conclusión de que ni el Consejo de Intereses Humanos ni el Partenón son capaces de dar los pasos necesarios para este reto. La Asamblea cuenta con la colaboración de… ciertos elementos de la Hegemonía a los que se les permite actuar en este tipo de casos.

Porque los essiel no peleaban contra los Arquitectos, claro. Buscaban sus propias treguas escondidos detrás de reliquias y ruinas originarias. Esta estrategia había dejado de funcionar, por supuesto, cuando los Arquitectos empezaron a llevarse sus juguetes. Hasta ahí llegaba la todopoderosa Hegemonía essiel. Salvo que escondida en la desconocida y bizantina sociedad hegemónica se encontraba la figura de un demonio integrado en la estructura. El fuera de la ley que, por su propia naturaleza, podía hacer las cosas que los essiel tenían prohibidas, o quizá ni siquiera eran capaces de concebir. Dado que Laery había enviado a Havaer deliberadamente a los brazos de Heremon en el Abajo de Matachin, sólo podía asumir que esta singular asociación llevaba fraguándose desde hacía un periodo de tiempo preocupante.

—A raíz de ciertos acontecimientos recientes —explicó Laery—, tenemos en nuestro poder los medios para golpear a los Arquitectos por primera vez. Nos reuniremos tanto con el Hum como con el Partenón para conocer de qué forma pueden contribuir a desarrollar las armas necesarias. Hasta entonces, la Asamblea Conjunta llama a ambos bandos a suspender las hostilidades. O, en cualquier caso, a que nos proporcionen la ayuda que les pedimos mientras se siguen matando entre ellos.

Después de su discurso, le hizo señas a Havaer, con aspecto de estar profundamente satisfecha de sí misma y más que preparada para empezar a usar los músculos que le prestaban sus nuevos aliados.

—Primer punto del orden del día —le dijo—. Gracias a usted hemos descubierto que ciertos elementos dentro del Hum han empezado a construir una prototipo de arca. Me da que es la clase de nave con una estructura que puede servirnos para albergar las

armas que estamos desarrollando. Tengo la sensación de que puede producirse algún tipo de confiscación. —Havaer miró el rostro de la mujer, seco y demacrado, y se preguntó cuántas cuentas pendientes iba a ajustar con todo el universo.

Pero aparentemente eso era todo. La Asamblea Colmenera Conjunta, que había sido un obediente socio del Hum y el Partenón a lo largo de los años desde que consiguiera su independencia del control humano, había decidido levantarse y ponerse en marcha. Sus fábricas y orbitales estaban dispersos a lo largo de todo el espacio bajo control humano. Una gran cantidad de líderes civiles y militares debían de estar sopesando cuán mal podrían ponerse las cosas si los colmeneros ya no iban a estar de su lado.

Idris

Tenía nueva sangre cuando se despertó. La sensación era la misma que con la vieja. Habían resuelto otro millón de problemas, pero todavía le faltaba un brazo desde la mitad del bícep, lo que suponía media parte superior del brazo menos del que tenía cuando le durmieron. Lo que le habían dejado era al parecer todo lo que se pudo salvar. Le dijeron que vendría alguien más tarde para hablarle de posibles reemplazos, como si hubiera perdido un par de zapatos. Al menos no sentía más dolor que un cierto zumbido de fondo no muy distinto a su vida cotidiana.

Le anunciaron visitas. Esperaba a Solaz y el resto de la tripulación, pero en su lugar el cuarto se llenó de parteni escoltando a un colmenero exaltado.

—¿Trine?

—Recién llegado, mi viejo amigo y pariente adoptivo —confirmaron con alegría el arqueólogo—. ¡Me han contado que viviste verdaderas aventuras! Deberías dejar esas cosas, que obviamente no van con tu personalidad. Por mi parte, me han reclamado tanto por mis incuestionables conocimientos en el tema de los restos originarios como por mi nueva autoridad diplomática. Y tú, mi querido colega y viejo amigo, ¡me encontraste un lugar originario intacto!

—Casi intacto —confirmó Idris débilmente, y luego una de las parteni tosió educadamente para reclamar atención.

—Delegado, ¿le importa?

—¿Si me importa? —Trine dirigió su rostro holográfico a su interlocutor—. Bueno, supongo que debo…

—*Menheer* Telemmier, soy…

—La monitora superior Tacto —completó Idris—. La jefa de Solaz.

—Así es —dijo—. He venido para hablarle de su regreso al espacio parteni, ahora que se ha terminado con todas las complicaciones diplomáticas.

—Quiere decir que han decidido quién es mi dueño.

—La verdad es que bastante más que eso —continuó, sin alterarse lo más mínimo—. No todo gira en torno a usted, *menheer* Telemmier. Tenemos en marcha una especie de guerra, como quizá sepa.

—Solaz me lo dijo. —Un instante de silencio—. La *Ceres*. ¿Cómo fue de malo? —Recordó la nave en la que había vivido varios meses, las mujeres con las que convivió—. El programa…

Tacto asintió, consciente de lo que quería preguntar.

—Hubo una cantidad de bajas considerable —declaró—. Sin embargo, la mayor parte de nuestra primera promoción, las potenciales intermediarias, se encontraban en ese momento fuera de la nave, expuestas al nospacio. Lo reconstruiremos. Con su ayuda. —Ella no pudo acabar sin que quedara una ligera interrogación en el aire. Después de todo, no le podían obligar.

—¿Y la guerra? —preguntó él.

—Es complicado. Ha habido una… declaración, y una especie de invitación. De una tercera potencia. Seguimos a la espera de ver cuál será la respuesta del Hum y de nuestro alto mando.

Idris escuchó a Laery más tarde, cuando le devolvieron a la *Dios Buitre*. Estaba allí bajo supervisión de Solaz, y la *Buitre* se encontraba justo en el medio de las fuerzas parteni, pero aun así suponía un gesto de confianza, un intento de Tacto de hacerle sentir cómodo.

Vio y escuchó a la marchita anciana de la Casa Ácida explicarle al universo la nueva alianza, cómo iban a ser las cosas.

—Esto —le dijo Olli— es un jodido desastre en el que estamos todos metidos. El Hum debe estar cagándose sólo de pensar en esos chicos nuevos de la oficina. Y lo mismo las tuyas. —Le dio a Solaz

un toque en el tobillo con una de las piernas de su exoesqueleto andador.

«Ash estará en medio de todo», pensó Idris. «Detrás de su propia misión. De la que la cruzada de Ahab quizá sea una parte».

—Hay mucho que asimilar —admitió Idris.

—El verdadero amanecer de una nueva edad de oro —declararon radiante Trine, sin que nadie se mostrara de acuerdo.

—Sí, vale —decidió Olli—. Esta nueva alianza puede sacar adelante cosas, un montón, ¿verdad?

—No será tan sencillo —dijo Solaz con tranquilidad, y eso fue una novedad no sólo para Idris—. También nos necesitan allí. En su nueva base. El programa inter parteni se reubica allí.

—¿Por qué? —preguntó Idris.

—Porque es territorio neutral y seguro, y porque van a necesitar pilotos parteni. Para las naves que están construyendo, o convirtiendo a partir de esas arcas. Si Tacto, Laery y los demás nos ponen a trabajar a todos juntos desde ahora mismo, necesitaremos aprovechar el tiempo al máximo antes de que las cosas se pongan feas. Y su alianza realmente te necesita para adiestrar a esas pilotos. Para ayudar a que cuantas sea posible sobrevivan para convertirse en intermediarias. —Era injusto dejar caer esa responsabilidad sobre él, darle donde más le dolía. Pero también era cierto.

No quería llevar la guerra hasta los Arquitectos. No quería formar parte de lo que podría ser un genocidio. Pero ni el universo ni la guerra le iban a dejar todavía en paz.

Glosario

Arquitectos. Entidades del tamaño de una luna que pueden deformar planetas habitados o naves.

Aspirat. Servicio de inteligencia parteni.

Colonias. Los mundos humanos supervivientes tras la caída de la Tierra.

Comité de Enlace. Organismo encargado en la actualidad de crear intermediarios de forma masiva con propósitos comerciales.

Consejo de Intereses Humanos (Hum). Cuerpo de gobierno de las Colonias.

Culto hegemónico. Humanos que sirven y reverencian religiosamente a los essiel.

Cybernet. Sistema de inteligencia artificial responsable de supervisar un planeta o un orbital.

Hegemonía. Una coalición de especies dominada por los alienígenas essiel.

Intermediarios (inters). Pilotos quirúrgicamente modificados que pueden dirigir naves fuera de los pasajes del nospacio, desarrollados como armas contra los Arquitectos en la guerra.

Nativistas. Un movimiento político que cree en los humanos «nacidos puros» y en «la humanidad, primero».

Nospacio. Una tenue capa por debajo del espacio real, que puede usarse para viajar rápidamente por el universo.

Oficina de Intervención (Casa Ácida). Servicio policial y de inteligencia colonial.

Orbital. Un hábitat en órbita en torno a un planeta.

Partenón. Una facción humana desgajada, compuesta por mujeres criadas partenogenéticamente.

Pasajes. Caminos construidos en el nospacio por manos desconocidas y que unen planetas habitables. Sin un piloto especial, las naves sólo pueden viajar por los pasajes preexistentes.

Programa de Intermediarios. Organismo colonial creado en la guerra, responsable de la creación de los intermediarios.

Sociedad Cosecha Rota. Un cártel criminal de la Hegemonía.

Traicionados. Ala extremista violenta del nativismo.

Voyenni. El cuerpo de guardia de un noble magdano.

Personajes

Tripulación de la *Dios Buitre*

Rollo Rostand. Capitán, fallecido.

Idris Telemmier. Piloto intermediario.

Keristina «Kris» Soolin Almier. Abogada.

Olian «Olli» Timo. Especialista en drones.

Kittering «Kit». Factor hannilambra.

Musoku «Barney» Barnier. Ingeniero, fallecido.

Medvig. Colmenerosos especialistas en búsqueda y catalogación, fallecidos.

Ejecutora mirmidón Solaz. Soldado y agente parteni.

Otros personajes importantes

Ahab. Ingeniero y emprendedor visionario naeromathi.

El Inefable Aklu, Cuchilla y Gancho. Gánster essiel.

Ejemplar Amable. Capitana parteni de la *Madre de Grendel*.

Colvari. Analista de datos colmenero.

Drayfus. Pirata retirada.

Emmaneth (Emma Ostri). Tothiat renegada.

Cognoscente superior Felicidad. Científica parteni.

Profesor Granduja. Académica de Toque de Difuntos.

Heremon. Tothiat a sueldo de Aklu.

Ismia. Enlace con el culto hegemónico.

Tokamak Jaine. Ingeniera.

Kenyon. Agente de la Oficina de Intervención, ayudante de Havaer.

Jefa Laery. Superior de Havaer en la Oficina de Intervención.

Lombard. Agente de la Oficina de Intervención.

Karl Mannec. Diplomático colonial.

Havaer Mundy. Agente de la Oficina de Intervención.

Reams. Agente de la Oficina de Intervención.

Doctora Sang Sian Parsefer. Fundadora del Partenón.

Doctor Haleon Shinandri. Científico disidente.

El Radiante Sorteel, Providente y Presciente. Divino essiel.

Profesor Tiber Storquel. Experto colonial en tecnología originaria.

Monitora Superior Tacto. Superiora de Solaz en el Aspirat.

«Santa Xavienne» Torino. Primera intermediaria.

Delegado Trine. Colmenero arqueólogo.

Cognoscente Tumba. Técnica parteni.

Demi Ulo. Intermediaria de la primera promoción.

Boyardo Piter Tchever Uskaro. Noble de Magda.

Morzarin **Ravin Okosh Uskaro**. Noble de Magda, tío de Piter.

Mundos

Amraji. Mundo destruido por los Arquitectos.

Arc Pallator. Planeta hegemónico.

Berlenhof. Centro administrativo y cultural de las Colonias.

Estridente. Planeta habitado por los hanni.

Infierno de Criccieth. Planeta mortal.

Huei-Cavor. Próspero mundo que pasó de las Colonias a la Hegemonía.

Jericó. Planeta salvaje repleto de ruinas originarias.

Kodo. Planeta minero colonial.

Luna de Hismin. Colonia minera hanni.

Lux Lejana. Planeta en el que los intermediarios terminaron la guerra.

Matachin. Sistema industrial colonial.

Nillitik. Colonia humana-hanni destruida por los Arquitectos.

Oricalco. Planeta colonial, sede de una base militar.

Puerto Forthbridge. Donde Santa Xavienne consiguió entrar en contacto por primera vez con un Arquitecto.

Roshu. Un mundo minero conectado con varios pasajes.

Scintilla. Planeta famoso por sus facultades de Derecho y su código de duelos.

Tarekuma. Un planeta hostil, sin ley.

Tierra. Mundo destruido por los Arquitectos.

Especies

Ash. El Heraldo, peculiar alienígena que llevó a la Tierra el aviso de la llegada de los Arquitectos.

Athamires. Especie con aspecto de hongo al servicio de los essiel.

Castigar. Especie alienígena con distintas castas y formas, originalmente con aspecto de gusanos.

Colmeneros. Inteligencias compuestas de insectos ciborg, creadas originalmente por los humanos pero ahora independientes.

Essiel. Los «divinos» señores de la Hegemonía.

Hannilambra (hanni). Alienígenas con forma de cangrejo, comerciantes entusiastas.

Naeromathi (langostas). Alienígenas nómadas que deconstruyen mundos para usar los materiales en la creación de sus «Arcas Langosta».

Ogdru. Una especie de la Hegemonía que produce pilotos capaces de navegar por el vacío.

Originarios. Hipotética raza desaparecida largo tiempo atrás, responsable de los pasajes y de ciertas ruinas enigmáticas.

Tothiat. Híbrido del simbiótico tothir y de otra especie, con frecuencia humanos. Increíblemente resistente.

Tymeree. Especie de tamaño diminuto al servicio de los essiel.

Naves

Beagle. Vehículo científico colonial.

Byron. Nave de guerra colonial.

Ceres. Nave jardín parteni.

Cosecha Rota. Buque insignia del cártel criminal del mismo nombre.

Dios Buitre. Nave de rescate.

Espada Celestial Nave de guerra parteni, tanto la original que fue destruida en Berlenhof como su reemplazo, en servicio en la actualidad.

Esturión. Nave parteni.

Intrépida. Nave de guerra colonial.

Madre de Grendel. Nave de guerra parteni.

Nereida. Nave parteni.

Omnipotente Guadaña Matutina. Nave de guerra propiedad del cártel *Cosecha Rota*.

Quejoso. Lanzadera de la Oficina de Intervención.

Raptórida. Yate privado del boyardo Piter Uskaro.

Vivaz. Transporte ligero parteni.

Cronología

107 Antes. Sondas enviadas por la Tierra a sistemas solares próximos atraen la atención de una nave alienígena. El primer contacto de la humanidad con extraterrestres se produce poco después. Una vez superada la repugnancia inicial hacia el aspecto de gusano de los castigar, los humanos empiezan a aprender acerca del nospacio, los pasajes y su entorno en el universo. Los propios castigar sólo llevaban viajando entre estrellas apenas un siglo, en el que acostumbraron a crear pequeñas factorías en muchos planetas, sin comprometerse con colonizaciones a gran escala. Las naves castigar llegan a acuerdos para transportar colonos terrestres a mundos habitables que habían descubierto. También dan a los humanos alguna información sobre los naeromathi y la Hegemonía.

91 Antes. La humanidad establece su primera colonia interestelar en Segundo Amanecer, un planeta con un denso ecosistema con vida similar a los hongos. Segundo Amanecer es un lugar plácido para los castigar pero demuestra ser duro para los humanos.

90 Antes. La humanidad establece una colonia en Berlenhof, un mundo cálido cubierto en un noventa por ciento por océanos. Prospera y es dominado por grandes compañías y familias acaudaladas.

88 Antes. Se establece una colonia en Lief, un mundo helado en un sistema con minerales valiosos en varios cinturones de asteroides. También se establece una colonia en ámbar, un mundo caliente con

un ecosistema cristalino, donde los humanos deben vivir ea cúpulas refrigeradas.

75 Antes. Se establecen varias colonias menores en otros sistemas con ayuda de los castigar, sobre todo con propósitos industriales. La dependencia de los castigar para el transporte se convierte en un problema para la expansión de la humanidad. Los científicos alienígenas trabajan con los humanos para ayudarles a desarrollar sus propios motores gravitacionales.

72 Antes. La primera nave humana con motor gravitacional, la *Bala de Newton*, da comienzo a una era de mayor expansión.

61 Antes. En el mundo boscoso de Lycos, los humanos descubren sus primeras ruinas originarias.

45 Antes. Un arca naeromathi llega al sistema humano de Cordonier y empieza a desmantelar algunas de las lunas del planeta habitado. Los intentos de contacto no tienen éxito y terminan por producirse enfrentamientos. Nunca se produce una guerra naeromathi-humanidad como tal, porque no existe un estado naeromathi formal al que declararla. Sin embargo, se avistan otras naves arca y se producen combates, con pérdidas por ambas partes.

25 Antes. Primer contacto con la Hegemonía essiel como resultado de los viajes de naves humanas. No hay hostilidades, pero para los humanos la relación es frustrante porque no parece ser posible una comunicación satisfactoria. Los diplomáticos humanos intuyen que los essiel parecen ofrecer una especie de relación de servidumbre. Sin embargo, les confunde que no parezca acompañarse de una amenaza. En retrospectiva, se deduce que transmitieron avisos implícitos sobre los Arquitectos, pero no de forma manifiesta. En las siguientes décadas, los emisarios humanos comprenden que la Hegemonía parece valorar las ruinas originarias, pero no las reliquias de esa especie fuera de los planetas donde se encontraron. Como resultado, varios mundos con ruinas originarias son vendidos a la Hegemonía.

22 Antes. En respuesta a las condiciones en la Tierra, y a lo que

consideraba como profundas debilidades de la naturaleza humana, la doctora Sang Sian Parsefer y sus aliadas fundan el Partenón. Diseñan genéticamente la que consideran como una versión ideal de la humanidad. El Partenón se funda como una fuerza militar y usa la crianza en cubas partenogenéticas como medio para crear seres humanos de forma artificial. Eso permite un desarrollo más rápido que los medios naturales. El Partenón amplía los límites de la ciencia humana y es percibido como una amenaza por el resto de la humanidad.

5 Antes. Una nave castigar trae a la Tierra al alienígena Ash, que avisa de la llegada de los Arquitectos. Pocos le toman en serio; los propios castigar nunca han encontrado Arquitectos. Pero algunas naciones y grupos hacen preparativos, de carácter limitado.

0. Un Arquitecto mayor que la Luna sale del nospacio cerca de la Tierra. Da una nueva forma al planeta, convirtiéndolo en una estructura extraña, enroscada, una imagen que se volverá familiar. Como consecuencia, desaparece toda vida del planeta y se pierde el corazón de la especie humana. Todas las naves disponibles evacúan tanta gente como pueden, pero quedan atrás miles de millones de personas. Las naves se dirigen a distintos mundos coloniales. Algunas consiguen llegar, otras sucumben por la insuficiente preparación para esos viajes. Comienza la poliáspora y la guerra contra los Arquitectos.

15 Después. La mayor colonia humana en el sistema solar, Titán, es deconstruida por los Arquitectos hacia el año 7. En los años siguientes, varias colonias extrasolares son igualmente aniquiladas. Todas las colonias humanas se encuentran en máxima alerta, con medidas dispuestas para la evacuación inmediata. Muchas colonias sufren escasez de alimentos o suministros. Los intentos de combatir a los Arquitectos no parecen ni siquiera captar su atención.

21 Después. La pequeña colonia religiosa de Encanto Prime establece comunicación con enviados de la Hegemonía y se convierte en la primera célula humana del culto hegemónico. A cambio, la Hegemonía establece un santuario, y la secta humana que les rinde culto afirma que la Hegemonía puede protegerles de

los Arquitectos. La mayoría de las demás colonias no les creen, y algunos aseguran incluso que la Hegemonía controla o puede dirigir a los Arquitectos para asustar a la humanidad y que acepte a esos amos alienígenas. En las siguientes décadas no son muchos los grupos humanos que se someten al dominio hegemónico.

28 Después. Los experimentos en inteligencia distribuida autónoma, concebida en su origen como una herramienta para la obtención de recursos, se centran en el esfuerzo bélico. La primera entidad colmenera que se desarrolla se suma al arsenal humano.

43 Después. En medio de la guerra se produce el primer contacto entre humanos y hannilambras, cuando naves hanni escapan por poco de la respuesta hostil al aproximarse al Mundo de Clerk. A partir de ahí los hanni mantendrán ocasionales convoyes de suministros, por un precio, a las colonias humanas. También transportarán a humanos fuera de las colonias amenazadas.

48 Después. Arquitectos llegados a Lycos dejan la colonia intacta. Por ésta y otras pistas queda claro que los Arquitectos tienen algún tipo de relación con los restos y reliquias originarias. Se descubre que el santuario de Encanto Prime contiene reliquias originarias y fracasa un intento de usarlas para repeler a los Arquitectos en otras colonias, llevando a ellas materiales originarios. Después de la destrucción de Comuna Karis, cuyos habitantes confiaron en reliquias traídas de Encanto Prime, la Hegemonía consigue hacer entender un mensaje terrible: sólo ellos pueden transportar reliquias de forma que retengan sus propiedades contra los Arquitectos. A partir de ese momento y hasta el final de la guerra, distintas colonias humanas aceptarán someterse a la Hegemonía para conseguir esa protección.

51 Después. Los Arquitectos llegan a Amraji, una gran colonia humana-castigar repleta de refugiados. Una considerable fuerza militar humana se encuentra en el lugar, a causa de la llegada y los destrozos de un arca naeromathi. El Partenón, los colmeneros y las fuerzas humanas regulares atacan al Arquitecto para dar tiempo a la evacuación. Los naeromathi se unen a la batalla del lado humano. El esfuerzo combinado consigue que la mitad de la población del

planeta escape. Sin embargo, también resultan destruidas la mayoría de las fuerzas desplegadas, incluyendo el arca. La «paz de Amraji» no es un acuerdo formal con los naeromathi, de la misma manera que las hostilidades tampoco fueron una guerra como tal. Pero en adelante los combates entre naeromathi y humanos se reducirán al mínimo.

Durante estos años, en la cumbre de la guerra con los Arquitectos, la humanidad sobrevive a duras penas bajo la sombra constante de la aniquilación. Todo el mundo tiene una bolsa de emergencia e información de adonde ir en caso de que ocurra lo peor. La especie al completo sufre un shock traumático multigeneracional.

68 Después. Después. Un transporte de refugiados, el *Monumento*, llega a Puerto Forthbridge a la vez que un Arquitecto. A bordo viaja Xavienne Torino, de quince años, que asegura que puede escuchar los pensamientos de los Arquitectos. A través de un proceso totalmente misterioso entonces, Xavienne es capaz de pedir al Arquitecto que se vaya del sistema. Y para sorpresa de todos, lo hace.

76 Después. Los científicos humanos trabajan con Xavienne Torino para aislar la casualidad genética y neurológica precisa que le permitió interactuar con Arquitectos a través del nospacio. Para el 76 ya se ha desarrollado la primera generación de intermediarios artificiales. De los voluntarios que se consideran adecuados, menos de un diez por ciento sobrevive al proceso y se mantiene cuerdo. Idris, entre ellos, tiene veinte años cuando termina el programa.

78 Después. Batalla de Berlenhof. El mundo humano más rico y poblado detecta la proximidad de un Arquitecto y las fuerzas militares se disponen a intervenir. La armada parteni al completo, varias celosías colmeneras, las fuerzas humanas regulares y distintos aliados alienígenas luchan para proteger el planeta. Los defensores pagan un coste colosal, pero las armas parteni de primera fila consiguen dañar al Arquitecto. El uso de los intermediarios también parece ser efectivo. Sin embargo, de los ocho inters desplegados, tres mueren y otros dos enloquecen en el intento de entrar en

contacto con el Arquitecto. En cualquier caso, Berlenhof se salva.

En los seis años siguientes, los Arquitectos destruyen otras dos colonias humanas. En ambos casos, los animosos defensores sólo consiguen ganar algo de tiempo para que se prolongue la evacuación.

80 Después. El Programa de Intermediarios alcanza su mayor fortaleza con treinta inters de combate. Su entrenamiento se basa en las lecciones aprendidas en Berlenhof. Se dirigen a encontrarse con los Arquitectos en cuanto se les detecta y buscan hacer contacto para que las criaturas adviertan su existencia. Sus intentos consiguen avances progresivos.

84 Después. Los éxitos de los intermediarios culminan con Idris y otros dos estableciendo pleno contacto con un Arquitecto en Lux Lejana. Informan de que el enemigo fue en esa ocasión consciente de su existencia por un momento. Después de este resultado, no hay más avistamientos de Arquitectos.

Mientras la gente se da cuenta de que la guerra ha terminado al fin, tres generaciones después de su comienzo, la sociedad y la economía humanas se encuentran en un estado ruinoso. La población está desesperada, las Colonias no tienen recursos suficientes y están superpobladas. No hay ninguna unidad política real y las fricciones se repiten entre las Colonias necesitadas y sus vecinos alienígenas. El creciente descontento parece que terminará con la fragmentación de la poliáspora en docenas de estados enfrentados.

88 Después. Se forma el Consejo de Intereses Humanos o «Hum» cuando varias colonias humanas se reúnen para prevenir guerras intestinas y regular sus relaciones. El grupo fundador no incluye a muchas colonias pequeñas. También excluye a comunidades expatriadas dentro de colonias alienígenas, que tendrán voz más adelante. Sin embargo, sí que están presentes tanto el Partenón como colonias humanas que han jurado sumisión a la Hegemonía.

96 Después. Los colmeneros, la inteligencia cibernética

desarrollada durante la guerra, siguen bajo control humano, pero algunos elementos de su inteligencia distribuida piden la independencia y la autodeterminación. Hay represiones humanas brutales contra células colmeneras que se niegan a cumplir sus funciones. Los colmeneros citan su servicio durante la guerra como argumento para que se les conceda la independencia.

103 Después. Los mundos humanos adheridos a la Hegemonía hacen campañas de proselitismo, e incluso llevan a cabo actos terroristas. A raíz de ello, el Hum vota excluir de sus filas a las colonias humanas que han jurado sumisión a la Hegemonía. Se extiende el temor de que el resultado sea una guerra con los essiel, pero no se produce. La política de la Hegemonía, según trasladan sus portavoces humanos, sigue siendo la de que están dispuestos a aceptar la sumisión de quien se les quiera unir.

105 Después. El debate político sobre el futuro de los colmeneros llega a su fin cuando el Partenón demanda que se les libere del control humano. La decisión de permitir la independencia, forzada por la superioridad militar parteni, es polémica. Los colmeneros son liberados de los servicios que realizaran y no tardan en trasladarse a mundos fuera del control humano, en los que la colonización resulte imposible. Los primeros contactos de los colmeneros con sus antiguos amos son casi siempre a través del Partenón. Con el tiempo, algunos colmeneros volverán al espacio humano para ofrecer sus servicios profesionales.

107 Después. Más de veinte años después de la guerra aparecen las primeras señales del movimiento nativista. Se manifiestan en una creciente hostilidad hacia las potencias alienígenas, en particular contra la Hegemonía. También muestran su antagonismo hacia elementos humanos que consideran desviados del modo de vida «tradicional», sobre todo el Partenón. En ese momento el Hum sólo existe desde hace diecinueve años, y muchas colonias humanas siguen en dificultades. Muchos humanos nacidos de forma tradicional creen que el Partenón intenta imponer su forma de vida «antinatural» al resto de la humanidad a punta de pistola. Otros temen que los colmeneros se venguen por su servidumbre anterior. Otra creencia nativista popular es que los sectarios hegemónicos —

tanto los que lo son públicamente como los que lo esconden— forman una quinta columna en muchos mundos con el objetivo de manipular a los gobiernos para conseguir el sometimiento a sus señores alienígenas. Hay disturbios, manifestaciones, golpes y distintos movimientos populares.

109 Después. El movimiento de los Traicionados empieza a ganar adeptos. Difunden la historia de que los Arquitectos podrían haber sido totalmente derrotados si no hubiera sido porque ciertos partidos habrían aceptado limitar la expansión humana para su propio beneficio. Incluyen entre esos «traidores» a los intermediarios, al Partenón y especies alienígenas. Los Traicionados alimentan el odio contra el Partenón y la Hegemonía y llevan a cabo acciones terroristas contra ciudadanas del Partenón.

110 Después. El Partenón se separa oficialmente del Hum, declarando a su flota como un estado al margen del gobierno humano tradicional. Se teme que se llegue a una guerra, pero no se produce y se mantienen las relaciones diplomáticas. La situación resulta menos frágil que durante los últimos años de la presencia del Partenón en el Hum.

En la siguiente década, la vida colonial mejora lentamente, pero la división política se va agrandando. La capacidad del Hum de influir en las colonias en recuperación disminuye a medida que facciones más extremistas y populistas se hacen con el poder. Las colonias de mayor tamaño y poder forman un núcleo relativamente egoísta. En los límites del espacio humano, hay una rica mezcla de humanos y alienígenas que investigan, colonizan y exploran.

123 Después. Los Arquitectos vuelven, destruyen Lux Lejana y llegan luego hasta Berlenhof. Durante la segunda batalla de Berlenhof, Idris Telemmier consigue comunicarse con un Arquitecto y lo aleja. Telemmier deserta inmediatamente después al Partenón, algo que es visto con rechazo por todas las Colonias.

124 Después. El presente.



ADRIAN TCHAIKOVSKY nació en Woodhall Spa, Lincolnshire. Estudió psicología y zoología en la universidad de Reading. Por razones que no estaban claras incluso para él mismo, posteriormente terminó leyes y trabajó como ejecutivo legal tanto en Reading como en Leeds, donde ahora vive. Casado, es un entusiasta de los juegos de rol en vivo y actor aficionado ocasional, se ha entrenado en peleas de escenario y no tiene mascotas exóticas o peligrosas de ningún tipo, posiblemente con la excepción de su hijo. Es el autor de la serie Shadows of the Apt, aclamada por la crítica, y su novela independiente, *Children of Time*, es la ganadora del Premio Arthur C. Clarke en su 30º aniversario a la mejor novela de ciencia ficción.